**De belleza y misoginia**

**Los afeites en las literaturas medieval, áurea y virreinal**

**María José Rodilla León**

**Contenido**

**Introducción**

**Capítulo 1. Los afeites, la Biblia, la patrística y los moralistas**

**Textos fundadores**

**El asco de los afeites y los sentidos**

**Los afeites y la salud**

**Pecados con los que se asocian las galas y los afeites**

*La soberbia*

*La vanidad*

*La envidia*

*La lujuria*

*La pereza*

*La avaricia*

*La gula*

**Los afeites como obra del Diablo y castigos del infierno**

**Capítulo 2. Resplandores y sombras de los afeites. Ambigüedades**

**literarias**

**Escritores críticos y maldicientes de los afeites mujeriles**

*Lírica medieval*

*Dos obras señeras en el maldecir de los afeites y sus epígonos:* La Celestina *y* ElCorbacho

*Didactismo misógino: cuentos, proverbios y máximas*

*Visiones del más allá y sátiras misóginas*

*Poetas del siglo xv*

*Renacimiento*

*Barroco*

Cervantes

Quevedo

Otros poetas barrocos

Lope, Calderón y el teatro áureo

Letras picarescas y costumbristas

**En defensa de las mujeres y de los afeites**

**Los virreinatos**

*Los dramaturgos y poetas*

**Capítulo 3. Las metáforas del afeite o el afeite como metáfora**

**El artificio en el estilo**

**El afeite y el amor**

**El afeite y los refranes**

**Vicios y virtudes**

**Los afeites y la mujer en metáfora animal**

*Felinos*

*Aves*

*Peces y animales acuáticos*

*Reptiles*

*Otros animales*

**Los afeites y la mujer en metáfora vegetal**

**Otras metáforas**

*Metáforas culinarias*

**Capítulo 4. Retratos, usos y costumbres de afeites, perfumes y otros accesorios**

**El cabello**

*Tocados y postizos*

*Enrubiar y encrespar el cabello*

**El rostro**

*La blancura de alabastro*

*El carmín de mejillas y labios*

*Alcoholar los ojos*

*Lunares pintados y postizos*

*La tez lívida y la golosa costumbre de comer barro*

*Caras tapadas*

**Manos, pies y otras partes del cuerpo**

*El uso de los perfumes y otros accesorios*

*El ámbar para perfumar guantes, calzados y abanicos*

**Las costumbres afeminadas de los varones: galanes, lindos y virotes**

*Viejos canosos*

**Costumbres en los virreinatos**

*Los conquistadores y los cronistas*

*Los moralistas americanos*

**Capítulo 5. Los afeites y los oficios**

**Las terceras y buhoneras, hacedoras y vendedoras de afeites**

**Los afeites y la prostitución**

**Los afeites y las comediantes**

**Las mujeres casadas y las dueñas o damas de compañía**

**Boticarios, perfumistas, herbolarios, especieros, hortelanos, médicos, buhoneros, mercaderes y otros oficiales auxiliares de las mujeres**

**Capítulo 6. Tesoros de sabiduría y prácticas femeniles**

**Tratados de belleza y cuidado del cuerpo**

**Las propiedades maravillosas y terapéuticas de plantas y animales para cosmética**

**Bibliografía**

**Apéndice 1. Glosario de afeites y otros adornos relacionados con ellos**

**Apéndice 2: Recetario**

***Libro en que se allaran diversas memorias ansi para adobar guantes como para azer muchas y diferentes ollores. Agua almizcada y otras aguas y cosas de buena ollor***

**Introducción**

Afeitarse, acicalarse, aliñarse, adobarse o usar cosméticos y adornos para embellecer el cuerpo supone un juicio del *otro*, del que te mira, te admira o te condena y rechaza. La mujer se somete a la mirada privada frente al espejo y, al salir de su casa —a la iglesia, a la corte, al salón, a la plaza—, es mirada por el otro, quien juzga su conducta por lo que ve, por la apariencia. Exhibicionismo y castigo; ver y ser visto: el espejo y la mirada; ocultar y descubrirse: el velo y el escote; naturalidad y artificio: lavarse y maquillarse la piel, el rostro y el cabello, las partes del cuerpo visibles y los colores serán algunos de los conceptos que aparecerán en este libro que se propone estudiar los adornos del cuerpo, desde criterios estéticos, morales, religiosos, sociales, económicos y, por supuesto, sexuales, dado que tanto el maquillaje para la cara o el cuerpo como el uso de los perfumes se pueden considerar atractivos para la seducción y son tan antiguos como la humanidad misma, a juzgar por “los hallazgos de utensilios de cosmética en las culturas más antiguas. La cosmética primitiva se aplicaba a la coloración y configuración del cabello, a la coloración de los labios, los dientes, los ojos y las cejas, a la coloración y tatuaje de las mejillas, pechos y piel del vientre, de la espalda y en especial también del trasero”.[[1]](#footnote-1)

Sin duda, en ciertas culturas, los adornos y el maquillaje formaban parte de fiestas y rituales, y no tanto de la vida cotidiana, pero, en algunas épocas, el cuerpo y sus adornos fueron reglamentados y condenados, lo que ocasionó que se produjera gran cantidad de escritos, de ahí lo ingente y variado de nuestro corpus, que da cuenta de lo extendido que estaba este tema tanto en las letras medievales, como en las de los Siglos de Oro y de los virreinatos, épocas a las que se ciñe este estudio.

Literatura sapiencial, misógina, doctrinal, tratados morales, retratos costumbristas, comedias, poemas satíricos, en todos ellos la mujer es objeto de juicios teológicos en los que sale a relucir toda la caterva de autoridades y doctores de la Iglesia que opinan y condenan el uso de los afeites, los escotes, las galas, los adornos, los cabellos teñidos o postizos. La condición femenina, la belleza y el acicalamiento son temas negativos que infunden desconfianza en el género masculino, el cual condena, recluye, educa, fija pautas y satiriza sin piedad a la mujer por diversas causas: por atreverse a corregir la obra de Dios, por el asco que supone el uso de los afeites como productos demoníacos, porque su abuso afecta la economía doméstica o porque tientan, seducen y arrastran al hombre al pecado y a la perdición.

El temor masculino ante la belleza femenina se consigna y reglamenta en tratados médicos y morales, porque “El tema del aspecto y el arreglo externo fue uno de los caballos de batalla de los pensadores y moralistas”,[[2]](#footnote-2) quienes publican incansablemente sobre las reformas de los trajes, sobre las galas y adornos lascivos de las mujeres, sobre el uso de los afeites, sobre los chapines, velos y mantos. Fray Hernando de Talavera, fray Luis de León, fray Tomás Ramón, Ximénez Patón, Alonso de Carranza, León Pinelo y Juan Bautista Sicardo, entre muchos otros, tratan de imponer las modas femeninas; escriben pragmáticas suntuarias, reformaciones y juicios teológicos; prohíben y prescriben los usos y abusos de prendas y adornos, y culpan de la decadencia de España a la mujer y sus adornos excesivos. Este será el tema del primer capítulo, donde se revisan los afeites como motivo de disputas teológicas, éticas y pedagógicas que dieron origen a numerosos tratados moralistas y manuales de confesión.

El segundo es eminentemente literario y, en cierto modo, podría considerarse una antología con una gran copia de textos en los que se condenan los afeites y se amonesta a las que los usan. Desde la lírica hispánica popular, donde las mujeres se quejan del sol que las hizo morenas, pasando por dos obras clave en el ataque a los afeites (*El Corbacho* y *La* *Celestina*), la prosa y la poesía satíricas de Quevedo, un gran elenco de obras de Lope de Vega, hasta llegar a las letras de los virreinatos con otro poeta satírico, Mateo Rosas de Oquendo o sor Juana Inés de la Cruz, que toca el tema en algunos de sus poemas, el corpus es inagotable, lo que supone lo común y preocupante que era la cuestión de los afeites en las obras estudiadas.

Las metáforas a las que dan lugar los cosméticos conforman el tercer capítulo, en el que se han documentado una infinidad de ellas como artificio en el estilo; como el engaño amoroso; de la mujer como diferentes animales: felinos, aves, peces, reptiles y otros seres del bestiario; la mujer en metáfora vegetal y de otro tipo, como la nave, la cisterna, el templo edificado sobre albañal; las metáforas culinarias que tienen que ver con la pringue, el aceite o la manteca, todas ellas dan cuenta de la ginefobia imperante en los siglos en estudio.

En el cuarto capítulo toman la palabra los viajeros extranjeros que nos cuentan acerca de las diversas costumbres que observaron a su paso por España, y se va haciendo un retrato de la mujer, desde el cabello y su costumbre de enrubiarlo o encresparlo, los ojos alcoholados al estilo árabe, el carmín de mejillas y labios, la lividez del rostro que se conseguía con la extraordinaria costumbre de comer barro para procurar una opilación, de la que dan buena cuenta, entre otros, Lope de Vega y Quevedo; otra costumbre curiosa que dio lugar a varias pragmáticas fue la de las mujeres tapadas de medio ojo, así es que los mantos, los postizos, abanicos, perfumes, chapines y otros objetos también fueron recriminados a la par que los afeites. Los galanes, lindos, virotes y viejos canosos también se dan cita en estas páginas, por sus costumbres afeminadas, y son tan sancionados como las féminas. Cierran este apartado las costumbres de los virreinatos sobre las que nos ilustran conquistadores, cronistas, viajeros y los moralistas americanos que cargan sus plumas en los mismos tinteros y ostentan idéntica acritud que los peninsulares para amonestar en sus sermones a las mujeres que gustan de adornarse y acicalarse.

El quinto capítulo revisa todos los oficios relacionados con la producción, venta y uso de los afeites; entre los fabricadores y vendedores, destacan las terceras —cuyos modelos literarios representan, sobre todo, la Celestina y la Lozana Andaluza—, así como los herbolarios, boticarios, buhoneros y mercaderes que surten a las mujeres, y entre las que más los usan, sobresalen las prostitutas y las comediantes.

El último capítulo trata del cuidado del cuerpo que las mujeres perseguían y las prácticas que llevaban a cabo para mantener el buen olor corporal, la lozanía y tersura en la piel, teñir sus cabellos, depilarse, volver los dientes blancos, suavizar las manos, quitar las manchas, etcétera, todos ellos magníficos tesoros de sabiduría que se transmitían de generación en generación y que venían entreverados entre las recetas culinarias y de economía doméstica. Los tratados médicos con capítulos dedicados a los afeites también se producen en la Nueva España, pero ya con las medicinas y las plantas del Nuevo Mundo.

Se ha revisado para esta obra, por tanto, un amplio corpus que abarca las invectivas y las sátiras burlescas contra las mujeres como objetos de escarnio tanto en la poesía y en los sermones como en el teatro; se han incorporado las descripciones de mujeres afeitadas que relucen en libros de viajeros extranjeros durante su tránsito por España, así como las descaradas fechorías de las pícaras en la literatura picaresca y costumbrista; hay consejos para embellecerse junto a recetas de cocina y de medicina, y cuentos, refranes y frases proverbiales sobre las mujeres que usan los ungüentos de belleza. Todo ello tendrá cabida en las páginas que siguen, además de dos apéndices: un glosario sobre los afeites y otros adornos, y un recetario.

**Capítulo 1**

**Los afeites, la Biblia, la patrística y los moralistas**

Entendemos por *afeite* la definición que en 1611 dio Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española*:

El aderezo y sobrepuesto que se pone a alguna cosa para que parezca bien, y particularmente el que las mujeres se ponen en la cara, manos y pechos para parecer blancas y rojas, aunque sean negras y descoloridas, desmintiendo a la naturaleza, y queriendo salir con lo imposible, se pretenden mudar el pellejo.[[3]](#footnote-3)

Etimológicamente, dice que viene “del verbo afectar, por el mucho cuidado que se pone en querer parecer bien, o de la palabra portuguesa *feito*, porque no es natural sino hecho y contrahecho, o de *ficto* por ser color fingido. Y puede ser del verbo *factitare*, frecuentativo del verbo *facio*, por la mucha frecuencia y cuidado que las mujeres tienen de afeitarse” (*s. v.* afeitar).

La definición de Covarrubias es retomada, casi con las mismas palabras, por fray Antonio Marqués,[[4]](#footnote-4) uno de los pocos moralistas del xvii que, además de tocar los mismos puntos condenatorios de su uso y abuso que los demás —los cuales se verán a continuación—, da varias definiciones y clases de afeites. También se contemplarán las galas, es decir, los ornatos, las joyas, los perfumes, los escotes de los vestidos, los mantos, zapatos, abanicos y otros accesorios femeninos, igualmente condenados junto con los afeites en los mismos discursos teológicos por desmentir o corregir a la naturaleza en favor del artificio.

**Textos fundadores**

Tratar de belleza y misoginia supone adoptar criterios tanto estéticos como éticos, aunque, en algunas épocas, ambos se confundirán. Acordamos con Umberto Eco que “la Edad Media no tanto reduce lo estético a lo ético, sino que funda más bien el valor moral sobre bases estéticas”.[[5]](#footnote-5) No hay más que acudir a las fuentes de la misoginia medieval para ver que la belleza es equivalente a la virtud. En primer lugar, es necesario considerar la Biblia, fuente básica para la Edad Media, y a las mujeres que se afeitaron con buenos o malos propósitos: Rebeca, Ruth, la casta Susana, Judith y Esther, la mujer noble de los *Proverbios*, el *Eclesiastés*, la Carta de san Pablo a los Corintios, la ciudad de Jerusalén como metáfora de mujer de san Juan en el *Apocalipsis*; a los autores clásicos griegos y latinos, sobre todo, Aristóteles, Marcial (40-104) en sus *Epigramas*, Juvenal en su *Sátira VI*, que, a su vez, es fuente de *Il Corbaccio* (1365-1366) de Boccaccio.[[6]](#footnote-6) No podemos obviar la querella sobre la mujer de mediados del siglo xv: tanto los defensores como los detractores, según las teorías médicas y eclesiásticas sobre la culpa y el pecado, serán revisados y analizados. Si consultamos a los defensores de las mujeres, por ejemplo, a Diego de Valera, podemos incluir entre los detractores, a los que Valera reprocha sus ataques y tacha de “maldizientes blasfemadores”, a Séneca, entre los filósofos, y a Ovidio y a Boccaccio, entre los poetas,[[7]](#footnote-7) y a todos los parafraseadores de este último en tiempo de los Reyes Católicos: los tratadistas de la querella sobre las mujeres, el *Cancionero* y la novela sentimental.[[8]](#footnote-8)

Especialmente de interés para nuestros objetivos son algunos textos fundadores, que serán repetidos a lo largo de la tradición misógina. A continuación, menciono algunos de los más importantes.

Marcial (40-104), obsesionado por los malos olores y los perfumes, es básico para nuestros propósitos porque en sus *Epigramas* desfilan una serie de personajes, tanto mujeres jóvenes y viejas como hombres afeminados, que se depilan con cremas y ungüentos; viejos que se tiñen los cabellos; calvos que usan diversos productos para embellecerse y engañar. Entre otros, Fescennia, quien, para no oler a vino, tomaba pastillas de un famoso perfumista llamado Cosmo;[[9]](#footnote-9) Pola, que ocultaba las arrugas con pasta de harina de habas;[[10]](#footnote-10) Letino, quien se fingía joven con los cabellos teñidos: “convertido tan de repente en cuervo tú que hace poco eras un cisne”;[[11]](#footnote-11) Fábula, que compra cabellos postizos;[[12]](#footnote-12) Febo, que trata de engañar “con unos cabellos que simulas a base de pomada y tu calva innoble se cubre con una cabellera pintada”[[13]](#footnote-13) o con una piel de cabrito para que su cabeza parezca “calzada”;[[14]](#footnote-14) Tais, quien para disimular su mal olor “se dirige al baño, adquiere, bajo los efectos de un ungüento depilatorio, un color verde o embadurnada con yeso desleído en vinagre desaparece o se cubre tres y cuatro veces con harina de habas”.[[15]](#footnote-15) En el libro XIV, dedicado a los regalos, Marcial incluye varios objetos de belleza para ser usados con los afeites: mondadientes de lentisco; una aguja de oro para sujetar las rizadas cabelleras; un peine de madera de boj; tinte para el pelo hecho con bolas de *matiaco* (ceniza y grasa); herramientas de barbero; un dentífrico; el mirobálano, compuesto de un perfume y de una nuez, que procedía de Egipto y se utilizaba para preparar un ungüento capilar; bálsamos para los hombres y perfumes de Cosmo para las mujeres; harina de habas para vientres arrugados que se exhiben en los baños de Estéfano.

Juvenal (principios del siglo ii) dedica un apartado en su sátira a las mujeres que se untan ungüentos repugnantes, en su opinión sinónimos de enfermedad o de úlcera; gracias a él nos enteramos de que los perfumes llegaban de la India:

No hay cosa más intolerable que una mujer rica. Con su tipo feo y exageradamente risible, se embadurna la cara con espesa capa de miga de pan o trasciende a pomada Popeana; en esta masa se pegan los labios del marido. ¡Ah, pero al amante va con el cutis bien lavado! ¿Y cuando le interesa aparecer hermosa en casa? Las esencias se fabrican para los amantes y para éstos se venden los perfumes que nos envían los escuálidos indios. Por fin descubre el rostro y abandona el primer maquillaje; comienza a estar reconocible. Después se baña en leche, para lo cual llevará en su escolta una recua de burras hasta el último confín, si allí la desterraran. Ahora bien, este rostro que se cubre y se cuida con tanta mudanza de untos y recibe tantas cataplasmas de harina cocida y húmeda, ¿puede calificarse de rostro o de úlcera? [[16]](#footnote-16)

El presbítero cartaginés Tertuliano (siglo iii) es uno de los primeros escritores cristianos que más insiste en considerar a la mujer como maléfica a causa del pecado original de Eva. Como era de esperar, dedica dos apartados a las galas y afeites de las mujeres, y distingue entre culto o limpieza y ornato o “asco mujeril”, aunque condena los dos por igual:

A dos luces mira el trage de la mujer, a la hermosura i al adorno, al culto i al ornato. Culto decimos, lo que llaman limpieça en la mujer, ornato lo que con más razón podría decirse asco mugeril. Aquel consiste en oro, plata, piedras preciosas, alhajas i vestidos que son cosas limpias; éste consiste en el curar el cabello, adereçar la tez i afeitar las demás partes del cuerpo que atrahen a sí los ojos; cosas que de suio son inmundas. Al culto le culpamos por delito de vanagloria, al ornato de liuiandad.[[17]](#footnote-17)

Contra la negación de la belleza, tanto natural como artificial, alega que la mujer no debe aliñarse y más bien debe ocultar su rostro y esconderse:

En el aliño de vuestra peligrosísima hermosura, es necesario sepáis que no solamente deuéis recusar la belleça adquirida con el artificio del afeite, i lo leuantado del copete, sino que estáis obligadas a afear la hermosura natural, con el emboço, i el descuido, como si fuera molesto por la fealdad a los ojos que la atendieren. Porque si bien la gracia natural no merece reprehensión, por ser felicidad corporal, por ser un aumento que la dio su diuino hacedor, por ser un cortés vestido del alma; es formidable, es digna de ser temida por el descuido o la violencia de los ojos.[[18]](#footnote-18)

Influido por Tertuliano, san Cipriano (200-258) también tiene un tratado condenatorio: “Sobre el porte exterior de las vírgenes”, aunque en algunos pasajes amonesta también a las casadas y viudas; en cualquier caso, a ninguna se le permite acicalarse y son increpadas para que luchen “contra su carne, para someter y domar su cuerpo”.[[19]](#footnote-19) A la doncella, por ejemplo, le aconseja:

Si te peinas con ostentación, y andas en público llamando la atención, y arrebatas tras de ti las miradas de los jóvenes, y atraes hacia ti los suspiros, y das pábulo a la pasión, y echas leña al amor de modo que, aunque no te pierdas tú, pierdas, sin embargo, a otros, y te portas para los que te contemplan como un tósigo o una espada, no podrás excusarte porque seas casta y recatada de corazón. Te desmienten tu lujo excesivo, tu ornato provocativo, y no mereces ser contada entre las doncellas y vírgenes de Cristo, puesto que vives como entre amores.[[20]](#footnote-20)

San Jerónimo (¿342?-420), en la Carta XXXVIII, dirigida a Marcela, cuenta sobre la enfermedad de Blesila, así como su curación y dedicación a la vida religiosa. Reprueba los afeites en todas las mujeres, pero, sobre todo, en las viejas y viudas, que tratan de parecer doncellas, y alude a uno de los temas más tratados en los adornos del cuerpo, el de los postizos de cabellos ajenos:

Mas razón fuera que ojos cristianos se escandalizaran de las que se pintan los ojos y cara de arrebol y no sé qué otros afeites, aquellas cuyas caras de yeso y feas a fuerza de blancor remedan a ídolos. Si por descuido se les escapa una lágrima de los ojos, corre cara abajo abriendo un surco. Ni el número de los años es capaz de enseñarles que son ya viejecillas. Componen su cabeza con cabellos ajenos y pulen una juventud, ¡ay!, pasada, entre arrugas añiles. En fin, ante una manada de nietos, trémulas por los años, se atavían de doncellitas. Ruborícese la mujer cristiana de violentar la belleza de la naturaleza, de tener cuidado de su carne con miras a la concupiscencia, cuando dice el Apóstol que los que están en la carne no pueden agradar a Cristo (Rom 8,8).

Antes nuestra viuda se engalanaba con harta morosidad, y todo el día se le pasaba preguntando al espejo qué pormenor de belleza le faltara; ahora dice confiadamente: Nosotros, empero, a cara descubierta, contemplamos la gloria del señor y nos transformamos en la misma imagen, de una gloria en otra, como por el Espíritu del Señor (2 Cor 3,18). Entonces doncellitas esclavas le componían los cabellos y con crespos rizadores aprisionaban su inocente cabeza; ahora descuida la cabeza y sabe que le basta ir velada.[[21]](#footnote-21)

En la Edad Media, el cuerpo femenino es el lugar propicio elegido por el Diablo y, como “el camino de la perfección espiritual pasa por la persecución del cuerpo”,[[22]](#footnote-22) las mujeres son acosadas a la hora de embellecerse, ya que el cuerpo había que negarlo, ocultarlo y abominarlo. Doncellas, casadas o viudas estaban condenadas como origen y fuente del mal desde el pecado de Eva, de quien heredaron la culpa, pero, al mismo tiempo, tenían un modelo que imitar —que no puede hacerlo el varón— y es la Virgen María, la salvadora y lavadora de ese pecado original; sin embargo, como la Virgen no conoció el coito, la mujer casada empieza a ser el blanco de los tratadistas que rigen el comportamiento femenino; así, las casadas deben ser castas y solo tener relaciones con el marido con la única finalidad de la procreación. Este tema está íntimamente relacionado con los afeites, porque se debatía si una mujer casada debía arreglarse o no para su marido, porque así evitaba que él se fuera de casa en busca de otra mujer; por otro lado, si ella se arreglaba y salía a la calle, lo hacía para ser vista por otros hombres. La tradición de los moralistas misóginos abundará, sobre todo, en el estado de las casadas, porque las doncellas debían ser recatadas y permanecer en casa, y las viudas tampoco tenían por qué adornarse ya para nadie.

El propósito de estas líneas es analizar algunos de los prejuicios que la tradición de la patrística y la de los moralistas misóginos —que bebieron de ella— experimentaron acerca de un tópico consolidado en la literatura a la hora de juzgar al sexo femenino: el de los afeites y adornos de la mujer.

**El asco de los afeites y los sentidos**

La palabra *asco* expresa “un fuerte sentido de la aversión hacia algo que se define como peligroso por su capacidad de contagiar, infectar o contaminar por proximidad, contacto o ingestión”.[[23]](#footnote-23) En el caso de los moralistas misóginos, se trata de una sensación de repulsión no tanto por la cercanía, sino por la mirada o la imaginación. Las sensaciones desagradables que les producen los afeites vendrían determinadas por su percepción mediante dos sentidos corporales: el de la vista y el del olfato —aunque el de la vista lleva inmediatamente al tacto a través de la imaginación, ya que los pringues de la cara recuerdan la blandura del requesón—. Podríamos, entonces, considerar el asco como una ofensa a ciertos sentidos o a casi todos, incluso al del oído, porque, en ocasiones, puede provocar asco el oír ciertas cosas descritas de una manera visceral. En el asco están presentes las ideas de pureza y de mancha; el miedo a mancharse sería una situación de rechazo que obedece a las ideas de contagio o contaminación, pero también al conocimiento que se tenga acerca de los productos que producen asco y, en el caso de los afeites, aunque muchos de ellos fueran de origen mineral y vegetal, otros se fabricaban con residuos de animales muertos, como el sebo, la grasa, el saín, que serían los que producirían el olor, la vista y la textura desagradables, y respecto al oído, se oían continuos sermones en contra de los afeites. Bernat Metge, en su obra *Lo somni* (1398-1399), se refiere a los enemigos del húmedo radical del hombre, que son todos los que acompañan a las mujeres desde el baño hasta el lecho: “cuerno de macho cabrío, caparrosa, sangre de buitre, piel de cabrito, hilo de cáñamo pasado por cera blanda fundida y otros innumerables materiales que te provocarían vómitos si los oyeses”.[[24]](#footnote-24) Si solo de oírlo, aseguraba Metge, provocaba vómitos, qué sería si entraran en contacto con los otros sentidos.

El doctor Andrés Laguna (1510-1559), en los comentarios a Dioscórides, se refiere a esa textura del requesón, al mal olor que desprende y a los colores que aparecen en la cara, y que provoca la cerusa o albayalde, sin olvidar la acción demoniaca en tal sustancia:

[…] la qual sin dubda el Demonio, enemigo capital de la naturaleza, introduxo en el vso de los mortales, para transformar las humanas criaturas con ella, de hermosas, boluiendo feas, enormes y abominables. Porque cierto no es de creer que sin grande induction diabólica, algunas simplezillas mugeres, dexando sus naturales, y muy agraciados gestos, busquen otros postizos, y de tal suerte anden enxaluegadas con affeytes puestos vnos sobre otros, que las podrán fácilmente cortar vn muy buen requesón de cada carrillo. Entre las quales muchas desuenturadas, con tantas misturas y badulaques, han embetunado sus rostros, que los trahen ya bueltos de mil colores: conuiene a saber, vnas de tornasol: otras de verde escuro: otras de leonado y pardillo: y finalmente otras tinctos en lana. O locura perenal! O tartarea inuention! O infernal costumbre! Puédese hazer otro mayor disparate […] que […] cubrir el rostro natural y puro […] con vna hidiondez d’ emplastros y cataplasmas?[[25]](#footnote-25)

Sin embargo, solo condena el uso de afeites para salvar “a las donzellas y matronas honrradas” de este arte del embellecimiento, el cual, a su juicio, debería dejarse a las prostitutas, para que sean distintivo de ellas y para que por su fealdad sean señaladas y conocidas; por ello, aconseja algunos remedios no tan apestosos ni dañinos para la salud: “Ni quiero decir tampoco, que no se saluen y pulan las buenas: sino que pueden vsar del cocimiento de la ceuada y de los altramuces: del çumo de los limones: y de vna infinidad de cosas que trahe Dioscorides muy limpias, y delicadas, para purificar el rostro, sin andar hediendo a vngüentos y emplastros”.[[26]](#footnote-26) De estos emplastes, señala que, además, ocasionan que se corrompan los dientes y se engendre un nuevo hedor insoportable en la boca, el cual parecen haber experimentado todos los moralistas. El sentido del olfato será incluso más importante que el de la vista, si consideramos la apreciación de Miller: “los olores son penetrantes e invisibles y capaces de resultar tan amenazantes como el veneno; los olores constituyen una verdadera vía para el contagio. Los hedores son, por tanto, especialmente contaminantes”.[[27]](#footnote-27) La hediondez será, por ejemplo, percibida por Celestina cuando detecta el mal aliento de Lucrecia, y la gana inmediatamente para su causa ofreciéndole unos polvos para subsanarlo, que solían ser de pastillas de alcorza.

La fetidez del aliento es, además, una de las causas por las que un marido moro podía repudiar a una mujer, nos instruye el viajero Jerónimo Münzer, a su paso por Zaragoza entre 1494 y 1495.[[28]](#footnote-28) Y tenemos un claro ejemplo en *El conde Lucanor* sobre la sensibilidad de los olores que tienen los varones, en este caso, los moros. Se trata del ejemplo XXX, “De lo que contesció al rey Abenabet de Sevilla con Ramayquía, su muger”: cuando esta ve a una mujer pisar el barro para hacer adobes y le expone al rey su deseo de imitarla, este manda llenar una albufera con agua de rosas y, en lugar de tierra, “fízola fenchir de açúcar et de canela et espic (nardo) et clavos et musgo (almizcle) et ámbra (ámbar) et alcalina, et de todas buenas especias et buenos olores que pudían seer; et en lugar de paia, fizo poner cañas de açúcar”, para que ella hollase todo lo que quisiera e hiciese adobes tan olorosos.[[29]](#footnote-29)

En *La Celestina*, los afeites de Melibea son criticados por las prostitutas. Areúsa, por ejemplo, se refiere al asco que da toparse con Melibea por estar “todo el año encerrada con mudas de mil suziedades”.[[30]](#footnote-30) La suciedad, el muladar y la descripción de los materiales con los que los hacen son muy manidos en estos discursos misóginos para provocar el asco.

El olfato y el tacto son acaso los sentidos más conectados con la emoción del asco, pero no lo es menos la vista y el horror que produce el enmascaramiento de un cuerpo natural con artificio y, sobre todo, como veremos en el apartado de salud, los moralistas veían una suerte de violencia infligida al rostro, cuello y cabellos. Aunado al asco que provocan los afeites, fray Luis habla del oneroso gasto que las mujeres hacían de la hacienda del marido no solo para vestidos y otras galas, sino también para perfumes: “en bolantes y en guantes; y en pebetes y caçoletas, y azauaches, y vidrios, y musarañas, y en otras cosillas de la tienda, que ni se pueden ver sin asco, ni menear sin hedor”.[[31]](#footnote-31) Respecto a la obligación de madrugar de la casada, según letra del Espíritu Santo, a quien acude fray Luis,

[…] no se entiende que si madruga la casada ha de ser para que rodeada de botecillos y arquillas, como hazen algunas, se esté tres horas afilando la ceja, y pintando la cara, y negociando con su espejo que mienta y la llame hermosa. Que demás del graue mal que ay en aqueste artificio postizo […] es no conseguir el fin de su diligencia, y es faltar a su casa por ocuparse en cosas tan escusadas, que fuera menos mal el dormir.[[32]](#footnote-32)

Cita también a Antífanes para fundamentar su repudio por asco a las mujeres afeitadas: “Merecedoras no de una, sino de dozientas mil muertes, que se coloran con las frezes (heces) del crocodilo, y se untan con la espuma de la hediondez, y que para las aueñolas (pestañas) hazen hollin, y aluayalde, para embarnizar las mexillas”.[[33]](#footnote-33)

Juan Luis Vives, uno de los humanistas más abocado a la educación de las mujeres, a pesar de recriminar a los que las atacan con versos sarcásticos y de entrada las juzgan por malas, como Pere Torroella o Alfonso Martínez de Toledo, no se queda a la zaga en reprenderlas por ensuciarse la cara con albayalde y arrebol. La vista y el olfato se mezclan en estos pasajes en los que impera el asco contra la mujer, a la que increpa en segunda persona por

[…] nunca lauar te la cara ni quitarte aquella costra que traes sino acostarte emplastada, levantarte de la cama ni más ni menos, salir de casa también emplastada, estar en casa desta manera […] y lo que dize Plauto: éstas que cubren las tachas de sus cuerpos con medicinas y emplastos, luego que el sudor se ha mezclado con las unturas hieden como una diversidad de muchos caldos de cozina rebueltos que no sabes a qué huele sino que sientes aquel mal olor […] assí del aluayalde y azogue como de las aguas destiladas y xaboncillos y unturillas con que se preparan la cara como vn retablo en que se ha de pintar algo al día siguiente y otras muchas medicinas y adobos que no bastaría todo vn libro.[[34]](#footnote-34)

En otra de sus obras, Vives considera la insensatez de los maridos, que no son capaces de ver las virtudes de sus mujeres, sino que las admiran engalanadas, y los recrimina con acritud: “Son las virtudes las que deben seducirle, y no el corpiño, ni el collar, ni siquiera la belleza natural de su piel, ¡cuánto menos la sucia pintura y los afeites pestilentes! si estos te complacen, te asqueará, cuando lo mires, su rostro al natural”.[[35]](#footnote-35)

La vista y el olfato aparecen también unidos en algunos tratados moralistas para destacar la suciedad y lo antinatural; se insiste con frecuencia en la oposición naturaleza *vs.* artificio para condenar los afeites como destrucción de lo natural o por exceder a lo que Dios ha creado; las consecuencias son una vejez prematura y el color de la tez deslucido, argumentos con los cuales contraponen belleza y fealdad.

Según el autor del *Tercer abecedario espiritual* (1527) y maestro de santa Teresa, el moralista fray Francisco de Osuna, el vicio de los afeites “en las mugeres viejo es, en él le criaron su padre y su madre les dieron fauor, engendraron los cuerpos de sus hijas y mataron sus almas por añadirles con afeytes y con posturas la hermosura que les negó naturaleza, y en esta maldad más culpa tienen las madres que los padres porque ellas hazen ydolos de sus hijas”.[[36]](#footnote-36)

El teólogo fray Tomás de Trujillo, en su obra sobre la reprobación de los trajes, cita el *De contemptu mundi* de Inocencio para referirse a los afeites:

Ebarnízanse muchas mugeres el rostro, queriendo nesciamente exceder a su naturaleza con el arte, siendo el arte excedido tanto de la naturaleza, como la experiencia lo enseña y la sancta escriptura lo manifiesta, quando dize: Considerad los lirios del campo, y mirad que Salomón el día de su mayor gloria, no estuuo tan bien compuesto como ellos estan vestidos.[[37]](#footnote-37)

Fray Antonio Marqués también cita a Inocencio, quien, en *De contemptu mundi*, dijo que al causar el mal olor, necesariamente provocan asco.[[38]](#footnote-38) Desarrolla, además de la suciedad, los continuos males que se suceden por el uso y abuso de los afeites: “Las afeitadas se hagan en breve tiempo viejas, pues es verdad que el afeite les marchita el buen color y mata la gracia natural, cómeles el lustre de la cara, causa arrugas en ellas, ennegrece y destruye los dientes y encías, las para más sucias que un muladar, y hace otras pesadas suertes en todo el rostro”.[[39]](#footnote-39) Instruye sobre algunos productos de origen animal para recalcar la suciedad de los afeites por utilizar el estiércol de los animales, como las boñigas de buey y del cocodrilo; para apoyarse, cita a Clemente Alejandrino:

No contentas con el uso del vinagre destilado de agua de habas, de almendras y de zumo de limón para el lustre de la cara ni satisfechas de las rosas, vino, piedra alumbre para conservarla blanda; ni hartas de mudas, solimanes, albayaldes, gredas, bermellones, alumbres, azúcares, flores de cristal, de borraj refinado y de otros mil géneros de embelecos de que empobrecen las tiendas y bolsas de los maridos, han dado también en inventar agua destilada de cosa tan sucia como es el estiércol del buey y del cocodrilo hediondo; y así no es mucho que tratando con semejante materia huelan mal, y tanto que muchas veces os habéis de desviar de una de estas pintadas por no ser saludado con tan mal olor. De suerte que podemos decir que los rostros de las afeitadas son como campos estercolados con que pretenden todas coger con abundancia hermosura y voluntades. Pero sin duda cogen más de fealdad, causando en las que se ponen mil arrugas y surcos, con que parece la cara, a más de estercolada, labrada.[[40]](#footnote-40)

Fray Luis, otro de los humanistas que en sus tratados de educación femenina señaló repetidamente los defectos de las mujeres, opinaba que los afeites eran sucios, antinaturales y pringosos:

[…] porque los materiales dél, los más son asquerosos, y la mezcla de cosas tan diferentes, como son las que casan para este adulterio, es madre de muy mal olor, lo qual saben bien las arquillas que guardan este thesoro, y las redomas y las demás alhajas dél. Y si no es suciedad, porque venida la noche se le quitan y se lauan la cara con diligencia, y ya que han seruido al engaño del día, quieren passar siquiera la noche limpias? […] a las que nos lo negasen, les podríamos mostrar a los ojos sus dientes mismos, y sus enzías negras, y más suzias que un muladar, con las reliquias que en ellas ha dexado el afeyte. Y si las pone suzias, como de hecho las pone, como se pueden persuadir que las haze hermosas?[[41]](#footnote-41)

A pesar de merecer una condena generalizada entre los moralistas por el engaño que provocaban en los hombres, hay algunos discursos que se recrean en la falsedad y la burla que se adivina en los rostros, pues no es lo peor aliñarse y afeitarse, sino los colores que se descubren bajo los afeites cuando hace calor: “por entre lo blanco un escuro, y verdinegro, y un entre azul, y morado; y matizase el rostro todo, y señaladamente las cuencas de los bellísimos ojos, con una variedad de colores feysimos; y aun corren a las venas derretidas las gotas, y aran con sus arroyos la cara”. Sin duda, acaba diciendo, el engaño podrá hacerse a los ojos de los incautos, pero no a las narices, “porque el olor de los adobos por más que se perfumen, va delante dellas pregonando, y diziendo que no es oro lo que reluze, y que todo es asco y engaño”. Como su ideal estético se ceñía al de la justeza y la llaneza, lo que sobrepasaba estas categorías “es fealdad o torpeza; de donde se concluye que estas de quien hablamos, añadiendo posturas y excediendo lo natural, en caso que fuesen hermosas, se tornan feas con sus mismas manos”.[[42]](#footnote-42)

Otro de los argumentos moralistas es que también se peca a través de los sentidos. Dice Francisco de Osuna: “El olor te vence quando aborreces por el hedor los enfermos y amas los mugeriles perfumes y hedores de luxuria”.[[43]](#footnote-43)

El poeta Lupercio Leonardo de Argensola unía vista y olfato para metaforizar sobre los afeites femeninos en la “Epístola a Don Nuño de Mendoza”: “risa a la vista, hedor a las narizes,/ mentira aborrecible a todo el Cielo,/ i a los que dél cayeron infelices”.[[44]](#footnote-44)

Si consideramos que los moralistas abogan por las ideas de moderación y templanza, vemos que el asco también puede generarse por el exceso, que llama la atención, sobre todo, de los viajeros extranjeros por España. Esta es una fuente valiosa, no solo por la fascinación y la curiosidad de sus descripciones de mujeres, sino también por las críticas a las mismas, que, en muchas ocasiones, pecan de moralistas: el caballero francés Antonio de Brunel, en su viaje de 1655 por España, se refiere en varias ocasiones a las mujeres pintadas: “El pintarse es tan corriente, que no se ve ni una sola que no lleve la cara pintada; y se aplican tan mal el bermellón y el albayalde, que uno y otro rechazan a los que las miran. En fin, son generalmente feas y están ajadas, y se pintan tanto más para cubrir sus rostros variolosos que para embellecerse”. En la fiesta del paseo del mes de mayo, que es básicamente para lucimiento de damas, carrozas y caballos, se presentan las mujeres ataviadas con todo lujo: “se ponen sus trajes mejores y no olvidan ni su rojo, ni su albayalde, a quienes piden prestados todos sus atractivos”. Se refiere igualmente a la princesa, que se pinta a la moda del país, poniéndose excesivo rojo, como la moda de la corte, a pesar de que ella y la reina “son las menos arrebatadas. Todas las demás embadurnan sus mejillas de color escarlata, pero de una manera tan tosca, que se diría que han trabajado más para disfrazarse que para embellecerse; por eso son tan feas, que toda la pintura del mundo, puesta lo más diestramente no sería capaz de remediarlo”. Con frecuencia alude a la ridiculez con la que se atavían y lo mucho que les gusta pintarse también a las prostitutas, “que no solamente se cubren el rostro, sino que además cambian el color de las partes que no se ven”.[[45]](#footnote-45)

Henrique Cock, en el viaje que hizo por algunas provincias, acompañando a Felipe II, califica a las mujeres de Valencia como “las más retoçonas y lascivas de toda España, son amigas de polideza, y con su brío tienen una cierta hermosura. Entre ellas las mujeres de los nobles y ricos usan terriblemente los afeites, para que las mujeres con ellos engañen sus maridos y las doncellas a sus galanes con el falso color”;[[46]](#footnote-46) se acuerda de Marcial, a quien cita:

Los dientes de otra suerte no metas

que tus vestidos de seda en anocheciendo;

escóndeos afeitada de cien busetas

y tu cara no quede contigo durmiendo.

Aunque no solo en Valencia ocurre esto, sino que es muy común en España que “las mujeres y doncellas que se estiman en algo muden su cara, mientan su hermosura y engañen a sus loquillos de galanes para que se maravillen de su cara mascarada y esto se usa más entre los ricos”.[[47]](#footnote-47)

Los afeites y la repugnancia que provocan se asocian en algunos moralistas del xvi, como Vives, y en algunos satíricos del xvii, como Quevedo, con las excrecencias del cuerpo, tales como la sangre menstrual, considerada una sustancia venenosa que se arrojaba del cuerpo, llamada por algunos *mal mensil*. Veamos cómo se expresa el furibundo misógino Quevedo en los *Sueños*: **“**Considérala padeciendo los meses y te dará asco; y cuando está sin ellos, acuérdate que los ha tenido y que los ha de padecer, y te dará horror lo que te enamora; y avergüénzate de andar perdido por cosas que en cualquier estatua de palo tienen menos asqueroso fundamento”.[[48]](#footnote-48)

Desde Hipócrates, se creía que la menstruación se debía a que “la carne de las mujeres es más esponjosa que la de los hombres, con lo cual absorbe más intensamente la humedad del vientre —y con ello incrementa la debilidad de su cuerpo[—]”.[[49]](#footnote-49) Y en relación con el asco y los sentidos, en este caso, el olfato y la vista, encontramos la definición hipocrática de menstruación: “Si la matriz se hincha sin que se vea por qué y salen sustancias purulentas, fétidas, negruzcas y granulosas, la mujer tiene la menstruación”.[[50]](#footnote-50) No solo el flujo menstrual será motivo de desprecio por el olor que despide o la vista desagradable, sino que, en la Baja Edad Media, se seguirán usando los argumentos médicos para infravalorar a la mujer a causa de la humedad de la que hablara Hipócrates: “el exceso de humedades no expulsadas que retiene la vagina produce enfermedades como la histeria y el deseo sexual insaciable de la mujer (señalado por Juvenal: “*lassata sed non satiata*” y antes por Platón y Aristóteles) la cual, una vez ha conocido el coito, puede agotar al varón y hacerlo enfermar”.[[51]](#footnote-51) Alberto Magno también escribió un *Libro de los secretos de las mujeres* en el que se afirma: “durante el periodo menstrual son ponzoñosas y tan peligrosas que con su mirada envenenan a los animales y a los niños de cuna, manchan y estropean los espejos, y algunas veces quienes se acuestan con ellas acaban ulcerados o leprosos”;[[52]](#footnote-52) parece que Alberto Magno estuviera pensando en el basilisco de los bestiarios para referirse a la mujer, y es que estas brutales afirmaciones aparecen en *De animalibus* y *De anima*. Pero más peligrosa era aún la mujer menopáusica por no poder eliminar sus residuos; así se daba una explicación a la aparición de las brujas, mujeres mayores en edad no fértil y sin atractivos para el género masculino.[[53]](#footnote-53) En este sentido y para los intereses de nuestro tema, las damas viejas maquilladas producen la misma aversión que las brujas, porque los ungüentos que usan podrían formar parte de los brebajes de estas, considerados asquerosos, sospechosos, extraños y en descomposición. Quevedo, experto en asociar a las viejas y a las brujas, compuso un poema en el que “Pinta el aquí fue Troya de la hermosura” y delinea el rostro de una vieja afeitada con brebajes grasosos que destruyen todas las imágenes petrarquistas de la belleza:

Rostro de blanca nieve, fondo en grajo,

la tizne, presumida de ser ceja,

la piel, que está en un tris de ser pelleja,

la plata, que se trueca ya en cascajo,

habla, casi fregona de estropajo,

el aliño imitado a la corneja;

tez, que con pringue y arrebol semeja

clavel almidonado de gargajo.

En las guedejas vuelto el oro orujo,

y ya merecedor de cola el ojo,

sin esperar más beso, que el del brujo.

Dos colmillos comidos de gorgojo,

una boca con cámaras y pujo,

a la que rosa fue, vuelven abrojos.[[54]](#footnote-54)

Con todos estos venenos que expele el cuerpo femenino, causantes de desgracias del mismo corte que los del basilisco, la mujer que menstrua “en la Edad Media es una ‘máquina’ capaz de producir mensualmente una cierta dosis de ponzoña. Esta ‘ficción’ establece una barrera infranqueable entre los dos sexos y alimenta de manera durable los fantasmas de la *gynophobia*”.[[55]](#footnote-55) Y no solo eso, sino que, con los brebajes que es capaz de fabricar, era normal que se relacionara a la mujer con la magia y la brujería, porque muchos de esos brebajes contenían la sangre menstrual en comidas y bebidas que se daban al amante para retenerlo.

En el *Lilio de Medicina* de Bernardo de Gordonio, cuyas recetas veremos en el último capítulo, se proponen varios remedios para la curación del enfermo del *amor hereos*, como hacerle entrar en razón, azotarlo fuertemente, nombrarle cosas tristes o alegres, hacer que ame a muchas mujeres para que olvide el amor de la que lo enferma, y, si ya no hay otro camino, decirle cosas abominables de ella, mostrarle la sangre menstrual para que se cure de su mal:

E dize Avicena que algunos son que se gozan en oír las cosas hediondas e las que no son lícitas; porende, búsquese una vieja de muy feo acatamiento, con grandes dientes e barvas e con fea e vil vestidura, e traya de baxo de sí un paño untado con el menstruo de la muger; e venga al enamorado e comience a dezir mal de su enamorada, diziendo le que es tiñosa e borracha e que se mea en la cama e que es epiléptica e fiere de pie e de mano e que es corrompida e que en su cuerpo tiene torondos, especialmente en su natura, que le fiede el fuelgo e es suzia; e diga otras muchas fealdades, las quales saben las viejas dezir e son para ello mostradas; e si por aquestas fealdades non la quisiere dexar; saque el paño de la sangre de su costumbre debaxo de sy e muestre gelo súbitamente delante su cara e dele grandes bozes diziendo: “mira que tal es tu amiga commo este paño”; e si con todo esso non la quisiere dexar, ya no es omne salvo diablo encarnado enloquecido e dende adelante piérdase con su locura.[[56]](#footnote-56)

El menstruo y los afeites se relacionaron desde la Edad Media y continuaron ligados en el Renacimiento en el pensamiento de algunos humanistas. Vives decía, citando a san Ambrosio, que la mujer casada no debía afeitarse, pero, si su marido le daba a entender que la prefería afeitada, debía obedecer la voluntad de este y hacer una especie de oración sobre cuánto abomina esa vanagloria:

[…] la qual tengo sobre mi cara en los días que tengo de mostrarme a quien tú me diste; ya sabes tú, señor, quan contra mi voluntad traygo sobre mi tan grande abominación, que no es más para mí que cubrirme con vn paño de muger menstruada y lleuarlo encima de mis ojos, lo qual tú mi dios y señor sabes que no hago en los días de mi retraimiento.[[57]](#footnote-57)

Lo más curioso es que Vives pone en boca de la mujer el asco que provoca ella misma con fuertes imágenes que tocan lo más íntimo de su naturaleza femenina; la hace que abomine de su condición inferior. Y es que, como explica acertadamente Miller:

El asco valora (negativamente) lo que toca, revela mezquindad e inferioridad de aquello que lo provoca, y, al hacerlo, proclama con aprensión el derecho a librarse del peligro que conlleva la proximidad de lo que es inferior. De modo que se trata de una declaración de superioridad que reconoce, al mismo tiempo, su vulnerabilidad ante la capacidad de mancillar que tiene lo inferior.[[58]](#footnote-58)

**Los afeites y la salud**

Hemos visto en el apartado anterior la contaminación, el contagio y la mancilla al enfrentarse al otro ser que se considera inferior. Tratar de los afeites en las épocas estudiadas supone, entonces, acudir a la pureza y a la higiene corporal como referencia indispensable, ya que las prácticas de limpieza eran muy diferentes, no solo en los diversos siglos que abarca esta investigación, sino comparadas con la actualidad. Los tratados médicos incluían una amplia gama de cuidados del cuerpo: la higiene bucal, la limpieza de la piel, la eliminación de los piojos.[[59]](#footnote-59) Había en los compendios médicos “recetas contra la alopecia, el hedor corporal, los tintes para el cabello o la limpieza de las impurezas del rostro”.[[60]](#footnote-60)

Si hacemos un breve repaso histórico de la higiene corporal, en el siglo xiii abundaban los baños públicos o estufas de agua y vapor; por ejemplo, en París había veintiséis en 1292,[[61]](#footnote-61) los cuales se consideraban sospechosos y sobre ellos velaba una estricta reglamentación en cuestiones de moral;[[62]](#footnote-62) en esa misma época, en Fráncfort, había quince, con veintinueve encargados.[[63]](#footnote-63) En el siglo xv, en Sevilla, hubo dos establecimientos públicos, con salas muy bien equipadas de caños de agua caliente y fría.[[64]](#footnote-64) A finales de la Edad Media, se va abandonando tal costumbre y los baños públicos pasan de moda, y la gente se baña más bien en las casas, junto al fuego del hogar o en la alcoba, antes de acostarse, como ocurre en el baño de Carmesina, en *Tirante el Blanco*, solo con la presencia de sus damas, a quienes invita a tomar un baño con ella, y con Tirante escondido viendo la escena desde un arcón.[[65]](#footnote-65) El viajero Pero Tafur, en sus *Andanças e viajes* (1436-1439), va a la ciudad de Viterbo, donde dice que hay baños de agua caliente, que sirven para curar muchas enfermedades, entre ellas, la hidropesía.[[66]](#footnote-66)

Los baños en la Edad Media eran espacios frecuentados tanto por mujeres como por hombres, aunque tenían asignados días distintos; no obstante, las reglas eran fáciles de romper y los magistrados empezaron a denunciar repetidamente los pecados que se cometían con la mezcla de sexos clandestina, a tal punto que llegaron a ser espacios condenados por los predicadores como lupanares.[[67]](#footnote-67) A pesar de que en la realidad se separaran los dos sexos en días alternos u horas diferentes para evitar la promiscuidad, los baños eran lugares de encuentro y prostitución en el siglo xiv; como los baños turcos que los nobles o príncipes (Felipe el Bueno o el emperador Segismundo) abrían a sus huestes con mujeres, reputadas como honestas y obligadas a prostituirse.[[68]](#footnote-68) Se han conservado miniaturas en las que aparecen baños públicos, en donde se juntan en una misma tina hombres y mujeres acariciándose, o con mesas puestas, llenas de víveres, sobre las tinas y junto a los baños, y algunas recámaras con las camas que los esperan. Un ejemplo sobre el placer de los baños aparece en *El espejo* (1460), de Jaume Roig, cuando habla de los juegos que su mujer hacía en los baños públicos con otras amigas: “A menudo iba de noche al baño nuevo de Zanou o al de Suau, en el Palacio. Se desnudaba y la tendríais que haber visto, con sus vecinas, bailar sobre bellos tapices: todo eran aullidos, saltos, gritos”.[[69]](#footnote-69) En los siglos xvi y xvii, “la deliberada eliminación de los baños públicos constituyó un acto de higiene social y moral”,[[70]](#footnote-70) puesto que se servían comidas, bebidas y había camas en diferentes habitaciones para encontrarse con la amante o con alguna prostituta, es decir, eran sitios de placer.

En el xvi ya se usan más para prácticas terapéuticas y, en cambio, para eliminar olores recurrían más bien a un aseo seco en el que se frotaban el cuerpo con trapos perfumados con rosas pulverizadas y otros perfumes; sin embargo, se consideraba muy saludable lavarse el rostro y las manos por la mañana con agua fría, según prescribía Erasmo en 1530.[[71]](#footnote-71) No obstante, no se trata de higiene, sino de apariencia, de mostrar limpias las partes visibles; dicho lavado se enseñaba a los pajes en las cortes señoriales.[[72]](#footnote-72) Recordemos cómo las doncellas, en la literatura caballeresca, ayudan a despojarse a los caballeros de su armamento y les dan agua para las manos y el rostro, como muy bien se parodia en la corte de los duques tratando de lavarle las barbas a don Quijote con lejía.

El agua para el resto del cuerpo, en los siglos xvi y xvii, era impensable, porque, en épocas de peste, se temía que con el agua caliente y el vapor se abrieran los poros y penetraran los aires infecciosos.[[73]](#footnote-73) Así, pues, se debía frotar la cabeza y las axilas con toallas o esponjas perfumadas, peinarse y solo enjuagarse la boca, aunque también se podía dejar un polvo toda la noche en la cabeza y a la mañana siguiente peinarse (sobre todo, hacia el xvii), lo cual confería una superioridad social a los aristócratas que comenzaron a lucir las cabelleras empolvadas, además de perfumadas, como signo de estatus y también de apariencia más que de higiene.[[74]](#footnote-74) De hecho, en el xvii, “el cabello se empolvaba con polvos irisados o de color violáceo” siguiendo la moda francesa.[[75]](#footnote-75) Sin embargo, a medida que decayó la higiene con agua, aumentó el uso de la ropa interior, sobre todo, blanca. A mediados del xviii, volvió el culto al agua y a la construcción de cuartos de baño en palacios y casas urbanas, e, igualmente, en 1761 se construyó un establecimiento de baños a orillas del Sena para aprovechar las “virtudes del agua del río”.[[76]](#footnote-76)

Para el baño y la higiene personal no solo se requería agua, sino también jabón, que se obtenía de cocer sebo o grasa animal con cenizas, usualmente de barrilla, una planta que crece en terrenos salados, cuyas cenizas, que contienen muchas sales alcalinas, sirven para obtener la sosa, el álcali más usado para su fabricación. En la Baja Edad Media, ya había jaboneros profesionales en las ciudades, pero era un producto caro, solo reservado a las clases medias y altas.[[77]](#footnote-77) En la Corona de Castilla, la fabricación de jabón se inició en torno al siglo xii; se fabricaban dos tipos: el duro o prieto, que se obtenía de la sosa contenida en la ceniza de las barrillas, y el blando o blanco, elaborado con potasa extraída de ceniza de plantas terrestres; además, se les añadía un ingrediente graso de origen animal o vegetal, de los cuales el más preciado era el aceite de oliva, y un elemento solidificador como la cal.[[78]](#footnote-78)

Como la higiene no debe separarse de la salud, veamos algunos de los argumentos más sólidos de los moralistas para demostrar que los afeites van en contra de esta, entre otras cosas, de los dientes, pues los vuelven negros, o de la tez, porque el exceso de polvos puede tapar los poros; los productos para la cabeza producen jaquecas o hacen que se caiga pronto el cabello; otros productos corroen: “[las materias] que se componen de plomo, de albayalde, de vinagre de saturno, de magisterio, de flores de bismuto y otras de igual naturaleza que, en verdad, forman los más bellos blancos del mundo, pero que, por sus partes salinas y venenosas, arsenicales e indelebles, alteran y echan a perder la tez sin remedio […] Y también de los bermellones que ‘minan’ la piel” o “las materias sulfurosas”,[[79]](#footnote-79) que pueden amenazar el pecho y los ojos. Y no digamos los cabellos:

La violencia de las lexías, i la fuerça de las medicinas abrasa con gran detrimento suio los cabellos, i la continuación corrompe i estraga, i va juntando enfermedad dañosísima al cerebro, relaxando el buen humor, junto con el peligro de las enfermedades que va amontonando el ardor deseado del sol, aumentando el cabello o secándole.[[80]](#footnote-80)

De la misma opinión y con las mismas fórmulas de lejía más sol, fray Luis de León opina que “las cabeças mismas padecen daño, con la fuerza de las lexías. Y cualquier agua, aunque sea pura, acostumbrada en la cabeça destruye el celebro, y más el ardor del sol con que se secan el cabello y le abiuan”.[[81]](#footnote-81)

Muchos concuerdan en los dolores de cabeza y el deterioro de los dientes por el uso de los afeites, lo cual provoca olores insoportables. Fray Tomás de Trujillo, citando a Inocencio, dice:

Quando el rostro se afeyta, y con profanas colores se muda, la boca se inficiona con hedores abominables, los dientes se dañan, y aun la consciencia se estraga. Qué cosa puede ser mas vana que enruuiar los cabellos, y peynarlos con tan sobrada diligencia, pues toda carne es heno, y toda su gloria como flor de campo.[[82]](#footnote-82)

Marqués dice que el dolor que soportan las mujeres es agudísimo por tratar de quitar los cabellos que sobresalen o por tratar de blanquearlos con polvos de lentisco o matas, que “se vuelven como de nieve”.[[83]](#footnote-83) Por su parte, fray Tomás Ramón decía que el castigo a las mujeres afeitadas lo pagaban estas ya en vida, a costa de su salud: “con tantas xaquecas, destilaciones, dolores de cabeca, corrimientos a las encias, que las derriban los dientes y los paran como carbones, y hediondos, que no hay quien ose llegar de muchos pasos a ellas, causado todo de las lexias y lauatorios, del Sol y fuego, con que atormentan los cabellos […] y de los untos tan fuertes quanto sucios, con que afeytan el rostro”.[[84]](#footnote-84)

En general, los misóginos concuerdan y se repiten unos a otros —citando, a su vez, lo que dijeron los doctores de la Iglesia— sobre el daño que provocan los tintes en la dentadura y los continuos dolores de cabeza, la vejez prematura o la resequedad en los cabellos, además del mal olor. Pero fray Antonio de Ezcaray —fraile predicador de su majestad y apostólico del Colegio y Misión de Propaganda Fide, destinado a la ciudad de Santiago de Querétaro, en la Nueva España— escribió en sus *Vozes del dolor* una nueva premisa: las mujeres se vuelven estériles y enferman, “ya porque andan tan agarroteadas, y tan ceñidas para estrechar la cintura, y ajustar el talle; ya porque andan con el potro de una ballena, y continuo tormento de su apretura, porque no vean sobresalen los pechos”.[[85]](#footnote-85)

Finalmente, en Francia, como comprueba Vigarello, a partir de 1773, consultando la *Gazette de Santé*, hay un cambio de mentalidad en lo que se refiere a la higiene y la sensibilidad. Esta gaceta se crea para difundir reglas elementales y crear una conciencia de la limpieza que llegue al mayor número posible de individuos:

La transformación de los rostros es un índice concreto del desplazamiento de las mentalidades […] Poner en tela de juicio afeites y polvos, que ciertamente estaban centralizados en el rostro, pero también en el aspecto y en la apariencia, así como aludir a las mujeres, son hechos que tienen, finalmente, una vertiente teórica: liberar las superficies del cuerpo para evacuarlo mejor.[[86]](#footnote-86)

**Pecados con los que se asocian las galas y los afeites**

*Aparta tus ojos de la muger aliñada, y afeytada*

(Eclesiástico 8:9)

El hombre de la Edad Media vivía pendiente del pecado y de su presencia en la vida cotidiana. En la literatura clerical medieval, abunda la imagen de Eva como mujer pecadora que incita al hombre: Tertuliano la llamaba “puerta del diablo”; Ricardo de Bury, “animal Bípedo”; el abad Odón de Cluny, “saco de heces” e Hildeberto de Lavardin, “*vil forum*, cosa pública, nacida para engañar”.[[87]](#footnote-87) Estas ideas permean todo el pensamiento misógino medieval, cuyo origen podemos encontrar en Tertuliano y en los Doctores de la Iglesia: san Bernardo, san Buenaventura, que siempre abominaron de la profanidad de los trajes y adornos superfluos e insistían en que las mujeres abusaban con la intención de provocar la ruina en el corazón del hombre flaco. Algunos coinciden en que, por sí solos, los trajes, escotados y afeites no son pecado mortal, y, para ejemplificar, acuden a la figura bíblica de Judith, quien, para vencer a Holofernes, tuvo que adornarse con galas.

Desde el siglo v, Casiano estableció una jerarquía que fue retomada por Gregorio Magno en ocho pecados capitales: soberbia, vanidad, envidia, cólera, pereza, avaricia, gula y lujuria.[[88]](#footnote-88) Cinco de ellos conciernen a la mujer, y en todos abundan los misóginos, siguiendo a Tertuliano, quien proclamaba que las mujeres pecan y delinquen por el hecho de “curar la tez con blandurillas, i medicinas, las que manchan con purpurea color las mexillas, i se tiznan con alcohol las cejas y las pestañas”[[89]](#footnote-89) y todo ello por atreverse a corregir al Hacedor y porque es un grave delito y una “enorme maldad, echar sobre las obras divinas de Dios, las novedades que inventó Satanás”.[[90]](#footnote-90) Todas pecan para ellos, tanto la doncella como la casada, porque ambas engañan, una para “cobrar marido” y la otra, por tenerlo ya, “se finge hermosa con afeites y colores pelando las cejas y poniendo alcoholes”.[[91]](#footnote-91) Sin embargo, en esto último no coinciden todos los moralistas, ya que, para los que siguen a san Agustín —quien, a su vez, cita a san Pablo—, las casadas deben adornarse para retener y agradar a sus maridos y que no salgan de casa en busca de otras mujeres. En este sentido, fray Antonio Marqués es uno de los que justifica el uso de afeites en las casadas, pues sirven para ocultar algún defecto de la cara; por ejemplo, la mujer del emperador Otón cubría sus lunares con greda y su marido con harina de habas y arroz. Asimismo, el carmelita fray Juan de Ruelas piensa que el uso de los afeites en las mujeres casadas para agradar a sus maridos tampoco es pecado mortal, sino venial, sobre todo si es para encubrir algún defecto nacido de enfermedad y no tanto por jactarse de su hermosura, en cuyo caso, sí sería pecar mortalmente.

Veamos los pecados capitales que se cometen por el uso de galas y afeites, a los que Ezcaray llama “pompas del demonio”:

Ay la *Vanidad*, y *Soberbia*, porque toda su ansia es, que las celebren por hermosas. Ay la *Embidia*, porque las tales se carcomen de que otras las aventajen, o igualen. Ay la *Ira*, porque fácilmente se enojan con los de su casa, y con los más sobresalientes en hermosura, y gala. Ay la *Avaricia*, porque para mantener la gala, guardan con demasía lo que tienen, y codician lo que no tienen. Ay la *Gula*, porque para conciliar hermosura atienden con demasía a el regalo. Ay la *luxuria*, cuyo nido es el trage profano, porque la Castidad no se cría entre essas pajas, sino entre espinas. Ay la *Pereza*, porque como dixo San Agustín, las que son muy diligentes en los adornos del cuerpo, suelen ser negligentes en cuydar del bien de sus almas, y gastando muchas horas en componerse, se les haze muy larga una Missa de media hora.[[92]](#footnote-92)

**La soberbia**

Respecto a los adornos femeninos, este pecado es uno de los más condenados por los moralistas, pues si lo que ha creado Dios es perfecto, sería un acto de soberbia tratar de superar su obra. Por este pecado, algunas mujeres se ensoberbecen con las galas, joyas y afeites que usan frente a las demás mujeres. Los misóginos predicadores de los siglos xvi y xvii insisten en el afán exhibicionista de la mujer ensoberbecida que desprecia a las otras con su “fingida hermosura”. Fray Juan de las Ruelas, de la Orden del Carmen, asocia la hermosura y la soberbia, y cita para ello a san Juan Crisóstomo, quien dijo que “la hermosura era un cuero de rugas, soberbia y menosprecio”.[[93]](#footnote-93)

La soberbia, según Tertuliano, se da en las mujeres que, no contentas con su estatura, añaden a sus cabellos postizos enormes tejidos con otros cabellos, a modo de sombrero, pero lo peor es que pueden ser despojos de una “cabeça muerta, a caso llena de enfermedades, i a caso condenada para el infierno”.[[94]](#footnote-94)

Vicente Mexía es uno de los moralistas que más insiste en que la casada debe vestirse y adornarse para su marido; sin embargo, avisa del grave pecado que supondría el exceso de gastos, “y de vanas curiosidades, y de superfluas invenciones, pues de todo ello no se saca otra ganancia sino perderse la hazienda, y dexar los hijos pobres, y poner a peligro la salvación de sus almas”.[[95]](#footnote-95) A este vicio se encadenan otros: “como es soberbia, en querer ser estimadas sobre todas, vana presunción, con que desprecian a las otras, envidia grande de coraçón que tiene a las que les hazen alguna ventaja, curiosidad y vanagloria en querer ser alabadas y preciadas de todos los que las vieren”.[[96]](#footnote-96)

**La vanidad**

El pecado de la soberbia se relaciona con el de la vanidad, porque gastar en la superfluidad de los vestidos, galas y afeites hace que se contraigan deudas o falte el sustento en la casa o no se haga caridad o no se santifiquen las fiestas, trabajando solamente por sustentar la vanidad. Fray Hernando de Talavera (1428-1507) insiste en la distinción de días para vestirse y acicalarse y ataca a las dueñas, “que salen vestidas y relucientes, pintadas y compuestas en las fiestas, porque esperan ser más vistas en los tales días. E algunas y avn muchas exceden en no guardar la templanza y mesura deuida al tiempo de la penitencia y al lugar de la tristeza, ca assí se afeytan y visten en cuaresma como en carnal”.[[97]](#footnote-97)

Juan Luis Vives también insiste en la sencillez y la austeridad por encima de la afectación, el derroche, la suntuosidad y la vanidad; por lo tanto, insta al marido a que instruya a su mujer por la natural inclinación del sexo femenino, “aficionado a afeites y aderezos, y hay que enmendar su inmoderado deseo de lujo [para] que no se deje llevar por el precio, la novedad o las elegancias desmedidas”.[[98]](#footnote-98)

Fray Tomás Ramón acusaba tanto a los hombres como a las mujeres de incurrir en el pecado de la vanidad cuando se acicalaban porque se idolatraban a sí mismos, porque se hacían esclavos de su cuerpo al “seruirlo, y adorarlo, amándolo con essos excessos que vemos, regalándolo, puliéndolo y vistiéndolo con tanto coste”. De igual manera, señalaba que era más pecado usar afeites, porque el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios y con los afeites se borra dicha imagen, “se desestima, se deslustra; se desimagina y desfigura. Qué otro hazen él y ella con sus afeytes y untos, con sus solimanes y albayaldes que desfigurar essa imagen a cuya semejanza fueron hechos?”.[[99]](#footnote-99)

Es un tema muy repetido el de la hechura de Dios adulterada por los afeites en el que insisten una y otra vez los teólogos y humanistas, citando a san Cipriano (¿200?-258) y poniéndose en la obligación, como fray Luis de León, de avisar a las mujeres para que no añadan “color roxo, o alcohol negro, o arrebol colorado, o cualquiera otra compostura que mude, o corrompa las figuras naturales [...] No aueys de exceder de lo que el aderezo simple y limpio se deue, de lo que agrada al señor. Porque sin duda le offenden las que se untan con unciones de afeytes el rostro, las que manchan con arrebol las mexillas, las que con hollin alcoholan los ojos”.[[100]](#footnote-100)

Pero en lo que más insisten estos moralistas, citando una y otra vez a san Cipriano, es en recordar a los mortales el día de la Resurrección de la carne, cuando Dios pedirá cuenta a los hombres en los que no reconocerá su obra, porque la han mudado y enmendado, y el día del Juicio, tanto hombres como mujeres serán convocados y recriminados por sus cambios y adornos:

Nescio vos: andad de ahí, que aquesta obra no es mía, no es aquesta mi imagen, ensuciastes la tez con falsos untos, demudastes el cabello con deshonesto color, mudastes la cara, hezistes os mascaras, o mascaradas; corrompistes el rostro, trocastes lo todo. Nescio vos, como queréis que os conozca? El color demudado, la cara embarnizada, la tez negra o emblanquizada; y la blanca deceplinada y enrojada, quien las ha de conocer aunque los saquen en medio de la plaça? Quien ha de conocer a un hombre, a quien Dios le hizo tal y él se haze mugercilla en sus acciones, melindres, afeytes, guedejas, y adornos? Quien conocerá oy al de cabello empebrado o emplomado, que ayer honraba al mundo con sus veneradas canas?[[101]](#footnote-101)

La vanidad también es levantarse y cambiar artificialmente de estatura: fray Tomás de Trujillo, en 1563, se refería al gran atrevimiento que tenían las mujeres que se ponían chapines por parecer más altas o se mudaban los colores del rostro con afeites, porque eso suponía querer corregir y perfeccionar lo que Dios había creado. Igualmente, otros frailes condenaban a las mujeres que se colocaban un moño, invención del demonio, quien quiso ponerse a la altura de Dios, “assí ellas con sus cabellos querrían llegar hasta las estrellas, que a esto llega su vanidad”.[[102]](#footnote-102)

Para combatir este pecado de la vanidad, fray Tomás Ramón insta a que mediten en lo que acabará su cuerpo en la sepultura; en que ha de morir y corromperse, volverse en polvo y ceniza; entonces, para qué afeitarse, pintarse y componerse si esta hermosura sobrepuesta es falaz. Los ejemplos bíblicos se suceden unos tras otros y uno de los más socorridos es el de las hijas de Sión, que se aderezaban con demasiados atavíos, y el de la reina Jezabel, afamada por su beldad, a la cual invocan a través del tópico del *ubi sunt*, al contemplar la aniquilación de su grandeza y hermosura, cuando fue comida por los perros, como había profetizado Elías: “Esta es aquella Iezabel, para cuyo ornato seruía el oro del Arabia, las telas de Damasco, los colores de la India; y las aguas condicionadas con grande gasto? Quán presto se ha deshecho la hermosura deste Pauón, que con su rueda traya rodando el mundo”.[[103]](#footnote-103) Gaspar de Astete usa el mismo ejemplo para escarmiento del fin al que conducen “los afeytes y galas de las mugeres, la hermosura del rostro, la tez del cuero alisado, y las delicadas manos adouadas con ungüentos olorosos”.[[104]](#footnote-104)

El retórico Jiménez Patón, en el *Discurso de los tufos*, cita al profeta Isaías sobre el castigo de las mujeres de Jerusalén por sus vanidades: “Por los ámbares, y algalias castigará con hediondez infernal, en vez de las pretinillas, y ceñidores preciosos con cordeles, y sogas de esparto, y los enrriçados copetes trocará en feas caluas, y los cartones del pecho en ásperos silicios”.[[105]](#footnote-105)

**La envidia**

Pecado que se asocia con la murmuración y que, en el siglo xii, hace que surja uno nuevo: el de la lengua, “que comprende todo tipo de faltas que se cometen al hablar, desde la blasfemia hasta la mentira; desde la adulación al lenguaje obsceno; desde la murmuración a la injuria”.[[106]](#footnote-106) Al que comete tal pecado se le llama murmurador, “criminador” o “susurron”.[[107]](#footnote-107) El pecado de la envidia es el que “Faze al ombre susurrar y murmurar, gozarse de las adversidades de otros y dolerse de sus prosperidades”.[[108]](#footnote-108)

Siguiendo las prohibiciones del *Arte de amar* de Ovidio, Eliezer Oyola ha visto que uno de los graves males de la envidia está en que se alabe a una mujer en presencia de otras, motivo que se remonta a la Antigüedad.[[109]](#footnote-109) En este sentido, podemos apreciar este pecado en varias obras medievales, por ejemplo, en el *Libro de buen amor*:

Ante ella non alabes otra de paresçer,

ca en punto la farás luego entristeçer:

cuidará que a la otra querriés ante vençer,

poderte ié tal achaque tu pleito enpesçer.

De otra mujer no l’ digas, mas a ella alaba:

el trebejo [la] dueña no l’quiere en otra aljaba;

razón de fermosura en ella la alaba:

quien contra esto faze tarde o non recabda.[[110]](#footnote-110)

El Arcipreste de Talavera, en su capítulo IV de la segunda parte, recrea admirablemente la envidia entre mujeres, pecado al que no puede sustraerse la madre contra la hija, ni la hermana, ni la prima, ni la parienta contra la parienta. La envidia brota en los labios de la mujer al hacer su etopeya en la que la compara con animales: toro, cigüeña, cabra. Abunda el color negro en su descripción de la tez, de los cabellos; se compara con el pez, con el Diablo y con la muerte, pero la descripción no acaba ahí, sino que atañe además a la suciedad tanto de su persona como de su casa, llena de arañas, y alude a sus pocas habilidades para labrar, coser, hilar, etcétera. El clímax se alcanza en la variedad de afeites que usa para parecer hermosa, cuyos detalles —una verdadera enciclopedia de cosméticos— siguen en boca de la envidiosa:

Pues ¡si le lieva blanquete a la fe fasta el ojo! Pues, arrebol, fartura; las cejas byen peladas, altas, puestas en arco; los ojos alcoholados; la fruente toda pelada y aun toda la cara —grandes e chicos pelos— con pelador de pes, trementina e azeyte [de mançanilla; los beços muy bermejos, non de lo] natural, synon pie de palomina grana, con el brasil con alunbre mesclado; los dientes anosegados o fregados con mambre, yerba que llaman de Yndia; las uñas alheñadas, las uñas grandes e crescidas, más que más las de los merguellites, asy como de blancheta, e aún las trae encañutadas en oro; la cara reluciente como de una espada como el agua que de suso ya dixe. Mudas para la cara diez vezes se las pone, una tras otra, al día una vegada; que quando puestas [non] las tiene paresce mora de Yndya; çumo de fojas de rábanos, açúcar, xabón de Chipre, fecho ungüento, otramente azeyte [de] almendras, favas que sean cochas con la fiel de la vaca, fecho todo ungüento —estas e otras mill mudas fazen por nueve días; fieden como los diablos con las cosas que ponen. Pues, non se le olvidan los puños de fiel de vaca con favas bien molidas para cobrir el rostro por afinar el cuero.[[111]](#footnote-111)

Martínez de Toledo sigue los mismos postulados de los moralistas sobre el asco y el hedor de los afeites por usar ingredientes animales en la fabricación de los ungüentos. La envidiosa valora, por encima del artificio de las composturas, lavarse la cara con el agua del río. Igual que propone fray Luis, citando a san Pablo, quien recomendaba en lo concerniente a la cara:

[hacer] como hazia alguna señora deste reyno. Tiendan las manos, y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirvienta les echare, y lleuenla al rostro y tomen parte della en la boca, y lauen las enzias, y tornen los dedos por los ojos, y lleuenlos por los oydos, y detrás de los oydos tambien, y hasta que todo el rostro quede limpio no cessen, y después dexando el agua, limpiense con un paño aspero, y queden assi mas hermosas que el sol.[[112]](#footnote-112)

Y como el pecado de la envidia viene emparejado con el de la murmuración, no podía faltar también en el Arcipreste de Talavera otra verdadera joya de la moda y los afeites, recreada en boca de otra mujer que se lamenta de su desventura por estar mal calzada y mal vestida, y que, al salir de misa, murmura de Fulana, de quien describe todas sus prendas, en las que campea la hipérbole en la enumeración de pieles, joyas y piedras preciosas. Respecto a los afeites, por un lado, realza su hermosura, cómo lucía con el agua destilada, los olores que desprendía: “safumada, almiscada, las cejas algaliadas, reluciendo como espada”, y, por el otro, la afea por el asco que le produce: “¡O qué dientes podridos tyene de poner albayalde, suzia como araña! ¡Por Dios, quitadme allá! Como perro muerto le fiede la boca!”[[113]](#footnote-113)

Otra obra medieval en la que reina la envidia es *La Celestina*, donde es usual que en boca de las mujeres se degrade la belleza de otras por el abuso de los afeites. Por citar solo dos ejemplos:Areúsa, al referirse a la belleza de Melibea, dice que cuando sale a la calle “enviste su cara con hiel y miel, con unas y con otras cosas que por reverencia de la mesa dejo de decir”.[[114]](#footnote-114) La miel, aunque pura y saludable, evoca algo pringoso, por sus efectos pegajosos, pero la elusión de Areúsa, por respeto a los comensales, es propia de una persona remilgada o escrupulosa que le tiene miedo al asco, y, al no nombrar el resto de los ingredientes del embellecimiento de Melibea, tanto en los comensales como en el lector provoca un desborde de la imaginación hacia algo repugnante. La elusión de Areúsa también nos habla de otra emoción con la que se relaciona el asco: el desprecio, en este caso, de alguien socialmente inferior hacia otra persona que, aunque socialmente superior a ella, demuestra, además de envidia, una suerte de disfrute “mezclado con el orgullo y la satisfacción de sí mismo”[[115]](#footnote-115) por no usar afeites. Las prostitutas de *La Celestina* no usan afeites porque suponen un gasto al que no tendrían acceso, ya que, en otra ocasión, Elicia se refiere al valor del dinero para generar belleza: “Aquella hermosura por una moneda se compra en la tienda […] si algo tiene de hermosura es buenos atavíos que trae”.[[116]](#footnote-116) Además, dice que Calisto festeja “cada noche a su estiércol de Melibea”,[[117]](#footnote-117) para recalcar el asco que le produce, lo cual no es más que envidia.

El pecado de la envidia es escenificado también por una de las mujeres en el segundo de los *Coloquios* de Pedro de Luján: Eulalia, la recién malcasada, que es visitada por su amiga Dorotea, le pregunta por el paño que viste tan rico y de tan hermoso color; Dorotea le dice que se lo ha traído su marido de una feria; Eulalia se lamenta de su marido y dice que más le valía haberse casado con un negro de Guinea, porque su marido la trae hecha un establo, porque toda su dote la ha cuarteado: “El vn quarto a putas, el otro a naipes, el otro a vino, y el otro a alcahuetas”.[[118]](#footnote-118)

En 1619, el agustino fray Juan de Soto se refería a la envidia que tienen unas mujeres de otras al hablar del matrimonio, y amonestaba a las casadas: “No aya demasía en las galas, ni afeytes, cosa reprouadíssima, ni enojos sobre esto, diziendo que lo traen las otras, y que andan enjoyadas”.[[119]](#footnote-119)

Pero no solo de la vista y del deseo nace la envidia, el pecado de la lengua lleva a la perdición de la vida y del alma, según una carta del obispo de Mondoñedo, fray Antonio de Guevara, en la que hace un repaso bíblico de los que se perdieron por la lengua, que, para él, es la cosa más peligrosa de las partes del cuerpo humano: “Si el embidioso Caim, y el superbo Lucifer, y el vanidoso de Senacherib, y los de la torre de Babylonia, y el Amalechita que mató a Saúl, y el triste del rico auariento, no tuuieran lenguas para dezir tan feas palabras, de creer es que ni en este mundo perdieran las vidas, ni en el otro se dañaran sus animas”.[[120]](#footnote-120)

En las *Vozes del dolor*, de fray Antonio de Ezcaray, encontramos un precioso testimonio, que, aunque largo, no tiene desperdicio, porque en él se demuestra la condena del pecado de la envidia y la murmuración con la que viene aunado a menudo, el cual, para mayor ironía, está puesto en boca de las mujeres de Querétaro, que le instaban a que predicara:

Padre, predique contra estos mantos de gloria, y contra las puntas, porque causan muchas culpas: si vienen compuestas, como por los mantos de gloria se ven las cintas, las tocas de variedad de colores con sus puntas Capitanas, que sólo el corte vale 25 pesos (de que ay en esto mucho diablo) y todo lo demás, que traen puesto, las tenemos envidia y no oímos missa con devoción, y procuramos competir, y aunque sea a costa de una ofensa de Dios salir iguales a la calle. Si no vienen compuestas, y son desaseadas, todo se va en mormurarlas; y esto estava remediado con traer mantos tupidos de tafetán. Las puntas, Padre, son un infierno, por ellas enseñamos ya el pecho, ya las espaldas, se ve la cabeza, el chiqueador (nido del demonio) las rosas, cintas, rizos, y todo lo demás profano, que traemos; y con el manto de gloria van más desnudas, que si no llevaran manto. Y la causa porque resisten tanto el quitarse las puntas, y la profanidad, y en especial las mugeres de alguna edad, es, porque con las puntas disimulan los años, y las viejas llenas de hoyos, parecen niñas, y les sirven las puntas para hazer con ellas señas, y chiqueos, enseñando los dedos, y las manos, y más si son blancas. Ay Padre, que no sabe el daño, que ay en las puntas! Y mas en estas, que llaman ojo de perdiz, mejor dixera perdición, que no ay muger fea con ellas; y entre las mugeres es común dezir: Bien aya quien las inventó, que nos hazen mil mercedes a el rostro.[[121]](#footnote-121)

Se lamenta de que las mujeres pomposas entren en los templos con tanta vanidad y soberbia hasta el altar mayor, pues todo el mundo se distrae, deja de oír misa y comienza a murmurar por preguntar quién es la tal señora, “y antes que salga de la Iglesia la han desnudado del vestido que lleba, y aun de la reputación”.[[122]](#footnote-122)

**La lujuria**

Es uno de los pecados de los que más se acusa a la mujer por provocar al hombre y llevarlo a la perdición y a la caída; a partir del siglo xii, este vicio se condena tenazmente y es cuando se lleva a cabo “una reglamentación más rigurosa de la sexualidad, que queda subordinada exclusivamente a los fines de la reproducción”.[[123]](#footnote-123)

A decir de Umberto Eco, “la Edad Media es una civilización en la que se ofrece público espectáculo de ferocidad, lujuria e impiedad, y al mismo tiempo se vive según un ritual de piedad, creyendo firmemente en Dios, en sus premios y en sus castigos, persiguiendo ideas morales a las que se contraviene con extrema facilidad y candor”.[[124]](#footnote-124)

Al respecto, los moralistas van a disertar acerca de cómo debe presentarse la mujer y coinciden en encubrirla: tapadas, con velo, cubiertos los escotes y, por supuesto, sin afeites, que son los principales incitadores a la lujuria, ni joyas y otros aderezos; como el catalán Francisco Ximenes o Eiximenis, de la Orden de los Frailes Menores, quien en su *Libro de las donas* (*c.* 1371), propone que las mujeres lleven velos en lugar de los cabellos apartados “con agujas de plata preciosas con las cabeças doradas y con perlas o con piedras preciosas que agrauia mucho el dicho arreamiento”; continúa, lo peor de todo es que traen “cabellos emprestados en la cabeça de mugeres muertas que las deurían provocar a espanto […] et la cara afeytada, los ojos alcofolados y pintados con otra figura más grande y más luenga que no han los ojos que Dios les ha dado”. Ximenes es el único moralista que, aparte de los afeites de la cara y el arreglo de los cabellos —en los que más o menos todos coinciden—, se fija en las uñas de las mujeres y dice: “traen de verano guantes en las manos por tenerlas más delicadas, la qual cosa es a Dios mucho pudiente y abominable y crían alguna uña de león o de cualquier otra bestia y traen aquella alfeñada por entinción mucho vil y carnal y las otras uñas medio blaares y medio bermejas”. Según este autor, la doncella virgen es devota de Dios y, por tanto, al ser su leal esposa, “no te deues a él presentar que sea toda afeytada, toda enderesçada, toda lauada, toda ornada y fenrisada”. Ximenes excusa a la casada, porque lo hace para complacer a su marido, aunque le aconseja —según san Ambrosio—: “[la] cabeça de muger deue andar cubierta en señal que della ha salido primeramente pecado y por enseñar que es sojugada a su marido y por que no prouoque a los otros a pecar”, pero en la doncella “el afeytamiento y pintura de la cara y del cuerpo” suponen una “grande ofensa de Dios, ca ellas entienden a mejorar la cara que la gran sabiduría de Dios le ha fecha”.[[125]](#footnote-125) Culpa también a las madres de las doncellas, quienes les aconsejan y enseñan.

Un siglo más tarde, Hernando de Talavera, obispo de Ávila y arzobispo de Granada, dice que pecan contra el sexto mandamiento “las personas que con esta intención [la de pecar con lujuria] se componen, visten y afeytan o perfuman […] E no solamente pecan estas personas más los que tales afeytes hazen y los que inuentan nuevos trajes de vestiduras y calçados que a ninguna otra cosa van principalmente ordenadas, saluo a provocar a liviandad y a luxuria”.[[126]](#footnote-126) El confesor de la Reina Católica, en otro de sus tratados sobre vestir y calzar, dice, sin embargo, respecto a las mujeres que se dedican a las “ficciones”, “que si alguna se finge hermosa con afeite e colores, pelando las cejas e poniendo alcoholes, etc. Si lo hace livianamente e no con intención de atraer ni engañar a ninguno a que peque con ella, peca venialmente”.[[127]](#footnote-127)

El agustino fray Martín de Córdoba, en su tratado dedicado a la reina Isabel, *Jardín de nobles doncellas*, propone como primera condición para la honestidad en el hábito que “no ayan en sí ningund afeyte sofístico, ca esto es ylícito y siempre es pecado quando la muger procura parecer más hermosa delo que es, poniendo aluayalde y arrebol, azafrán y alcohol y otras posturas desonestas”.[[128]](#footnote-128)

El fuego de la lujuria, dice Osuna, “quema mas presto los adornados y afeitados que los otros porque de las tales personas se puede bien dezir hablando del demonio. Vuestras hijas a de hazer para sí vngüentarias […] toma ocasión el demonio para les hazer buscar vngüentos blandos con que se vnten los cabellos y la cara y las manos”.[[129]](#footnote-129) El pecado de la mujer afeitada es mayor porque se peca en la mejor parte del cuerpo: la cabeza; así, la mujer ha de temer el día de la Resurrección cuando se le reprenda:

[…] la piel ensuciaste con falsa vntura, el cabello mudaste con color adúltero, vencida está con mentira la cara, corrompida está la figura, ajena es la presencia, no podrás ver a dios, pues no tienes los ojos que dios hizo sino los que el diablo enficionó, a él as tu ymitado, contrahecho as los ojos rutilantes y pintados de la serpiente, ataviástete con tu enemigo, tú que con él justamente as de arder.[[130]](#footnote-130)

Sobre los cabellos femeninos, del mismo parecer es Jiménez Patón, quien dice que son “inominia y señuelo de liviandad en la muger que profana la gloria de sus cabellos, haziendo dellos lazos de perdición, red de caída, y anzuelo de lasciuos”.[[131]](#footnote-131) Además de que, para hacerse copetes y rizos o alargarlos, necesitan comprar cabellos ajenos y “como las menos vezes se allan iguales, o semejantes en el color, y ellas tienen por gala en estos tiempos no ponerse tocas (al fin como cabeças locas) hazen chamelote de aguas en la tocadura de cabellos, con ondeados de diferencia de colores”.[[132]](#footnote-132) Acaba su discurso diciendo que deberían cubrirse con tocas, como las viudas o las religiosas.

Sobre las diabólicas profanidades que son los escotes, las galas lujosas y los afeites, hay una carta anónima y sin fechar en la que se debate acerca del pecado de la lujuria y se aducen varios ejemplos de condenadas al infierno. En ella, además de citar a san Pablo y a san Pedro, se cita al Espíritu Santo en el capítulo 4 del Eclesiástico: “*Ne recipias faciem aduersam faciem tuam*: yo te di un rostro bueno y honesto, y con tus afeites haces que me cause asco, y me sea aborrecible, yo te amonesto que no pintes un rostro que sea contra tu rostro”. Más adelante, se cita a san Bernardino de Sena: “la muger afeitada y vestida de galas es un monstruo diabólico”; a san Agustín: “la muger afeitada corre parejas con la adúltera; porque quando se afeita pretende parecer bien a quantos la miran. Y S. Bernardo in Apologia: dize, que las mugeres afeitadas son ramos pendientes de la pared, que pregonan el vino de la luxuria”; y a san Cipriano: “tú misma cometes este crimen saliendo enrrizada, afeitada y florida por las calles y plaças, con que tropieçan y caen muchos de los que te miran”.[[133]](#footnote-133)

Sin embargo, para otros, la deshonestidad no estriba tanto en los afeites, sino en la moda de los escotes:

[…] señal de lujuria, a la manera que lo es el ramo en la taberna, de que allí se vende vino; porque el escote en la escotada, y todo trage profano, lo es, de que se vende la castidad, y aun se brinda con ella a los que passan por la calle, y muchos con la licencia, que se prometen, aun sin ser inclinados, se entran a embriagarse del vino de la lujuria […] Si ay un traje notablemente provocativo es (dize vn docto) el de los escotados, pues con la gala, con el garvo, con los colores, y esplendor que comunican las aguas de rostro, y otros afeites, e invenciones, y a veces con otros ademanes, gestos, y cariños, se juntan la desnudez, que es el mayor incentivo de la lujuria.[[134]](#footnote-134)

Sobre las casadas, que deberían ser honestas y agradar a su marido solo con su belleza natural, se dice:

Que es ver (dize vn docto) vna señora, o muger de estas, que leuantandose al medio día, aún teme los vapores del sereno y se reboça con uvna mascarilla antes de salir de la cama para conservar la tez del rostro, y sin salir de ella vienen las criadas, y allí la peynan, tocan, y adornan, como un ídolo, poniendo más cuidado en esto, y en conservar la hermosura que ponían las Vestales de Roma en guardar el fuego sagrado: La una (dize) la trae el color; la otra el blanquete; otra la tiene el espejo; y otra le compone el pelo, y pone los rizos.[[135]](#footnote-135)

En este mismo sentido se pronuncia fray Luis, quien abomina de la casada que se afeita, la cual inmediatamente se convierte en fornicadora y adúltera por llevar puesto el afeite; para apoyar esto, cita a varias autoridades: Aristóteles: “que como en la vida, y costumbres la muger con el marido ha de andar senzilla y sin engaño, assi en el rostro, y en los adereços del, ha de ser pura y sin afeyte”; san Ambrosio: “mala maestra eres contra ti misma. Mas tolerable en parte es ser adultera, que andar afeytada. Porque alli se corrompe la castidad, y aquí la misma naturaleza”, y san Clemente: “no fornicaras, ni dessearas fornicar, que es dezir, no caminaras al fornicio con el desseo, ni encenderas su apetito con el afeyte, ni con el excesso del aderezo demasiado”.[[136]](#footnote-136)

El teatro, la plaza y el templo son los lugares donde se muestran las mujeres, a juicio de Pedro Galindo, que en varios pasajes de sus *Verdades morales* imagina los pechos desnudos y el acto concupiscente por la provocación de los escotes y hombros afeitados y exhibidos para perdición del varón. Y se queja de que ya no haya diferencia entre el templo y la plaza, con lo cual hacen un pecado grave no solo por el escotado, sino por descubrir “los huecos de los brazos (como algunas sin vergüenza lo traen) mas también descubre gran parte de las espaldas, los huesos de los hombros, y por delante no pequeña parte del pecho, que también afeytan, blanquean y colorean, no menos que la cara”.[[137]](#footnote-137)

Alonso de Carranza también atribuye a Séneca un dicho sobre la perdición de las mujeres por el afeite: “como sabidoras en efeto, que el afeite y la gala brillante son los más eficaces incentivos de la sensualidad y luxuria con que más ellas se prometen”.[[138]](#footnote-138)

Ezcaray recrimina como incentivos de la lujuria las sayas abiertas que prenden con alfileres para dejar ver las de abajo: “[tan] agarroteada por la cintura, y tan pomposa en lo restante, que con las sayas que traen puestas pudieran vestirse quatro pobres doncellas”, además del “sacristán, hecho de aros de hierro para estar más huecas y vanas”; el manto transparente y sus puntas, los zapatos adornados, los paseos, fiestas, sahumerios y los baños de agua caliente, que, como dijo Séneca, “excitan, y fomentan la luxuria”.[[139]](#footnote-139)

Resumiendo, todos los moralistas coinciden en citar a los mismos Padres de la Iglesia que hablaron de las galas y afeites. Los más represores en este asunto son san Jerónimo, san Ambrosio, san Agustín y san Cipriano. Un ejemplo solamente de san Agustín, citado por el jesuita Gaspar de Astete, dice que los afeites son un “engaño adulterino” y traduce uno de sus dísticos al respecto:

Si la mancha de la frente

con el afeyte se cubre

en cayéndose el ungüente

el rostro queda patente

y la mancha se descubre.[[140]](#footnote-140)

**La pereza**

Pero, al mismo tiempo que se reprende el gasto y la vanidad en galas y afeites, también se reprueba el desaliño en la persona. Afeitadas y compuestas, no, pero aseadas, sí, es el lema de todos estos tratados misóginos. Ya lo dice un refrán recogido por Correas: “La pereza no lava cabeza, y si la lava, no la peina”.[[141]](#footnote-141) Un buen ejemplo del pecado de la pereza lo encontramos en la estrofa 26 de las *Coplas contra los pecados mortales*, de Juan de Mena, donde se presenta la séptima cara, la de la pereza:

Soñolienta y desgreñada

vi su cara postrimera

nigligente mal granjera

no bruñida ni afeytada

disforme muy mal tratada

fecha a sy misma enojosa

buscando la vida ociosa

sin trabajos trabajada.[[142]](#footnote-142)

En este sentido, también en el xvi, Vives no solo reprehende, como muchos de sus coetáneos, sino que además aconseja a las mujeres que tampoco deben verse “desaseadas y desapuestas y mal adereçadas, suzias y desaliñadas”:

[…] que si no se affeytare la cara, alimpie se la. Si no se lauare con aguas destiladas por alambiques o alquitaras, lauese con agua clara de la fuente o del río si quisiere, mas sino se enruuiare los cabellos con lexías compuestas y otros betunes, láuese la cabeça con su lexía común y no tenga los cabellos sin peynar ni desgreñados o llenos de caspa. Lo mismo podemos dezir de todo lo otro que toca a delicadezas y regalos del cuerpo, como son olores de ámbar, almizcle, algalia, estoraque, si de razón no se ha de holgar con delicados olores, tampoco no se agrade del hedor.[[143]](#footnote-143)

**La avaricia**

A través de este pecado se condenan los excesos por derrochar en galas y adornos, y descuidar la caridad y amor al prójimo, porque, según santo Tomás, si este pecado se opone a la justicia, es mortal, y si se opone a la liberalidad, solo es venial. Fray Juan Bautista Sicardo explica esta proposición de santo Tomás, según las personas que usan las galas y afeites: “si fuere pobre, se hallará necessitado a faltar en lo necessario al sustento de su persona, y familia, lo qual es contra conciencia, y pecado mortal”. Si se dejan de pagar las deudas por tener vestidos costosos, si se adquieren por medios ilícitos con tal de que se le cumpla el antojo a la mujer, se está pecando gravemente; el discurso manejado usualmente es el de condenar el uso excesivo de adornos, aunque no el superfluo, pero ahí está el problema, se necesita prudencia para saber elegir, porque el avariento suele juzgar por necesario lo más superfluo y “las superfluidades del rico son necesarias para el pobre; y quien las retiene, y guarda, es ladrón de lo ageno”.[[144]](#footnote-144)

Dos últimos ejemplos los encontramos en el tranco VII de *El Diablo Cojuelo*, donde aparece una procesión de la Fortuna con varios acompañantes, entre ellos, los pecados, que son las damas de la Fortuna sobre elefantes en sillones de oro, y la avaricia “está opilada de oro, y no quiere tomar el acero, porque es bajo metal”.[[145]](#footnote-145) Asimismo, en *El villano en su rincón* (1611-1616), de Lope de Vega, el caballero Otón le cuenta a su criado Finardo acerca de la avaricia de las mujeres, a quienes llama *pescadoras*: habla de las que se tapan enteras por ser feas, de otras que pescan “guantes, tocas y abanillos” de sus pretendientes,[[146]](#footnote-146) otras estrenan chapines con *virillas* de plata, y otras, dorados.

**La gula**

Alfonso Martínez de Toledo asocia este pecado mortal con los afeites, pues con el apetito y el mucho comer y beber viene también la ambientación de los lugares donde se desarrollan las solaces comidas y cenas perfumadas con “aguas rosadas e de azahar almiscadas, abundancia syn duelo, safumaduras presciosas sevillanas, catalanas, e compuestas de benjuy, estorach, linum áloe, lacdanum, con carbón de salse fechas como candelillas para quemar”,[[147]](#footnote-147) y de ahí a la lujuria solo hay un paso muy pequeño, a juzgar por este moralista.

Embellecimiento del cuerpo, ostentación de adornos y exhibición de los mismos son condenados una y mil veces por la Iglesia, ya que el artificio hace que se enmiende la obra de Dios, aunado al derroche que desequilibra el presupuesto familiar en aras de la vanidad. En suma, la mujer no puede exhibirse adornada para la seducción, pero tampoco desaliñada por perezosa. El control masculino desde la Edad Media se ejerce a través de argumentos éticos o económicos en forma de pecados asociados con las galas, los afeites, las modas, el exceso de ornamentos; para algunos moralistas y predicadores, estos pecados eran veniales, y para otros, mortales. La vanidad y la pereza pesan menos que la lujuria, todo depende de la condición de la mujer, doncella o casada, y de la intención a la hora de adornarse y afeitarse. Las prescripciones y consejos abundan en condenar el cuerpo maquillado, y aunque no todo lo miden y pesan con el mismo rasero, juzgan y condenan con la misma acritud y represión a la mujer como instrumento de pecado, cuya sola visión incita a los hombres a la lujuria.

**Los afeites como obra del Diablo y castigos del infierno**

Como después del pecado viene la penitencia o la condena, veamos algunas penas y castigos que se les reservaban a las mujeres que se aliñaban o usaban galas en demasía.

La cosmología cristiana asocia la luz con la salvación y el infierno con la oscuridad, en la que el fuego no da luz, sino que solo provoca “hedores maléficos y repugnantes, una mezcla de sulfuro y excrementos, cuya fuente son las entrañas de Satanás que, en su encarnación como Mefistófeles, toma su nombre de la palabra latina (*Mephitis:* efluvio tóxico y pestilente que emana del suelo) para olor pestilente”. Volvemos al asco y al olfato para entender que “el discurso latino-cristiano del pecado se basa en la idea de que éste y el infierno emiten hedores excrementicios y plantean perspectivas repugnantes”.[[148]](#footnote-148) De este modo, el Demonio y su hábitat serán los inventores de los afeites y perfumes de las que se engalanaron en vida. Así, las que gastaron en aromas y perfumes arrojarán de sí mismas pestilencias y hediondez.

Desde Tertuliano (*c.* 160-*c.* 225), se plantea que las cosas naturales provienen de Dios, y las interpoladas “con la diversidad y el asseo” para hacerlas más apetecibles vienen del Demonio, “porque es forzoso que sea engaño del enemigo común todo lo que no es obra de Dios”.[[149]](#footnote-149) San Cipriano (*c.* 200-*c.* 258) achaca los embelecos de las mujeres a los ángeles caídos y apóstatas:

Ellos enseñaron a pintarse los ojos alrededor con tintura negra, y a teñirse las mejillas con rojo ficticio, y a cambiar el color del cabello con colores postizos, y desfigurar el natural del rostro y cabeza con afeites artificiosos […] en manera alguna deben adulterar la obra de Dios, su hechura y vasija, aplicándole colores y polvos amarillos, negros o rojos, o cualquier otro afeite que desfigure la fisonomía natural.[[150]](#footnote-150)

A finales de la Edad Media, el agustino fray Martín de Córdoba cita directamente la epístola XXXVIII de san Jerónimo y nos da un ejemplo de una condenada que se le aparece a una mujer que se pintaba y peinaba mucho, para decirle las penas que se sufren por ser en todos los miembros contraria al Crucifijo:

El qual primeramente tiene la cabeça espinada y ésta llena la cabeça con grandes tocas volantes y los cabellos muy rutilantes. Nuestro señor tiene toda la cara ensangrentada; ésta la lleua bien arrebolada. Él tiene los ojos llorantes; ésta los tiene con alcohol cintillantes. Él siente hedores del lugar do estaua crucificado, que hera *Calvarie Locus*; ésta nin le queda almizcle ni algalia, ni otros olores prouocatiuos. Él tiene la boca llena de fiel y vinagre; ésta busca mil golosinas para satisfacer a su gula. Nuestro Señor tiene los pies con clauos atados; ésta grandes chapines calçados. Él tiene saya de açotes; tú tienes cortapisas y pellotes.[[151]](#footnote-151)

Y es que el cuerpo del Cristo durante la Pasión, que se ofrece como víctima para la redención de los pecados de los hombres con todas sus flagelaciones y torturas, ocupó un lugar muy destacado en la vida religiosa de los siglos xvi y xviii.[[152]](#footnote-152)

Vives, siguiendo a san Cipriano, atribuye también la invención de los afeites a los “ángeles malos que cayeron del cielo a la tierra, los quales enseñaron a alcoholar los ojos, arrebolar la cara, enruuiar los cabellos y trastocar la natura y forma del gesto y cuerpo”.[[153]](#footnote-153) De la misma opinión es fray Luis sobre estos ángeles caídos, a quienes hace descubridores de “los metales ricos: digo la plata y el oro, y que enseñaron como se deuian labrar, fueron también maestros de las tinturas con que los rostros se embellecen y se coloran las lanas, por esto fueron condenados de Dios como en Enoch se refiere”.[[154]](#footnote-154)

Sobre la luz y la oscuridad diserta el comisario de la Orden de San Francisco en las Indias, Francisco de Osuna, en *El norte de los Estados*, de 1531, donde finge un diálogo entre el personaje llamado Villaseñor y el autor en el que debaten acerca de los diferentes estados del hombre y la mujer: el de la virginidad, el del matrimonio y el de la viudez. Entre las mujeres que se afeitan destaca a la vieja, que piensa detener la edad con afeites, y a la fea, que “biue con cuydado de lardarse y barnizarse por parecer hermosa”.[[155]](#footnote-155) Sobre la mujer casada dice que imita a la culebra que se despoja de su cuero, y ella no se contenta con lavar el rostro, sino que

[…] añade tales colores, que no dirán cuando esta affeytada y relumbra, sino que el ángel de Satanás se trasfiguró en ángel de luz, para engañar a todos los que no miran ni paran mientes sino a lo que se amuestra de fuera. ¡Oh mujer affeytada y endiablada, acicalada como espada para trauessar el coraçón desarmado sin honestidad; arreaste de barniz para descomponer las verdaderas ymágines de nuestro señor dios siendo tu ymagen de Lucifer que se cegó con tu luz [...] Si se da pena de muerte al que pega fuego a la casa de otro, de quantas muertes serás culpada por auer encendido y pegado fuego a los cuerpos de muchos cristianos.[[156]](#footnote-156)

Por boca del autor, que aconseja a Villaseñor en una suerte de diálogo humanista, Osuna amonesta al marido que no guarda la joya de su casa, que son los pechos de su mujer, en lugar de “vellos andar por las calles y ponellos a las ventanas y a las puertas y avn llevallos a vender a la yglesia so color de yr a missa. La muger muy affeytada todo lo anda, todo lo visita, y avn a los monasterios más lejos dice que quiere yr a bisperas, y no va sino por ver y ser vista de los galanes que salen a pasear”.[[157]](#footnote-157)

Sobre las doncellas casaderas, Francisco Escrivá, un jesuita moralista del xvii, opina que para buscar marido salen a la calle, se pasean y se lucen con tal de que las vean y, para ello, “se componen y aderezan, y afeitan, y pintan lo mejor que saben y pueden […] Abuso pestilencial; introducción del demonio”.[[158]](#footnote-158)

Otro moralista ya citado, el clérigo presbítero Pedro Galindo, en 1676, condenaba a las “mugeres profanamente aliñadas, y deshonestamente escotadas” que se atrevían a comulgar de esa manera. Más adelante, cita a san Bernardino de Siena (1380-1444), quien las nombra “Vandera del infierno”: “porque, que mayor azicalado y penetrante hierro para herir, y matar las almas, que las carnes de la muger con toda diligencia, bruñidas y azicaladas, y a todo el mundo descubiertas?”.[[159]](#footnote-159) Aduce varios ejemplos de mujeres condenadas en el infierno, rodeadas de llamas y de monstruos infernales que las atormentan; ellas confiesan que su condena es por haberse adornado y pintado, así como por otras vanidades. Galindo insiste una y otra vez sobre el peligro y los daños que causan estas mujeres, de los que no están exentos los ministros de Dios —religiosos y sacerdotes— ni los claustros y templos, porque se ofrecen a la vista “tantas mugeres sin vergüença, sus carnes descubiertas, pecho, ombros y espaldas, lucido y adulterado todo lo que descubren en el aluayalde, color y coral preparado, y otras aguas y embelecos que el demonio y ellas han inuentado para engañar los hombres y perder sus almas”.[[160]](#footnote-160)

Uno de los lugares más propicios para que el Demonio gane almas es el baile. En los banquetes, saraos y danzas que, de hecho, el Demonio inventó e introdujo en España es donde más almas se logran para poblar el infierno, a juicio de Galindo. El baile es “una feria del sucio demonio Asmodeo”, donde suele ganar las almas de “estas mugeres quando se afeytan, componen y dan el blanco, y colorido al rostro, y carnes, que deshonestamente descubren sus escotados, aguza el demonio sus cuchillos, con que después en el vanquete, en la fiesta, y baile, mata a su libertad”.[[161]](#footnote-161)

El castigo del infierno es tratado con toda crudeza en las plumas de estos teólogos, jueces y críticos de las mujeres y las modas. Veamos solo un ejemplo que aduce el fraile Ezcaray —uno de nuestros más furibundos misóginos— sobre un misionero apostólico, fray Sebastián de la Chica, quien escribió un libro, el *ABC de Jesús*, en el que hace hablar a Cristo dando sentencias a la manera de un testamento; a su vez, Cristo cita al profeta Isaías, que habla de los ornamentos de la moda del siglo xvii:

Que es mi ultima voluntad, que a semejantes mugeres: porque anduvieron descubierto el cuello, profanamente vestidas, y calçadas, en el dia de la ira tan tremenda, en presencia de Dios, de Angeles, de Santos, de todos los hombres, y demonios, salgan en publico con semejantes adornos, y allí a vista de todos las desnuden, y descalcen, quitándoles zapatos, medias, ligas, las medias lunas de plata, collares, pulseras, cadenas de oro, brazaletes, moños enrizados, trençados, todo el pelo, arracadas, guantes, pomas, agujetas de olor, tirantes, cabestrillos, anillos, diamantes, perlas, aljófar, rubíes, cabelleras postizas, mantos claros de humo con puntas, tocas de Reyna, abujas de plata, alfileres, relámpagos, espejuelos, cintas, colonias, estufas. Y quiero, que en la parte mas hedionda, y asquerosa del Infierno, queden calvas, y sin tal adorno, y luego de tela de llamas de fuego les hagan unos vestidos ajustados; y por las tres rayas, que dizen han de tener descubiertas para estar al uso, las que haze la junta de los brazos con los pechos, y pecho con pecho, quiero, que por toda mi eternidad corran tres arroyos de resina, pez y plomo.[[162]](#footnote-162)

Por si no fueran suficientes torturas, ensarta —como muchos otros moralistas— varios ejemplos de mujeres condenadas por haber usado afeites o por ejercer el oficio de componer a las demás, como la noble Protestata, citada por san Jerónimo, que, por haber rizado y aliñado el pelo a Eustaquia, la hija de santa Paula, fue condenada al igual que su marido y su hijo, así como la hija del rey Otolamia; o Enganera, que maldecía en el infierno a su madre por haberla enseñado a afeitarse. En otra ocasión, un santo vio muchos demonios y sabandijas en el pelo de una mujer, que jugaban y se entretenían “con mucha risa, y de aquí se llamaron los rizos de las mugeres ‘Risa del diablo’”.[[163]](#footnote-163) En otro castigo, sale a relucir todo el bestiario infernal y pone en boca de la condenada los tormentos que le hace cada animal para muestra y ejemplo de otras desdichadas mujeres que, como ella, se afeitaron y adornaron:

Apareciose una muger condenada a un hijo suyo Religioso, que estaba haziendo oración por ella (como refiere Enrique Gran, y otros) cavallera en un dragón, rodeada de llamas infernales; a los dos lados venían dos demonios, que la traían presa con dos cadenas de fuego, cuyos remates la penetraban las entrañas; sus cabellos eran Culebras, que le roían los sesos; sus ojos picaban dos fieros Escorpiones, y por arracadas traía dos encendidos Ratones; por collarejos traía en la garganta dos fieras Sierpes, que no la dexaban respirar, y con las bocas le despedazaban los pechos; en los dedos traía unos sortijones de fuego, y tenía los pies atados al vientre del Dragón en que venía caballera […] y al fin venía un Gimio de un demonio, que con una piedra le quebrantaba los dientes.[[164]](#footnote-164)

Vemos que la moral cristiana de los predicadores alcanza también el Nuevo Mundo, para instruir a las mujeres; en este caso, Ezcaray amonesta a las mujeres de Santiago de Querétaro, en la Nueva España, sobre los trajes, los escotes, los mantos y demás ornatos, que, como buen moralista, considera artilugios salidos del mismísimo infierno para incitar tanto a hombres como a mujeres a pecar.

**Capítulo 2**

**Resplandores y sombras de los afeites. Ambigüedades literarias**

Los tratados moralistas y los teólogos no son los únicos que condenan los afeites y a las mujeres afeitadas. Las mismas posturas veremos en algunos prosistas, poetas y dramaturgos de las épocas en estudio, quienes, además de la condena a los afeites, debaten, ridiculizan y satirizan en sus obras a las mujeres u hombres que los usan. Muchos de estos son tratados clericales y moralistas, pero se les considera textos ficcionales, puesto que su objetivo es tanto aleccionar como entretener. Hay quienes los usan para caracterizar a las damas y aquellos que lo ven más como un tema al sesgo que les permite la diatriba o la sátira; en todo caso, su presencia es sumamente abarcadora en las letras medievales, áureas y virreinales.

**Escritores críticos y maldicientes de los afeites mujeriles**

Heredado de las teorías de la Antigüedad, de la Biblia y la patrística, el concepto de *belleza* en el Medioevo se dividía en exterior e interior,[[165]](#footnote-165) por tanto, estaba muy unido a la noción de *moral*. La belleza exterior es perecedera y a ella se recurrirá para recriminar a las mujeres y recordarles lo efímero de la vida. En algunos textos medievales se le da más importancia a la naturaleza que al artificio, tema sumamente relevante para tratar los afeites. San Agustín decía que la belleza es la armonía de las partes con cierta suavidad de color;[[166]](#footnote-166) para el color se necesita la luz, que es la fuente de la belleza y está relacionada con el calor. La belleza de la piel debe ser fresca y sonrosada, y mantener el justo medio entre la palidez y el enrojecimiento.[[167]](#footnote-167) Los elementos de la estética medieval son color y forma, luz y apariencia exterior, belleza interna y gracia del cuerpo.[[168]](#footnote-168)

**Lírica medieval**

Desde el Medioevo, en la lírica tradicional, las mozas van a lavar sus cabellos a la fuente fría, y se resalta lo natural, además de las justificaciones de la tez morena por estar en la siega, que sigue siendo natural, por encima de la blancura obtenida con los afeites: “Aunque soy morenica un poco,/ no me doy nada:/ con el agua del almendruco/ me lavo la cara”, porque el canon imperante es la tez blanca y los cabellos dorados: “Soles claros son/ tus ojuelos bellos,/ oro los cabellos,/ fuego el corazón”; “Cabellicos de oro,/ cuerpo delgado,/ tus manos son nieve,/ tu pecho mármol”.[[169]](#footnote-169)

En el poema anónimo *Razón de amor* (*v.* 1205), aparece ya en nuestra tradición medieval el prototipo de belleza, en el que predomina el blanco de la tez y el rojo de las mejillas naturales, sin afeites; en cambio, sí aparece el artificio en el atuendo y el lujo con el que se distingue la doncella, quien está tocada con sombrero y lleva guantes, llamados *luvas* en el siglo xiii, los cuales podían ser de diversos materiales, “de cuero, de paño, de lino y de seda”:[[170]](#footnote-170)

Mas vi venir una doncela;

pues naçí, non vi tan bella:

blanca era e bermeia

cabelos cortos sobr’ell oreia,

fruente blanca e loçana,

cara fresca como maçana;

naryz egual e dreyta,

nunca viestes tan bien feyta;

oios negros e ridientes,

boca a razón e blancos dientes,

labros vermeios, non muy delgados,

por verdat bien mesurados;

por la çentura delgada,

bien estant e mesurada;

el manto e su brial

de xamet era, que non d’al;

un sombrero tien’ en la tiesta,

que nol’fiziese mal la siesta;

unas luvas tien en la mano,

sabet, non ie las dio vilano.[[171]](#footnote-171)

En el *Libro d’Alexandre* (siglo xiii),continúa el mismo canon en la descripción de la reina de las amazonas, Talestris, vestida con preciosos paños de seda fina, y muy bien compuesta su cara, en la que predomina el color blanco: “La fruent’ avíe muy blanca”, “Avíe las sobreçejas como listas de seda,/ eguales, bien abiertas”; “La beldat de los ojos era fiera nobleza,/ las pestañas iguales, de comunal grandeza”; “Tant’ avíe la nariz a razón afeitada/ que non podría Apelles reprenderla en nada;/ los labros abenidos, la boca mesurada,/ los dientes bien iguales, blancos como cuajada”; “Blanca era la dueña, de muy fresca color”.[[172]](#footnote-172) Sin embargo, el artificio aparece embadurnado de afeites en la descripción de Venus:

Por mostrar que non eran las otras sus parejas

alcofoló los ojos, tiñós las sobrecejas,

cubrióse de colores blancas e bermejas,

cargó sortijas d’oro en amas sus orejas.[[173]](#footnote-173)

Lo mismo ocurre en el *Libro de buen amor* (silgo xiv). El Arcipreste de Hita es uno de los autores medievales que más y mejor retrata a la mujer y que, además, la tiene en buen concepto:

Si Dios, quando formó al omne, entendiera

que era mala cosa la mujer, non la diera

al omne por compañera nin d’él non la feziera;

si para bien non fuera, tan noble non saliera.[[174]](#footnote-174)

El verdadero retrato de cuerpo entero lo hace don Amor, quien aconseja al Arcipreste que para elegir mujer hay que fijarse primero en la estatura:

Cata mujer fermosa, donosa e loçana,

que no sea muy luenga nin otro sí enana.[[175]](#footnote-175)

Y después detalla el cuerpo y la cara:

Busca mujer de talla, de cabeça pequeña;

cabellos amarillos, non sean de alheña;

las çejas apartadas, luengas, altas, en peña;

ancheta de caderas; ésta es talla de dueña.

Ojos grandes, someros, pintados, relucientes,

e de luengas estañas, bien claras, paresçientes;

las orejas pequeñas, delgadas; páral mientes

si ha el cuello alto: atal quieren las gentes.

La nariz afilada, los dientes menudillos,

eguales, e bien blancos, poquillo apartadillos;

las enzías bermejas; los dientes agudillos;

los labros de la boca bermejos, angostillos.

La su boca pequeña, así de buena guisa:

la su faz sea blanca, sin pelos, clara e lisa […][[176]](#footnote-176)

El retratista se muestra ambiguo respecto al uso de afeites; por un lado, resalta que los cabellos sean rubios naturales, “sin alheña”, y, por otro, pide depilación en las cejas y en la tez: que sea suave, sin pelos, y que los ojos sean pintados y relucientes, es decir, alcoholados y de largas pestañas. Lo pequeño de la cabeza y de las orejas contrasta con los grandes ojos y el cuello largo, como el de doña Endrina; luego procede al cuerpo: ancha de caderas, que no tenga hombros grandes ni brazos delgados, de pechos chicos, y los sobacos “un poco mojados”, lo cual era un “efecto fisiológico entonces reputado como signo de sensualidad, a causa de la teoría de los humores”;[[177]](#footnote-177) piernas pequeñas, proporcionadas, pies chicos. No obstante, el retrato anterior hecho por don Amor es ideal, pues el Arcipreste dice que nunca halló “tal dueña”, aunque logró retratar a una dama elevada y hermosa, cuyas cualidades sí podrían aplicarse a doña Endrina por su talla, su afabilidad en el rostro, su beldad, “su cuello albillo”,[[178]](#footnote-178) y a doña Garoza, a la que por su “alto cuello de garça, y color fresco de grana” se la compara con una blanca rosa cubierta con velo prieto.[[179]](#footnote-179)

En el poema anónimo conocido como *Dança general* o *La danza de la muerte* (siglo xiv), se reprueban los afeites, por lo que las primeras a quienes la muerte convoca a participar en su danza macabra son dos doncellas que los usaban:

IX

A esta mi dança traxe de presente

estas dos donzellas que vedes fermosas;

ellas vinieron de muy mala mente

oír mis cançiones, que son dolorosas.

Mas no les valdrán flores e rosas

nin las composturas que poner solían.

De mí, si pudiesen, partir se querrían;

mas non puede ser, que son mis esposas.

X

A éstas e a todos por las aposturas

daré fealdad, la vida partida,

e desnudedad por las vestiduras […][[180]](#footnote-180)

*La* *danza de la muerte* condena el adorno en general de las mujeres, sea natural con flores y rosas o con afeites, que, aunque no se nombren propiamente, sí aparecen dos de sus sinónimos: “composturas” y “aposturas”. En el manuscrito de El Escorial, estos versos corresponden a las estrofas IX y X; sin embargo, en el texto de Sevilla, de 1520, corresponden a la IX y XV. Tal vez el editor, Juan Varela de Salamanca, colocó en medio unas interpolaciones sobre afeites y emplastos, depilatorios y perfumes, dignas de consignarse aquí por su semejanza con las propuestas de los moralistas acerca del mal olor de la boca o la vejez prematura.

Danza sevillana

IX

A esta mi dança traxe de presente

essas dos donzellas que vedes hermosas;

éssas vinieron muy de mala mente

a oir mis canciones, que son dolorosas.

Ya no les valdrán flores ni rosas

nin las composturas que poner solían.

De mí, si pudiesen, partir se querrían;

mas non puede ser, que son mis esposas.

X

El agua suave e mucho preciada

de solimán que poner solían,

ni la de açucena sin fuego sacada,

la qual poner bien muy pocas solían;

e la de caracoles, que ellas más querían

quando era mezclada con flor de açafrán,

agora, a la fin, no les valerán:

la pena doblada por ellas avrían.

XI

Otras aguas muchas que ellas sacaron

de flor de saúco e çarça florida

e de escaramujo, que con ellas mezclaron

el açúcar candi, según su medida;

albayalde, atíncar e perla molida

con que confacionan sus afeites vanos,

el agua de yedra, que es para las manos,

darán testimonio de su mala vida.

XII

El emplastro fuerte e confacionado

con pez e cera, así como ungüente,

e con trementina después adobado

con que acostumbran pelarse la frente,

y el antefique, que es más aplaziente

para pelar cejas sin ningún dolor,

espejo de azero, que es el mejor,

no arán con ellos ya buen continente.

XIII

Todos los perfumes aquí cessarán,

e aguas olientes de muchas maneras,

almizque, algalia; ya no traerán

mosquete ni mudas ni alcoholeras;

agua de hortigas e de cañas veras,

de malvas e uvas, e flor de sentiene,

que tornan los dientes más blancos que nieve,

quedaron al mundo e vienen seneras.

XIV

Todas estas cosas les traen gran daño,

ca hacen los dientes luego empodreçer,

si quier no les ponen en el rostro paño

e antes de tiempo mucho envejescer;

arrugan la cara e hacen oler

la boca muy peor que confecho.

Pues del mundo ovieren aqueste provecho,

esto que se sigue de mí han de aver:

XV

A ellas e a las otras por composturas

dare lealtad terrible e perdida,

y darles he por las vestiduras

llama de fuego triste e dolorida;

e por los palacios daré, por medida,

sepulcros oscuros d’dentro hedientes,

e por los deleites, gusanos royantes

que royan e coman su carne podrida.[[181]](#footnote-181)

En otros poemas satíricos, como las *Coplas del Provincial* (1465-1466), que pretenden “la destrucción moral de Enrique IV y sus favoritos”,[[182]](#footnote-182) a estos últimos se les tacha de cornudos, de ardor o de frialdad sexual, de afeminados, de conversos o de judíos; las damas, ya sea por adúlteras o por rameras, no se quedan a la zaga, empezando por doña Juana, la esposa de Enrique IV, a la que se injuria para desprestigiarla a través del uso de afeites y postizos, además de tildarla de hechicera:

A ti, diosa del deleite,

gran señora de vasallos,

dícenme que tienes callos

en el rostro del afeite,

y que vuestra señoría

tiene tres dientes postizos,

que sabe mucho de hechizos

y estudia nigromancía.[[183]](#footnote-183)

Hay otra dama afeitada desconocida por la que se pregunta, según Rodríguez Puértolas, probablemente la esposa de Diego Hurtado de Mendoza, montero mayor de Juan II, aunque más bien sería la esposa del tesorero:

¿Quién es la dama afeitada?

A vos digo, fray Montero:

la de nuestro tesorero,

que anda en vida embalsamada.[[184]](#footnote-184)

Los siguientes poemas medievales demuestran la pericia y el conocimiento que los autores tenían del tema de los afeites: el poema anónimo “Querella entre el viejo, el amor y la hermosa” (siglo xv), en el que el Amor le pregunta al Viejo:

¿Quién los suaves olores,

los perfumes, los azeites?

Y ¿quién los dulces sabores,

las agradables colores,

los delicados afeites?

¿Quién las finas alconzillas

y las aguas estiladas?

¿Quién las mudas y cerillas?

¿Quién encubre las manzillas

en los gestos asentadas?[[185]](#footnote-185)

Y en el de título semejante, atribuido a Rodrigo Cota (siglo xv), se enumeran todos los remedios para estirar las arrugas, para cambiar los viejos dientes por nuevos o para teñir cabellos; con esto terminamos este breve paseo por los afeites en la lírica medieval.

Yo hallo las argentadas,

yo las mudas y cerillas,

luzentoras, unturillas,

y las aguas estiladas;

yo la líquida estoraque

y el licor de las rasuras,

yo tan bien cómo se saque

la pequilla, que no taque

las lindas acataduras

yo mostré retir en plata

la vaquilla y alacrán,

y hazer el solimán

qu’en el fuego se desata […]

Yo hago las rugas viejas

dexar el rostro estirado

y sé como el cuero atado

se tiene tras las orejas,

y el arte de los ungüentes

que para esto aprovecha;

sé dar cejas en las frentes,

contrahago nuevos dientes

do natura los desecha.

Yo las aguas y lexías

para los cabellos roxos,

aprieto los miembros floxos

y do carne en las enzías.[[186]](#footnote-186)

**Dos obras señeras en el maldecir de los afeites y sus epígonos: *La Celestina* y *El Corbacho***

Alfonso Martínez de Toledo, en el *Arcipreste de Talavera o Corbacho* (1498), declara furibundamente su misoginia no solo a lo largo de toda la obra, sino que, además, dedica la segunda parte a “los vicios, tachas e malas condiciones de las malas e viciosas mugeres”. Las denuesta, increpa, sermonea e insulta: “¡O malditas, descomulgadas, disfamadas, traidoras, alevosas, dignas de todas byvas ser quemadas”, o bien pone en boca de otras mujeres los males que les achaca. Un moralista tan severo no podía pasar por alto el tema de los afeites. Ya vimos en el capítulo anterior a la envidiosa quejándose de la dama elegantemente vestida, perfumada, “safumada, almiscada”, con “luas forradas de martas” y bien afeitada, con “las cejas algaliadas, reluciendo como espada”. Este misógino es capaz de invadir el espacio privado femenino y penetrar en los tocadores de las mujeres para describir con lujo de detalles lo que encierran sus arcas y cofres llenos de telas diversas, variedad de joyas y algunas herramientas para peinarse o hacerse la raya, depilarse o acicalarse: “espejo, alcofolera, peyne, esponja con la goma para asentar cabello, partidor de marfil, tenazuelas de plata para algund pelillo quitar sy se desmostrare, espejo de alfinde para apurar el rostro, la saliva ayuna con el paño para lepar”. Después enumera los utensilios donde guardan los afeites: “ampolletas, potezillos, salseruelas donde tienen las aguas para afeytar, unas para estirar el cuero, otras destiladas para relumbrar; tuétanos de ciervo, de vaca y de carnero”.[[187]](#footnote-187) Se adentra incluso en la cocina, porque informa cómo fabrican recetas para obtener el jabón napolitano, “con reñonadas de ciervo”; en realidad, se trata de un sebo o crema para las manos y no de un jabón:

Destilan el agua por cáñamo crudo e ceniza de sarmientos, e la reñonada reyida al fuego échanla en ello quando faze muy rezio sol, meneándolo nueve días —al día una hora— fasta que se congela e se faze xabón que dizen napolitano. Mezclan en ello, almisque e algalia, clavo de girofre, remojados dos días en agua de hazaar, o flor de azahar con ello mescalado, para untar las manos, que tornen blandas como seda.[[188]](#footnote-188)

Se explaya sobre las diferentes aguas que saben hacer para estirar las arrugas del pecho y de las manos; el agua fuerte que obtienen del “solimad de la piedra de plata, fecha con el agua de mayo”. Las increpa como “malditas” y como “diablos”, y les advierte que muchos hombres saben sus secretos, recetas y “poridades”, y que no pueden engañar a nadie, porque además muchos han escrito sobre ellas y sus arreos; entre ellos, cita a su fuente directa, Boccaccio. Algunas de las indiscreciones con las que quiere sorprender a sus lectores son los postizos que guardan en los cofres: “cabelleras, azerufes, rollos de cabellos para la cabeça”[[189]](#footnote-189) y todo tipo de potingues, como aceite de pepitas y de alholvas con simientes del fruto del níspero para ablandar las manos; el almizcle y la algalia para las cejas y los sobacos, y el cinamomo y los clavos de giroflé para el buen olor de la boca.

En *La Celestina* (1499), Fernando de Rojas se muestra claramente reacio al uso de afeites, no solo por los pasajes de las mozas envidiosas —que vimos en el capítulo anterior—, destinados a provocar el asco, sino, además, porque Calisto alaba la belleza de Melibea como pura y sin el artificio de los afeites: “Sólo un poco de agua clara con un ebúrneo peyne basta para exceder a las nacidas en gentileza”,frente a las que

[…] consumen sus vidas, comen sus carnes con envidia, danles siempre crudos martirios, pensando con artificio ygualar con la perfición que sin trabajo dotó a ella natura. Dellas pelan sus cejas con tenazicas y pegones y cordelejos; dellas buscan las doradas yerbas, rayzes, ramas y flores para hazer lexías con que sus cabellos semejasen a los della las caras martillando, envistiéndolas en diversos matizes con ungüentos y unturas, aguas fuertes, posturas blancas y coloradas.[[190]](#footnote-190)

No es menos brillante y bien estructurado el pasaje en el que Pármeno define a Celestina ante Calisto a través de sus múltiples oficios, entre los que destaca el de maestra de hacer afeites. Comienza con los perfumes, los recipientes que usa para trabajarlos: “una cámara llena de alambiques, de redomillas, de barrilejos de barro, de vidrio, de arambre, de estaño, hechos de mil faziones”; luego enumera una cantidad prodigiosa de afeites, que consigue estilísticamente a través de la *amplificatio*. En esta obra es tal vez donde más sinónimos encontramos de afeites, los cuales llegan a constituir por sí solos un glosario: “afeyte cozido, argentadas, bujelladas [por el recipiente, bujeta, donde se hacía el afeite], cerilla, unturillas, lustres, luzentores, clarimientes, alvalinos”;[[191]](#footnote-191) Calisto añade: ungüentos, unturas, aguas fuertes, posturas blancas y coloradas. La enumeración sigue con las aguas de rostro, las aguas para oler de variadas flores, las lejías para enrubiar cabellos, los untos de animales, los aparejos para baños de hierbas y raíces, y acaba con los aceites para el rostro: “de estoraque y de jazmín, de limón, de pepitas, de violetas, de menjuy, de alfócigos, de piñones, de granillo, de açofeyfas, de neguilla, de altramuzes, de arvejas y de carillas y de yerba paxarera”.[[192]](#footnote-192) En cuanto al instrumental para los afeites, aparecen las tenacicas para pelar las cejas, los pegones y los cordelejos, así como las llanillas o espátulas con las que se aplicaban los afeites.[[193]](#footnote-193)

*Repetición de amores* (1497), de Luis de Lucena, es una de las obras del siglo xv dedicadas a la querella de las mujeres y epígono de *La Celestina,* además de seguir otras fuentes como la *Sátira VI*, de Juvenal, y *E*l *Corbacho*, de Talavera.[[194]](#footnote-194) Uno de sus principales argumentos contra las mujeres versa, precisamente, sobre los afeites, mudas o blanduras, como los llama Lucena. Se refiere al color de los labios, de los ojos, a diversas aguas, que conforman un verdadero catálogo de afeites:

Dime ¿para qué se affeyta la mujer? —pues el marido a la noche no puede gozar de besarla sin que se engrude la boca y ensuzie la cara con las cosas que se pone para agradar de día a sus amigos— que ni dexan leche de burras y ungüento argentado, ungüento cetrino, lanillas, mudas, blanduras, agua de solimán, agua de rasuras, aguas serenadas, aguas de pámpanos, de calabazas, azeite de mata, de uevos, de trigo, de pepitas, de almendras amargas, dormideros, albayalde, solimán, alcanfor, borrax, esclarimento, atíncar, lanzarotes, angelotes, Brasil, arina de avas, altramuces, judiuelos, hava de mar, garbanzos negros, neguilla, alcohol y atutía y color y grana de escarlata para adobar los labios.[[195]](#footnote-195)

Inmediatamente, se afilia al presupuesto moralista del atrevimiento a mejorar la creación divina: “O qué locura tan grande de las semejantes que dessean ser hermosas, y trabajan mudar sus figuras demonstrando que Dios no supo formarlas”,[[196]](#footnote-196) con lo cual se coloca en el mismo rango condenatorio que Martínez de Toledo, aunque sin llegar al insulto.

**Didactismo misógino: cuentos, proverbios y máximas**

En la literatura sapiencial o doctrinal, de acuerdo con Marta Haro, por tratarse en ella “los principios básicos que rigen la conducta humana y sus consecuencias morales”,[[197]](#footnote-197) es normal que abunden los proverbios, consejos, colecciones de máximas y cuentos referidos al afeite de las mujeres, tal y como aparecen en las traducciones castellanas de obras de sentencias orientales. En *Poridat de poridades*, de mediados del siglo xiii, Aristóteles le describe a su discípulo Alexandre “Las fechuras de los omnes” y, de acuerdo con la complexión, la abundancia de cabellos y su color, la barba, los ojos, el tamaño de las mejillas, la frente o la barbilla, se desprenden cualidades morales: si son desvergonzados, envidiosos o traidores. En el capítulo dedicado al “ordenamiento bueno en pensar del cuerpo” para no acudir al médico o para “escusar el físico”, se recomienda andar cada mañana, bañarse en agua fría y vestirse con paños limpios y usar “cosas que huelan bien según pertenece al tiempo en que estades; assy cada tiempo, que la buena olor gobierno es del alma espirital”; además, aconseja a Alexandre cómo retrasar las canas echando polvos en la nariz para purgar la cabeza “e fazervos a muy gran pro en abrir las carreras çerradas del celebro, et esforçara la cara e los sentidos, e fazer uso a tardar las canas”.[[198]](#footnote-198)

El *Libro de los buenos proverbios* (finales del siglo xiii y principios del xiv), con gran número de manuscritos en las tres culturas, árabe, hebrea y castellana, y con algunas de sus partes interpoladas en la *General estoria* de Alfonso X el Sabio, fue una obra bastante difundida y consultada por príncipes y humanistas cristianos, para la educación de los jóvenes, para ilustrar sermones y para engrosar la literatura misógina del siglo xv.[[199]](#footnote-199) En él podemos encontrar el mismo ejemplo sobre los afeites que en *Bocados de oro*, cuyos castigos sobre la mujer están puestos en boca de Sócrates en ambas obras: “Vio Socrat una muger que se afeitava mucho e dixo: ‘Éste es fuego que acresçe siempre en su leña, troa que se encendrá e fará grant llama y averse à de mesturar la su lumbre’”.[[200]](#footnote-200) Y en el capítulo XI de *Bocados de oro*: “E vido una muger que se afeytaua, y dixo: La muger es tal como fuego que por mochiguar la su leña cresçe la su calentura. Cómo denuestas las mugeres, si no fuesse por ellas no serías tú ni los sabios que son tales como tú”.[[201]](#footnote-201)

Pero los afeites concernían tanto a las mujeres como a los hombres, igualmente denostados, como los viejos que se tiñen las barbas, los cuales aparecen en las enseñanzas de Diógenes del *Libro de los proverbios*: “E vido un omne viejo que se tinxo la barba e dixo: Tú varón, ahé que encubres tus canas con tintura pues ¿cómo podrás encobrir tu vejedat?”[[202]](#footnote-202)

En *Castigos y doctrina que un sabio daba a sus hijas* (siglo xv), se conmina a las mujeres a ser honestas, para lo cual no deben usar los “afeytes demasiados” porque al añadir o enmendar algo a la imagen de Dios se le está ofendiendo. Este tipo de literatura didáctica repite los presupuestos de los Padres de la Iglesia: Crisóstomo, san Bernardo, san Jerónimo, y aconseja:

[…] los afeytes de que nuestro sennor se paga es que andedes linpias y vos lavedes con buenas aguas, por que no desagays su ymagen y no dedes causa a los estrannos que vos tengan por desonestas y a vuestros maridos en poco por oslo consentir. Y lo peor es que el diablo las enganna a estas tales, que les haze entender que parecen muy hermosas y muy moças aunque son viejas. Y muchas vezes los que las miran se están riendo y haziendo burla dellas, y las mezquinas piénsense que están espantados de su hermosura.[[203]](#footnote-203)

Una de las mejores maneras para convencer en el discurso que se está tratando es distraer al auditorio con alguna anécdota, no siempre con el afán de que sirva de *exemplum*, sino por el mero hecho de entretener; por ejemplo, sobre los afeminados que usan copetes, Jiménez Patón cita un cuento de Celio Rodiginio:

Y es que vn demonio auiéndose entrado en el cuerpo de vn hombre en Italia, preguntándole el exorcista el nombre (como es costumbre) no tuuo otro más a su propósito, que *Cincinatulus*. Cincinnatulo dixo que se llamaua, que fue dezir guedexudillo, atufadillo, capetego y cogotillo. Este nombre escogió, según lo qual a los que vsan este abuso podemos llamar demoñuelos.[[204]](#footnote-204)

Las maneras de aproximarse al tema de los afeites pueden ser variadas, pero no hay misógino, español o extranjero, como en este caso, que se resista a tratarlo usando diferentes géneros. El *prodere e delectare* horaciano es la fórmula que usa Leon Battista Alberti, un moralista italiano de finales del xvi que construye un cuento fabuloso en el capítulo X de su obra latina *El Momo: la moral y muy graciosa historia del Momo*, para plantear los vicios y virtudes a través de la figura de un mofador, un truhan cizañero que solía estar en los palacios malmetiendo a unos con otros y pregonando las tachas que tenía cada quien. En el prólogo, Alberti cita a Heliodoro, quien, en su *Theogonia*, dice que Momo “fue hijo de la Noche, hermano de la Muerte y del Sueño”. El personaje es una suerte de diablo tentador, que se aparta del mundo de los dioses y baja a vivir entre los hombres, urdiendo embustes y maldades y tomando diversas figuras o, como él dice, “poner en mi cara quantas fazes yo quisiere”: la de un poeta filósofo o la de una doncella fea que se afeita y convence a otras doncellas de afeitarse; de esta manera, lo gracioso de la corteza encierra una gran moral filosófica y se aprovecha más la lectura. Dividida en cuatro libros, la obra —de acuerdo con el prólogo del autor— corresponde a las de educación de príncipes. Este cuento sería, como todos los demás capítulos, una fábula alegórica para mostrar el camino de la virtud y huir de los vicios:

Cómo apartado Momo de la Virtud, tomando la figura de vna donzella, enseñó a las otras a afeytarse, y hazer votos a los dioses.

[…] auía una donzella allí, hermana de Thersites, la más conocida de todas por su estraña y notable fealdad, la qual por estar enferma de itericia se auía ydo a la aldea, por recrearse y curarse. En esta pues se conuirtió Momo, y juntóse con todas las otras doncellas que a caso entonces se auían juntado en la calle y plaça, mostrando su rostro, no, como antes, descolorido y verde, lleno de paño y suzio, sinno buelto casi por algun milagro, blanco y colorado con vna muy gentil tez y lustre y buena gracia, componiendo con su (fol. 32v) gracia y gentil mano sus dorados cabellos que no solían serlo. Con gran envidia las otras doncellas se preguntauan de donde, o como esta Thersitea, que solia ser la mas fea y abominable moça del mundo, ha amanecido tan presto tan hermosa? Momo entonces fingiendo vn gesto muy delicado y amoroso, dixo: venid aca mis amores, mis niñas, y estadme atentas, si teneys lugar, que os quiero dezir vna cosa que os sera muy agradable y provechosa, que os quiero yo enseñar, como tambien vosotras podays aderezaros y hermosearos los rostros como yo, y tanto saldra cada una de vosotras mas hermosa, que yo agora estoy, quanto antes lo era mas que yo lo estaua; lo que si los mesmos dioses, que tan gran merced me hizieron, no me ouieran mandado que assi lo hiciese (que yo os quiero confessar mi pecado) por ventura yo me lo callara para mi sola, gozandome yo a mis solas deste contentamien (fol. 33r) to y gloriandome con este triunfo de salir mas hermosa y aderezada que todas las demas. […] Con esto que Momo dixo, no se puede dezir, quan ligeramente todas aquellas doncellas se le pusieron muy atentas con vn estraño desseo de oyr y aprender aquella arte […] La dorada Aurora vino a mi entre sueños y me enseño de que manera yo me hiciese mudas pora el rostro, y como después con solimán y aluayalde, y otras cosas que vosotras más después sabréis, me afeytasse (fol. 34v) y adobasse el rostro, y como en sus convenientes lugares sobre ello me pusiesse esta hermosa color que veys que traygo en mis mexillas y labrios, y como hiciese lexias con açafran y salitre, en que esponjandome enrrubiasse mis cabellos […] Despues de contada esta mentira, aderezo Momo las vnas y las otras muy curiosamente, y enseñolas, y dexolas maestras del arte, como se afeitasen y pintasen los rostros, y pechos, pero auisolas que lo hiziessen en secreto, para que los hombres no lo aprendiessen, y lo vsassen ellos tambien, y para que las malacondicionadas y enojosas madrastras no lo sintiesen.[[205]](#footnote-205)

Otra anécdota trae a cuento el jesuita Gaspar de Astete y se la atribuye a Galeno en su libro *Exortatio ad bonas artes*:

Que una valerosa muger, y en gracia, discreción y hermosura señalada, llamada Phrina, estando en un combite donde hauian venido otras muchas damas de su ciudad, para mas regozijar el combite ordenaron después de cena un juego (como es costumbre[)] de que cada una de las damas fuesse una vez la reyna, y mandasse lo que quisiesse y las demas la obedeciesen: pues como le viniesse por su tanda a Phryna su reynado, y huuiesse de mandar a las demas, queriendo (como era ella honesta y bien compuesta) dar en rostro a las demas, la vanidad de los afeytes y galas que trayan, mando poner en medio de la sala un gran perol de agua clara, y que todas una por una lauassen en el sus rostros y manos, y se enxugassen con una toalla. Y porque ninguna se saliesse afuera y dexasse de cumplir lo que mandaua, començo ella la primera a lauarse y enxugarse, con lo qual el rostro de Phryna (que era hermoso, y no con postizos afeytes, sino con lauarlo con agua pura, parecio qual solia ser, hermoso y agradable, mas los rostros de las otras damas, parecieron quales solian ser sin afeytes) feos, y que ninguno sin verguença las podria mirar. De donde parece, que los afeytes postizos, y los atauios con que las mugeres se adornan, mas son para affrenta y confusion, que para gloria de las que los traen.[[206]](#footnote-206)

El padre fray Antonio de Ezcaray gusta de narrar cuentos de demonios y mujeres, de los que da siempre su fuente. Veamos dos de los muchos que aduce: el primero, tomado del *Espejo de los exemplos* (fol. 65, *exemplo* 20):

Una muger muy amiga de galas se vistió un día dellas, y delante de mucha gente enamorándose de sí propria, dixo: *Yo he de morir con tanta bizaría? Pues ven luego diablo, y llévame al Infierno.* Y apenas acabó de dezir esto, quando fue arrebatada de los demonios, que la llevaron a los calabozos infernales. Y la causa de vestirse de gala, y componerse, fue porque estaba enferma, y para alegrarse pidió a su madre le diesse sus vestidos, y afeytes.[[207]](#footnote-207)

El segundo es una referencia del padre fray Antonio de la Anunciación (2ª parte, libro 4, cap. 30) sobre una mujer que se fue a confesar en París y el religioso le dijo:

Mire señora, que no quisiera que el adorno, que trae en su persona, fuesse causa de desagradar a Dios nuestro Señor: mire que todas esas pompas, y adornos son armas del demonio para robar las almas, y quitarles a Jesu Christo. La muger entonces con el temor de Dios respondió: Padre mio, si yo supiera, que el adorno, que traygo, no fuesse del servicio de Dios nuestro Señor, me lo quitaria luego; pero bien sabe su Divina Magestad que todo mi adorno es por buen fin, y bien parecer: y si algo de lo que llevo es del gusto del demonio, le doy licencia para que aquí en publico me lo quite. Caso raro! Apenas dixo esto quando luego apareció una sombra, y a vista de todos le quitó las joyas, sarcillos, y galas, dexandole solo la tunica interior. No porque no fuesse suya por lo profano, si [*sic*] porque quedasse con alguna decencia en el Templo de Dios, y se oyó en la Iglesia una voz del demonio que dezia: Estos son los lazos, las redes y las vanderas con que cazo las almas, y me las llevo a el infierno.[[208]](#footnote-208)

**Visiones del más allá y sátiras misóginas**

Además de pertenecer a la literatura de visiones del infierno y purgatorio, podemos enmarcar *Lo somni* (1398-1399), de Bernat Metge, como prosa de debate sobre las mujeres, al menos el libro tercero, influido por *Il* *Corbaccio* de Boccaccio. En él, Tiresias, por haber experimentado ambas naturalezas, la masculina y la femenina, explica que la lujuria de la mujer sobrepasa tres veces la del hombre y, por ello, el personaje es castigado por Juno, quien lo priva de la vista. Su discurso misógino comienza, precisamente, con los afeites que se fabrica el linaje femenino para embellecerse y seducir a los hombres; igual que los Padres de la Iglesia, Metge acude al asco de los afeites y a los malos olores que desprenden y deben ser suplidos por “aguas, perfumes, algalia, ámbar y cosas aromáticas”. Describe los aposentos femeninos como laboratorios con alambiques y hornillos donde las mujeres aprenden a destilar y a hacer ungüentos, para lo cual conocen las propiedades de las hierbas y otros productos: “de los higos secos, de la yema de huevo, del pan fresco amasado con harina pura, de las habas secas y de su agua, de la sangre y manteca de diversos animales y de la leche de burra”.[[209]](#footnote-209) El libro cuarto es la respuesta a Tiresias sobre los males que ha dicho de las mujeres, contrarrestándolos con las manías de los hombres. La alabanza al género femenino vendrá en boca del autor, reivindicando a la Virgen María como redentora del género humano, como es usual en estas polémicas; de igual manera, mediante el tópico de *De claris mulieribus*, rescata a una serie de mujeres que se han destacado por su valor: las *virgines bellatrices*, así como otras que sobresalieron por su ingenio, además de las mujeres bíblicas y algunas reinas contemporáneas del autor. Acaba su alegato con los afeites de los hombres, quienes no son menos presuntuosos que las mujeres por teñirse las canas y por usar “algalia, ámbar, perfumes y aguas olorosas […] y llevan alcandoras bordadas y perfumadas como si fuesen doncellas que buscasen marido”. Entre los principales defectos, destaca el tiempo que invierten en arreglarse la ropa y en “peinarse el cabello que habrán llevado toda la noche prensado, lavarse la cara con aguas de olor, mirar si están como el día anterior, ponerse en el cuello cadenas, cascabeles y esquilas, y ligas en las piernas, tardarán tres horas”.[[210]](#footnote-210)

De la poesía valenciana hay una obra que comparte la misma misoginia en los debates sobre la condición femenina: *El espejo o Libro de las mujeres* (1460), de Jaume Roig, quien, desde la tercera parte del prefacio, tiene presente el tema de los afeites cuando anuncia que a las mujeres “El depilador, mudas, pinzar, y el azufrar al rayo de sol en julio, les es agradable”.[[211]](#footnote-211) Tratado moral con afán enciclopédico, *El espejo* se escuda bajo el recurso de las memorias de un viaje de búsqueda, primero, y de peregrinación, más tarde, para ir desprestigiando a todas las mujeres que encuentra en su camino, empezando por su madre; mujeres que envenenan a sus maridos, alcahuetas, adúlteras, endemoniadas, incluso a su propia esposa, con la que se ensaña en los mismos aspectos que los misóginos que se recrean en la menstruación femenina: “apestaba cuando le venía su ordinario: sin pensar más, se llenaba piernas y muslos, las medias flojas. Si se metía trapos, con tal olor y tal olor, que sólo Dios sabe, los lanzaba por los rincones, bajo los muebles, entre la paja. No le importaba ni un as quién los encontrase; los dejaba allí donde caían”.[[212]](#footnote-212) Inmediatamente, el asco del periodo menstrual lo liga con el asco de los afeites:

Sólo tenía bajo llave su pequeño cofre, repleto de girofle y de droguería. En algún rato espiaba las averías de su persona; pastaba con muda, aceite de ruda y de enebro, polvo de jengibre, miga de almizcle. Con unto de hollín o de herrumbre, y con cierto color rojo, que sacaba de unas tacitas, se untaba morros y cejas, ¡Cuánto más se untaba, yo más asco sentía! Se reía con miedo de romperse el pintado.[[213]](#footnote-213)

Al final, cuando se separan, y dolido por todas las deudas que su mujer contrajo con plateros, peleteros y boticarios, la venganza del narrador será acabar con los cosméticos: “rompí su cajón lleno de escudillas y botellines, barriletes y tarritos; y le quité todos sus adornos, vestidos, sortijas, pulseras, velos, mantellinas”. En la descripción de todas las mujeres con las que se relaciona, aparece —aunque sea superficialmente— el tema de los afeites: la viuda que le recomiendan “nunca se barniza”; la monja había aprendido en el convento a hacer y repartir “perfumes, pebetes; cordones, frasquitos, trenzas, bolsitas; flecos y hebras”. Salomón, en el libro tercero, le dice que las mujeres son brillantes porque van llenas de afeites y pinturas: “aunque no tienen dientes; llenas de alcohol, pero de ojos desorbitados; por blanquearse pierden el oído y el olfato por el azufre”, con el que se confeccionan los potingues. La misoginia impregna todo el libro, y los afeites son uno más entre los múltiples motivos que llevan a este viejo médico valenciano a renegar de las mujeres, desacatando incluso el juramento hipocrático, porque jura nunca ayudarlas “aun cuando estuvieran muriéndose de frío o congeladas, o de sed o de hambre (tanto las desamo), aunque las hiriese o las quemase un rayo”.[[214]](#footnote-214)

**Poetas del siglo xv**

Es muy conocida la querella literaria de las mujeres, en este siglo, entre los misóginos seguidores del Arcipreste de Talavera y los filóginos o defensores de las mujeres, quienes dedican sus tratados a la reina doña María, la primera esposa de Juan II. Entre los poetas maldicientes de mujeres, destacamos, en primer lugar, al catalano-aragonés Pere Torroella, con su obra *Quien bien amando persigue*, mejor conocida como las *Coplas de las calidades de las donas* o *Maldezir de mujeres*:

IX

Sintiendo que son subjectas

e sin nengund poderío,

a fin d’ aver señorío,

tienen engañosas sectas;

entienden en afeitar

y en gestos por atraer;

saben mentir sin pensar,

reír sin causa et llorar,

e aun enbaidoras seer.[[215]](#footnote-215)

Más tarde, escribe una defensa de las damas contra los maldicientes para reivindicar la escritura de sus coplas, y alude a la estancia novena para justificar la conducta de las mujeres que usan afeites a causa de los hombres, con el siguiente razonamiento: “Que ellas veyéndose sobjectas, maltractadas e menospreçiadas de los hombres, se trabajen con polidos afeites, con atractivos gestos e con muchos abillamentos fazerse placer a quien las señorea, digo que es bien. Ca ningunas otras armas quedan a su vençida delicadez para redreçar su libertad e defenderse de los viriles denuestos sino aquellas que les ha dexado Amor”.[[216]](#footnote-216)

De acuerdo con Francisco Rodríguez, un editor de la obra de Torroella, este argumento irónico trata de rebatir una de las críticas más frecuentes en los tratados misóginos: el uso de cosméticos como una de las armas que ha dejado Amor a las mujeres, como ya lo decía Ovidio en su *Ars Amandi*.[[217]](#footnote-217)

En otro de los textos estudiados por Emily Francomano, la editora tanto de los poemas de Torroella como de *Grisel y Mirabella* de Juan de Flores, donde el mismo Torroella es un personaje que disputa contra Braçaida acerca de las mujeres, Torroella le responde a Braçayda que las que se arreglan dan más ocasión que otras para amar:

Y allende de la fermosura que naturaleza vos dio: buscáis ricos vestidos, joyas y afeites. Por más dorar lo dorado. Pues esto al fin que se faze: bien claro es. Que por cierto el vuestro pomposo atavío: es a nosotros más deleitosa rueda: que la del pavón a la pava. Y aun por esto se suele decir: “La cosa del mundo más bella es ver damas de rico aparato”. Lo que a nuestro propósito traigo. Pues nuestra quistión es quál más causa da al otro del amor. Y esto agora manifiesto se prueba: que la más y mayor guarnida más ocasión trae del amar. Y a esto no es razón que contradiga.[[218]](#footnote-218)

Otro poeta del cuatrocientos es Hernán Mexía, un capitán de la época de Enrique IV, que escribió, según dice, por mandato de unas damas: *Otras suyas en que descubre los defectos de las condiciones de las mugeres, por mandado de dos damas, y endereça a ellas estas primeras*, en donde describe la manera de acicalarse sin bajarlas de pecadoras a causa de los afeites y de los miles de cambios que hacen por vanidad y deseos:

Son deseosas, ufanas,

amigas de mal hazer;

vanagloriosas, vanas,

presumiendo de galanas

por mejor mal cometer;

con falsos desembaraços

y maneras imperfetas,

dellas descubren pedaços,

ya los ombros, ya los braços,

ya los pechos, ya las tetas.

A fin de hallar consejo

que les dé más aparato,

más belleza y aparejo,

aquell negro dell espejo,

danle mil vueltas al rato;

ya se ponen y desponen,

ya s’añaden más arreos,

descompónense y componen;

en esta guerra las ponen

los pecadores desseos.

Trastornan sus atavíos

cada ora en muchas guisas

con afeites tan baldíos,

empero sus desvaríos

siempre las tienen devisas;

pruevan el reír a miedo,

pruévanlo suelta la boca;

el semblante triste o ledo,

toman con la lengua quedo

las puntillas de la toca.

ya se trançan los cabellos,

ya los sueltan, ya los tajan,

mil manjares hazen dellos,

van y vienen siempre a ellos

sus manos que los barajan;

crescen y menguan las cejas,

súbenlas, díscenlas breve;

tórnanse frescas las viejas,

las amarillas, bermejas;

las negras, como la nieve.

Destos modos tan discretos

no sé dó hallan tesoro;

veo los cabellos prietos,

quando me cato, perfectos

como ruvias hebras d’oro.[[219]](#footnote-219)

El franciscano fray Antonio de Medina, en sus *Coplas contra los vicios y deshonestidades de las mujeres*, se muestra como un escritor grave y severo que acentúa su difamación contra la condición femenina con el recurso de la anáfora del demostrativo y del adjetivo *negro*:

Aquestos negros deleites,

aquestos negros placeres,

aquestos negros afeites,

aquestos negros aceites,

aquestos negros traeres,

aquestos negros brocados,

aquestos negros briales,

aquestos pechos mirlados,

so los quales encerrados

son los fuegos infernales […]

Aquesta color negrilla,

este albayalde rabioso,

aquesta negra centella,

aquesta pura mancilla,

deste deleite vicioso […]

Esta negra cortadura

de cabellos en la fruente,

aquesta negra pintura,

esta fea hermosura,

aqueste triste accidente,

este negro presumir,

aquestos negros acordes,

aqueste negro reír,

este negro mal parir

por los negros de los bordes […]

aquestas negras burletas,

estas negras punzonadas,

estas negras donzelletas,

estas negras de caxetas

de solimán abastadas,

este negro motejar

de personas indiscretas,

este negro coplejar,

este negro cortejar

destas negras alcahuetas […]

Fin

¡O ciega y muy triste ufana!

¡O sobrada lozanía!

d’aquesto gente cristiana

usan de la gloria vana,

la qual de Dios los desvía.

¡O triste, negros d’afeite,

no te pueden enfrenar

daqueste firviente aceite,

que por un breve deleite

quieres contino penar.[[220]](#footnote-220)

En sus *Coplas a reverencia de San Juan Bautista y del misterio de la santa visitación que la reina del cielo hizo a santa Isabel*, dedicadas al rey Fernando, fray Ambrosio Montesino, quien escribió sus obras entre 1485 y 1508, dedica unos versos a la “Doctrina y reprehensión de algunas mujeres”: a las doncellas las llama “ventaneras” y “trotahuertos”, y a la “bendita honestidad” le pide:

Notifica tú a la dama

que se afeita y toma dones

que es ya trompeta que llama

al combate de su fama

los varones.

Los requiebros e las mudas,

las cartas, las embajadas,

¿qué son sino llagas crudas

de navajas muy agudas

en las famas delicadas?[[221]](#footnote-221)

Y reprende a las viudas por no guardar el debido luto a los maridos:

Mas la viuda cejihecha

que por calles se derrama

a perderse va derecha,

porque a todos da sospecha

de la muerte de su fama;

traen guantes engrasados

y perfumes encendidos,

mas no cabellos mesados

a los maridos pasados

bien debidos.

Otras hay de torzalejos

y de tocas azufradas

que por libros han espejos,

por curar defectos viejos

de sus caras estragadas;

e do les faltó conduto

no con seso arrebatado,

que no pase mucho luto

Sin que den doblado fruto

Adelantado.

¡Qué deseos tan sobrados,

dar color a los carrillos,

que después de arrebolados

parecen perros asados,

bermejuelos y amarillos,

porque se pueda juzgar

de la carne de estos huercos

que ya quieren empozar

la viudez por más gozar

de sus cuerpos![[222]](#footnote-222)

Y en el *Tratado de la vía y penas que Cristo llevó a la cumbre de Gólgota que es el monte de Calvario*, dedicado adoña Guiomar de Castro, duquesa de Nájera, entra directamente a atacar los afeites de las damas cortesanas, y les propone como espejo que se miren en la Virgen.

Terminamos este apartado con un indeciso, fray Íñigo de Mendoza, quien, en su *Vita Christi* (*c*. 1483), tras debatirse entre alabar a las mujeres o vituperarlas, compone un poema con veinticuatro coplas, de las cuales doce las alaban y doce las denigran:

O monjas vuestras mercedes

deuen de circuncidar

aquel parlar a las redes

el escalar de paredes

el continuo cartear

aquellos çumos y azeytes

que fazen el cuero tierno

aquellas mudas y afeytes

aquellos torpes deleytes

cuyo fin es el infierno.

Asy que damas vos queda

de la belleza sobrada

sy razon no la gouierna

que por su causa se hereda

después de vida penada

espantosa muerte eterna

y quédaos del solimán

y del alconzilla fina

otros donosos provechos

mucho fuego de alquitrán

y mucha pez y rezina

por el rostro y por los pechos.[[223]](#footnote-223)

Finalmente, en la *Historia de la question y diferencia que ay entre la razon y sensualidad sobre la felicidad y bien auenturança humana*, la razón increpa a la sensualidad:

O vil y torpe deleyte

alcorosa esperiencia

que armas con tu afeyte

resbaladizo de azeyte

en que caya nuestra excelencia

por que quanto nos empina

al cielo la dignidad

de la fygura diuina

tanto tu passion inclina

a suzia bestialidad.[[224]](#footnote-224)

**Renacimiento**

El canon de belleza renacentista continúa la estética medieval: la piel blanca; los cabellos rubios; los labios y mejillas rojos y las cejas negras; brazos y manos alargados; pechos firmes, redondos; pies pequeños. En los siglos xvi y xvii se reflexionó bastante acerca de la belleza, aunque se conocía con otros sinónimos: *gentileza* y *hermosura*; este último se refería concretamente al rostro de la mujer durante el xvi, hasta que se sustituyó por el de *belleza* en el xvii.[[225]](#footnote-225) En el Renacimiento se ensalzó la belleza femenina, como un reflejo de lo divino, porque la fealdad se asociaba al vicio y a la inferioridad social; además, se codificó “por una producción masiva de poemas de amor, libros de buenas maneras y colecciones de recetas para cosméticos”,[[226]](#footnote-226) en cuya posesión se afanaron y gastaron tanta hacienda las mujeres, que despertaron la cólera de moralistas, teólogos y hombres de letras misóginos, los productores del discurso masculino dominante sobre la naturaleza femenina, su poder, su vanidad y sus encantos. Pero si en el Renacimiento la mujer era considerada imagen de Dios, sobre la mujer afeitada, se pregunta Vives, qué diría san Pablo de “la imagen de Dios reflejada en el rostro de una mujer ensuciado por el lodo”.[[227]](#footnote-227) La suciedad, el asco, el gasto en el uso de afeites serán algunos subtemas de tres denostadores poetas que veremos a continuación.

Aparecidas en un pliego de cordel, las *Coplas a las comadres* (a partir de 1520), de Rodrigo de Reinosa (*c.* 1450-*c.* 1530), constan de 1.028 versos, de los que nos interesan los referidos a Mari García, la Emplumada, por su raigambre celestinesca. Aunque Gilman y Ruggerio opinan que antecedió,[[228]](#footnote-228) al menos al primer Auto, la investigadora Laura Puerto Mora, en su edición de la *Obra conocida de Rodrigo de Reinosa*, demuestra que comparte muchos motivos con *El* *Corbacho* y con el *Cancionero de Palacio*, y que Mari García es “la más temprana y directa descendiente de Celestina”.[[229]](#footnote-229) Sus semejanzas son incuestionables en cuanto a la confección de afeites y lejías en su laboratorio. Desde el título, aparecen los “afeytes, azeytes y blanduras” como tema secundario, después del de la lengua y las “hablas malas” y antes que el de los trajes. Dos comadres o vecinas murmuran sobre otras mujeres de su pueblo a las que critican por no saber aplicarse los afeites: la primera es la esposa del alcalde, que no sabe extenderse el albayalde; es muy conocido el refrán “Con el albayalde la del alcalde”,[[230]](#footnote-230) que ya es una frase proverbial a juzgar por las *Coplas del Provincial*, donde hay unos versos que parecen ser la glosa de este refrán: “¿a cómo vale la rabia/ que tenéis por hidalguía?/ A tres libras de albayalde/ asentadas en la tez,/ que pone la del alcalde/ Pero Álvarez, el juez”.[[231]](#footnote-231) En Reinosa, el albayalde de la mujer del alcalde les provoca el mismo asco al sentido de la vista a las comadres que a los moralistas que hemos visto, por asemejarse a una especie de papilla mal distribuida por el rostro:

¡Viérades a su muger

de vuestro primo el alcalde!

Tan mal puesto el albayalde,

c’os tomara gran plazer;

no se lo save poner,

que parece, por mi vida,

la harina mal cernida

que era un asco de la ver.[[232]](#footnote-232)

Así, las murmuradoras comadres van pasando revista una a una a todas las mujeres que salen de sus casas arreboladas y afeitadas para asistir a misa: la hermana del doctor también queda malparada por tratar de ocultar la negrura de su piel con el rojo del arrebol, además de pegar y separar los cabellos con una goma pegajosa:

¡Pues la hermana del dotor!

la crinche puesta con goma […]

Es más negra que la pez,

pónese mucho arrevol,

y derrítesele al sol,

y todo se le parez.[[233]](#footnote-233)

También la mujer de Pedro de Gilhayre, una advenediza que vino de Ocaña, quien, además de no saber utilizar los afeites, usa cabellos postizos, otro de los temas que dio vuelo a las sátiras y comedias, como veremos más adelante:

[…] si lo que ella trae, traxesse,

lo supiesse mejor traer;

y saber mejor poner

el afeite que pusiesse.

Comadre, presume, si veis,

con la caballera postiza,

váyase par’ Avenediza

y presuma allá do es.[[234]](#footnote-234)

Aunque la calidad de las coplas es dudosa, el retazo de vida que presenta es un valioso documento para las modas de la época, y, sobre todo, despliega un catálogo de afeites solo comparable con los del *Arcipreste de Talavera* y *La Celestina*, que, por sí solos, conforman un extenso glosario. Además de los vestidos y las telas de los mismos o de cómo transforman unos retales en otros, se da cuenta también de peinados como el *trançado*, o de las cofias que adornaban las cabezas: la crespina o el garbín, la toquilla con red, o de la gran variedad de tocas: las de espumilla, de tramado, de torces (con cadenas o collares), de flor de seda, de seda rasa, de dos en púa, de capillos; los adornos de los tocados (las perillas, el velete); se informa de los calzados: los chapines para las damas y las *xervillas* para las mozas de servicio; de los atuendos y accesorios: las camisas moriscas, las camisas de Holanda con randas de hilos de oro fino en cada manga, de los guantes y del sombrero, como signo de distinción, que trae Isabel, la hija de Juan Ferrer, quien continuamente está alcoholada, o sea, con los ojos teñidos con kohl, o doña Sancha, que tiene sartas de ámbar y corales, o la del zapatero,

que en afeite e cosillas

echa todo su dinero;

[…] que de contino afeitarse

tiene podridos los dientes.

No ha temor de las gentes

andar contino afeitada,

las fiestas enxalvagada,

siendo de baxos parientes.[[235]](#footnote-235)

Siguen varias coplas críticas de mujeres en boca de mujeres sobre los afeites: a Juana la de Sevilla, quien “tiene la cara amarilla,/ nunca está sin tener mudas”; a la de Juan de Toledo, que trae “su brial con manchas de azeite,/ y, comadre, trae el afeite/ más alto que este dedo”;[[236]](#footnote-236) a la de Juan de Toro, cuyo amante le dio un papel de olores y siempre va oliendo a mosquete y ni trabaja en la rueca ni guisa ni friega, pero bien que se pinta el rostro y tiene “espejos, tenazuelas” para quitarse el vello de la cara.

La enumeración de telas, vestidos, colores, tocas y peinados no es más que un desahogo y una justificación de la envidia de ambas vecinas, que también se confiesan afeitadas, pues se “arrean”, o sea, se adornan para los “enamorados”, a quienes les quieren ofrecer meriendas en ambientes perfumados “de almizcle, mosquete e rosas”, y ellas obtienen a cambio calzas, chapines, cordones, tocas, guantes y otros accesorios,porque los maridos no las satisfacen y merecen ser cornudos.

En otras coplas, una de las comadres confiesa su ignominia, sus dos abortos bebiendo agua de esparto y su reconstrucción para engañar al que sería su marido.

Las comadres se dirigen a la casa de Mari García, la Emplumada, para pedirle consejo y poder continuar llevando la vida de placeres y engaños. La hechicera es presentada como ramera, vendedora, hornera y hospitalera, pero, sobre todo, es una gran maestra en hacer mudas y afeites, y se describe, como Celestina, con la cara acuchillada. El catálogo de sus afeites es variadísimo y muy completo, además de bien estructurado: comienza con los del rostro, las aguas para perfumar, las lejías para enrubiar los cabellos y los untos o grasas de diferentes animales con los que confecciona pomadas y ungüentos. La hipérbole convierte su laboratorio en un verdadero silo de granos, simientes y raíces, donde acumula cosechas de varias generaciones:

sabe hazer aguas fuertes

que las feas haze fermosas,

de palomilla, escaviosas

y de otras yervas más de mil,

saca agua por abril,

en mayo, çumo de rosas.[[237]](#footnote-237)

Su catálogo de afeites no tiene desperdicio:

Perfumes sabe hazer

de estoraque y menjuís,

que por diez maravedís

dará con que ayáis placer;

solimán sabe cozer,

ámbar, algalia, argentadas,

ánimes e jubeladas,

almizcles para oler.

Y saca agua de rosas,

faz mosquetes e poluillos

tien redomas, barrilillos,

alambiques, dos mil cosas;

salseretas muy fermosas

de vidro, tierra y alambre,

yeruas para el calambre,

muchas aguas olorosas.

Gran maestra de cerillas

haze tres esclarimentes

muy finos e oropimentes,

alvarinos y llanillas,

otras muchas vnturillas,

azeites e luzentores,

matizes y perfumadores,

hechos a mill maravillas.

Aguas de rostro y rasuras

de cortezas de gamones,

saca çumo de limones.

para manos mill frescuras;

aguas de muchas frescuras,

espantalobo y agraz,

y açucaradas asaz,

y sabe sanar criaturas.

Tiene otras confaciones

de yeros e tragontía,

y dos mill granos tenía

de diez mill generaciones;

de raízes muchos montones,

tútanos de corço e garça,

e agua de flor de salvia,

con torvisco y saltariones.

Saca agua de clavellinas,

de acíbar y de gezmín,

de yerva de Sant Martín,

e de trébol mucho finas;

de madreselva y reponcinas,

mosquetes e almizcadas,

con vino poluoreadas,

y otras yervas salvaginas.[[238]](#footnote-238)

El segundo poeta, Cristóbal de Castillejo (*c.* 1490-1550), en su poema amoroso de debate *Diálogo de mujeres* (1544), presenta a dos personajes: Alethio, el maduro y furibundo misógino, y Fileno, el joven y defensor, apocado y tibio, de las féminas. Los argumentos que plantea Fileno de las mujeres como necesarias y hermosas, y algunas de ellas con virtudes excelentes, son rebatidos sin piedad por Alethio, cuya experiencia con el género femenino le lleva a mostrar siempre una cara negativa del aserto de Fileno, de tal suerte que en boca de este último son loadas, y en la de Alethio, enlodadas, entre muchos otros argumentos, por acicalarse para seducir las solteras, monjas, casadas, viudas y alcahuetas. Sobre los afeites, dice Alethio que las solteras, a quienes equipara con prostitutas, tienen por granjería:

Vendernos públicamente

sus deleytes,

usando de mil afeytes

y suziedades sin cuenta,

por hazer mejor su venta

a fuerça de los azeytes

y posturas,

defformando sus figuras

para salir por las plaças

con pláticas y trapaças

engañadoras, escuras

y vellacas.[[239]](#footnote-239)

Heredero de los cancioneros del siglo xv, el abogado y paremiólogo toledano Sebastián de Horozco (*c.* 1510-1580) escribió un *Cancionero* con canciones de amor a las damas; sin embargo, en el tema que nos concierne, hay que colocarlo del lado de los detractores, a juzgar por los mordaces poemas que dedica a los afeites, en el tenor de los moralistas que los sancionaban por el gasto superfluo, como este poema dedicado a una dama “que no tenía que vestir ni que comer, y no entendía sino en afeitarse”:

Dicho me han, dama loçana,

de vuestros merecimientos

que como buena xpiana

entendéis cada mañana

diz que en los diez mandamientos.

A questas quanto tenéis

traéis como el caracol,

porque quanto aver podéis

lo gastáis y despendéis

en mudas y en arrebol.[[240]](#footnote-240)

Encontramos en su *Cancionero* un poema llamado “Treinta coplas que el autor hizo contra las mujeres, y otras treinta en su favor”, que, colocadas en dos columnas, pueden verse a manera de espejo o de diálogo entre el acusador, el hombre, y la defensa, la voz femenina, a manera de réplica y defensa[[241]](#footnote-241):

Contra ellas En favor de ellas

IV

Començemos por sus trajes, No es razón darles ultrajes

sus arreboles y afeites ni motejarlas de afeites,

con que inçitan a deleytes pues provocan a deleytes

haciendo de sí visajes; los hombres con sus mensajes,

andan hechas personajes importunando con pajes,

cargadas de mil guingletas, con cartas, con alcagüetas,

descubren pechos y tetas hasta hazer a las pobretas

son amigas de mensajes rendirse por mil ambajes.

VI VI

Ninguna por monstruosa No ay ninguna tan astrosa,

y abominable que sea tan abominable y fea

reconocerá ser fea, que al que la quiere y desea

antes piensa ser hermosa. no le parezca hermosa;

Andan más que mariposa, porque el amor donde posa

sus fines son afeitarse, procura enseñorearse,

si rezan, es por casarse, hasta venir a juzgarse

antes que por otra cosa. el cardo por linda rosa. [[242]](#footnote-242)

Los tres poetas vistos, clasificables entre los maldicientes de las mujeres, han denostado a solteras, casadas y viudas que se arreglan con los afeites y salen a las plazas a lucirse; a las hechiceras que las embaucan para usarlos y a las comadres murmuradoras, que pecan continuamente de envidia y de adulterio. A través de la sátira, dan cuenta de las costumbres de vestimentas y adornos del cuerpo, y adoptan el papel de furibundos moralistas misóginos que condenan, como ellos, el asco de los afeites para los sentidos y el mucho gasto que supone el uso continuo de los mismos.

**Barroco**

En las primeras décadas del siglo xvii, el carmelita fray Juan de Ruelas escribió un tratado de la hermosura y, para definirla, se fijó en los postulados de Aristóteles, quien pensaba que los hermosos o hermosas habían de ser altos, de miembros bien proporcionados y de color rojo y con luz y claridad en el rostro. Integridad, orden, proporción en los miembros y el color, según la complexión, son los puntos que proponen san Dionisio Aeropagita, san Agustín y santo Tomás, así como Alberto Magno, “el qual pone la hermosura en vna buena gracia y grandeza de cuerpo en vna principal disposición de miembros, y en buen color”.[[243]](#footnote-243) Sin embargo, el carmelita se lamenta porque la hermosura en sus días está menoscabada, ya que si ve un cuerpo alto es con la ayuda de los chapines, si en su rostro se ve un color rosado es debido a los ungüentos y carmines, si en su faz hay resplandor es por causa del alcanfor y el solimán y si tiene los dientes blancos es gracias al que inventó los polvillos para blanquearlos,[[244]](#footnote-244) o sea, la belleza se crea con artificio, presupuesto que los escritores barrocos barajarán constantemente en sus obras para contraponerlo a la naturaleza.

*Cervantes*

Si nos acercamos a las *Novelas ejemplares*, podemos deducir que la hermosura para Cervantes era una virtud que no solo abarcaba la belleza física, sino que corría pareja con la cordura, la discreción, la honestidad, la mesura y la vergüenza, y es que las virtudes morales y estéticas se asociaban porque lo exterior era reflejo de lo interior. En *La gitanilla*, la hermosura se empareja con la discreción, el donaire, la honestidad, el recato y la agudeza, pero también con el engaño, porque Preciosa trae a muchos pretendientes rendidos. En efecto, la belleza femenina en la patrística era vista como ofensiva, amenazante, y había que tratar de ocultar los encantos y tapar el cabello y los pechos.

Una de las principales cualidades de la belleza para Cervantes es que lo natural esté por encima del artificio; por eso, aunque la naturaleza pueda ser hostil, no perturba a la belleza: “Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo a quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir las manos”,[[245]](#footnote-245) se dice de Preciosa, que bien podemos relacionar con la belleza de Galatea, cuando se encuentra con Florisa, y ambas se lavan los rostros en el arroyo con el agua clara, “pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas que en las grandes ciudades se tienen por más hermosas”;[[246]](#footnote-246) de tanto frotarse, ambas pastoras dejan sus mejillas sonrosadas, detalles femeninos que nos hablan de un autor que busca la naturalidad por encima del artificio.

Si reparamos en algunas descripciones, el canon de belleza de la mujer cervantina discurre por los cauces del petrarquismo. La descripción de Leonela, de *El amante liberal*, en la que priman naturaleza y armonía, no puede ser más elocuente al respecto: “los poetas cantaban que tenía los cabellos de oro, y que eran sus ojos dos resplandecientes soles, y sus mejillas purpúreas rosas, sus dientes perlas, sus labios rubíes, su garganta alabastro”.[[247]](#footnote-247) Los colores son relevantes para describir un rostro y deben prevalecer el rojo, el blanco y el dorado, según los cánones, no solo en las bellezas femeninas, sino también en los hombres: Ricaredo, de *La española inglesa*, cuando viene de cautivo, se describe con “una confusa madeja de cabellos de oro ensortijados y un rostro como el carmín y como la nieve, colorado y blanco”.[[248]](#footnote-248) Esta novela, cuya moraleja versa sobre el poder de la virtud y la hermosura juntas, nos confirma una vez más que honestidad, discreción, prudencia y donaire son cualidades que aparecen siempre unidas a la belleza en las mujeres cervantinas: Galatea, Preciosa, Leonisa, Cornelia, Leocadia y Teodosia, todas de peregrina y extremada hermosura y rara discreción, además de lucir su recogimiento y honestidad. No lo es menos Isabela, quien, a pesar de malograr su belleza por causa de un tósigo, no ha perdido, sin embargo, “sus infinitas virtudes” o, en palabras de la reina, con la fealdad, era “una riquísima joya encerrada en una caja de madera tosca”;[[249]](#footnote-249) o la de Constanza, descrita con flores: rosas, claveles, azucenas y jazmines, y de nuevo los dos colores que prevalecen, el rojo y el blanco.

Sin embargo, es imposible casarse con una idea fija en la composición cervantina, que gusta de fluir con libertad, por lo que podemos rastrear también algunos ejemplos burlescos de los tópicos petrarquistas. Recordemos a Sancho encantando a Dulcinea con ojos de perlas, en lugar de dientes, y don Quijote, que ha captado perfectamente la burla, le recrimina haber confundido los dientes con los ojos y que le haya puesto a Dulcinea ojos de besugo: “Y esas perlas quítalas de los ojos y pásalas a los dientes”.[[250]](#footnote-250) En boca del licenciado Vidriera, tenemos otro ejemplo cuando dice que los malos poetas son pobres porque quieren, pues en sus manos está la ocasión de ser ricos, ya que todas sus damas “eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas”.[[251]](#footnote-251)

*Quevedo*

Para un mejor repaso de la obra quevedesca, divido los ejemplos encontrados en géneros: prosa, poesía y entremeses.

Prosa

En el tema de los afeites, Francisco de Quevedo, en todos los géneros que cultivó, merece un apartado especial, por ser un gran maestro en disfrazar el cuerpo de las mujeres. Amédée Mas, uno de sus principales estudiosos, ha visto un doble juego en las palabras que corresponden a los afeites; por ejemplo, solimán no es solo la pasta para rellenar arrugas y blanquear la tez, sino que, además, Solimán es el turco, el infiel, y en varias de sus obras Quevedo juega con la palabra. Pongo solo un ejemplo de los varios aducidos por Mas: “A puro solimán/ traiga medio turco el gesto”*.*[[252]](#footnote-252)Igualmente, se regodea en asimilar las cremas grasas de los afeites a ciertas partes de los animales, por ejemplo, el tocino del cerdo y la cara de la mujer. En *El libro de todas las cosas*: “Mujer con cara podrida, como olla, donde ay con ozico de puerco, y carne de vaca, de todo en la escarapela de facciones”,[[253]](#footnote-253) o bien se tizna las cejas de humo y de nuevo recurre a la imagen del cerdo. Citemos en extenso, porque no tienen desperdicio las imágenes culinarias de las que se vale:

Estábase afeitando una mujer casada y rica. Cubría con hopalandas de solimán unas arrugas jaspedadas de pecas. Jabelgaba, como puerta de alojería, lo rancio de la tez. Estábase guisando las cejas con humo, como chorizos. Acompañaba lo mortecino de sus labios con munición de linternas a poder de cerillas. Iluminábase con vergüenza postiza con dedadas de salserilla de color. Asistíala como asesor de cachivaches una dueña, calavera confitada en untos. Estaba de rodillas sobre sus chapines, con un moñazo imperial en las dos manos, y a su lado una doncellita, platicanta de botes, con unas costillas de borrenas, para que su ama aplanase las concavidades que le resultaban de un par de gibas que la trompicaban el talle. Estándose, pues, la tal señora dando pesadumbre y asco a su espejo, cogida de la hora, se confundió en manotadas, y dándose con el solimán en los cabellos, con el humo en los dientes, y con la cerilla en las cejas, y con la color en todas las mejillas, y encajándose el moño en las quijadas, y atacándose las borrenas al revés, quedó cana y cisco y Antón Pintado y Antón Colorado, y barbada de rizos, y hecho abrojo, con cuatro corcovas, vuelta visión y cochino de San Antón. La dueña, entendiendo que se había vuelto loca, echó a correr con los andularios de la muerte en las manos. La muchacha se desmayó como si viera al diablo. Ella salió tras la dueña hecha un infierno, chorreando pantasmas. Al ruido salió el marido, y viéndola, creyó que eran espíritus que se le habían revestido, y partió de carrera a llamar quien la conjurase.[[254]](#footnote-254)

En el cónclave que los dioses tienen con la Fortuna y la Ocasión, se describe al dios Plutón “con una cara afeitada con hollín y pez”; a Venus “a medio afeitar la jeta y el moño, que la encorozaba de pelambre la cholla, no bien encasquetado, por la prisa”.[[255]](#footnote-255) A instancias de Júpiter, Fortuna desata su rueda y se mezclan caóticamente las cosas y los oficios; entre ellos, los botes de los farmacéuticos, y la basura y los basureros que barren a las mujeres afeitadas y a los gangosos y teñidos.

Los hombres no son menos fustigados por su pluma: “dos teñidos y tres calvos con sus cabelleras”, a los que “cogió la Hora” y “los teñidos quedaron con requesones por barbas, y no se conocían unos a otros. A los calvos se les huyeron las cabelleras con los sombreros en grupa, y quedaron melones con bigotes, con una cortesía de los polvos del miércoles corvillo”.[[256]](#footnote-256)

En el cuarto de las solteras de la *Casa de los locos de amor*, el narrador descubre a las afeitadas y se refiere a ellas con los mismos términos que los moralistas, al aludir a lo venenoso de los afeites, pero Quevedo los adoba con sus clásicos juegos de ingenio del doble sentido de las palabras, en el caso de “mudas”:

Qual, por parecer bien, daba en afeytarse; era notable locura, pues desengañava con lo que pensaba engañar, y mostraba ser muy mentirosa, pues mentia, no solo por la barba, sino por toda la cara; y como tan mala, daba a entender, con los venenosos colores, y afeytes del soliman, que quería matar mas con veneno, que con su hermosura: Estas, como tan pintadas, deben ser conocidas de todos, por la pinta. Qual se enrubiaba algunos días; y tal vez tanto, que le podía muy bien decir el Epigrama de nuestro Balthazar Alcazar.

tus cabellos estimados,

por oro, contra razón,

bien se sabe, Ines, que son

de plata sobredorados.

Que de ellas se ponían cabelleras, o moños, como ellas las llaman, encubridores de la ancianidad, y de la calva, que siendo su cabeza Española, tiene su origen Frances? Quantas se ponían dientes, sebillos, y Mudas? Aunque no tan mudas, que no dezian a todos lo que eran: Y en efecto, algunas avia tan vestidas de plumas agenas (que se precian de pelar) que si las despojaran dellas, quedaran tan ridículas, como la Corneja de Horacio.[[257]](#footnote-257)

A otras damas, a las que llama “fregonas” y “ninfas fregatizes”, las describe sin adornos de ningún tipo, muy al natural, pero, como de su pluma no se salva nadie, tampoco las deja bien paradas: “iban estas afeytadas, solo con el tizne de las ollas, pintadas al natural, en cuerpo, sin el manto soplonesco, sin el garbo, y sin el trençado garbin, desgreñadas, con las madejas al descuydo, ojos socarrones calzados a lo bellaco, la boca torcida a lo picaro”.[[258]](#footnote-258)

De acuerdo con Robert D. F. Pring-Mill, en *El mundo por de dentro*, se yuxtaponen dos fotografías: “la primera agradable y atractiva (que nos da el narrador), la segunda sórdida y repelente (producida por la figura alegórica del desengaño) como comentario a la primera”.[[259]](#footnote-259) Por ejemplo, en este caso de los *Sueños*, el narrador habla de la hermosura de la mujer con todos los adjetivos positivos a su alcance y el desengaño le contesta en el tono de los moralistas misóginos:

Pues sábete que las mujeres lo primero que se visten en despertándose es una cara, una garganta y unas manos y luego las sayas. Todo cuanto ves en ella es tienda y no natural. ¿Ves el cabello? Pues comprado es y no criado. Las cejas tienen más de ahumadas que de negras y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran. Los dientes que ves, y la boca, era de puro negra un tintero y a puros polvos se ha hecho salvadera. La cera de los oídos se ha pasado a los labios y cada uno es una candelilla. ¿Las manos, pues? Lo que parece blanco es untado. ¡Qué cosa es ver una mujer que ha de salir otro día a que la vean, echarse la noche antes en adobo y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y a la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren! ¡Qué es ver una fea o una vieja querer, como el otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma! ¿Estáslas mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras no las conocerías. Y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa, donde se enjugan y secan y derriten más jalbegues que sus faldas. Desconfiadas de sus personas, cuando quieren halagar algunas narices luego se encomiendan a la pastilla y al sahumerio o aguas de olor, y a veces los pies disimulan el olor con las zapatillas de ámbar. Dígote que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer y ahítos de lo que le parece. Si la besas te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo de la cama en los chapines.[[260]](#footnote-260)

Quevedo, en cierto modo, también participa en la querella de las mujeres, sobre todo, en *La fortuna con seso*,en el apartado de “Legisladores y mujeres”, donde ellas reclaman a los tiranos que han hecho las leyes y las privan del estudio y de las armas; las condenan, las hacen malas y deshonestas, y, por boca de una mujer hermosa, se pide que se deroguen las leyes. Hasta aquí, Quevedo contribuye a la querella en defensa del género femenino, pero el doctor barbado le responde a la hermosa con una diatriba en la que la mujer siempre es la culpable y salen a relucir el Diablo, el pecado de Eva, la corrupción, “la doctrina de vuestra belleza”,[[261]](#footnote-261) así como los trajes y galas en los que gastan.

El narrador de los *Sueños*, invitado por un diablo, acude a ver a las feas condenadas en *El sueño del infierno*, donde salen a relucir todos los afeites a la vista del narrador y en boca del diablo sermoneador, que es otra suerte de doctor barbado:

Y veo una muchedumbre de mujeres, unas tomándose puntos en las caras, otras haciéndose de nuevo, porque ni la estatura en los chapines, ni la ceja con el cohol, ni el cabello en la tinta, ni el cuerpo en la ropa, ni las manos con la muda, ni la cara con el afeite, ni los labios con la color, eran los con que nacieron ellas y vi algunas poblando sus calvas con cabellos que eran suyos solo porque los habían comprado. Otra vi que tenía su media cara en las manos, en los botes de unto y en la color.

—Y no queráis más de las invenciones de las mujeres —dijo un diablo—, que hasta resplandor tienen, sin ser soles ni estrellas. Las más duermen con una cara y se levantan con otra al estrado, y duermen con unos cabellos y amanecen con otros. Muchas veces pensáis que gozáis las mujeres de otro y no pasáis el adulterio de la cáscara. Mirad cómo consultan con el espejo sus caras. Éstas son las que se condenan solamente por buenas siendo malas.[[262]](#footnote-262)

Pero tal vez la obra donde se burla más de los afeites es en *La culta latiniparla*, donde juega con la instrucción a las mujeres cultas y les enseña nuevas palabras o metáforas para elevar las cosas vulgares, al mismo tiempo que se regodea en la oscuridad de los escritos culteranos:

Si la culta fuere vieja, como suele suceder, para no decir a la criada que la afeita: “Macízame de pegotes de solimán estas quijadas y los carcabuezos de las arrugas”, dirá: “Jordáname estas navidades cóncavas”. Y si hubiere de mandarla que la tiña de canas, la dirá: “Peléame esos siglos cándidos, escuréceme esas albas” […] Si fuere moza, aunque tenga una cara bruja que de puro untada vuele por las chimeneas, no ha de decir que se afeita; dirá: “Vengo bien mentirosa de facciones” […] Y para decir que se pone mudas en las manos, dira: “Yo traigo con calladas los diez embelecos”.[[263]](#footnote-263)

Lo mismo ocurre en la *Aguja de navegar cultos*, donde se burla de las metáforas gastadas que usan los poetas cultos para describir las facciones femeninas, y dice que en la platería de los cultos se puede encontrar de todo:

Para las facciones de las márgenes ay gargantas de plata bruñida, y trenças de oro para cabellos, y labios de coral, y de rubíes para getas, y ozicos, y alientos e ambar (como pomos) para resuellos; y manos de marfil para garras; pechos de diamantes para pechos; y estrellas corruscantes, para ojos; e infinito nacar, para mexillas. Aunque los Poetas Hortelanos todo esto lo hazen de verduras, atestando los labios de claveles; las mexillas de rosas, y azuzenas; el aliento de jazmines.[[264]](#footnote-264)

Poesía

De acuerdo con Amédée Mas, el tema de *Les artifices de toilette* de la mujer en Quevedo se puede dividir en tres apartados:

La mujer apestosa que se perfuma y debería saber que, al oler tan fuerte, hiede.

Los falsos dientes, como el romance “Reformación de costumbres no importuna”: “Excluyo dientes postizos,/ porque es notable desdicha,/ que traigan, como las calvas,/ cabelleras las encías”.[[265]](#footnote-265)

La mujer postiza, “faite de pièces raportées”,[[266]](#footnote-266) es decir, la que todo se lo pone postizo, chapines, moños, como en el soneto “Desnuda a la mujer de la mayor parte ajena que la compone”:

Si no duerme su cara con Filena,

ni con sus dientes come, y su vestido

las tres partes le hurta a su marido,

y la cuarta el afeite le cercena;

si entera con él come y con él cena,

más debaxo del lecho mal cumplido,

todo su bulto esconde, reducido

a chapinzanco, y moño por almena,

¿por qué te espantas, Fabio, que abrazado

a su mujer, la busque y la pregone,

si desnuda se halla descasado?

Si cuentas por mujer, lo que compone

a la mujer, no acuestes a tu lado

la mujer, sino el fardo que se pone.[[267]](#footnote-267)

O en el romance: “Verifica correspondidamente la sentencia vulgar que el medio mundo se ríe del otro medio”:

Saca la otra mirlada

del arca o del escritorio

(como pudiera unos guantes),

una garganta y un rostro.

Untadas tiene las manos,

no por vía de soborno,

que trae el unto en los dedos,

como en los riñones otros.

Más huevos gasta que un viernes

su cecial gesto en remojo,

y a puras pasas le acuesta,

hecho almuerzo de buboso.

Piensa que alabo su cara

cuando digo que la adoro,

y estoy loando la tienda

de donde sacó el adobo.[[268]](#footnote-268)

Pero habría que añadir un apartado más de las mujeres afeitadas que se embadurnan con grasas animales, como el romance en el que se confiesan los mantos en la premática en la que se prohibía a las mujeres taparse, y el manto de lana y seda compara a la mujer tapada con los pasteles en los que caben todo tipo de animales:

Tapé a una mujer gran tiempo,

en su rostro boticario,

por mejillas y por frente

polvos, cerillas y emplastos.

Con poco temor de Dios

pecaba en pastel de a cuatro,

pues vendí en traje de carne,

huesos, moscas, vaca y caldo.

A otras más negras que entierro,

embelecaba de blanco,

siendo, cuando descubiertas,

requesones fondo en grajo.[[269]](#footnote-269)

El asco de los pringues y los venenos de los afeites se dan cita en el poema “Hermosa afeitada de demonio”:

Si vieras, que con yeso blanqueaban

las albas azucenas, y a las rosas

vieras, que por hacerlas más hermosas,

con asquerosos pringues las untaban;

si vieras, que al clavel le embadurnaban

con almagre, y misturas venenosas;

diligencias sin duda tan ociosas,

a indignación, dijeras, te obligaban.

Pues lo que tú mirándolo, dijeras,

quiero Belisa, que te digas, cuando

jalvegas en tu rostro las esferas.

Tu mayo es bote, ingüentes chorreando,

y en esa tez, que brota primaveras,

al sol estás, y al cielo estercolando.[[270]](#footnote-270)

En el romance en el que se queja el río Manzanares por las mujeres que se bañan en sus “andrajos de agua”, se insiste en los potingues grasosos que la ensucian:

Mujeres que cada día

ponen con sumo artificio

su cara, como su olla,

con su grasa y su tocino.[[271]](#footnote-271)

En otro romance, “Instrucción y documentos para el noviciado de la corte”, aconseja el poeta a Perico sobre el uso de los chapines y sobre los afeites de las damas de la corte:

Altas mujeres verás,

pero son como colmenas:

la mitad huecas, y corcho

y lo demás, miel y cera.[[272]](#footnote-272)

Quevedo también moraliza sobre alabar a la mujer por sus virtudes y no por su hermosura en su obra *Doctrina de Epicteto*:

Como ven las doncellas que los hombres

después de catorce años, con los nombres

de damas, y de bellas

las llaman; todas ellas

por desear maridos

desvelan sus cuidados, y sentidos

en afeytes lascivos,

mintiendo con semblantes fugitivos

resplandores comprados,

poniendo en los colores bien pintados

todo su gusto, y toda su esperanza.[[273]](#footnote-273)

En las letrillas satíricas no se queda a la zaga la mujer remozada:

De las damas has de hallar,

si bien en ello reparas,

ser de soliman las caras

las almas de rejalgar:

piensanse ya remozar,

y volver al color nuevo,

haciendo Jordan un huevo,

que les desmienta los años;

mas la fe de los antaños,

mal el aceite revoca.

Punto en boca.[[274]](#footnote-274)

Entremeses

En el entremés de *La ropavejera*, Quevedo insiste en los mismos temas de las mujeres y los hombres que se ponen postizos: “Yo vendo retacillos de personas,/ yo vendo tarazones de mujeres/ yo trastejo cabezas y copetes,/ yo guiso con almíbar los bigotes”.[[275]](#footnote-275) La ropavejera vende igualmente dientes postizos:

Ropavejera

Está la dentadura como nueva,

que no ha servido sino en una boda,

déjese gobernar, llévela toda

Doña Sancha

Esto es señal (*Dale dineros, y vase*)

Ropavejera

Más ha de cuatro días,

que calza usted en casa las encías.

Rastrojo

Mancebitos, creed en bocas falsas,

con dientes de alquiler como las mulas,

el dinero y el gusto me atribulas.[[276]](#footnote-276)

La casa de la ropavejera es un auténtico hervidero de afeites al que acuden viejas que quieren remozarse para casarse, y la ropavejera propone que deben hervirse la cara en dos lejías; también, una moza, que dice tener veintidós años, quiere que le quiten arrugas y le blanqueen las manos.

*Otros poetas barrocos*

No podemos dejar atrás a otros poetas como Lupercio Leonardo de Argensola en su *Sátira a Flora,* que describe los afeites que se usaban en su época:

¿Quién podrá enumerar las garrafillas

dedicadas al sucio ministerio,

ungüentos, botecillos y pastillas?

Aquí, para enrubiar, el sahumerio

de aqueste mismo aceite que blanquea

los huesos de la boca o cementerio.

Allí, la miel mezclada, que se emplea,

con mostaza y almendras, en ser muda

para mudar color a la que es fea.[[277]](#footnote-277)

O bien este otro soneto de su hermano, Bartolomé Leonardo de Argensola, que lo dedica “A una mujer que se afeitaba y estaba hermosa”, en la que la belleza y la verdad disienten:

Yo os quiero confesar, don Juan, primero

que aquel blanco y color de doña Elvira

no tiene de ella más, si bien se mira,

que el aberle costado su dinero.

Pero tras eso confesaros quiero

que es tanta la beldad de su mentira,

que en vano a competir con ella aspira

belleça ygual de rostro verdadero.

Mas qué mucho que yo perdido ande

por un engaño tal, pues que sabemos

que nos engaña así Naturaleza?

porque ese cielo açul, que todos vemos

ni es cielo ni es açul. Lástima grande

que no sea verdad tanta belleça.[[278]](#footnote-278)

Bartolomé se ciñe a los argumentos moralistas del mal olor y de no tratar de corromper la obra divina:

Quita ese afeite, Lais, que se aceda

y él mismo en el olor su fraude acusa;

déjanos ver tu rostro, y si rehúsa

el despegarse, quítalo con greda.

¿Qué tirano la ley natural veda?

o ¿qué murtas el diestro acero atura

que alegren más que la beldad confusa

de bosque inculto o bárbara arboleda?

Si lo blanco y purpúreo que reparte

Dios con sus rosas, puso en tus mejillas

con no imitable natural mixtura,

¿por qué con dedo ingrato las mancillas?

Oh Lais, no más: que en perfección tan pura

arte ha de ser el despreciar el arte.[[279]](#footnote-279)

Por el contexto histórico-social en el que abundan las pragmáticas contra el lujo en los adornos de las mujeres, la hispanista italiana Maria Grazia Profeti sitúa un texto anónimo, “Sátira burlesca y entretenida de la botica de las mujeres”, entre 1640 y 1660, el cual no podemos dejar de consignar aquí por el uso de los afeites que hacen las damas para engañar a los varones. Abunda el vocabulario de cocina:

Otras veréis, cuyo pelo

os parece hebras doradas,

y es que llevan la melena

con azafranes guisada:

mejor hicieran si la tostaran.[[280]](#footnote-280)

Como los moralistas y en el mismo tono en el que lo hará Quevedo, se refiere a los animales, sobre todo, al cerdo con el que se fabrican los ungüentos:

Otras hay que les relumbra

con luz toda su fachada,

y es que con blanda manteca

se han lardeado la cara:

¡o quien a éstas las viera asadas![[281]](#footnote-281)

Y más adelante dice: *“*son sus orejas cecina rancia*”*.[[282]](#footnote-282)

*Lope, Calderón y el teatro áureo*

Lope de Vega

En general, Lope de Vega, en su obra poética, aboga por la naturalidad frente al artificio de los afeites, y, a pesar de la limpieza que pregonaban los moralistas, prefiere a las mujeres descuidadas con tal de que no se retoquen el rostro ni se toquen la cabeza, como se aprecia en el soneto “A una dama que salió revuelta una mañana”, de *Rimas humanas*:

Hermoso desaliño, en quien se fía

cuanto después abrasa y enamora,

cual suele amanecer turbada aurora,

para matar de sol al mediodía.

Solimán natural, que desconfía

el resplandor con que los cielos dora;

dejad la arquilla, no os toquís, señora,

tóquese la vejez de vuestra tía.

Mejor luce el jazmín, mejor la rosa

por el revuelto pelo en la nevada

coluna de marfil, garganta hermosa.

Para la noche estáis mejor tocada:

que no anocheceréis tal aliñosa

como hoy amanecéis desaliñada.[[283]](#footnote-283)

Lope demuestra en sus obras dramáticas ser un gran conocedor del mundo de los afeites y los condena por boca de los graciosos, pero no se queda solo en la crítica, sino que es una rica mina de información sobre recetas, costumbres, lugares de venta, etcétera. Los criados, además de la reprobación de los afeites, son los que revelan las verdades de las damas y la apariencia de sus años. En *El amigo hasta la muerte* (1618), Federico trata de evocar a Julia por los olores de las flores y de la rosa que expelen los guantes que le pidió en prenda, y Liranzo contrarresta su emoción con donaires sobre los sebos que se usan para las manos:“¿hay muda? ¿huele a cabrito?/ ¿Era almáciga y limón?/ […] Mas ¿que hay lirio y hiel de vaca?/ ya me ha dado el olorcillo/ del almendra y vinagrillo”.[[284]](#footnote-284) En esta misma obra, en conversación con la mora Arlaja, Guzmán, que quiere comer “dos cochinitos en sal”, se refiere a las comidas de los moros con desprecio como si se tratara de afeites:

Guzmán:

[…] porque esto de alcuzcuz, cabra y aceite

es como darme el alma del afeite.

Arlaja:

¿Alma de afeite?

Guzmán:

Solimán te digo,

que aun a la vista mata.[[285]](#footnote-285)

De nuevo Guzmán, esta vez con los interlocutores Bernardo y Sancho, habla despectivamente de las mujeres que tratan de aparentar menos edad de la que tienen con los afeites:

Pues de sabandijas tantas,

de afeites, mudas y enrubios,

la gala, ropa y basquiña,

¿es mucho que se haga niña

entre mozos boquirrubios?[[286]](#footnote-286)

En la línea de los moralistas seguidores de san Pablo, en *El cuerdo en su casa* (*c*. 1618), hay una lección sobre las galas y afeites, así como acerca de la conveniencia de llevarlos las casadas para que el marido no acuda a otras mujeres: Antona la Bella responde a su suegro Sancho, el carbonero, por haberla reprendido y aconsejado de mudar trajes de seda y colores por otros humildes y negros. Sancho alega que las galas no van con las mujeres honestas:

[…] Este corpiño de grana,

que ajirona ilustre seda; […]

esos corales que apenas

puede sustentar tu cuello;

ese argentado cabello,

esa chinela argentada

con tanto lazo y lazada,

que aposenta pies tan bellos,

no dice a tu honestidad […]

Pero Antona, la casada más bella de la ciudad de Plasencia, le responde:

[…] Mendo, vuestro hijo,

quiere que me toque,

quiere que me vista,

quiere que me enjoye:

más porque le agrade

que porque le enoje […]

Además, le recuerda que, cuando se casaron, nunca oyó al clérigo decir que no llevara galas, capote o listones, porque en ellos no está “la virtud del alma”. Alega, por último, que no se vestirá monjilmente porque

por ventura, Mendo

se me fuera adonde

cubren con holandas

cuerpos de algodones,

rostros con más aguas

que algún chamelote,

que aunque se desmayen

no mudan colores;

guantes adobados

a usanza de Corte;

rizos y copetes […][[287]](#footnote-287)

Sin duda, de todos los personajes lopescos, la que más sabe de afeites, aunque no los use, es Antona la Bella, quien imagina a su marido Mendo dejándose seducir por su vecina Elvira, y, en el arranque de celos, la pringa con todo tipo de potingues: “enguantadas las manos/ y amortajadas en mudas”, con una gran gorguera, un abanico oloroso a ámbar, y como la vecina es tan blanca y Mendo es carbonero le previene:

mas si con memoria estás

de tu carbón, nieve es ella;

¿no ves que la tiznarás?[[288]](#footnote-288)

Más adelante, se defiende ante su pretendiente Enrique, con su porte de humilde labradora, y habla de la casa de su vecino:

Aquí en casa de Leonardo

hay lechuguillas y guantes,

perlas, pastillas, diamantes;

que aquí todo es paño pardo.[[289]](#footnote-289)

La belleza natural de la labradora reluce por encima de las galas de las damas de la corte, quienes se afanan con tesón para parecer hermosas, y así lo cantan los músicos el día que da a luz Antona:

Más valéis vos, Antona,

que la Corte toda.

Las damas de Corte,

que su talle adornan

con rizos y telas,

donaires y joyas,

rindan hoy al vuestro,

bella labradora,

todos sus estudios

en hacerse hermosa.[[290]](#footnote-290)

En *Las bizarrías de Belisa* (1640), hay varias reflexiones sobre el afeite y los accesorios de la vestimenta en boca de diferentes personajes. Lucinda aboga por la belleza natural y el descanso: “El afeite natural/ en el buen sueño reposa;/ que no se levanta hermosa/ mujer que ha dormido mal”.[[291]](#footnote-291) Conde evoca el momento en que Belisa se estará vistiendo antes de salir al Soto y dice: “Péinate el pelo a lo llano,/ y no le rices en trenzas:/ que si te ven la jaulilla,/ harás que las aves teman”,[[292]](#footnote-292) y, al mismo tiempo, desea que se ponga rosas en la cabeza y que vaya tapada con el manto sevillano y un sombrero blanco. Lucinda, en cambio, aparece con sombrero negro y “guantes de achiote”, llamados así porque se teñían con esta planta americana, cuyas semillas son rojo-amarillentas.

En *El llegar en ocasión* (1616), Doristo, un salteador que se hace pasar por gente honrada, para hacer más entretenido el camino, le cuenta a Octavio un cuento sobre un napolitano que se casó con una mujer que acostumbraba martirizarse “con mudas, azeytes y aguas,/ y por momentos tenía/ todo el gran Turco en la cara”;[[293]](#footnote-293) segastó la hacienda del marido y cuando este fue a quejarse con su suegro, quien lo consoló diciendo que era por su mocedad, que lo mismo le sucedió a él con su mujer y que tuviera paciencia, porque en la vejez se vuelven santas.

En *La ventura sin buscalla* (1625),Serón, el criado de Carlos, recién llegado a la corte, se admira de las tiendas de Madrid de ropa, de joyas, “de guanteros olorosos”, de las *virillas* de los chapines de las mujeres, aunque prefiere las tiendas de comida, a cuyos olores de jamón y vino no se iguala ningún “guantero de ámbar fino”.[[294]](#footnote-294) Por su parte, Carlos, en un arranque de lirismo, siguiendo el tema de menosprecio de corte y alabanza de aldea, decide volverse a su tierra porque “mas precio ver mis çagalas/ salir al valle las fiestas,/ que sus damaças compuestas/ de afeites y locas galas”.[[295]](#footnote-295) Y es que abundaban en la corte, a juzgar por el repertorio que aparece en *El caballero del milagro*, donde Lope demuestra ser un gran conocedor del mundo de los afeites. Curiosamente, esta es de las pocas obras en las que la crítica a los afeites recae en el gentilhombre Luzmán, quien le dice a su criado Tristán que ya no hay damas feas porque curan “mas del rostro/ que de sus obras y famas”, y, para demostrarlo, da una larga lista de afeites y su uso:

qual con vnto de cauallo,

crece el pelado cabello;

qual quita con hilo el bello,

que es lo mismo que pelallo,

qual con canas lo ennegrece,

y si por dicha esta calua

deste peligro se salua,

y con cabello amanece.

Qual lo enrubia, si está cano,

o por quererse alegrar,

con gengibre de dorar,

oro chico, y palo Indiano.

Ver las vanas composturas

del rostro, las redomillas,

tuetanos de manezillas,

vnto de gato y criaturas*.*

Las mudas para trocarse

de aquel ser en otro ser,

qual si fueran menester

achaques para mudarse.

Zumo de zauira y lirios,

de abenate, y limon agro,

que para hazer vn milagro

passan dozientos martirios.

Verlas hazer Serafines

con mil pomos y bugetas

del azeyte de violetas,

de almendras y de jazmines;

el mostillo, y vinagrillo,

taragontia, dormideras.[[296]](#footnote-296)

En cambio, el criado le insta a que no hable mal de las mujeres, porque ellas también podrían difamar a los hombres que usan afeites y además ha nacido de una mujer. Lo tilda de arrogante y aborrecedor de las mujeres.

En *La buena guarda*, Carrizo no solo describe los afeites a la manera de los moralistas, apelando a los sentidos y al asco, sino que además se habla del tiempo que tardan en el tocador las mujeres, que cuando vienen a salir de casa ya no alcanzan la misa, sino que salen para que las miren:

piden con gran mesura

el cofre de la hermosura,

que abierto puede dar asco

a un enfermero de sala

de cámaras […][[297]](#footnote-297)

Después de las hipérboles en contra de los afeites, el sacristán Carrizo va explicando cada uno de los potingues que se untan las mujeres, a las que se dirige amonestándolas por haber llegado tarde a la iglesia y por haberse entretenido en los polvos para los dientes, la sangre de drago o el aceite de azufre y las capas de solimán:

Y os ponéis, con más primor

que una gata que se afeita

ese color que deleita

aunque fingido color;

y en tierra como ceniza

sembráis claveles, y luego

sacáis cabellos que el fuego

o el cordel quiebra y enriza,

hebras por fuerza doradas,

de que es el sol buen jüez,

y que pueden ser tal vez

canas mal disimuladas;

y gastáis en la cabeza

otras dos horas, tejiendo

lazos en que van cayendo

la ignorancia y la simpleza.[[298]](#footnote-298)

En *Engañar a quien engaña*, si acaso es una obra de Lope, como es usual en varias de sus comedias, la condena a los afeites está puesta en boca del criado Tacón, quien le aconseja a don Carlos, para paliar su mal de amores, imaginar a su dama con todos los afeites en su rostro, para así disuadirlo de la hermosura fingida:

Lo primero es conferir

que sin prolijos ungüentes

de distintas confituras.

digo, de aquestos afeites,

no hay mujer que se asegure

al dejar hablar ni verse.

Considera su hermosura,

con las faltas que le advierte

el matiz de aquel engaño

que te encanta y desvanece

y vendrás a sanar luego.[[299]](#footnote-299)

Todos los criados conocen las costumbres nocturnas de las mujeres con el afeite. En *La necedad del discreto* (*c.* 1650), Octavio le recrimina a Lisardo el desatino de quererle dar la mano a Fabia, ya acostada, pues la tendrá adobada con las mudas:

Octavio: Mano limpia, clara y bella,

a una doncella acostada,

que la tendrá toda untada

y con mil mudas en ella.

Limpia: ¿Quieres apostar,

que si a mostrártela viene,

que con el lardo que tiene

la puedes poner a asar?[[300]](#footnote-300)

Fabia quiere saber sobre las mujeres de Ferrara que frecuenta Laureano, y pide a su criada Julia que se informe con el criado Mongil, con quien suele salir de noche:

Mongil: *Por Dios, que él es el que va*

en casa de Dorotea;

una boba afeitadilla,

que no sé qué ha visto en ella;

y anoche en casa de Isbella,

de comer barro, amarilla,

como nabo en azafrán.[[301]](#footnote-301)

Por supuesto, las criadas no solo curiosean y se informan de los criados, también tienen que imitar y parodiar a sus amas; así, en *La burgalesa de Lerma,* Poleo introduce en la corte a otro criado, Payo, diciéndole cómo las criadas les roban los afeites a sus amas,[[302]](#footnote-302) y en *El galán escarmentado,* las fregonas Leonor y Estefanía se quejan del oficio de servir, y Leonor cuenta cómo se afeita su ama después de desayunar:

Mil aguas y dos mil untos:

y tras este necio afán,

la capa de solimán

con todos los cinco puntos.[[303]](#footnote-303)

Leonor está descontenta porque un día le reprocha su ama estar afeitada, al verle “un poquito de color”; por su parte, Estefanía cuenta que la despidieron por perder una toalla; por ello, proponen casarse para salir del oficio de servir.

Los temas de los arbitrios, los memoriales y los arbitristas, tan socorridos en la picaresca de la época áurea, aparecen en relación con los afeites en *La paloma de Toledo*, cuando Galván, el gracioso, llamado por don Juan “el arbitrero”, le da al rey varios memoriales para imponer tributos a los poetas y a los dones, así como para no mudar apellidos; el primer memorial está dedicado a los afeites y a los postizos de mujeres. Leído por don Alonso en voz alta al rey, este primer arbitrio propone crear

un nuevo estanco en la corte

donde venderse podrán

moños, dientes, cabelleras,

pantorrillas y caderas,

albayalde y solimán.[[304]](#footnote-304)

Ni siquiera en una obra de conversión al cristianismo, sobre la vida y la obra de san Hermenegildo, están ausentes los afeites. En *La mayor corona* (1618), Cardillo saca un memorial y le aconseja al rey Hermenegildo que eche a ciertas gentes de España, entre ellos, las mujeres piden que ahorquen a los lindos, porque

se han encarecido

espejos, untos y aceites.

Manda que sean hombres todos

o que, descaradamente

pasen de mujeres plaza,

pues procuran ser mujeres.[[305]](#footnote-305)

*Calderón*

No es tan prolijo como Lope en el tema de los afeites. Apenas unas cuantas obras lo tocan de soslayo en semejantes situaciones a las de Lope de Vega, con criados que protestan continuamente. En *Antes que todo es mi dama*, Mendoza y Hernando se quejan de la tarea de desvestir en las noches y vestir en la mañana a los señores, y una vez que están “en calzas y en jubón”, es la tarea “del copete y las guedexas”, cuyos jueces son el peine y la escobilla, “labanse manos, y cara,/ ponense una vigotera”[[306]](#footnote-306) y todo ello hay que quitarlo de nuevo en la noche.

*Tirso de Molina*

En *La celosa de sí misma*, desde el Acto I, el autor trata el ataque a los afeites, en boca del lacayo Ventura, quien comienza retratando Madrid como el paraíso de las metamorfosis:

Retozan

los ojos del más galán,

que en Madrid, sin ser Jordán,

las más viejas se remozan.

Casa hay aquí, si se aliña

y el dinero la trabuca,

que anocheciendo caduca,

sale a la mañana niña […]

Dama hay aquí, si reparas

en gracias del solimán,

a quien en un hora dan

sus salserillas cien caras.

Como se vive de prisa,

no te has de espantar si vieres

metamorfosear mujeres,

casas y ropas.[[307]](#footnote-307)

Cuando amo y lacayo salen de misa, Ventura vuelve al ataque contra las mujeres afeitadas que van a lucirse a la iglesia:

¿Mas que has visto alguna cara

margenada de guedejas

que el solimán albañil

hizo blanca siendo negra;

manto soplón con más puntas,

que grada de recoletas,

de aquella castaña erizo,

y archeros de aquella alteza,

que al descuido cuidadosa,

al viento de la veleta,

o abanico, te enseñaba

por brújula la cabeza?

Sería peli-azabache

la prohijada cabellera,

puesta, como defensivo,

encima de la mollera.

Toca y valona azulada,

banda que el pecho atraviesa,

vueltas y guantes de achiote,

guantes de pita y firmeza,

escapulario y basquiña

de peñasco, a la frailega,

chapín con vira de plata,

crujiendo a ropa de seda;

la camándula en la mano.[[308]](#footnote-308)

*Letras picarescas y costumbristas*

En las letras picarescas y costumbristas no pueden faltar los engaños, la seducción, el medro, las trapacerías y las burlas, todo ello muy en consonancia con el tema de los afeites, como veremos en los siguientes autores.

Agustín de Rojas, en *El viaje entretenido*, trata de los afeites en tonos bastante misóginos en el diálogo entre Rojas, Solano y Ramírez: “Solano: […] que hay más botes en su casa que redomas en una botica, aprovechándose de mil untos, aceites, aguas y mudas […] Las aguas para lavarse y adelgazar el cuero, son de rasuras, agraz, zumo de limones, traguncia, cortezas de espantalobos, hieles, mosto y otras muchas cosas que no digo”.[[309]](#footnote-309) A la pregunta de Ramírez sobre los untos, Solano responde: “De gatos monteses, caballos, ballenas, gavilanes, osos, vacas, culebras, garzas, erizos, nutras, tejones, gamos, alcaravanes; sin esto y la color que se ponen, pasas, solimán y otras cosas, tienes sus lustres, cerillas, clarimentes y unturas”.[[310]](#footnote-310) Rojas aborrece y se asquea de todos los animales que acaba de nombrar Solano, y, para contrarrestar, se pone a dar algunas recetas de mudas que le parecen más saludables o acaso más naturales y frescas:

Rojas: ¡Oh, reniego de quien tal hace! Que se lave una mujer con agua de parras cogida antes que salga el sol, o destile en una redoma, de la flor del romero un poco de agua, y en esto eche un poco de solimán y bórax, y se lave con ella, pase, o agua de tojo, si pudiere haberla; pero lo que tenéis dicho, téngolo por enfadoso, fuera de que es muy sucio.

Solano: El vino tinto, sacado por alquitara con cabezas de carnero negro y huevos frescos es también muy bueno para el rostro […]

Ramírez: Eso y agua de calabaza, de guindas y racimillo, es muy fresco.

Rojas: Otra cosa sé yo aprobadísima, que es echar unos granos de cebada en agua, mondarlos y sacar la leche de ellos, y echarla en un poco de agua clara del río y lavarse con ella de cuando en cuando, es cosa muy buena. Pero la que digo del romero es muy aprobada, y hácese desta manera: hanse de meter dos manojos con flor en dos redomas y ponerlas donde les dé el sol, y ellos poco a poco van destilando agua; y luego quitar éstos y poner otros, hasta tanto que haya la cantidad que les pareciere, y echar en ella un poco de solimán, y lavarse con esta agua, digo que si una mujer acostumbra a lavarse con ella, jamás tendrá paño en la cara, peca ni arruga. Y aun estoy por decir que no parecerá vieja (fuera de que hace una tez muy buena).

Ríos: ¿Quién os ha enseñado toda esta germanía?

Rojas: Si hubiera de decir todo lo que sé de mudas para la cara y las manos, blanduras y aguas, fuera no acabar en diez viajes, porque dejado todo lo que he dicho, os diré otra cosa, que es notable para el rostro, y no es más de un poco de trementina de vete, lavada en nuevas aguas, batida con un poco de aceite de huevos y solimán labrado. Ésta es blandura y sirve para después de lavada la cara, y afirman las que saben desto, que conforme tienen el rostro el día primero que se ponen este aceite de huevos, en ese estado le tienen todo el tiempo que lo usan. Y si tenéis alguna amiga que haya menester muda, decilda que tome zumo de limas y de pisas, miel virgen, huevos frescos, azúcar piedra, borrax y solimán, y esto junto lo ha de batir y poner a serenar nueve días, y le servirá de muda para todo el año, y si no decilda que se vaya con otro y servirá de mudanza para toda la vida.[[311]](#footnote-311)

Sus interlocutores se admiran del conocimiento que tiene del género femenino y Rojas les cuenta su amistad con una hechicera y alcahueta que le enseñó muchas cosas.

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, en *La hija de Celestina* (1612), comienza con una descripción de la pícara Elena, quien va vestida con saya parda, calzada con chapines con *virillas* y “tapada de medio ojo con un manto destos de lustre de Sevilla”.[[312]](#footnote-312) El hidalgo granadino la colma de regalos, entre ellos, “barros golosos” de Portugal,[[313]](#footnote-313) que servirían para mantener la tez lívida, como veremos en el capítulo IV. Antonio Rey Hazas, estudioso de la picaresca femenina, ha visto las interpolaciones en el texto de *La ingeniosa Elena o la hija de Celestina*, que convienen a nuestro propósito, sobre la madre de Elena, llamada Zara y conocida como una nueva Celestina. La interpolación viene después de que Elena narra la vida y muerte de sus progenitores, y Montúfar interviene con unos tercetos para igualar a la madre de Elena con la famosa Celia, “celebrada en la corte”:

Siete años cumplió Fabia. Al rostro bello,

Celia, su madre, aplica sucio afeite

y torpes artificios al cabello

para que ocupe con el vil deleite

a los ociosos ojos del mancebo

que solo con miralla se deleite.[[314]](#footnote-314)

En su comedia *La escuela de Celestina* (1620), Celestina sube a la cátedra a dar una lección a sus alumnas de cómo deben comportarse las mujeres para la seducción: aparte de cantar, bailar, tocar las “castañetas”, tener buen ingenio, donaire y “algo de bufonería”, aconseja cuidados del cuerpo, como “la limpieza, y el aliño”, “la cultura de los dientes”, pero, sobre todo, la seducción está en las manos:

La que la perfeta forma

por superior privilegio

tiene en las manos, no duerma,

deles la vncion a sus tiempos.

Alientelas con sortijas

que brillando rayos crespos

parezcan sol entre nieve

a los lasciuos deseos.

Tal vez la nube despidan

del guante, y cálcenle luego,

siendo relámpago breue,

con su fugitiuo incendio.

Porque mendigue su vista

el arrogante moçuelo.[[315]](#footnote-315)

Más tarde, aparecen en un baile y un entremés las tres discípulas de Celestina, Flora, Cristina y Beatriz, quienes, vestidas con ferreruelos, sombreros con plumas y dagas, discuten unas con otras: Cristina le dice a Flora que parece hecha de mantequilla y alfeñique, y acude al chiste quevedesco del juego de palabras solimán/afeite, Solimán/gran turco:

La que hasta en la mesma cara

camisa blanca se viste,

texida en los almireces

que deste oficio la sirven.

Siendo vna Corte de infieles

su rostro que en el assisten,

ya Soliman, ya Albayaldos,

sino es que juntos aniden.[[316]](#footnote-316)

Alonso de Castillo Solórzano, en *La niña de los embustes*, *Teresa de Manzanares*, nos recrea una verdadera clase sobre el tema de los postizos. En primer lugar, Teresa narra la vida de su madre Catalina y cuenta cómo compró galas en la calle de Toledo, propias de una fregona, y no se olvidó “del aderezo del rostro, que ya la habían dicho la que le estaría mejor para curársele de los aires y el sol del camino”.[[317]](#footnote-317)

Teresa se admira cuando llega a una casa y ve a dos mujeres afanadas en una “extraordinaria labor” que ella no había visto nunca:

[…] y era forjar de pelo postizo un copete con sus rizos y guedejas, tan bien rizadas que engañaran a cualquiera, juzgándolo, puesto en la cabeza, ser del propio pelo. Esta invención (nueva en la corte e inventada en aquella forma por aquella mujer) era para ahorrar prolijidad en tocarse, pues estando todo hecho, en el espacio de un cuarto de hora está una mujer compuesta.[[318]](#footnote-318)

Teresa mira atentamente y aprende también a rizar los cabellos: “[desea] poner en ejecución otra invención como aquella, pareciéndome que sería necesaria para muchas mujeres que quieren abreviar con su compostura, y para suplir canas y falta de cabello”; así, pone manos a la obra probando con unos cabellos de su ama Teodora, que se le habían caído de una enfermedad, y elabora un lindo copete, con lo cual se vuelve maestra en hacer copetes con pelo postizo, adjudicándose además la invención: “que yo puse nombre de moños”, y así la motejan en palacio *doña Berenguela*, y otra dueña con el sobrenombre de *la moñera*. Su negocio prospera a tal punto que no solo se gana la admiración de todas las mujeres de la corte, quienes se convierten en sus clientas, sino que además extiende su habilidad “a cubrir cabezas de hombres, que parecían calaveras con vida”[[319]](#footnote-319) y aprende a hacer cabelleras. Más tarde, se instala en Córdoba y, a pesar de que la moda allí es tocarse con sombrerete y manto de anascote, comienza a tener ganancias con su antigua profesión de fabricar postizos para los copetes de las mujeres y para los calvos. En una ocasión, para hacer una burla y vengar a don Jerónimo, le hace creer a un castrado o capón —al que el narrador nombra graciosamente licenciado Capadocia— que su mayor habilidad es hacer que le nazca la barba a los lampiños, así es que Teresa le da un aguafuerte para que se lave el bozo y la barba y se cubra con un paño, pero esa noche sufre grandes dolores en la cara y amanece todo llagado, con lo cual Teresa se apresta a cambiar de domicilio por la burla.

La otra protagonista picaresca de Castillo Solórzano, Rufina, de *La garduña de Sevilla*, se lava con agua clara y no usa afeites para embellecerse: “Preciábase Rufina poco en inquirir aguas, afeites, blanduras, mudas y otras cosas semejantes con que abrevian las mujeres su juventud, viniendo con todo esto la vejez por la posta; agua era con lo que se lavaba y sus naturales colores, el perfecto arrebol que traía”,[[320]](#footnote-320) lo cual le sirve al autor para desprestigiar los afeites.

Vélez de Guevara, en *El Diablo Cojuelo* (tranco II), habla de los lindos, sus copetes y sus bigoteras, y en el VII aparece una procesión de la Fortuna con acompañantes, entre otros, los pecados, que son las damas de la reina Fortuna sobre elefantes con sillones de oro; ahí, la avaricia “está opilada de oro, y no quiere tomar el acero porque es más bajo metal”,[[321]](#footnote-321) tema que veremos en el capítulo IV.

En el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, cuando Guzmán está haciendo la genealogía de su padre, hay cosas de las que solía hacer este que le siguen molestando, como rizarse artificialmente el cabello y darse afeites en el rostro, es decir, en cierto modo, las frases: “la mala voz que tuvo”, “y otras cosas que me callo” pueden aludir a su condición de afeminado.[[322]](#footnote-322) Veamos su descripción y su justificación ante el vulgo inquisidor y murmurador al que se dirige:

Era blanco, rubio, colorado, rizo —y creo que de naturaleza—; tenía los ojos grandes, turquesados, traía copete y sienes ensortijadas. Si esto era proprio, no fuera justo dándoselo Dios, que se tiznara la cara […] Pero si es verdad, como dices, que se valía de untos y artificios de sebillos, que los dientes y manos, que tanto le loaban, era a poder de polvillos, hieles, jabonetes y otras porquerías, confesarete cuanto de él dijeres y seré su capital enemigo […]; pues demás que son actos de afeminados maricas, dan ocasión para que de ellos murmuren y se sospeche toda vileza.[[323]](#footnote-323)

En su discurso moralista, compara a su padre con las mujeres, tanto las feas como las hermosas, que desde que se levantan tardan toda la mañana en afeitarse y destruyen la hacienda con el gasto, como reza el refrán de Correas; en la segunda parte, en cambio, al compararla con los lindos, atildados o Adonis, salva a la mujer, que sí puede usar afeites: “quédense los copetes, las blanduras, las colores y buena tez para las damas que lo han menester y se han de valer de ello”.[[324]](#footnote-324)

En *El Buscón*, de Quevedo, la posadera de la casa donde se hospedaba Pablos en Madrid, llamada la Paloma —una especie de alcahueta, que habla con refranes—, se describe como “una vieja de bien, arrugada y llena de afeite, que parecía higo enharinado”,[[325]](#footnote-325) quien, además de ser maestra en enseñarle a las tapadas los gestos que debían hacer con el manto y con los ojos, es muy ducha en materia de afeites, porque llegan a su posada “cuervos”, es decir, mujeres con las caras negras, a las que corregía de tal manera “que al entrar en sus casas, de puro blanco no las conocían sus maridos. Enlucía manos y gargantas como paredes, acicalaba dientes, arrancaba el vello”.[[326]](#footnote-326)

El escritor costumbrista Juan de Zabaleta (*c*. 1600-1667) pinta a la dama en el momento de acicalarse en su tocador con los que él llama “medicamentos de la hermosura”,[[327]](#footnote-327) y reprende las costumbres de los afeites como el moralista que es, aduciendo las mismas posturas sobre el atrevimiento de la mujer ignorante y fea de enmendar la obra de Dios. Para él los afeites son de no poca importancia y muy reprobables. Zabaleta sermonea y aduce ejemplos sin parar porque le importa mucho el remedio de acabar con los afeites en el mundo. Primero hace el retrato de la belleza tópica: “más blanca que la nieve, las cejas como de ébano, las mejillas como de rosa, los labios de coral y la garganta como de alabastro”, pero el problema es que ésa no es la cara natural, sino que es “un pellejo de color de sombra, unos ojos sin cejas, unas mejillas sin sangre, una nariz que berengenea, unos labios blanquecinos y una garganta que desde lejos parece esclavina”. Se diría, como Quevedo, que Zabaleta es un mago de las transformaciones, un descubridor de fingimientos para destacar los engaños de los afeites, que, según él, son más que los de “un jugador de manos, de la bolsa ceñida”.[[328]](#footnote-328)

Por último, María de Zayas y Sotomayor sigue la corriente del uso en el desprestigio de los afeites y recurre al tema de la mujer madura que se resiste a renunciar a su hermosura y juventud. Como doña Estefanía de Caicedo, de *El casamiento engañoso* de Cervantes, que denuncia a las viejas que usan postizos y quieren pasar por lo que no son, en su novela *El castigo de la miseria*, la recién casada doña Isidora es sorprendida por su nuevo marido, al amanecer, sin haber ido primero a su “arquilla de baratijas” para afeitarse y rejuvenecerse en el “Jordán de su retrete”[[329]](#footnote-329), por lo que don Marcos se percata de que su esposa no es la que está en la cama sino

[…] un fantasma, o imagen de la muerte, porque la buena señora mostró las arrugas de la cara por entero, las cuales encubría con el afeite, que tal vez suele ser encubridor de años, que a la cuenta estaban más cerca de cincuenta y cinco que de treinta y seis, como había puesto en la carta de dote, porque los cabellos eran pocos y blancos, por la nieve de muchos inviernos pasados. Esta falta no era mucha, merced a los moños y a su autor, aunque en esta ocasión se la hizo a la pobre dama respecto de haberse caído sobre las almohadas, con el descuido del sueño, bien contra la voluntad de su dueño. Los dientes estaban esparcidos por la cama.[[330]](#footnote-330)

Doña Isidora trata de arreglarse el moño y con la prisa se lo acomoda cerca de las cejas, imagen que recuerda sobremanera *La hora de todos*, de Quevedo, con lo cual María de Zayas se coloca en la misma línea satírica de la burla a las viejas que tratan de rejuvenecerse, y, con ello, retrata el tema de la realidad y la apariencia.

**En defensa de las mujeres y de los afeites**

Así como vimos unos textos fundadores o fuentes para los misóginos, igualmente hay que acudir a Hesíodo (*Eioae*, *Teogonía* y *Los* *trabajos y los días*), a Plutarco (*Mulierum virtutes*) y a Platón (*La* *República* y *Fedro*) para los tratados filóginos, y, de todos ellos, Hesíodo se considera una autoridad en la defensa de las mujeres.[[331]](#footnote-331)

Los defensores, con frecuencia, llevan a cabo su apología para combatir a algún furibundo misógino[[332]](#footnote-332) porque se lo piden sus damas[[333]](#footnote-333) o bien como espejos de mujeres destinados a su educación. De la época de Juan II, datan dos dedicados a su esposa, la reina María: *El triunfo de las donas*, de Juan Rodríguez del Padrón, y el *Tratado en defensa de las virtuosas mujeres*, de Diego de Valera, donde incluye biografías de mujeres ilustres, entre las que, para nuestro tema, nos interesa Camila, quien, gracias a su virtud, logró sobreponerse a su natural inferior condición femenina por haber dejado “las muxeriles blanduras”. No obstante, hay que poner en duda su defensa, porque tiene como regla general que la mujer es frágil, física y moralmente, e intelectualmente inferior, aunque algunas destacan por su virtud o su virilidad.[[334]](#footnote-334) Rodríguez del Padrón lleva a cabo su defensa, entre otras razones de peso, por la hermosura, que sigue los cánones del Medioevo:

[…] por ser más fermosa, lo qual afirma el Filósofo en el *Libro de la naturaleza de los animales*, diciendo el cuerpo de la mujer ser más liso, el color más blanco, la faz más alegre, más clara e más plazible, el cuello más largo, los cabellos más blandos, a filos de oro más pareçientes, la voz más suave, más clara e más delgada; los pies e las manos e las otras extremidades más sotiles e más delicadas.[[335]](#footnote-335)

Destaca también su limpieza por ser creada de la costilla de Adán, es decir, de “carne limpia purificada” y no del barro. Y, en aras de esta pulcritud, se justifica su afición a los afeites: “E aqueste es el natural principio que más faze: a las donas amar preçiosas unçiones, e traer consigo especias olorosas, aborresçiendo el su contrario”.[[336]](#footnote-336)

Otro tratado en este tenor filógino es el *Libro de las claras e virtuosas mujeres* (1446), de Álvaro de Luna, el cual, a juicio de uno de sus críticos y editores, “es, con mucho, el más impresionante testimonio de la literatura en defensa de la mujer en nuestras letras, y, posiblemente, en la Europa del momento”,[[337]](#footnote-337) en lo que concierne al debate conocido como la querella de las mujeres, a las que considera las mejores criaturas de la creación.

Respecto al tema concreto de los afeites, no todos los moralistas condenan el que la mujer no pueda presentarse bien ataviada y compuesta para agradar a su marido, porque así este no va a codiciar a la mujer ajena; por ejemplo, Vicente Mexía piensa: “Pues como el adornamiento exterior de los vestidos sea parte para que se parezcan bien el uno al otro, y por el mismo caso tengan contentamiento de sí mesmos, bien claro se paresce la razón que ay para que lícitamente lo puedan usar, porque con esto se libren de cobdiciar cada uno dellos otra conuersación fuera del matrimonio”.[[338]](#footnote-338) Acude también Mexía a la autoridad de san Pablo, para afirmar que así como Cristo no quiso ver en su esposa, la Iglesia, cosa que la afease, así “los maridos huelgan de ver a sus mugeres bien compuestas y aderezadas”,[[339]](#footnote-339) pero, ¿acaso no es esto un rasgo de la verdadera misoginia, que la mujer solo se pueda aderezar con el fin de agradar a su marido?

Otro defensor de las mujeres que combatió a un moralista misógino como Alonso de Carranza fue el licenciado Arias Gonçalo, quien sacó un *Memorial en defensa de las mujeres de España*, en el que también desplegaba su erudición para rebatir los argumentos de Carranza contra los vestidos, galas, adornos y afeites de mujeres, y cabellos largos y guedejas en los hombres. Para ello aduce otros ejemplos:

Santa muger de Noemo aconsejó a Ruth se lavasse y ungiesse con olores, y se vistiesse cuidadosos y vistosos adornos para agradar a su marido Botz. También se adornaron mucho la santa Reyna Ester; y la santa Iudic: y si fuera pecado primero dexaran perder a Israel, que cometerlo. Y la castísima Susana mando a sus mugeres y criadas le trajesen el agua de rostro sacada por alambique, y el azeyte de olores para peinarse y adornarse. Destos olores y de la variedad de vestidos de diferentes colores y adornos para todo el cuerpo, de que usavan mucho las mugeres, refieren mucho los santos Prophetas Ezechiel, y Isaías, que como cortesanos hablaron con las metáphoras y símiles de las cosas.[[340]](#footnote-340)

De esta manera va pasando revista a todos los adornos de la Antigüedad griega y romana, de las mujeres bíblicas, desde la cabeza con sus postizos, las arracadas, las gargantillas, zarcillos, manillas, ajorcas, brazaletes, con sus nombres griegos y latinos, así como las diferentes autoridades que han hablado de las galas y adornos: Juvenal, Cicerón, Séneca y Plauto se dan la mano con san Juan, san Gregorio, san Jerónimo y san Bernardo en estas letras apologéticas guiadas por la pluma del licenciado Arias Gonçalo.

Acaba su *Memorial* con una defensa de las mujeres contra los detractores misóginos que tratan de igualarlas a todas con el mismo rasero y se erige en representante de las mismas ante el rey:

Y assí las mugeres de España con humildad, y confianza postradas a los Reales pies de V.M. le suplican no las amontone a todas, como mala yerba, en la nota general de una ley: sino que antes se sirva de ampararlas a todas, y a las malas por las buenas, en el uso del privilegio que el derecho natural de las gentes les dio: y manutenerlas en la posessión de la libertad conveniente, y política de que han usado desde el principio del mundo en vestirse, y adornarse: y mandar se les guarde el decoro, y veneración que se les debe. Y assí lo piden por justicia a su Rey, y suplican por gracia a su Señor.[[341]](#footnote-341)

El teatro del Siglo de Oro es bastante misógino, como hemos visto en los apartados anteriores, pero hay una obra de Lope de Vega que podría considerarse una autodefensa de la mujer en boca de su protagonista. Basada en un cuento medieval de gran popularidad, en la comedia bizantina *La doncella Teodor* (*c*. 1609-1611), cuando es puesta a prueba en la corte del soldán de Persia, Fenicia le pide a la sabia doncella que defina las partes de la mujer perfecta, y Teodora describirá el ideal de belleza femenino de acuerdo con la tradición áurea, y, en un ágil diálogo con Fenicia, hija del sabio Beliano, enumera sus partes en dieciocho, agrupándolas en tríos:

Teodor: […] desta manera han de ser:

corta en tres y larga en tres,

en tres blanca y en tres roja,

en tres gruesa y flaca en tres […]

De boca, pies y narices

será corta; en cuerpo, cuello

y dedos larga.

Fenicia: ¿En qué dices

que sea roja?

Teodor: En aquel bello

color de los dos matices

que las mejillas hermosas

junta como nieve y rosas,

los labios y las encías.

Fenicia: ¿Y en qué parte la querrías

blanca?

Teodor: En tres partes forzosas.

Fenicia: *¿Cuáles?*

Teodor: Dientes, rostro y manos.

Fenicia: ¿Y en qué partes la quisieras

ancha y gruesa?

Teodor: en los dos llanos

hombros, muñeca y caderas,

y porque son más lozanos,

más vivos, más atractivos,

negra de ojos con pestañas

y cejas.

Fenicia: Aunque son vivos,

mucho en los negros te engañas,

verdes son nobles y altivos,

y azules, color de cielo,

son bellos en blanco velo.[[342]](#footnote-342)

Otras dos obras dramáticas ambientadas en las guerras entre sabinos y romanos presentan una explícita defensa de las mujeres. La primera es una obra escrita en conjunto por Calderón, Antonio Coello y Pérez de Montalbán, *El privilegio de las mujeres*, en la que se trata nuestro tema porque “surge al calor de los debates en torno a las pragmáticas contra los afeites y vestimentas femeninas”. En esta obra se propone que la milicia de Roma está descuidada a causa de la hermosura de las mujeres: “que nadie las armas toma,/ por no apartarse un momento/ de las mugeres”;[[343]](#footnote-343) entonces se toman medidas:

que el Senado,

viendo que el arte, el asseo,

la hermosura, y el adorno

de sus mujeres pudieron,

tanto estragar la Milicia,

y el pasado valor nuestro.

Por remediar desde daño […]

Vna ley han publicado,

vna prematica han hecho,

por baxar de las mujeres

el exterior luzimiento.

Moderandoles los trages,

galas, joyas y embelecos,

que son oropel del gasto,

que brilla, y no vale un bledo.[[344]](#footnote-344)

Se pasa revista a las flacas y a las gordas; a “las morenas, que afeytando/ blancura añadida hizieron,/ Constantinopla la cara/ del Baxa Soliman perro”; a las calvas, que hacían calvos a los muertos por quitarles su cabellos para hacer sus frentes proporcionadas. Morfodio logra una imagen patibularia haciendo que todas las redomas, los aparatos de rizar, los moños, las jaulillas, los espejos, amanezcan un día “colgadas de la picota/ para publico escarmiento”. Beturia, la amada del salvador de Roma, el caudillo Coriolano, le increpa por haber derogado los privilegios de las mujeres y negarles la urbanidad, y le insta a “que aquesta infamia derogues,/ haciendo que aqueste arbitrio/ se borre de las memorias,/ y se escriua en el oluido”. Morfodio informa cómo Coriolano, por erigirse en defensor de las mujeres, mató a dos senadores que habían prohibido “los vestidos, afeytes, y las mudas”. En su discurso, Coriolano manifiesta que no permite “que se agrauie la hermosura/ que la belleza se vltraje”, y sigue con una encendida defensa sobre todos sus valores y en contra de los que las agravian, que no son más que irracionales e ignorantes. Coriolano es sentenciado al destierro y, en su camino, encuentra al rey Sabino, a quien previamente había vencido y perdonado. Sabino lo invita a vengar sus agravios haciéndolo capitán de su ejército. Vence a Roma, y, los mismos que le condenaron, solicitan piedad, pero solo la concede ante los ruegos y lágrimas de Beturia, y exige que a las mujeres se les restituyan las joyas y las galas, y que “se entregue/ todo el honor de los hombres/ al poder de las mujeres”.[[345]](#footnote-345)

Más tarde y con mínimas variaciones, Calderón escribe su propia obra, *Las armas de la hermosura* (1679), en la que el gracioso Pasquín habla de la pragmática de 1636, la cual promueve que las mujeres no usen telas extranjeras, sino géneros de la tierra, y que no lleven oro ni plata, y, enseguida, arremete contra postizos y afeites: “ni usar tampoco de pelo,/ que propio no sea, de afeites,/ baños, perfumes, ni ungüentos”.[[346]](#footnote-346) Con esto, se acabará el artificio y se verán solo verdades, después de hacer los siguientes exorcismos:

El arrebol, ni por lumbre,

el soliman, ni por pienso,

los islanes, abrenuncio,

los sacristanes, arredro,

los alcanfores son chanza,

las blandurillas, son cuento,

la clara de huevo, tate,

el resplandor, quedo, quedo,

el albayalde, exi foras,

la neguilla, vade retro.[[347]](#footnote-347)

Veturia se queja en público frente al Senado y al caudillo romano Coriolano, vencedor de los sabinos, para que derogue el edicto “en nombre de todas” las mujeres, pues las tratan como esclavas “con tal dominio,/ que en mujeriles adornos/ aun no nos dexais arbitrio?”. Coriolano queda convencido: “Quien fuere de mi sentir/ en que no se vea ofendido/ el honor de las mugeres,/ me siga”. Pero por levantarse contra Roma y el Senado es encerrado en una torre y condenado por Aurelio, su padre y juez, que representa al Senado; perdonado por Lelio, en representación de la nobleza, y desterrado por Enio, que representa a la plebe. Finalmente, queda libre, aunque expulsado “en los desiertos montes”, pero un cambio de fortuna hace que lo reconozca Astrea, la reina de los sabinos, a quien él previamente había liberado. Coriolano se ofrece al rey Sabinio para unirse a sus fuerzas y combatir a los romanos, que tan injustamente lo han castigado. Los sabinos vencen a Roma gracias al general Coriolano, y Astrea recibe la noticia: “darte con mas razón los brazos debo,/ que ya he sabido que infelice eres,/ por valer el honor de las mujeres”. Veturia sale con las matronas y el pueblo a suplicarle con lágrimas (las armas de la hermosura) a Coriolano “que viva Roma triunfante”. Además, se le restituyen los privilegios a las mujeres “en sus primeros adornos/ de galas, joyas y afeites”, y a los hombres se les increpa “que el hombre que a una mujer,/ donde quiera que la viere/ no la hiciere cortesía,/ por no bien nacido quede”.[[348]](#footnote-348) En resumen, en este texto calderoniano “se realiza una defensa de la mujer y de su derecho a acicalarse a su antojo, entendiéndose que su capacidad de seducción le permite hacer su voluntad frente al poder masculino. Y es que es, precisamente, a través de su belleza como conseguirá Veturia la paz para Roma, convirtiéndose en la auténtica heroína del texto de Calderón”.[[349]](#footnote-349)

Este breve repaso por algunos textos defensores de la mujer y en contra de los misóginos maldicientes, en algunos casos, raya en la alabanza desmesurada; en cualquier caso, ella es objeto de debate por parte de los hombres: predicadores, moralistas, filósofos o poetas, y tanto el menosprecio como la idealización son aspectos negativos en la *disputatio* o querella en torno a la mujer. Habrá que recurrir a la reivindicación femenina de escritoras pioneras como Teresa de Cartagena, María de Zayas o sor Juana, con el soneto “Hombres necios que acusáis”, el romance 38 en el que hace un listado de sabias mujeres como ella, y la *Respuesta* al obispo de Puebla. En todas ellas la condición de la mujer y el derecho a la educación y al conocimiento van de la mano.

**Los virreinatos**

**Los dramaturgos y poetas**

Un recorrido por algunos textos virreinales nos permitirá conocer de qué manera arraigó este tema en las letras americanas, transportado en el bagaje de conquistadores, frailes evangelizadores, dramaturgos y poetas. El dramaturgo del siglo xvi Fernán González de Eslava, en los coloquios X y XVI, se refiere a los afeites a través de sus personajes alegóricos Presunción e Ignorancia, este último como el gracioso:

Presunción: Di: ¿lleuásteme, patán,

a la Yglesia mi coxín?

Ignorancia: ¿No está en prendas del tomín

que truxe de solimán

de cas de Miguel Martín?

Presunción: No publiques noramala

mi pobreza y mi deleyte.

Ignorancia: Para vos compré el afeite;

diga: ¿con qué se azicala,

con manteca o con azeyte?

Presunción: Solimán y su blancura

me pongo, y por estar flaca,

de la color de Huaxaca.

Ignorancia: ¿No diera más hermosura

color de pança de vaca?[[350]](#footnote-350)

En el coloquio XVI, en un contexto cinegético, Halagüeña se expresa sobre los afeites como un reclamo y una trampa para los hombres: “El reclamo en que llevo puestos los ojos es el artificio de las damas, que al rebolar del cabello se abaten los perdidos amadores, como la mariposa al fuego. ¿Qué mejor liga que los afeytes, que tienen más virtud para atraer que la piedra ymán?”[[351]](#footnote-351)

Sor Juana Inés de la Cruz es una excelente maestra del retrato femenino, siempre teñido de un gran humor; ya sean sus modelos Belilla o Gila, Lisi o Elvira, sus versos dan una vuelta de tuerca a las metáforas petrarquistas al uso con imágenes insólitas, a veces, burlescas y, en ocasiones, prosaicas, como el caso de Lisarda, en los “Ovillejos”, en los que, siguiendo el tópico de la pintura como acto de escritura, *ut pictura poesis*, elabora un jocoso metapoema donde, al tiempo que va buscando las consonantes, reivindica la originalidad, burlándose de las metáforas trilladas, “cansadas”, sobre la dama del amor cortés, y luego de la beldad garcilasiana: flores, oro, estrellas, coral, perlas, piedras preciosas, arcos, soles, rosas, alabastro, nieve, marfil y plata son sustituidas en el retrato de Lisarda por las cosas más vulgares y cotidianas: cañerías, bocados de cecina, buñuelos o una cantimplora, pero sin ningún ánimo sarcástico, al contrario, siempre de una manera jocosa, afectuosa y con respeto, y solo con el afán de alabar su belleza natural, sin afeites como el carmín o la grana, que si ella desea usarlos: “gaste su dinero,/ que es grande bobería/ el quererla afeitar a costa mía”.[[352]](#footnote-352)

En el romance 43 tampoco encuentra cómo describir la hermosura de Elvira, condesa de Galve, por más que busca en jardines, luces, estrellas y claveles, además de fatigarse con la lectura de tantas musas:

Pues a los poetas, ¡cuánto

les revolví los afeites

con que hacen que una hermosura

dure aunque el tiempo le pese![[353]](#footnote-353)

Su postura claramente es la reivindicación de lo natural frente a lo afectado de los afeites, como vemos también en los dos retratos festivos de las endechas “A Belilla pinto” y“Agrísima Gila”, donde, de nuevo, lo cotidiano y comestible sustituye a lo metafórico: en el cuello de Belilla se puede hallar requesón y en sus manos almidón por su blancura; su respiración desprende aromas de ámbar y algalia, y su pie es tan pequeño que no necesita calzador. En el pelo de Gila están derretidos el ámbar y la mirra, dos de las especias más cotizadas; la frente “el jazmín/ pretende afeitar”,de tanta blancura; los ojos son tan aceitunados que están “bien aderezados/ de orégano y sal”; su “cándido cuello/ tan nevado está,/ que sobre el limón/ se puso la sal”,[[354]](#footnote-354) y sus manos son “de cuajada leche”. Como vemos, lo natural es para sor Juana el mayor valor; los alimentos le sirven para hacer bromas con los atributos femeninos y, para ella, los adornos son superfluos, porque estas mujeres con su belleza natural vencen a los afeites, como promulga también en la “Respuesta a sor Filotea”: “es tan apreciable el adorno natural del cabello”, dice, pero ella, en cambio, lo corta cada vez que crece, porque no le parece bien “que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno”.[[355]](#footnote-355) De nuevo lo exterior pasa a un segundo plano frente al conocimiento y al cultivo del intelecto.

Sor Juana es sensible a los olores, que convierte en metáforas aromáticas: la boca de la condesa de Paredes es un “búcaro de fragancias” y sus movimientos esparcen “bálsamo de fragantes aromas”. Los perfumes, considerados atractivos sexuales, aunque para algunos moralistas sean “hedores de luxuria”,[[356]](#footnote-356) sor Juana no los juzga en absoluto; apenas se permite unos mínimos complementos olorosos en una décima sobre un regalo que manda a un compadre, consistente en pastillas de olor para la boca y unos guantes perfumados con ámbar:

Si el regalaros me toca

por Compadre, así se hará;

pero el regalo será

tan solamente de boca.

Mas, con todo, me provoca

a mí el cariño también,

a que vuestras manos den

de mi voluntad un rasgo,

porque nuestro compadrazgo

a todos les huela bien.[[357]](#footnote-357)

Incluso en su magnífica silva filosófica y mitológica, *Primero sueño*, aparecen brevemente los afeites cuando se refiere a la sangre de Venus, que tiñó las rosas blancas con su sangre, y con este nuevo color fueron merecedoras del aplauso de los prados. La flor más hermosa será entonces símbolo de la vanidad de la mujer, quien también es admirada por el vulgo, pero no por su belleza natural, como la de la rosa, sino por sus afeites obtenidos con los venenos del solimán o el albayalde:

de industria femenil que el más activo

veneno, hace dos veces ser nocivo

en el velo aparente

de la que finge tez resplandeciente.[[358]](#footnote-358)

No en vano el doctor Laguna se refiere al venenoso solimán como corrosivo y mordaz: puede quitar las manchas del rostro, pero también secar y consumir la piel, por lo que las mujeres que se afeitan con él, aunque sean de poca edad, “presto se tornan viejas, con unos gestillos de monas, arrugados y consumidos”.[[359]](#footnote-359)

En su teatro, sor Juana hace algunas bromas con los afeites, que, como hemos venido viendo a lo largo de estas páginas, suelen estar en boca de los graciosos, como en otros dramaturgos coetáneos. En *Los empeños de una casa* hay un juego de palabras con los afeites entre don Carlos y su criado Castaño:

Don Carlos: “Si en belleza es Sol Leonor,/ ¿para qué afeitesquería?

Castaño: “Pues si es sol, ¿cómo podía/ estar sin el resplandor?”.[[360]](#footnote-360)

Aquí el juego del doble sentido radica en que el resplandor es un compuesto de albayalde para acicalarse.

Más tarde, el gracioso Castaño se disfraza de mujer para llevar un papel a don Rodrigo de parte de don Carlos, y cuando se está travistiendo se da cuenta de que le hace falta el solimán para darse una “manica de gato”, pero inmediatamente lo deshecha y trata de “ingrato” a tal venenoso afeite: *“*la color no me hace al caso,/ que en este empeño, de fuerza/ me han de salir mil colores,/ por ser dama de vergüenza”.[[361]](#footnote-361) Después se pone unos guantes para cubrir las varoniles manos y un “abanillo”, aunque su verdadera arma será el manto, sobre cuyas hiperbólicas cualidades diserta Castaño:

El manto lo vale todo,

échomelo en la cabeza.

¡Válgame dios! cuánto encubre

esta telilla de seda,

que ni hay foso que así guarde,

ni muro que así defienda,

ni ladrón que tanto encubra,

ni paje que tanto mienta,

ni gitano que así engañe,

ni logrero que así venda.[[362]](#footnote-362)

Y, así, tapada de medio ojo, “con el un ojo recluso/ y con el otro de fuera”, sale a su embajada temiendo que alguno se enamore de ella. Y, efectivamente, don Pedro lo toma por Leonor, y Castaño contesta como tal, aunque de manera necia, para lograr más enredos en la comedia. Don Pedro le pide que se quite los guantes y le dé las manos; Castaño no quiere dárselas, alegando que las tiene enfermas “y ni han bastado recetas/ de hieles, ni jaboncillos/ para que a su albura vuelvan”; sigue el enredo y cuando nuevamente le pide la mano, Castaño contesta: “Sí, que os la tengo/ para dárosla más blanda,/ un año en guantes de perro”; cuando se descubre el embuste y Castaño queda sin manto, dice: “No soy sino el perro muerto/ de que se hicieron los guantes”.[[363]](#footnote-363)

Sor Juana también es un verdadero cofre de sabiduría doméstica: conoce el cuidado del cuerpo y las prácticas que se llevaban a cabo para mantener el buen olor corporal; para suavizar y blanquear las manos con hiel de vaca, sebo de cabrito o riñonadas de ciervo, y sabe de la costumbre de adobar y perfumar guantes con ámbar, un lujo muy preciado. Aunque algunos los considera venenos, tal el solimán o el albayalde, lejos de presentarlos como vicios en la mujer, diserta de una manera desenfadada y humorística sobre los afeites, pero, sobre todo, defiende la belleza natural frente a todo tipo de artificios de industria femenil, y en varios romances asoma su delicadeza femenina al describir la perla que adorna el tocado de la condesa de Galve o la “emplumada diadema” que le envía a ella la condesa de Paredes desde Lima, detalles encantadores de su inimitable pluma, queconsidera que la mujer no necesita adornos*.*

El gran dramaturgo del virreinato novohispano Juan Ruiz de Alarcón no abunda demasiado en el tema de los afeites. Apenas lo hace en el *Examen de maridos*, donde fabrica un enredo con el propósito de que la marquesa doña Inés desista de querer al marqués don Fadrique, amante de doña Blanca; esta se disfraza de criada, y se vale de una invención para vender unas joyas y entrar en casa de doña Inés a contarle secretos sobre el marqués, que sufre de halitosis.[[364]](#footnote-364) La misma noticia la confirma la criada de doña Blanca, Clavela, a Beltrán, el secretario que ayuda a doña Inés a hacer el examen de sus pretendientes. Dice Clavela:

y en la amorosa cuestión,

a mis labios atrevido,

con su aliento me ofendió

tanto, que me mareó

el mal olor el sentido.[[365]](#footnote-365)

El criado del marqués, Ochavo, escondido en la chimenea, se entera de los defectos que le atribuyen a su señor y se lo hace saber:

a enfado

dice, señor, que provoca

el aliento de tu boca:

¡mira tú a quien has besado

sobre ahíto y en ayunas,

o después de comer olla,

ajos, morcilla, cebolla,

habas verdes o aceitunas![[366]](#footnote-366)

Sorna en las descripciones de graciosos, enredos sin cuento y travestismos provocados por la apariencia y los disfraces, los afeites no son un tema amargo entre nuestros dramaturgos González de Eslava, sor Juana y Ruiz de Alarcón, quienes, aunque defiendan la naturalidad frente al artificio, lo hacen en un contexto humorístico y nunca condenatorio.

En el virreinato del Perú, el poeta sevillano, vecino de Tucumán, Mateo Rosas de Oquendo, en un romance jocoso-serio donde satiriza los vicios y los modos de vivir en el Perú colonial, *Sátira a las cosas que pasan en el Pirú, año de 1598*, va dando cuenta de los presumidos de linaje, “de la ostentación y oportunismo de la corte virreinal”,[[367]](#footnote-367) de la lascivia de las busconas y prostitutas que se exhiben en procesiones, de las mujeres casadas que engañan a sus maridos cornudos y de cantidad de corrupciones y falsedades que denuncia presentando un mundo al revés. Entre las sátiras a las doncellas, vírgenes fingidas, casadas adúlteras y viejas embusteras, no podían faltar los afeites y adornos femeninos, que enumera en cuadros al mismo tiempo moralizantes y costumbristas, sobre todos los oficios a los que se dedican las mujeres casadas, los cuales, en muchos casos, son engaños y artificios que inventan para salir de la casa propia y entrometerse en la ajena:

otras ay que hazen pastillas,

pebetillos y ziriales,

otras ensalman criaturas,

otras curan mal de madre,

otras ay que toman puntos,

otras labran solimanes.[[368]](#footnote-368)

Las hay que fabrican adornos femeninos:

otras conponen copetes,

otras hacen almirantes,

otras hacen arandelas,

de pita, plata y alambre

otras hacen clauellinas,

espigas de oro y plumaxes,

otras hacen gargantillas,

arillexos y pinxantes.[[369]](#footnote-369)

Las hay que elaboran y venden afeites:

otras ay que hacen lexías,

otras mil aguas suaues […]

otras poluos para dientes,

otras que ponen lunares.[[370]](#footnote-370)

Y también las que los usan:

al aposento del negro

ban otras a blanquearse,

y quiera Dios no se tiñan,

que bien puede sospecharse.[[371]](#footnote-371)

El narrador cuenta los remedios que saben ciertas mujeres para regenerar la virginidad, es decir, “el rremendarse”:

qué buen amigo es el vidro,

la granada, y el sumaque

para quedar como nueva

al tiempo del entregarse.[[372]](#footnote-372)

Rosas de Oquendo demuestra a cada paso sus dotes de experto retratista. Veamos cómo describe a la vieja:

Toda la cabesa calba

del sincopado caluarse;

y siñe la crespa frente

de enrrizados aladares

sobre vna tersia de jesto

y sinco baras de talle.[[373]](#footnote-373)

De acuerdo con Pedro Lasarte, uno de los editores de la *Sátira*, “calvarse”, en germanía es *engañar*, “lo que alude a la peluca que cubre su calvicie”[[374]](#footnote-374) y “sincopado” es *sin copa*, o sea, sin pelo.

También describe a los viejos:

hay un viejo podrido,

muerto por alcoholarse,

como si aquella color

hubiese de auilitalle.[[375]](#footnote-375)

Y a las mujeres que van a ver a la comadre porque están opiladas, para que les dé remedios y callen, ya que en el fondo las opilaciones encubren un embarazo.

En el siglo xviii, en el virreinato del Río de la Plata, tenemos un curioso libro de noticias de una buena parte de América del Sur con breves intervalos en la Nueva España: el *Lazarillo de ciegos caminantes* (1775), de Alonso Carrió de la Vandera, un viajero que recorre un itinerario desde Montevideo hasta Lima como visitador de correos y postas. La pluma de nuestro autor no se detiene solamente en el conteo de leguas, habitantes, descripciones de espacios agrestes, caminos, ríos y puentes o de lugares públicos, plazas, calles y procesiones, sino que atraviesa fachadas y balcones e invade el espacio doméstico, para sacar a la luz el dispendio y el lujo en asuntos tan femeninos e íntimos como la ropa interior o los ajuares de casas y camas.

Si lo comparamos con el viajero francés Amedée Frezier, refiriéndose a las tapadas limeñas, se fija en el abuso de la puntilla, no solo en camisas y enaguas, sino también en zapatillas y en sábanas, además de las tres que llevan las faldas, abiertas por delante, que son de oro y plata sobre galones de seda. Le parece extravagante la costumbre de que los españoles no se asombren cuando ellas descubren un seno y, en cambio, oculten los pies. Carrió va más allá del francés y distingue a las peruanas de las europeas, mexicanas y porteñas justamente por esta “bizarría” que “fundan en los bajos, desde la liga a la planta del pie”. Parece un experto juez y observador, a juzgar por la clasificación de mujeres en Lima, que hace según el nivel de sus faldas:

Las señoras más formales y honestas en este país descubren la mitad de la caña de su pierna. Las bizarras o chamberíes toman una andana de rizos, hasta descubrir el principio de la pantorrilla, y las que el público tiene por escandalosas, y que en realidad lo son, porque este concepto es suficiente, elevan sus faldellines a media porta, como cortinas imperiales.[[376]](#footnote-376)

Describe los mantones de invierno, los *guipiles*, *quisquémeles*, las *tobajillas* de verano, las gasas que cubren los escotes, y de las tapadas limeñas, el doble embozo que las cubre totalmente de la cabeza hasta la cintura. Además, distingue a las mujeres limeñas de las mexicanas en que estas últimas tienen bocas de tintero, es decir, están desdentadas o sus dentaduras no conservan la blancura debido a la sal de los lagos desecados, llamada *tequesquite*, “que dicen los naturales que corrompe y pudre los dientes, cubriéndolos con un sarro negro”; pero, afirma, es usual que se despojen de sus dientes naturales y se pongan un surtido “de marfileños”; asimismo, cuentan con su tez de “color rojo, dilatados cabellos, airosa marcha y otras gracias”. En cambio, por la benignidad del aire y el clima, las limeñas, además de conservar los dientes en la senectud, tienen un cutis “más flexible y suave” y prefieren en su tez “el color del jazmín al de la rosa, y así son las damas del mundo que usan menos el bermellón”.[[377]](#footnote-377)

**Capítulo 3**

**Las metáforas del afeite o el afeite como metáfora**

**El artificio en el estilo**

Arte de la ilusión o del engaño, Platón comparaba la cosmética con la retórica, la cocina y la sofística, porque todas ellas son simulaciones del arte, o más bien son el arte de la simulación, el adorno, la mentira,[[378]](#footnote-378) y en toda mentira está implícita la idea de artificio. La metáfora más usual del afeite es la que concierne al artificio. Decir la verdad sin afeites o hacer un discurso sin aliños es hablar a la llana, sin usar palabras ornamentadas ni falsa retórica. Así, una de las metáforas clásicas del afeite es el artificio aunado a la mentira; las palabras que no son verdad son impostadas y suelen adornarse con colores retóricos o afeites, como sugiere Rodrigo Cota, en el *Diálogo entre el amor y un viejo*:

Yo hallo el sumo deleyte,

yo formo el fausto y arreo

y tan bien cubro lo feo

con la capa del afeyte.[[379]](#footnote-379)

Este mismo postulado plantea Mateo Alemán sobre la imposibilidad de acceder a la verdad por los adornos, las exageraciones, por querer divertir o incitar a algo, es decir, por querer cubrir las palabras con afeites: “Común y general costumbre ha sido y es de los hombres, cuando les pedís reciten o refieran lo que oyeron o vieron, o que os digan la verdad y sustancia de una cosa, enmascararla y afeitarla, que se desconoce, como el rostro de la fea”.[[380]](#footnote-380) En la novelita “Historia de los dos enamorados Ozmín y Daraja”, inserta en el *Guzmán de Alfarache*, sin embargo, las palabras bien adornadas aparecen con un sentido positivo: “Dioles don Luis atento oído a las bien compuestas y afeitadas palabras que le dijeron”.[[381]](#footnote-381)

El artificio en el estilo será otro de los temas que usa la metáfora del afeite. Lope de Vega, en sus ensayos sobre la poesía, alaba el “estilo puro” de Góngora, pero critica a sus seguidores, que solo saben usar las voces raras, los artificios más elementales, “pues hacer toda la composición figuras es tan vicioso e indigno, como si una mujer que se afeita, habiéndose de poner la color en las mejillas, lugar tan propio, se la pusiese en la nariz, en la frente y en las orejas”,[[382]](#footnote-382) como, de hecho, solían hacerlo, a juzgar por algunos testimonios de viajeros por España, como el de madame D’Aulnoy, que se admiraba de que se dieran carmín incluso en los hombros.[[383]](#footnote-383) Pero mucho más singular le pareció que en palacio “las estatuas de las mujeres lleven coloretes en las mejillas y en los hombros”.[[384]](#footnote-384)

En otra carta sobre la nueva poesía, Lope aboga por el sentido más que por el excesivo recargamiento formal: “sin andar a buscar para cada verso tantas metáforas de metáforas, gastando en los afeites lo que falta de faciones, y enflaqueciendo el alma con el peso de tan excesivo cuerpo”.[[385]](#footnote-385)

**El afeite y el amor**

El afeite como metáfora del engaño amoroso y la seducción tiene una larga trayectoria desde el Arcipreste de Hita, quien la usa en dos ocasiones sinonímicas y en contextos semejantes: “Palabras afeitadas con gestos amorosos;/ con palabras muy dulces, con dezires sabrosos,/ creçen mucho amores e son [más] deseosos”[[386]](#footnote-386) y “Palabrillas pintadas, fermosillos afeites;/ con gestos amorosos, engañosos juguetes,/ trahen a muchos locos con sus falsos risetes”,[[387]](#footnote-387) hasta Cervantes, en *Las dos doncellas*,donde Teodosia se queja de que dejó de ser doncella “por creerse de palabras compuestas y afeitadas de fementidos hombres”.[[388]](#footnote-388)

**El afeite y los refranes**

Pertenecientes a la literatura sapiencial, los refranes, como portadores de la verdad, son considerados por el pueblo como “evangelios chicos”,[[389]](#footnote-389) pero también tienen mucho de metafóricos por cuanto su estructura es comparativa, porque en algunos casos usan la metonimia o porque se plantean como adivinanzas.

De entre ellos, hemos espigado algunos frutos misóginos referidos a los afeites y a la belleza recopilados por Gonzalo Correas. Respecto a su definición de *mujer hermosa*, este paremiólogo del siglo xvii recoge y, en algunos casos, glosa los refranes y frases proverbiales que continúan los mismos cánones de belleza y los mismos prejuicios misóginos del Medioevo:

“La mujer para ser hermosa, ha de tener cinco veces tres cosas: ser blanca en tres, ancha en tres, larga en tres: blanca en cara, manos y garganta; colorada en labios, mejillas y barba; negra en cabellos, pestañas y cejas; ancha en caderas, hombros y muñecas; larga en talle, manos y garganta” (189).

“Mujer negra, pestaña y ceja” (473).

“No hay hermosura que llegue a la de la mujer no afeitada, y asaz está vestida la bien acostumbrada” (221).

“No hay mujer hermosa el día de la boda (porque va compuesta y aliñada)” (221).

“Cejas negras y ojos grandes, no hay más Flandes” (269), encareciéndola por hermosa.

“Barba hundida, hermosura cumplida (Más en las mujeres)” (304).

“La mujer negra, trementina en ella” (188), es decir, habría que ponerle disolvente para que se deshiciera su color.

Sobre el mucho gasto dedicado a los afeites, que condenaban los moralistas:

“La mujer cuanto más se mira a la cara, tanto más destruye la casa” (189).

“La moza en se componer, y el viejo en beber, gastan todo su haber” (185).

“Salud y alegría, belleza cría; atavío y afeite, cuesta dinero y miente” (243).

Otros refranes abundan sobre la mujer afeitada que busca que la vean:

“La mujer del ciego, ¿para quién se afeita?” (188) si el marido no la puede mirar.

“La mujer del viejo relumbra como espejo” (188) seguramente, a causa de los afeites lustrosos para que la vean los jóvenes.

“La mujer compuesta, a su marido quita de puerta ajena. (Compuesta se entiende limpia y aliñada, no afeitada con badulaques)” (189).

“La que se lava con dragontía, con la reina se pone en porfía, por un rato, mas no por un día” (177).

“Donde no hay chapines, no hay aliño” (291), es decir, chapines sería metonímicamente la mujer que es la que sustenta la casa y la hacienda.

Abundan los dedicados al maldecir de los afeites:

“A mujer afeitada tuércela cara (Esto es, no la mires)” (22).

“El afeite a la mujer, y a todos el beber” (76).

“La mujer polida, la casa sucia, la puerta barrida (Prueba que cuidan de componerse a sí y no su casa)” (189).

“La mujer y la cereza, por su mal se afeita”, la glosa del propio Correas es “la cereza porque es comida, y peligra la fama de la mujer que se afeita” (187) y recoge otra variante “La mujer porque es requerida y la cereza porque es comida (Peligra la fama de la mujer que se afeita)” (189).

Respecto a la relación de las frutas con el afeite, Lope de Vega, en *La hermosura de Angélica*, se refiere entre variadas frutas a “la afeitada cereza”, tal vez, aludiendo a su intenso color rojo como el del carmín de las mujeres, y en *La Filomena* habla de la “pálida camuesa,/ afeitada tendrás con oro y grana” y fray Plácido de Aguilar: *“*La pálida camuesa arrebolada/ en fe de que el afeite la sazona,/ la pechiabierta de su amor granada,/ reina de frutas, pues que trae corona;/ la guinda en dulce y agro delicada,/ la amarilla toronja en quien Pômona/ de la vejez retrata los pesares/ con pálidas verrugas y lunares”*.* [[390]](#footnote-390)

“La viuda que se arrebola, por mi fee que no duerme sola” (174).

“Lo que falta a la desnuda, alcohol y mala ventura” (200).

“Con el albayalde la del alcalde” (350). Parece ya una frase proverbial a juzgar por las Coplas del Provincial, donde hay unos versos que parecen ser glosa de este refrán: “¿a cómo vale la rabia/ que tenéis por hidalguía?/ A tres libras de albayalde/ asentadas en la tez,/ que pone la del alcalde/ Pero Álvarez, el juez”.[[391]](#footnote-391) En las Coplas de las comadres, de Rodrigo de Reinosa, que vimos en el capítulo II, también se repite: “Viérades a su mujer/ de vuestro primo el alcalde,/ tan mal puesto el aluayalde”*.*[[392]](#footnote-392)

Respecto a la vejez y los afeites:

“Acudir al cuero con el albayalde, que los años no se van en balde. (Por *cuero* entiende la tez de la cara; contra las que se afeitan, aunque viejas)” (63).

“Lo que la vejez gasta, adobarlo nadie basta, o adobar ninguno basta” y otra variante “Lo que la vejez cohonde, no hay maestro que lo adobe” (198).

Sobre la costumbre de comer barro y la opilación:

“Niña del saco vaquero, qué tenéis que tomáis el acero?” (216).

“Niña del color quebrado, o tienes amor, o comes barro” (216).

Sobre los hombres que se acicalan, aplica un refrán:

“Cabello luengo, y corto el seso. (Bien le podemos aplicar ahora a los que traen cernejas en los aladares, y altos copetes)” (329).

“Guedejones, guedejones, parecéisme bujarrones” (300).

“Cabellos y virgos, muchos hay postizos, o los más son postizos” (329).

Algunas frases hechas que son sinónimos de afeitarse:

“Alcanzar a la cara; alcánzase a la cara (Por afeitarse)” (511).

“Ajetivar bien el rostro; el rostro bien ajetivado (Por afeitar y aderezar el rostro y llevarle bien apuesto; por adjetivar, dicho por las mujeres de otros)” (515).

“Darse con la mano del gato (Dícese de las que se afeitan)” (277 y 574).

**Vicios y virtudes**

Al final de su libro al culto de las mujeres, Tertuliano da una serie de consejos que no son más que metáforas de los vicios de las galas y afeites convertidos en virtudes:

Salid en publico vosotras, adornadas de las medicinas i trage de los Apostoles, tomando lo candido de la simplicidad, lo colorado del empacho, teñidos los ojos en verguenca, i el espiritu bañado en silencio; sembrando los oidos de palabras de Dios, i ciñendo a la cerviz el iugo de Cristo. Sujetad obedientes el cuello a la voluntad de vuestros maridos, i estareis bastantemente adornadas. Ocupad en el uso i en la rueca las manos, atareadas a la labor, clauad los pies en casa, i agradaran mas que calçados de oro; vestios de la seda de la bondad, del biso delicado de la santidad, i de la purpura de la castidad: i afeitadas desta manera tendreis por galan, i ganareis por amante al mismo Dios.[[393]](#footnote-393)

Los Padres de la Iglesia son muy afectos a hacer símiles con los atuendos y afeites de la mujer, a los que siguen —a pies juntillas— los moralistas misóginos de los siglos xv, xvi y xvii, entre los que destacan Pedro Galindo, que llama a sus metáforas y ejemplos “paridades”; el mercedario fray Tomás de Trujillo, quien habla de atuendos y ungüentos en metáfora de vicios y virtudes: “El verdadero ornato del Christiano según doctrina del diuino Augustino, no ha de ser con olores ni vnguentos ni sedas ni con oro fino ni con preciosas piedras, si no con buenas costumbres, y vida de buen exemplo”.[[394]](#footnote-394) Cita más adelante al “diuino Augustino”: “El vestido deshonesto es mensajero del coracon adulterino y de la consciencia mala. Y assi el curar de cabellos, el afeytar el rostro, el vestir superfluamente cosas son reprobadas y con justo título reprehendidas”.[[395]](#footnote-395)

Jiménez Patón cita a algunos de los doctores de la Iglesia, en su *Discurso de los tufos*: a Clemente Alexandrino (“Es mayor falta en la muger darse mucho a la gala de sus atauios, que ser borracha”); a san Ambrosio (“los chapines son grillos que traen echados a los pies, como delincuentes, y las cadenas de oro puestas en sus cuellos las condenan por esclauas”).[[396]](#footnote-396) Más adelante, ensaya otras metáforas para referirse a algunas partes del cuerpo: los cabellos, dice, “son los afectos y desseos del alma, los quales deben de andar corregidos, y reprimidos, refrenados, y sujetos, limpios y aseados con toda pureza de coraçon, no dexandoles demandas a cosas illicinas [*sic*], peinandolos en la confesión y labandolos en la penitencia y lagrimas”.[[397]](#footnote-397)

Alonso de Carranza insiste también en que lo que Dios ha hecho no lo puede la mujer cambiar en su aspecto exterior; entonces, pecan las mujeres que teniendo un buen interior faltan en el exterior, y cita un símil de Cipriano del creador como pintor:

Si auiendo algun gran Pintor formado un cuerpo humano con toda la perfeccion que concede el Arte, llegasse otro que presumiesse de mejor artifice, y borrasse y reformasse a su aluedrio, reduciendo a peor estado la pintura. Con razon el primero se daria por agrauiado, y formaria justa queja de semejante injuria. Como pues tu piensas, que el Sumo Artifice, Fabricador, y Criador de tu cuerpo, ha de dexar sin castigo tu temeraria osadía, quando gastas la vida en afeites y ornatos lascivos con que te muestras mas libre que una mujer mala lasciya y adultera? Que a la verdad quando ansi te compones y adornas, de camino repruebas la obra diuina de tu fabrica y prevaricas y faltas a la verdad.[[398]](#footnote-398)

**Los afeites y la mujer en metáfora animal**

La mujer comparada con animales, la hembra como bestia, es una de las imágenes más manidas por la patrística y por los moralistas ginófobos, atemorizados por su belleza, sus adornos y galas, sus trajes y escotes lascivos. Veamos la tradición de la mujer en metáfora animal sin olvidar los coloridos afeites y prendas que la adornan.

**Felinos**

Fray Francisco Ximénez (1340-¿1409?) o Eiximenis, en el *Libro de las donas*, compara la piel hermoseada y afeitada de la mujer con un gato y previene a los hombres contra las mujeres: “El gato que ha fermosa piel luego se fase salvaje, ca ha miedo que si muestra la piel por todo lugar, que por la piel no perdiese a si mesmo y la piel en vno. Tu, pues si a todo ome dexas ver la piel de tu muger afeytada y fermosa, a peligro pones de perder tu muger y a ti mesmo. Et mas te vale que ella menos fermosa sea tuya que si mas fermosa era de otro”.[[399]](#footnote-399)

Francisco de Osuna cuenta una anécdota sobre un gato para comparar a la mujer con este animal:

Vno que tenia vn gato muy pintado dandole de comer a su plazer y halagandole porque no se le escuresciessen las colores y como el gato sea de su propio natural presuntuoso si es muy pintado no curaua de caçar sino andarse paseando por los tejados hasta que nos parescia mas después de buscado y sabida la causa de su ociosidad, quemole lo mas pintado y luego reposo en casa y fue buen caçador. Gato para limpiar la casa a de ser la muger, mas quando siente que tiene hermosa piel o cuero en la cara o hermosa vestidura en los ombros dase a la ociosidad y anda como por los tejados de ventana en ventana, mayormente si su marido le da fauor, porque entonces se veza comadrera y no solo se assoma a las ventanas sino verla as sentada las fiestas assentada a la puerta y salir do parlan las otras y boluer tarde a guisar la cena, empero si tu eres cuerdo hazle las cejas mas de veras que las tiene hechas y entonces de verguença no saldrá de casa ni andara lozaneando con el arrebol.[[400]](#footnote-400)

De otro felino, el tigre, cuenta una anécdota fray Antonio Marqués, atribuyéndosela a Plinio, para inmediatamente hacer la metáfora con los afeites:

De la tigre hembra dice Plinio que para cogerle sus hijos los cazadores usan de esta traza, que es ponerle delante un grande y terso espejo, la cual, embebecida en él y como ufanándose de las pinturas varias de sus colores se olvida delo que la naturaleza tanto le encomendó, como es de sus hijos. No de otra manera se ha el cazador antiguo el demonio para cazar las mujeres. Pone delante de ellas un hermoso espejo de cristal, en el cual contemplando el solimán de su tez, el bermellón de sus mejillas y de sus ojos el alcohol, y embelesadas con la vista de tantos colores, aunque no naturales, se olvidan de lo más natural, como es de sus almas, que coge el enemigo.[[401]](#footnote-401)

**Aves**

Fray Tomás Ramón compara a las rameras con las gallinas y cita al Abulense, que hizo una nota a la *Corónica* de Eusebio, en la que las pintaba

[…] con rostro hermoso de muger, y todo el vestido de plumas como aue; y los pies de Gallina. En pintalla como aue sinificaron la suma celeridad con que burlan los vicios […] Mas en los pies de Gallina, sinificaron el desperdicio grande con que destroza la hazienda, y la dissipa […] de aquesta manera son las mugeres profanas del mundo […] porque como tienen tantos apetitos que mantener, todo lo gastan y desperdician: y si se junta un apetito de galas, con otro apetito de banquetes, otro de passeos, y musicas, todo quanto dinero tienen y les dieren, se despensera en vn momento en esto.[[402]](#footnote-402)

Cuando *La pícara Justina* parte a León, mantiene un diálogo con Brígida Román, en el que esta se burla de los afeites de Justina. La pícara se compara con el águila, dice que sus mejillas están “renovadas como alas de águila anciana, la cual, para renovar las plumas, pico y alas, las moja en agua viva, después de tenerlas cálidas con el fervoroso sol y concitado movimiento”.[[403]](#footnote-403)

Una imagen más común para los hombres —por ejemplo, en el *Libro de buen amor*, el andar del Arcipreste, “enfiesto, bien como de pavón”—,[[404]](#footnote-404) la traslada Marqués a la mujer, a la que compara con el pavo real: “No hay pavón que se ensoberbezca más con la rueda hermosa de sus variadas plumas que una mujer con las de sus verdugados, llenos de ropajes y colores varios de su cara”.[[405]](#footnote-405)

En el soneto aducido en el primer capítulo, “Pinta el ‘Aquí fue Troya’ de la hermosura”, de Quevedo, la vieja afeitada se compara con la corneja vestida de plumas ajenas, que es una imagen animalizadora con intención caricaturesca, en la que se ha elegido un animal de connotaciones negativas “por su aspecto grotesco, e intensificado por calificaciones degradantes e hiperbólicas, con abundantes juegos de ingenio”.[[406]](#footnote-406) La vieja se asocia ingeniosamente a la corneja vestida de plumas ajenas.

**Peces y animales acuáticos**

Vives aduceun ejemplo bastante forzado sobre las doncellas casaderas que se dejan seducir y las tortugas de la India que

[…] suelen en verano nadar encima del agua, tanto que olvidando se de si mismas con el plazer que sienten del sol, se les viene a secar la concha de suerte que no pueden después capuzarse por donde las toman a manos los pescadores. Assi son algunas doncellas simples que holgando de hablar con los hombres y de oyrse alabar y que les vnten el caxco con mil mentiras, se olvidan de mirar quien ellas son, de manera que las caçan sin dexarles saber como les fue ni de donde les vino tanto mal.[[407]](#footnote-407)

Quevedo describe a las mujeres, a través de la técnica de la acumulación, en metáfora de peces y “una extensa e intensa alegoría de la corte como el mar le permite describir a las variedades de mujeres (todas voraces y feas)” [[408]](#footnote-408) en el “Baile de los nadadores”, poema que empieza:

Tiburón afeitado

anda por esas plazas,

armado sobre espinas,

vestido sobre garras.

Acuéstanse lampreas,

sirenas se levantan;

son mero en el estrado,

son mielgas en la cama,

ya congrio con guedejas,

delfín con arracadas,

que pronostican siempre

al dinero borrascas.

Veréis unas atunes

cargadas de oro y plata

con mantos de soplillo,

venciendo las ijadas.

Tapadas de medio ojo

cada punto se hallan,

abadejos mujeres,

arremedando caras.[[409]](#footnote-409)

Insólita es la comparación de Gaspar de Astete: “pece maluado lleno de espinas y tristeza es la muger adornada, para que ahogue y mate al que la come, codiciando su hermosura”.[[410]](#footnote-410)

**Reptiles**

Pedro Galindo cita a varios doctores de la Iglesia que comparan a la mujer con los animales del bestiario. San Bernardino de Siena dice que es peor el veneno de la mujer escotada que el del basilisco, “porque este mata mirando, mas esta, mirando, y mirada mata”, y otro varón añadía a esta sentencia “que auian de temer los hombres la hermosura y desahogo de las mugeres, mas que la hiel de los áspides, que las garras del León, que los cuernos del Toro”.[[411]](#footnote-411) Fray Antonio Marqués metaforiza a las mujeres afeitadas como “basiliscos ponzoñosos, que matan con su vista cuerpos y almas”.[[412]](#footnote-412) En la *Carta anónima*, que condena a las mujeres afeitadas a las penas del infierno, se cita al Espíritu Santo en el Eclesiástico, que aconseja “huir de la muger como de un aspid que emponzoña o de un basilisco que con su vista mata”.[[413]](#footnote-413) Marqués despliega todo un bestiario para comparar a las mujeres con lamias, y se remonta al profeta Jeremías, quien calificó así a las mujeres vanas. Después da varias acepciones de la palabra *lamia*, según diversas autoridades; resume todos los atributos así:

Sea lo que fueren las lamias, lo que a mí me parece es que todo esto, en junto, son las mujeres que hacen alarde de sus galas, cara y hermosura, porque son brujas sedientas de humana sangre, que enhechizan a los simples y matan a los inocentes cristianos. Son fieras y sierpes con rostros y pechos de mujeres, pero con garras y uñas de tigres y leones, con que a los buenos atraen con la ostentación grande de la hermosura y juntamente con la lindeza del cuerpo les roban la de las almas.[[414]](#footnote-414)

**Otros animales**

La más cruel de las metáforas animalísticas de Marqués es la del cerdo, a tal punto que él mismo pide perdón a las mujeres. Animal demonológico desde la Biblia, aquí, el cerdo, sin embargo, no es tratado por su simbología sino por la suciedad que caracteriza el medio en el que vive:

[…] mujer hermosa y necia, de ordinario es todo uno, y eslo en tanto grado que cosa tan preciosa, como es de suyo la hermosura, la mete, a guisa de puerca, en el cieno de su inmundicia […] así como el puerco (no se enojen las mujeres, que lo temo y las temo […]) que tiene un cerco de oro atravesado por el orificio, no reparando en su precio ni hermosura, hoza y se revuelve en el cieno, así la mujer que presume de hermosura, la que trae cercos y cadenas de oro por adorno de su cuerpo, no repara en su color y precio, antes bien, le sirve de ocasión para que lo desdore en el cieno vilísimo de su torpeza. Pues así como no está bien que el puerco traiga oro u otra cosa preciosa, por la inclinación que tiene de acudir a los lugares sucios, así tampoco está bien el mucho arreo y hermosura a una puerca de mujer, por inclinarla a suciedades.[[415]](#footnote-415)

A las doncellas las compara con el carbunclo, el animal que lleva una piedra en la frente, y para ello, cita a Estacio, quien decía que los antiguos pintaban la virtud en una doncella coronada de piedras preciosas, con telas bastas de labradora y en la frente, un carbunclo:

Lo primero de pintarla así fue para significar que las riquezas de que se ha de adornar una doncella para agradar no han de estar en el vestido, sino en la cabeza y en el entendimiento, y aunque haya pobreza en el vestido, como haya riqueza en la cabeza, tiene más precio y vale más que las muy ataviadas de vestiduras. Por el carbunco significaban que así como el animal que tiene piedra es dificultosísimo de cazar, porque siempre burla a los cazadores, los cuales al tiempo que le van a echar mano de hoces, cegados por el resplandor que de ella sale, quedan frustrados de sus esperanzas y burlados, porque luego el animal cubre la piedra infingiéndose [*sic*] caído, echándose una capa con que les quita la luz que les avisaba. Así, lo que más ilustra a una doncella y con lo que más burla a los cazadores deshonestos que la pretenden cazar es con saberse recoger y cubrirse cuando siente la ocasión, huyendo de ella.[[416]](#footnote-416)

Sobre el recogimiento de las doncellas en casa y la condena a las “ventaneras” o “finistreras”, como se llamaba a las que se lucían (o las madres las lucían) en las ventanas para obtener marido, dice Marqués: “Es la doncella como la polilla que vive en el cofre, en lo más encerrado y oscuro, y en poniendo las ropas al oreo en la ventana muere la polilla. Así es la castidad de la doncella que vive en el retiro de sus casas, en queriendo orearse por las calles y ponerse a la ventana, muere como la polilla en cuanto al buen crédito”.[[417]](#footnote-417)

Fray Gaspar de Astete la compara con un cebo: “La muger compuesta y adornada en presencia de los hombres es como la lombriz, que esta en el anzuelo, con que se prenden los hombres carnales”.[[418]](#footnote-418)

Pero la metáfora más atrevida es tal vez la de fray Luis sobre las mujeres que se dan al ocio y al regalo: “No ay agua encharcada y corrompida que crie tantas y tan malas sabandijas, como nascen vicios asquerosos y feos en los pechos destas damas delicadas de que vamos hablando”.[[419]](#footnote-419)

**Los afeites y la mujer en metáfora vegetal**

Son comunes las metáforas referidas al color y a los afeites para calificar a la naturaleza, la primavera o las flores. En el *Libro de Alexandre* aparece esta metáfora del embellecimiento de la primavera como afeite: “Sediá el mes de mayo coronado de flores/ afeitando los campos de diversas colores”.[[420]](#footnote-420)

Una metáfora insólita es la de las floresy los afeites, y digo insólita porque, en lugar de condenar, como hacen casi todos los moralistas, el agustino Martín de Córdoba suaviza el comportamiento de las doncellas y el uso de los afeites con la delicadeza de la imagen de las flores y no con la dureza de las amonestaciones, como es usual en los tratados que venimos viendo. Entre las tres razones que explica a la reina Isabel por las que

[…] la doncella ha de ser vergonçosa es por que pinta y afeita la virginidad. Una moça aun que sea virgen, si es desvergonçada, no la quieren por muger. Donde es aquí de notar, segund Sant Jherónimo, que la virginidad es como el lirio blanco; la vergüença es como una rosa colorada. Pues si queremos fazer una guirnalda y toda es de lirios, es mucho blanca y no es tan hermosa como si le interponemos alguna rosa colorada. La virginidad es como aluayalde. La vergüenza es como un arrebol. Pues si quando la muger se pinta la cara, lo haze todo aluayalde, será mucho blanca y porende es bien que mezcle el aluayalde con el arrebol para que haga un suave color. Assí es a nuestro propósito. Si la muger virgen quiere pintar su virginidad, conuiene que la temple con rosada vergüença.[[421]](#footnote-421)

Lope de Vega es muy afecto a las metáforas vegetales; en *Servir a señor discreto*, pone en boca de la mulata Elvira la metáfora del jazmín, alusiva al solimán, cuando aconseja a su señora Leonor cómo se ha de pintar antes de recibir la visita del capitán don Silvestre, con quien su padre pretende casarla:

Elvira

Ponte un poco de salud,

aunque la vergüenza hará

su oficio, que luego está

en el rostro su inquietud.

De otra capa de jazmín

a la de aquesta mañana

porque asiente bien la grana

del granadino carmín.[[422]](#footnote-422)

En *La vega del Parnaso*, hay un poema, “Siglo de Oro”, en el que se compara a la naturaleza con una joven cuya belleza no estaba alterada por los afeites:

Allí no adulteraba la hermosura

el marfil de su cándida figura,

ni la fingida nieve

y el bastardo carmín daban al arte

lo que naturaleza no se atreve.[[423]](#footnote-423)

En *Más mal ay en la aldegüela que se suena*, el duque de Alba compara la belleza de “celestial blancura” de las villanas con la belleza fingida de las que usan “el solimán bello” y “el ageno cabello”, las que tienen don y van acompañadas con un escudero, de las que piensa: “Yo digo que árboles son/ que traen cara con corteza”.[[424]](#footnote-424)

**Otras metáforas**

Arias Gonçalo, en su *Memorial en defensa de las mugeres de España*, cita a Plauto, que compara a las mujeres adornadas con una nave:

[…] que nunca esta bastantemente adornada de todo lo que ha menester; si en esta la necesidad, en ellas el apetito, y desseo, nunca, se ve satisfecho. Que de solicitud, que de prevenciones, que de infinidad de adereços, necessita esta para entregarla al viento, y a las aguas. Y que de cuydado, que de tiempo (pues como dixo Terencio, mientras se toca, y adereza, se haze vieja) le cuesta a vna muger el salir a que la vean, aunque sean solos los ojos de vna amiga suya.[[425]](#footnote-425)

Otra metáfora muy común es la de la cisterna, aunque los misóginos la toman de diferentes lugares de la Biblia: del Éxodo XXI, fray Francisco Ximénez dice que las mujeres afeitadas pueden hacer caer y condenar a los hombres, así como si alguien deja abierta la cisterna y cae en ella

[…] un buey o asno, el señor de la cueua o cisterna sera tenudo de dar el precio de la bestia que alla sera cayda, por que semejante si la muger que es cisterna donde se puede alguno quebrantar el pescueço esta descubierta en los pechos o en otra parte se demuestra deshonestamente por guisa que alguno bestialmente mire y cayga por la mala cobdicia, ella es tenuda delante dios de aquella anima que por ocasión della es asy cayda en pecado.[[426]](#footnote-426)

Osuna habla también de la mujer casada que se afeita en metáfora de cisterna:

Desta cisterna que es cualquier muger casada, dize Salomón al hombre casado: beue el agua de tu cisterna, y quiere dezir goza de tu propia muger. Esta cisterna se abre cuando la muger se affeyta y se atauia mucho, y en ella, estando abierta, cae buey o asno, que es seglar o ecclesiastico, provocado por la muestra de su hermosura que es su abrimiento.[[427]](#footnote-427)

Luis de Lucena, en *Repetición de amores*, utiliza la metáfora “templo polido edificado sobre albañal”,[[428]](#footnote-428) bastante repetida en las recriminaciones misóginas y muy divulgada en las compilaciones medievales de apotegmas, por ejemplo, en *Floresta de philósophos*, atribuida a Fernán Pérez de Guzmán. Muy semejante, la encontramos en *La Celestina*, donde se dice que las mujeres embarnizadas son “aluañares debaxo de templos pintados”.[[429]](#footnote-429)

La más insólita metáfora, que solo he documentado en el entremés *El Martinillo*, de Quiñones, es la de considerar a las galas como víctimas del tormento, sometidas por las mujeres-verdugos con instrumentos de tortura o penas de destierro. Usualmente, los tormentos son padecidos por las propias mujeres, a juicio de los moralistas, que llegan a calificarlas como mártires “aunque no de Dios, sino del mundo”.[[430]](#footnote-430) Dice el Mundo, en el entremés de Quiñones:

Más crueles son las hembras,

pues a las valonas prenden,

al cabello atenacean,

dan garrote a las cinturas,

a los chapines destierran,

a las basquiñas empalan,

y a los jubones degüellan.[[431]](#footnote-431)

En otro entremés, *El soldado*, se usan las galas como metáfora de la liviandad de las mujeres:

Cosme: Vuestra ligereza

se ve hasta en las galas:

corchos en los pies,

en el cuerpo paja,

en los hombros humo,

vidro en las gargantas.[[432]](#footnote-432)

Marqués es, sin duda, un gran maestro de la metáfora ginefóbica. El corcho de los chapines para elevar su altura, la paja del relleno del guardainfantes, el humo de los mantos de humo, el vidrio transparente de las blancas gargantas sirven al poeta para metaforizar que las hembras son livianas y solo son pesadas en las condiciones que ponen. Esta metáfora del corcho es para Marqués sinónimo de liviandad en las mujeres por sus atuendos y galas:

Son corchos que están diciendo que allá, en la voluntad de las que los traen, hay una red donde se pescan hombres, y red de tan estrechas mañas que ninguno se va. Corcho son las basquiñas de color y el jubón raso que nadan; y corcho el chapín ribeteado de plata; y corcho es el manto de resplandor que nada encima del agua; y la cara enjalbegada nada, o, por mejor decir, todo es nada y todo es argumento e indicio de una malísima conciencia.[[433]](#footnote-433)

El costumbrista Zabaleta las presenta cubriéndose con las sombras para disimular la fealdad: “Las mujeres eran feas, hacían afeite de las sombras de la noche”. En “El estado”, Zabaleta hace que las mujeres que se sientan en las almohadas alrededor del brasero hablen de las metáforas de la moda; así, una lazada en el cabello ya no se llama lazada sino “estrella de Venus”, como la estrella que primero sale y la primera que se quita, como la cinta en el cabello; otra explica que “la guedeja izquierda, donde se amontonan todos los aliños de la cabeza”, se llama en lenguaje nuevo “jardín”.[[434]](#footnote-434)

Hemos visto que los animales cumplen varias funciones en el tema de los afeites; son figuras idóneas para hacer comparaciones y metáforas con las mujeres, sus galas, adornos y afeites, siempre con un registro despectivo en la pluma de misóginos y ginefóbicos, quienes eligen a los animales más viles y repugnantes para sus discursos moralistas y condenatorios.

**Metáforas culinarias**

Como vimos abundantemente en Quevedo, las metáforas culinarias más comunes tienen que ver con la pringue, el aceite o la manteca, pero Lucena acude a una imagen poco conocida para referirse a los afeites: “sartén con manteca para freír necios”.[[435]](#footnote-435)Lope de Vega, en cambio, usa la metáfora del pastel, que tan socorrido fue en la picaresca, por no saber qué ponían dentro los pasteleros. Doristo, en *El mayordomo de la duquesa de Amalfi*, denigra a las mujeres para justificar que el marido debe andar fuera de casa y le dice a Bartola:

De la mujer el regalo,

como el pastel ha de ser,

que no se ha de ver hacer,

porque hay mosca, pelo y palo.[[436]](#footnote-436)

Otras metáforas culinarias de Lope son las verduras en *La ventura sin buscarla*, donde hace que el criado Serón, que ha venido a admirarse de las grandezas de la corte, se permita aconsejar a Carlos y compare a las mujeres afeitadas con berzas:

Y en la Corte las mujeres,

Carlos, como berças son,

que pasada la sazon

de sus buenos pareceres,

con afeites y inuenciones

que encubren sus perigallos,

venden unos ciertos tallos,

que dizen que son bretones.[[437]](#footnote-437)

Cardillo, el criado de Hermenegildo, en *La mayor corona*, de Lope, compara a las mujeres con los peces enharinados preparados para freírse:

Ni veré mujeres peces

que, enharinadas, aguardan

[a] que las frían en su aceite,

siendo sartenes sus caras.[[438]](#footnote-438)

**Capítulo 4:**

**Retratos, usos y costumbres de afeites, perfumes y otros accesorios**

En este capítulo, además de los retratos, se estudiarán algunos de los rituales corporales que llevaban a cabo hombres y mujeres, tanto en sus habitaciones, como en las casas de baños, donde se hacía la higiene personal; en el estrado, donde podían reunirse con otras mujeres; en la alcoba e, incluso, en los pasillos y otros aposentos, donde lucía algún búcaro y, al pasar, descuidadamente o a propósito, lo rompían para masticar sus pedazos. Se hará repaso también de las mujeres que se lucían en la iglesia o en las procesiones y eran recriminadas por los predicadores, así como de los hombres que se perfumaban y engalanaban con tufos, rizos y copetes. Viajeros y moralistas critican y amonestan estas costumbres y, nuevamente, gracias a ellos, podemos reconstruir modas, manías, prejuicios, colores, desde las costumbres bárbaras descritas por Estrabón hasta las modas sofisticadas del siglo xviii de la cabeza a los pies.

**El cabello**

El cabello es una de las partes de la cabeza que más favorece a la mujer. En todas las épocas se ha adornado el cabello, ya sea en trenzas, recogido en coronas, con cintas o flores, y se ha teñido igualmente de diferentes colores. En el tratado sobre la hermosura de fray Juan de las Ruelas, se dice que el cabello en la persona “es lo que más le da gracia, defiende y hermosea”,[[439]](#footnote-439) pero también se consideró una tentación y un símbolo de pecado, como en el caso de la belleza de María Magdalena y sus largos cabellos: “La penitente desnudez de María Magdalena, sólo cubierta de su flotante cabellera, puede haber sido una marca de su santidad, pero también fue un signo de la naturaleza sexual de su pecado”.[[440]](#footnote-440)

El cabello es un instrumento de seducción, que va cambiando según el canon de belleza de cada época. Cabellos largos lavados con agua de mayo, que hace que crezcan mejor; dorados o enrubiados, negros o teñidos; en recogidos o en moños; cubiertos o descubiertos; lacios o rizados; los modelos se van imponiendo y las mujeres llevan a cabo las tareas necesarias para embellecerse con el peinado a la moda.

**Tocados y postizos**

Si nos fijamos en las representaciones gráficas, en las estatuas y en las piezas de museos, en la Edad Media encontramos damas tocadas; en el siglo x, solía dividirse el cabello por la mitad y sus ondas caían por las sienes o por la espalda, adivinándolas a través del velo que las cubría. A principios del xi, comenzaron las trenzas, y, a veces, las combinaban con cintas de colores dejándolas caer sobre el pecho. Podían llevar, además, un velo de seda con una diadema, como se estilaba en los siglos xii y xiii. Más tarde, se recogieron en la nuca y se ocultaron; después apareció el moño, que se sujetaba con cintas en la parte posterior de la cabeza. En el xiii, se usó también un gorro con un capuchón de pieles, que ocultaba los cabellos y solo se dejaban ver los de la frente. Las tocas, las tiaras y los velos espesos no permitían ver los cabellos. A finales del xiii, se llevaron peinados de cuernos, aunque esta moda tan extravagante duró poco tiempo; lo mismo ocurrió con el bonetillo con un alto cilindro. En el siglo xiv, “los cabellos se dividían en dos gruesas trenzas que desde la nuca remontaban hasta la frente, donde solían anudarse”. Se le añadían sartas de perlas, redecillas de oro o guirnaldas de flores, o bien almohadillas redondas o cojinetes, que prevalecieron en el siglo xv, además de la moda de la toca. En el xvi, se utilizaron los tocados bajos y se comenzó a rizar el cabello y “se formaron bucles desde las orejas hasta la altura de la frente”,[[441]](#footnote-441) al mismo tiempo que se comenzó a empolvar el rostro y a usar postizos, que, como veremos, son bastante recriminados por los moralistas y vituperados por los escritores satíricos, al igual que los copetes y los tufos, que prevalecieron hasta finales del xvi. Como se puede apreciar en los cuadros de Velázquez, en el xvii, el peinado es más sencillo: “raya a un costado; cabellos recogidos en dos haces por un broche, y sueltos en graciosas ondas por la espalda. También se llevaron con raya en el centro, recogidos hacia atrás por ambos lados, con postizo debajo, y sobre la frente una especie de escarapela, permítasenos la frase, triangular, y algunas flores de oro diseminadas por los tufos”.[[442]](#footnote-442)

Cofias, albanegas o redecillas, capuchas, tocados, cintas, velos, qué mejor que dejar hablar a los viajeros para conocer de viva voz las costumbres y las modas de peinados, postizos y otros adornos del cabello. El primer viajero por España que habló de las costumbres y ornamentos de las mujeres fue el geógrafo griego Estrabón (*c*. 60-50 a. C.), quien se fijó en el vestido negro de las mujeres de Bastitania y el de color rosa de las lusitanas o gallegas, y quien, para calificar de bárbaras las elegancias y ornatos de los tocados altos y de cuernos que se hacían las mujeres íberas, remite a Artemidoro:

En unas partes traen collares de hierro, de los cuales se levantan sobre la cabeza una especie de cuernos, que por fin se dejan caer sobre la frente, y puesto un velo sobre dichos cuernos, lo extienden cuando les acomoda para defender la cara del sol a manera de sombrilla; y esta moda la estiman por el gran ornato. En otras traen un tamborcillo atacado al occipucio abrazando la cabeza hasta las sienes u orejas, que desde su base hacia su altura se va encorvando hacia atrás. En otras se afeitan la parte anterior de la cabeza, de manera que queda tan brillante y rasa como la frente. En otras fijan en la cabeza una columnita larga un pie que se eleva hacia lo alto; en ella entretejen el cabello y luego lo cubren con un velo negro.[[443]](#footnote-443)

Todos ellos son adornos —de acuerdo con nuestro criterio estético actual— extravagantes, exagerados y, sobre todo, pesados de llevar, además del velo que los cubre. El tocado con los adornos laterales de la Dama de Elche sería otro ejemplo que demuestra que las mujeres íberas acumulaban sobre su cuerpo y sobre sus atuendos gran cantidad de joyas y otros elementos que, sin duda, las adornaban, pero también las inmovilizaban, de lo que puede deducirse su restringida movilidad y confinamiento a la casa y al poblado.[[444]](#footnote-444)

Elemento de seducción, el cabello es también un emblema erótico y una parte corporal que permite distinguir a unas mujeres de otras en la Edad Media. Las jóvenes vírgenes eran llamadas “doncellas en cabello”, por su cabellera suelta sobre los hombros, adornada con alguna corona de flores o cintas de colores. Dice Carmen Bernis que “durante muchos siglos el pelo suelto y la cabeza descubierta fueron signo de doncellez. ‘Mancebas en cabello’ se llaman en las cortes de Sevilla de 1252 a las mujeres solteras”.[[445]](#footnote-445) No hay más que acudir a la lírica tradicional para oír a las doncellas en cabello que van a lavarlo a la fuente o al río para provocar el encuentro con el amado. Asimismo, en el Medioevo solían adornarse el pelo con algunas cintas, diademas o guirnaldas, las cuales podían ser de flores, de oro o plata y cubiertas de piedras preciosas,[[446]](#footnote-446) y que continúan usándose a finales del siglo xv, como nos informa el misógino Luis de Lucena, quien presenta la gran variedad de peinados que son capaces de lucir las mujeres, ya sean doncellas o casadas, siempre con un tono condenatorio: “Los cabellos de tal suerte los componen que unos vuelven en derredor, otros hacen que cuelgen [*sic*], otros dexan que parescan entre los velos, otros tienden sobre las tocas, en los quales pongan rosas, y flores y sus guirlandas, y coronas de piedras preciosas, otros tan poquillos dexan sueltos como que el viento los mueva”.[[447]](#footnote-447)

Las casadas, durante el siglo xiii, se cubrían la cabeza con una variedad de tocados, y se conocían como “mujeres veladas”.[[448]](#footnote-448) Solían ponerse una redecilla para recoger los cabellos y encima un tocado que podía ser de cojín, de cuernos, bajo, alto, a su vez, confeccionado de diversos materiales según la clase de la persona. Los tocados de las reinas eran de telas muy finas, incluso de oro, pero fueron prohibidos en las cortes de Sevilla de 1252; otros cubrían la cabeza y el cuello, y los que se sujetaban en la frente eran propios de parteras y celestinas.[[449]](#footnote-449)

En el *Libro de buen amor*, en una de las cánticas de serrana, cerca del Cornejo, el Arcipreste pretende matrimonio, y la serrana Menga Lloriente le hace una serie de demandas:

Diz: dame un prendedero

que sea de bermejo paño,

e dame un bel pandero

e seis aniellos de estaño […]

Dam’ çarçiellos e heviella

de latón bien reluciente,

e dame toca amariella

bien listada en la fruente.[[450]](#footnote-450)

Además de las joyas que Menga solicita de materiales de no muy buena calidad, como el estaño y el latón, conocemos por estos versos algunas prendas del tocado femenino, sus tejidos y sus colores: una toca amarilla decorada con listas en la frente, conocidas como “tocas viadas” y un prendedero de paño rojo, que “era una tira de tela de unos diez centímetros de ancho aproximadamente, que rodeaba la parte superior de la cabeza, por encima o por debajo de las tocas para sujetar las mismas”.[[451]](#footnote-451)

Respecto a las moras, Jerónimo Münzer, quien viajó por España entre 1494 y 1495 y conoció al arzobispo fray Hernando de Talavera, confesor de la reina, cuando estaba en Granada, describe sus atuendos en su relación de viajes, *Itinerarium sive Peregrinatio per Hispaniam, Franciam et Alemaniam*:

Las mujeres usan calzas de lino o de lana, anchas y con pliegues, como las de los monjes, que se atan más debajo de la cintura, cerca del ombligo; sobre ellas, pónense una camisa larga de lino, y encima una túnica de lana o de seda, según la hacienda de cada cual. Cuando salen de casa van cubiertas con una tela blanquísima de lino, algodón o seda, tapándose cabeza y cara, de modo que no se les ven más que los ojos.[[452]](#footnote-452)

A su paso por Granada, el embajador de Venecia ante Carlos V, Andrés Navagero, en 1523, también repara en el traje de las moras, pero más en los cabellos negros que “se los pintan con una tintura[[453]](#footnote-453) que no tiene muy buen olor […] se tiñen las uñas con alcohol, que es de color rojo; llevan en la cabeza un tocado redondo (el turbante), que, cuando se ponen el manto encima, toma éste su forma”.[[454]](#footnote-454) Este tipo de tocado turbante, que podía ser de forma redonda o cónica, aparece en la iconografía castellana de los siglos xiii y xiv tanto en mujeres musulmanas como cristianas.[[455]](#footnote-455)

Pocos años antes, el señor de Montigny, Antoine de Lalaing, acompañó a Felipe el Hermoso a España, en 1501, y realizó una relación de su viaje desde Flandes hasta España con los pormenores de los lugares por los que pasaba la comitiva, las acogidas y festejos que realizaron en su honor en cada ciudad y algunas pequeñas observaciones sobre las mujeres. A su paso por Navarra, escribe: “Las mujeres de este país son hermosas y llevan, en vez de gorros, veinte o treinta varas de tela. Las jóvenes llevan cortado el pelo, y no pueden llevar gorro si no están casadas. Las mujeres casadas, sólo ellas, los llevan cubiertos de bordados de oro y seda”. A su regreso, en la entrada de Barcelona, describe el recibimiento, así como los adornos de la ciudad y a las damas como si fueran tapices o colgaduras: “Las ventanas estaban adornadas con damas muy ricamente vestidas, bien pintadas y empolvadas”. El mismo discurso se repite en Montpellier, con las mujeres como parte de un decorado: “La ciudad estaba toda tendida de buenos tapices, y varias hermosas damas adornaban con su belleza las ventanas”.[[456]](#footnote-456)

De la poca agraciada belleza y de los insólitos tocados y adornos de las mujeres asturianas nos informa Lorenzo Vital, autor de la *Relación del primer viaje que hizo Carlos V a España*, entre 1517 y 1518:

Su atavío y adorno de cabeza son extraños, y tan altos y largos que en el tiempo pasado solían ir las damas y damiselas con sus altos tamboriles, y no son tales; pero sus adornos están hechos como respaldos cubiertos por debajo de tela, bastante a la moda pagana; sus adornos son penosos y muy pesados de llevar, por la gran cantidad de tela que emplean, que les cuesta tanto como el exceso de sus vestidos. En mi opinión, no sabría comparar mejor esos adornos que como a esas aldeanas que se han cargado sobre sus cabezas ocho o diez pértigas con bandas de tela cubiertas con un trapo, o como si una mujer se hubiese plantado sobre su cabeza una gran cesta de cerezas: tan altos y anchos por encima son esos adornos […] debajo de esos altos adornos está todo lleno de negras y grises horquillas; también las mujeres y las jóvenes son poco o nada hermosas […] En los días de fiesta, cuando van a divertirse, llevan a un tiempo cruces pequeñas de plata, pendientes y otras chucherías a gusto suyo; llevan alrededor del cuello, a manera de argolla, *paternostes* de azabache, a la vez de ámbar o coral; también llevan cordones llenos de nudos para dar lustre a sus pechos morenos, de cuyos collares cuelgan y sujetan gran cantidad de chucherías y otras menudencias.[[457]](#footnote-457)

De estos adornos, que vio por primera vez en Ribadesella, dice que se quejaba su hostelera, porque las mujeres casadas tenían que ir erguidas con esos palos forrados sobre sus cabezas, por el enorme peso y por el coste de la mucha tela que necesitaban. Vital cuenta que la hostelera le pidió le dijera a su rey que los cambiara, pero este no quiso hacer cambios en su primer viaje. Según se informó el viajero de algunos hombres del lugar, el adorno era un castigo por la reticencia de las mujeres a convertirse al cristianismo, así como por haber maltratado a sus maridos y haber matado a sus hijos varones para que no se convirtieran.

En el imaginario de los viajeros, llaman la atención principalmente los tocados de las mujeres; alguno de ellos describe las telas de los vestidos, pero, sobre todo, priman los cabellos sobre cualquier otra parte del cuerpo y, por supuesto, los afeites. Bartolomé Joly, consejero y limosnero del rey de Francia, hizo un viaje por España en 1603-1604, en el que no solo criticaba los alojamientos, las comidas, los modales de la mesa, las burlas e injurias a los extranjeros, que calificaba de barbarie, sino que, constantemente, comparaba a los hombres y a las mujeres con los franceses desde un yo altivo que desprecia al otro:

[De los españoles, aunque la mayoría sean de carnación morena y de pelo negro,] se ven también castaños de pelo y de buen color como nosotros […] Se cubren también con antifaces de tafetán negro, adheridos a las gafas, y llevan sombrillas y parasoles con falsos bordes de sombreros de paja fina, que son anchos y se ponen con la copa del sombrero dentro, para conservar su hermosa tez. Pero hagan lo que hagan, jamás son tan agraciados como el francés.[[458]](#footnote-458)

A su llegada a Cataluña, vio en algunas aldeas, cerca de Figueras, cómo se vestían de fiesta hombres y mujeres, y describe las tocas de las mujeres morenas: “La toca o atavío es de tela amarillenta, almidonada y plisada, y en vez del mechón de cabellos como nuestras damiselas, tienen un sombrerito que se parece a una bragueta, alzado sobre la frente, las orejas agujereadas, los cuellos sin gola, grandes zapatillas rojas en los pies y escarpines dentro”.[[459]](#footnote-459)

Medio siglo después, en 1659, el consejero Francisco Bertaut acompañó a España al mariscal De Gramont cuando fue a pedir la mano de María Teresa de Austria para Luis XIV, e hizo un retrato de la princesa, del que destacamos su apreciación del cabello y los postizos: “sus cabellos, dicen que son del más bello rubio del mundo, pero llevaba los cabellos postizos que llaman moños; y hasta afectan sin rubios polvos, de suerte que parecen rojos. Su peinado es muy ancho y lleno de cintas”.[[460]](#footnote-460)

Veinte años más tarde, hacia 1679, la viajera francesa Marie Cathérine, condesa D’Aulnoy, en su *Relación del viaje de España*, describe los cabellos de las mujeres llenos de miles de agujas, con moscas de diamantes y pedrería, y lamenta que no se imponga esa moda en Francia. Respecto a las maneras de peinarse aporta una gran variedad:

[…] separan sus cabellos con raya a un lado de la cabeza y los ondulan sobre la frente, y de tal modo brillan que se podría una mirar en ellos. Otras veces se ponen una trenza de cabellos postizos, la peor hecha que cabría verse, y caen espesos sobre sus hombros y es por miedo a mezclar los suyos, que son admirablemente bellos. De ordinario se suelen hacer cinco trenzas, a las que anudan cintas o cordones de perlas; las unen por sus extremos sobre la espalda, y en verano, cuando están en sus casas, las envuelven en un trozo de tafetán de color, guarnecido de encajes de hilo […] Las he visto que llevaban plumas tendidas sobre la cabeza como los niños pequeños. Esas plumas son muy finas y moteadas de diferentes colores, lo que las hace mucho más bellas. No sé por qué no lo hacen también en Francia.[[461]](#footnote-461)

Pero esta apreciación positiva de los cabellos de las damas se desvanece con las muchas negativas que tiene de las modas y extrañas costumbres españolas; por ejemplo, sobre los postizos cuenta una divertida y patética anécdota que le ocurrió a un caballero amigo suyo, quien, oculto tras una cortina, contempló una riña entre dos damas, Inés e Isabel, quienes se insultaban por la edad que tenían y la que aparentaban, a tal punto que Isabel le arrancó la peluca a Inés “y la dejó completamente pelada […] de un puñetazo le hizo saltar algunos dientes de su boca y dos bolitas de corcho que ayudaban a mantener sin arrugas sus mejillas hundidas”. Más tarde, las criadas de Inés la ayudan a desvestirse, y, en una especie de tocador, “depositó un ojo de esmalte que ocupaba el sitio del que le faltaba, y se quitó después tanto blanquete y tanto carmín, que, sin exageración, con ellos pudiera haberse compuesto una máscara”.[[462]](#footnote-462) ¿Hay acaso escena más grotesca que pueda desprestigiar más a una dama de edad avanzada que la vean calva, sin dientes ni afeites y a punto de quitarse la ropa?

A comienzos del siglo xviii, los tocados y postizos parecen haber desaparecido, a juzgar por un anónimo viajero francés de 1700, en cuyo relato se recoge que las mujeres llevaban el cabello suelto por detrás de la cabeza y adornado con muchas cintas.[[463]](#footnote-463) El padre Juan Bautista Labat, entre 1705-1706, vio también mujeres con “la cabeza descubierta; sus cabellos, partidos a un lado, están sujetos, colgados por detrás y cubiertos de encajes”. Ambos viajeros se fijan en que, a pesar de ir descubiertas de la cabeza, los pies no los dejan ver, gracias a la última falda que se ponen, más larga que las demás y que se llama guardapiés; cuando caminan en el barro, prefieren mancharse sus faldas y zapatos antes que “dejar ver la punta del pie, porque una mujer que deja ver su pie a un hombre le declara por eso que está dispuesta a concederle los últimos favores”.[[464]](#footnote-464) También madame D’Aulnoy, unas décadas antes había observado estos juegos eróticos de otros tiempos, que hoy serían impensables: “He oído decir que después que una dama ha tenido con un caballero todas las complacencias posibles, enseñándole el pie es como le confiesa su ternura, siendo lo que se llama el último favor”.[[465]](#footnote-465)

De los encajes y cintas que adornaban la cabellera suelta, pasaron a una red en la que se recogían los cabellos, como vieron algunos viandantes. Hacia 1765, un viajero anónimo, que consideraba *El Quijote* como el único libro “bueno de un cabo al otro, una verdadera obra maestra”,[[466]](#footnote-466) observa que las mujeres encierran sus cabellos en una red y ocultan el rostro con un velo blanco, llamado *mantilla*. Juan Francisco Peyron, que viajó por España entre 1772 y 1773, también vio mujeres cuyos cabellos estaban dentro de la redecilla, cubierta, a su vez, por un velo, y afirma que no es cierto lo que decía el padre Labat de que las mujeres fueran con la cabeza descubierta, porque él solo observó a una familia y se lo quiso aplicar a toda la nación. También critica a madame D’Aulnoy, porque las costumbres que ella pinta han cambiado ya en un siglo.[[467]](#footnote-467)

Respecto al tema de los postizos, “en la época romana llegaron a ser complementos de lujo, estando fabricados con tal perfección que era difícil diferenciarlos del pelo natural”, aunque también confeccionaban pelucas, “con pelo natural que compraban a otras jóvenes”,[[468]](#footnote-468) para disimular la alopecia, consecuencia de los fuertes tintes usados para volver rubios y rizados los cabellos. Las mujeres hebreas compraban los cabellos de Absalón, aunque eran muy costosos, solo por hermosear sus cabezas,[[469]](#footnote-469) pero aún era peor comprar los cabellos de los muertos. Este tema de los postizos fabricados con pelo de muertos es muy caro a los dramaturgos áureos, que lo deslizan satíricamente en sus obras. Quiñones de Benavente lo trata en varios de sus entremeses; en *El murmurador* se habla de los postizos que se hacían con cabellos de difuntos y que tanto fueron condenados por los moralistas. Dice Pedro:

Lengua de tarabilla, ¿qué te importa

que doña Gazmia sea archifrentona,

y no quiera el socorro de los moños?

Pase sin enrollar: ¿Qué te embaraza

que tenga la mollera calabaza?

Y si se pone moño, no te angusties

porque riza el cabello del difunto,

que el difunto verá lo que le cumple.

Pues, ¿no se queja él y tú te pudres?[[470]](#footnote-470)

En otro entremés, *El tiempo*, dice Bernardo:

Unas guedejas y puntas

que, topando con sus dueños,

se quisieron hacer fuertes

al pasar de un cimenterio.[[471]](#footnote-471)

En *Los cuatro galanes*, Matea comenta:

Pues ¿es poco faltarme la bucólica?

mira, si me faltara

un mes el ajigolio de la cara,

o por mayor mancilla,

las guedejas, el moño o la jaulilla.[[472]](#footnote-472)

En boca de la criada, Fenisa, de *El poder en el discreto*,se pone la alabanza al moño, porque gracias a él no hay tanto trabajo de peinar a las señoras:

Todo es doblar y limpiar:

daca un espejo, una silla,

el peine, el molde, la arquilla,

peinar, tocar y rizar.

¡Bien haya la que inventó

los moños! que en el copete

se encajan como un bonete;

¡qué de cuidados quitó!

Allí queda una mujer

armada con su celada,

rubia, negra, o naranjada,

que no tiene más que hacer.

De aquestos moños decía

un hombre alabanzas grandes:

que eran como olla de Flandes,

que de una vez se ponían

para toda la semana.[[473]](#footnote-473)

Quevedo también alude a los cabellos ajenos con los que se hacen postizos en su soneto “Calvo, que no quiere encabellarse”:

Pelo fue aquí, en donde calavero;

calva no sólo limpia, sino hidalga:

háseme vuelto la cabeza nalga,

antes gregüescos pide, que sombrero.

Si cual Calvino soy, fuera Lutero,

contra el fuego no hay cosa que me valga

ni vejiga o melón que tanto salga

el mes de agosto puesta al resistero.

Quiérenme convertir a cabelleras,

los que en Madrid se rascan pelo ajeno,

repelando las otras calaveras.

Guedeja requiem siempre le condeno,

gasten caparazones sus molleras,

mi comezón resbale en calvatrueno.[[474]](#footnote-474)

Y Góngora dedica una letrilla a las viejas que se tiñen las cejas y usan cabellos postizos de muertos:

Al humo le debe cejas

la que a un sepulcro cabellos,

de ojos graves, porque en ellos

aun las dos niñas son viejas:

este mico de sus rejas,

y de los muchachos juego,

aojada ayer de un ciego,

hoy se nos quiere morir.

Mucho tengo que reír. [[475]](#footnote-475)

Al teatro áureo no le pasa desapercibido el tema. En *La malcasada* (estrenada antes de 1618 y publicada en 1621), el lacayo Hernando lleva, de parte de don Juan, unas zapatillas de ámbar a Lucrecia, unas medias nacaradas y unas “pajizas ligas”, pero, sobre todo, se tratan las falsas apariencias y los postizos de una manera humorística, cuando dice el gracioso Hernando:

que oí referir que estaban

para acostarse dos novios

y que él le dijo: “Mi alma,

ya somos uno los dos;

cinco o seis dientes me faltan,

postizos son los que veis,

yo me los pondré mañana”.

Y que ella le respondió:

“Mis ojos, no importa nada,

que yo soy calva también”.

Y quedando destocada,

se quitó una cabellera

con que le mostró la calva.[[476]](#footnote-476)

El lacayo Bernabé, de *La nueva victoria de don Gonzalo de Córdoba* (1622), critica a las mujeres por llevar chapines tan altos y los cabellos postizos:

Pues en llegando a molleras,

quitado el cabello falso,

la mitad del justo preçio

se puede llamar a engaño;

por la mayor parte son

estos cabellos rizados

de mugeres ya difuntas;

y así, dos casados calvos

rezauan todas las noches

a sus dueños dos rosarios,

y les hazian decir

responsos por todos santos.[[477]](#footnote-477)

Suárez de Figueroa se refiere a los calvos que se ponen postizos como “cornejas de ajenas plumas”; alude, como el moralista que es, a la poca limpieza y salud, sobre todo, en verano, por el sudor y las molestias e incomodidades de los postizos, que, además, se adornan con “guedejitas encrespadas y empinados copetitos”.[[478]](#footnote-478) Otro moralista de las costumbres, Juan de Zabaleta, llama a los postizos “cabellera”, que los hombres maduros, para cubrir sus calvicies, “de cabellos huérfanos hacen capacetes, aliño hacen de los despojos de un cadáver”.[[479]](#footnote-479)

**Enrubiar y encrespar el cabello**

Otra de las costumbres criticadas por los misóginos era la de teñir los cabellos o rizarlos. Tertuliano nos ilustra sobre cómo coloreaban el cabello las mujeres con azafrán, y que con ello mudaban también su patria, porque tienen por afrenta haber nacido africanas y pretenden ser alemanas y francesas poniendo su “cabello de color de llamas”.[[480]](#footnote-480) Y Lucilio, que se burlaba de una vieja que se teñía las canas para parecer moza, le dijo: “No te canses que no as de poder con tus escabeches, siendo Hucuba, ser Elena”.[[481]](#footnote-481)

San Gerónimo le enseñó a una matrona, llamada Leta, cómo había de criar a su hija, prohibiéndole que se enrubiara el cabello, “porque es pronosticalla el mal fin que ha de hazer si se lo enrubiare, quando menos, el de la hornaza del infierno, demás de que acá padecerá tormentos más que el lino, antes de traello aunque sea de provecho”.[[482]](#footnote-482)

El Arcipreste de Hita también prescribía que los cabellos fueran rubios, pero no teñidos con alheña: “cabellos amarillos, no sean de alheña”.[[483]](#footnote-483) Luis de Lucena cita la práctica de enrubiar como algo rápido y sencillo: “Verás los cabellos negros como pez con un solo lavatorio tornados como hebras doro”.[[484]](#footnote-484) Celestina en su prodigioso laboratorio “hazía lexías para enrubiar, de sarmientos, de carrasca, de centeno, de marrubios, con salitre, con alumbre y millifolia y otras diversas cosas”.[[485]](#footnote-485) Rodrigo de Reinosa, a través del laboratorio que poseía Mary García, la Emplumada, nos ilustra sobre las diferentes lejías que se usaban para volver el cabello como las hebras de oro:

E las lexías para enruuiar

que tiene de muchas frascas

de sarmientos y de carrascas,

marruuios y azahar.

Melifolia les va a echar,

piedraçufre y alumbre,

otras lexías muchedumbre

y troncos de berça aluar.[[486]](#footnote-486)

Los moralistas no cejan en su labor de atacar y condenar el suntuoso gasto que generan los afeites. Dice fray Luis que “no gasta tanto un Letrado en sus libros, como alguna dama en enrubiar los cabellos”. Se apoya, además, en una serie de citas de la Antigüedad para fundamentar sus posturas frente al cabello teñido: en Menandro: “Ve fuera desta casa, que la buena/ no trata de hazer ruuios los cabellos”; en Alexi: “Es bermeja de cejas, encubrelas con hollin, es acaso morena, anda luego el aluayalde por alto, es demasiadamente muy blanca, friegase con la tez del humero, tiene algo que sea hermoso, siempre lo trae descubierto. Pues que si los dientes son buenos, forzoso es que se ande riendo. Y para que vean todos que tiene gentil boca” y, por último, en san Cipriano:

Tu señor dize, que no tienes poder para tornar blanco, o negro uno de tus cabellos, y tu pretendes ser mas poderosa, por sobrepujar lo que tu señor tiene dicho, con pretensión osada y con sacrilego menosprecio. Enroxas tus cabellos, y en mal agüero de lo que te esta por venir, les comienças a dar color semejante al del fuego; y peccas con graue maldad en tu cabeça, esto es, en la parte mas principal de tu cuerpo; y como del señor este escripto, que su cabeça y sus cabellos eran blancos, como la nieue, tu maldizes lo cano, y abominas lo blanco, que es semejante a la cabeça de Dios.[[487]](#footnote-487)

Alonso de Carranza, en la línea de las enfermedades que se generan por teñir los cabellos, cita a un médico del tiempo de Trajano (de quien hacen mención Galeno y Aecio), que escribió un libro llamado *Comostica*, “esto es medicamentos para hermosear y encrespar los cabellos, y darles diuersos colores: de que también trata Galeno en diversas partes: auisando de camino que el vio la muerte de muchas mugeres, causada de la curiosidad de su cabello, por auer vsado de medicamentos de letífera frialdad”.[[488]](#footnote-488) Sin embargo, hay una planta benigna, la centaurea menor, cuyo cocimiento “buelue los cabellos ruuios, como hebras de oro: del qual efecto vino a llamarse Biondella, por muchas partes de Italia, que es lo mesmo que enruuiadora”.[[489]](#footnote-489)

Parecía ser una práctica muy común en la que reparan los viajeros, quienes, a su paso por España, pintan un cuadro costumbrista. Bartolomé Joly demuestra sus dotes de gran observador con todo tipo de detalles, como los jardines de Valencia, donde las mujeres al sol cuelgan sus coladas, “almidonan sus cuellos, y lavan y enrubian y enrojecen sus cabellos y mil otros pequeños servicios”.[[490]](#footnote-490)

Además de teñir canas, enrubiarlo, enrojecerlo o ennegrecerlo, solían rizarlo. El cabello encrespado se conocía en latín como *calamistrato*, “por vsar al principio de cañas, después de hierros huecos, que calientes en el rescoldo de la lumbre aplicaban al cabello para ensortijarle y hazer del anillos”.[[491]](#footnote-491) Para algunos de los moralistas misóginos, todos estos trabajos que se le hacen al cabello son verdaderos tormentos. Marqués da una muestra de la variedad de torturas infligidas a los cabellos:

Para que no anden sueltos, los encarcelan en cercos, atados con mil listones […] Para dividirlos y repartirlos les punzan con las agujas que llaman “discriminales”; para tenerlos lisos y blandos les dan cada día tormento de peines de boj, marfil y de plomo; para encresparlos es el tormento de hierro ardiendo en fuego, y ese, para más padecer, lento; para enrubiarlos y volverlos de color encendido métenlo en lejías fuertes.[[492]](#footnote-492)

De ahí que Quevedo, en su “Pregmática de aranceles generales”, proponga en uno de sus ítems que se pongan los cabellos en los calendarios del mundo como mártires por todas las torturas con las tenazas para rizarlos.[[493]](#footnote-493) En *La boba para los otros y discreta para sí* (1635), se cuenta cómo le rizaban con hierros calientes los cabellos a Diana.[[494]](#footnote-494) Desde luego, encresparlos también fue condenado por los moralistas, quienes predicaban que la mujer, al contrario que el hombre, debía llevar la cabellera larga, peinada y bien compuesta, pero no los cabellos encrespados, y se han de valer de su cabello solo para cubrirse con él, pero no para dar ocasión a desordenados apetitos, que es lo que provocan cuando se “hazen copetes, guedejas; y dellos hazen gala bizarria”.[[495]](#footnote-495) Fray Tomás cita al profeta Isaías para ilustrar los castigos que les esperan a estas mujeres: “Por los almisques y ambares, les daré una hediondez terrible, por los ceñidores tachonados, y de ricas piedras adornados, vnas sogas de esparto, y por los adrezos de la cabeça tan costosos y cabellos enrizados, teñidos y tambien curados, vna feissima calua, que no aya quien ose mirallas”.[[496]](#footnote-496) De esta manera queda Claudia, la tía fingida, de la novela del mismo nombre atribuida a Cervantes, cuando la dueña Grijalba le arranca las tocas “descubriendo la buena señora una calva más lucia que la de un fraile, y un pedazo de cabellera postiza que le colgaba por un lado, con que quedó con la más fea y abominable catadura del mundo”.[[497]](#footnote-497)

**El rostro**

**La blancura de alabastro**

Desde la Edad Media, el canon de la belleza era la tez blanca y el rojo de los labios contrastando. Los colores son elementos decisivos en la belleza de la mujer. El doctor Francisco del Rosal, para explicar el color en el rostro de las mujeres, se remonta a una costumbre de Etiopía que tenían los hombres de untarse con minio en las fiestas tanto el rostro como el cuerpo, lo cual también aplicaban a los simulacros e imágenes; de ahí, los romanos también tiñeron el rostro de Júpiter con minio, en su fiesta; después, los que triunfaban también comenzaron a teñirse. La costumbre pasó a las mujeres, tanto novias como desposadas, “y como se hallaban bien aquel solemne día embadurnadas, quedábanse con él todo el año. Pero yo más creyera que la necesidad lo introduxo; porque como se vían descoloridas y negras y de natural condición vanas y amigas de parecer bien fue fácil inventar cómo mintiesen y fingiesen el blanco y color que no tenían”.[[498]](#footnote-498)

En el siglo xiv, el ideal de belleza, que describe Boccaccio (1313-1375) en el capítulo XVIII de *Caídas de príncipes*, no solo contempla los colores del rostro y el cabello, sino que trata, además, de cómo las mujeres se apostaban (se adornaban) y se pedían consejo unas a otras para remediar los defectos físicos:

Et maguer que la natura las aya criadas el color del rostro como vna rrosa blanca y como los lilios, los ojos luengos y vergonzosos, los cabellos ruuios y dorados, la boca olyente a canela, la nariz derecha, el cuello de marfil, leuantado de los ombros rredondos y deshirgados los pechos con una noble dureza y leuantamiento fermoso, ajustados los brazos tendidos, las manos delgadas, los dedos derechos, el cuerpo bien tallado y gracioso, el pie chiquillo. Et todo esto tengan y ayan, empero aun mucho trabajan en quanto pueden. Que sobre todos estos dones que la natura les otorga por su industria y apercebimiento suyo, añaden otros mas apostamientos affin de alcançar de los omes aquello que ellos querían. Et si veen que alguna cosa la natura fallescio luego unas con otras an sus consejos y buscan por sus artes como aquellas menguas sursan y hemienden fasta lo traher todo al su propósito.[[499]](#footnote-499)

Veamos el curioso retrato que se hace en el tratado médico y erótico *Speculum* del siglo xiv:

La mujer ha de tener cuatro atributos negros: los cabellos, las pestañas, las cejas y los ojos; cuatro rojos: la tez, la lengua, las encías y los labios; cuatro blancos: la tez, los dientes, el blanco de los ojos y los muslos. Cuatro partes deben ser estrechas: los orificios de la nariz y de las orejas, la boca, los pezones y los pies; cuatro menudas: las cejas, las aletas de la nariz, los labios y las costillas; cuatro, grandes: la frente, los ojos, el pecho y las caderas; cuatro, redondas: la cabeza, el cuello, los brazos y las piernas. Cuatro lugares deben exhalar un buen olor: la boca, la nariz, las axilas y la vagina.[[500]](#footnote-500)

A finales del siglo xv, Luis de Lucena calca las palabras de Boccaccio[[501]](#footnote-501) para darnos su ideal de belleza, que es superado por la industria de los “apostamientos”:

El color de su rostro como una rosa, y la blancura como los lilios, los ojos negros y vergonzosos, los cabellos rubios y dorados, la boca suave, la nariz derecha, el cuello de marfil, levantado de los hombros, redondos y descargados los pechos, con una doble dureza y levantamiento hermoso, los brazos tendidos, las manos delgadas, los dedos derechos, el cuerpo bien tallado y gracioso, el pie chiquillo, y cosa no les falte, siempre trabajan en quanto pueden añadir por su industria otros más apostamientos a fin de alcanzar de los hombres aquello que ellas querrían. E si veen que en alguna cosa la natura fallesció, luego unas con otras tienen su consejo y buscan por sus artes cómo aquellas menguas se enmienden hasta lo traher todo al su propósito.[[502]](#footnote-502)

El rostro pálido, casi blanco, prima en los siguientes siglos como canon de belleza, así es que las mujeres españolas de tez morena tratan de aclararla por todos los medios a su alcance. En 1659, Francisco Bertaud, le describe a su hermana la belleza del rostro de María Teresa de Austria resaltando la blancura de su tez:

Todo lo que puedo decir de nuestra princesa es que es mucho más hermosa que todos los retratos que se han visto de ella en Francia. Tiene los ojos azules, no demasiado grandes, pero muy brillantes y muy agradables, además de que parecen animados de alegría. Tiene la frente grande, y como su peinado la descubre mucho, eso la hace aparecer el rostro un poco más largo de lo que parecería, sin duda, si tuviese algunos cabellos abatidos. Su nariz es bastante larga y no demasiado gruesa; tiene la boca muy agradable y bermeja. Se pone sobre sus mejillas, que son muy bellas y un poco gruesas por abajo, una gran cantidad de rojo y su tez es admirablemente bella y muy blanca.[[503]](#footnote-503)

Parece ser un grave defecto, sobre todo para los viajeros franceses, el color moreno de la tez, a juzgar por la apreciación de A. Jouvin, quien, a su paso por España, en 1672, reconoce que las mujeres de Valencia no solo son sabias sino también “muy hermosas, aunque se sirven tanto como las otras del bermellón para pintarse y colorear sus mejillas, que sin eso parecerían lo que naturalmente son, morenas, con el rostro blafara”.[[504]](#footnote-504)

Madame D’Aulnoy vio en el tocador de la marquesa de Alcañices “una taza de porcelana, clara de huevo batida, con azúcar cande”, y, al preguntar para qué servía, una doncella le aseguró que “para desengrasar la piel y dar brillantez al rostro”. Y, efectivamente, así veía a algunas damas como con un barniz que hacía su piel humedecida y brillante, pero también “estirada de tal manera, que no dudo que debe dolerles”.[[505]](#footnote-505)

Pero no solamente el blanco de la tez era admirado, también, como vimos en el *Speculum,* el de los ojos y el de los dientes era digno de estima, de acuerdo con la apreciación que hace Bertaut de la esposa del marqués de Eliche, a quien califica como “la mujer más guapa de España”: “Es una morena que tiene las facciones casi todas perfectas, los dientes blancos y brillantes, ojos grandes, cuyo blanco es tan vivo y el negro tan brillante, que con trabajo se puede sostener la vista”.[[506]](#footnote-506)

Para blanquear los dientes se usaba el albayalde, llamado por los latinos *cerussa*, una suerte de polvos deshechos en vinagre fuerte que gastaba la dentadura. Como lo usaban las rameras romanas, se llamó al albayalde “color meretricius”.[[507]](#footnote-507) Pero también se usaba para blanquear la cara, como dice Pedro en el entremés de Quiñones de Benavente, *El murmurador*:

¡Que haya persona,

que aun a las pobres viejas no perdona,

sin que las hinque el diente, con ser gente

que no pueden hincar a nadie el diente!

Demonios, ¿Qué os importa que las viejas

con almendras quemadas se hagan cejas,

y las barbas se quiten con cerote,

si engañan la vejez con esa salsa?

¿Es mejor una moza carifalsa,

tan cernida la cara de albayalde,

que por jarifamente que la toquen,

donde llegáis los dedos descuidados,

quedan como en endrina señalados? [[508]](#footnote-508)

Varios son los viajeros del siglo xviii que hablan de la negrura de la mujer española, a causa del clima y el sol, en un tono bastante despectivo; sin embargo, el barón de Bourgoing, uno de los pocos viajeros franceses que no desprecia España ni sus costumbres, pues vivió allí varios años, entre 1777 y 1795, aprendió la lengua y fue un gran observador de sus costumbres, reconoce el encanto de la española en otros detalles, en la esbeltez de su cintura, en la forma de coquetear, en su andar ligero; todos estos le parecen atractivos que “compensan su falta de blancura”, y la presenta al natural, una hermosura sin afeites:

Poco debe a los recursos del tocador. El cutis de una española no se adorna jamás con prestada blancura. No suple con artificios el colorido que la naturaleza le ha negado al someterla a la influencia de un clima tórrido […] El amor se ha mostrado avaro con ella al repartir esos tesoros de alabastro que son sus más encantadores joyeles; pero ¡cuántos otros le ha prodigado![[509]](#footnote-509)

**El carmín de mejillas y labios**

Las mejillas y labios de las mujeres se arrebolaban con granos de granada y bermellón, llamado en latín *minium*, muy estimado por los romanos, con el cual solían teñir la cara de Júpiter. El bermellón hacía un gran contraste con el blanco de la tez. Según Marqués, “San Jerónimo llama a esta mezcla de colores tabaquillo de rosas y azucenas y junta de púrpura y marfil”.[[510]](#footnote-510) Fray Juan de las Ruelas decía que lo que las mujeres se ponen en sus mejillas para agraciar su rostro se llama “salud de Granada, (porque en esta ciudad se haze la fina de que suelen vsar […])”.[[511]](#footnote-511)

El carmín de las mejillas también se podía obtener del insecto llamado *cochinilla*, criado tanto en América como en España o en la India, o bien del cártamo, especie de cardo, que se encuentra en España, Francia o Egipto.[[512]](#footnote-512) No solo enrojecía mejillas o labios, servía también para colorear los hombros cuando iban descubiertos. Madame D’Aulnoy decía que las mujeres en España no se besaban al saludarse: “creo que debe ser para no quitarse los polvos que llevan en la cara; pero se presentan la mano desguantada”.[[513]](#footnote-513) Esta viajera, que se puede adentrar en los aposentos de las damas y llegar hasta sus tocadores, describe el acto de pintarse de una de sus conocidas, doña Teresa:

Tomó una taza de carmín con un grueso pincel, y se pintó con él no sólo las mejillas, la barbilla, bajo la nariz, encima de las cejas y el extremo de las orejas, sino que se dio también en las palmas de las manos, los dedos y los hombros. Me dijo que se pintaba todas las noches al acostarse y por la mañana al levantarse; que no se habría pintado y que habría querido prescindir del uso del carmín, pero que era tan corriente que no era posible dejar de hacerlo, y que por mucho colorete que se diese, siempre parecía pálida y enferma al lado de las otras cuando no se pintaba.[[514]](#footnote-514)

Según esta testigo, se pintaban todo lo que estaba a la vista, pero lo que no se entiende es para qué se teñían al acostarse, pues debían dejar las sábanas coloreadas cada noche y no dejaban que los poros de la cara respirasen ni un momento.

Otro viajero, el francés Antonio de Brunel, en su *Diario del viaje de España* (1665), dice que en la corte se ponen demasiado rojo, aunque la infanta y la reina no se pintan tanto, “todas las demás embadurnan sus mejillas de color de escarlata, pero de una manera tan tosca que se diría que han trabajado más para disfrazarse que para embellecerse; por eso son tan feas, que toda la pintura del mundo, puesta lo más diestramente no sería capaz de remediarlo”.[[515]](#footnote-515)

A finales del siglo xviii tenemos el ejemplo en un viaje novelado de E. F. Lantier, *Viaje a España del Caballero San Gervasio*, publicado en 1808, donde se describe a una duquesa tumbada sobre el estrado que, además de lucir sus bellos ojos negros “llenos de fuego y voluptuosidad” y sus zapatos de brocado de oro con tacones de cuatro pulgadas, lleva “una capa espesa de rojo iluminaba su rostro y sus hombros, muy descubiertos”.[[516]](#footnote-516)

**Alcoholar los ojos**

Aristóteles pensaba que los ojos estaban compuestos con gran delicadeza y artificio; san Agustín los llamaba *príncipes entre los demás sentidos* y san Ambrosio pensaba que lo que son la Luna y el Sol en el cielo, así son los ojos en el hombre: “son ciertas estrellas que resplandecen en nuestra carne, y desde lo alto, ilustran con clara luz lo inferior de nuestro cuerpo”.[[517]](#footnote-517)

No contentas las mujeres con esas dos luces de los ojos, trataban de iluminarlos más alcoholándolos, es decir, pintándolos con kohl, tintura que se remonta a la civilización egipcia de los faraones y que se solía hacer con antimonio pulverizado y alcohol, de tal manera que se teñían las pestañas y las cejas de negro. Una de las recetas para prepararlo mezclaba peligrosos ingredientes minerales, vegetales y animales propios de los hechizos brujeriles, y consistía en quemar

[…] sulfuro de plomo y cobre dentro de un limón, que se pondrá sobre las brasas de un fuerte fuego. Cuanto todo está carbonizado, se muele en mortero con coral, sándalo, perlas finas, ámbar, una ala de murciélago y un trozo de camaleón. Se quema de nuevo la mezcla hasta la carbonización. Se la pulveriza finamente y perfuma. Con su uso los ojos adquieren un hechizo que despierta en los hombres el amor.[[518]](#footnote-518)

Nefertiti, por ejemplo, se pintaba los párpados con kohl “para alargarlos con un trazo azul”.[[519]](#footnote-519) No solo con alcohol se lograba el efecto, también “se empleaban el incienso y las cenizas producidas por el pino quemado: eran los llamados ‘hollines’, como el de la pez”,[[520]](#footnote-520) así como con hinojo, perlas y alcanfor. Para Quevedo, experto en denigrar los afeites, como vimos, le es muy fácil pasar del hollín al humo, a los betunes y al tizne[[521]](#footnote-521) con los que se embadurnan las mujeres ojos, cejas y pestañas.

El doctor Laguna explica que lo que Dioscórides llamaba *stibium* en latín era un alcohol negro que se hacía de un mineral, con el cual, usando un palito de hinojo, las mujeres se teñían las cejas y se alcoholaban los ojos. Se lamenta de que lo que se había descubierto para la salud del cuerpo humano, pues restañaba las heridas y aclaraba la vista, quitándole la suciedad a los ojos, se usara para afeite y disfraz.[[522]](#footnote-522) El misógino doctor aconseja irónicamente un vegetal para alcoholar los ojos, la cebolla: “Alcoholanse las mugeres con ella, quando no pudiendo llorar, quieren prouocar lagrimitas, para enternecer a sus asnos”.[[523]](#footnote-523) También se podía alcoholar con el hollín de la pez líquida, con la que se hacen ungüentos para adornar las cejas y hacer que las pestañas renazcan;[[524]](#footnote-524) las rosas secas pulverizadas igualmente sirven para dar lustre a las cejas.[[525]](#footnote-525) En la Antigüedad, este producto se solía guardar en un vaso de cuerno. Juvenal lo llamó “ensanchador de ojos”, porque parece alargarlos.[[526]](#footnote-526)

Pármeno describe a Celestina como “vieja alcoholada”, y es que la maestra en hacer afeites debió aplicárselos también a su persona. Ya vimos que en el *Libro de buen amor* también se prescribía alcoholar los ojos: “Ojos grandes, someros, pintados, relucientes,/ e de luengas pestañas, bien claras, paresçientes”.[[527]](#footnote-527) Y en otra ocasión se refiere a la mirada de doña Garoça: “Oteóme de unos ojos que parecían candela”.[[528]](#footnote-528)

También se podían alcoholar las pestañas, aunque la receta que propone el doctor Johan de Barrios, en la Nueva España, parece más bien para ahumarlas: “Y para alcoholarse las pestañas es bueno incienso puesto en azeyte, y hazer que se coja el humo en vn candelero, o bacinica”.[[529]](#footnote-529)

La costumbre de pintarse los ojos y los labios fue cambiando, de acuerdo con las modas, en ojos adormilados o rasgados, según cuenta Calderón en la jornada II de *Eco y Narciso*, el villano Bato, en diálogo con el galán Narciso, diserta sobre el talle, las caras, los ojos y las bocas de las mujeres:

Un tiempo que se dieron

en usar ojos dormidos,

no havia hermosura dispierta,

y todo era mirar vizco.

Usaronse ojos rasgados

luego, y dieron en abrirlos

tanto, que de temerosos,

se hicieron espantadizos.

Las bocas chicas entonces

era de lo más valido,

y andaban por essas calles,

todas los labios fruncidos.

Dieron en usarse grandes,

y en aquel instante mismo

se desplegaron las bocas,

y dexando lo xarifo

de lo pequeño, pusieron

su perfección en lo limpio

de lo grande, hasta enseñar

dientes, muelas, y colmillos.[[530]](#footnote-530)

Se loaron los ojos rasgados, adormecidos u “ojuelos dormidos/ digo a medio despertar”, como dice el gracioso Tello en *La discreta venganza*, de Lope, cuando espera junto a su amo, don Juan de Meneses, a la puerta de la iglesia, a que salgan las damas, y critica sus modos para seducir con los ojos, por imitar a una bella mujer que nació en Lisboa:

Vnas se fingen visojas,

otras vizcas, otras tuertas,

otras tiemplan las compuertas

como que les dan congojas,

otras no ven a tomar

lo que les dan, pero miento,

porque a tomar, aun a tiento

qualquiera sabe auistar.

Otras con ojos saltados

son carneros mortezinos,

enfin, por varios caminos

todas traen ojos plegados.[[531]](#footnote-531)

En otra obra de Lope, *Las flores de Don Juan*, por entretenerse en un día de caza, el Emperador le pregunta a sus acompañantes sobre las pasiones, el amor y las mujeres, y Tristán describe una beldad morena “de ojuelos negros”, “rosas en la cara”, “breve boca y dientes blancos”,[[532]](#footnote-532) por lo que podemos deducir que no siempre los ojos claros se ajustaban al canon de belleza, como puede apreciarse también en uno de sus sonetos de *Rimas*:

Amor por ese sol diuino jura,

siendo negro color vuestros despojos,

quiça por luto, mas que por enojos

de muchos que mato vuestra hermosura.

Ojos que vn negro tumulo procura

al alma que de vos tuuiere antojos,

tal fuera mi ventura, hermosos ojos,

que yo quiero tener negra ventura.

Ojos no me guarde, que por honrrados,

mirandos de color negro vestidos,

fuiste de mis sospechas estimados.[[533]](#footnote-533)

**Lunares pintados y postizos**

En *La Lozana Andaluza* hay una crítica en boca de una mujer murmuradora, Teresa, sobre las viejas que se tiñen cabellos y cejas, y se pintan lunares por parecer mozas: “que son alheñados [los cabellos] por cobrir la nieve de las Navidades! Y las cejas se tiñe cada mañana, y aquel lunar postizo es porque, si miráis en él, es negro, y unos días más grande que otros”.[[534]](#footnote-534) Y es que los lunares postizos, más que un adorno, podían considerarse también un remedio para tapar las cicatrices e imperfecciones que hubiera dejado la viruela. Moda proveniente de Francia, los llamados *mouches* los había de formas variadas: de lunas, estrellas o corazones, y solían pintarse de negro;[[535]](#footnote-535) por eso, a veces, según la murmuradora Teresa, los pintaban más grandes unos días que otros, aunque también podían pegárselos en el rostro y solían ser de diversos materiales como seda o terciopelo y se guardaban en pequeñas cajitas que llevaban un espejo para poder aplicárselos en el lugar correcto para la seducción[[536]](#footnote-536) o bien se trataba de contrastar con la luminosidad de los rostros blanqueados con estos lunares llamados “asesinos”,[[537]](#footnote-537) seguramente porque mataban a quien los miraba. Esta costumbre del siglo xvii se refinó tanto que no solo se ponían lunares postizos, sino que, además, imitaban las venas de las sienes.[[538]](#footnote-538) Más tarde, se extendió también a los virreinatos; en *El retrato novohispano*, de la revista *Artes de México*, podemos apreciar unos enormes lunares negros en las sienes en algunos retratos pictóricos femeninos, que en la Nueva España eran conocidos como chiqueadores[[539]](#footnote-539) y adornaban incluso las sienes de las niñas. Extraña ver sus grandes proporciones y su negrura en los rostros de las retratadas, contrastando con las perlas del cabello y el cuello, y es que los chiqueadores eran hierbas curativas que se ponían bajo una rueda de terciopelo o de carey para quitar las jaquecas, aunque hay quienes sostienen que servían para ahuyentar el mal.[[540]](#footnote-540) Irving Leonard imagina a las damas de la Colonia caminando por las calles tan llenas de barro que ensuciarían sus atuendos: “Las damas, con lucientes basquiñas o enaguas y los rostros afeitados con polvos, colorete y lunares postizos, escogían su camino por las empedradas calles con chapines y zapatillas de raso de tacón alto”.[[541]](#footnote-541) Los lunares fueron también condenados por teólogos y predicadores. Mathías Diéguez, un misionero apostólico de la Nueva España del siglo xviii, recriminaba a las mujeres que se atrevían a “entrar en los Templos, y mostrarse en ellos con gravissimo escandalo en trage inmodesto, y desvergonzado, desnudo el pecho, y sobre-puestos lunares postizos, ya en el rostro, ya en el pecho, y cuello”.[[542]](#footnote-542)

**La tez lívida y la golosa costumbre de comer barro**

Mascar barro o comer barro o yeso perfumado con ámbar, en el Siglo de Oro, era una costumbre practicada por las damas, la cual llegó a convertirse en vicio y que provocaba tal opilación en el estómago que la tez se volvía pálida, objetivo principal de estas damas para la seducción. Dice Covarrubias que lo mismo servían para amortiguar la color que como golosina viciosa, aunque Quevedo añade la delgadez extrema que provoca esta costumbre en la *Casa de los locos de amor*: “Vnas daban en comer barro, por adelgazar, y adelgazaban tanto, que se quebraban”.[[543]](#footnote-543)

La moda de la ingesta de arcilla tiene un gran éxito literario, como veremos entre nuestros poetas barrocos. Una de sus primeras manifestaciones aparece en *Flor de varios romances nuevos y canciones* (1589):

Niña del color quebrado

o tienes amores o comes barro.

Andas desuelada

de un amor travieso:

o te sabe al queso,

a leche o cuajada.

Vas siempre arrimada

por esas paredes,

comes lo que puedes,

bueno o mal guisado.

Hablando al sereno

la noche entretienes,

o tu cuerpo tienes

de búcaros lleno,

que como veneno

al vientre encamina,

la barriga empina

y ensancha el costado,

o es de fuego ardiente

o de agua fría.

Mal haya tu tía

que tal te consiente,

pues dice la gente,

que aunque comes yeso,

lo echarás con hueso

su tiempo llegado.[[544]](#footnote-544)

Para curarse de la opilación, los médicos prescribían agua con polvos de hierro en ayunas, o sea, “tomar el acero”, y dar luego un largo paseo matinal, que se conocía como “pasear el acero”, lo cual era, en muchas ocasiones, un pretexto para verse con el amado. Lope de Vega dedica su obra *El acero de Madrid* a este tema de la falsa opilada, en la que Belisa cita a su amado Lisardo en el Prado de San Jerónimo con el achaque de pasear “con el acero”. El padre de Belisa se da cuenta del enredo y dice que quiere casar a su hija “que es el mejor medio/ para desopilalla”,[[545]](#footnote-545) es decir, desea ofrecérsela al primo Octavio, porque entiende que la opilación no es debida al barro, sino a los deseos amorosos.

Sobre las enfermedades fingidas de las mujeres que, en realidad, son embarazos, abunda Lope de Vega en otras de sus obras; en *De* *cosario a cosario* (1618-1623), Mendo le habla a su señor don Juan sobre las falsas opiladas y dice:

opilada, solicita

la doncella medios tales,

y a nueve meses cabales

la opilación se le quita.[[546]](#footnote-546)

A veces, los personajes opinan sobre el barro que comen, como don Juan, que le cuenta a Fernando sobre la calidad de los barros portugueses:

En Alcorcón es grosero;

mejor le hará en Estremoz,

que es barro de quien sabemos

que le comen las mujeres.[[547]](#footnote-547)

En efecto, tenía gran fama el barro portugués de ser mejor que el español: en *El acero de Madrid* se dice que Belisa está opilada por haber comido el barro portugués, que también se presta a chanza en *La Dorotea*, cuando Julio ve los jarros perfumados con ámbar, que Clara le lleva a su señora, y dice que, más que los portugueses, él los come de Garrovillas, refiriéndose a los jamones extremeños.[[548]](#footnote-548)

Incluso en una obra histórica, *Arauco domado,* cuyo asunto son las guerras araucanas, donde no cabría hablar de opilaciones, Rebolledo le cuenta a la india Gualeva sobre las mujeres de España, que disimulan su embarazo con ir a tomar el acero porque se sienten opiladas:

Unas toman el acero,

que más de seis yerros cubre,

y lo que han hecho en octubre

quieren curar por febrero.[[549]](#footnote-549)

En *Los melindres de Belisa* (1617), la protagonista rechaza a todos sus pretendientes por algún defecto físico: por calvo, por bermejo, por tener un lunar en la cara, por tener barbas espesas, negras y cerdosas, por tener grandes los pies o los ojos, por tener los bigotes caídos. Arrepentida de sus melindres, quiere quitarse la vida y le habla a su criada Flora sobre su arrogancia y los gastos que le causaba a sus padres en galas, nuevos trajes, “en espejos/ pastillas y guantes”,[[550]](#footnote-550) más de lo que gastaba su hermano, don Juan, en libros. La viuda Lisarda, su madre, cansada de tanto melindre, le dice que se casará por no verla más “comiendo yesso y barritos/ siempre opilada y sangrada”.[[551]](#footnote-551)

Las damas opiladas que necesitan tomar el acero y pasear se prestan para la sátira en estas dos letrillas de Góngora:

Que la del color quebrado

culpe al barro colorado,

*bien puede ser;*

mas que no entendamos todos

que aquestos barros son lodos,

*no puede ser.*[[552]](#footnote-552)

Opilóse vuestra hermana

y diola el Doctor su acero;

tráela de otero en otero

menos honesta y más sana;

diola por septiembre el mana,

y vino a purgar por mayo.

*Allá darás, rayo,*

*en cas de Tamayo*.[[553]](#footnote-553)

Y en esta letrilla de Quevedo, se da cuenta de todos los pormenores de la opilación y los gastos que acarrea:

La morena que yo adoro,

y más que a mi vida quiero,

en verano toma el acero,

y en todos tiempos el oro.

Opilóse, en conclusión,

y levantose a tomar

acero para gastar

mi hacienda y su opilación.

La cuesta de mi bolsón

sube, y nunca menos cuesta:

mala enfermedad es esta,

si la ingrata que yo adoro,

y mas que mi vida quiero,

en verano toma el acero

y en todos tiempos el oro.

Anda por sanarse a sí,

y anda por dejarme en cueros:

toma acero y muestra aceros,

de no dejar blanca en mí.

Mi bolsa peligra aquí,

ya en la postrer boqueada:

la suya nunca cerrada,

para chupar el tesoro

de mi florido dinero,

tomando en verano acero

y en todos tiempos el oro.

Es niña que por tomar,

madruga antes que amanezca,

porque en mi bolsa anochezca,

que a nadar tras esto, es su andar.

De beber se fue a opilar.

Chupando se desopila,

mi dinero despabila:

el que adora, es Medoro;

el que no, pellejo y cuero;

en verano toma el acero,

y en todos tiempos el oro.[[554]](#footnote-554)

En un madrigal, se dirige “a una moza hermosa, que comía barro”, para decirle que muy cerca le rondará la muerte con tal costumbre, asociando el barro del que estamos hechos y en el que nos convertiremos, tema muy caro a Quevedo:

Tú sola, Cloris mía,

que si miras sin velo,

la vida puedes alargar al día,

has podido juntar la tierra al cielo.

Pero a riesgos te pones,

en ser cielo goloso de terrones;

mira, que en quien de barros está llena,

es calle de Xetafe cada vena.

Empiécese a comer su sepoltura

en barros disfrazada,

mujer manida, y güera, y arrugada;

y en tu niñez lozana, en tu hermosura,

no profanen con barro a tus rubíes

las perlas con que mascas, con que ríes.

Que tu gusto no entierres, hoy mi aviso

te advierte, Cloris bella; porque siendo

en carne soberano paraíso,

cuando con barro la salud estragas,

no el Paraíso Terrenal te hagas.

Barro es cuanto en mis versos te prohíbo,

mas no es barro, enterrar tu cuerpo vivo.

Confieso, que de verte, pena tomo,

roer con perlas el memento homo.

Y si en tu pulideza no es desgarro,

muérdeme a mí, pues soy también de barro.

Son tus mejillas, Clori, primavera,

tú de flores socorres la ribera;

Ten flores, pues tu rostro es mayo eterno,

tenga barros el rostro, que es invierno.[[555]](#footnote-555)

Y en el romance “Reformación de costumbres no importuna”, Quevedo denuncia y descubre a las falsas opiladas, quienes, en realidad, quedan embarazadas al citarse en las mañanas con sus amantes:

Que no anden por las mañanas

las doncellas que se opilan,

pues sanando de doncellas

les crecen más las barrigas.[[556]](#footnote-556)

No podemos dejar de citar el magnífico soneto: “A Amarili, que tenía unos pedazos de un búcaro en la boca y estaba muy al cabo de comerlos”:

Amarili, en tu boca soberana

su tez el barro de carmín colora;

ya de coral mentido se mejora,

ya aprende de tus labios a ser grana.

Apenas el clavel, que a la mañana

guarda en rubí las lágrimas, que llora,

se atreverá con él, cuando atesora

la sangre en sí de Venus y Diana.

Para engarzar tu púrpura rota,

el sol quisiera repartir en lazos

tierra, por portuguesa enternecida.

tú de sus labios mereciste abrazos,

presume ya de Aurora, el barro olvida,

pues se muere mi bien por tus pedazos.[[557]](#footnote-557)

Pero no solo hay mozas opiladas, en *El alguacil endemoniado*, Quevedo también le reserva un espacio en el infierno a una vieja que trajo un diablo, y que trata de parecer joven opilándose:

El otro día llevé yo una de setenta años que comía barro y hacía ejercicio para remediar las opilaciones y se quejaba de dolor de muelas porque pensasen que las tenía, y con tener ya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus canas y arada la frente, huía de los ratones y traía galas, pensando agradarnos a nosotros. Pusímosla allá por tormento al lado de un lindo de estos que se van allá con zapatos blancos y de puntillas, informados de que es tierra seca y sin lodos.[[558]](#footnote-558)

Los viajeros también se impresionan con esta costumbre, pero caen en la tentación de probarla, como la marquesa de Villars, esposa del embajador francés en la corte española en 1680, que le escribe varias cartas a la señora de Coulanges con todas sus impresiones sobre la corte de Carlos II el Hechizado, y, aunque no le habla expresamente a su amiga de la costumbre de comer barro, junto a una de las cartas le envía un regalo con unos religiosos que van a Francia, y le dice que haga caso “de las tazas de búcaro”.[[559]](#footnote-559) Sin embargo, a madame D’Aulnoy le desagradaba en extremo esta costumbre, cuando le tocó ver, en un retrato de la infanta de Portugal, que llevaba “dos cestitas con flores y algunos jarritos de tierra sigilada”;[[560]](#footnote-560) más tarde, ella misma hubo de degustarla cuando merendaban un día en casa de la princesa, donde varias damas

[…] comían trozos de arcilla sigilada. Ya os he dicho que tienen una gran afición por esa tierra, que ordinariamente les causa una opilación; el estómago y el vientre se les hinchan y se ponen duros como una piedra, y se las ve amarillas como las cañas. He querido probar ese alimento tan estimado y tan poco estimable; antes comería asperón.

Si uno quiere agradarlas, es preciso darles de esos búcaros, que llaman barros; y a menudo sus confesores no les imponen más penitencia que pasar todo un día sin comerlos. Dicen que tiene muchas propiedades, que no tolera el veneno y que cura varias enfermedades. Tengo una gran taza de esa clase que contiene una pinta; el vino no vale nada bebido en ella; pero el agua resulta excelente; parece como si hirviese en su interior […] cuando se la deja allí un poco de tiempo, la taza se vacía sola, tan porosa es esa tierra y huele muy bien.[[561]](#footnote-561)

Los escritores barrocos caracterizan a las damas de sus poemas, novelas, comedias y entremeses con esta extraña costumbre. En *El curioso impertinente*, para persuadir a Lotario del necio empeño de solicitar a Camila, Anselmo le confiesa que padece la enfermedad de las mujeres “que se les antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse”.[[562]](#footnote-562)

Juan de Zabaleta, en “El estrado”, describe una escena costumbrista en la que llegan a visitar a la señora de la casa una dama mayor y una “Hija suya doncella opilada, tan sin color como si no viviera. Nadie juzgara que salía del coche para la visita sino para la sepultura. Comía esta doncella barro, linda golosina”. Una de las damas asistentes a la tertulia de mujeres quiebra un búcaro y una doncella se acerca disimuladamente a comer un casquillo: “[al masticarlo,] rechinó el barro, es golosina quejigosa y no se queja del mal que le hacen, sino de la ofensa que se hace a Dios”. La viuda, que se da cuenta, regaña a la joven. La madre, desesperada, dice que la va a casar con el primero que pase, y otra se confiesa para salir en su defensa: “Yo he tenido casi hasta hoy ese vicio, pero con más disculpa, porque hacía pastillas de barro con azúcar y mucho almizcle”.[[563]](#footnote-563)

En varios entremeses de Quiñones de Benavente se alude también a esta extraña costumbre, por ejemplo, en *El doctor Juan Rana*, cuando este visita a la enferma Josefa:

Josefa: *Señor, yo estoy opilada*

Juan: ¿Come barro?

Josefa: Ni aun mentallo.

Juan: Pues si la curo, yo haré

que coma bien presto barro.[[564]](#footnote-564)

En *La paga del mundo*, una mujer prefiere comer yeso, que era otra costumbre como la del barro, y chupar sal en lugar de los jamones de Algarrobilla, y en *La puente segoviana*, se dice del vino que, “como una doncella/ come yeso sin hartarse”,[[565]](#footnote-565) aludiendo a que se echa el vino en yeso para clarearlo y para que no se dañe.

En una variante de la primera redacción del *Polifemo,* de Góngora, aducida por Dámaso Alonso, se nombra “la opilada/ camuesa, que el color pierde amarillo/ en tomando el acero del cuchillo”. Alonso explica que, en esta “primera redacción, Góngora compara las manzanas camuesas con las damitas opiladas, tan abundantes en el teatro y en la novela del siglo xvii”.[[566]](#footnote-566) Entonces, los términos de comparación gongorinos son “las camuesas, manzanas de piel amarilla y arrugada, pero tersas y blancas cuando se las parte (al tomar el acero del cuchillo) […] las damas opiladas, que pierden su amarillez tomando el acero (tomando el acero medicinal)”.[[567]](#footnote-567)

Luego aduce otro bello poema donde Belisa se finge opilada para salir en la mañanita de mayo, burlando la vigilancia paterna para encontrarse con su amado:

Te escribo a media noche, lumbre mía;

y pues vivir no puedo sin cautela,

oye dos cosas que el amor piadoso

para nuestro remedio me revela.

Yo voy fingiendo, mi querido esposo,

que estoy descolorida y opilada,

para engañar un padre tan celoso

y una tía mal intencionada.

Busca un médico amigo que me vea

y avísale de todo, si te agrada.

Éste dirá que sólo quien pasea

con el acero aqueste mes de mayo,

sana de aqueste mal…

Saldré con este achaque las mañanas

tal vez a Atocha, al Prado, y tal al Soto…

**Caras tapadas**

El tema de las mujeres tapadas, enteras o a medio ojo, daría para un capítulo completo por la cantidad de referencias en la poesía y el teatro áureos, así como por la documentación del mismo en las pragmáticas que salieron para prohibir el manto, pero haremos solo algunas observaciones, por ser este un accesorio importante en los siglos xvi y xvii, ya que condenaba a las mujeres que lo usaban como instrumento de seducción, al igual que los afeites y otras galas. En tiempos de Felipe II se prohibió el uso del velo en una ordenanza de 1590. En 1594, monseñor Camilo Borguese fue enviado a España como nuncio extraordinario del papa Clemente VIII al rey Felipe II; en su *Diario de la relación de viaje*, se fija en las mujeres que visten de negro y llevan la cara cubierta con un velo, además del manto que les cubre la cabeza, pero, aclara:

[Cuando no van tapadas] se ponen collares con gorgueras grandísimas; usando todas las mujeres comúnmente los afeites, con ellos alteran su tez morena por naturaleza, y tantos se ponen que parecen propiamente pintadas. Son por naturaleza pequeñas, pero llevan tacones, que llaman chapines, tan altos que se hacen altas. De donde se puede decir que en España todas las mujeres llevan la cara de un color y son altas del mismo modo.[[568]](#footnote-568)

Este mismo argumento será retomado por Quevedo, quien junta el color con la altura, para concluir que todo lo que se ponen es postizo, pero rescata a una hermosa tapada de medio ojo en *El mundo por de dentro*, donde arroja información sobre las diversas maneras de gesticular con el manto y recrea las metáforas petrarquistas para su descripción:

Venía una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban y dejando los corazones llenos de deseos. Iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro a los que ya le habían visto y descubriéndole a los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo, tal vez por tejadillo; ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo solo, ya tapada de medio lado descubría un tarazón de mejilla. Los cabellos martirizados hacían sortijas a las sienes. El rostro era nieve y grana y rosas que se conservaban en amistad, esparcidas por labios, cuello y mejillas; los dientes transparentes y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones.[[569]](#footnote-569)

Sin embargo, estas leyes no se cumplieron cabalmente, a juzgar por los testimonios de los viajeros por España, que continuaron extrañándose de esta costumbre. Quevedo también alude a la disposición contra las tapadas en un largo romance: “Confesión que hacen los mantos de sus culpas, en la premática de no taparse las mujeres”, en el que van dialogando los “pecadores mantos”: “Empezó un manto de gloria/ vidriera de tasajos,/ que afeitados, con el lustre/ disimulaba lo magro”, luego “un manto de burato”, “un mantillo mulato de humo”, “un manto de Sevilla” y “un manto de lana y seda” que se confiesa: “Tapé a una mujer gran tiempo,/ en su rostro boticario,/ por mejillas y por frente/ polvos, cerillas y emplastos”.[[570]](#footnote-570)

Para la época de Felipe III, Bartolomé Pinheiro da Veiga, un caballero portugués que fue a Valladolid a conocer los fastos de la corte, dice que ya no se usan los mantos, sino los de “soplillo”, que eran muy transparentes, y las garcetas, o sea, el pelo de la sien que se trenza, y sin embargo, cuenta tres anécdotas de tapadas, de las que rescato solo la de la iglesia de San Francisco, que resultó ser la marquesa de Falces, cuyos ojos encandilaron al amigo de Bartolomé, Constantino de Agamenón, quien exclamó al verla: “Marquesa, ¡juro a Dios que, con ojos como esos, he de vender hasta la capa por merecer una mirada!”.[[571]](#footnote-571) En otra ocasión, dice que ya las damas empiezan a andar en cabello.

En 1639, Felipe IV promulgó penas más severas y multas: diez mil maravedís la primera vez y la pérdida del manto; la segunda, veinte mil maravedís e incluso la pena de destierro. Sin embargo, y a pesar de las sucesivas renovaciones de la pragmática, tampoco durante el reinado de Carlos II se logró desterrar esta costumbre, y llegó, aunque ya pasada de moda, hasta la época de Carlos III, con la última prohibición de 1770.[[572]](#footnote-572) León Pinelo, en 1641, publicó una sugerente obra, *Velos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres; sus conveniencias y daños*, que ilustraba la Real Premática que prohibió los mantos a las tapadas y hablaba de los diferentes tipos de velos, desde la Antigüedad hasta sus días, señalando, además, los tres fines para los que fueron inventados los velos, con el fin de que pudieran salir las mujeres públicamente: autoridad, honestidad y sujeción. Planteaba las diferencias entre taparse y cubrirse, y condenaba el tapado de medio ojo: “A las que usan cubrirse todo el rostro con el manto, llamamos llanamente Cubiertas, i a las que descubren media vista, i en estilo vulgar dizen de medio ojo, Tapadas”.[[573]](#footnote-573) Ilustra sobre las vizcaínas, que salen descubiertas; en Navarra solo lo hacen las doncellas, pues las casadas salen con mantos, pero no cubiertas; en Aragón, Cataluña y Valencia hay cubiertas y tapadas, al igual que en las dos Castillas. El tapado de medio ojo se introdujo en España con las mujeres árabes, quienes traían sobre sus cabezas las almalafas blancas, que las cristianas sustituyeron por un manto negro. Sabemos por Tertuliano que la costumbre de taparse viene de las mujeres de Arabia, “que ocultavan el rostro con tan advertido cuidado, que solamente reservavan un ojo, para registrar la luz”.[[574]](#footnote-574)

En tiempos de Felipe IV, Bertaut habla de cómo las mujeres salen a la calle “cubiertas con un manto negro, como el luto de las damas de Francia, y no enseñan más que un ojo, y van buscando y acechando a los hombres con tanto descaro, que tienen a afrenta cuando no quieren ir más allá que la conversación”.[[575]](#footnote-575) Unos años después, en 1672, A. Jouvin, en su obra *El viajero de Europa*, recoge también la moda de las tapadas: “Las mujeres se envuelven todo el cuerpo con un gran velo de tela negra y no dejan ver más que el ojo derecho cuando van por las calles, lo que ocurre raras veces, a no ser para ir a misa y a la función religiosa del domingo, adonde van con el rostro descubierto; se pintan y se frotan las mejillas con bermellón”.[[576]](#footnote-576)

En el teatro áureo abundan las tapadas, que van y vienen por casas y plazas ocultas para facilitar el enredo y las confusiones en estas comedias. Juan Ruiz de Alarcón, por poner solo un ejemplo, recrea a las mujeres tapadas con una bella imagen. Dice doña Ana, al momento de tapar a Lucrecia y a su criada, Juana:

Tapaos las dos;

que yo haré cómo te vayas

sin conocerte, si acaso

la nube del manto basta

a eclipsar el resplandor

de los rayos de tu cara.[[577]](#footnote-577)

Los mantos, chapines y otras galas aparecen en los atuendos de las gatas de *La Gatomaquia*,de Lope, donde Zapaquilda y Mizilda van a ver a sus enamorados presos “tapadas de medio ojo/ con sus mantos de humo”, es decir, de seda negra.[[578]](#footnote-578) Acaban peleando entre ellas por celos; Mizilda le arrebata el manto a Zapaquilda y esta se defiende con las uñas, le quita a la otra el moño, de tal manera que quedan

En fin, a puros tajos y reveses

de las rampantes uñas aguileñas,

desmoñadas las greñas

y el solimán raído,

quedaron desmayadas sin sentido,

haciendo cada cual la gata morta.[[579]](#footnote-579)

El día de su boda, Zapaquilda va ataviada con “saya entera de tela columbina”, “el blanco pelo, rubio, a pura gualda”, es decir, teñido, y usa “chapines de tabí con sus virillas” y muchos más adornos que cuestan “un tesoro”. Sin embargo, la boda se destruye con la llegada del celoso Marramaquiz, quien, desbaratando todo el estrado, lo deja lleno de galas: “naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños/ rosetas, gargantillas y arracadas,/ chapines, orejeras y zarcillos”.[[580]](#footnote-580)

El problema de las tapadas es que, al cubrirse con el manto, se confundían las mujeres públicas con las honestas; las casadas podían salir fácilmente de casa y citarse con sus galanes, sin ser reconocidas. Un viajero anónimo por la España de 1700 ve en el manto un símbolo de aparentar lo que no se es:

Cuando salen se ponen mantos de tafetán negro guarnecidos con grandes encajes, hechos expresamente, que las cubren de la cintura hasta por encima de la cabeza […] Las que están por debajo de las burguesas y las criadas llevan mantones labrados, en vez de esos mantos, y se cubren casi todo el rostro cuando van por la ciudad, principalmente aquellas que pretenden ser mojigatas.[[581]](#footnote-581)

Al padre Labat le queda muy claro que es un disfraz que las hace descaradas y se lo permiten todo: “[encubiertas con] una mantilla que les cubre la cabeza y todo el cuerpo casi hasta los pies; se tapan con ella la cara de manera que no quede descubierto más que un solo ojo para guiarse. Llaman a esa manera de ir por las calles andar tapada”.[[582]](#footnote-582) Pero ya en la segunda mitad del siglo xviii, el barón de Bourgoing habla de la libertad de las mujeres y de la mantilla, “única huella de la antigua esclavitud”, que ya solo les sirve para resguardarse del sol.[[583]](#footnote-583)

**Manos, pies y otras partes del cuerpo**

Las manos son parte fundamental del cuerpo humano, pero las femeninas han sido, a lo largo de la historia, elemento de seducción. Con las manos se gesticula, se abanica, se señala, se acaricia; las manos se muestran a cada rato en las conversaciones y, por tanto, se busca detener en ellas el paso del tiempo, la eliminación de manchas y la conservación de la tersura de la piel. Su cuidado y estética han sido una preocupación de todos los tiempos, pero lo que más obsesionaba era su blancura, para la que se procuró toda clase de remedios: se blanqueaban con pasta de almendras y con sebillo, que podía obtenerse del cabrito, lo cual, además de blanquearlas, las suavizaba. Lope de Vega, de acuerdo con Arco y Garay, sentía una gran debilidad por las manos femeninas, a juzgar por los elogios a las de Camila Lucinda; también en *Santiago el Verde*, hace que Lucindo diserte sobre las manos de las damas**:**

Símbolo dicen que son

de las mugeres las manos,

que quien las quiere tener

buenas, y adobarlas trata,

como lo dexe de hazer

dos días, la mano ingrata

se buelue a echar a perder.[[584]](#footnote-584)

Sin embargo, en *La Dorotea*, los versos que Julio le recita a Fernando versan sobre el lujo y el erotismo de los pies:

Unas doradas chinelas,

presas de un blanco listón,

engastaban unos pies,

que fueran manos de amor.

Unos blancos zapatillos,

de quien dijera mejor

que eran guantes de sus pies.[[585]](#footnote-585)

También Tirso de Molina logra un magnífico enredo en la comedia *La celosa de sí misma*, por la blanca mano de una tapada. El lacayo Ventura le reprocha a don Melchor haberse enamorado “por una mano aruñante,/ que con blancura postiza,/ a pura muda y salvado,/ sus mudanzas pronostica?”.[[586]](#footnote-586) Pero don Melchor sabe que una mano divina se corresponde con la hermosura del rostro. En la escena V, sale de misa doña Magdalena, a quien pertenece la blanca mano que don Melchor ha visto en la pila de agua bendita; so pretexto de volverla a ver, le restituye un bolso que en la iglesia le han robado y, aunque ambos saben que ese no es el bolso robado, ella lo acepta para desconcierto de Ventura, quien le recrimina haberle dado doscientos ducados solo por ver y no tocar la mano: “Tú encarecerás el sebo/ de cabrito antes de mucho”,[[587]](#footnote-587) la compara con la nata y la cuajada, y, enseguida, desprestigia otros afeites y galas: las pastillas de alcorza para perfumar el aliento y los guantes de polvillo.

Descritos por los poetas como pequeños y delicados, “los pies femeninos son objetos de deseo, símbolo fetichista y representación, en algunos casos, de la dominación masculina”.[[588]](#footnote-588) El lujo se ostentaba también en los pies, excepto las meninas, que llevaban zapatos bajos sin tacones; lo mismo en la corte que en la ciudad, se usaban los chapines, definidos por madame D’Aulnoy, como “pequeñas sandalias de brocado o de terciopelo, guarnecido con placas de oro, que las levantan medio pie, y cuando los llevan, caminan con dificultad y siempre con el riesgo de caer”.[[589]](#footnote-589) Solían hacerse de varios materiales, pero consistían en una alta suela que se elevaba con corchos o madera y se sujetaban por encima del empeine. Según Covarrubias, servían para distinguir a una doncella de una casada, porque a las casadas les ponían chapines; era como la marca de la que sale de la infancia y está en edad de merecer; en cambio, el zapato de doncella o chinela no tenía tacón. Desde el siglo xiii hasta el xviii fueron “considerados prendas de distinción, no los calzaban más que las clases privilegiadas”.[[590]](#footnote-590) El chapín fue sustituido por el ponleví, que tenía un “tacón de madera, muy alto, inclinado hacia delante y con disminución progresiva por su parte semicircular, desde su arranque hasta abajo”.[[591]](#footnote-591)

La literatura medieval y de los Siglos de Oro abunda en chapines, descritos por los hombres para criticar el excesivo costo o la altura desmesurada: Martínez de Toledo, el Arcipreste de Talavera, habla de “chapines de un xeme poco menos en alto, pintados, de brocado”.[[592]](#footnote-592) En el siglo xv, fray Hernando de Talavera, el confesor de Isabel la Católica, hiperbolizaba por traer chapines tan altos que hacía “crescer la costa y quantidad del paño”;[[593]](#footnote-593) por lo tanto, era pecado de soberbia gastar tanto. *El Cancionero* de Sebastián de Horozco, bajo la apariencia de que es por socorrer a las damas para que no anden sobre los lodos, dedica un poema a “las toledanas, porque el alcalde Calderón mandó quemar y se quemaron muchos chapines por falsos”, en el que se revela su misoginia contra las mujeres andariegas, que acrecientan su estatura con la altura de sus chapines:

Tened, damas, atención,

que avéis de andar en botines,

para dançar el turdión

que el alcalde Calderón

manda quemar los chapines.

Hácelo porque no andéis

por las calles con el lodo,

también por que no engañéis,

porque con ellos hazéis

el cuerpo mayor un codo.

Mas segund sois de andariegas,

aunque fuésedes descalças

saltariédes como pegas

por calles, campos y vegas,

sin botines y aún sin calças:

por cumplir a la contina

aquel refrán que sabéis;

la mujer y la gallina

por andar se pierde ayna,

mas de andar no dexaréis.[[594]](#footnote-594)

Jacinto Polo de Medina, poeta socarrón como pocos, retrata en *El buen humor de las musas* “A una dama muy pequeña sobre unos chapines muy grandes”, y la insta a que se baje de ellos: “*Apéate, ninfa enana/ destos gigantes chapines*” porque dice que parece “una pulga con muletas,/ una liendre en dos rozines”.[[595]](#footnote-595)

La moda de los chapines tuvo tanto alcance que, en Toledo, cerca de la catedral de Santa María, llegó a existir la calle de la Chapinería, por los chapines que se vendían allí, según leemos en el *Guzmán de Alfarache.*[[596]](#footnote-596) De corcho, de paño, de raso o de cuero perfumado con ámbar, Quevedo, que los llamaba “mentiras de corcho”,[[597]](#footnote-597) decía que servían para disimular el mal olor de los pies: “y a veces los pies disimulan el sudor con las zapatillas de ámbar”.[[598]](#footnote-598) En “La culta latiniparla”, los carga de metáforas o de culteranismos: “posteridades de corcho”, “adiciones de alcornoque”, “tara de la persona”, “ceros de la estatura”.[[599]](#footnote-599) Los chapines estaban hechos de la corteza del alcornoque, que, por ligera, permitía a las mujeres levantar su estatura sin que les pesara arrastrarlos; así, Marqués dice que ya no hay mujeres españolas chicas, por lo que las levantan los chapines, y luego le añaden “solera de medio palmo en la cabeza con la corona hecha de cabellos, dos y tres de chapines en los pies”.[[600]](#footnote-600) Cuenta este autor la anécdota de un extranjero que se casó con mujer española en términos semejantes a los que usa Quevedo en sus *Sueños*, tal vez por ser una historia muy manida entre los misóginos:

Cuando se casó le dieron una mujer blanca, rubia y bien dispuesta, y salióle no más medio mujer, y sin ningún cabello ni cara, porque la noche de la boda vio que la mitad de ella era corcho dorado, y se le pusieron bajo de la cama, y la otra mitad de mujer, que le quedó encima de la cama, la halló a la mañana verdinegra, flaca, calva y descolorida; y por esto dijo con razón que le habían engañado en más de la mitad de su mujer.[[601]](#footnote-601)

El lacayo Bernabé, de *La nueva victoria de don Gonzalo de Córdoba* (1622), de Lope, critica a las mujeres por llevar chapines tan altos:

el chapín de vara de alto,

con que cuando se desnudan,

de mas cascaras y trapos

que vn palmito de Valencia,

sale un espíritu flaco.[[602]](#footnote-602)

En *El perro del hortelano* (1618),el criado Tristán le da “licciones” “de cómo el amor se pasa” a su amo Teodoro haciendo que piense en defectos para olvidar a las mujeres, pues en ellas “Toda es vana arquitectura”, ya que a los chapines —que las suben del suelo como si estuvieran en un balcón— y a los sastres deben “la mitad de la hermosura”.[[603]](#footnote-603) Asimismo, en *El cuerdo en su casa*, Leonardo (el loco en su casa) se lamenta en un soneto de la condición y costumbres de galas de su mujer Elvira, en comparación con la sencillez de la labradora Antona la Bella, y se refiere a la perdición de las mujeres que ha traído consigo la moda de los chapines:

¡Oh, tiempo miserable, pues que quieres

que esté en un faldellín todo el decoro,

y hasta para el chapín la plata adquieres!

¡Oh, gran desdicha! pues después que el oro

conquistó por los pies a las mujeres,

perdieron muchos su mayor decoro.[[604]](#footnote-604)

Ruiz de Alarcón, en *La culpa busca la pena*, hace que el criado acreciente el amor de su amo describiendo los chapines, la *virilla* y el pie de doña Ana: “si recatado, lascivo, / que tiene más de atractivo/ cuando se ve y no se ve”.[[605]](#footnote-605)

A juzgar por las *Cartas* quinta y décima de Almansa y Mendoza, había zapatillas bordadas y con unas guarniciones o *virillas* de plata. En la quinta carta se dice que, en octubre de 1621, se dio

[…] rebato en las tiendas de los joyeros de la calle Mayor y Puerta de Guadalajara, y sacóseles por justicia todas las valonas y zapatillas bordadas, almillas, ligas, bandas, puntas, randas, abaninos, puños aderezados, y otras galas de mujeres a este modo, y otras cosas de que se les había avisado muchas veces por el Consejo que no surtiesen sus tiendas, y en rebeldía hicieron los alcaldes esta diligencia por orden del señor Presidente; y aquella misma noche quemaron parte en la Calle Mayor. Avalúanlo [*sic*] en valor de muchos ducados; y dícese que será principio para grandes reformaciones en trajes, cuellos y vestidos, por ser cosa superflua lo que en esto se pasa.[[606]](#footnote-606)

Y en la décima “denunciaron a mujeres por puntas, lechuguillas de colores, tocas y otras cosas: a otras quitaron las *virillas* de plata de los chapines”.[[607]](#footnote-607)

Ezcaray nos describe más variedad de zapatos: los de ponleví, o palillo, forrados con “tafetán, acayrelados y cosidos con hilo de oro, y seda […] zapatos de una oreja como los hombres y en lugar de cintas un boton, y rosa de diamantes […] zapatos de cuerecillo de ambar, y ponenles viriles de plata sobre la suela”.[[608]](#footnote-608)

Y, según Montalván, en *El Palmerín de Oliva*, los había incluso con *virillas* de oro, y eran tan altos en el siglo xvii, que llegaron a tener once dedos:

Y al fin los chapines son

las gradas de las mujeres.

Quedo y no te desatines,

porque yo he visto chapines

en bolsas de terciopelo,

y con virillas de oro

adornadas de diamantes.

Mas quería que supieses

que soy chapín sin enredos,

que el más alto es de once dedos.[[609]](#footnote-609)

La viajera madame D’Aulnoy, en 1679, se admiraba de la pequeñez de los pies de doña Teresa, que un niño de seis años los tendría más grandes, y describe la manera de andar de las españolas, quienes, con sus pies pequeños, parece que se deslizan en lugar de caminar y sus zapatos son “de tafilete negro, recortado sobre tafetán de colores, sin tacones y tan justos como un guante”.[[610]](#footnote-610)

Acabamos este apartado con Lope de Vega, que tiene varios poemas referidos al calzado y a la belleza de los pies:

“Hipérbole a los pies de su dama, que este poeta debió de nacer en sábado”

Juanilla, por tus pies andan perdidos

más poetas que bancos, aunque hay tantos,

que tus paños lavando entre unos cantos

escureció su nieve a los tendidos.

Virgilio no los tiene tan medidos,

las Musas hacen con la envidia espantos:

que no hay picos de rosca en Todos Santos

como tus dedos blancos y bruñidos.

Andar en puntos nunca lo recelas,

que no llegan a cuatro tus pies bellos,

ni por calzar penado te desvelas.

Que es tanta la belleza que hay en ellos,

que pueden ser zarcillos tus chinelas

con higas de cristal pendientes dellos.[[611]](#footnote-611)

Ni siquiera los pies poéticos de Virgilio pueden competir con la medida perfecta, la blancura y la pequeñez de los pies de Juana, y las chinelas que calza son tan bellas y pequeñas que parecen aretes con colgantes de cristal.

Otras muestras de la veneración de Lope por los pies son los siguientes sonetos de *Rimas humanas y divinas*:

“A una dama que en un balcón estaba cosiendo unos escarpines

muy pequeños”

Con el marfil que al africano diente

del animal más sabio desafía,

que imaginado como nieve enfría,

siendo por el efecto fuego ardiente,

en un balcón, envidia del Oriente,

la bella Antandra un escarpín cosía

con hilo que de perlas parecía

y aguja que al Amor flechas desmiente.

Bien hace, si con él en puntos anda,

de darse en acabarlos tanta prisa,

pues cuanto quiere con el pie le manda.

Saldrá el aurora con su dulce risa,

y Amor verá en sus pies, con breve Holanda,

levantarse azucenas en camisa.[[612]](#footnote-612)

“Al cuidado de calzar justo una dama”

¿Qué te han hecho tus pies, oh Clara amiga,

que en tan estrechas cárceles los prendes?

¿Los pies escoges y las manos extiendes?

¡Ay de la bolsa a quien pusieres liga!

¿Por qué le das tan áspera fatiga

a quien te lleva donde tú pretendes?

Que si dar a tus pies tormento emprendes,

en él confesarán lo que te obliga.

De pies viene piedad, suéltalos, Clara,

que no pierden amores y cariños

si de tus pies apelan a tu cara.

No paguen, apretados, tus aliños,

pues si los viera Herodes los matara

por inocentes, pero no por niños.[[613]](#footnote-613)

**El uso de los perfumes y otros accesorios**

Usualmente representada con un frasco de alabastro de perfume, María Magdalena es una de las primeras mujeres que usa ungüentos y perfumes, alusiones tal vez a las vanidades de su vida pecaminosa o bien para ungir los pies de Cristo, que bañó con sus lágrimas y secó con sus cabellos, como podemos leer en Lucas (7: 36-50); en Mateo (26: 6-13), se agrega que era fabricado con una libra de nardo puro, que costaba caro, y luego de secarlos con sus cabellos dejó una agradable fragancia en la casa de Simón. En cambio, en Juan (12: 1-8) y en Marcos (14: 3-9) se dice que fue en la cabeza de Jesús donde derramó un frasco de alabastro con perfume de gran precio. En ambos casos, los apóstoles protestan por derramar algo tan costoso que se podía haber dado a los pobres.

El arte de perfumarse ha existido desde tiempos remotos. Los judíos y los babilonios se untaban el cuerpo con aceites perfumados, los griegos con agua de rosas; en Oriente Medio, las mujeres llevaban bolsitas de benjuí y de mirra atadas a sus cuellos, y en Japón las damas de la corte perfumaban sus kimonos con pebeteros que desprendían olores de jazmín y crisantemo.[[614]](#footnote-614) Con las Cruzadas, se traen de Oriente a Francia y a toda Europa occidental nuevas sustancias de origen animal y vegetal que se usan para la elaboración de perfumes, tales como el almizcle, la algalia, el ámbar, el sándalo, la mirra, el clavo de olor.

De la civilización romana, heredamos el azafrán, que ponían lo mismo en las ropas que en las habitaciones, además de fabricar con él pócimas y aceites. Los romanos se rociaban de colonia todo el cuerpo y el pelo como signo de distinción.[[615]](#footnote-615)

De la cultura árabe y su predilección por los perfumes, como necesarios para la salud y el régimen del cuerpo, trata una curiosa obra, el *Libro del cuidado de la salud durante las estaciones del año* o *Libro de la higiene*, del médico granadino Muhammad B. Abdallah Ibn al-Jatib (1313-1375), probablemente escrito entre 1362 y 1371.[[616]](#footnote-616) Entre los alimentos y bebidas, el sueño, los baños, el coito y los deportes, incluye también los tejidos de los vestidos y los perfumes que deben inhalarse en cada estación, los colores que pueden mirarse y las conversaciones que deben oírse, o sea, todos los deleites para conseguir una vida saludable. En primavera prescribe tejidos de lino y algodón, conversaciones amenas, recitar poesías y eludir el juego y la alegría excesiva.[[617]](#footnote-617) En el verano deben inhalarse “flores refrigerantes y aromáticas como rosas, sauces, violetas, nenúfares y flores de mirto; aguas y perfumes equilibrados y que contengan substancias refrescantes, por ejemplo, lalajij de ámbar, mezclado con alcanfor, y los óleos pertinentes, por ejemplo de violeta, sándalo y similares”. En el otoño, “para perfumar, los óleos aromáticos, como el beleño y similares y al-lajalij de ámbar”.[[618]](#footnote-618) Las inhalaciones para tener una buena complexión en invierno

[…] se realizarán con flores y perfumes cálidos en justa proporción, como el ámbar en sus distintas variedades, ramas y gomas aromáticas y, también, las algalias, los lalajis preparados, aguas de flores cálidas, como de naranja ácida, rosa blanca almizclada, jazmín, alhelí, clavos, nuez moscada, flor de nuez moscada, y los óleos aromáticos, por ejemplo, bálsamos triturados con almizcle, ámbar y almizcle superior.[[619]](#footnote-619)

Los perfumes van cambiando según las estaciones y otras complexiones: la sanguínea, la biliar amarilla y la flemática; por ejemplo, a los flemáticos, en invierno les recomienda contemplar colores rojos, púrpuras jaspeados y amarillos fuertes; evitar las alegorías y los preceptos incomprensibles y frecuentar las poesías heroicas; los perfumes han de ser de “fuerte calidez, como castóreo, almizcle tibetano, algalia aromática y los medicamentos indios, por ejemplo, clavo, nuez moscada, valeriana, juncia, estrombo, ámbar o beleño”.[[620]](#footnote-620)

En la Edad Media se usaban perfumes, tanto individuales, a base de aceites, pastillas olorosas, jabones, como ambientales, a través de pomas, que eran “bolas de diversos metales, que, agujereadas y rellenas de materias olorosas, se llevaban en la mano con el objeto de transformar el aire del entorno más inmediato que una persona respiraba”;[[621]](#footnote-621) también se calentaban recipientes que contenían sustancias olorosas o se colocaban saquitos de olor en lugares cerrados. Castilla hereda la elaboración de perfumes de la influencia andalusí, sobre todo, las técnicas de la maceración (sumergir una sustancia sólida en un líquido a temperatura ambiente para ablandarla o extraerle sus partes solubles) y la destilación (separar las sustancias volátiles de las que no lo son mediante el fuego).[[622]](#footnote-622)

En un laboratorio medieval, como el de Celestina, se hacían perfumes de estoraques, menjuy, animes, ámbar, algalia, polvillos, almizcles, mosquetes y aguas para oler de infinidad de flores: rosas, jazmín, azahar, madreselvas, tréboles, clavellinas mosquetadas y almizcladas, polvorizadas con vino. Con algún mortero podía reducir a polvo las flores secas y rellenar saquitos o almohadas para vender. Dioscórides menciona una hierba muy olorosa, la bacara, la cual se echa sobre el cuerpo seca y pulverizada, a causa de su buen olor.[[623]](#footnote-623) Se destinaban tanto a las casas como al uso personal o a los objetos. Se hacían aguas de olor por destilación con alambique de rosas, de azahar, de enebro, de ángeles, de menta, de canela y clavo, especias que podían perfumar el agua de rosas. Las habitaciones se podían aromatizar con aguardiente y almizcle, que, por maceración, da un agua de olor que se vierte en un cántaro y se baldea en la habitación.[[624]](#footnote-624) También se podían perfumar los aposentos con las pomas o vasijas o cazoletas, que contienen confección de olores y podían estar perforadas para dejar salir el perfume. Otras modalidades son las pastillas, pasticas o pastas, y los pebetes, que se echan al fuego y salen en forma de humo.[[625]](#footnote-625) Por último, los objetos se perfumaban con polvillos de flores, polvos de Chipre y de Alejandría, almohadillas de rosas y perfumes para la ropa, que las mujeres medievales solían guardar “en arcas y arcones y gustaban de hacerlo poniendo entre las prendas unas bolsitas, a veces elaboradas con ricas telas, que desprendían un agradable aroma”.[[626]](#footnote-626)

Sobre el perfume disertan también predicadores y moralistas, alegando que los buenos olores que desprenden las damas perfumadas no son sino para tapar el mal olor natural de sus cuerpos. El perfume, afirma Vigarello, “es una herramienta modelo en este arte de la apariencia: es más engañoso cuanto más escapa a las referencias visibles”.[[627]](#footnote-627) Ya sea en forma de polvos en los baúles, como agua de canela para el buen olor del aliento, en aromas en los pebeteros, desde la Edad Media, según algunos inventarios revisados por Vigarello, el ámbar o el almizcle se encuentran encerrados en pomos de oro y piedras preciosas o en cajitas de plata. En Montpellier, se descubre la fórmula del *aqua ardens vitae*, que es alcohol puro, de extrema importancia para la industria de la perfumería,[[628]](#footnote-628) pues se mezclaba con polvos aromáticos y se convertía en “líquidos volátiles”.[[629]](#footnote-629) En el siglo xvi se empezaron a fabricar frascos de vidrio en Venecia, en las fábricas de Murano. En el xvii, en Bohemia, se emplea el cuarzo y un vidrio muy puro tallado, teñido, grabado o dorado, es decir, los frascos se vuelven preciados objetos. En el xviii, además de los frascos, hay “cofrecillos llenos de pequeñas cajas para guardar utensilios de perfumería de lo más insólitos: un pequeño embudo, una varilla, bolas aromáticas […] vinagreras, cajitas de plata dorada o de ágata, donde se hallan minúsculas esponjas embebidas en vinagre aromático. (Los perfumistas de la época eran llamados maestros vinagreros)”.[[630]](#footnote-630) Todo ello, sustancias olorosas, utensilios y recipientes, contribuyen a lo que un crítico ha llamado “el arte del enmascaramiento y de la apariencia”, porque “el perfume borra tanto como disimula […] limpia, rechaza y borra. La ilusión ha llegado a convertirse en realidad”.[[631]](#footnote-631) Los perfumes decaen a finales del xviii, porque ya no engañan a nadie en esta época, ya no ocultan los malos olores corporales, solo sustituyen unos por otros, “lo más que consigue es desempeñar el papel de máscara”.[[632]](#footnote-632)

Después de esta breve historia, veamos su auge en la época áurea, en cuyos elegantes tocadores “no podían faltar agua de rosas y de azahar, jaboncillo de Venecia, aceite de estoraque, de benjuí, de violetas, de piñones y de altramuces; cañutillo de albayalde, solimán labrado para blanquear el cutis, tuétano de corzo, pastillas olorosas y otros ingredientes guardados en salserillas”.[[633]](#footnote-633) Tantas salserillas confunden a Sancho, el criado de don Bernardo, en *El desprecio agradecido*, de Lope, quien, acuciado por el hambre, encuentra en el tocador de las damas un bote que cree ser jalea y dice que creyó reventar, porque:

Era algún embeleco

de aceite de mata y lirios

limón y claras de huevos,

o cosas tan endiabladas

que parece que me dieron

Tártago, o si hay otra cosa

más amarga, fuera desto.[[634]](#footnote-634)

Entre algunos de estos ingredientes olorosos, según Dioscórides y los comentarios del doctor Andrés Laguna, destaca el agua de azahar hecha de la flor del naranjo, “odoriferisima sobre todas las otras”.[[635]](#footnote-635) Dioscórides decía que el estoraque líquido se obtenía de la mirra bañada con agua, aunque el doctor Laguna dice que él prefiere bañarla con vino oloroso y que no es más que la grasa que se saca de la corteza del estoraque, porque, si fuera licor de la mirra, los mercaderes de Levante no podrían darlo por un precio tan vil;[[636]](#footnote-636) el de benjuí, que, según Laguna, es “oloroso en extremo, suaue al gusto, traslucido y de color muy roxo […] Administrado en perfume, resuelue toda la corrupción, infection y malignidad del ayre”.[[637]](#footnote-637)

Los perfumes eran parte esencial del acicalamiento femenino, no solo de cabellos, rostro, manos y vestidos, sino que también perfumaban los objetos personales con algalia, almizcle y agua de ángeles[[638]](#footnote-638) y las estancias de las casas cuando iban a recibir una visita importante. Madame D’Aulnoy se admiraba de cómo perfumaban sus criadas a doña Teresa: “Una de sus doncellas la perfumó de la cabeza a los pies con excelentes pastillas, cuyo humo impulsaban sobre ella; otra la roció, llenándose la boca con agua de azahar, y apretando sus dientes, la hacía caer sobre ella como una lluvia”.[[639]](#footnote-639) El alférez Campuzano, de *El casamiento engañoso*, cuando disfrutaba de la buena vida con su engañosa amante, decía: “Mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, según olían, bañados en el agua de ángeles y de azahar que sobre ellos se derramaba”.[[640]](#footnote-640) En *El Quijote*, Sancho se queja cuando le quieren lavar las barbas los criados de los duques, y dice que no hay tanta diferencia entre él y su amo, “que a él le laven con agua de ángeles y a mí con lejía de diablos”.[[641]](#footnote-641)

Los buenos olores tenían que abarcar también al aliento y los personajes de Cervantes son muy sensibles a la hediondez: según Lope Asturiano, a la Argüello, una de las mozas de *La ilustre fregona*, que lo acosa de amores, “le huele el aliento a rasuras desde una legua: todos los dientes de arriba son postizos y tengo para mí que los cabellos son cabellera; y, para adobar y suplir estas faltas, después que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y así se jalbega el rostro, que no parece sino mascarón de yeso puro”.[[642]](#footnote-642) Las rasuras, el tártaro o sarro acarreaban un gran deterioro en los dientes, que se traducía en olores insoportables, pero, además, según los moralistas misóginos, como vimos en el primer capítulo, los tintes del cabello también provocaban un gran daño en la dentadura, amén de los continuos dolores de cabeza, la vejez prematura o la resequedad en el cuero cabelludo. Para ellos el hedor estaba estrechamente relacionado y era la consecuencia nefasta del abuso de los afeites.

Quevedo, también en una de sus obras festivas, una pregmática contra las cotorreras, es decir, las prostitutas, para que se diferencien de las demás mujeres, les manda “que no gastéis pastillas de boca, alcorzas ni azahares para sahumar vuestro aliento”, pero, como están acostumbradas a comer salpicón y mondongo, se les permite “incensarse con anís […] no confitado, regaliz o romero, cosa barata que para el beso al vuelo de gente bahúna y con hambre basta”.[[643]](#footnote-643)

**El ámbar para perfumar guantes, calzados y abanicos**

Existen dos clases de ámbar: el amarillo, que se obtiene de la resina de una conífera, y el gris, del excremento de un cachalote, pero Olao Magno, arzobispo de Upsala, en su *Historia de las gentes septentrionales* (1555), dice que el obtenido del esperma del cetáceo suele adulterarse con polvo del áloe y del estoraque, con musgo y otras plantas, pero que se reconoce el adulterado por su blandura como de cera y el ámbar puro no se debilita nunca.[[644]](#footnote-644) Tanto el amarillo como el gris eran considerados estimulantes, antiespasmódicos y afrodisíacos, pero también fueron muy usados en perfumería por su olor suave, sobre todo, para adobar guantes,[[645]](#footnote-645) como lo afirma el doctor Laguna, quien “sana con su perfume el espasmo, la perlesía y la gota coral: corrige el ayre pestífero: y lo que importa mucho al bien publico, es propio para perfumar guantes”.[[646]](#footnote-646) Los guantes podían ser de una gran variedad de pieles, y se solían perfumar con ámbar, algalia y otros aceites perfumados.[[647]](#footnote-647) Tres frailes misóginos opinan sobre los guantes y sus perfumes: fray Ambrosio Montesino los llama *engrasados* en sus coplas contra las viudas:

traen guantes engrasados

y perfumes encendidos,

mas no cabellos mesados

a los maridos pasados

bien debidos.[[648]](#footnote-648)

Fray Antonio Marqués presenta a las mujeres desprendiendo cantidad de olores de todos los accesorios que solían perfumar: “guantes de ámbar, manguitos de gatos de algalia, vestidos llenos de almizcle, ungidos los cabellos y pañuelos con aguas de olores”.[[649]](#footnote-649) De buenos olores y lujo extremado en las galas son los complementos que usaba Esperanza, en *La tía fingida*: “los chapines de terciopelo negro con sus claveles y rapacejos de plata bruñida, guantes olorosos, y no de polvillo sino de ámbar”.[[650]](#footnote-650)

Fray Luis de León habla de lo costosos que son los lujos que tratan de mantener las mujeres: “y el ámbar que bañe el guante y la cuera y aun hasta el çapato, el qual ha de reluzir en oro también como el tocado”.[[651]](#footnote-651)

Y debía de ser un lujo extremado tener guantes de ámbar, a juzgar por los comentarios del viajero francés Antonio de Brunel, quien, a su regreso a Francia, cuando pasa por Navarra, visita al virrey, quien le dio una buena acogida, pero, a la hora de partir, el criado del capitán de los guardias hizo todo un artificio para ver si conseguía que el viajero le regalara unos guantes de ámbar para su amo:

[…] y en verdad su amo hacía mal de exigir de nosotros ese pequeño obsequio, puesto que bien podía juzgar que no llevábamos los guantes sino como rarezas a medias prometidas y dadas, puesto que los que han estado en el país donde se hacen no se preocupan por ellos, no los adquieren sino para sus amigos, y yendo de camino, los pagarían con más gusto dos veces más de lo que valen, que la menor parte de lo que han destinado para regalos cuando estén de vuelta en su casa.[[652]](#footnote-652)

También como objetos preciados, los guantes de ámbar aparecen en *Fuenteovejuna* como regalos que le hacen al comendador los alcaldes.

Las casadillas de la *Sátira del Perú*, del poeta satírico Rosas de Oquendo, entre muchos otros oficios, fabrican y venden afeites, pero, entre las costureras, las hay que se dedican al oficio de adobar y perfumar los guantes:

unas hilan plata y oro,

otras ay que adoban guantes,

otras biuen de costura,

otras de puntas y encaxes,

otras de pegar botones,

y otras de hazer oxales.[[653]](#footnote-653)

Fray Antonio de Guevara, en sus *Epístolas familiares*, “alude al uso extensivo de colonias, que afectaba a mujeres y a hombres”, sobre todo: “Rociar una camisa con un poco de agua rosada apruébolo; rociar un pañizuelo de narices con agua de trébol, admítolo; rociar unas almohadas con agua de azahar, lóolo, mas comprar unos guantes adobados por seis ducados, maldígolo; porque guantes de tres reales arriba, nadie los compra por necesidad, sino por curiosidad y liviandad”.[[654]](#footnote-654)

Guzmán de Alfarache huele los guantes a distancia, cuando diserta sobre la libertad de los sentidos que solo los pobres y mendigos pueden apreciar, y gozar de todo lo que no poseen con el gusto, la vista, el olor, ya que los llaman “oledores de casas ajenas” y tienen al ajo por su “ámbar y almizque”, “y si otro oler queríamos, nos íbamos a una esquina de las calles donde se venden estas cosas y allí estábamos al olor de los coletos y guantes aderezados hasta que los polvillos nos entraban por los ojos y narices”.[[655]](#footnote-655)

Lope de Vega hace que las mujeres se reconozcan por el perfume en varias de sus obras: en *Las flores de don Juan*, el Emperador pregunta al labrador Velardo por una dama y este la presenta a través de los olores como signo distintivo de las cortesanas:

Aunque es disfrazado cuerpo,

¿no veis que el alma es de dama,

las galas y el limpio aseo?

¿qué olor os dio de tomillo,

pues a los ámbares hecho,

no conocisteis el suyo?[[656]](#footnote-656)

Y Calderón, en *La desdicha de la voz*, presenta a doña Leonor, que espera a la dama de su hermano, don Diego, en su casa para servirla y festejarla, y le pide a Isabel que una esclava

[…] saque al punto

plata, y ropa reservada,

de todos mis escritorios

las buxerias, y alhajas;

de mas buen gusto, abanicos

de Nápoles, guantes de ámbar

pastillas de olor y boca,

tocados, cintas y vandas.[[657]](#footnote-657)

Los abanicos, abanillos o moscaderos, como aparece en *El Corbacho*, también se perfumaban, en este caso, con algalia, como nos informa la mujer envidiosa y murmuradora de la que hemos hablado en capítulos anteriores, que ve a la dama que critica con un “moscadero de pavón todo algaliado”.[[658]](#footnote-658)

Lope de Vega, en *El cuerdo en su casa*, pone en boca de Antona la Bella algunos desvaríos de celos en los que cree ver a su marido, Mendo, contemplando a su vecina y dejándose seducir por “el oloroso abanillo/ que el ámbar es lindo cebo*”*,[[659]](#footnote-659) como se demuestra también en la seducción que provoca el abanico en el siguiente poema de *Rimas humanas*:

“Dándole a una dama un abanillo que se le había caído”

Este que en el jardín de vuestra cara,

céfiro artificial, templó la rosa,

rosa donde yo fuera mariposa,

si Venus licenciados transformara;

este padre del aire, en cuya clara

región tanta cometa luminosa

sale encendida de la luz hermosa

que de esos ojos el Amor dispara,

pongo en mi frente y doy a vuestra pura

nieve, con el debido acatamiento,

con que podéis, señora, estar segura

que no os podrá faltar este elemento,

ni faltará jamás vuestra hermosura,

si fuera el tiempo como soy el viento.[[660]](#footnote-660)

Juan de Zabaleta hace escarnio del abanico, que solo sirve para apartar el aire del rostro, pero puede costar seis escudos, cuando que antes “el aire se halló de balde donde quiera, hasta que se inventaron los abanicos”.[[661]](#footnote-661) Elemento de seducción y coquetería, las mujeres, para este moralista de las costumbres, son capaces de hacerse los abanicos con las plumas del Ave Fénix, si supieran dónde hallarla.

**Las costumbres afeminadas de los varones: galanes, lindos y virotes**

Desde Tertuliano, la vanidad de los hombres aparece como condenable, igual que la de las mujeres, porque, en ellos, “ai un natural deseo, por vicio de la naturaleça introducido, de parecer bien a las mugeres, i en las mugeres de contentar a los hombres, i assi ellos por ellas, i ellas por ellos tienen que reprehender y acusar. Los mismos embelecos del aliño, los embustes propios para el asseo, conocen por propios los hombres que las mugeres”.[[662]](#footnote-662) Su actitud reprueba a ambos sexos y nos da una lista de esos “embelecos del aliño” que suelen hacer los hombres:

Quitarse la barba a nauaja toda, algunos partirla, otros en dos mitades; muchos ciñen la cabeca trençados los cabellos, i dispuestos en forma de tiara; otros se tiñen con lexia las canas; y se quitan el vello de todo el cuerpo, i assi dexan alguno para maior hermosura, le diferencian con afeite mugeril, limpiando lo demas con algunos polvos asperos; consultan en todas ocasiones el espejo, i se miran a él con gran cuidado, i con afectacion inmensa.[[663]](#footnote-663)

Otros, en lugar de criticar, se permiten dar curiosos consejos: en el siglo xiii, en la obra *Poridat de poridades*, el Seudo Aristóteles aconseja a Alexandre respecto a cómo retrasar las canas echando polvos en la nariz para purgar la cabeza: “e fazervos a muy grant pro en abrir las carreras çerradas del celebro, et esforçara la cara e los sentidos, et fazer uso a tardar las canas”. En este testimonio de la literatura sapiencial, se describen “las fechuras de los omnes” y, de acuerdo a la complexión, a la abundancia de cabellos y su color, la barba, los ojos, el tamaño de las mejillas, la frente o la barbilla, se desprenden cualidades morales: si son desvergonzados, envidiosos, traidores. Se recomienda bañarse en verano con agua fría y vestirse con paños limpios y usar “cosas que huelan bien según pertenece al tiempo en que estades; assy cada tiempo que la buena olor gouierno es del anima espirital”.[[664]](#footnote-664) Según *El régimen del cuerpo*, de Aldebrandín de Siena, el color de la tez de los lujuriosos es mezcla de rojo y blanco, tienen “abundantes cabellos gruesos y suaves, los ojos claros y alegres, el rostro bien formado y de buen aspecto y se deleita oyendo hablar de mujeres”.[[665]](#footnote-665) En el retrato que le hace Trotaconventos a doña Garoça, de las figuras del Arcipreste, destacan rasgos que lo vuelven lujurioso, como la nariz luenga o el cuerpo velloso, además de especificar su facultad de doñeador, es decir, de cortejador.[[666]](#footnote-666)

Del siglo xv tenemos una insólita noticia de Enrique de Villena sobre los hombres afectados en su obra *El triunfo de las donas*, en la que aplaude los acicalamientos y composturas de las mujeres con los ejemplos de Esther y Judith; en cambio, de los hombres dice: “(e aqueste es el engaño de que más ofendida naturaleza se siente) que leyendo llenos de años, al tiempo que más debrían de gravedat, que de liviandat, ya demostrar en los actos, los blancos cabellos por encubrir (ante por furtar los naturales derechos) de negro se fasen teñir; e almasticos dientes, más blancos que fuertes, con engañosa mano enxerir”.[[667]](#footnote-667)

El xvi nos ofrece varios testimonios no menos condenatorios: Sebastián de Horozco, en un poema llamado “A un hombre pequeño que se avia pelado, y después salió vestido de terçiopelo”, habla de la costumbre femenil de alcoholarse los ojos, pero, en este caso, le dice que use sus viejas mañas de “alcoholar las lagañas,/ untar çejas y pestañas/ con los pelos del tintero”.[[668]](#footnote-668) Fray Luis de León, después de haber recriminado severamente a las damas afeitadas, abomina también de sus congéneres:

Que tambien nuestro linage sabe hazer sus embustes, sabe atusarse la barba, entresacarla, ordenar el cabello, componerle, y dar color a las canas; quitar luego que comienza a nascer el vello del cuerpo, pintarle en partes con afeytes afeminados, y en partes alisarle con poluos de cierta manera; sabe consultar el espejo en cualquiera ocasión, mirarse en el con cuidado.[[669]](#footnote-669)

Fray Tomás de Trujillo condena esta costumbre del cambio de sexo por los atavíos o la cabellera para abogar por la superioridad del varón y cita al “diuino Paulo”: “Criar los hombres coletas y cabelleras, es cosa de gran ignominia y de muy notable afrenta. Preciarse de largos cabellos, dize Sant Augustin, es querer perder a la clara la honrra que de derecho les viene, porque no traerlos, es señal de la superioridad que sobre las mugeres tienen los hombres”.[[670]](#footnote-670)

Fray Antonio de Guevara en la “Letra para micer Pere Pollastre, italiano, amigo del auctor, en la qual se toca quán infame cosa es andar los hombres cargados de olores y pomas ricas”, incluida en sus *Epístolas familiares*, abomina de los hombres que usan perfumes por considerarlos de tendencia femenina:

El traer olores, y el preciarse de ungüentos preciosos, aunque no es gran pecado, es a lo menos sobrado regalo, y aun vicio bien excusado, porque al caballero mancebo y generoso como vos, más honesto le es preciarse de la sangre que derramó en la guerra de África, que no de la algalia y almizcle que compró en Medina. Como naturalmente tengan todas las mujeres algunas ordinarias inmundicias, y aun otras flaquezas caseras, a ellas solas se les permite el bien oler.[[671]](#footnote-671)

Sin embargo, recomienda los perfumes para sobrevivir en la travesía marítima, tal y como lo propone en uno de los últimos consejos de su *Arte de marear*: “Es saludable consejo, mayormente para los hombres regalados y estómagos delicados se provean de algunos perfumes, menjuí, estoraque, ámbar o áloes, y si no, de alguna buena poma hechiza; porque muchas veces acontece que sale tan gran hedor de la sentina de la galera que a no traer en qué oler, hace desmayar y provoca a revesar”.[[672]](#footnote-672)

En los siglos xvi y xvii, sobre todo, el afeite no es exclusivamente femenino, los hombres maquillan sus mejillas, delinean sus cejas, colocan algún lunar en su rostro y se empolvan el cabello con colores violáceos o irisados, lo que, en cierto modo, sustituía al lavado, ya que los polvos resecaban la grasa que pudiera acumularse. Se recomendaba “utilizar fricciones con salvado de trigo tostado en la sartén, renovando con frecuencia la operación, o, si no, se debe extender por encima y por entre el cabello un poco de polvos desecativos y detersivos en el momento de acostarse y por la mañana se debe quitar con el peine”.[[673]](#footnote-673)

Cervantes critica a los afeminados en los mismos tonos que los moralistas misóginos en dos de sus *Novelas*: Cornelio, de *El amante liberal*, se describe como un “mancebo galán, atildado, de blancas manos y rizos cabellos, de voz meliflua y de amorosas palabras. Y, finalmente, todo hecho de ámbar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornado de brocados”.[[674]](#footnote-674) Con palabras semejantes, el moralista Marqués comparaba a los hombres afeminados con los papagayos, “por la variedad de colores de vestidos, guarnecidos de telas, adornados de brocados, hechos más muelles que alfeñiques, metidos entre martas y aun entre magdalenas, degenerando con eso del ánimo y fortaleza de hombres”.[[675]](#footnote-675) Sin embargo, los soldados vestían de muchos colores chillones y así visten el alférez Campuzano, de *El casamiento engañoso*, y Tomás Rodaja, en *El licenciado Vidriera*, cuando se embarca para Génova. En esta misma novela se critica a los poetas cuando recitan un soneto “con tono melifluo y alfeñicado”.[[676]](#footnote-676) La impostura de la voz ha sido siempre condenada por Cervantes, quien a cada momento reprime a los que suben los tonos y no hablan a la llana, como le reprocha al muchacho faraute del retablo de maese Pedro, en *El Quijote*. El habla afectada era sinónimo de artificio para Cervantes: en *La Gitanilla*, por ejemplo, los gitanos ceceaban por artificio. Se dice de Preciosa que, “como gitana, hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza”.[[677]](#footnote-677)

A estos hombres que acostumbraban acicalarse se les conocía como lindos o lucidos y usaban, como las damas, perfumes, postizos, copetes y rizos, que lograban con un hierro caliente; afeites y tintes capilares; bigoteras de gamuza perfumadas de ámbar, con las que se acostaban para mantener el bigote parado, como las del soneto de Lope de *Rimas humanas*, que, finalmente, no sirven para nada porque el galán era barbilampiño:

“Envió una dama una bigotera de ámbar a un galán que no la había menester”

Ocioso, Elena, fue vuestro presente

para tanto marfil lustroso y liso,

que los bigotes del galán Narciso

sustenidos están naturalmente.

Si vos le presumís barbiponiente,

muy de mañana madrugó el aviso,

y si a la cara hacéis moldura y friso,

lo mismo es en la barba que en la frente.

Donde concurren tantos desengaños,

incrédula debéis de ser, Elena,

mas ¿quién ha de creer tales engaños?

el ámbar y el cairel no os causen pena

que, a poderlos vivir, de aquí a mil años

os la podrá volver tal y tal buena.[[678]](#footnote-678)

Pero las mujeres no veían con buenos ojos algunos de sus utensilios. Finea y Belisa, de *Las bizarrías de Belisa* (1640), de Lope, critican las bigoteras de los galanes:

Finea:

No las nombres, que me espanto

de ver los hombres con ella;

y hay muchos tan confiados,

que a la ventana se ponen,

que es como asomarse un macho.

Mientras tiene bigotera

un hombre, ha de estar cerrado

en un sótano.

Belisa:

Si es de ámbar,

con cairel de oro, no es malo;

y, quitada, importa poco.[[679]](#footnote-679)

Al amante de Leonisa, en *El amante liberal*, se le nombra “el lindo de Cornelio”; Ricardo le reprocha a Leonisa “la afeitada compostura” de su galán y lo describe de una manera afeminada con rizos y ámbar, con habla afectada y cobarde, así como con manos que sirven más para “devanar blanco sirgo” que para sacar la espada y rescatar a Leonisa, además de compararlo con Ganimedes, que, de acuerdo con Avalle Arce, este copero de los dioses era sinónimo de “pusilanimidad u homosexualismo”.[[680]](#footnote-680) Del virote Loaysa, en *El celoso extremeño*, se dice que se preciaba de guapo y aparece ante las criadas y Leonora como un lindo digno de admiración: “Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó a mirar de arriba abajo al bueno del músico, y una decía: ‘Ay qué copete que tiene tan lindo y tan rizado’”. Pero en la versión del manuscrito Porras hay una descripción mucho más abundante sobre estos virotes o gente de barrio, de su vestimenta, zapatos, sombrero, “guantes de polvillo y mondadientes de lantisco, y, sobre todo, copete rizado, y alguna vez ungido con algalia”;[[681]](#footnote-681) las criadas, además de alabar el copete lindo y rizado, se fijan también en la blancura de sus dientes y en sus ojos negros y adormilados. En *El Diablo Cojuelo*, en el tranco II se habla de los preciados de lindos, que duermen con “bigotera, torcidas de papel en las guedejas y el copete, sebillo en las manos y guantes descabezados, y tanta pasa en el rostro que pueden hacer colación en él la cuaresma que viene”.[[682]](#footnote-682) Algunas de estas características juntas, copete y rizo, por ejemplo, eran para los misóginos señal de afeminamiento y de rameras, y de ellos decía Séneca que andaban todo el tiempo “entre el peine y el espejo, untándose con licores los cabellos, atándolos de noche con fajas para que a la mañana no queden deshechos”.[[683]](#footnote-683) Una excelente descripción de estos lindos enamorados de sí mismos la tenemos en un soneto de Lope, de *Rimas humanas*:

“Describe un lindo deste tiempo”

Galán Sansón tenéis, señora Arminda,

toda la fuerza tiene en las guedejas;

bravas salieron hoy las dos madejas,

llore Anaxarte, Dafne se le rinda.

¿Qué manutisa, qué clavel, qué guinda

en púrpura con él corrió parejas?

y más con los bigotes a las cejas,

que en buena fe, que no sois vos tan linda.

¡Qué bravo, qué galán, qué airoso viene!

Pero ya vuestro amor en los luceros

de la risa dormida se previene.

Mas es forzoso lástima teneros,

porque sabed que tanto amor se tiene

que no le ha de sobrar para quereros.[[684]](#footnote-684)

Lope de Vega se burlaba de los afeites de los hombres a través de una mujer “que no hallaba a quien querer”. El poema abunda sobre la caducidad de la belleza de los galanes, que no puede arreglarse ni siquiera con la cosmética:

“Decía una dama que no hallaba a quién querer”

Entre tantas guedejas y copetes,

tantos rizos, jaulillas y bigotes;

entre tantos ilustres Lanzarotes,

reservando gualdrapas y bonetes;

entre tantos sombreros capacetes,

ámbares negros, rubios achïotes,

lampazo ligas, cuerpos chamelotes,

peones de armas, de Moclín jinetes;

entre tantos que van el pico al viento,

que a que los ruegue por lindeza espera(n),

¿no halláis a quien querer? ¡Extraño cuento!

¿A tantos vuestros ojos vituperan?

Señora, o no tenéis entendimiento,

o vendréis a querer cuando no os quiera(n).[[685]](#footnote-685)

En su obra *Amar sin saber a quién* (1630), Lope también critica a los lindos y a las viejas por boca del gracioso sevillano Limón, quien le dice a Inés que las mujeres siempre prefieren a los lindos mancebos “y con guedeja y bigote/ media máscara parece;/ destos que traen arquilla/ con sus ciertos badulaques”,[[686]](#footnote-686) y a su señor Juan le describe a las viejas que desean a los mocitos:

Una un tiempo me miraba,

que ya cejas no tenía,

y el color que se vestía

de ese mismo las pintaba.

Si de azul, azules eran;

si de nácar, nacaradas;

si de morado, moradas;

si de verde, verdes.[[687]](#footnote-687)

Finalmente, la comedia que mejor define a un lindo es precisamente la que lleva el mismo adjetivo en el título, *El lindo don Diego*, de Agustín Moreto (1662), y su descripción recae en el gracioso Mosquito, que entró a su aposento y lo vio en el tocador en el acto de acicalarse, en el que invirtió seis horas:

era el cabello hecho trenzas

clin de caballo morcillo,

aunque la comparación

de rocín a ruin ha ido;

con su bigotera puesta

estaba el mozo jarifo,

como mulo de arriero

con jáquima de camino;

las manos en unos guantes

de perro, que por aviso

del uso de los que da,

las aforra de su oficio.

Deste modo de la cama

salió a vestirse a las cinco,

y en ajustarse las ligas

llegó a las ocho de un giro;

tomó el peine y el espejo,

y, en memorias de Narciso,

le dio las once en la luna.[[688]](#footnote-688)

Las arquillas y tocadores de los hombres hay que imaginarlos, entonces, como los de las damas: “no faltaban en el aposento de un galán lindo agua de rosas, de azahar, jaboncillo de Venecia, aceite de estoraque, benjuí, violetas, piñones, altramuces, canutillo de albayalde, tuétano de corzo, etc. en diferentes salserillas”.[[689]](#footnote-689)

Los pintores de costumbres nos han dejado valiosos relatos, que a las generaciones posteriores nos acercan mejor a la vida cotidiana que las comedias o la poesía, por cuanto describen el día a día de galanes y damas en sus casas, con los usos para acicalarse, desde que se levantan hasta que se acuestan, como lo hace el moralista y costumbrista Juan de Zabaleta, primero con los galanes que se perfuman, no para estar limpios, sino para hacerse notar; se colocan medias de pelo, que, de tan transparentes, un día llegarán a ser “hechiceras”; se calzan tan apretado que requieren diariamente de la ayuda del zapatero para que les ajuste el calzado; la tortura de rizar los bigotes con hierro y calor no es menos digna de resaltar: “después de muchas tenazadas, los deja tan arrimados al rostro, y tan aguzados de puntas, que más parecen fingidos con un pincel que aliñados con un hierro”.[[690]](#footnote-690)

A Quevedo, faltaba más, no se le escapan tampoco los lindos de bigote parado, como los que ve el narrador en la *Casa de los locos de amor*:

Otros querían enamorar por lo lindo, muy preciados de tufos y guedejas, manos blancas, y pies chicos, con zapatos romos, grandes encubridores de juanetes, y sobrehuesos, teniendo ellos mas que un mal casado, siendo un Lucifer en la cara, y con esfuerço en el talle sin saber, que siempre quieren ellas ser las lindas de casa. De estos, uno vi, que de puro aver tenido los vigotes en pena, y enfrenados toda la noche con su vigotera, como si fuera braquillo, o gozque, y siendo peor que macho, que esto no duerme con freno, los traía a las estrellas.[[691]](#footnote-691)

Lope igualmente critica en varias de sus obras el afeminamiento de los lindos y su inutilidad, porque lo único que saben es acicalarse. Gerarda, en *La Dorotea*, avisa a su comadre Teodora sobre el lindo que desde hace cinco años corteja a Dorotea: “¿Para qué será bueno que ande de recoleta por un lindo, que todo su caudal son sus calcillas de obra y sus cueras de ámbar; esto de día, y de noche broqueletes y espadas, y todo virgen, capita untada con oro, plumillas, banditas, guitarra, versos lascivos y papeles desatinados?”.[[692]](#footnote-692) En otra de sus obras, *La nueva victoria de Don Gonzalo de Córdoba* (1622), en el acto III, el lacayo Bernabé le habla a don Juan sobre los hombres que usan afeites:

buscan con afeites viles

los adornos mugeriles

de que el mundo lleno está.

¿Quién dixera que se usara

molde y espejo en los hombres?[[693]](#footnote-693)

La moda era controlada desde la corte tanto para hombres como para mujeres. El 11 de febrero de 1623, según dice Andrés Almansa, en la Carta Décima, salió una premática en la que se reformaban los cuellos de los hombres por valonas, y en Semana Santa prendieron a algunos “porque las valonas tenían rayos o porque los cuellos eran mayores de lo que se mandaba, o el demás vestido contravenía a lo publicado”.[[694]](#footnote-694)

Por supuesto que, al igual que a las mujeres las tachaban de rameras, los moralistas lo harán con los hombres de bujarrones. Fray Tomás Ramón, además de acudir al Deuteronomio y a Tertuliano, para apoyar el error del cambio de vestidos de hombre a mujer, cita también el ejemplo del emperador Heliogábalo,

[…] que no se contentando de ser hombre, procuro boluerse muger; y ya que no pudo salir con su pretensa (dize Herodiano) se afeytaua y arrebolaua el rostro como una Ramera […] Y Hortensio fue tan afeminado, en toda su composición de cuerpo, que se miraua y remiraua a vn espejo, como si fuera una moçuela liuiana, con que siruio de mofa y entremes al pueblo romano […] y Lucio Torcato (como dize Crinito) lo llamaua públicamente en presencia de todo el Senado, Dionisia, que era vna danzadora publica y conocida de todos por Ramera. Ved que baldon tan grande, que ignominia.[[695]](#footnote-695)

El colmo es que no sirven para maridos, según avisa Ovidio a las damas: “que no se dexen engañar destos ennriçados con tufos, ni copetes, ni de los que se afeitan, y componen la cabeça con vngüentos olorosos, ni de los que visten muy polito y traen sortijas en los dedos”.[[696]](#footnote-696) Traen, además, “abanillos en las manos haziéndose viento […] manguitillos de pieles en las manos”.[[697]](#footnote-697)

Y no solo es un problema de estética, sino que hay quien atribuye la falta de ingenio en la juventud al afeminamiento de los hombres:

La vanidad de músicas y bayles entretiene los afeminados, y los haze vacar al afeyte del rostro, al enrizo de los cabellos, al adelgazar la voz, a los melindres, y caricias femeniles, y al hazerse iguales a las mugeres en delicadezas del cuerpo. Que bien pinta Seneca las ninfetas, las mariquillas de ahora […] O quanto deueis a Seneca mocitos cortesanos, hembras afeytadas, y afectadas.[[698]](#footnote-698)

Maravall ofrece una reflexión sobre estas palabras ejemplares de Suárez de Figueroa, que, aunque no sean un testimonio directo, nos hablan de “lo que de sensualidad, afán de placer, relajación y hasta lo que de clara reacción contra la severidad de costumbres varoniles de otra época hay en el xvii”.[[699]](#footnote-699)

Siglo de lujo y ostentación, fue también el de las pragmáticas y las invectivas contra los mismos. El año de 1639, el escribano del Santo Oficio, Bartolomé Jiménez Patón, bastante citado en este trabajo, escribió un *Discurso de los tufos, copetes y calvas*, que dedicó, además de a Jesús Nazareno, al doctor don Gutierre, marqués de Careaga, quien, a su vez, había publicado una invectiva contra las guedejas. En el prólogo al *Discurso de los tufos*, fray Francisco de Cabrera recuerda a los pueblos antiguos y la manera en la que usaban los cabellos, entre los cuales, cuenta una anécdota de los de Argos, quienes “fueron demasiadamente curiosos en el adorno del cabello, levantando copetes, y ensortijando guedejas, y no contentos con esta afeminación le adornauan con muchas joyas de oro y pedreria, especialmente cuando iuan a la guerra”;[[700]](#footnote-700) de este modo, perdieron la batalla contra los lacedemonios, pues estos lucharon valerosamente por apoderarse del tesoro que llevaban en sus cabezas; por ello, los argiros que quedaron vivos prohibieron tales adornos. No es menos erudito nuestro autor, quien hace gala citando una caterva de autores antiguos que hablaron de tufos, copetes y guedejas, entre ellos, el filósofo teólogo, Focílides, del cual Quevedo tradujo:

No consientas guedejas en tus hijos

ni crespa cabellera, ni enrriçada

que no es cosa decente de los ombres

por ser ornato propio de mugeres.[[701]](#footnote-701)

Para conocer a los hombres envanecidos, como los llama Jiménez Patón, no había más que acudir a las barberías:

[…] que teniendo paciencia para ponerse dos oras en manos de un baruero con tan esquisita diligencia quieren ser afeitados, y gastan más tiempo en hazerse la barua, torcerse el bigote, levantar el copete, y peinar las guedejas (queria dezir clines) ampollar los cogotes, que la mas hermosa dama en componer la cabeça, auiendo dicho dellas el Comico, que se les passa en esto un año.[[702]](#footnote-702)

Tenemos un ejemplo de bigotudos, que cuidan su bigote con cuero impregnado en ámbar o emplastos que vendían en las boticas compuestos de estiércol, en un personaje de Lope de Vega, de una de las *Novelas a Marcia Leonarda*, “El desdichado por la honra”, en la que Felisardo participa en una discusión con Alejandro acerca de sus bigotes:

Felisardo no llevó a bien que le hablase en la braveza ni en el cuidado de los bigotes, que aunque no había dos estantales que les ponen agora (ya de cuero de ámbar, ya de lo que solía ser fealdad, y ahora o los hace más gruesos o los sustenta, que se llama en la botica: *Bigotorum duplicatio*; como si dijésemos, por donaire a un gordo, “tiene dos barbas”), no los traía con descuido y, porque se levantaban con solo el cuidado de las manos, los llamaba “los obedientes”, y retirándose un poco, principio de quien quiere acercarse, le dijo, la voz más alta, que nunca tuvo el enojo hijos pequeños de cuerpo:

—Caballero, yo soy español y criado del virrey; traje estos bigotes de España, no para espantar cobardes, sino para adorno de mi persona.[[703]](#footnote-703)

Además de las composturas que usan los lindos en los cabellos, Jiménez Patón detesta el uso de los perfumes de estos galanes: “olores de ámbar, algalia, almizcle, y otras semejantes confeciones, que por donde vienen trascienden y penetran, de suerte, que parece que viene qual que tienda de olores, como los que labraba Cosme en tiempo de Marcial”.[[704]](#footnote-704) No deja atrás la calvicie como signo de ignominia, de castigo por algún pecado o del mucho beber vino; sin embargo, la barba es para este moralista signo de veneración.

Ese mismo año de 1639, el 13 y el 23 de abril hubo dos bandos para prohibir algunos abusos de los hombres:

Manda el Rey nuestro Señor, dice el segundo, que ningún hombre pueda traher copete y jaulilla, ni guedejas, con crespo, u otro rizo, en el cabello, el cual no pueda pasar de la oreja; y los Barberos que hicieren cualquiera de las cosas susodichas, por la primera vez caigan, e incurran en pena de 200 maravedís y días de cárcel, y por la segunda, la dicha pena doblada, y cuatro años de destierro de esta Corte, o del lugar donde vivieren; y por tercera, sea por cuatro años a un presidio para que en ellos sirva: y las personas que trageren copete, guedejas, y rizos en la forma dicha, no se les dé entrada en la real presencia de S.M. ni en los Consejos; y los Porteros se lo prohíban, y los Ministros no les puedan dar audiencia, ni oigan sobre sus pretensiones, reservando a los Señores del Consejo poder hacer la demostración y castigo que convenga, según la calidad, y restado de la persona, y el exceso; sin que en cuanto a lo suso dicho se pueda valer del privilegio de fuero, por ser de las tres Órdenes Militares, Soldado, aunque sea de la guarda, u hombre de armas, Ministro titulado de Santo Oficio, o familiar; u otro cualquier que sea, ni formar competencia ni declinar su jurisdicción.[[705]](#footnote-705)

El afeminamiento de los hombres es criticado por el licenciado Vidriera, que detestaba a los hombres que se teñían las barbas, y cuenta una anécdota en la que dos hombres, uno portugués y otro castellano, estaban riñendo, y el portugués, que tenía las barbas teñidas, dijo, asiéndoselas:

—*Por istas barbas que teño no rostro…* A lo cual acudió Vidriera: —*Ollay, home, naon digáis teño, sino tiño*. Otro traía las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta; a quien dijo Vidriera que tenía las barbas de muladar overo. A otro que traía las barbas por mitad blancas y negras por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie porque estaba aparejado a que le dijesen que mentía por la mitad de la barba.[[706]](#footnote-706)

El matrimonio desigual del viejo que se casa con moza y las severas críticas de Cervantes, sobre todo si es arreglado por los padres, no solo aparecen en *El celoso extremeño*, sino también en *El licenciado Vidriera*, quien cuenta un gracioso ejemplo de una joven discreta, que, por no ir en contra de sus padres,

[…] dio el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche antes del día del desposorio se fue, no al río Jordán, como dicen las viejas sino a la redomilla del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve y la levantó de pez. Llegóse la hora de darse las manos, y la doncella no conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dijo a sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habían mostrado, que no quería otro.[[707]](#footnote-707)

Los padres insisten en que es el mismo, pero la doncella trae incluso testigos de que a ella le dieron un marido canoso y, al final, se deshace el casamiento. Los llamados “escabechados”, es decir, los que se escabechan o tiñen las barbas, son reprobados por Cervantes también en *El coloquio de los perros*: “Ea, Gavilán amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces se escabecha las barbas”.[[708]](#footnote-708) Tampoco escapan de su sátira los bebedores, que Cervantes califica de desgraciados “que, con alguna cosa que beban demasiada, luego se les pone el rostro como si se le hubiesen jalbegado con bermellón y almagre”.[[709]](#footnote-709)

Sobre el afeminamiento de los hombres, Quiñones de Benavente tiene varios entremeses. En el de *La muerte* se dice:

Este se lava con limas,

Por no decir que se afeita;

Cera se pone en los labios

Y humo de pez en las cejas.[[710]](#footnote-710)

Y en *El borracho*, un soldado describe a un galán afeminado, sin pelos en la barba, con el bigote aguzado por el hierro caliente:

Beso a vuested los pies angostilargos,

por los honrosos títulos y cargos

que le ha dado a mi adorno,

y tome esta miseria de retorno:

mancebito de humo, como manto,

pues delante de mí te aclaras tanto,

figurica de seda con su paja

galán pintado en tapador de caja,

barbita de guijarro de Torote,

que con pinzas te alzan el bigote.[[711]](#footnote-711)

Los afeminados son un tema bastante manido en Quevedo. Desde sus tempranos libros, en *El Buscón*, la madre de Pablos es alabada por una vieja como la que resucitaba cabellos encubriendo canas: “hacía cabelleras, poblaba quijadas con dientes; al fin vivía de adornar a los hombres”.[[712]](#footnote-712)

Y los galanes afeminados que se perfuman son el objeto de esta letrilla gongorina:

Y del galán perfumado,

para holocaustos guardado,

que hace cara a los afeites

para dar a sus deleites

espaldas, como cobarde,

*Dios me guarde.*[[713]](#footnote-713)

Bernardino de Villegas (1592-1653), jesuita y calificador del Santo Oficio, decía sobre los que visitan a las vírgenes encerradas en conventos o galanes de monjas: “La virgen huía siempre con gran recato, como un contagioso veneno, la conversación de unos mancebillos seglares, afeitados y compuestos que andan siempre oliendo a ámbar y almizcles”.[[714]](#footnote-714)

Otro argumento, además de la afeminación y los olores, es el aspecto horrible y de desaliño, porque el exceso de cabello en los hombres se consideraba un excremento como el de las uñas largas, además de que se parecían así a las fieras, como Nabucodonosor o los salvajes, aparte de ser signo de esclavitud y de los siervos. No en vano san Basilio nombra a los cabellos “hez y superfluidad”.[[715]](#footnote-715)

Francisco Santos, el escritor costumbrista de finales del siglo xvii, sigue la misma línea de los Padres de la Iglesia y de los moralistas sobre el mal que supone enmendar la obra de Dios, y se burla, por medio de un loco, de un caballero de larga cabellera que trae “cabellos de vn difunto” por adornarse más.[[716]](#footnote-716)

El fraile Ezcaray recrimina más bien a los hombres que llevan los calzones tan ajustados que están mostrando “la forma del muslo, y algo mas, que por decencia callo, y parece una pieza el hombre y los calçones”, pues le parece que verlos provoca a lujuria. Pero lo que más llama la atención es que se hayan quitado los bigotes y las barbas, para ponerse postizos y afeminarse con largas cabelleras, para que las mujeres los envidien y se ricen el pelo. Lo curioso de este moralista es que echa la culpa de todo al chocolate: “Desde que ay chocolate en España se afeminaron los hombres, se deslizaron las mugeres, y aun lo mas perfecto empezó a relaxarse”, a tal punto que es común “ver a los hombres cargados de cintas, con afeyte en el rostro como las mugeres, y con color en los labios, y con los rizos de la cabellera, que mas parecen Leones, que hombres”.[[717]](#footnote-717)

Jiménez Patón imitaba a Cicerón exclamando:

¡O tiempos, o costumbres, o juezes eclesiasticos y seglares: aquel valor español, cuyo nombre solo solía asombrar a los barbados, onras a su patria, y asegurar a sus Reyes, aya venido a tal estado, que en del morrión, y celada traen copetes y cogoteras de cabello por oregeras, tufos, y engomados vigotes, y guedejas. Sabiendo que todo esto es insinia de muy niños, o de mugeres, o por mejor dezir de bujarrones, y rameras […] el cabello largo es gloria de la muger, en la manera que oy lo vsan muchas no es sino afrenta y grande, pues sirue en ellas para fines deshonestos, como el ramo en la taberna para los vinosos y la tablilla en el mesón para los que buscan posada.[[718]](#footnote-718)

**Viejos canosos**

Los moralistas condenan sin cesar a los viejos que tiñen sus canas, consideradas honradas como símbolo de la vejez, la sabiduría y la experiencia de los años. Abundan las imágenes del cisne que se convierte en cuervo y algunos vocablos culinarios como *escabechar*. La burla hacia estos hombres teñidos tanto de canas como de barbas sobresale notoriamente en los entremeses, en la poesía satírica y en la picaresca. En los entremeses, se regodea en el tema, sobre todo, Quiñones de Benavente; en *La verdad*, Frutos dice:

Viejecito que te alheñas,

pareces, tinto y lozano,

asno hurtado de gitano,

trocadas las señas.[[719]](#footnote-719)

En *El casamiento de la Calle Mayor*, Miguel dice:

La Calle soy de los Tintes,

donde al más sabio y discreto

le hago mudar colores

sin decille malo o bueno,

y todo lo tiño, si no son los viejos.[[720]](#footnote-720)

En varias letrillas satíricas de Quevedo, también los viejos teñidos son objeto de escarnio:

Que el viejo que con destreza

se ilumina, tiñe y pinta,

eche borrones de tinta

al papel de su cabeza;

que enmiende a naturaleza,

en sus locuras protervo;

que amanezca negro cuervo,

durmiendo blanca paloma:

con su pan se lo coma. [[721]](#footnote-721)

Yo conozco caballero,

que entinta el cabello en vano,

y por no parecer cano,

quiere parecer tintero;

y siendo nieve de enero,

de mayo se hace alelí

mas no ha de salir de aquí.[[722]](#footnote-722)

El vejete palabrero,

que a poder de letuario,

acostándose canario

se nos levanta jilguero;

su Jordan es el tintero

y con barbar colorines

trae bigotes arlequines,

como el arco celestial.

Y no lo digo por mal.[[723]](#footnote-723)

En el soneto “Justifica su tintura un tiñoso”:

La edad, que es lavandera de bigotes,

con las jabonaduras de los años,

puso en mis barbas a enjugar sus paños,

y dejó mis mostachos Escariotes.

Yo guiso mi niñez con almodrotes,

y mezclo pelos rojos y castaños,

que la nieve, que arrojan los antaños,

aun no parece bien en los cogotes.

Mejor es cuervo hechizo, que canario;

mi barba es el cien vinos todo entero,

tinto y blanco, y verdea, y letuario.

Negra fue siempre, negra fue primero,

jalvególa después el tiempo vario,

luego es restitución la dé el tintero.[[724]](#footnote-724)

Y en el romance “Desmiente a un viejo por la barba”:

Viejo verde, viejo verde,

más negro vas que la tinta;

pues a poder de borrones

la barba llevas escrita.

Recoger quieres la nieve,

que tus edades ventiscan

en pozos de cimenterio

la calavera charquias.

Sobre blanco y capa negra

es mocedad dominica;

hoy tinta y ayer papel,

barba será escribanía.[[725]](#footnote-725)

En *El mundo por de dentro*, el Desengaño le muestra al narrador: “¿No ves los viejos, hipócritas de barbas, con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos?”.[[726]](#footnote-726)

Góngora, en sus letrillas, pasa revista a los tipos que usan afeites, como los viejos canosos que ponen las canas en escabeche cuando se tiñen, y parece que se han ido a lavar al río Jordán para rejuvenecer:

Que anochezca cano el viejo,

y que amanezca bermejo,

*bien puede ser;*

mas que a creer nos estreche

que es milagro y no escabeche,

*no puede ser.[[727]](#footnote-727)*

¡Cuánto hoy hijo de Eva,

afectando lo galán,

se desmiente en un Jordán

que ondas de tinta lleva,

forma sacando tan nueva

que la extrañan por lo sucio!

Rocín que parando rucio,

morcillo a correr comienza:

*¡tenga vergüenza!*[[728]](#footnote-728)

Bartolomé Leonardo de Argensola también dedica otro “A un viejo enamorado y que se teñía la barba y cabeza”:

Incorregible Néstor, de los daños

que trae consigo la vejez te dueles,

porque ardes en affectos más noveles

que Venus alentó en robustos años;

y obligando la barba y frente a baños

que osffuscan pelos y taladran pieles,

negros (sin culpa y de los poros fieles)

peynas y enrizas hoy tus desengaños.

Mas no sin gran prudencia los profanas,

hasta que nuestra rosa te convenza

a que los restituyas y jubiles;

porque vergüenza fuera o desvergüença

que hablaran en lascivias juveniles

labios cercados de inocentes canas.[[729]](#footnote-729)

Los viejos que se tiñen no pasan desapercibidos para la picaresca. Castillo Solórzano, en *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*, cuando se casa con el viejo viudo celoso de más de setenta años, cuenta cómo “se escabechaba las canas de la cabeza y barba”, creyendo que con eso alargaba la vida, y repite de memoria un romance satírico que el licenciado Sarabia, amante de Teresa, le mandaba al viejo, del que solo rescato unos versos:

Vejezuelo, vejezuelo,

el que las canas te tiñes,

que casaste de cien años

con una niña de quince.[[730]](#footnote-730)

Alheñar, escabechar o entintar las canas es para Suárez de Figueroa una “indignidad terrible y conocida flaqueza de entendimiento”. Por boca del doctor, diserta sobre esta abominable costumbre de los que se pasean con “fingidas plumas” y con sus barbas “a trechos rojas, a trechos tiznada, y cándida a trechos, con la piel siempre abrasada, que regala así la violencia del aguafuerte”; los increpa como si se tratara de un predicador amonestando a los fieles: “¿Queréis granjear por lindos la afición de las damas? Brevas, ya no llegáis a tiempo; fuera de que se ríen y hacen donaire del afeite, mientras os favorecen y agasajan”.[[731]](#footnote-731)

En el siglo xviii, Rojo de Flores, un miembro de la Real Academia Jurídica, en la *Invectiva contra el lujo* (1794), afirmaba que los primeros en teñirse barba y cabellos para desmentir los años fueron los griegos.[[732]](#footnote-732) Cita a míster Jaubert como el más experimentado en “el arte de hacer zapatos, botas y botines; pelucas, variación de rizos, olores y perfumes”.[[733]](#footnote-733)

**Costumbres en los virreinatos**

**Los conquistadores y los cronistas**

De las informaciones de los conquistadores de la Nueva España sobre la vestimenta y las costumbres indígenas para acicalarse hay que rescatar la *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México*, el Conquistador anónimo, quien nos ilustra sobre los cabellos de las mujeres, “largos y sueltos que les cubren la espalda […] En las tierras calientes cercanas al mar usan unos velos de redecilla de color leonado”.[[734]](#footnote-734) De entre la variedad de productos que venden en el mercado, se fija en los “aderezos para la cabeza hechos de cabello, que usan todas las indias”.[[735]](#footnote-735) Como vemos, los adornos postizos que tanto dieron de qué hablar a los moralistas eran también considerados un ornato por las indígenas novohispanas y se vendían abiertamente en el mercado.

Los cronistas llamados de Indias son también una fuente muy valiosa para el conocimiento de la América precolombina. Perteneciente al segundo grupo de franciscanos que llegó en 1529 a la Nueva España a evangelizar, fray Bernardino de Sahagún, después de varios años recopilando y haciendo borradores, escribió una ingente obra que conocemos hoy como *Historia general de las cosas de Nueva España* (1576-1577). Está distribuida en dos columnas, una en náhuatl y otra en español, y tiene ricas ilustraciones, pues su investigación, además de las respuestas de los ancianos, partía de los códices pictográficos. Más tarde, en 1580, fue llevada a España, y el rey Felipe II se la obsequió a Francisco I de Médici, así fue a parar a Florencia y es por eso que hoy se le conoce como *Códice Florentino*. Sahagún es, además, autor del *Calendario mexicano, latino y castellano* y del *Arte adivinatoria*. Hizo sermonarios en lengua náhuatl sobre los principios más importantes de la fe cristiana, pero también recogió pequeñas piezas retóricas de los antiguos mexicanos, como oraciones a Tezcatlipoca y a Tláloc, exhortaciones, adivinanzas, adagios y metáforas, cuestiones de ritos y costumbres, en suma, un verdadero arsenal propio de un auténtico antropólogo, en el sentido más moderno del oficio. De su extensísima obra, hemos rescatado un pasaje brillante sobre los atuendos, adornos y afeites de las mujeres:

De los atavíos de las señoras

Usavan las señoras de poner mudas en la cara con color colorado o amarillo o prieto, hecho de encienso quemado con tinta. Y también untaban los pies con el mesmo color prieto, y también usavan traer los cabellos largos hasta la cinta. Y otras traían los cabellos hasta las espaldas; y otras traían los cabellos largos en una parte y otra de las sienes y orejas, y toda la cabeça tresquilada; y otras traían los cabellos torcidos con hilo prieto de algodón, y los tocavan a la cabeça, y ansí lo usan hasta agora, haciendo dellos como unos cornezuelos sobre la frente; y otras tienen más largos los cabellos, y cortan igualmente el cabo de los cabellos por hermosearse y entorcéndolos y atándolos parecen ser todos iguales; y otras tresquilavan toda la cabeza. Usan también las mugeres teñir los cabellos con lodo prieto, o con una yerba verde que se llama *xiuhquílitl* por hazer reluzientes los cabellos a manera de color morado. Y también limpian los dientes con color colorado o grana. Usavan también pintar las manos con todo el cuello y pecho. También las señoras usavan de bañarse y enxabonarse.[[736]](#footnote-736)

Bezotes, barbotes, tinta de colores para embijar las caras, plumajes y guirnaldas de flores eran muy usados en ceremonias y rituales, en danzas y areitos, en procesiones y fiestas como la de Tóxcatl, en las calendas del quinto mes, en el que las doncellas “se afeitaban las caras y se componían con pluma colorada los braços y las piernas”.[[737]](#footnote-737)

En el sexto libro, que trata de la teología y la filosofía moral de los naturales, los padres dan consejos a los hijos y, en este caso, es la madre la que asesora a la hija en contra de los afeites: “Mira también, hija, que nunca te acontezca *afeitar* la cara o poner colores en ella, o en la boca, por parecer bien, porque esto es señal de mugeres mundanas, carnales. Los afeites y colores son cosas que las malas mugeres y carnales lo usan, y las desvergunçadas que ya han perdido la vergüença y aun el seso, y andan como locas y borrachas; éstas se llaman rameras”.[[738]](#footnote-738) Y en el libro décimo se describe precisamente una mujer pública, perfectamente adornada y afeitada:

Púlese mucho, y es tan curiosa en ataviarse que parece una rosa después de muy bien compuesta; y para adereçarse muy bien, primero mírase en el espejo, báñase, lávase muy bien y refréscase para más agradar. Súfrese también untarse con ungüento amarillo de la tierra, que llaman *axí*, para tener buen rostro y luziente, y a las vezes se pone colores o afeites en el rostro, por ser perdida y mundanal. Tiene también de costumbre teñir los dientes con la grana, y soltar los cabellos para más hermosura, y a las vezes tener la mitad de ellos sueltos y la otra mitad sobre la oreja o sobre el hombro, y trançarse los cabellos y venir a juntar las puntas sobre la mollera, como cornezuelos […] Tiene también de costumbre sahumarse con algunos sahumerios olorosos y andar mascando el *tzictli* para limpiar los dientes, lo cual tiene por gala.[[739]](#footnote-739)

El capitán, alcalde de la fortaleza de Santo Domingo y primer cronista real de América, Gonzalo Fernández de Oviedo, escribió la *Historia general y natural de las Indias* (1535-1549), una gran enciclopedia sobre las Indias Occidentales que, entre muchos otros temas, trata de las plantas del Nuevo Mundo, y de algunos árboles que llaman su atención por las utilidades diversas que se les puede dar. Da cuenta de uno cuya fruta seca y verde se echa en agua bien caliente para obtener la espuma y para jabonar la ropa blanca; también sirven las raíces de este mismo árbol.[[740]](#footnote-740) Otro de los prodigiosos árboles de los que trata el cronista es el *guau*, cuya leche blanca que sale al cortar los cogollos, las hojas o las ramas puede ser abrasiva y sacar ampollas; sin embargo, es bueno para las indias de La Española, que, como tienen envidia de la tez blanca de las mujeres de España,

[…] toman las rayçes del guao e ásanlas muy bien, e después que están asadas e blandas, tráenlas entre las palmas buen rato frotándolas, e en medio la rayz, e hácenla tornar como pasta de engüente: e con aquello úntanse la cara e percueço e todo lo que quieren que les quede blanco, e sobre aquello ponen otras unçiones de hiervas e çumos confortativos, para quel guao no las ase vivas o lo puedan comportar; e a cabo de nueve días quítanse aquello todo e lávanse, e quedan tan blancas que no las conosçerán, segund están mudadas e blancas, como si nasçieran en Castilla. Pero ni de las indias questo hacen ni de las chripstianas españolas que gastan soliman e albayalde en afeytarsse, pocas açiertan a ser monjas ni aun a haçer cosa que honesta sea.[[741]](#footnote-741)

A pesar de la admiración que experimenta Fernández de Oviedo cada vez que trata de las propiedades, secretas virtudes y utilidades de alguna planta, las descripciones del magnífico naturalista, al más puro estilo de Plinio o de Dioscórides, son ahogadas por el moralista, que no puede evitar condenar los afeites. La misma moralina aflora al tratar de describir el “monstruo del género de los árboles”, para el que no tiene palabras y prefiere dibujarlo; sus pencas machacadas sirven para soldar los huesos rotos, pero lo más interesante es su fruta colorada:

[…] de color de un muy fino carmesí […] E desta fructa en aquella tierra (Nicaragua) las indias hacen çierta pasta e córtanla en pedaços quadrados, tan delgados como una alcorça, e tamaños como una uña del dedo, y envueltas en algodón, porque no se quiebren […] es cosa estimada para se pintar con esta color los indios e indias. Y es exçelente color de carmesí muy bueno, e alguno dello declina a color rosado; y es mejor color para se afeytar las mujeres, que la que en Italia, e Valencia o España y otras partes usan las que quieren emendar, o mejor diciendo, remendar y estragar la imagen o figura que Dios les dio.[[742]](#footnote-742)

Del virreinato del Perú, en sus *Comentarios reales*, el Inca Garcilaso nos refiere los pocos utensilios que alcanzaron los incas, entre ellos, los peines, hechos con espinas atadas y los espejos, a los que no se miraban los hombres; las espinas largas las ataban “entre dos cañuelas —que eran como el lomo del peine—, y las espinas salían a un lado y a otro de las cañuelas en forma de peine. Los espejos en que se miraban las mujeres de la sangre real eran de plata muy bruñida y las comunes en azófar, porque no podían usar de la plata […] Los hombres nunca se miraban al espejo, que lo tenían por infamia, por ser cosa mujeril”.[[743]](#footnote-743)

Sobre las propiedades del árbol del maguey, que los indios llaman *chuchau*, entre muchas de sus utilidades, recoge del padre Blas Valera, la de sus raíces molidas, con las que las indias hacen pastillas de jabón para lavar sus cabezas, quitar las manchas de la cara, hacer crecer el cabello y volverlo negro, porque “son las indias naturalmente amicísimas del cabello muy negro y muy largo, porque lo traen al descubierto. Cuando se les pone de color castaño o se les ahorquilla o se les cae al peinar los cuecen al fuego en una caldera de agua con hierbas dentro”.[[744]](#footnote-744)

Cuando era niño, el Inca Garcilaso se admiraba al ver a las mujeres de espaldas, con los cabellos dentro de la caldera hirviendo durante dos horas “en aquel tormento voluntario”, pero contrasta con lo que las damas de España hacen para enrubiar sus cabellos y pierde todo tipo de admiración: “los perfuman con azufre y los mojan con agua fuerte de dorar y los ponen al sol en medio del día —por los caniculares—, y hacen otros condumios que ellas se saben. Que no se sabe cuál es peor y más dañoso para la salud, si esto o aquello”.[[745]](#footnote-745) Los secretos de las mujeres para el embellecimiento son para el Inca, como para los moralistas, perniciosos para la salud.

En la obra de Felipe Guaman Poma de Ayala, *Primera corónica y buen gobierno*, hay que ver el retrato de la primera reina o coya, Mama Uaco Coia, donde la están acicalando mientras ella se mira al espejo; alguien la peina y otra más le reblandece las uñas en un recipiente redondo. En la ilustración de la oncena coya, Rahua Ocllo, aparece también en el momento del aseo, cuando sus damas le están lavando y peinando los cabellos.

El dominico inglés Thomas Gage, de quien el jesuita Clavijero dice que miente con descaro, llegó a la Nueva España en 1625 y publicó su obra *Viajes en la Nueva España* en 1648, de donde rescatamos sus apreciaciones de las “lindezas” de las mujeres de la Nueva España; en primer lugar, destaca su afición al juego, su lujo en el vestir, sobre todo, con seda y piedras preciosas, con hebillas de diamantes en sus sombreros, pero llama más su atención que incluso las negras y esclavas tienen joyas de perlas y piedras preciosas. Describe el atuendo de una de estas negras, capaces de embelesar a los españoles, “aun entre los de la primera clase, que por ellas dejan a sus mujeres”. Las describe con donaire y lascivas, ostentando ceñidores de oro bordados de perlas y piedras preciosas, mangas de lienzo de Holanda o de China y sayas de seda “recamada de randas de oro y plata, con un moño de cinta de color subido con sus flecos de oro y con caídas que les bajan por detrás y por delante hasta el ribete de la basquiña”. Sus cabellos, a los que despectivamente llama guedejas, van tocados con una escofieta, con una redecilla de seda, atada con una cinta de oro que lleva bordadas letras con pensamientos de amor y que cruza por encima de la frente. En su pecho, atan una pañoleta fina y se cubren con “una mantilla de limón o cambrai, orlada de una randa muy ancha o de encajes”. Algunas se la echan al hombro o a veces se echan sobre el hombro una saya de seda. Respecto al lujo de sus zapatos, resalta, además de la altura de muchas suelas, su guarnición con “un borde de plata, clavado con tachuelitas del mismo metal que tienen la cabeza muy ancha”. La fastuosa descripción del atuendo de las negras contrasta sobremanera con la austeridad de las indias de Guatemala, que tienen una manta de lana atada a la cintura, bordada con colores, y se cubren con un huipil de mangas anchas y abiertas, “adornado con algunos dibujos curiosos de algodón o plumas y particularmente sobre su seno”.[[746]](#footnote-746) Sus cabellos se entrelazan con listones y las más ricas, además de brazaletes y pendientes, se cubren con un velo de tela de Holanda o de España o de China.

Francisco Javier Clavijero, uno de los jesuitas desterrado a Italia, escribe *Historia antigua de Megico* (1780), nutriéndose de diversas fuentes históricas de las que hace un amplio catálogo al comienzo de su libro, y de las pinturas antiguas de los indios, que describe puntualmente con todo tipo de detalles. Nos ofrece una curiosa noticia sobre el baño de los mexicanos, que, aunque no sabían hacer jabón, lo suplían con una fruta, *copajocotl*, cuya pulpa “pone blanca el agua, forma espuma, y sirve como jabon para limpiar la ropa”,[[747]](#footnote-747) y con una raíz, la del *amoli*, que se usa para el aseo del cuerpo y su raíz tiñe los cabellos de amarillo.

Con referencia a otra de las costumbres estudiadas, sobre todo en el teatro áureo y en la poesía, el uso del tapado también arraigó profundamente en América, donde las mujeres se resistieron a abandonar su manto. Néstor Luján nos ilustra con noticias curiosas como la del motín de las limeñas, en 1606: cuando el virrey marqués de Montes Claros trató de imponer la prohibición por la fuerza, las mujeres prefirieron pagar la multa y seguir tapándose.[[748]](#footnote-748) El ya citado poeta satírico Rosas de Oquendo recurre a un tópico de la literatura misógina medieval: la animalización de la mujer, para referirse a ellas. Las tapadas limeñas son como caballos de noria, con el manto sobre los hombros “para no desatinarse”. Juan Mogrovejo de la Cerda, en su obra satírica *La endiablada*, y Carrió de la Vandera, en *El Lazarillo de ciegos caminantes* (1775), abundan también sobre las tapadas desde dos puntos de vista diferentes: Mogrovejoha sabido captar la deshonestidad de esta costumbre, no solo por el coqueteo, sino porque, bajo el manto, se confunden mujeres decentes con prostitutas, y las casadas pueden citarse sin problemas con su amante. En el diálogo de los dos diablos de *La endiablada*, Amonio, el diablo baquiano, se lamenta cómicamente por la pérdida de almas desde que se pregonó el auto de prohibición del tapado, pues se acabaron los engaños, además de que han salido a relucir las feas, y las caras que antes eran reliquias son ahora huesos, y no precisamente de santos. Ya “hablan claro las edades” y “las mujeres no enamoran tuertas”, afirma Amonio.[[749]](#footnote-749) Con la desaparición de las tapadas, se perdió el erotismo de lo oculto, de lo prohibido, de lo poco que se mostraba y lo mucho que se imaginaba bajo el manto: “Ya se acabó lo terso de las manos, lo brillante de los pies, lo airoso del cuerpo, lo vivo del andar”, se lamenta el diablo peruano.[[750]](#footnote-750) A Carrió de la Vandera, en *El Lazarillo de ciegos caminantes,* la costumbre de las tapadas limeñas le parece extravagante, pero no puede dejar de hacer la apología de la mujer de Lima por comparación a la europea, mexicana y porteña, que lucen el escote, y piensa, entonces, que el vestido limeño de velos es signo de honestidad, ya que solo descubren “la mitad de la caña de su pierna” y en lugar de remontarse a la herencia árabe —que aún pervive en Marruecos o en la India, por poner solo dos ejemplos—, dice: “Nada se sabe con certeza del origen de este traje, pero yo creo que quisieron imitar las pinturas que se hacen de los ángeles”.[[751]](#footnote-751) Un viajero francés, Amedée Frezier, que recorre América del Sur entre 1712 y 1714, aunque intenta infundir su dosis de virginidad a las del rostro velado, su observación no está exenta de ironía: “Con este aspecto se las tomaría por vestales, aunque, por lo general, se equivocaría uno mucho”. Sin embargo, no explica las razones del equívoco ni abunda en las costumbres de las tapadas. Su misoginia se adivina en sus referentes europeos masculinos, cuando afirma: “Cubierto el rostro con el rebozo o el manto, de modo que no se las pueda reconocer, dan los pasos que dan los hombres en Francia”,[[752]](#footnote-752) por lo que debemos deducir que la costumbre femenina de “las coquetas de este país” —como las bautiza Frezier— de salir de noche embozadas equivale a las costumbres masculinas de seducir a las francesas.

En lo que concierne a la venta de cosméticos en la Nueva España, por fray Agustín de Vetancurt sabemos que, a finales del siglo xvii, ya hay un estanco de solimán labrado para las caras de las damas, además del de naipes, y el de cordobanes y vaquetas.[[753]](#footnote-753)

Respecto al afeminamiento de los hombres, en el xviii, hay un curioso diálogo satírico entre don Quijote y Sancho sobre los males que existen en la Nueva España, llamado “Oportuno encuentro del valiente manchego don Quijote con su escudero Sancho Panza en las riberas de México. Obra póstuma de los dos, e instrucción de la presente historia. Guardada del público para su duración, un apasionado del asunto”.[[754]](#footnote-754) Don Quijote habla de la España invadida por los franceses, a la que han impuesto costumbres afeminadas. Y Sancho, que lleva cinco años en la Nueva España enrolado como soldado, le describe pormenorizadamente los vicios de la tierra, entre ellos, el lujo de los que llegan de España a ocupar cargos en el virreinato y, sobre todo, el de los hombres, que, al igual que los de España, parecen afeminados, porque imitan a los franceses. Don Quijote se queja de los soldados que llegan a la Nueva España en estos términos:

Ya traen encajes, borla, redecilla,

el zapato alustrad[o] con la hebilla;

ancho el calzón, de tafetán y seda,

por ser mujer cada uno en cuanto pueda; [fol. 13v]

ya usan catres cubiertos en campaña,

porque la tez el aire les empaña;

traen licores y bálsamo oloroso

—no del de Fierabrás, tan provechoso—.[[755]](#footnote-755)

**Los moralistas americanos**

Los represores, inquisidores y predicadores nos han dejado, a pesar de sus furibundos ataques a las mujeres, unos valiosos documentos de época con los que podemos reconstruir los usos y costumbres de las mujeres de Nueva España. El fraile predicador de Santiago de Querétaro Antonio de Ezcaray, bastante citado en este trabajo, además de los sermones de la Cuaresma de 1686, donde confiesa que sus parroquianos decían que apretaba demasiado contra las profanidades, nos deja escritas también unas *Vozes del dolor*, contra los afeites y otros ornatos. Por él sabemos que llegaban en las flotas unos mantos con puntas, que valían cincuenta, sesenta y cien pesos. Eran llamados mantos de gloria, aunque él prefiere llamarlos del infierno, porque no son sino redes para que caigan los hombres, y van adornados con puntas de perdiz, “mejor dixera perdicion”, que usan para hacer señas y le van muy bien al rostro.[[756]](#footnote-756) El padre cuenta que predicó en Guadalajara y en Sayula, donde, desde que entró la misión De Propaganda Fide, no hubo mujer que llevara mantos ni puntas a la iglesia. Desde 1685, después de su predicación, afirma que se han reformado los ornatos y se han quitado las puntas a los mantos. En Querétaro, las mujeres le tienen miedo, huyen de él, y cuando van a confesarse no llegan compuestas, pero lo peor de todo es que en esa ciudad han hecho un telar para hacer las “puntas profanas”. En cambio, en Zacatecas, la misión tuvo tal éxito que las mujeres se quitaron las profanidades y las galas, y se vistieron de penitencia con hábitos de san Francisco.

Ezcaray define el tema de su libro con dos palabras: *profanidad* y *afeites*, y engloba tanto a hombres como a mujeres que usan “ya en vestidos profanos, galas, culpables adornos, rizos y pelo postizo, ya en afeytes, sin andar nombrando albayaldes, solimanes (salvo quando convenga) aguas de rostro, y otras mudas, y menjurjes, que el demonio en cada tierra tiene introducidas”. Entre los adornos que incitan a la lujuria y la lascivia, habla de los géneros suaves como las sábanas con deshilados de Campeche, La Habana o Cartagena, que incluso a un confesor, al acercarse a la cama, podría inquietarle tal suavidad. De los vestidos y adornos dice haberse informado de las mujeres, que saben más de estas cuestiones que los teólogos, y de los mismos mercaderes: “Y oy se venden en las Indias telas de a treinta pesos, y a cuarenta la vara”.[[757]](#footnote-757) Y verdaderamente ha consultado a los mercaderes, porque describe toda suerte de géneros, que se usan en las Indias:

Quisquemeles, y Guaypiles, a este bien se le puede dar el nombre de *Mollis*, suavidad, y blandura; porque además de ser él, por la forma, y hechura, provocativo a luxuria, y garvoso, es hecho de algodón, y de plumas de variedad de colores, y de tanta suavidad, que las martas, y regalillos, que usan en España las mugeres en tiempo de invierno, no son tan suaves como los tales quisquemeles y guaypiles.[[758]](#footnote-758)

La suavidad, continúa, les viene porque pelan los pechos de los patos para adornarlos con sus plumas, pero, además, los llevan a España y se los regalan a las señoras de la corte, y algunos de ellos valen más de cuatrocientos pesos, por la cantidad de perlas, lentejuelas e hilos de oro con que los adornan.

Del siguiente siglo, tenemos otra perla misógina del misionero apostólico Mathías Diéguez, que lleva el barroco, rimbombante e hiperbólico título de *Espejo de luz que deshace las tinieblas de la ignorancia, y hace ver con su luz los engaños de la vanidad, y soberbia, y descubre, y enseña a las mujeres, y todo genero de personas entregadas loca, y ciegamente a trages, y vanidades profanas, el camino mas solido, y verdadero para seguridad de sus conciencias*, y que fue publicado en México en 1748. Dirigido a los prelados, tanto eclesiásticos como seglares, a los padres de familia y a otros superiores que tienen a su cargo almas que cuidar, a los predicadores y a los confesores, las mujeres brillan por su ausencia entre los receptores, aunque ellas sean el sujeto principal del libro, las “ciegas, y obstinadas en sus vanidades”, y aunque tenga esperanza de que “se enmienden, y reformen muchas leyendo, o oyendo ler [*sic*] este Libro”.[[759]](#footnote-759) Inmediatamente después, las desacredita por su poca cultura, por no saber latín e incluso romance si el estilo es elevado. Entre las muchas malignidades atribuibles a las mujeres (cita a san Bernardino para apoyarse), se refiere a la inútil diligencia que es querer componerse los cabellos —en los que se representan los pensamientos— con rizos y cintas o volviéndolos blancos, rubios o dorados, o encresparlos gastando tiempo y dinero.[[760]](#footnote-760) Insiste en los costosos gastos dedicados a las vanidades en demérito de los pobres, con los que hay que ejercer la caridad. Se refiere también a un capítulo general de su religión seráfica, celebrado en 1506, donde se dio el decreto de que ningún confesor de su orden podía absolver a las mujeres “que anduviesen escotadas con colores postizos, y adulterinos: a las que anduviesen con rizos, y profanos adornos en la cabeza, y pelo; o usassen de cabellos agenos”. Lo cierto es que se vuelve un discurso farragoso en el que no para de citar a toda la caterva de doctores de la Iglesia que pareciera que se han pasado la vida mirando los pechos de las mujeres para ver en ellos blancura, desnudez, hermosura y adornos con “petos, fajas bordadas, joyas preciosas, flores”, o las piernas, con medias de seda o “con berulés borleados o con algunos quadrados pequeños de flor de oro”, y los zapatos de cordobán de colores, con hebillas de plata o borleados con vistosas flores, o las enaguas blancas pespunteadas que las mozas enseñan al lavar o pasar los arroyos y mostrar “las piernas blancas, hermosas y descubiertas”.[[761]](#footnote-761) Por supuesto, la condena a los chapines en América no se hizo esperar. El artículo IV se dedica al abuso de los afeites y colores artificiales del rostro por tratar de corromper la obra de Dios con una “falaz, y adulterina hermosura, que es veneno de la castidad, y lazo de asechanza infernal”. Condena igualmente el abuso de los espejos, porque las mujeres gastan dos o tres horas mirándose. Se fija, por último, en las mujeres de México, que traen unas mangas tan cortas con finos encajes que descubren mucha parte del brazo y eso es pecado mortal, además de que en México sobrevienen “falta de frutos, guerras, inundaciones, rayos, terremotos, y otras muchas calamidades […] de ordinario castigo del cielo por causa de estos soberbios, y profanos ornatos de hombres, y mujeres, y con mas especialidad de ellas”. Sigue luego un debate entre un misionero de San Fernando que condenaba los rebozos, y él mismo, que los defendía por cubrir los pechos; pero donde verdaderamente desvaría es en la comparación de tales bandas, “con ricos, vistosos, y artificiosos remates; y esmaltes, y guarniciones de plata y oro, tendidos, y colgados los dos extremos a un lado imitan […] el uso y practica misteriosa de la Santa Iglesia en el ornato sagrado de los Ministros del Altar con los extremos de la Estola”. Se ceba acremente con las mestizas o mulatas, de las que opina que deberían estar “desterradas de las Ciudades, y Pueblos, y habitar con las Fieras”,[[762]](#footnote-762) por usar capotillas o sayuelas de terciopelo con presillas y cadenillas, de oro o plata, que les sirven de manto, porque son cortas y no las tapan demasiado, ya que se les descubre toda la cintura y el talle, y, a veces, las llevan sobre los hombros a modo de capa y descubren los cabellos y los pechos. Igual que Ezcaray, Diéguez se muestra como un experto conocedor de telas, encajes, bordados, al describir otro atuendo criticable, el huipil, que usan tanto las indias como las “mujeres de mas alta esfera, y credito”:

Qué de veces he visto con dolor, admiración, y escandalo, por estas calles de Mexico varias mujeres mozas, ya Indias, ya Mestizas, ya otras tales, de buena cara (como las llama el mundo ignorante) frescas, rubicundas, y gordas, con sus Guipiles anchurosos, amplos, y rozagantes compuestos de entretexidas puntas, o todos ellos una artificiosa, curiosa, y transparente redezuela, o de sutiles telillas de Cambray.[[763]](#footnote-763)

No obstante, termina perdonando a las indias que usan telillas pobres en sus huipiles y recrimina los ornatos caros y otros aderezos. Este misionero ha pasado revista a todas las partes del cuerpo: cabezas descubiertas y ornamentadas, hombros y pechos desnudos, caras afeitadas y coloreadas, brazos y piernas femeninos, y se muestra como un profundo conocedor de asuntos de mujeres, como si toda la vida hubiera convivido con ellas, para manipular, sermonear y convencer a otros confesores sobre la necesidad de mantenerlas bajo control en todos los aspectos concernientes a sus cuerpos que puedan provocar a los hombres.

En fin, ya se trate de España o de los virreinatos, en todas partes se cuecen habas, cuya harina servía para suavizar y blanquear la tez, igual que los polvos de arroz. Tanto hombres como mujeres desperdiciaban mucho tiempo en los tocadores y en los espejos, dedicados al aseo y acicalamiento de cabellos, cara y cuerpo, para lo cual necesitaban “bacías, aguamaniles, palanganas y frasqueras, así como polvos de arroz y de almidón, coloretes, aceites, peines, escardadores, espejos, perfumes y pomas de olor”.[[764]](#footnote-764) Ambos géneros eran sancionados, continuamente, desde los púlpitos, en los sermones, en los catecismos y en los libros que escribían estos acérrimos moralistas, para denunciar la vanidad y la soberbia de trajes y adornos, y paliar la cantidad de pecados que, según ellos, se cometían con el uso y abuso de estas profanidades.

**Capítulo 5: Los afeites y los oficios**

Hemos visto en el capítulo de la patrística y los moralistas que los afeites se relacionan con tratados religiosos y morales, pero también con tratados médicos, farmacéuticos, herbolarios, de cocina, así como con manuales para mujeres; por tanto, varios oficios están involucrados en su obtención, manufactura, producción y venta.

**Las terceras y buhoneras, hacedoras y vendedoras de afeites**

En la Edad Media, algunas mujeres trabajaban en las labores domésticas o bien al lado de su marido en los diferentes gremios, o ejercían labores más femeninas, como cardadoras de lana; hilanderas de seda; torcedoras de hilos de lino, cáñamo y estopa; bordadoras o labranderas de artesanías textiles que podían elaborarse en casa, pero ser vendidas en casas ajenas; este último, oficio que abrirá muchas puertas a las que ejercen de terceras en amoríos, además de que, en medio de las artesanías, solían infiltrar algunos productos para el embellecimiento femenino. Recordemos los seis oficios de Celestina: “labrandera, perfumera, maestra de fazer afeytes y de fazer virgos, alcahueta y un poquito hechizera”,[[765]](#footnote-765) que le facilitan la entrada a las casas, porque el de labrandera es “cobertura de los otros”: lo mismo vende hilado que le da a Lucrecia unos polvos para el aliento. De hecho, Alisa no cree que la vieja haya ido a ofrecer su hilado, y Melibea le miente diciendo que le ha ido a vender un poquito de solimán. Tales oficios celestinescos estaban prohibidos en el mundo musulmán, a cuyas mujeres les estaba “vetado el acceso a aquellas profesiones que el Profeta consideraba malditas como hacer tatuajes, poner pelucas, depilar, es decir, todos aquellos oficios que ayudan a cambiar la imagen externa”.[[766]](#footnote-766)

Lo mismo sucedía en el ámbito cristiano, pues para varios moralistas las principales corrompedoras de las mujeres son las viejas. Desde la Dipsas de Ovidio, la Acanthis de Propercio y la Philenis de Marcial, encontramos el personaje de la *vetula*, como consejera y agente de meretrices;[[767]](#footnote-767) luego, en el Medioevo, aparece, en 1196, la palabra *alcahueta*, que desarrolla varios oficios, entre ellos, el de cosmetóloga, como la retrata el libro de clerecía *Proverbios de Salomón*:

Las alcahuetas malas que dan el mal consejo,

éntranse como ocas, métenlas al trebejo;

ellas con garreduras, míranse al espejo,

blanquete e alvayalde ponens’ de lo bermejo.[[768]](#footnote-768)

*Le* *roman de la rose* dedica unos versos (13245-13315) al ornato de las mujeres: “los consejos se ponen en boca del personaje de la vieja y van destinados a la joven enamorada. Se enseña el uso de afeites y ungüentos y del pelo artificial; hay un arte del escotado por delante y en la nuca con el fin de dejar ver la blancura de la piel; un pecho más poderoso de lo normal se sostendrá con ayuda de una pieza de tela firmemente apretada”.[[769]](#footnote-769) Todos ellos son usos y consejos que aprenderán pronto las jóvenes de las viejas o bien quedarán embobadas, como lo decía también el Arcipreste de Hita:

Toma de unas viejas que se fazen erveras,

andan de casa en casa e llámanse parteras;

con polvos e afeites e con alcoholeras

echan la moça en ojo e çiegan bien de veras.[[770]](#footnote-770)

Entre las que ejercen el oficio de terceras, sobresalen entonces las viejas, las dueñas y las viudas, quienes, condenadas generalmente por no guardar el luto a sus maridos, se dedican a corromper a las jóvenes en los estrados, y dentro de las terceras, de acuerdo con Márquez Villanueva, hay “una categoría especial y de lo más temible […] las peinadoras, cosmetólogas y aderezadoras de novias”.[[771]](#footnote-771) Sobre la tercería en la civilización arábiga, también es de nuestro interés la *jattaba*, vieja buhonera que vendía joyas y artículos femeninos.[[772]](#footnote-772) En todo caso, todas ellas tienen la capacidad de infiltrarse en los aposentos de las mujeres.

Al referirse a la educación de las jóvenes, previene el moralista Francisco de Osuna sobre el peligro de “las viejas que les enseñan como se an de afeitar y componer y las que hazen las cejas y los cabellos ruuios y todas las que fauorescen y ayudan este ecceso, agora sean madres o vezinas o cualesquier otras”.[[773]](#footnote-773) A las viudas que no quieren morirse para el mundo, las galas y los afeites, fray Antonio Marqués también las critica duramente, recurriendo a la autoridad de san Crisóstomo, quien distinguía entre viudas de veras y de burlas, a las que describe con

[t]ocas de seda cortas y jubón de raso picado, que hacen gala del monjil y que sacan afuera los cabellos rubios de las sienes, calzan guantes de polvillo y color, con abanicos bizarros de verano y manguitos adobados de invierno; las que andan llenas de olores y de afeites, dando lustre al rostro con vinagre destilado, con aguas de habas y boñigas de buey refrescan la tez, ablandan la carne con aguas de almendras, de pérsigo y con zumo de limón; las que visten mantos de lanilla y de soplillo; traen arracadas, sortijas, ajorcas y joyas de gran valor.[[774]](#footnote-774)

Es decir, se dedican al arte de los afeites y la depilación, cuyo oficio trata Bernat Metge, en su obra *Lo somni*, donde habla de las depiladoras para afirmar que la mayor privanza la tienen con “ciertas mujercitas que las afeitan y les pelan las cejas y la frente, y les raen con vidrio sutil las mejillas y el cuello, quitándoles ciertos pelos que a su parecer les van mal, y las depilan de diversas maneras”.[[775]](#footnote-775) Ya lo prescribía también el Arcipreste a la hora de elegir mujer: “la su faz sea blanca, sin pelos, clara e lisa”[[776]](#footnote-776) y más adelante: “Guárdate que non sea vellosa nin barbuda”.[[777]](#footnote-777) Y el refrán: “Ni a fraile descalzo, ni a hombre callado, ni a mujer barbada no les des posada”.[[778]](#footnote-778) No hay más que recordar el retrato de la serrana de prietas barbas mayores que las del Arcipreste para elogiar la depilación, en cuyas tormentosas recetas abunda el Medioevo: cal viva, pinzas, agujas calientes, pez, trementina y aceite, oropimente y vidrio aparecen desde el *De ornatu mulierum* de Trótula hasta *El Corbacho.* Igualmente, se dan recetas de aceites y ungüentos para calmar el dolor o las quemaduras que haya producido la depilación.

En el siglo xvi, la mujer sigue siendo una experta en las artes de la cosmética, habilidad que consistía lo mismo en saber “escoger olores, hacer pomas, adobar guantes, rociar camisas, estilar aguas y amasar pasticas”,[[779]](#footnote-779) que, por supuesto, en la depilación, a cuyo arte se dedica la mejor rapadora o depiladora de la literatura, la joven Aldonza, y en la obra literaria que le da vida, *La Lozana Andaluza*, es en la que más se repite el oficio de afeitar, el cual la Lozana aprendió en el barrio de Pozo Blanco, un enjambre de españolas conversas y judías desterradas de Sefarad que se dedicaban al afeite y al solimán. Lozana empieza su vida en Roma buscando a una mujer que quita cejas y tiene una botica de mudas para la cara, la Napolitana, madre del que será su criado, Rampín. De ella aprende los pormenores del oficio que usa como medio de supervivencia en una ciudad corrupta en la que abundan las mujeres y la prostitución, y se necesitaba tanto aparentar y cultivar la belleza como disfrazar las enfermedades venéreas o remozar la vejez. Todas las cortesanas de Roma usaban productos de belleza para provocar el deseo de los hombres y la envidia de las mujeres. El tema de la máscara, del disfraz o del maquillaje, como lo ha visto Luigi Imperiale, se da en todos los ámbitos, no solo en el oficio de Aldonza, sino también en el ámbito del lenguaje, que camufla el pensamiento, en las actividades clandestinas, en los cambios de nombres y seudónimos de los personajes, quienes, además de ser maquillados por Lozana, “actúan a menudo como máscaras que tienden a caricaturizar los defectos más pronunciados de una profesión, de un grupo étnico,de una clase social”.[[780]](#footnote-780)

De raigambre celestinesca, Aldonza también es perfumera, alcahueta y prostituta, y, como ella, sabe hacer recetas y hechizos para curar el mal de madre y para “aconchar” o rehacer virgos, aunque se niega a corromper vírgenes; es capaz de pronosticar en un orinal con una clara de huevo y practicar la quiromancia, pero, sin duda, en el oficio que más destaca y supera a todas las judías que iban “por Roma adobando novias y vendiendo solimán labrado y aguas para la cara”[[781]](#footnote-781) es en el de maestra de hacer afeites.

Cuando la conoce Aldonza, la Napolitana se encuentra en el taller familiar en el acto de hacer recetas depilatorias con pepitas de pepino y tiene empleada a toda la familia como una unidad de producción. La madre es la conocedora del oficio, y de ella dependen Jumilla, el marido, que vende los afeites; las hijas, que hacen las recetas con el morteruelo bajo la dirección de la madre, y Rampín, quien le porta los afeites y la acompaña a quitar las cejas a casa de las cortesanas. Aldonza visita también a la tía de Rampín, quien le enseña un pelador o escoriador y un pegote o pellejador hecho “de trementina y de pez greca, y de calcina virgen, y cera”, pero Lozana siente que es algo sucio y provoca hinchazón en la cara, entonces, le muestra a la tía algo de su saber en depilatorios: hay que hacerlos “con vidrio sotil y muy delgado, que lleva el vello y hace mejor cara. Y luego un poco de olio de pepitas de calabaza y agua de flor de habas a la veneciana, que hace una cara muy linda”,[[782]](#footnote-782) para aplacar el dolor de la depilación.

Con estas mínimas herramientas y algunos conocimientos, Lozana y Rampín empiezan el negocio con cuatro ducados para hacer solimán labrado “a la cordobesa, con saliva y al sol”,[[783]](#footnote-783) después de que Rampín abandone la empresa familiary le diga a Lozana que no cuente todo lo que sabe, sino que ponga en práctica sus conocimientos y él la ayudará a venderlos, diciendo que trae grandes secretos de Levante. Ambos prosperan, y Rampín invita al autor a que vaya a la casa a ver a las putas quitándose las cejas y depilándose “lo suyo”; Rampín, que ya es maestro en dar gato por liebre, contribuye mediante el engaño a acrecentar los ingresos, untándoles mantequilla (buturo) en vez de blanduras (afeites).

Lozana sabe que el mundo “no es más que un cuadro de apariencias donde se encubre toda falta y en el que la bella imagen, la buena opinión de los demás, puede derribar voluntades y hacer alcanzar magnífico porvenir”;[[784]](#footnote-784) entonces, por medio del arte de la cosmética, Lozana establece grandes relaciones con las cortesanas romanas, a tal punto que, como dice el autor, “ni ella sin ellas, ni ellas sin ella no pueden vivir”;[[785]](#footnote-785) y es que “el amor femenino por los adornos introduce en la sociedad una solidaridad imprevista y perversa que más allá de los límites de las casas y familias, funda en el seno de la comunidad una especie de sociedad de las mujeres, cimentada en la envidia, el deseo de emulación, la complicidad y el cambio”.[[786]](#footnote-786) Una vez consolidadas esas relaciones femeninas**,** Lozana se siente muy orgullosa de su oficio: “Por mi honra, que quiero que las que yo afeito vayan por el mundo sin vergüenza, y sean miradas”, pero, cuando prima el interés, que es casi siempre, no duda en hablar mal de las que no le convienen para sus ganancias, como cuando le cuenta a Patrón, que su enamorada, Angélica, “no se va al lecho sin cená”, es decir, “que su cara está en mudas cada noche, y las mudas tienen esto, que si se dejan una noche de poner que no valen nada. Por eso se dice que cada noche daba de cená a la cara” y eran mudas de “cerillas hechas de uvas pasas”.[[787]](#footnote-787) Lozana afeita por igual a cortesanas y a criadas de cortesanas. A diferencia de Celestina, quien tiene que ganarse a la criada de Melibea, Lucrecia, para tenerla de su parte, a Lozana la busca la criada Jacomina para que le quite el paño de la cara.

En todos los oficios que ejerce, pero sobre todo el de afeitadora, se queja primero, para que le ofrezcan más dinero, alegando que la calidad de su trabajo supera a las demás y que, en muchas ocasiones, debe enmendar lo que otras han hecho mal:

Lozana.– ¡Mira qué ceja ésta, no hay pelo con pelo! Y quién gastó tal ceja como ésta!, ¡por vida del rey!, que merecía una cuchillada por la cara, por que otra vuelta mirara lo que hacía […] Y vos, señora, ¿qué paño es ese que tenéis? Esa agua fuerte y solimán crudo fue […] Si estuviera aquí mi criado, enviara a comprar ciertas cosas para vosotras, más torná por aquí, que yo lo enviaré a comprar si me dejáis dineros que, a deciros la verdad, éstos que me habéis dado, bien los he ganado, y aún es poco que, cuando os afeito cada sábado, me dais un julio y agora merecía dos por haber enmendado lo que las otras os gastaron.[[788]](#footnote-788)

Por su parte, las cortesanas, que se implantan primero en Italia antes que en otras partes, y que hacia 1502 son definidas por el maestro de ceremonias de Alejandro VI, Giovanni Burcardo, como meretrices honestas,[[789]](#footnote-789) proliferaban en Roma. *La Celestina* le da a Areúsa una definición que se acopla más a las que frecuenta Lozana: las cortesanas son las que se vanaglorian de tener “uno en la cama, otro en la puerta y otro que sospira por ella en su casa […] Y con todos cumple y a todos muestra buena cara, y todos piensan que son muy queridos y cada uno piensa que no hay otro y que él solo es privado y él solo es el que le da lo que ha menester”.[[790]](#footnote-790) Con tanto cliente, no pueden más que dedicarse al culto a la belleza y a embellecer sus cuerpos para mantener tal corte de amantes al precio que sea. No obstante, las afeitadas cortesanas también ponen el grito en el cielo por lo que cobra Lozana: “Narváez: ¡Oh, qué cara es este diablo! ¡Ésta y nunca más! Si las jodías me pelan por medio carlín, ¿por qué ésta ha de comer de mi sudor?”.[[791]](#footnote-791) Con todo esto, Lozana no solo vive bien de los dineros que gana, sino también del cambalache de productos comestibles y domésticos por afeites: a la Tibulesa le recibe pasitas de higos, olivas, manzanas y granadas a cambio de “un cuatrín de sublimato”; a la Montesina le da licores faciales para evitar el envejecimiento, y ella le remunera con cargas de carbón, piezas de tela y grandes cantidades de comida: presutos, quesos mallorquinos y parmesanos, alcaparras, pasas, fideos, o sea, que Lozana bien vive de su oficio y del cambalache de productos. Finalmente, harta de “poner jáquimas”, la gran depiladora se retira con su criado Rampín a la isla de Lípari.

Sobre el vello en la cara de las mujeres hay una burla en la segunda parte del *Quijote*, en la que la condesa Trifaldi cuenta a la duquesa, a Sancho y a don Quijote una admirable aventura burlesca sobre las dueñas barbadas, en la que se lamenta de la malquerencia a las dueñas, que, aun cuando tuvieran “la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas”[[792]](#footnote-792) no hallan quien las quiera, y se pregunta qué harán cuando vean que les ha nacido barba por el encantamiento de Malambruno. El remedio que dice una de ellas es muy ilustrativo, porque nos habla de las quitadoras de vello a domicilio, que, como acabamos de ver, era uno de los oficios de la Lozana:

[…] hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar unos pegotes o parches pegajosos, y aplicándolos a los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra; que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa a quitar el vello y a pulir las cejas, y a hacer otros menjurjes tocantes a mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas, porque las más oliscan a terceras, habiendo dejado de ser primas.[[793]](#footnote-793)

El acierto de poner a las dueñas como mujeres barbadas está muy a tono con la misoginia de la época. Según Jiménez Patón, Teodoreto escribió:

[…] ser una muger barbada se tiene por cosa mostruosa y rara […] Por las leyes de las doze tablas (como refiere Cicerón, y Plinio) se prohiuía a las mugeres que no se rapasen el vello de las mejillas con nabaja, temiendo que ocasionarían a que les naciese barba con el continuo uso. Y entre los italianos se tubo por mal agüero encontrar muger barbada como encontrando un monstruo.[[794]](#footnote-794)

Para colmo, Sancho, cada vez que topa con una dueña, huye de ella como del Diablo y no quiere que lo toquen manos de dueña con el fin de resucitar a Altisidora: “Menos cortesía; menos mudas, señora dueña —dijo Sancho—; que por Dios que traéis las manos oliendo a vinagrillo!”;[[795]](#footnote-795) se refiere a un compuesto que se usaba con vinagre, alcohol y esencias aromáticas para blanquear el rostro y las manos.

No solo las dueñas barbadas son blanco de críticas por parte de Sancho, a la Torralba la describe como “una moza rolliza, zahareña y tiraba algo a hombruna, porque tenía unos pocos de bigotes”, y cuando sale tras Lope se dice que en unas alforjas llevaba “un pedazo de espejo y otro de un peine y no sé que botecillo de mudas para la cara”.[[796]](#footnote-796)

Francisco Santos, un escritor costumbrista de finales del xvii, cuenta en su Discurso VIII sobre una mujer que sale corriendo de una casa y un hombre tras ella la amenaza con una muleta. Los dos amigos, Onofre y Juanillo, contemplan la escena, y Onofre no comprende por qué ultrajan así a una mujer “quitadora de vello”, cuando que los hombres también se ponen en “las manos de un rapador, y consentimos, que nos encaxe la barba en sus manos, que es meneo burlesco, y nos sobajan, y entretienen con nuestro testuz en lavatorio una hora […] y nos travan el rostro como nalgas de un niño; y assí no nos hemos de espantar que se hagan el rostro las mugeres de mano de otra muger”.[[797]](#footnote-797) Juanillo le da una lección de los pormenores de estos trabajos del afeite a domicilio, paso por paso, desde que estas mujeres entran en las casas y, en lo más recogido, donde no acuda el marido, “saca una cestilla de vidros quebrados” con los que va quitándole el vello y el bozo, y

[…] si tiene cañones, la echa un hilo, con que la va repelando […] en viéndola rapada, saca una redomita de agua con la que lava su cara, dice que se llama agua costosa y que sirve para conservar el rostro sin arrugas. Saca luego un botecillo de una masa blanda, y las da una mano […] luego saca un pedacito de papel de color y las da el colorido […] luego saca un carboncillo y las cejas desiertas las buelve pobladas […] Saca luego un palito colorado, y las limpia los dientes.[[798]](#footnote-798)

Juanillo le descubre a Onofre los embustes, porque las redomas las ha comprado en la tienda de un vidriero y las ha llenado con agua en el baño de alguna taberna; la masilla del bote dice que está hecha del sebo de algunos animales y pide por ella seis reales, pero, en realidad, es simple sebo de cabrito con miel de Leganés, y el palito de los dientes vale un real y no es más que un palo de “sangre de Drago”; o sea, que con todas sus mentiras sacan muy buenos dineros, además de las otras cosas

[…] que consigo traen para engañar, como passas aderezadas, cañutillo de albayalde, solimán labrado, habas, parchecitos para las sienes, modo de hazer lunares, teñir canas, enrubiar el pelo, mudas para el paño de la cara, aderezo para las manos, con que aderezan su bolsa, y otros mil badulaques, que debaxo de aquella saya (alcahueta de trastos supersticiosos) trae.[[799]](#footnote-799)

A estas celestinas recrimina Santos, en metáfora lúdica, para que se arrepientan y devuelvan todo a las pobres doncellas o a las incautas casadas que caen en sus engaños:

Y tu rapandera, y tramoyera, enredadora, y alcahueta, cuenta tus trastos, y herramientas, y saca el rosario, y mira que tienes alma, y que la juegas a la primer quínola sin descarte, y te veo con infames cartas en las manos. Restituye quanto tienes, que todo es mal ganado (si lo has ganado del modo que he dicho) que adquirido con trabajo honesto, libre de mi granizo, Dios te haga bien con ello, y a mi con su gracia.[[800]](#footnote-800)

El acceso fácil a las casas a través de la venta de los productos convertía también a estas mujeres en buhoneras, como la vieja Fabia, de *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega, una síntesis de Celestina y Lozana, que lo mismo invoca al Demonio o busca muelas de ahorcados que convence con su labia a las damas y, como aquellas, tiene como clientes a los clérigos “desta gente de hopalandas”. La buhonera es anunciada por Ana, la criada, como “una que suele vender/ para las mejillas grana/ y para la cara nieve”.Entra en la casa de las damas Leonor e Inés para vender papeles de alcanfor y solimán y “polvos de dientes, jabones/ de manos, pastillas, cosas/ curiosas y provechosas”,[[801]](#footnote-801) que no son sino un pretexto para ejercer la tercería. En *La fortuna con seso y la hora de todos*, Quevedo llama a estas alcahuetas “tejedora de caras”, por boca de una buscona a la que le quiere endilgar unos “hombres a medio podrir, entre vivos y muertos, que traen bienaliñada pantasma”.[[802]](#footnote-802)

La otra gran vendedora de afeites, también de raigambre celestinesca y amante del vino, es Dorotea, de *La bella malmaridada*, de Lope de Vega, quien también es presentada por la criada Fabia como “la que suele rizar tocas”; a instancias de Florelo, despliega todo un muestrario de afeites que le permite la entrada libre a las casas de las damas, pero, además de la venta de estos productos, tiene que sugerir a qué viene y deja caer el asunto del conde Romano, quien la ha contratado para llegar a Lisbella e introducirle un papel en la manga de parte de él. La confusión es que ella piensa que dentro del papel viene envuelto el resplandor, una especie de albayalde para afeitarse. Cito *in extenso* este catálogo de afeites que demuestra el gran conocimiento de productos de belleza que tenía Lope y la pericia de la buhonera para infiltrarse en las casas, anunciar su mercancia y deslizar el papel del conde Romano:

Traigo lindas aguas claras,

para el rostro y bellas mudas,

y si del efecto dudas,

son peregrinas y raras,

de alcanfor de Lima y lirio

de azucena y hiel de vaca

que cada cual la tez saca

limpia y blanca como un cirio;

traigo del huevo enterrado

la rica destilación,

y algunos untos que son

de olor y efecto extremado,

de gato, culebra y hombre,

que remoza a quien le usa,

y aquello que no se excusa

que tiene el turco por nombre;

traigo aceite de cristal

que es rico para los dientes,

y otros polvos diferentes,

de drago, río y coral,

palomina y porcelana,

y otros contra el neguijón,

y que para el olor son

medicina soberana;

traigo para la cabeza

y el ojo sahumerios ricos

para los grandes y chicos

y otros contra la tristeza;

traigo espliego, almea, helecho;

traigo hinojo de la mar;

traigo manteca de azahar

para el cabello y el pecho,

bujetas de algalia fina

y de almizcle y algodón,

hecha cierta confacción

de esteriles medicina;

traigo emplastos, tacamaca,

Laraña, añime, menjuí […]

limón traigo hecho con oro,

aceite de ámbar, jazmín,

de perlas, de azahar, en fin,

traigo de todo un tesoro;

traigo color de Granada

y resplandor de Sevilla,

y de almizcle y cochinilla

una cerilla extremada;

traigo aceite de rasuras,

flor de romero al caer,

palos de malva, si hacer

los dientes perlas procuras,

huevos de gallina negra,

sacados por alquitara,

agua que limpia la cara,

le da buen color y alegra,

miel virgen traigo labrada

con solimán y limón,

y traía un buen jabón

de una receta extremada.[[803]](#footnote-803)

Condenados por los Padres de la Iglesia y los moralistas misóginos, los afeites son un instrumento para seducir tanto por parte de las vendedoras como de las afeitadas. Las terceras usan los afeites como tapadera para introducirse en las casas, vender algunos productos y deslizar entre ellos el asunto amoroso del que son corredoras. Disfrazados entre los textiles, en papeles, o abiertamente, como actúa Lozana, invitando incluso al autor a ver depilar, los afeites se enredan con los amores en las canastas o tabaques que cargan estas mujeres rapadoras o quitadoras de vello a domicilio, quienes, para los moralistas, son celestinas, que fingían rapar y lo que rapaban era la honra, convirtiéndose así en “corredoras de deseos, y vendedoras de quietudes”,[[804]](#footnote-804) contra cuyos engaños doncellas y casadas han de prevenirse, pero no las cortesanas romanas con las que se lucra Lozana. Francisco Delicado se distancia de sus contemporáneos porque en su obra hay un verdadero elogio del afeite y la depilación.

**Los afeites y la prostitución**

Desde Tertuliano ya se asociaba el adorno femenino con la prostitución: rameras, cortesanas, alcahuetas y hampones, el mundo de la prostitución y la rufianesca servía de modelo a los misóginos para hacer comparaciones con la mujer afeitada. La prostitución era contraria a la castidad y, por tanto, se recurre a ejemplos de mujeres impúdicas para ilustrarla: las evocaciones más comunes son la ramera del Apocalipsis (17: 1-4): “vestida de púrpura, en verdad, adornada de escarlata, i oro, i piedras preciosas, que están malditas de Dios, sin el qual atauío no podía descubrirse como maldita de Dios, ni como ramera tampoco”;[[805]](#footnote-805) el ejemplo de Mesalina y la ramera de Corinto; pero, sobre todo, Thamar, “vestida y afeitada” para tentar a su hermano Amnón, como nos lo recuerda el moralista Alonso Carranza, quien escribe una rogación sobre el abuso de trajes y galas tan costosos que usan las damas, y cita a Tertuliano, quien había puesto el ejemplo de Thamar como mujer lasciva desde que se afeitó: “que del auerse afeitado Thamar, y hecho las cejas, y adornado estremadamente su cuerpo, tomo ocasión Iudas (el primero deste nombre) para entender que era muger mundana a todos expuesta”.[[806]](#footnote-806)

Los Padres de la Iglesia también disertan sobre la prostitución. Según san Cipriano,

[…] los atavíos distinguidos de adornos y vestidos y los artificios de la hermosura caen mejor a *prostitutas* y desvergonzadas, pues ninguna, por lo general, lleva mayor lujo que aquella cuyo pudor está por los suelos […] Las vírgenes castas y recatadas han de huir los adornos de mujeres deshonestas, los trajes de las desvergonzadas, las joyas distintivas de las rameras, los dijes de las cortesanas.[[807]](#footnote-807)

Vives cita, además de a san Cipriano, a san Agustín y a san Ambrosio, porque condenan a las mujeres mundanas que se dedican a los ornamentos del cuerpo y no a los del alma. Insisten en que en la Sagrada Escritura dice que “la ciudad deshonesta, divertida en vicios estará afeitada y ataviada y perecerá con sus atauíos. Los que le serán causa de ser destruyda y assolada”.[[808]](#footnote-808)

El oficio de la prostitución y el de la venta de afeites están íntimamente ligados, por cuanto uno es consecuencia del otro. Cuando se pierde la juventud y la lozanía, las expertas en el cuerpo se vuelven cosmetólogas, como lo afirma Lucrecia, la prostituta del *Coloquio de las damas*,de Pedro Aretino, traducido por Fernán Suárez hacia 1534. Dice Lucrecia: “Pero, al fin, las que en la mocedad no se saben gouernar, no les faltara a la vejez un hospital, o fazer afeytes para el rostro, blanduras para las manos, quitar cejas”, y, de hecho, lo que Lucrecia guarda en su cofre son “botezillos de vnguentos del rostro y de las manos, vnciones de los cabellos, poluos y rayces de malua para los dientes, pegones para el vello, y vna olla de pomada para quitar el aspersura del cuerpo e piernas, y vn par de redomas de aguas de apretaduras”. En boca de su interlocutora, Antonia, viene la condena a los afeites: “las malas mujeres [se deleytan] en haluziarse el rostro, pelarse la frente, en mudarse las manos y en otras suziedades simeles”.[[809]](#footnote-809)

Los moralistas misóginos, que citan constantemente a los Padres de la Iglesia, acuerdan que los afeites convienen solo a las mujeres públicas y deshonestas. A los atuendos que llevan, san Cipriano los llamaba *Lupanaris insignia*, o sea, señales, como el ramo en la puerta de la taberna o de las casas públicas para llamar la atención del viandante e indicarle que se vende o que se hospeda a los que vengan a ellas, así la mujer que se adorna y afeita es que públicamente se expone para venderse. La descripción de la cara afeitada que hace Osuna es como la de una tienda, donde todas las partes están marcadas para vender lujuria:

[…] desta manera hazen las mugeres afeitadas que en todos sus miembros ponen señales de venta para que todos sepan que vende luxuria. En la cabeça ponen la cofia labrada y en los cabellos cintas y ruuia color; en los ojos alcohol, y en las cejas mucha orden, queriendo enmendar lo que allí crió su dios. En toda la cara blanco aluayalde, y en los labios y mexillas arrebol; en las orejas çarcillos, y en los pechos y cuellos gargantillas y gorgueras que cubriendo descubran, cinta o faxa en el cuerpo para componer la cintura y en los braços y manos manillas y anillos, después toda cercada de manto curioso y en los pies chapines dorados porque no aya miembro de los que ver se pueden que no predique en los otros luxuria.[[810]](#footnote-810)

Francisco de Osuna afirmaba que “los ornamentos y vestiduras de trages y las alcahueterías de los afeites no conuienen sino a las hembras desvergonzadas que están puestas al partido”.[[811]](#footnote-811) Del mismo parecer es el doctor Laguna, quien, en sus comentarios a Dioscórides, se refiere a las “malas artes” de los afeites para ser usadas no por doncellas y matronas honorables sino por las “cantoneras: las quales es bien que vsen dellas, para que por su fealdad sean señaladas y conocidas”,[[812]](#footnote-812) y cuenta una anécdota de Galeno sobre Phyrne, una célebre ramera de Atenas, que se hallaba en un banquete y vio a muchas mujeres pintadas de albayalde, y, en una especie de juego, mandó que trajeran un cuenco con agua caliente y se lavaran todas la cara; a muchas se les destilaba el afeite por las mejillas y parecían horribles monstruos y, en cambio, la ramera se mostró hermosa, pura, natural y sin artificio. Fray Antonio Marqués aconsejaba que las mujeres honradas debían apartarse “de todo lo que es afeites y curiosidades en el atavío del cuerpo, es por ser tenido semejante traje por de rameras y de quien trae echado al tranzado la vergüenza”, y decía que “las arcades y romanas antiguas, sobre el empeine de los zapatos solían traer empresas y señales con las que daban a entender el amor que tenían a sus galanes”.[[813]](#footnote-813) En este sentido, al igual que los moralistas misóginos de los siglos xvi y xvii, Cervantes también condena en sus *Novelas ejemplares* el uso de los afeites, por ser propio de las mozas del partido, como los que usan la Escalanta y la Gananciosa de *Rinconete y Cortadillo*: “Al volver, que volvió, Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde, en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada”.[[814]](#footnote-814)

Otro ejemplo es la buscona que aparece en *El casamiento engañoso* y seduce al alférez Campuzano por sus “manos de nieve” ensortijadas. La blancura con la que se abrasaba de amor el alférez se lograba con pasta de almendras y con sebillo, que podía obtenerse del cabrito y, además de blanquearlas, las suavizaba, pero la que se hace llamar doña Estefanía de Caicedo tiene aparte un arma mucho más poderosa para la seducción, que también fue condenada por los moralistas: el manto que la cubre, “cosa que me encendió más el deseo de verla”,[[815]](#footnote-815) confiesa el alférez a su amigo Peralta.

En*La tía fingida* (del Manuscrito Porras), si acaso podemos considerarla creación cervantina, tanto la sobrina como la tía, personajes ligados a la prostitución, de raigambre y oficios celestinescos, usan afeites y galas. De Esperanza se describe su rostro decorado para la seducción, con sus “ojos negros rasgados, y al descuido adormecidos, cejas tiradas y bien compuestas, pestañas negras, y encarnada la color del rostro: los cabellos plateados y crespos por artificio, según se descubrían por las sienes”.[[816]](#footnote-816)

Así, la apariencia externa escandalosa de las mujeres era condenada por unos y otros, e inmediatamente acudía a sus mentes la sinonimia con las rameras. Suárez de Figueroa evoca a Tibulo, Propercio y Ovidio para dar el título de *rameras*, pues “[e]uidentes señales de incontinencia son sin duda las ropas de colores, los rizos, los afeytes, los perfumes, el aspecto lascivo, el mirar alegre”.[[817]](#footnote-817)

**Los afeites y las comediantes**

Relacionado con el oficio de las prostitutas, aparece, en ocasiones, el de las actrices o comediantes, con lo cual los moralistas condenan, además de bailes, saraos, paseos y demás actividades de ocio, las comedias, sobre todo por los meneos, los cantos y porque las mujeres imitan el vestido de las farsantes, como vemos en un anónimo de julio de 1616, que se refiere al contoneo de las actrices con metáforas del ámbito de los afeites:

La voz, la música, los afectos, los afeites, la hermosura, el buen cuerpo, la gracia, el talle, el donaire, el cabello, el rizo, el copete, el vestido, el meneo, que aunque parece hecho al descuido, lleva estudiada su malicia y su deshonestidad. Todo esto, entrando por los ojos y por los oídos, es fuego, es ponzoña, es secreto veneno, es sutil solimán que tira el corazón del que lo mira descuidado de sí y de que otros lo noten, porque todos miran un objeto mismo y le ayudan y apadrinan.[[818]](#footnote-818)

Juan Luis Vives despreciaba a las doncellas que se afeitaban: “A mi juicio eres como un personaje de comedia si pretendes atraerte con el halago de los cosméticos, a cualquier hombre, al que ahuyentarás si te desprendes de ellos, igual que lo sedujiste cuando recubrían tu cara”.[[819]](#footnote-819)

Las últimas décadas del siglo xvi y primeras del xvii, el Consejo de Castilla, bajo la asesoría de críticos jesuitas y de empresarios de teatro, prohibía y, alternadamente, permitía trabajar a las actrices profesionales, por considerarlas desvergonzadas y muy cercanas a las prostitutas.[[820]](#footnote-820) Ni qué decir que el afeite era el pan de cada día en su caracterización para los diferentes papeles que representaban.

Para el moralista Galindo, lo más reprobable es que, para provocar a los hombres a la lujuria, las mujeres hayan acudido a la moda francesa, que empezó en las tablas de los teatros y después se pintó en los lienzos, o sea, que imitan más a una comedianta que a la Virgen.[[821]](#footnote-821) El fraile Antonio de Ezcaray sancionaba las farsas con una curiosa letanía: “Perdimiento del tiempo, Escuela de adulterios, Universidad de toda lascivia, motivo de destemplanza, materia de risa, y ejemplar de maldad, arcaduz por donde se comunica a los Reynos la malicia, y portadores de nuevos trages, con que los farsantes destruyen el mundo, y relaxan las buenas costumbres”.[[822]](#footnote-822) Y continuaba su perorata sermonística sobre los pecados que nacen de la vista de las “comediantas aliñadas, y saboreándose, y complaciéndose en sus meneos, vistas, bayles y palabras afectadas”.[[823]](#footnote-823)

A todas luces no se consideraba un oficio respetable y las mujeres tuvieron que luchar en el ámbito teatral para que se les reconociera su talento y profesionalismo, libres de todo prejuicio.

**Las mujeres casadas y las dueñas o damas de compañía**

Unido al gasto de la hacienda y al descuido de la casa, tareas que se consideraban del ámbito de las mujeres casadas, fray Luis acude a san Clemente Alejandrino para condenarlas porque, por el uso de afeites, se comportan como prostitutas:

[…] porque el darse al afeyte de ramera es, y no de buena muger. Como claramente se vee, porque las que con esto tienen cuenta, no la tienen jamás con sus casas. Su cuenta es el desenlazar las bolsas de sus maridos; y el consumirles las haciendas en sus vanos antojos […] Assi que procuran de guisar bien su carne, como cosa dessabrida, y de mala vista; e entredia por el afeyte se estan deshaziendo en su casa, con temor que no se les eche de ver que es postiza la flor.[[824]](#footnote-824)

Las casadas o “casadillas”, como irónicamente las llama Rosas de Oquendo, se buscan oficios para sustentarse en ausencia del marido, pero también para poder salir de casa con mil pretextos; estos oficios tienen que ver con el de las terceras: ensalmar, curar el mal de la matriz, restaurar virgos y fabricar afeites (solimanes, lexías, polvos para dientes y lunares); por ello, de acuerdo con el poeta, todos esos oficios no son más que “antepuertas/ para encubrir sus fealdades*”*:

Otras hay que hacen pastillas,

pebetillos y ziriales,

otras ensalman criaturas,

otras curan mal de madre,

otras hay que toman puntos,

otras labran solimanes […]

otras hay que hacen lexías,

otras mil aguas suaues […]

otras polvos para dientes,

otras que ponen lunares,

otras que surzen costuras

descosidas por mil partes.[[825]](#footnote-825)

Respecto a las dueñas, aconsejaba el jesuita Gaspar de Astete que la dama de compañía de la doncella no debería “andar muy afeytada, y muy colorada”, ni ser libre o desvergonzada, y debía procurar que la doncella fuese “graue, flaca, amarilla y penitente”.[[826]](#footnote-826) Por lo tanto, para vigilar la virtud de la doncella, se requería “una virgen anciana” para que le enseñara salmos y oraciones. Las dueñas fueron muy denostadas en los siglos áureos, por ser ya entradas en edad y aparentar ser jóvenes o entrar en amoríos, porque olían a vinagrillo, como dice Sancho, o por servir de terceras. La dueña Quintañona, de Suárez de Figueroa, además de pretender a don Luis, se tiene por hermosa, de buenas galas, sabe danzar y tocar el arpa y fabricar afeites: “y sobre todo, era singular mi primor en conservas, en bordados, pastillas, aderezos de guantes y cosas así”.[[827]](#footnote-827)

**Boticarios, perfumistas, herbolarios, especieros, hortelanos, médicos, buhoneros, mercaderes y otros oficiales auxiliares de las mujeres**

Si nos remontamos a la Antigüedad romana, existían algunos oficios que se dedicaban a los afeites: el que los confeccionaba era conocido como el *ungüentarius*; el que los vendía era el *seplasarius*; el que preparaba los medicamentos, el *confectionarius*, y el que los administraba, *medicamentarius*.[[828]](#footnote-828) Juan Luis Vives recuerda que Licurgo, que había dado leyes a los lacedemonios, prohibió los afeites de la ciudad de Esparta y mando desterrar a todos los oficiales “que biuian de hazer cosas de mugeres, que no fuesen necesarias al biuir honesto dellas, diziendo ser corruptores de la república”.[[829]](#footnote-829) Bernat Metge, en *Lo somni* (1398-1399), por boca de Tiresias, desprestigia los varios oficios de los ayudantes de las mujeres en los menesteres de belleza, como los especieros o los hortelanos: los primeros les hacen “plata sublimada, argentada, pomada liriada o mil lociones y unturas”; los segundos van “cavando y buscando raíces e hierbas silvestres”.[[830]](#footnote-830)

En *El espejo* (1460), de Jaume Roig, aparece un viejo boticario (apotecario) con nombre propio, Matías Martí, contemporáneo del autor, que le cobraba mil sueldos a la mujer del narrador por cada tres veces que iba a los baños, donde usaba “emplastres de ámbar, benjuí, aguas perfumadas y almizcle”.[[831]](#footnote-831) A finales de la Edad Media, *El* *Corbacho* (1498) añade, además, a todos los personajes del mundo de la magia: “nigrománticos, alquimistas, lapidarios, encantadores, fechizeros, agoreros, físicos e de yerbas conocedores”, que suelen ir de casa en casa engañando con su arte y quieren arreglar a las mujeres con sus tocas o afeitarlas, “fazerles los cabellos rubios; aguas para lavatorios ynfinidas saben fazer […] Trabajan mucho por las virtudes de las yervas, por dar a las mujeres melecinas […] para sanar […] de los paños a las preñadas, de la cara […] Donde mujeres fermosas ay, allí las buscan”.[[832]](#footnote-832)

En la “Sátira burlesca y entretenida de la botica de las mujeres”, datada entre 1640 y 1660, se les adjudican graciosos oficios a las mujeres a la hora de usar los afeites: tintoreras, porque tiñen las canas; secretarias, porque escriben con tinta sus cejas; albañiles, porque se blanquean la cara con yeso. Por último, los perfumes vienen a resolver el problema del mal olor, como proclamaba también Quevedo:

Otras hay que se perfuman

con pastilla, almizcle y ámbar,

y es porque todo su cuerpo

huele a pellejo de cabra:

éstas la peste traen a España.[[833]](#footnote-833)

Los boticarios eran también llamados especieros, apotecarios y drogueros, hasta que en una pragmática de Felipe II, de 1595, se les prohibió “vender especias, y drogas, que no sean convertidas ya en sus confecciones”,[[834]](#footnote-834) así como que no tuviera el cargo ninguna mujer. Entre sus almireces y redomas debe haber estoraque, albayalde, agua fuerte, aguas lambicadas, pero no deben confundirse en la mezcla de ingredientes ni en su caducidad, por eso han de saber cuándo se recolectaron las plantas, si las drogas están falsificadas para no poner en riesgo las vidas.[[835]](#footnote-835) De ahí que autores como Quevedo denostaran tanto esta profesión como la de los médicos, ambos colaboradores para matar a los enfermos. Tanto en los *Sueños* como en sus poesías, los boticarios constituyen uno de los oficios más castigados por su pluma. Un ejemplo lo tenemos en este soneto serio de “adiciones a las musas”, sobre la Magdalena que acaba con un terceto jocoso y acaso irreverente:

Llegó a los pies de Cristo Magdalena,

de todo su vivir arrepentida,

y viéndole a la mesa, enternecida,

lágrimas derramó en copiosa vena.

Soltó del oro crespo la melena

con orden natural entretejida,

y deseosa de alcanzar la vida

con lágrimas bañó su faz serena.

Con un vaso de ungüento, los sagrados

pies de Jesús ungió, y él, diligente,

la perdonó (por paga) sus pecados.

Y pues aqueste ejemplo veis presente,

albricias, boticarios desdichados,

que hoy da la gloria Cristo por ungüente.[[836]](#footnote-836)

Respecto a los perfumeros o destiladores de aguas olorosas, en Madrid había varios famosos, como Valerio Forte y Antonio de Espinosa, que se instalaban al lado de la torre de Santa Cruz,[[837]](#footnote-837) pero también era famosa la tienda de perfumes de los Morenos, que aparece en la comedia *La culpa busca la pena*, de Ruiz de Alarcón, cuando el gracioso Motín es atraído por las mujeres gracias al olor:

Motín: Mujeres

hay aquí, y son por los menos

de buena ropa, que dan

tal olor, que es el zaguán

la tienda de los morenos.[[838]](#footnote-838)

Entre los corruptores habría que considerar a los buhoneros, que viajaban de pueblo en pueblo vendiendo sus mercancías. En *El libro de las confesiones*, de Martín Pérez, se habla de los buhoneros que pecan por vender afeites e hierbas. Lope de Vega, en *El mayor imposible*, presenta a un falso buhonero flamenco, que vende por las casas papeles de solimán, y le propone a la criada Celia que, si le abre la puerta para que le compre algo su ama Diana, le regalará a ella “por el dicho corretaje/ dos papeles de alfileres,/ y un poco de lo que sabes,/ que nos aliña los rostros”.[[839]](#footnote-839)

Las mujeres afeitadas son también comparadas por los moralistas con algunos oficios en los que los productos que venden son falsificados, por ejemplo, taberneros, zapateros, fulleros:

Ya se tornan las mugeres como los taberneros que adoban el vino dañado pensando de remediallo con miel y en fin esta peor y paresce xaraue acetoso. Los çapateros viejos dan tinta nueua a los borceguíes traydos para engañar los merchantes vendiéndoselos por nuevos y desta manera ay muchas viejas que se tornan al tinte pensando recuperar aquella primera tez y lustre que les dio la naturaleza siendo niñas y para esto extienden la piel de su cara con trenças y ataduras penosas por desterrar las rugas floxas que trae la edad consigo.[[840]](#footnote-840)

Fray Luis de León no encontraba, como otros moralistas, pecado en el afeite, sino engaño, y, para desengañar a las mujeres que lo usan, personaliza al afeite como “un fullero engañoso, que les da al reués de aquello que les promete, y que como en un juego que hazen los niños, assí él, diziendo que las pinta, las burla y entizna, para que conocido por tal, hagan justicia dél, y le saquen a la verguença con todas sus redomillas al cuello”.[[841]](#footnote-841)

Los autores dramáticos suelen comparar a las mujeres afeitadas y sus enseres con los pintores, a los que superan en la cantidad de colores que guardan en sus tocadores. Lope de Vega dice, por boca de Carrizo, el sacristán de *La buena guarda*, que no hay pintor que pueda imitar tantos colores y cualquier experimentado boticario puede confundirse “con tantos botes y cajetas”.[[842]](#footnote-842) En *Al pasar del arroyo* (v. 1615), hace que Luis le recrimine a su hermana Lisarda que le eche en cara sus galas y pasos nocturnos, cuando las mujeres pasan la vida frente al espejo “con tanta multitud de redomillas/ que no hay pintor que tenga más colores;/ el tiempo que gastáis en hacer mudas,/ el dinero en vestidos y tocados”,[[843]](#footnote-843) además, dice, enriquecen a los mercaderes, que, para atender la demanda de estos lujos para lucimiento del cuerpo, en la puerta de Guadalajara, además de telas, vendían “ámbar que el gusto despierta”,[[844]](#footnote-844) algo que igualmente ocurría en las tiendas de la calle Mayor, para Ezcaray, la más peligrosa por los afeites que despachaban allí: “Ha Madrid! Teme el castigo de Dios, pues consientes se vendan en tus tiendas estos fomentos de la luxuria, y que aya en la Calle Mayor tienda destinada para solimanes, albayaldes, aguas de rostro, resplandor, y otras cosas con que retocan la imagen, que Dios formó: y teman todas las Ciudades, donde ay este veneno”.[[845]](#footnote-845)

Pero no solo Madrid era un gran mercado de perfumes y afeites, la corte de Felipe III, en Valladolid, relacionada por Bartolomé Pinheiro da Veiga en su viaje, tenía las mejores tiendas del mundo, en las que se arruinan los señores porque los mercaderes dan fiado a las mujeres, quienes se abastecen de todo tipo de telas; pero mejor aun son “las tiendas de guantes, brincos y aderezos de mujer, como cadenas, plumas, medias [de seda] y otros artículos”.[[846]](#footnote-846) Para mejor demostrar la abundancia y variedad de dichos artículos, copia una “letanía” que compuso junto con sus compañeros, que no puedo dejar de reproducir aquí:

Arandelas, lechuguillas,

velos, reboços, listones;

periquitos, gargantillas,

plumas, moldes, espadillas;

redes, pecho y cabezones,

tocas, cofias y garvines,

trenzas, nastros, trançadillas,

cintas, bobos y velillos,

guantes de ámbar, jazmines,

de flores, perro y polvillos.

Firmalles y prendederos,

cebollinas, floretillas,

bandas, puños, vueltecillas,

flucques, cintos vivos, seros.

Braçaletes y manillas,

pretinas y trençaderas,

alçacuellos, abanillos,

reboços, leques, arillos,

arracadas y gorgueras,

firmalles y regalillos.

Guantes de Ocaña y de flores,

ligas, medias, çapatillos,

chapines, randas, cintillos,

valonas, apretadores,

piernas, rodillas, tobillos.[[847]](#footnote-847)

Por último, una profesión insólita es la que consigna el jurídico Rojo de Flores, quien se queja de los que se dedican al arte de arrebatar cabelleras a los muertos: “¿Cómo la tumultuaria gritería de los practicantes, enfermeros de hospitales, enterradores de muertos por las baxas extraordinarias, justa recompensa de su vigilancia en proveer a la universal necesidad de materiales para peynados añadidos, peluquines y otras invenciones capilares?”.[[848]](#footnote-848)

**Capítulo 6**

**Tesoros de sabiduría y prácticas femeniles**

**Tratados de belleza y cuidado del cuerpo**

En un libro sobre los afeites no podía faltar un apartado de recetas proporcionadas por muchos de nuestros autores estudiados. Algunos repiten los mismos postulados que los moralistas misóginos; las mujeres dicen haberlas experimentado, y todos ellos se engloban en un gran manual en el que se dan pautas de belleza y cuidado del cuerpo, y que podemos considerar tanto tratados médicos como de cosmética, esta última muy relacionada con las recetas culinarias.

Ovidio (43 a.C.-16 d.C.) es uno de los primeros autores que, en sus *Poemas eróticos*, da consejos y recetas, no sin ironía, para el embellecimiento de las mujeres, a quienes invita a estar listas para la seducción: “Aprended, lindas jóvenes, los solícitos cuidados que reclama un rostro seductor”. Desde el primer libro, *Los amores*, aconseja no teñir los cabellos por el daño que sufren con las tinturas venenosas: “¡con qué docilidad soportaron el hierro y el fuego, al convertirse en rizadas trenzas que se enroscaban en espiral! Yo gritaba: ¡Es un crimen, sí, es un crimen abrasar tales cabellos!, al natural son más lindos; ahorra a tu cabeza la visita del hierro, no los sometas a la violencia, no merecen ser quemados”.[[849]](#footnote-849) Justamente a una peinadora, la que pone “orden y concierto en una cabellera descompuesta”, es a la que el poeta le entrega unas tablillas enceradas para comunicarse con su amada Corina. Esta arregladora de cabelleras, nos explica el traductor en una nota, pertenece a una tercera clase de siervas: la primera ensortijaba los rizos y los bucles de forma artística, la segunda los untaba con sustancias olorosas, y la tercera, la *ornatrix*, era la que terminaba el peinado según los gustos de la moda.[[850]](#footnote-850) En el libro segundo, *El arte de amar*, diserta sobre la fragilidad de la belleza, que disminuye con los años e incita al joven al cultivo de las bellas artes y al estudio de las lenguas: “pon una débil confianza en el prestigio de tu lindo semblante y adórnate con prendas superiores a las del cuerpo”. Para Ovidio, la hermosura es un don del cielo, pero son tan pocas las que lo poseen, que “los afeites hermosean el semblante que desmerece mucho si se trata con descuido, aunque se asemeje en lo seductor al de la diosa de Idalia”.[[851]](#footnote-851) Aconseja no abrumar las orejas con perlas, ni cargar de peso de recamados de oro los vestidos, que les impidan moverse con facilidad, porque lo que realmente es cautivador para los hombres es “el aseo pulcro y el cabello primorosamente peinado”, para lo cual enseña diferentes modalidades según la forma del rostro:

[…] un rostro ovalado reclama que caiga dividido sobre la frente: así lo usaba Laodamia; las caras redondas prefieren recogerlo en nudo sobre la cabeza y lucir al descubierto las orejas: los cabellos de la una caigan tendidos por la espalda, como los del canoro Febo en el momento de pulsar la lira; la otra líguelos en trenzas, como Diana cuando persigue en el bosque las fieras espantadas. A ésta cae lindamente un peinado hueco y vaporoso; la otra gusta más llevarlo aplastado sobre las sienes; la una se complace en sujetarlo con la peineta de concha; la otra lo agita como las olas ondulantes.[[852]](#footnote-852)

Las mujeres, al contrario que los hombres, usan hierbas de Germania para teñir sus canas, y si pierden sus cabellos, compran postizos y no se avergüenzan de comprarlos en público. Aconseja también los colores de los vestidos, según la tez, y da algunos avisos que tienen que ver con los olores corporales y con los afeites:

Casi me disponía a advertiros que neutralizaseis el olor a chotuno que despiden los sobacos y pusierais gran solicitud en limpiaros el vello de las piernas […] ¿A qué recomendaros que no dejéis ennegrecer el esmalte de los dientes y que por la mañana os lavéis la boca con un agua fresca? Sabéis que el albayalde presta blancura a la piel y que el carmín empleado con arte suple en la tez el color de la sangre. Con el arte completáis las cejas no bien definidas y con ticos veláis las señales que imprime la edad. No teméis aumentar el brillo de los ojos con una ceniza fina o con el azafrán que crece en tus riberas, ¡oh, transparente Cidno![[853]](#footnote-853)

Nos anuncia el último libro sobre los cosméticos para “reparar los estragos de la belleza” o de los que tienen necesidad las feas, pero todo debe hacerse en secreto, porque el amante puede experimentar el asco de los afeites con la vista y el olfato, por lo que es necesario que el acto de acicalarse se haga en soledad y no se dejen ver los frascos de los mejunjes para embadurnar la cara: “¿A quién no apesta la grasa que nos envían de Atenas extraída de los vellones sucios de la oveja? Repruebo que en presencia de testigos uséis la médula del ciervo u os estreguéis los dientes: estas operaciones aumentan la belleza, pero son desagradables a la vista”.[[854]](#footnote-854) Por último, aconseja el rojo de la púrpura para las de piel pálida y para las morenas, la sustancia que se extrae del pez de Faros.

En el tercero, *El remedio de amor*, es donde acaso Ovidio se muestra más misógino, irónico y escatológico, como lo hará también Quevedo, porque, para ahuyentar el amor, incita a los hombres a que se oculten y sorprendan a su amada haciendo sus necesidades o “en el momento de embadurnarse la cara con las drogas que al efecto preparó. Allí descubrirás sus frascos con mejunjes de mil colores y verás fluir la grasa sobre su cálido seno. Aquellas drogas, ¡oh, Fineo! Apestan como los manjares de tu mesa, y más de una vez han revuelto con las náuseas mi estómago”.[[855]](#footnote-855)

En el cuarto, *Los cosméticos*, da consejos a las mujeres en los que el arte mejora a la naturaleza. Las instruye a pulirse y componerse para salir a la pública expectación y no permanecer en casa. A pesar de que diserta sobre la belleza caduca y la menoscaba en favor de la virtud siempre fresca, también alienta —en una suerte de *Carpe diem*— a la mujer a gozar y engalanar su cuerpo; para ello da una serie de recetas, cuyo número ignoramos por estar incompleto el manuscrito, pero se han conservado tres. La primera es para el brillo de la tez:

Ea, ven y aprende en mi arte de qué modo brillará tu cuerpo con blancura deslumbrante así que tus miembros delicados sacudan el sueño. Limpia de paja y cascarilla los granos de la cebada que los labriegos de Libia cargan en nuestras naves, reúne de ellos hasta dos libras y añádeles igual peso de granos de algarroba humedecidos por una docena de huevos, y luego que el viento seque estos ingredientes, haz que una calmosa borrica los triture con la muela de piedra. Machaca el cuerno que se le cae al ciervo a la llegada de la primavera, pon la sexta parte de una libra en la masa, y cuando la hayas reducido a finísima harina, ciérnela en seguida en el cóncavo tamiz, añadiendo doce bulbos de narciso sin corteza, que una mano vigorosa desmenuce en el mortero de mármol, y dos onzas de goma y espelta de Toscana mezcladas con una cantidad nueve veces mayor de miel. La que pula su cara con este cosmético la pondrá más resplandeciente que un espejo.[[856]](#footnote-856)

La segunda sirve para quitar las manchas del rostro:

No vaciles en tostar los pálidos altramuces y las habas que hinchan el cuerpo, y de unas y otras toma seis libras por partes iguales y échalas en la muela que las reduzca a polvo. Tampoco olvides el albayalde, la espuma de nitro rojo y el iris que procede de Iliria, que deben macerar brazos fuertes y robustos, sin que pesen más de una onza después de triturados, y mezclándolos a la materia con que el alción quejumbroso traba su nido, y que se llama alcionea, conseguirás que desaparezcan las manchas del semblante. Si me preguntas qué cantidad estimo necesaria, te contestaré que basta la mitad de una onza, y para ligarlas y que se adhieran a la piel, conviene que las aderece la miel de Ática, como se coge de los áureos panales.[[857]](#footnote-857)

La tercera es útil para eliminar los granos, entre otras cosas, y para suavizar la piel:

Aunque el incienso complace a los dioses y aplaca sus iras, no todo se ha de consumir quemado en sus altares; cuando lo revuelvas con el nitro, a fin de secar las granulaciones de la tez, emplearás un peso igual a cuatro onzas del uno y del otro, menos de una cuarta parte de goma arrancada a la corteza del árbol, con el volumen de un dado de crasa mirra, y después que tritures la confección, pásala por espeso tamiz y traba su polvo con un poco de miel. Así da gran resultado revolver el hinojo y la mirra bien oliente; nueve escrúpulos de ésta piden cinco de aquél, con un puñado de rosas secas, sal de amoniaco, e incienso macho; rocía la mezcla con la crema de cebada y que el peso del amoniaco y el incienso iguale al de las rosas. Frota breves momentos tu cara con tal cosmético, y en seguida la hermoseará un brillante color. Yo vi a una muchacha que humedecía las adormideras en agua fresca, las reducía a polvo y suavizaba con ellas sus tiernas mejillas.[[858]](#footnote-858)

Ovidio se nos desliza en estas recetas como un ser ambiguo que no vacila en ayudar a las mujeres con consejos de embellecimiento, pero su misoginia es extrema en muchos casos, como hemos visto.

Sometidas o no a la opinión del varón, las mujeres medievales se dedicaron al cultivo de su cuerpo y crearon sus propios tesoros de belleza rebosantes de remedios. Varios son los tratados clásicos y medievales sobre los cuidados del cuerpo femenino:

Galeno, en su libro de la composición de los medicamentos, accesible en la Europa latina del siglo xiv, en la versión de Nicolo da Reggio, cita un tratado de Cleopatra sobre cosmética, le atribuye la autoría de numerosas fórmulas para el tratamiento del pelo (Galeno, 3, col. 432, col. 450) […] En la misma obra Galeno cita también a una tal Elefantis como autora de un tratado sobre la alopecia (Galeno, 3, col. 427).[[859]](#footnote-859)

Montserrat Cabré aduce otro caso de Galeno de una médica pagana del siglo iv, que, entre sus recetas ginecológicas y de estética del seno, tiene también pasajes dedicados a la cosmética, a la perfumería y a los afrodisíacos.[[860]](#footnote-860)

Del siglo xii, destacan dos nombres de mujeres sanadoras: Trota o Trótula de Salerno e Hildegarda de Bingen, estudiadas por Mónica Green, quien, a lo largo de la historia de la medicina, ha puesto sobre la mesa las discusiones sobre la existencia de Trota y sus tratados médicos. No sucede lo mismo con Hildegarda, cuya *Physica* se conserva en cinco manuscritos y en ocho versiones fragmentarias.[[861]](#footnote-861) Se trata de dos mujeres sabias, cuyo saber empírico fue alabado por Johannes Schottus.[[862]](#footnote-862)

El tratado llamado *Trótula*, después de los asuntos médicos ginecológicos, se ocupa de los cuidados del cuerpo y del rostro:

Encontramos allí productos para blanquear o colorear la cara, cuidados para atenuar las arrugas, las manchas de la piel, las nenas del rostro. Veamos las recetas referidas al sol: Señalemos un singular ungüento eficaz contra las quemaduras del sol y contra cualquier grieta causada, sobre todo, por el viento y contra las espinillas producidas por el aire y también contra las marcas y arañazos, ungüento del que se sirven las damas de Salerno.[[863]](#footnote-863)

Hay también recetas para “blanquear los dientes ennegrecidos, sanear las encías y purificar el aliento”, que elaboraba según un procedimiento que vio hacer a una mujer sarracena, lo cual nos indica la fuerte influencia árabe en estas cuestiones estéticas: “Tomaba unas hojas de laurel y un poco de musgo y mandaba a las mujeres que lo mantuviesen bajo la lengua para que no se notase el mal olor de su aliento. También yo lo aconsejo: que la mujer guarde debajo de la lengua este remedio día y noche, sobre todo cuando tenga que realizar el acto sexual con alguien”.[[864]](#footnote-864)

De Hildegarda de Bingen, rescatamos su *Libro sobre las propiedades naturales de las cosas creadas* o *Libro de medicina sencilla*, que trata de la utilidad que los humanos pueden extraer de la naturaleza para curar sus enfermedades, siempre que se goce de una buena salud espiritual. Dividido en nueve libros: plantas, elementos, árboles, piedras, peces, pájaros, animales, reptiles y metales, no encontramos exactamente en este compendio de sabiduría natural ninguna receta de cosmética, pero entre los remedios se pueden espigar algunos consejos de cuidado corporal que, además, aporten belleza, por ejemplo, cómo tener un bello cutis: “Si tiene la piel de la cara dura y rugosa, y se pone áspera fácilmente con el viento, cueza cebada en agua. Con este líquido, filtrado a través de un paño y moderadamente caliente, lávese suavemente la cara. La piel se volverá suave y lisa y tomará un bonito color”.[[865]](#footnote-865) De la mezcla de práctica y superstición se van creando consejos que ayudan a paliar ciertas dolencias a los enfermos, pero donde verdaderamente se alcanza un nivel mágico (hay que hacer ciertos conjuros a la luz de la Luna) y supersticioso (el Diablo aparece por todas partes), mezclados ambos con la invocación a Dios y la presencia religiosa (“a menos que Dios no lo desee”), es en el libro IV, dedicado a las piedras, entre las que la amatista posee la virtud de embellecer:

Quien tenga manchas en su cara debe humedecer una amatista con su saliva y frotarla encima de sus manchas. También, caliente agua encima de un fuego y sostenga la piedra encima del agua. Mezcle el sudor que sale de ella con el agua. Entonces ponga la piedra en el agua y lave con ella su cara. Si lo hace a menudo, su cara tendrá la piel suave y buen color.[[866]](#footnote-866)

Entre las propiedades animales, que en muchos casos sirven para combatir la lepra o la peste, también se rescatan algunas partes para paliar el acné, como una materia verde que el cangrejo crea en su cabeza y que mezclada con mantequilla y lavada luego con vino deja la piel bonita sin erupciones.[[867]](#footnote-867) El hinojo, la nuez moscada y hierbas de buen olor o bien los fritos del melocotón machacados, regaliz, pimienta y miel cocido con vino curarán la fetidez del aliento.[[868]](#footnote-868)

El siglo xiii nos ofrece dos maravillas que podrían clasificarse genéricamente en los *regimina sanitatis*, es decir, las obras que tratan de la higiene, del cuidado y del bienestar del cuerpo. En medio de una serie de recetas y remedios mágicos, a base de herbolaria o partes de animales, para embarazarse, restaurar la virginidad, recuperar el flujo menstrual, metaforizado en “las flores de las mujeres”, abortar, expulsar la placenta, calentar la madre o retener al amante con fórmulas de amor, hay también un excelente material de usos cosméticos en una compilación hebrea, *Sefer ahabat nasim*, traducida como *El libro de amor de mujeres*, dedicado a la salud femenina y al cuidado de la belleza, con recetas para eliminar el vello, otras tantas para combatir la alopecia o para poner rubios los cabellos, una de las cuales coincide con el ingrediente de ceniza de sarmientos que usaba Celestina.Otros cuidados están dedicados a las enfermedades y plagas de la cabeza, como los piojos, las costras y las llagas, para cuyos remedios se requieren, además de las hierbas, aceite, vino o vinagre para hacer ungüentos, partes de animales como sangre de murciélago, huevos de hormigas, cabezas de garzas, ratones, cabeza y cola de búho, ranas pequeñas verdes, excremento de cabra, hígado y sangre de cerdo, sangre de lagarto, uña de caballo y cabeza de zorro, ingredientes propios del caldero de alguna bruja.

En las recetas para fabricar afeites que blanqueen la cara y eliminen las manchas y las pecas, se utilizan también algunos remedios animales, como un gallo castrado, excremento de lagartija, sangre de liebre y verga de toro, pero, afortunadamente, los demás ingredientes son destilaciones de aguas olorosas de diferentes flores: violeta, rosa, sambuco; miel, especias de olores aromáticos: cinamomo, nuez moscada, incienso; tela blanca de lana, leche de cabra blanca, clara de huevos, piedras preciosas y minerales: zafiro, sal gema, ámbar gris, coral blanco, cristal, porcelana marina, limaduras de oro. Esta variedad de ingredientes animales, vegetales y minerales apunta a que algunas de las recetas requieren un procedimiento complicado y laborioso, con varios días de maceración; diferentes cocciones y destilaciones; ingredientes costosos y utensilios de plata, pero aseguran su efectividad:

El que llaman aceite de mirra, que en la Tierra de Ismael lo hacen así: toma cuatro onzas de mirra roja y haz pasteles pequeños con un poco de vino blanco; cada uno de ellos, hasta hacer siete, de una medida de un dracma. Después machácalos y ponlos al sol en una vasija de cristal. Añade una libra de aceite de almendras dulces; y de aceite hecho de semilla de calabaza y aceite hecho de semilla de encina, una onza y media de cada uno. Mezcla todo y déjalo al sol cuarenta días. Después viértelo en una vasija de plata y métela dentro de una olla de agua hasta que la mirra se deposite abajo y el aceite quede arriba. Después de esto, ponlo al sol tres días. A continuación, fíltralo, saca el aceite con una cuchara de plata y viértelo en copas pequeñas. Este aceite es bueno para aclarar la cara y ponerla resplandeciente, para eliminar las pecas y suavizar las arrugas, e incluso aunque ella tenga noventa años, se volverá como de veinte.[[869]](#footnote-869)

Para la blancura de los dientes y el mal olor del aliento se proponen especias aromáticas, cáscaras de granada, pistachos y nueces; hierbas frescas como el orégano, el cilantro y el poleo; anís y melisa, mucho más saludables y agradables que lo que proponía Ovidio a las mujeres de mal aliento: no hablar en ayunas.

Para echar en el agua del baño y combatir el sudor y el mal olor de cualquier parte del cuerpo, se aconsejan otras hojas e hierbas como mejorana, melisa y salvado, de tal manera que “todo su cuerpo desprenderá buen olor, como el olor de la caña aromática y la canela”.[[870]](#footnote-870) No podemos dejar de mencionar una de las insólitas recetas de este curioso compendio hebreo, la que sirve

[…] para empequeñecer los pechos grandes y hacerlos duros si están arrugados: toma la sangre de los testículos castrados de un cerdo, polvo de talco —que es una sal nitro dulce que viene de Egipto, y es blanca y clara— y harina de habas; haz un emplasto con zumo de ortiga y aplícalo sobre los pechos; después toma una placa fina de plomo y colócala sobre [los pechos]. Que los lave siempre con agua de ortiga y aceite de arrayán.[[871]](#footnote-871)

La otra obra del xiii es de Aldebrandín de Siena, *El régimen del cuerpo*, en la que se promulga que la buena salud del cuerpo se mantiene a través de la práctica, y divulga una serie de consejos sobre los cuidados de sus diferentes partes. Sobre los cabellos y su caída, se mencionan los alimentos que deben tomarse para evitarla, las maneras de lavar la cabeza y untarla con aceite de rosas y de mirto o ungirla con ládano fundido en vino y mezclado con aceite de almáciga; si es invierno, las flores de adormidera desleídas en aceite de oliva retienen la caída del cabello; sin embargo, el recurso más eficaz y probado, puesto que este médico es defensor de la práctica más que de la teoría, “es coger abejas de las que hacen miel, quemarlas sobre una teja caliente, pulverizarlas y mezclar el polvo resultante con aceite de oliva. Se ungirá la cabeza con esta pasta, cuidando de que no toque la cara ya que haría nacer vello en ella”.[[872]](#footnote-872)

Varios consejos se dan también para teñir los cabellos de diferentes colores con unos ingredientes tan sulfurosos que habría que dar la razón a los moralistas que decían que ciertos productos usados por las mujeres eran infernales y venenosos: el azufre o el oropimente, que es sulfuro amarillo de arsénico natural, triturado y mezclado con aceite de oliva, los enrubia o vuelve amarillos, pero, si se quieren rojos, se emplea azafrán cocido en lejía o bien

[…] hay que filtrar lejía en cenizas de sarmiento y dejarla reposar durante un día, después tomar diez dracmas de altramuz, cinco de mirra clara y bálsamo, tres de flores de sauce y añadirle tres dracmas de vino seco; triturarlo todo y empaparlo con lejía; por la noche, antes de acostarse, untad los cabellos con ello y por la mañana, enjuagadlos.[[873]](#footnote-873)

Para volverlos negros, se necesitan acacia y corteza de nuez verde, remojadas en vinagre y untadas en la cabeza, y para blanquearlos “hay que hacer una pasta a base de hígado de alondra triturado, semilla de rábano y un poco de azufre, mezclado con vinagre y hiel de vaca. Se unta con ello la cabeza, procurando que los cabellos se ahúmen con el humo que desprende el azufre”.[[874]](#footnote-874)

Igualmente da una serie de recetas para depilarse el pubis u otros sitios con dos partes de caucho, una de oropimente, lo cual se mantiene en el fuego hasta que se meta una pluma y salga pelada, se le añade cera y se hace un ungüento, al que se le puede dar un buen olor añadiéndole clavo, incienso, musgo, etcétera; como estos ingredientes irritan la piel, hay que untarse luego aceite rosado o violeta mezclado con clara de huevo y grasa de cerdo sin sal; si no se desea que vuelva a nacer el vello, se aplica sangre de tortuga, de murciélago o de rana, o bien es necesario lavarse la zona con vinagre en el que se haya cocido beleño blanco y negro, mandrágora y perejil.[[875]](#footnote-875)

Hay recetas para blanquear los dientes y perfumar el aliento; entre varias, se puede elegir la que propone de “cuatro dracmas de estos productos: *galia muscata*, espuma de mar, sal tostada y cuerno de ciervo; dos dracmas de: alumbre, nitrato de potasio, manzana roja, agalla y flores secas de granado; y un dracma de los siguientes productos: *spodium*, lavanda, costo, madera de áloe y cardamomo. Trituradlo todo y frotaos los dientes con ello”.[[876]](#footnote-876) Y otras que pertenecen por completo a la cosmética, como blanquear la piel y limpiarla, volver el cutis fino y blanco.

El color del rostro se altera con ciertas enfermedades, por los efectos del Sol y el aire, por una higiene escasa o “por frecuentar demasiado a las mujeres”; pero el buen color también se recupera: “el ejercicio físico, correr moderadamente, la alegría, el regocijo, cantar, oír, música, el éxito y frecuentar personas bien vestidas y agradables dan al rostro un color claro y sonrosado”;[[877]](#footnote-877) todo esto se consigue desde el interior del cuerpo. Algunos de los consejos que propone inmediatamente pertenecen a la cosmética por entero:

Para blanquear la piel y limpiarla, tomad en primer lugar ajenjo y vaina de cebada o de avellana y lavaos con ello el rostro por la noche antes de ir a la cama y por la mañana enjuagaos con una infusión de salvado de trigo o bien: Tomad una onza de los siguientes productos: harina de habas, raíz de flor de lis, granza y cola de pescado fundida y disuelta en agua. Se pulveriza todo haciendo una especie de ungüento que se aplicará en la cara por la noche, y se enjuagará por la mañana con agua caliente.[[878]](#footnote-878)

El agua de rosas y las flores de habas son los ingredientes que más se repiten para volver el cutis suave, fino y blanco.

De comienzos del siglo xiv es el *Lilio de Medicina* (1305), de Bernardo de Gordonio, un médico del Mediodía francés, elogiado en el prólogo de los *Cuentos de Canterbury* por Geoffrey Chaucer y citado por Sempronio en *La Celestina*, que enseñó en Montpellier “las doctrinas médicas de la escuela de Salerno”.[[879]](#footnote-879) Difusor del tratado de Avicena, *Canon medicinae*, donde se trataba el *amor hereos* o la enfermedad de amor,[[880]](#footnote-880) y concebido como libro de texto para los alumnos de medicina de Montpellier, este tratado médico conjuga ciencia, religión y superstición, además de varias perlas de sabiduría popular, creencias maravillosas y algunas recetas de afeites dignas de consignarse, que, aunque autorizadas científicamente, llevan su dosis de moralina. Su traducción al castellano data de 1495, en Sevilla, de la que tomamos las siguientes recetas para teñir los cabellos de diferentes colores y para cualquier tratamiento y embellecimiento de los mismos:

Vengamos a las tinturas, e mayormente para las mugeres porque parezcan bien a sus maridos e porque ellas no parezcan viejas ni antiguas. Los materiales que tiñen los cabellos en prieto son estos: agallas quebrantadas e fritas en azeyte, nuez de aciprés, las cortezas de las nuezes, las de fuera antes que sean duras, las ramas de las hauas, limadura de fierro, agrimonia, las caxcaras de las avellanas quemadas, lagarteznas verdes, cortadas las cabecas e las colas, e cortezas de granadas dulces, alumbre cobre quemado, alquitira quemada, cal biva e xabón morisco, azeyte de nuezes e sus semejantes. La manera de la recepta es que tomemos algunas cosas de las sobre dichas con agua de lluvia desfechas e úntense los cabellos; o se desfagan con azeyte de nuezes, e assí se podrá fazer pasta o agua o otra cosa; e úntese los cabellos e serán mucho negros. Pero desta obra te debes mucho de guardar de la cabeça, que commo estas cosas sean por lo más frías estípticas que mejor es tener un poco de verguença loca, *id est* de tus canas, que no se cause con estas cosas un dolor perpetuo en la cabeca, o por aventura mayor canez, *scilicet*, por parte de dentro. E debes de notar que la alheña es de tal virtud que, si la desfazen con azeyte añejo, ennegrece los cabellos; e si la desfazen con vino tinto, faze los bermejos; e si con vino blanco faze los cabellos rubios. Si quisieres emblanquecer los cabellos, faz lexía de los tronchos de las coles e pongan dentro alumbre e lávese la cabeca muchas vezes; este lavamiento prepara los cabellos, por razón del alumbre, para tomar todas las colores; e esso mesmo en esta lexía desfagan camphora e se farán más blancos; e si se safumaren con piedra çufre faze esso mismo, porque el sahumerio fecho con piedra çufre enblanquece; e aquesto parece por la flor de la dormidera bermeja e de la rosa bermeja, si la sufumare con piedra çufre. Si quisieres fazer los cabellos rubeos, pongan en la sobre dicha lexía fojas de box e sus raeduras e celidonia e paja de cebada e de avena e de atramuzes e salitre e Farina de garbanzos. Si los quisieres fazer rubios, pongan en la sobre dicha lexía flor de cantueso e de retama. Si quisieres quitar los cabellos, fagan primero estufa e después sea emplastado el lugar con psilotro fecho de cal biva e oropimente; fierva todo en agua fasta que la pluma que le echaren dentro se desplume e pele toda; e si fuere mucho espesso, añadan un poco de orina; e después laven el lugar con agua caliente. E si fuere rico, añadan ay almizque. Si quisieres que los pelos no crezcan, unten el lugar con olio de iusquiamo (beleño) e de mandrágora o de opio o de sangre de piojos o de rana verde o de morcielago. Si los quisieres adelgazar e ablandar, fagan esto con decoción de yeros e de atramuzes e fiel de toro e espuma de mar e nitro, coloquíntida y áloe. Si quisieres fazer los cabellos crespos: Recepta: cal biva, litargirio lavado, agallas, ana oncas. ij: fágase todo polvos e sea desfecho con çumo de arrayán; e unten con ello los cabellos e átenlos. Si quisieres fazer xabón e que la cabeça muchas vezes se lava con xabón, bueno será que sepamos fazer xabón: primeramente fagamos el capitelo; e el capitelo se faze con dos partes de ceniza de las ramas de las havas e la tercia parte de cal biva; e infúndase todo en agua, a manera de lexía, e cuelese; e lo que se destilare, aquel es el capitelo. El xabón morisco se faze de dos partes de este capitelo e una parte de azeyte de olivas. El xabón gálico se faze de dos partes deste capitelo e la tercia parte de sebo de carnero. Pues no es maravilla si el xabón abstenga e alimpie, e por aquesto se fazen supositorios de xabón gálico.[[881]](#footnote-881)

Otra para lavar los dientes que tienen mal color, es decir, para blanquearlos:

Lávense los dientes y la boca con vino de decoción de mastrantos (mastranzo) e pimenta; e use esta medicina, agora por manera de polvo con que se freguen los dientes o por otras maneras: Recepta: huesso de xibia e conchas de la mar blancas, espuma de mar, nitro, porcellanas, alumbre, aristologia redonda, salgema, raíces de cañas quemadas, cebada tostada, piedra azufre quemada, cinamomo, pimienta luenga, cuerno de ciervo quemado; de aquestos: Recepta: uno o muchos, que mucho clarifican los dientes porque non se podrezcan nin se corrompan.[[882]](#footnote-882)

Gordonio es seguidor de san Agustín, porque piensa que las mujeres deben agradar a sus maridos y “porque ellas no parezcan viejas ni antiguas”. El último capítulo del libro trata “De los afeytes de las mugeres”, a los que califica de medicina que “absterge e alimpia e enblanquesce e maravillosamente fermosea la cara e torna la llana e ygual e graciosa a qual quier que la mirare”:

Medicina para afeytar las mugeres: E sy se finiere por gracia de los varones, suffridero es. Recepta: rayz de lirio, rayz de serpentaria, yarro garvanços descaxcados, arroz, almidón, alvayalde lavado, xabón gálico, ana. Onças. ij., pónganlo en olla nueva e cubierta en cuézanla en el forno e después mélenlo; después toma alquitira e goma arábiga, ana. Onça. Ij; sean puestas a remojar en agua de flores de favas; entonces toma e pónganlos a remojar en agua de limones fasta que se puedan malaxar; entonce toma borax, onça media; sea todo molido e con una pequeña cantidad de enjundia de puerco fresca sea fecho quasi ungüento; e quando lo quisieres usar, unte toda la cara de noche e en la mañana lávela con agua tibia de coladura de salvados.[[883]](#footnote-883)

Melecina para fermosear. Recepta: limones e pártanlos en quatro o en más partes e cuezan los en vino blanco; e con aquel vino, lávese la cara.

Otra medicina para fermosear. Recepta: limacias nueva sin conchas e pónganlas en vaso de vidrio e derramen encima polvos de salgema e agua de limones e cúbranlo e esté al sol fasta que se torne commo ungüento; e úntese la cara, que maravillosamente la alimpia; e después lávese la cara con agua de las flores de la havas.

Medicina para fazer bermejas las maxillas. Recepta: alumbre el brasil e los granos de los quales se faze el bermejo; e muélanlo todo es destiempenlo con agua de vino distilada; e con una pluma unten el lugar que quisieren enbermesjecer. E si añadiere una mucho pequeña quantidad de agua de sal armoniaque, la color será más durable e más afincada; e guárdense de esta agua, que todo cuerpo conrroe: por esso, pongan la en muy pequeña quantidad, que en otra manera sería medicina corrompedera; e por raçón de la quantidad, mejor es provallo en el braço antes que lo pongan en la cara.[[884]](#footnote-884)

Otro tratado del xiv dedicado a las mujeres es del mayordomo de Alfonso el Magnánimo, el valenciano Manuel Dies de Calatayud, *Flores del tesoro de la belleza*. *Tratado de muchas medicinas o curiosidades de las mujeres*, que contiene recetas de sustancias depilatorias, blanqueadoras y olorosas, para las partes íntimas y el aliento; remedios para aparentar la doncellez, estrechando la natura con mirra fresca, agallas y cal, y otros muchos consejos necesarios “para que de él os podáis servir y ayudar para el cuidado y socorro de vuestras personas y gentilezas cuando, por algunos accidentes que ocurren, veáis las dichas gracias disminuidas”.[[885]](#footnote-885)

Del siglo xv, se conserva, en la Biblioteca Palatina de Parma, un manuscrito llamado *Manual de mugeres en el qual se contienen muchas y diversas receutas muy buenas* (1475-1525), en el que, además de medicina y de cocina, hay algunas de cosmética, todas ellas necesarias para el buen desenvolvimiento de la vida diaria, además de que la cosmética estaba estrechamente relacionada con la medicina desde Galeno, quien distinguía entre una cosmética natural, para proteger la belleza natural, y otra artificiosa, con la que se obtendría una belleza antinatural y falsa.[[886]](#footnote-886) Respecto a la relación con la cocina, no hay más que repasar el vocabulario cu-linario que se refiere a las mujeres afeitadas: perejiladas, adobadas o aliñadas, o a los hombres: escabechados, porque ponen sus canas en escabeche. En la *Lozana*, como vimos, se decía que una cortesana daba cada noche de cenar a la cara para referirse a los afeites que se untaba. Y es que los utensilios para elaborar estas recetas eran los mismos que se usaban en la cocina: “el almirez, diferentes tipos de vasos de oro, de plata, de vidrio, la redoma, el alambique, cazuelas, escudillas, ollas, paños de lino, de tafetán, mechas de lienzo, de algodón, etc. Pequeños laboratorios y grandes cocinas donde se elaboraban todos los preparados para embellecer a la mujer, y curar y alimentar a la familia”.[[887]](#footnote-887)

En el curioso *Livro de receptas de pivetes, pastilhas e uvas perfumadas y conserbas*, de la Biblioteca Nacional de España, probablemente del siglo xvi, porque, como bien ha visto Pérez Samper, en una de las recetas se alude a la “Emperatriz”, es decir, a doña Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, y también a la “Reina”, que podría ser la infanta española, doña Catalina, casada con Juan III, que reinó en Portugal de 1525 a 1557,[[888]](#footnote-888) hay variedad de recetas de diversas caligrafías para hacer pastillas, aguas de flores, jabones de Nápoles e, incluso, algunas son de mujeres nobles, como la condesa de Puñonrostro, que hace pastillas y sebo para las manos; encontramos memorias para volver negros los cabellos blancos, para hacer almohadillas de perfume; hay incluso recetas para sanar a los que están locos, con simientes de ortigas y de ruda, con culantro o la grana del poleo, y, además, conservas, miel rosada en hojas, azúcar rosado, bizcochos, almíbar de membrillos. Entre todas ellas, nos interesan las que usan las mujeres para blanquear sus manos usando sebo de cabrito:

Hase de tomar el sebo de cabrito y labarlo en muchas aguas y desbenarlo mucho y enxugarlo del agua con un paño. Hase de masar buen rato. Hase de cocer en un cacito, o en una cosa bidriada, ase de hechar al cocer un poco de agua de olor y de çumo de lima, y de que bean que esta gastada el agua, tener en otra escudilla otro poco de çumo de limas y de aguas de olor y para hecharlo a donde se ha de echar colarlo por un pañiçuelo delgado.[[889]](#footnote-889)

Muy parecida es la receta del sebo de manos que hace la condesa de Puñonrostro, pero ella usa ingredientes de tres animales: cabrito, riñonada de ternera y cabrón:

Hanse de quitar todos los pellejitos del sebo y no se ha de lavar porque se moece sino majarse luego en un mortero de mármol y derritirse en una olla bidriada y colallo y batirlo con la mano hasta que quede muy blanco y elado y haran las pellas del tamaño que quisieren, yo lo hago de riñonada de ternera y de cabron cada cosa por si y tornase a majar tanto de uno como de otro y lo de cabrito se derrite en una pieça de plata sobre una olla de agua que este hirviendo y luego se ha de colar y Batir como estotro y majar todos tres sebos juntos y tornarlo a derritir como el sebo de cabrito y batirlo, otra vez, y tornar a hazer sus pellas. Tambien dizen que es bueno que lleven sebo de carnero, no lo he provado.[[890]](#footnote-890)

Otra para hacer polvos para los dientes: “Quemar unas rayces de romero y quando esten quemadas matallas con bino blanco y unas cascaras de guebo quemadas y alumbre quemado y quando se den con ello en los dientes adeser con un trapico moxado en aceyte y enjaguarse [*sic*] con bino blanco y después de quemado todo esto molello y comello”.[[891]](#footnote-891)

Por último, otra para hacer guantes de polvillos:

An de tomar la mosqueta lo que es flor y granillos amarillos y majarlo y hacerlo unas tortas a manera de pastillas y secarlas y de que esten muy secas, alas de moler y cerner con un cedaço espeso […] Para un par de guantes se ha de hazer confacion de un adarme destos polbos y otro de polbillos y otro del almizcle y otro de algalia y majarse todo junto mucho y tener un poco de agua rosada hu (o) de flores hirbiendo en una porcelana y hechar alli esta confacion y que cueça un quarto de ora a lumbre mansa y apartarlo para que se enfrie un poco y ponerlo sobre unos guantes de ambar blanco y antes de que se acaben de secar entrenles un palo en cada dedo y a fuerça denles lustre como quando se pone la confacion y entonces se caeran los polbillos que se huuieren de caer y ponganles un poco de alquitiva y esta es la mejor manera de hazer estos guantes.[[892]](#footnote-892)

Otro libro de recetas, que no podemos datar con seguridad, custodiado por la Biblioteca Nacional de España, conjunta los potajes y guisados de cocina, la repostería, la cosmética y la medicina, con cierta dosis de superstición, puesto que se dan oraciones, que si se traen siempre consigo,

[…] no morirá de mal de coraçon ni mal de rabia ni supitamente ni en poder de justicia ni en fuego ni en agua ni en batalla sino antes sera bencedor de sus enemigos y si alguna persona estubiere endemoiniada pongansela en la cabeça y al punto sera libre y si estubiere de parto aciendo lo mismo parira luego y tengan por cierto que cuarenta dias antes que mueran veran la cara de la biergen nuestra señora; esta aprobada por la inquisición y fue hallada en el santo sepulcro de Jerusalen en unos paños penetrables.[[893]](#footnote-893)

Entre las recetas, aparecen costumbres de economía doméstica, como las medidas de lienzos de lino o de cáñamo con las que se hacen sábanas, manteles, paños de mesa y toallas, como si se tratara de recuentos de ajuares femeninos con nombres propios: doña Ana y doña Petronila. Las más sobresalientes son las de adobar guantes de todos los colores.

Por último, la Biblioteca Nacional de España custodia otro libro, *Recetas experimentadas para diversas cosas*, que es el manuscrito 2019, y aparece datado entre 1601 y 1700, donde se mezclan recetas, memorias o memoriales, útiles para la medicina, la cocina y la cosmética, pero también remedios contra venenos, por ejemplo, para la mordedura de serpiente. Algunas recetas se hacen en el convento de Santo Domingo el Real, en el centro de Madrid; otras tienen dueña, como las atribuidas a Elvira de Castejón, a doña Felipa, a doña Isabel, a doña María Girón, o la que recomienda se hagan “como se hazen los pasteles en casa de la Condessa de Oropesa”.[[894]](#footnote-894) Abundan las aguas de olor, memorias para hacer pebetes, cazoletas, pasticas, pomas de ámbar, almohadillas de rosas, mieles y aguas para el rostro junto a otras culinarias para hacer mermeladas o duraznos en conserva, y otras “para hazer Medecinas”, para quien tuviere papo, sarna o mal de madre. Algunas más insólitas, como la que se recomienda para los oídos, por si sienten ruidos en la cabeza o para hacer hilo blanco. Enrubiar el cabello, engrasar o adobar guantes, quitar pecas, paño u otras manchas y miles de aguas para el rostro se dan cita en este magnífico tesoro hecho por diferentes manos y escrituras.

Estos tratados, tanto médicos como de belleza y cuidado del cuerpo, nos han legado valiosas recetas y consejos de salud. En todos ellos la belleza y la misoginia van de la mano con el buen o mal uso de los afeites. No enmendar la obra de Dios, no ocultar la vejez, agradar al marido son los postulados que los moralistas religiosos prescriben para las mujeres, pero ellas desobedecen y procuran remedios, perfeccionan fórmulas en los morteros y alquitaras de sus cocinas con el fin de obtener un buen sebo para las manos, aguas para el rostro, pebetes de olor, ungüentos, perfumes y otras múltiples recetas para embellecerse y permanecer jóvenes.

Los tratados médicos con capítulos dedicados a los afeites también se producen en la Nueva España, pero ya con las medicinas y las plantas del Nuevo Mundo; tal es el caso del de Johan de Barrios, *Verdadera medicina*, que data de 1607 y que estudió en Madrid con el doctor Fragoso, aunque también cita como sus fuentes a Galeno, Avicena y Dioscórides, entre otros. En forma de diálogos entre el propio doctor y sus amigos Robles y Ferrer, se estructura esta obra a través de una serie de preguntas y respuestas, en el tono de los diálogos renacentistas, sobre diversas enfermedades, la gordura y la flacura, y remedios del Nuevo Mundo, tales como los baños salutíferos del Peñón, los polvos de Michoacán o la purga de Xalapa, pero el que atañe a nuestros propósitos es el libro tercero, dedicado por entero a los afeites. Le preguntan acerca del buen color del rostro, que ha de ser blanco con mejillas coloradas, y, además de explicar las complexiones y la sangre, según los tipos de colores del rostro, da algunos consejos para volverlo blanco: buenas comidas, buen vino, los higos, los clavos y el azafrán; también algunas medicinas como los mercuriales, los sueros, el jarabe de nueve infusiones, el ruibarbo, los mirabolanos, etcétera. Recomienda frotar la cara con un paño áspero, para después untarse “harina de garuanços, de habas, de cebada, y de almendras, de simiente de rabanos”[[895]](#footnote-895) y luego lavarse con agua de violetas, aunque lo mejor es vivir contento, no tener enojos, vivir sano y tener de comer.

Muchas más preguntas le hace Robles sobre las postillas, las verrugas, la sarna, las heridas, pero al llegar a la caída del cabello, aconseja lavarse con cocimiento de manzanilla o untarse con cebollas o bien da una receta un tanto agresiva: “punzar el lugar donde no ay pelo con punta de lanceta muchas veces; y después se a de tomar abrotano, vientres de cantaridas, tres dramas, ladano que es resina de jaras, vnu onça, cascaras de avellanas, dos dramas, con azeyte añejo se haga un vnguento, moliendo todas las cosas dichas, y con este vnguento se an de untar el lugar”. Más desagradables son los remedios para la alopecia, por tener que untarse con estiércol de ratones deshecho en vinagre o cabezas de ratones quemadas, con miel y ceniza de abrótanos; o las enjundias de oso o jabalí; o los mosquitos que se crían en el vino o las moscas quemadas. Si se lavan la cabeza con orines de perro jamás se quedarán calvos o bien con lejía hecha con estiércol de palomas. Para volverlos rubios son buenas “las hezes de el vino quemadas con resina de pino, y azeyte de almaciga”, pero advierte también de las enfermedades que pueden sobrevenir si se toca la carne y se quema. Para volverlos negros, además de algunos cocimientos de frutos secos, como nueces o avellanas, recomienda untarse con huevos de codornices y de golondrinas, sebo de cuervo y con leche de burra. Más tarde, Ferrer pregunta por otros asuntos de embellecimiento, como es el uso de traer las damas los cabellos encrespados, y el doctor le contesta que con hierros calientes y trenzándolos de noche; también cocimiento de hojas de olivo y polvos de cuerno de carnero quemados con aceite y para volverlos delgados, se “laban con agua caliente muchas vezes, y harina de orobos, y poluos de nitro, que es el tequezquite liviano”. Las arrugas de la cara también pueden desvanecerse con vino blanco y suero, y cociendo raíces de granada; después, hay que lavarse con ese vino o bien con aceite de almendras amargas y polvos de lirio, aunque la más insólita es la siguiente receta: “Tambien se loa el cuerno del cieruo fresco, y a de ser el derecho, y hazerle pedaços, y ponerle a cocer en agua, o suero de cabras”.[[896]](#footnote-896) Este suero, también bebido y lavándose con él, sirve para quitar el paño de las mujeres, una vez purgadas y sangradas; para esto mismo debe usarse el agua de la raíz de la taragontía, o ponerse almendras majadas, amargas o juntar el aceite de las almendras con estiércol de lagarto molido y ponérselo tres o cuatro noches encima del paño y no tomar el aire. Otros dicen que la sangre de la liebre es buena para quitarlo, y el doctor dice haber usado enjundia de león.

Sangres, enjundias, estiércol y pellejos de animales mezclados con plantas, hierbas y frutos logran extraordinarios remedios, mezclados con raíces y harinas de cereales, como veremos a continuación.

**Las propiedades maravillosas y terapéuticas de plantas y de animales para cosmética**

Hemos visto que la cosmética se relacionaba con la medicina, con la cocina, con la herbolaria, pero también veremos que tiene que ver mucho con la superstición y la magia. Nos internamos al terreno de lo maravilloso para ver que ciertos rituales se mezclaban con la fe y aseguraban así la mayor eficacia de algunas recetas: los emplastos se aplican y se retienen el tiempo que dura una oración; para alguna recolección de hierbas se necesita que sea tal día, por los efectos de la Luna, o que se utilice agua de mayo por sus cualidades salutíferas. Desde la Antigüedad son importantes los conocimientos herbolarios y de las propiedades de ciertas partes de animales, aunque también los de tipo mineral.

Heródoto (484-425 a.C.) en (*Historias*, III, 99-108) dice que los árabes obtienen el oro y la mirra con gran esfuerzo y

[…] el incienso lo recogen sahumando estoraque, sustancia que los fenicios exportan a Grecia. Lo cogen sahumando ese bálsamo, pues los árboles que producen el incienso en cuestión los custodian unas serpientes aladas —alrededor de cada árbol hay una gran cantidad de ellas—, de pequeño tamaño y de piel moteada (se trata de los mismos ofidios que invaden Egipto). Y no hay medio de alejarlas de los árboles si no es con el humo del estoraque.[[897]](#footnote-897)

Dioscórides (*c*. 54-68) divide su obra *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos* en seis libros: el primero trata de las medicinas aromáticas, ungüentos y aceites, así como de los arboles y de los licores, gomas y frutos que se obtienen de ellos. El segundo, de los animales, la miel, la leche, la enjundia, granos, legumbres, hortalizas y yerbas. El tercero, de las raíces, zumos y simientes domésticas ordinarias en la vida humana, así como de las medicinales. El cuarto, de otras especies de plantas y raíces. El quinto, de las clases de vinos y minerales. El sexto, de los venenos y los remedios saludables contra ellos. Casi todos interesan a nuestros fines.

En los tratados médicos estaban presentes las palabras pureza o impureza del rostro y el color del mismo como síntoma de la buena o mala salud; abundan, entonces, las recetas contra las impurezas de la piel, como granos, rojez, manchas, etcétera. Dioscórides y su comentarista, el doctor Laguna, conocedores de las plantas y de las partes animales y sus efectos benignos o nocivos tanto en medicina como en cuidados del cuerpo, proporcionan unas maravillosas recetas que incitan a probarlas, como hacían las sabias mujeres medievales en sus cocinas, y que las transmitían de generación en generación; por ejemplo, una muy sencilla se obtiene “del çumo del pepino mezclado con la simiente y harina, y secado después al sol, se haze vna buena mistura, para purificar el rostro, y darle lustre resplandesciente”.[[898]](#footnote-898) También Dioscórides nos proporciona una receta para hacer pastillas de rosas, que se solían colgar en el cuello las mujeres:

Tomanse de rosas frescas y enxutas, quando comiençan a pararse marchitas XI dramas, del Nardo Indico diez y de la Myrra seys. De aquestas cosas juntamente majadas, se forman vnas pastillas, que pesen cada vna dellas hasta tres obolos: las quales después de secas perfectamente a la sombra, se guardan en vn vaso de tierra por empegar, y atapado de manera que no respire. Algunos a las cosas dichas añades del Costo dos dramas, y otras tantas de la Iris Illyrica, mezcladas con vino de Chio, y con miel. Trahen las mujeres estas pastillas al cuello en lugar de collar, para encubrir el hedor de la sobaquina. Vsan assi mesmo dellas solas molidas, y también mezcladas con los vnguentos para poluorearle, y vntarle al salir de los baños. Empero en secándose sobre el cuerpo, se lauan con agua fría.[[899]](#footnote-899)

Los untos, grasas, sebos o enjundias de ciertos animales son tratados por Dioscórides como medicinales y también para embellecimiento del cuerpo; por ejemplo, el del ansarón y las gallinas “dan claro lustre al rostro”; el unto del oso sirve para restituir los cabellos a donde se han caído, y, en cambio, la enjundia fresca de la víbora se usa como depilatorio porque “si se instila en el lugar de los pelos que se arrancaron de los sobacos, haze que no renazcan”.[[900]](#footnote-900) Celestina conoce el poder de estos untos: “de vaca, de osso, de caballos y de camellos, de culebra y de conejo, de vallena, de garça, y de alcaraván y de gamo y de gato montés y de texón, de harda (ardilla), de herizo, de nutria”.[[901]](#footnote-901) Y su heredera, Mari García, la Emplumada, hechicera de *Las coplas de las comadres*, de Rodrigo de Reinosa, usa los mismos animales:

Los vntos para vntar

es de manteca de vacas,

de ossos, caballos e hacas

y de ballena de mar.

también le yréys a hallar

vntos finos de camellos,

de garças también con ellos

y otros más que he de contar.

De gamo y de gato montés

de culebra y de conejo

y de harda vnto anejo

y de nutria si queréys.

¡Ay comadre y qué diréys!

de erizo y de cabrón,

de otros muchos que veréys

de alcarauán y texón.[[902]](#footnote-902)

En el comentario que hace el doctor Andrés Laguna a los diferentes untos que propone Dioscórides, nos da una receta de una pomada olorosa, que parece tener la misma utilidad que la actual vaselina:

Hazese la pomada odorífera en esta manera. Toma dos libras de seuo de cabrito, y media de vnto de puerco, todo muy fresco, y limpio de sus pellejuelas: lo qual despues de muy bien lauado con vino blanco, y fuertemente esprimido, se tiene d’echar todo junto a cozer en una olla vedriada, muy bien cubierta, con tanta agua rosada, que sobrepuje de quatro dedos al seuo: añadiendo media onça de clavos d’especias, una quarta de nuez moscada, una ochaua de la raíz de la Iris, y media dozena de muy olorosas camuesas, cortadas en pedacicos. Haraslo pues todo bullir a templado fuego, meneándolo muy a menudo, hasta que toda el agua se gaste. Hecho esto, colaras la grassa por un paño de lienço ralo, en vna olla bien limpia y bañada con agua rosada: y súbito que será elada, la tornarás a derretir en la mesma olla vedriada, con quatro onças de cera blanca, y seys de azeyte de almendras dulces, y derretida la colaras sobre vn bacin bañado con agua rosada, en el qual, en elandole, la lavaras y souaras vn gran rato con agua de azahar, o almizclada: y lauada la guardaras para adobar guantes, para ablandar las manos, y para quitar las asperezas de los labrios, y de qualquiera otra parte del cuerpo.[[903]](#footnote-903)

Otras partes aprovechables de los animales, según Dioscórides, son el pellejo del erizo terrestre quemado y mezclado con pez líquida, que sirve contra la alopecia, al igual que la ceniza del hipocampo, mezclada con enjundia; el estiércol de los ratones majado con vinagre también hace renacer los cabellos, o la cabeza quemada de la liebre, con vinagre y unto de oso, o las cagarrutas de cabra, quemadas y deshechas en vinagre aplicadas en forma de ungüento, o la ceniza “polvereada” de las ranas, mezclada con pez líquida; sin embargo, su sangre sirve como depilatorio si se aplica a las cejas de donde se han arrancado los pelos; otros depilatorios son la ceniza de la salamandra mezclada con aceite, la leche de la perra, parida del primer parto, o la goma de la yedra; para limpiar los dientes es bueno el caracol llamado púrpura; la ceniza de los caracoles mezclada con miel quita las manchas del rostro causadas por el Sol; la sangre de liebre, caliente, además de las manchas del Sol, quita las pecas.[[904]](#footnote-904)

Respecto a las propiedades vegetales para el uso en cosmética: la hierba alyso majada con miel sirve para quitar las manchas del Sol y las pecas,[[905]](#footnote-905) así como el loto salvaje aplicado con miel; el gordolobo de flores amarillas para teñir los cabellos; el zumo de la fumaria, aplicado con goma, sirve como depilatorio para las cejas; otro depilatorio es la planta llamada *dryopteride*, que es un helecho, y, si se maja con sus raíces y se aplica en la parte que se quiera depilar, hace caer los pelos;[[906]](#footnote-906) los granos de la cacalia que nacen en los tallos después de que se cae la flor, majados “y aplicados con ceroto quitan las arrugas del rostro, y estiran el cuero”; la planta llamada *antirrino*, “deshecha en azeyte de açucenas, o en el cyprino, da mucha gratia y hermosura a los cuerpos que se vntaren con ella”; los granos del ricino, “majados y aplicados en forma d’ emplastro, extirpan los barros y las manchas que dexó el sol en el rostro”.[[907]](#footnote-907)

En relación con los de origen mineral, la piedra llamada *armenia* sirve para fortalecer y hacer crecer los pelos de cejas y pestañas,[[908]](#footnote-908) así como la cola de piedras, que, “aplicada con una tienta ardiente, establece los caducos pelos de las pestañas y cejas”;[[909]](#footnote-909) el solimán, que se hace del mercurio sublimado o azogue; el oropimente, otro fuerte depilatorio; la piedra arábica, cuya ceniza es muy útil para limpiar los dientes.[[910]](#footnote-910)

Plinio (23-79), en su *Historia natural*, reconocida como una verdadera enciclopedia científica en la Edad Media, dedica tres capítulos del libro XIII a los ungüentos, inventados por los persas y, más tarde, usados por los romanos, aunque, a su juicio, la mejor tierra para toda clase de ungüentos está en Egipto y, en segundo lugar, en Campania, por la abundancia de rosas. Plinio da miles de recetas para la confección de ungüentos con combinaciones de diversas plantas, de cuyos olores el que prevalece es el último que se mezcla. Si se hacen con mirra, son más gruesos y suaves; si con azafrán, más provechosos en medicina. Se conservan en vasos de alabastro y se deben cocer a la sombra, luego untar en el envés de la mano, para probar si queda bueno. Para que los olores se conserven, se usa aceite y, cuanto más untuoso y añejo, mejor. El problema de los ungüentos es que son perecederos, porque “se exhalan y resuelven y mueren con sus horas. El mayor bien que tiene es que, pasando alguna mujer, combiden e inciten con el olor a los que entienden en otra cosa. Y, con todo esto, vale cada libra más de 400 denarios; tan caro se compra el deleite ageno. Porque el que trahe consigo el olor no le siente”.[[911]](#footnote-911) El libro XX trata de la utilidad de las plantas hortelanas como remedio de muchos males. Entre la diversidad que despliega como útiles con fines medicinales, para avivar el ingenio o para provocar o reprimir la lujuria, contra mordeduras de serpientes y otros bichos ponzoñosos, escogeremos algunas que también sirven para la cosmética, como el cogombro, que quita las pecas y manchas de la cara. En general, las hojas de cualquier pepino hortense o la corteza sirven para limpiar la cara y, mezcladas con miel, para quitar “los granillos amoratados que suelen salir por la mayor parte a las noches”. La corteza cocida del puerro cabezudo vuelve negras las canas; el armuelle silvestre sirve para teñir el cabello; la raíz de la acelga negra, cocida, es buena contra la caspa; el piperitis y el cardo, contra el mal olor de la boca; el anís, lavado con vino, vuelve el rostro más fresco; el sisimbrio, una especie de mastuerzo, “sana los granos que salen a las noches y las fealdades del cuero de la cara de las mugeres dentro de cuatro días, puesto en las noches y quitado en los días”. La simiente del trifolio o trébol “del que tiene muy pequeñas las hojas es muy provechosa para conservar el lustre y gracia del cuero de las mugeres, unctando la cara con ella”.[[912]](#footnote-912)

En el uso de ciertas hierbas para el cuerpo, destaca el glasto, parecida al llantén, con el que se untaban su cuerpo desnudo las mujeres de Britania para los sacrificios. Remedios para los ojos, el cutis y los dientes se logran con harinas de las mieses: la de cebada con vinagre y miel sirve para quitar las pecas; con la de polenta se alcoholan los ojos; la mejor cebada, según Plinio, es la blanca y si se espolvorea con sal y miel, vuelve los dientes blancos y produce buen olor de boca. Varias recetas sirven para los cabellos: untando con la hez del vinagre “los cabellos los enrubia en una sola noche”; también las hojas de la alheña, cocidas y majadas con zumo de membrillos, enrubian los cabellos, pero para ennegrecerlos, se necesita el sahumerio del pimpollo tierno de la palma, o bien el zumo de la simiente del arrayán negro o el zumo del mirtídano, que se obtiene “majadas sus más blandas hojas en un almirez, y echado poco a poco vino stíptico y agua llovediza”; se tiñen los cabellos también con la corteza de la higuera negra y de la vid, cocido todo junto en agua llovediza con hojas de moras nacidas en Egipto y en Chipre; además, las hojas del moral mojadas en orines son un excelente depilatorio, pero si se quiere que nazca el cabello es útil la cáscara de nuez quemada y molida en aceite o vino, y untada en la cabeza; el aceite de almendras quita las arrugas, “da buen lustre y quita los barros de la cara con miel” y “los cuexcos de los dátiles, quemados en una olla nueva lavada con ceniza, suplen las veces de spondio y se mezclan en los alcoholes y hazen crecer, añadido nardo, las pestañas”. De los árboles silvestres se pueden aprovechar varias partes: las agallas cocidas en vino y destiladas alcoholan los ojos, y, con su fomentación, vuelve negros los cabellos; “las píldoras del roble, puestas con uncto de oso en las alopecias, engendran pelos”, y el árbol, la simiente, la corteza y la lágrima del lentisco, en cocimiento, tiñen los cabellos, y el almáciga del lentisco sirve “para desencoger los párpados, estirar el cuero de la cara y para jabón”.[[913]](#footnote-913)

En el *Livro de receptas de pivetes, pastilhas* *e uvas perfumadas y conserbas* hay dos curiosas recetas para sanar a los locos, hechas a base de partes de animales: “el çumo de la lengua de buey buelto con bino bebido en ayunas. Yten el higado de quebranta huesos asado y hecho polbos y destemplado con vinagre y bebido quatro dias sanará todo loco”.[[914]](#footnote-914)

No podemos terminar este apartado sin considerar cuatro animales especialmente prodigiosos de los que hablan los viajeros y su utilidad en cosmética: el castor, el gato de Algalia, el cachalote y la gacela o cabra almizclera.

El castóreo se produce en unas glándulas que se encuentran alrededor del ano del castor de Rusia. Según Cervantes, en el capítulo XXI de la primera parte de *El Quijote*, cuando se ve acosado por los cazadores, se taraza con los dientes sus testículos porque sabe que por ellos es perseguido. El doctor Laguna desmiente esta leyenda de los testículos del castor o “compañoncicos”, como los llama, porque no los alcanza con sus dientes por estar encogidos y retirados.[[915]](#footnote-915)

Otra excrecencia de animales que se usa en perfumería es la algalia, que se obtiene de una cavidad cercana a las partes sexuales del gato de Algalia. Pero Tafur, en sus *Andanças e viajes* (realizados entre 1435 y 1439), habla de los gatos de la India y los perfumes. El editor Jiménez de la Espada explica que estos gatos, semejantes a las ginetas europeas, son también conocidos como gatos de Algalia, porque “segregan una sustancia almizclada por una glándula o landre que tienen cerca del ano”.[[916]](#footnote-916) Se vendían muy baratos en su tierra, pero en Occidente eran muy apreciados. Nos cuenta una curiosa noticia sobre la crianza de estos gatos:

En España los tenían los reyes en su palacio por regalo y para aprovechamiento de la secreción, llamada también algalia, estimadísima como perfume. En tiempo de Felipe II y por los años de 1596, un tal Pedro García de Huidobro, ayudante de la Panetería Real, tenía a su cargo el cuidado y alimentación de tres gatos de Algalia, que comían diariamente pollo y medio, dos libras y un cuarterón de carne y seis huevos.[[917]](#footnote-917)

Respecto al ámbar gris, también usado en perfumería, algunos dicen que se obtiene de las secreciones del intestino del cachalote, pero Ingersoll nos informa acerca de un tratado del periodo Sung, y dice: “la baba del dragón marino, que se endurece con el sol, flota y es llevada a la costa por el viento en trozos duros. Esto puede ser ámbar o ámbar gris”.[[918]](#footnote-918) Parece que los aborígenes recogían la saliva escupida por un rebaño de dragones y la vendían muy bien. Otra fuente de perfume se obtenía de la espuma producida por dragones que luchaban, y de ahí “se decía que los dragones que luchaban se podían oler”.[[919]](#footnote-919) También en el sexto viaje de Simbad el Marino se nombran unos peces que comen ámbar, para después vomitarlo y solidificarlo formando piedras que después los hombres utilizan para comercializar. Se trata de un tipo de ámbar que, cuando se funde en la cera, desprende un olor a almizcle que sirve para la producción de perfumes. Marco Polo, cuando habla de las islas Macho y Hembra, dice que en ellas se produce “ámbar gris muy fino, muy bueno y bello, a causa de las ballenas que cogen en gran número en el mar”.[[920]](#footnote-920) Otros animales que tienen esta propiedad son los manatíes, los cachalotes y algunos peces. Según el doctor Laguna, hay quien piensa que es el esperma de la ballena.[[921]](#footnote-921)

Respecto a la producción del almizcle, algunos viajeros antecesores de Marco Polo, como Abu-Zeid-al-Hassan, cuentan que han oído contar a otros viajeros sobre el rumiante productor del almizcle, que se halla en China y en la región del Tíbet, aunque en esta última, por alimentarse de hierbas más aromáticas, crea un almizcle de mejor calidad. Según este viajero, se halla en el ombligo o en la vesícula del animal, y, cuando se acumula bastante y le da comezón, “se frota contra las piedras hasta conseguir que su piel se desgarre y, entonces lo que está dentro se derrama”.[[922]](#footnote-922) Marco Polo da su nombre en la lengua de la región a la que pertenece y relata alguna nota curiosa sobre la utilidad, por ejemplo, del *gudderi*, la gacela almizclera del Tíbet, que tiene “un apostema, llena de sangre, semejante a un tumor se forma cerca del ombligo del animal, y esa sangre es el almizcle; y cuando el apostema está demasiado lleno, expulsa esa sangre todos los meses. Y como hay tantos animales de éstos en la región, echan un poco en todas partes, de suerte que toda la provincia huele a almizcle”,[[923]](#footnote-923) el cual se usaba para fabricar perfumes. Necesitan perros rapidísimos para cazar a los *gudderi*, obtener el almizcle y poderlo vender en grandes cantidades.

Pero no solo las sustancias animales servían para el arte del perfume, Hildegarda de Bingen nos proporciona otra receta de origen animal que sirve para el acné:

En la cabeza del cangrejo hay una cierta materia verde. Tómela y agregue una cantidad mayor de mantequilla y mézclelo todo. Si alguien tiene granitos pequeñísimos en su cara y cerca de su nariz, como si fuera a producirse allí dolor y una erupción de úlceras, tome esta mezcla y úntela allí a menudo, por la noche. Cuando se levante de la cama por la mañana, lave el ungüento de la cara con vino. Tendrá piel bonita, y las úlceras no crecerán allí.[[924]](#footnote-924)

Bernat Metge, en su obra *Lo somni*, da algunos ingredientes vegetales y animales con los que las mujeres se tiñen los cabellos para que “parezcan hilos de oro”: “azufres, aguas, jabones y lejías de diversas cenizas, y sobre todo de heces de vino griego y de retama y a veces con manteca de serpiente y de codorniz”;[[925]](#footnote-925) además, se necesita la ayuda de los rayos del Sol.

El curioso libro en romance sobre las enfermedades que compuso el licenciado López de Villalobos, *Sumario de la medicina* (1498), dedica algunas estrofas a la “decoración que es de la medecina que toca en la hermosura y belleza”, en las que primero dice la causa del mal y después la cura, por ejemplo, para la pérdida del cabello:

Si es nueua alopicia hazle un lauatorio

de murta y de yedra que en esto mucho obra

y con linimento el cabello se cobra.[[926]](#footnote-926)

Hay consejos para mudar el cabello, para no dejarlo crecer o raparlo, para volverlo rizado con agallas y mirra cocidas o para alaciarlo (“allanallo”), con óleos y enjundias, y, aun mejor, para retardar las canas:

pero si quisieres tardar la caneza

no cesses purgar la humidad y la flema

acacia y agallas y espica y corteza

de nuez y lapdano harán sin pereza

mancebo al cabello y aun puesto de tema.[[927]](#footnote-927)

Para enrubiar el cabello aconseja “Ceniza de leña y sarmiento en lexía/ cantueso cetrino y la biez y açafran”.[[928]](#footnote-928) Otra estrofa se dedica a la cara: “Para hazer el gesto hermoso y quitar/ los hoyos de las viruelas y las pecas”:

Quien quiere hazer a su gesto hermoso

*costriña* la sangre que venga hazla el

con vino y manjar muy subtil y sabroso

el higo para esto es muy marauilloso

y ellagua de dátil y cibos con miel

y si de viruelas ay hoyos nel gesto

vntalde con queso y con miel y con sal

y vnguento cetrino es muy bueno para esto

si pecas o paño en el rostro esta puesto

colirio de mirra aprovecha a este mal.[[929]](#footnote-929)

Incluso en las obras teatrales se permitían los consejos populares como el que da Diana, de *El perro del hortelano* de Lope, quien dice conocer un libro de secretos en el que se afirma que la sangre de murciélagos es buena “para quitar el cabello”.[[930]](#footnote-930) Y así lo aconseja también Johan de Barrios, en su *Verdadera medicina*, y no solo de murciélagos, también de ranas, y la enjundia de culebras para que no vuelvan a salir nunca más los pelos, o bien con “sangre de perro y que se poluoreen encima con las moscas que en Sanctiago de Cuba ven de noche que parezen centellas de fuego o vsen de las sanguijuelas con vinagre, otros dizen que se pongan enzima leche de perra”.[[931]](#footnote-931)

En las crónicas americanas, Pedro Mártir de Anglería alaba el olor del almizcle y lo compara con los cocodrilos del Nilo, cuyas hembras desprenden un olor por el abdomen que se parece al aroma de Arabia; también el licenciado Salazar de Villasante, a quien el conde de Nieva encargó visitar la provincia de Quito, dice que al yacaré se le extrae una sustancia debajo del brazo que “huele a la más fina algalia del mundo”.[[932]](#footnote-932) Las serpientes en América las usaban “las damas como ingrediente de potingues y ungüentos restauradores de lozanías y frescuras de una tez juvenil”.[[933]](#footnote-933)

Cervantes de Salazar, el primer cronista de la Ciudad de México, nos informa de las propiedades de algunas plantas y animales de las Indias Occidentales que pueden servir para los afeites, como el maguey, que llegó a considerarse un dios por la variedad de provechos que podía obtenerse de raíces, púas, flores y hojas o pencas verdes, las cuales, secas, sirven muy bien de “leña para el fuego, cuya ceniza es muy buena para enrubiar los cabellos”.[[934]](#footnote-934) Del fruto del chicozapote “se saca cierta cera que, mascada, emblanquesce los dientes”.[[935]](#footnote-935) La flor que echa la hoja del aguacate la usan los barberos para dar lejía a las barbas, porque es muy olorosa; igualmente olorosas son unas landrecillas que los caimanes tienen en las agallas y “huelen como almizque”.[[936]](#footnote-936)

Llaman sobremanera su atención las aves por su colorido o por la facultad de hablar. Entre la variedad que describe, destaca

[…] otra ave que, por ser de mucha estima, la presentaron al Virrey D. Luis de Velasco, no menos extraña que las dichas, mayor que un ánsar; cómese medio carnero; tiene las plumas de muchas y diversas colores, y las de la garganta, porque van las unas contra las otras, hacen excelente labor; ladra como perro, y las plumas son provechosas para el *afeite* de las mujeres; llámanla los indios ave blanca, y cuentan della otras propriedades no menos maravillosas que las que hemos dicho de otras.[[937]](#footnote-937)

Hemos visto que ciertos animales o algunas de sus partes, en los tratados científicos y médicos, poseen unas propiedades maravillosas, terapéuticas y sumamente utilitarias y provechosas para beneficio de la belleza, de la salud y del cuidado del cuerpo, que encontramos en los capítulos dedicados a los afeites y que podemos documentar desde la Grecia antigua hasta las crónicas del Nuevo Mundo.

A lo largo de este vasto recorrido por las letras medievales, áureas y virreinales, hemos visto a la mujer sometida a los argumentos denigrantes de los Padres de la Iglesia, teólogos, predicadores, inquisidores, moralistas, humanistas, pedagogos y satíricos, que implantan una suerte de policía moral para controlar y reglamentar con sus discursos misóginos a la mujer y sus atuendos, sus ornatos y afeites, con el afán de menoscabar su hermosura para evitar sus propias tentaciones. Todos ellos se apoyan en los pecados capitales y argumentan el deterioro y la vejez, la mala salud, el mal olor, la ruina económica de la familia o querer enmendar la obra de Dios. Pero también hemos encontrado a la mujer desafiante que rompe las reglas y se acicala en busca de la belleza, que engaña con su apariencia para procurarse un buen marido o una suculenta dote; a la que hace sus propias recetas desde su cocina o incluso a la que defiende la belleza natural, y es que el tema de los afeites y otros ornatos del cuerpo levantó varias polémicas en las épocas estudiadas y generó muchas pragmáticas y prohibiciones. Gracias a tantas condenas, contamos con un valioso y gigantesco corpus en los diversos géneros que nos permiten conocer costumbres exóticas, ya desterradas en nuestra época, que definen y representan a la mujer medieval, de los siglos áureos y virreinales.

**Bibliografía**

Abdallah B. Al Jatib, Muhammad B. *Libro del cuidado de la salud durante las estaciones del año o libro de higiene*, edición de María Concepción Vázquez de Benito. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1984.

Alberti, Leon Battista. *El Momo: la moral y muy graciosa historia del Momo*, traducción de Agustín de Almazán. Madrid: s/e, [1553] 1598.

Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*, edición, estudio y notas de Luis Gómez Canseco. Madrid: Real Academia Española, 2012.

Almansa y Mendoza, Andrés de. *Cartas. Novedades de esta corte y avisos recibidos de otras partes (1621-1626)*. Madrid: Miguel Ginesta, 1886.

Alonso, Dámaso. “Monstruosidad y belleza en el *Polifemo* de Góngora”. En *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, 315-392. Madrid: Gredos, 1971.

Archer, Robert. *Misoginia y defensa de las mujeres: antología de textos medievales*. Madrid: Cátedra, 2001.

Arco y Garay, Ricardo del. *La sociedad* *española en las obras dramáticas de Lope de Vega*. Madrid: Escelicer, 1942.

Arellano, Ignacio. *Los animales en la poesía de Quevedo*. En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/los-animales-en-la-poesa-de-quevedo-0/html/01771354-82b2-11df-acc7-002185ce6064\_7.html>.

Astete, Gaspar de. *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas*.Burgos: Juan Baptista Varesio, 1603.

Barado, Francisco. *Historia del peinado*. Barcelona: José Serra, 1880.

Barrios, Juan de. *Verdadera medicina, cirugía y astrología*. Ciudad de México: Bally, 1607.

Bellido, Juan Félix. *La condición femenina en la Edad Media. Aproximación a la mujer medieval y a las escritoras en un mundo marcadamente patriarcal*. Córdoba: Ediciones El Almendro, 2010.

Bernis, Carmen y Gonzalo Menéndez Pidal. “Traje, aderezo y afeites”. En *La España del siglo xiii*, 51-104. Madrid: Real Academia de la Historia, 1986.

Bingen, Hildegarda de. *Physica. Libro de medicina sencilla. Libro sobre las propiedades naturales de las cosas creadas*, traducción de Rafael Renedo. León: Akrón, 2009.

Blecua, José Manuel. “Introducción”. En Félix Lope de Vega. *Lírica*, 7-57. Madrid: Biblioteca Clásica Castalia, 2001.

Bocaçio, Iohan. *Caída de príncipes*. En Biblioteca Nacional de España, mss. 12733, disponible en <http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>.

Bosch, Esperanza y Victoria Ferrer. *Historia de la misoginia*. Barcelona: Anthropos, 1999.

Bravo, Ángela. *Femenino singular. La belleza a través de la historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.

Bruyne, Edgar de. *La estética de la Edad Media*. Madrid: Machado Libros, 1994.

Caballé, Anna. *Una breve historia de la misoginia*. Barcelona: Lumen, 2006.

Caballero Navas, Carmen. *El libro de amor de mujeres: una compilación hebrea de saberes sobre el cuidado de la salud y la belleza del cuerpo femenino*.Granada: Universidad de Granada, 2003.

Cabré y Pairet, Montserrat. “Cosmética y perfumería en la Castilla bajomedieval”. En *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla*, vol. II. *Edad Media*, edición de Luis García Ballester, 772-779. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2002.

Cabré y Pairet, Montserrat. “La ciencia de las mujeres en la Edad Media. Reflexiones sobre la autoría femenina”. En *La voz del silencio II. Historia de las mujeres: compromiso y método*, edición de Cristina Segura Graiño, 41-74. Madrid: Al-Mudayna, 1993.

Calderón de la Barca, Pedro. *Las armas de la hermosura*. Madrid: Librería de Quiroga, 1796.

Calderón de la Barca, Pedro. *Eco y Narciso*. Valencia: Viuda de Joseph de Orga, 1767.

Calderón de la Barca, Pedro. *Antes que todo es mi dama*. Sevilla: Imprenta Real, *c.* 1748-1753.

Calderón de la Barca, Pedro. *La desdicha de la voz*. En *Séptima parte de Comedias*. Madrid: Juan Sanz, 1715.

*Cancionero tradicional*, edición de José María Alín. Madrid: Castalia, 1991.

Carranza, Alonso de. *Rogación al Rey D. Felipe IV, y a sus supremos Consejos de Justicia y Estado, en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España*. Madrid: Imprenta de María de Quiñones, 1636.

Carrió de la Vandera, Alonso, “Concolorcorvo”. *El Lazarillo de ciegos caminantes*, edición, prólogo y notas de Emilio Carilla. Barcelona: Labor, 1973.

*Carta en que se aduierte lo mucho que se ofende à N. Señor con las galas, afeites y escotados que vsan las mujeres.* En Biblioteca Nacional de España, R/13027/16, disponible en <http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>.

Casagrande, Carla. “La mujer custodiada”. En *Historia de las mujeres*, tomo II. *La Edad Media*, dirección de Georges Duby y Michel Perrot, 93-132. Madrid: Taurus, 1992.

*Castigos e doctrinas que un sabio daua a sus hijas*. En *Herencia sapiencial*, edición de María Teresa de Miguel Reboles. Madrid: Asociación Universitaria Medievalense, 2002.

Castillejo, Cristóbal de. *Diálogo sobre las mujeres*, edición deRogelio Reyes Cano. Madrid: Castalia, [1544] 1986.

Castillo Solórzano, Alonso de. *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*. En *Picaresca femenina*, edición de Antonio Rey Hazas, 211-403. Barcelona: Plaza y Janés, 1986.

Castillo Solórzano, Alonso de. *La garduña de Sevilla*, edición, prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuende. Madrid: Espasa-Calpe, 1957.

Castro y Rossi, Adolfo de. *Discurso acerca de las costumbres públicas y privadas de los españoles en el siglo xvii fundado en el estudio de las comedias de Calderón*. Madrid: Tipografía Guttemberg, 1881.

Cervantes, Miguel de. *La Galatea*, edición, introducción y notas de Florencio Sevilla. Madrid: Castalia, 2001.

Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*, edición de Alberto Blecua y Andrés Pozo. Madrid: Austral, 2001.

Cervantes, Miguel de. *El casamiento engañoso* / *La tía fingida* / *La ilustre fregona* / *El coloquio de los perros* / *Las dos doncellas*. En *Novelas ejemplares*, tomo III. Madrid: Castalia, 1987.

Cervantes, Miguel de. *El celoso extremeño* / *El licenciado Vidriera* / *La española inglesa*. En *Novelas ejemplares*, tomo II. Madrid: Castalia, 1985.

Cervantes, Miguel de. *La gitanilla* / *El amante liberal* / *Rinconete y Cortadillo*. En *Novelas ejemplares*, tomo I, edición de Juan Bautista Avalle-Arce. Madrid: Castalia, 1982.

Cervantes de Salazar, Francisco. *Crónica de la Nueva España*. Madrid: The Hispanic Society of America, [1560] 1914.

Chang Rodríguez, Raquel. “Relectura y edición de *La endiablada*”. En *El discurso disidente: Ensayos de literatura colonial*, 139-167. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991.

Chapa, Teresa. “Espacio vivido y espacio representado: las mujeres en la sociedad ibérica”. En *Historia de las mujeres en España y América Latina*, edición de Isabel Morant, vol. I, 117-137. Madrid: Cátedra, 2006.

Cipriano, santo obispo de Cartago. “Sobre el porte exterior de las vírgenes”. En *Obras de San Cipriano*, edición bilingüe, introducción, versión y notas de Julio Campos, 121-141. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1964.

Clavigero, Francisco Saverio. *Historia antigua de Megico*. London: R. Ackermann, 1826.

Cock, Henrique. *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, edición de Alfredo Morel-Fatio y Antonio Rodríguez Villa. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1876.

Colombani, Marie Josée y Jean-Roger Bourrec. *El libro del amante del perfume*. Barcelona: José J. de Olañeta Editor, 2005.

Colón Calderón, Isabel. “De afeites, alcoholes y hollines”. *Dicenda*. *Cuadernos de Filología Hispánica*, núm. 13 (1995): 65-82.

Conquistador anónimo. *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México escrita por un compañero de Hernán Cortés*. En *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*, edición de Genaro García, 19-55. Ciudad de México: América, [1556] 1941.

Corbin, Alain, Jean Jacques Courtin y Georges Vigarello (coords.). *Historia del cuerpo*, vol. I. Madrid: Taurus, 2005.

Córdoba, Martín de. *Jardín de nobles doncellas*, edición de Harriet Golberg. Chapell Hill: University of North Carolina Press, [1500] 1974.

Córdoba de la Llave, Ricardo. “Las técnicas preindustriales”. En *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla* vol. II. *Edad Media*, dirección de Luis García Ballester, 223-434. Salamanca: Junta de Castilla y León, 2002.

Correas, Gonzalo. *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana*, introducción de Miguel Mir. Madrid: Orbigo, 1906.

Cota, Rodrigo. *Diálogo entre el amor y un viejo*, edición de Elisa Aragone. Firenze: Felice Le Monnier, 1961.

Covarrubias y Horozco, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2006.

Criado Vega, Teresa. “Las artes de la paz. Técnicas de perfumería y cosmética en recetarios castellanos de los siglos xv y xvi”. *Anuario de Estudios Medievales*, núm. 41 (julio-diciembre de 2011): 865-897.

Curiel, Gustavo. “Ajuares domésticos. Los rituales de lo cotidiano”. En *Historia de la vida cotidiana de México*, tomo II. *La ciudad barroca*, coordinación de Antonio Rubial García, 81-108. Ciudad de México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 2005.

D’Aulnoy, Marie Cathérine. *Relación del viaje de España*, edición de J. García Mercadal. Madrid: Akal, 1986.

Deleito y Piñuela, José. *La mujer, la casa y la moda (en la España del Rey Poeta)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1946.

Delicado, Francisco. *La Lozana Andaluza*, edición de Bruno Damiani. Madrid: Clásicos Castalia, 1969.

“Diálogo entre el viejo, el amor y la hermosa”. En *Teatro castellano de la Edad Media*, edición de Ronald E. Surtz, 175-199. Madrid: Taurus, 1992.

Díaz-Plaja, Guillermo. “La sensualidad barroca”. En *El espíritu del Barroco*, 51-67. Barcelona: Crítica, 1983.

Diéguez, Mathías. *Espejo de luz*. Ciudad de México: Viuda de Joseph Bernardo de Hogal, 1748.

Dies de Calatayud, Manuel. *Flores del tesoro de la belleza. Tratado de muchas medicinas o curiosidades de las mujeres*,introducción de Teresa Vinyoles, prólogo de Josefina Roma ytraducción de Oriol Comas, 4ª ed. Barcelona: José J. de Olañeta Editor, 2001.

Domínguez de Paz, Elisa y Leonor Rodríguez Corona. “Los privilegios de las mujeres en la obra de Calderón”. En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/los-privilegios-de-las-mujeres-en-la-obra-de-calderon-de-la-barca/>.

Don Juan Manuel. *El conde Lucanor*, edición de José Manuel Blecua. Madrid: Castalia, 2000.

Duby, Georges. “La emergencia del individuo. Situación de la soledad, siglos xi-xiii”. En *Historia de la vida privada*, tomoII. *De la Europa feudal al Renacimiento*, coordinación de Peter Brown, Evelyne Patlagean, Michel Rouche, Yvon Thébert y Paul Beyne, 503-525. Barcelona: Círculo de Lectores, 1993.

Dumora, Florence. “Jeux de la parole féminine dans le *Cancionero* de Sebastián de Horozco”. En *Images de la femme en Espagne aux xvie et xviie siècles. Des traditions aux renouvellements et à l’émergence d’images nouvelles*, dirección de Augustin Redondo, 117-126. Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1994.

Eco, Umberto. *Historia de las tierras y los lugares legendarios*, traducción de María Pons Irazazábal. Barcelona: Lumen, 2013.

Eco, Umberto. *Arte y belleza en la estética medieval*. Madrid: Debolsillo, 2012.

*El privilegio de las mujeres*. En *Parte treinta de comedias famosas de varios autores*, 343-383. Çaragoça: Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, 1636.

Escrivá, Francisco. *Discursos de los estados, de las obligaciones particulares del estado, y oficio, según las cuales ha de ser cada uno particularmente juzgado*. Valencia: Casa de Iuan Chrysostomo Garria, 1613.

Ezcaray, fray Antonio de. *Vozes del dolor nacidas de la multitud de pecados, que se cometen por los trages profanos, afeytes, escotados y culpables ornatos, que en estos miserables tiempos, y en los antecedentes ha introducido el infernal Dragón para destruir, y acabar con las almas, que con su preciosíssima sangre redimió nuestro amantíssimo Jesús*. Sevilla: Thomás López de Haro, 1691.

Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1851-1855.

Fitzmaurice-Kelly, Julia. “Woman in Sixteenth Century Spain”. *Revue Hispanique*, tomo LXX, núm. 158 (1927): 557-632.

Fresneda González, Nieves. *Moda y belleza femenina en la Corona de Castilla durante los siglos xiii y xiv*. Madrid: Dykinson S.L., 2016.

Frezier, Amedée. *Relación del viaje por el Mar del Sur*. En *Viajeros por la América colonial*, antologado por Irving A. Leonard, traducción de Miguel A. Guerín. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

Frezier, Amedée. *Relación del viaje por el Mar del Sur*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982.

Gage, Thomas. *Viajes en la Nueva España*. La Habana: Casa de las Américas, 1980.

Galindo, Pedro. *Verdades* *morales en que se reprehenden y condenan los trages vanos, superfluos y profanos; con otros vicios y abusos que hoy se usan; mayormente los escotados deshonestos de las mujeres*. Madrid: Francisco Sanz, 1678.

Garcilaso de la Vega, Inca. *Comentarios reales de los incas*, edición, índice analítico y glosario de Carlos Araníbar, 2 vols., Lima/Ciudad de México/Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1991.

García Mercadal, J. *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo xx*,6 vols. Valladolid: Junta de Castilla y León/Consejería de Educación y Cultura, 1999.

Gélis, Jacques. “El cuerpo, la Iglesia y lo sagrado”. En *Historia del cuerpo*, vol. I. *Del Renacimiento al Siglo de las Luces*, coordinación de Alain Corbin, Jean Jacques Courtin y Georges Vigarello, 27-112. Madrid: Taurus, 2005.

Gilman, Stephen y Michael J. Ruggerio. “Rodrigo de Reinosa and *La Celestina*”. *Romanische Forschungen*, vol. LXXIII (julio-septiembre de 1961): 255-284.

Góngora, Luis de. *Letrillas*, edición de Robert Jammes. Madrid: Castalia, 1980.

Gonçalo, Arias. *Memorial en defensa de las mvgeres de España y de los vestidos y adornos de que usan*. Lisboa: Antonio Álvarez, 1636.

González de Eslava, Hernán. *Coloquios espirituales y sacramentales*, edición de Othón Arróniz y Sergio López Mena. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

Gordonio, Bernardo de. *Lilio de Medicina*, 2 tomos, estudio y edición de Brian Dutton y María Nieves Sánchez. Madrid: Arco Libros, 1993.

Green, Mónica. “En busca de una auténtica medicina de mujeres: los extraños destinos de Trota de Salerno e Hildegarda de Bingen”. En *Sanadoras, matronas y médicas en Europa, siglos xii-xx*, edición de Montserrat Cabré y Pairet y Teresa Ortiz, 27-54. Barcelona: Icaria, 2001.

Green, Otis H. “‘Ni es cielo ni es azul’. A note on the Barroquism of B. L. Argensola”. *Revista de Filología Española*, anejo XXXIV (1950): 137-150.

Guevara, Antonio de. *Arte de marear*, edición de A. Rallo. Madrid: Cátedra, 1984.

Guevara, Antonio de. *Epístolas familiares en las quales hay cosas notables y razonamientos muy altos y curiosos*, 2 vols. Amberes: Casa de Juan Mercurio, 1648.

Haro Cortés, Marta. *Literatura de castigos en la Edad Media: libros y colecciones de sentencias*. Madrid: Ediciones del Laberinto, 2003.

Hernández González, Laura. “De arreboles y solimanes: la polémica de los afeites femeninos en el Teatro del Siglo de Oro. Estudio de *Las armas de la hermosura* de Calderón de la Barca”. *Teatro de las Palabras. Revista sobre Teatro Áureo*, núm. 7 (2013): 395-405.

Hipócrates. *El De mulieribum affectibus del Corpus Hippocraticum*, estudio y edición crítica de la antigua traducción latina de Manuel Enrique Vázquez Muján. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1986.

Hita, Arcipreste de. *Libro de buen amor*, edición de Jacques Joset, 2 vols. Madrid: Espasa-Calpe, 1974.

Horozco, Sebastián de. *El Cancionero*, introducción, edición y notas de Jack Weiner. Bern/Frankfurt: Herbert Lang, 1975.

Imperiale, Luigi. “Una realidad disfrazada en *La Lozana andaluza*”. *Revista de Filología Española*, vol. LXXII, núm. 1/2 (1992): 159-166.

Ingersoll, Ernest. *El libro de los dragones*. Barcelona: José J. de Olañeta Editor, 2007.

Isidoro de Sevilla, san. *Etimologías*, edición bilingüe, texto latino, versión española y notas por José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero; introducción general de Manuel C. Díaz y Díaz. Madrid: BAC, 2004.

Jacobs, Helmut C. *Belleza y buen gusto. Las teorías de las artes en la literatura española del siglo xviii*, traducción de Beatriz Galán Echevarría. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2001.

Jacquart, Danielle y Claude Thomasset. *Sexualidad y saber médico en la Edad Media*. Barcelona: Labor, 1989.

Jiménez Patón, Bartolomé. *Discurso de los tufos, copetes y calvas*, prólogo de fray Francisco de Cabrera. Baeza: Juan de la Cuesta, 1639.

Juana Inés de la Cruz, sor. *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, tomoI. *Lírica*, edición e introducción de Alfonso Méndez Plancarte. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1957.

Juana Inés de la Cruz, sor. *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, tomoIV. *Comedias, sainetes y prosa*, edición e introducción de Alberto G. Salceda. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1957.

Juvenal. *Sátiras completas con los colambios de Persio*, traducción, prólogo y notas de José Torrens Béjar. Barcelona: Obras Maestras, 1959.

König, René. *Sociología de la moda*. Barcelona: A. Redondo Editor, 1972.

*La dança de la muerte*, edición de Víctor Infantes. Madrid: Visor, 1982.

Laguna, Andrés. *Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos* (facsímil de la de Amberes: en casa de Juan Latio, 1555). Madrid: Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid, 1991.

Laza Palacios, Modesto. *El laboratorio de Celestina*. Málaga: Fundación Unicaja, 1958.

Le Goff, Jacques. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, 3ª ed. Barcelona: Gedisa, 2008.

Le Goff, Jacques y Jean Claude Schmitt (eds.). *Diccionario razonado del Occidente medieval*. Madrid: Akal, 2003.

Le Goff, Jacques y Nicolas Truong. *Una historia del cuerpo en la Edad Media*, traducción de Joseph M. Pinto. Barcelona: Paidós, 2005.

León Pinelo, Antonio de. *Velos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres; sus conveniencias y daños*. Madrid: por Iuan Sánchez, 1641.

Leonard, Irving. *La época barroca en el México colonial*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Leonardo de Argensola, Lupercio. *Rimas*, edición de José Manuel Blecua. Madrid: Espasa-Calpe, 1972.

Leonardo de Argensola, Bartolomé. *Rimas*, tomo I, edición, introducción y notas de José Manuel Blecua. Madrid: Espasa-Calpe, 1974.

*Libro d’Alexandre*, edición de Jesús Cañas Murillo. Madrid: Cátedra, 1988.

*Libro de los buenos proverbios*, estudio y edición crítica de las versiones castellana y árabe de Christyed Bandak. Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, 2007.

*Libro llamado Bocados de oro*, *el qual hizo el Bonium, rey de Persia*. Valladolid: Micer Lázaro Salvago Ginovés, 1527.

*Livro de receptas de pivetes, pastilhas e vvas perfumadas y conserbas*. En Biblioteca Nacional de España, mss. 1462, disponible en <http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>.

Lope de Vega, Félix. *La vega del Parnaso*, edición crítica y anotada del Instituto Almagro de Teatro Clásico, 3 tomos. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2015.

Lope de Vega, Félix. *El mayordomo de la condesa de Amalfi*. En *Comedias. Parte XI*, edición crítica de PROLOPE, tomo II. Madrid: Gredos, 2012.

Lope de Vega, Félix. *El perro del hortelano*, edición de Rosa Navarro Durán. Barcelona: EDEBÉ, 2012.

Lope de Vega, Félix. *La doncella Teodor*, edición de Julián González Barrera. Kassel: Reichenberger, 2008.

Lope de Vega, Félix. *La desdicha por la honra*. En *Novelas a Marcia Leonarda*, edición de Marco Presotto. Madrid: Castalia, 2007.

Lope de Vega, Félix. *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, edición de Juan Manuel Rozas y Jesús Cañas Murillo. Madrid: Castalia, 2004.

Lope de Vega, Félix. *El acero de Madrid*, edición, introducción y notas de Stefano Arata. Madrid: Castalia, 2001.

Lope de Vega, Félix. *La bella malmaridada o la cortesana*, edición de Christian Andrès. Madrid: Castalia, 2001.

Lope de Vega, Félix. *Lírica*, introducción de José Manuel Blecua. Madrid: Castalia, 2001.

Lope de Vega, Félix. *Rimas. Los doscientos sonetos* (facsímil de la edición príncipe, Madrid: 1602), reproducción cuidada y prologada por Felipe B. Pedraza Jiménez. Aranjuez: Ara Iovis, 1984.

Lope de Vega, Félix. *El caballero de Olmedo*, edición de Joseph Pérez. Madrid: Castalia, 1983.

Lope de Vega, Félix. *La Dorotea*, edición de Edwin S. Morby. Madrid: Castalia, 1980.

Lope de Vega, Félix. *Servir a señor discreto*, edición de Frida Weber de Kurlat. Madrid: Castalia, 1975.

Lope de Vega, Félix. *El villano en su rincón*. Barcelona: Juventud, 1974.

Lope de Vega, Félix. *La Gatomaquia*. Barcelona: Ediciones Zeus, 1969.

Lope de Vega, Félix. *La nueua victoria de don Gonzalo de Cordoua*, edición y estudio introductorio de Henryk Ziomek. New York: Hispanic Institute in The Unites States, 1962.

Lope de Vega, Félix. *Arauco domado*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1954.

Lope de Vega, Félix. *Los melindres de Belisa*, edición crítica de Henriette C. Barrau. Amsterdam: H. J. Paris, 1933.

Lope de Vega, Félix. *La necedad del discreto*. En *Obras dramáticas*, tomo VIII. Madrid: Real Academia Española, 1930.

Lope de Vega, Félix. *La malcasada* / *El mayor imposible*. En *Obras dramáticas*, tomo XII. Madrid: Real Academia Española, 1930.

Lope de Vega, Félix. *Al pasar del arroyo* / *Amar sin saber a quién* / *El amigo hasta la muerte* / *Las bizarrías de Belisa* / *La boba para los otros y discreta para sí* / *El cuerdo en su casa* / *De cosario a cosario*. En *Obras dramáticas*, tomo XI. Madrid: Real Academia Española, 1929.

Lope de Vega, Félix. *Engañar a quien engaña*. En *Obras dramáticas*, tomo V. Madrid: Real Academia Española, 1918.

Lope de Vega, Félix. *El galán escarmentado*. En *Obras dramáticas*, tomo I. Madrid: Real Academia Española, 1916.

Lope de Vega, Félix. *La mayor corona* / *El poder en el discreto*. En *Obras dramáticas*, tomo II. Madrid: Real Academia Española, 1916.

Lope de Vega, Félix. *Las flores de don Juan*. En *Comedias escogidas*, tomo III. Madrid: Imprenta de Ortega, 1830.

Lope de Vega, Félix. *La discreta venganza*. En *Parte veinte de las comedias*. Madrid: Juan Gonçalez, 1629.

Lope de Vega, Félix. *El caballero del milagro*. En *Décimaquinta parte de sus comedias*. Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1621.

Lope de Vega, Félix. *Santiago el Verde*. En *Trezena parte de sus comedias*. Barcelona: Sebastián de Cormellas, 1620.

Lope de Vega, Félix. *El llegar en ocasión*. En *Sexta parte de sus comedias*. Madrid: Juan de la Cuesta, 1616.

Lope de Vega, Félix. *El desprecio agradecido*. En Bibioteca Virtual Miguel de Cervantes, disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-desprecio-agradecido--2/>.

Lope de Vega, Félix. *La buena guarda*, edición digital de David Guinart Palomares. En *ArteLope*, disponible en <http://artelope.uv.es/biblioteca/textosAL/AL0532\_LaBuenaGuarda>.

Lope de Vega, Félix. *La burgalesa de Lerma*. En *eHumanista. Journal of Iberian Studies*, disponible en <https://ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7\_eh/files/sitefiles/publications/golden\_age/Lerma%20Transcription%20ehuman.pdf>.

Lope de Vega, Félix. *La paloma de Toledo*, *c.* 1601-1700. En Biblioteca Nacional de España, mss. 16460, disponible en <http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>.

Lope de Vega, Félix. *La ventura sin buscalla*. En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-ventura-sin-buscalla-comedia-famosa--0/>.

Lope de Vega, Félix. *Más mal ay en la aldegüela que se suena*, *c.* 1601-1700. En Biblioteca Nacional de España, T/19754, disponible en <http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>.

López de Úbeda, Francisco. *La pícara Justina*, edición de Rey Hazas. Madrid: Editora Nacional, 1977.

López Villalobos, Francisco. *Sumario de la medicina*. Imprimido en la cibdad de Salamanca: por Juan de Porras, 1498.

Lucena, Luis de. *Repetición de amores*, edición de Jacob Ornstein. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1954.

Luis de León, fray. *La perfecta casada*, 2ª impr. más añadida y emendada. Salamanca: Casa de Cornelio Bonardo, 1586.

Luján, Néstor. *La vida cotidiana en el* *Siglo de Oro español*. Barcelona: Planeta, 1988.

Luxán, Pedro de. *Coloquios matrimoniales en los quales se trata como se han de aver entre si los casados y conservar la paz, criar sus hijos y gobernar su casa: tocanse muy agradables sentencias, dichos y hechos y leyes y costumbres antiguas*. Alcalá de Henares: Sebastián Martínez, 1577.

Magno, Olao. *Historia de las gentes septentrionales*, edición de J. Daniel Terán Fierro. Madrid: Tecnos, 1989.

Maravall, José Antonio. *La cultura del Barroco*. Barcelona: Ariel, 1981.

Marcial. *Epigramas completos*, edición y traducción de Dulce Estefanía. Madrid: Cátedra, 1991.

Marqués, Antonio. *Afeite y mundo mujeril*, introducción y edición de Fernando Rubio. Barcelona: Juan Flors, [1617] 1964.

Márquez Villanueva, Francisco. *Orígenes y sociología del tema celestinesco*. Barcelona: Anthropos, 1993.

Martínez-Burgos García, Palma. “Lo diabólico y lo femenino en el pensamiento erasmista: apuntes para una iconografía de género”. En *El diablo en la Edad Moderna*, coordinación de James S. Amelang y María Tausiet Carlés, 211-231. Madrid: Marcial Pons, 2004.

Martínez Crespo, Alicia (ed.). *Manual de mugeres en el qual se contienen muchas y diversas reçeutas muy buenas*.Salamanca: Universidad de Salamanca, 1995. Biblioteca Palatina de Parma, mss. 834.

Martínez Crespo, Alicia. “La belleza y el uso de afeites en la mujer del siglo xv”. *Dicenda.* *Cuadernos de Filología Hispánica*, núm. 11 (1993): 197-221.

Martínez de Toledo, Alfonso. *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, edición de J. González Muela, 2ª ed. Madrid: Castalia, 1985.

Martínez del Río de Redo, Marita. “Magnificencia barroca”. *Artes de México*, núm. 25 (julio-agosto de 1994): 53-63.

Martorell, Joanot. *Tirante el Blanco*, traducción castellana del siglo xv, edición, introducción y notas de Martín de Riquer. Barcelona: Planeta, 1990.

Mas, Amédée. *La caricature de la femme, du mariage et de l’amour dans l’oeuvre de Quevedo*. Paris: Ediciones Hispano-Americanas, 1957.

Matthews Grieco, Sara. “El cuerpo, apariencia y sexualidad”. En *Historia de las mujeres en Occidente*, dirección de Georges Duby y Michelle Perrot, vol. III: *Del Renacimiento a la Edad Moderna*, dirección de Natalie Zemon Davies y Arlette Farge, 67-110. Madrid: Taurus, 2000.

Mena, Juan de. *Coplas contra los pecados mortales*.Zamora: Antón de Centenera, *c.* 1483.

Mendoza, Íñigo de. *Vita Christi fecho en coplas* (facsímil de la de 1482). Madrid: Real Academia Española/Castalia, 1953.

Metge, Bernat. *Sueño*, introducción de Lola Badia. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

Mexía, Vicente. *Saludable instrucción del estado del matrimonio*. Córdoba: Juan Baptista Escudero, 1566.

Miller, William Ian. *Anatomía del asco*. Madrid: Taurus, 1998.

Molina, Tirso de. *La celosa de sí misma*, edición, introducción y notas de Serge Maurel. Poitiers: Université de Poitiers, 1981.

Monçó, Beatriz. “Imagen femenina y control social”. *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, núm. 19 (2002): 41-62.

Montesino, Ambrosio. *Cancionero de Fray Ambrosio Montesino*, edición de Julio Rodríguez Puértolas. Cuenca: Diputación Provincial de Cuenca, 1987.

Moreto, Agustín. *El lindo don Diego*, edición, introducción y notas de Josep LLuís Sirera. Barcelona: Planeta, 1987.

Nicholson, Eric A. “El teatro: imágenes de ella”. En *Historia de las mujeres en Occidente*, vol. III. *Del Renacimiento a la Edad Moderna*, dirección de Georges Duby y Michelle Perrot, edición de Natalie Zemon Davis y Arlette Farge, 311-334. Madrid: Taurus, 2000.

Osuna, Francisco de. *Norte de los Estados en que se da regla biuir a los mancebos: y a los casados: e a los biudos: y a todos los continentes: y se tratan muy por estenso los remedios del desastrado casamiento: enseñando que tal a de ser la vida del cristiano casado*. Sevilla: Bartolomé Pérez, 1531.

Ovidio Nasón, Publio. *Los amores; el arte de amar; el remedio del amor; los cosméticos*, traducción de Germán Salinas. Madrid: Hernando, 1984.

Owen Hughes, Diane. “Las modas femeninas y su control”. En *Historia de las mujeres en Occidente*, vol. II. *La Edad Media*, dirección de Georges Duby y Michelle Perrot, edición de Cristine Klapisch Zuber, 171-206. Madrid: Taurus, 1992.

Oyola, Eliezer. *Los pecados capitales en la literatura medieval española*. Barcelona: Puvill, 1978.

Palacios Pelletier, Luis. *Secretos de belleza, química del tocador*. Valladolid: Maxtor, 2003.

Palma Ceballos, Miriam y Eva Parra Membrives (eds.). *Las mujeres y el mal*. Sevilla: Padilla Libros, 2002.

Pastor, Reyna. “Mujeres populares. Realidades y representaciones”. En *Historia de las mujeres en España y América Latina*, vol. i. *De la Prehistoria a la Edad Media*, coordinación de Rosa E. Ríos Lloret, edición de Asunción Lavrin y María Ángeles Querol Fernández, 445-478. Madrid: Cátedra, 2006.

Pérez Samper, María de los Ángeles. “Los recetarios de mujeres y para mujeres. Sobre la conservación y transmisión de los saberes domésticos en la época moderna”. *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 19 (1997): 121-154.

Plinio Segundo, Cayo. *Historia Natural*, libro XIII, trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1976.

*Poesía crítica y satírica del siglo xv*, edición de Julio Rodríguez Puértolas. Madrid: Castalia, 1989.

*Poesía femenina en los cancioneros*, edición de Miguel Ángel Pérez Priego. Madrid: Castalia, 1990.

Polo, Marco. *Libro de las maravillas*, traducción, notas y apéndices de Mauro Armiño. Barcelona: Ediciones B, 1997.

Polo de Medina, Jacinto. *El buen humor de las musas*. Madrid: Imprenta del Reyno a costa de Alonso Pérez, 1637.

Pounds, Norman J. G. *La vida cotidiana: historia de la cultura material*. Barcelona: Crítica, 1999.

Pring-Mill, Robert D. F., Ilse Noltins Hauff y Franz-Walter Müller. “Del *Buscón* a los *Sueños*”. En *Historia y crítica de la literatura española*, coordinación de Francisco Rico, vol. III, tomo 1. *Siglos de Oro: Barroco*, coordinación de Aurora Egido, 572-580. Barcelona: Crítica, 1983.

Profeti, Maria Grazia. “‘La botica de las mujeres’: trucco e trucci delle donne”. *Quaderni di Lingue e Letterature*, núm. IX (1984): 113-131.

Quevedo, Francisco de. *Los mejores textos en prosa de Francisco de Quevedo*, edición de Ignacio Arellano. Madrid: Homo Legens, 2006.

Quevedo, Francisco de. *El Buscón*, edición de Pablo Jauralde Pou. Madrid: Castalia, 2005.

Quevedo, Francisco de. *Obra poética*, tomo III, edición de José Manuel Blecua. Madrid: Castalia, 2001.

Quevedo, Francisco de. *La fortuna con seso y la hora de todos*. Madrid: Hyspamérica, 1985.

Quevedo, Francisco de. *Obras*,tomo III. *Poesías*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1953.

Quevedo, Francisco de. *Obras*. 3 tomos. Madrid: Imprenta de Manuel Román, 1713.

Quiñones de Benavente, Luis. *Entremeses completos*, tomoI. *Jocoseria*, edición de I. Arellano, J. M. Escudero y A. Madroñal. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2001.

Ramón, Tomás. *Nueva prematica de reformacion contra los abusos de los afeytes, calçado, guedejas, guardainfantes, lenguaje critico, moños, trajes y excesso en el uso del tabaco: fundada en la divina escritura y dotrina de los Santos Padres para todos estados necessaria.* Zaragoza: Diego Dormer, 1635.

*Razón feyta d’amor*, edición de José Ignacio López Susín y María Pilar Villellas Muguerza. Zaragoza: Talleres Editoriales Cometa, 1993.

*Recetas experimentadas para diversas cosas*. En Biblioteca Nacional de España, mss. 2019, disponible en <http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>.

*Recetas y memorias para guisados, confituras, olores, aguas, afeites, adobos de guantes, ünguentos y medicinas para muchas enfermedades*. En Biblioteca Nacional de España, mss. 6058, apéndice 2, disponible en <http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>.

Reinosa, Rodrigo de. *Las coplas de las comadres*. En *Obra conocida de Rodrigo de Reinosa,* edición, introducción y notas de Laura Puerto Moro. San Millán de la Cogolla: Cilengua, 2010.

Rey Hazas, Antonio (ed.). *Picaresca femenina*. Barcelona: Plaza y Janés, 1986.

Reynal, Vicente. *Las mujeres del Arcipreste de Hita. Arquetipos femeninos medievales*. Barcelona: Puvill Libros, 1991.

Ricoeur, Paul. *La metáfora viva*. Madrid: Ediciones Europa, 1980.

Rodilla León, María José. “Diálogo satírico de don Quijote y Sancho Panza sobre los males de la Nueva España (siglo xviii)”. *Anales Cervantinos*, vol. XLIII (2011): 271-298.

Roig, Jaume. *El* *espejo o Libro de las mujeres*,traducción, introducción y notas de Ana Isabel Peirats Navarro. Madrid: Centro de Lingüística Aplicada Atenea, 2010.

Rojas, Agustín de. *El viaje entretenido*. Madrid: Castalia, 1995.

Rojas, Fernando de. *La Celestina. Comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea*, edición de Peter E. Russell. Madrid: Castalia, 2007.

Rojo de Flores, Felipe. *Invectiva contra el luxo, su profanidad y excesos por medio de propias reflexiones, que persuaden su inutilidad: descripción circustanciada de los trages y adornos de diversas naciones, distinguiendo los tiempos de su uso respectivo, especialmente en España.* Madrid: Imprenta Real, 1794.

Romero del Castillo, María del Pilar. *Los afeites femeninos en la Edad Media española. Estudio léxico*, tesis de doctorado en Letras. Granada: Universidad de Granada, 2014.

Rosal, Francisco del. *La razón de algunos refranes*, introducción, edición y notas de B. Bussell Thompson. London: Tamesis Book Limited, 1975.

Rosas de Oquendo, Mateo. *Sátira a las cosas que pasan en el Pirú, año de 1598*, edición y estudio de Pedro Lasarte. Ann Arbor: Michigan State University Press, 1983.

Rossiaud, Jacques. *Amours vénales. La prostitution en Occident xiie-xvie siècle*. Paris: Flamarion, 2010.

Ruelas, Juan de las. *Hermosura corporal de la Madre de Dios*. Sevilla: en casa de Diego Pérez, 1621.

Ruiz de Alarcón, Juan. *El examen de maridos*, edición crítica de Maria Grazia Profeti. Kassel: Reichenberger, 1997.

Ruiz de Alarcón, Juan. *La culpa busca la pena*. En *Obras completas de Juan Ruiz de Alarcón*, vol. iii, edición y notas de Agustín Millares Carlo, 1-80. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968.

Sahagún, fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*, edición de Juan Carlos Temprano, 2 vols., 4ª ed. Madrid: Dastin, 2009.

Salas Barbadillo, Alonso Jerónimo de. *La hija de Celestina*. En *Picaresca femenina*, edición de Antonio Rey Hazas, 129-207. Barcelona: Plaza y Janés, 1986.

Salas Barbadillo, Alonso Jerónimo de. *La escuela de Celestina*. Madrid: Andrés de Porras, 1620.

Santos, Francisco. *Día y noche de Madrid. Discurso de lo más notable que en él passo*. Madrid: Diego Martínez Abad, 1693.

Sempere y Guarinos, Juan. *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*. Barcelona: Alfons el Magnànim, 2000.

Seudo Aristóteles. *Poridat de poridades*, edición de Lloyd A. Casten. Madison: Seminario de Estudios Medievales de la Universidad de Wisconsin, 1957.

Siena, Aldebrandín de. *El régimen del cuerpo*, traducción de Dulce María González Doreste y María Pilar Mendoza Ramos. San Cristóbal de La Laguna: Universidad de La Laguna, 1998.

Sicardo, Juan Bautista. *Juicio theologico-moral de las galas, escotados, y afeites de las mujeres*. Madrid: Francisco Sanz, 1677.

Soller Da, Claudio. *The Beautiful Woman in Medieval Iberia: Rhetoric, Cosmetics, and Evolution*, tesis de doctorado en Filosofía. Columbia: University of Missoury Press, 2005.

Soto, Juan de. *Obligaciones de todos los estados y oficios, con los remedios y consejos más eficaces para la salud espiritual y general reformación de costumbres*. Alcalá de Henares: Andrés Sánchez de Ezpeleta, 1619.

Suárez, Fernán. *Coloquio del famoso y gran demostrador de vicios y virtudes Pedro Aretina, en el cual se descubren las falsedades, tratos, engaños y hechicerías que usan las mujeres para engañar a los simples, y aún a los muy avisados hombres que dellas se enamoran*. 250-277. Madrid: Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 1548.

Suárez de Figueroa, Cristóbal. *El pasagero: advertencias utilísimas a la vida humana*. Madrid: Renacimiento, [1617] 1913.

Suárez de Figueroa, Cristóbal. *Plaza universal de todas las ciencias y artes*. Madrid: s/e, 1733.

Suárez de Figueroa, Cristóbal. *Varias noticias importantes a la buena comunicación*. Madrid: Thomas Iunti, 1621.

Tafur, Pero. *Andanças e viajes de un hidalgo español*, presentación, edición, ilustración y notas de Marcos Jiménez de la Espada. Barcelona: El Albir, 1982.

Talavera, Hernando de. *De vestir y de calzar: tractado provechoso que demuestra cómo en el vestir e calzar comúnmente se comenten muchos pecados y aun también en el comer y en el bever*, prólogo de Antonio García Benítez. Sevilla: Padilla Libros, 1998.

Talavera, Hernando de. *Breue y muy provechosa doctrina de lo que deue saber todo christiano con otros tractados muy prouechosos conpuestos por el Arçobispo de Granada*. Granada: Meinardo Ungut y Juan Pegnitzer Editores, *c.* 1496.

Tena, Pedro. “La cosmética áurea a través de mujeres literarias”. *Lemir*, núm. 8 (2004): 1-13.

Tertuliano. “De las galas de las mugeres y De los afeites de las mugeres”. En *Obras de Quinto Septimio Florente Tertuliano, Presbytero Cartagines*,conversión de Joseph Pellicer de Tovar, fols. 51r-61v y 62r-78r. Barcelona: Gabriel Nogues, 1639.

*Three Spanish Querelle Texts: Grisel and Mirabella, The Slander againts Women, and The Defense of Ladies againts Slanderers*, edición y traducción de Emily C. Francomano. Toronto: Centre for Reformation and Renaissance Studies, 2013.

Tomás de Trugillo, fray. *Libro llamado reprobación de trajes, y abuso de juramentos. Con un tratado de limosnas*. Pamplona: Adrián de Anuers, 1563.

Torremocha Hernández, Margarita. *La mujer imaginada. Visión literaria de la mujer castellana del Barroco*. Badajoz: @becedario, 2010.

Torroella, Pere. *Obra completa*, vol. ii. *Poesies en castellà*, *textos en prosa*, edición crítica de Francisco Rodríguez Risquete. Barcelona: Barcino, 2011.

T’Serstevens, Albert. *Los precursores de Marco Polo*. Barcelona: Aymá, 1965.

Valera, Diego de. *Defensa de virtuosas mujeres*, edición crítica, introducción y notas de Federica Accorsi. Pisa: Edizioni ETS, 2009.

Vargaslugo, Elisa. “Austeridad del alma”. *Artes de México*, núm. 25 (julio-agosto de 1994): 46-51.

Vélez de Guevara, Luis. *El Diablo Cojuelo*, edición e introducción de Ángel Raimundo Fernández González e Ignacio Arellano. Madrid: Castalia, 1988.

Vélez-Sainz, Julio. *La defensa de la mujer en la literatura hispánica. Siglos xv-xvii*. Madrid: Cátedra, 2015.

Vetancurt, Agustín de. *Teatro Mexicano. Descripción breve de los sucessos exemplares, historicos, politicos, militares y religiosos del Nuevo Mundo Occidental de las Indias*. Ciudad de México: Porrúa, [1697] 1982.

Vigarello, Georges. *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.

Vigier, Françoise. “Public féminin et production littéraire en Espagne, du milieu du xve siècle au debut du xvie: traités de défense et roman sentimental”. En *Images de la femme en Espagne aux xvie et xviie siècles: des traditions aux renouvellements et à l’emergence d’images nouvelles*, dirección de Augustin Redondo, 91-115. Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1994.

Vigil, Mariló. *La vida de las mujeres en los siglos xvi y xvii*. Madrid: Siglo XXI, 1986.

Villegas, Bernardino de. *La esposa de Christo instruida con la vida de Santa Lutgarda virgen, Monja de San Bernardo*. Murcia: Iuan Fernandez de Fuentes, 1635.

Villena, Enrique de. *Tratado de fascinación o de aojamiento*, edición de Pedro M. Cátedra. Madrid: Turner, [1422-1425] 1994.

Vives, Juan Luis. *La formación de la mujer cristiana*, traducción, introducción y notas de Joaquín Beltrán Serra. Valencia: Ayuntamiento de Valencia, [1523] 1994.

Vives, Juan Luis. *Instrucción de la muger christiana, donde se contiene cómo se ha de criar una donzela hasta casarla y después de casada cómo ha de regir su casa y biuir bienauenturadamente con su marido, y si fuere biuda lo que deue de hazer*. Alcalá de Henares: s/e, 1529.

Ximenes, Francisco (Eiximenis). *Libro llamado de las donas,* *c.* 1396. En Biblioteca Nacional de España, mss. 12731, disponible en <http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>.

Zabaleta, Juan de. *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*. Barcelona: Daniel Cortezo, 1885.

Zapata Gollan, Agustín. *Mito y superstición en la Conquista*. Buenos Aires: Eudeba, 1963.

Zayas y Sotomayor, María de. *Novelas amorosas y ejemplares*, edición de Julián Olivares. Madrid: Cátedra, 2000.

**Apéndice 1**

**Glosario de afeites y otros adornos relacionados con ellos**

Los cosméticos, en general, se llamaban mudas, posturas o afeites. He aquí algunas palabras que aparecen en el texto y los lugares de donde las he tomado para su definición.

**(Arco y Garay):** Arco y Garay, Ricardo del. *La sociedad* *española en las obras dramáticas de Lope de Vega*. Madrid: Escélicer, 1942.

**(*Aut*., 1726)**: *Diccionario de Autoridades.*

**(Correas):** Correas, Gonzalo. *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana*. Madrid: Orbigo, 1906.

**(*DRAE*):** *Diccionario de la Real Academia Española*.

**(*Etim.*):** San Isidoro de Sevilla. *Etimologías*, edición bilingüe, texto latino, versión española y notas por José Oroz Reta y Manuel-A. Marcos Casquero; introducción general de Manuel C. Díaz y Díaz. Madrid: BAC, 2004.

**(Ezcaray):** Antonio de Ezcaray, fray. *Vozes del dolor nacidas de la multitud de pecados, que se cometen por los trages profanos, afeytes, escotados y culpables ornatos, que en estos miserables tiempos, y en los antecedentes ha introducido el infernal Dragón para destruir, y acabar con las almas, que con su preciosíssima sangre redimió nuestro amantíssimo Jesús*. Sevilla: Thomás López de Haro, 1691.

**(Glosario *Corb.*):** Glosario de *El Corbacho.*

**(Glosario *LLA*):** Glosario de *La Lozana Andaluza.*

**(Glosario *ERC*):** Glosario de *El régimen del cuerpo*, elaborado por Dulce María González Doreste.

**(Laguna-Dioscórides):** Laguna, Andrés. *Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos* (facsímil de la de Amberes: en casa de Juan Latio, 1555). Madrid: Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid, 1991.

**(Marqués):** Marqués, Antonio. *Afeite y mundo mujeril*, introducción y edición de Fernando Rubio. Barcelona: Juan Flors, [1617] 1964.

**(Plinio):** *Historia Natural*, 1976.

**(Rojo de Flores):** Rojo de Flores, Felipe. *Invectiva contra el luxo, su profanidad y excesos por**medio de propias reflexiones, que persuaden su inutilidad: descripción**circustanciada de los trages y adornos de diversas naciones, distinguiendo los tiempos de su uso respectivo, especialmente en España*. Madrid: Imprenta Real, 1794.

**(*Tesoro*):** Covarrubias y Horozco, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2006.

**Abalorio:** Objeto de adorno vistoso y generalmente de poco valor(*DRAE*).

**Abanillo o abanico:** Instrumento para hacer o hacerse aire, que comúnmente tiene pie de varillas y país de tela, papel o piel, y se abre formando semicírculo (*DRAE*).

**Abanino:** Adorno de gasa u otra tela blanca con que ciertas damas de la corte guarnecían el escote del jubón *(DRAE)*.

**Abéñolas:** Pestañas (*DRAE*).

**Adherentes:** Preparados que se usan en la cosmética (Glosario *LLA*).

**Acacia:** Sustancia medicinal que se extrae del fruto verde de la acacia de Egipto (*Mimosa Nilotica*) o del de la bastarda. Tiene propiedades astringentes y se usa también como tinte capilar (Glosario *ERC*).

**Aceite de mata:** Lentisco (*DRAE*)*.*

**Acicalar:** Metafóricamente vale tanto como aderezar, componer el rostro, manos y garganta, poniéndole terso y reluciente con los afeites, adobos, y otras drogas de que usan las mujeres (*Aut.*, 1726).

**Aderezo:** Adorno, compostura (*Tesoro*).

**Adobo:** El afeite, o aderezo con que se procura que parezca hermoso el rostro de la mujer que no lo es (*Aut.*, 1726).

**Adormidera:** Planta de la familia de las Papaveráceas, con hojas abrazadoras, de color garzo, flores grandes y terminales, y fruto capsular indehiscente. Es originaria de Oriente, se cultiva en los jardines, y por incisiones en las cápsulas verdes de su fruto se extrae el opio (*DRAE*).

**Afeitar:** Aderezar, adobar, componer con afeites alguna cosa, para que parezca bien: lo que particular y frecuentemente se dice del rostro, y hacen cada día las mujeres para su adorno y su hermosura en cara, manos y pechos, para parecer blancas (*Aut.*, 1726).

**Afeite:** El adereço que se pone a alguna cosa para que parezca bien, y particularmente el que las mugeres se ponen en la cara, manos, pechos, para parecer blancas y roxas, aunque sean negras y descoloridas, desmintiendo a la naturaleza, y queriendo salir con lo imposible, se pretenden mudar el pellejo (*Tesoro*).

**Agalla:** Nuez de agalla (*Randia aculeata*), utilizada frecuentemente como astringente. Es el fruto de la agalla, arbusto cubano, y se utiliza también para tinte (Glosario *ERC*).

**Agraz:** Zumo que se saca de la uva no madura (*DRAE*). Se podía usar para adelgazar el rostro.

**Agrimonia:** Planta perenne de la familia de las rosáceas, como de un metro de altura, tallos vellosos, hojas largas, hendidas y ásperas y flores pajizas. Las hojas se emplean en medicina como astringente, y las flores, en algunas partes, para curtir cueros (*DRAE*).

**Agua de Ángeles:** Por ser de extremado olor, distilada de muchas flores diferentes y drogas aromáticas (*Tesoro*).

**Agua de azahar:** Se obtiene por la destilación de las hojas del naranjo.

**Agua de (por) mayo:** Agualluvia de mayo; agua bienvenida por su calidad salutífera, y usada como afeite (Glosario *LLA*).

**Ajenjo:** (*Artemisa Absinthium*) Planta perenne, compuesta, como de un metro de altura; es medicinal, muy amarga y algo aromática (Glosario *ERC*).

**Albayalde:** Carbonato básico de plomo (*DRAE*). Es vn género de poluo o pastilla blanca con que las mugeres suelen aderezar sus rostros, muy a costa suya, porque les come el color y les gasta la dentadura. Házese de plomo deshecho en vinagre muy fuerte (*Tesoro*).

**Álcali:** Compuesto que en disolución acuosa se comporta como una base fuerte (*DRAE*).

**Alcandora:** Vestidura a modo de camisa, o la camisa misma (*DRAE*).

**Alcanfor:** Goma que produce un árbol de extraordinaria grandeza por alto y pomposo, el qual se cría en las tierras orientales. Le trahen a Europa de dos géneros, uno en bruto, como se cogió del árbol, y este es de color roxo; otro purificado por medio de la sublimación: este se tiene por el mejor, y es blanquísimo. Su olor aunque aromático es poco apacible por demasiado vehemente. Es sabor picante y amargo. Tiene tantas partes ígneas, que llegado a encender arde dentro del agua, y se consume sin dexar ceniza (*Aut.*, 1726).

**Alcanna:** Henna (*Lawsonia inermes*), planta de la familia de las litráceas, cuyas hojas trituradas tiñen de amarillo (Glosario *ERC*).

**Alción:** De estos pájaros, dice Plinio: “Hazen los nidos siete días antes de la bruma, y en otros tantos que se siguen ponen sus huevos. Son los nidos muy de ver, porque tienen figura de pelota, y la boca un poco alta y angosta, a semejanza de las espongias grandes. No pueden cortarlos con hierro, y es menester, para quebrarlos, muy gran golpe, como la espuma seca del mar. No se halla de qué los hazen, aunque se piensa que de las espinas de las agujas, porque se sustentan de pescados” (Plinio, vol. II, libro X, 77).

**Alcofolera o alcoholera:** Vasija o salsera para poner el alcohol usado como afeite (*DRAE*).

**Alconcilla:** Color brasil o arrebol que usaban como afeite las mujeres (*DRAE*).

**Alcorza:** Pasta muy blanca de azúcar y almidón, con la cual se suelen cubrir varios géneros de dulces y se hacen diversas piezas o figuras (*DRAE*). Se hacían pastillas para el mal aliento, que también se llamaban *pastillas de olor y boca*.

**Alcoholar:** Ennegrecer con alcohol los bordes de los párpados, las pestañas, las cejas o el pelo (*DRAEDRAE*). Se solía hacer con antimonio y alcohol.

**Alfolvas o alholvas:** Azeites de pepitas o de alfolvas mesclado (Glosario *Corb.*). La alholva es una planta de la familia de las papilionáceas, con hojas agrupadas de tres en tres, acorazonadas, vellosas y blanquecinas por debajo, flores pequeñas y blancas, y por fruto una vaina larga y encorvada, plana y estrecha con semillas amarillentas, duras y de olor desagradable (*DRAE*).

**Alfombra:** Unas manchas que suelen salir en el rostro se llaman alhombra, porque causada de abundancia de sangre y calor, ponen aquella parte muy colorada (Glosario *Corb.*).

**Algalia:** Sustancia untuosa, de consistencia de miel, blanca, que luego pardea, de olor fuerte y sabor acre. Se saca de la bolsa que cerca del ano tiene el gato de algalia y se emplea en perfumería (*DRAE*).

**Alheña:** Es el arbusto llamado Ligustro, según Andrés Laguna: Hallase ordinariamente y en gran abundantia el ligustro, entre las çarcas y los cambrones […]. Sus hojas son compuestas de qualidades y sustancias diuersas, y ansi tienen mixta virtud […]. En Turquia con las rayzes de aquella planta suelen teñir ordinariamente las colas a los cauallos (Laguna-Dioscórides).

**Alheñar:** Teñir de colorado con el polvo de la alheña [tipo de arbusto] los cabellos, o las uñas de las manos, u otra qualquiera cosa (*Aut.*, 1726).

**Almáciga o almástiga:** Resina clara, translúcida, amarillenta y algo aromática que se extrae de una variedad de lentisco (*DRAE*). Se masticaba para fortalecer los dientes.

**Almagre:** El nombre es arábigo. Viene del verbo *garre*, que sinifica engañar o teñir de otra color, disfrazando la natural; y así al color postizo llama el latino *fucus*. Y porque antiguamente los que representaban se teñían la cara con el almagre o bermellón, le dieron los árabes este nombre del que engaña (*Tesoro*).

**Almea:** Bálsamo oloroso como el estoraque, muy oloroso, usado en perfumería y medicina (*DRAE*).

**Almirante:** Cierto género de tocados, que en parte imitaban los de las romanas, cuales vemos en sus medallas, y diéronles este nombre por haberlos introducido unas señoras damas hijas de un almirante de Castilla (*Tesoro*).

**Almizcle:** Sustancia grasa, untuosa, de olor intenso que algunos mamíferos segregan en glándulas situadas en el prepucio, en el periné o cerca del ano, y, por ext., la que segregan ciertas aves en la glándula debajo de la cola. Por su untuosidad y aroma, el almizcle es materia de base de ciertos preparados cosméticos y de perfumería (*DRAE*).

**Almizclero:** Mamífero artiodáctilo de la familia de los Cérvidos, del tamaño de una cabra, desprovisto de cuernos y con una bolsa glandular en el vientre, que contiene almizcle. Vive en las montañas de Asia central (*DRAE*). Los viajeros por el Oriente la llaman gacela almizclera.

**Aloe:** (*Aloexylum Agallocum*) Planta liliácea de cuyas hojas se extrae un jugo resinoso y muy amargo que se emplea en medicina (Glosario *ERC*).

**Alquitara:** Alambique, aparato para destilar (*DRAE*).

**Alquitira o tragacanto:** Arbusto de la familia de las Papilionáceas, de unos dos metros de altura, con ramas abundantes, hojas compuestas de hojuelas elípticas, flores blancas en espigas axilares y fruto en vainillas. Crece en Persia y Asia Menor, y de su tronco y ramas fluye naturalmente una goma blanquecina muy usada en farmacia y en la industria (*DRAE*).

**Altramuz:** Planta conocida que en unas vainillas cría ciertos granos, duros, anchos y rojos y en cada vaina se suelen hallar cinco o seis. Estos, aunque son amargos, se vuelven dulces si se echan en agua y son provechosos para matar las lombrices en el vientre, abren las opilaciones y provocan el menstruo (*Tesoro*).

**Alumbre:** Sulfato doble de alúmina y potasa: sal blanca y astringente que se halla en varias rocas y tierras, de las cuales se extrae por disolución y cristalización. Se emplea para aclarar las aguas turbias; sirve de mordiente en tintorería y de cáustico en medicina después de calcinado (*DRAE*).

**Alvarino o alvalino:** Afeite que usaban antiguamente las mujeres para blanquearse el rostro (*DRAE*).

**Ámbar, ambre, mambre:** Perfume delicado. Ámbar gris: Sustancia que se encuentra en las vísceras del cachalote, sólida, opaca, de color gris con vetas amarillas y negras, de olor almizcleño, usada en perfumería. Ámbar de pardillo: Se decía de los guantes, coletos, bolsas y otras prendas de piel adobada con ámbar gris (*DRAE*).

**Amoniaco:** Gas incoloro, de olor irritante, soluble en agua, compuesto de un átomo de nitrógeno y tres de hidrógeno. Es un producto básico en la industria química (*DRAE*).

**Angelote:** Especie de higueruela: Planta herbácea de la familia de las Papilionáceas, de hojas partidas como las del trébol, y flores azuladas en cabezuelas axilares (*DRAE*).

**Anime:** Es una lágrima o resina de cierto árbol muy a propósito para perfumar la cabeza.(*Tesoro*). Es de olor aromático y se usaba para perfumes y sahumerios. Andrés Laguna dice que es lo mismo que el cáncamo.

**Anosegado:** Dientes untados con nuez moscada (Glosario *Corb.*).

**Antimonio:** Elemento químico de núm. atóm. 51. Semimetal escaso en la corteza terrestre, se encuentra nativo o en forma de sulfuro. Es duro, quebradizo y de color blanco azulado, aunque algunas variedades alotrópicas son oscuras y casi negras. Fue utilizado como cosmético, y aleado con diversos metales en pequeñas cantidades les da dureza, como al plomo a los caracteres de imprenta (*DRAE*).

**Apostar:** Adornar, componer, ataviar (*DRAE*).

**Areca:** Palma de tronco algo más delgado por la base que por la parte superior y con corteza surcada de multitud de anillos, hojas aladas, hojuelas ensiformes y lampiñas, pecíolos anchos, flores dispuestas en espiga o panoja y fruto del tamaño de una nuez común. Su fruto se emplea en tintorería (*DRAE*).

**Argentadas:** Especie de afeite que usaban las mujeres (*DRAE*).

**Arandela:** Cuello encañonado y puños que usaron las mujeres (*DRAE*).

**Arañuela:** (*Nigela sativa*) Planta de la familia de las ranunculáceas de hermosas flores (Glosario *ERC*).

**Arcilla:** Tierra finamente dividida, constituida por agregados de silicatos de aluminio hidratados, que procede de la descomposición de minerales de aluminio, blanda cuando es pura y con coloraciones diversas según las impurezas que contiene (*DRAE*).

**Armuelle:** Planta anual de la familia de las Quenopodiáceas, de un metro de altura, con hojas triangulares, recortadas o arrugadas por su margen, flores en espiga, muy pequeñas y de color verde amarillento, y semilla negra y dura. En varias partes la cultivan y la comen cocida (*DRAE*).

**Arrebol:** El color que se pone la mujer en el rostro, llamado assí, por ser de color encarnado, y por el efecto que hace (*Aut.*,1726).

**Atanquía:** Ungüento depilatorio, ordinariamente compuesto de cal viva, aceite y otras cosas (Glosario *LLA*).

**Atíncar:** Cierta goma de un árbol índico, dicha por otro nombre *bórrax* (*Tesoro*).

**Atutía:** Óxido de cinc, azogue. (*DRAE*)

**Azabache:** La piedra llamada gagate, el qual no solamente en Lycia, empero también se halla en las orillas de cierto rio que deciende de las montañas de Ispruque […] Beuido el vino en que fuere muerto un pedaço de azauache bien inflammado, es remedio saludable contra cualquier desmayo. Dado a beuer su polvo con vino, quita los dolores de ijada (Laguna-Dioscórides).

**Azafrán:** (*Crocus sativus*) Planta irídea cuyo estigma se usa como condimento alimenticio y como tinte amarillo, así como estimulante y emenagogo (Glosario *ERC*).

**Azahar:** Flor blanca, la del naranjo, limonero y cidro (*DRAE*). Se creía eficaz para las recién paridas.

**Azerufes:** Rizos o bucles postizos (Glosario *Corb.*).

**Badulaques:** Afeite compuesto de varios ingredientes, que se usaba en otro tiempo (*DRAE*).

**Beleño:** (*Hyosciamus niger*) Planta solanácea de fruto capsular con muchas semillas pequeñas, redondas y amarillentas. Toda la planta, especialmente la raíz, es narcótica (Glosario *ERC*).

**Benjuí:** Bálsamo aromático que se obtiene por incisión en la corteza de un árbol del mismo género botánico que el que produce el estoraque en Malaca y en varias islas de la Sonda (*DRAE*). El doctor Laguna dice que es el licor cirenaico, por oloroso, grave al gusto, traslúcido y de color muy rojo, es útil contra la pestilencia (Laguna-Dioscórides).

**Bermellón:** Cinabrio reducido a polvo, que toma color rojo vivo (*DRAE*).

**Betel:** Planta piperácea que se cultiva en el Extremo Oriente. Sus hojas tienen cierto sabor a menta. Sus raíces, importadas del Líbano y de Siria, se cortaban en láminas y eran tónicas y astringentes (Glosario *ERC*).

**Bigarrado:** Abigarrado, de varios colores (de afeites) mal combinados (Glosario *LLA*).

**Blandura:** Emplasto curativo; también afeite (Glosario *LLA*).

**Blanquete:** Afeite que usaban las mujeres para blanquearse el cutis (*DRAE*). Entre sus ingredientes estaba el albayalde.

**Bobo:** Cierto tocado hueco, que echan por debajo de la barba (*Tesoro*).

**Bórax o borraj:** Sal blanca compuesta de ácido bórico, sosa y agua, que se encuentra formada en las playas y en las aguas de varios lagos de China, Tíbet, Ceilán y Potosí, y también se prepara artificialmente. Se emplea en medicina y en la industria (*DRAE*).

**Brasil:** Color encarnado que servía para afeite de las mujeres (Glosario *Corb.*).

**Bujeta:** Pomo para perfumes que se solía llevar en la faltriquera (*DRAE*).

**Bujellada:** Jubeladas por metátesis (en Rodrigo de Reinosa).

**Burato:** Es un cendal muy delgado que tiñen de negro y se hacen dél mantos para las damas, tan transparentes que descubren todo lo que cubren (*Tesoro*).

**Cabestrillo:** Cadena delgada de oro, plata o aljófar, que se llevaba al cuello por adorno (*DRAE*).

**Canfora:** Es cierta goma llamada de los latinos *caphura*, y de los árabes camphora. Nosotros la llamamos alcanfor (*Tesoro*).

**Calamistro:** Hierro usado antiguamente para rizar el pelo (*DRAE*).

**Calcina u hormigón:** Mezcla compuesta de piedras menudas y mortero de cemento y arena (*DRAE*).

**Cantárida o cantárides:** Es un cierto animalejo insecto; unos dicen ser gusano, otros escarabajo o cigarra, otros moscarda, de color verde, que se nace y se cría en los cogollos de los ramos del fresno y de la oliva, cuyo jugo si entra en las venas o en el vientre mata, y se toma por bebida ponzoñosa (*Tesoro*).

**Cardamomo:** Planta medicinal, triangular y correosa, cuyas semillas son aromáticas y de sabor picante (Glosario *ERC*).

**Cardenillo:** Acetato de cobre que se emplea en la pintura (*DRAE*).

**Carrasca:** encina, generalmente pequeña, o mata de ella (*DRAE*). Con sus sarmientos se hacía lejía para enrubiar los cabellos.

**Cazoleta:** Especie de perfume (*DRAE*).

**Centaura:** Planta perenne, de la familia de las Compuestas, de tallo ramoso, recto, de uno a dos metros de altura, con hojas grandes divididas en lacinias aserradas desigualmente, y flores de color pardo purpúreo en corimbo irregular, con cáliz de cabecilla escamosa (*DRAE*).

**Cerilla:** Masilla de cera compuesta con otros ingredientes, que usaban las mujeres para afeites (*DRAE*).

**Cerote:** Metáfora grotesca para el emplasto depilatorio; cerote es la masa que usan los zapateros para encerar los hilos y también ‘excremento’, en muchos contextos de la literatura burlesca aurisecular (*Aut.*, 1726).

**Chiqueador:** Trapo que se pone en la frente, bordado con hilo de oro, seda, y lentejuelas y se guarnece de puntas (Ezcaray, 28-29). Nombre con el que se conocía a los lunares postizos pintados o de tela en la Nueva España.

**Clara de huevo:** Con el blanco de los huevos cocidos, dice Martínez de Toledo que se hace un agua destilada “con mirra, cánfora, angelotes, trementina con tres aguas, purificada e bien lavada que torna como la nieve blanca, rayces de lirios blancos, bórax fino” (Glosario *Corb.* 134).

**Clarimente o esclarimente:** Agua compuesta o afeite que usaban las mujeres para lavarse el rostro (*DRAE*).

**Cinabrio:** Mineral compuesto de azufre y mercurio, muy pesado y de color rojo oscuro, del que se extrae, por calcinación y sublimación, el mercurio o azogue (*DRAE*).

**Color de Granada:** Postizo extendido en unas hojas de papel para colorear las mejillas (Arco y Garay, 530).

**Coloquíntida:** Es una especie de calabacilla salvaje, su planta produce las hojas hendidas y los sarmientos derramados por tierra, semejantes a los del cohombro doméstico. Su fruto es redondo, tamaño como una pelota, mediocre y amargo en extremo, el cual se quiere coger cuando comienza a pararse amarillo (*Tesoro*).

**Colorete:** Cosmético, por lo general de tonos rojizos, que las mujeres se aplican en las mejillas para darse color (*DRAE*).

**Coma:** Cabellera, crin (*DRAE*).

**Copete artificial:** Hecho de cabellos ajenos, se conoce también como *Gonçalete* o *Periquillo*. Quinto Setimio lo llamó *Sombrerillo* (Jiménez Patón, *Discurso…*).

**Coral:** Una planta marina, la qual en saliendo del profundo del agua, se empedernece como elada y endurecida del cincumfuso ayre […]Tiene todo coral cierta propiedad, o virtud oculta, contra la epilepsia, que llamamos gota coral, ansi beuido, como colgado al cuello: y cuentase entre las medicinas confortatiuas, y cordiales: porque restaura la facultad vital, y alegra el anima. De mas desto, restaña el fluxo del menstruo, y el de la esperma: corrige las blancas purgationes de las mujeres: desseca las llagas pútridas de la boca y de las enzias: purifica y haze blancos los dientes: y preserua de rayos las casas (Laguna-Dioscórides).

**Costo:** Raíz de la *Auklandia Costus*, considerada tónica, diurética y carminativa (Glosario *ERC*).

**Crema de arvejas:** Por el contexto, se entiende que se usaba para las arrugas de la cara.

**Cuajar:** Cosmético hecho con leche cuajada (Glosario *LLA*).

**Culantrillo:** Hierba de la clase de las Filicíneas, con hojas de uno a dos decímetros, divididas en lóbulos a manera de hojuelas redondeadas, con pedúnculos delgados, negruzcos y lustrosos. Se cría en las paredes de los pozos y otros sitios húmedos, y suele usarse su infusión como medicamento pectoral y emenagogo (*DRAE*).

**Dracma:** Octava parte de la onza, que tiene un peso aproximado de cien gramos (Glosario *ERC*).

**Drago:** Árbol que los latinos llaman draco, cuyo tronco es alto como un pino, su madera es dura, su corteza desigual, sus hojas grandes y largas en figura de una hoja de espada. El fruto nace en racimos de forma de cerezas, y en estando maduro es de color cerúleo y de un gusto ácido. Críase con gran abundancia en las Indias Orientales y Occidentales, y también se hallan algunos en Ceuta. La goma que destila es la que llaman sangre de drago (*Aut.*, 1726).

**Dragontía:** Es planta que también llaman taragontía, y lleva unas pencas o cañas, como culebras labradas de jaspeado con verde y blanco y obscuro. Las mujeres sabrán cómo sacan agua de ella. En Salamanca no la he visto; conocíla en la Vera de Plasencia (Correas, 177).

**Empebrado:** Con pebre, pimienta. Salsa en que entran pimienta, ajo, perejil y vinagre, y con la cual se sazonan diversas viandas (*DRAE*). Es como la expresión:“Echar en adobo los cabellos”.

**Empeine:** Parte inferior del vientre entre las ingles (*DRAE*).

**Escarola:** Planta de la familia de las Compuestas, de hojas rizadas y amargas al gusto, que se dulcifican privándolas de la luz hasta que adquieren un color amarillo pálido (*DRAE*).

**Escarpín:** Calzado interior de estambre u otra materia, para abrigo del pie, y que se coloca encima de la media o del calcetín (*DRAE*).

**Escoriador:** Depilatorio que gasta o arranca el cutis o el epitelio, quedando la carne descubierta (*DRAE*).

**Espantalobos:** Llamase la colutea en Castilla espanta lobos por el grande estruendo que hacen aquellos hollejos suyos, quando agitados del viento se tocan vnos con otros (Laguna-Dioscórides). Se hace con ella una infusión y sirve para purgar la cólera y la flema.

**Espuma de mar:** Silicato natural de magnesio hidratado (Glosario *ERC*).

**Estoraque:** Bálsamo muy oloroso, usado en perfumería y medicina (*DRAE*).

**Estufa:** Casa de baño; baño de vapor (Glosario *LLA*).

**Gala:** Flores de las plantas herbáceas (*DRAE*).

**Galia muscata:** Mezcla elaborada, según Mesué el Viejo —médico del siglo xi que fue director del hospital de Bagdag—, por madera de alóe, ámbar gris y musgo; y de mastic, goma arábiga, alcanfor, canela y nuez moscada, según el Antidotario de Nicolás (Glosario *ERC*).

**Gamón:** Planta de la familia de las Liliáceas, con hojas erguidas, largas, en figura de espada, flores blancas con una línea rojiza en cada pétalo, en espiga apretada, sobre un escapo rollizo de un metro aproximadamente de altura, y raíces tuberculosas, fusiformes e íntimamente unidas por uno de sus extremos, cuyo cocimiento se ha empleado para combatir las enfermedades cutáneas (*DRAE*).

**Garceta:** Pelo de la sien, que cae a la mejilla y allí se corta o se forma en trenzas (*DRAE*).

**Glasto:** Planta bienal de la familia de las Crucíferas, con tallo herbáceo, ramoso, de seis a ocho decímetros de altura, hojas grandes, garzas, lanceoladas, con orejetas en la base, flores pequeñas, amarillas, en racimos que forman un gran ramillete, y fruto en vaina elíptica, negra y casi plana, con una semilla comprimida, tres veces más larga que ancha. De las hojas de esta planta, antes muy cultivada, se saca un color análogo al del añil (*DRAE*).

**Goma adragante:** Sustancia viscosa e incristalizable que naturalmente, o mediante incisiones, fluye de diversos vegetales y después de seca es soluble en agua e insoluble en alcohol y el éter. Disuelta en agua, sirve para pegar o adherir cosas (*DRAE*).

**Granza:** (*Rubia Tinctorum*) Planta tintórea de la familia de las rubiáceas (Glosario *ERC*).

**Greda:** Arcilla arenosa, por lo común de color blanco azulado, usada principalmente para desengrasar los paños y quitar manchas (*DRAE*). “La greda, dice Plinio que es a propósito para sutilizar y volver blanca la cara y resplandeciente” (Marqués, 31).

**Haba de mar o marina:** Pieza calcárea de forma elíptica, pequeña, plana y blanca por una cara, rugosa como el ombligo de un animal, y de color entre rojo y dorado por la otra, que sirve de opérculo a la concha de ciertos múrices. Llevada en sortijas, pendientes o botones, se tiene vulgarmente como preservativo del dolor de cabeza. También llamada ombligo de Venus (*DRAE*)*.*

**Harina de habas:** “De esta suerte cubrió no sé qué lunares de su cara el emperador Otón, como dice Suetonio, lavándose cada día con migajón de pan, hecho de harina de habas y arroz” (Marqués, 24).

**Hinojo de la mar:** Planta que se cría en los lugares y peñascos marítimos: tiene las hojas mui gruessas y blanquecinas como las de las verdolagas, aunque algo más largas, las quales son saladas al gusto. Produce las flores blancas, y el fruto como el del romero, tierno, oloroso y redondo: el qual se dilata en secándose, y tiene dentro de sí la simiente a manera de grano de trigo. Sus raíces son tres o quatro, de suave olor, y toda la planta de poco más de un pie de alto. Es útil para muchas enfermedades (*Aut.*, 1726).

**Jalbegue:** Afeite que solían usar las mujeres para blanquearse el rostro (*DRAE*).

**Jáquima:** Emplasto depilatorio que se hace con pez u otra cosa pegajosa (Glosario *LLA*).

**Jaulilla:** Adorno hecho para la cabeza a modo de red (Rojo de Flores, 100).

**Jubeladas:** Verbujelladas.

**Ládano:** Producto resinoso que fluye de las hojas y ramas de la jara. Antiguamente se recogía peinando las barbas de las cabras que mordisqueaban esas hojas (Glosario *ERC*).

**Lanilla:** Especie de afeite que usaban antiguamente las mujeres (*DRAE*).

**Lardarse o lardearse:** Untarse o envolverse con lardo o grasa (*DRAE*).

**Lentisco:** Mata o arbusto siempre verde, de la familia de las Anacardiáceas, con tallos leñosos de dos a tres metros, hojas divididas en un número par de hojuelas coriáceas, ovaladas, de punta roma, lampiñas, lustrosas por el haz y mates por el envés; flores pequeñas, amarillentas o rojizas, en racimos axilares, y fruto en drupa casi esférica, primero roja y después negruzca. La madera es rojiza, dura, aromática, y útil para ciertas obras de ebanistería; de las ramas puede sacarse almáciga, y de los frutos, aceite para el alumbrado. Abunda en España (*DRAE*).

**Lepar:** Acicalarse (Glosario *Corb.*).

**Litarge o litargirio:** Óxido de plomo, fundido en láminas o escamas muy pequeñas, de color amarillo más o menos rojizo y con lustre vítreo (*DRAE*).

**Llantén:** Planta herbácea, vivaz, de la familia de las Plantagináceas, con hojas radicales, pecioladas, gruesas, anchas, ovaladas, enteras o algo ondeadas por el margen, flores sobre un escapo de dos a tres decímetros de altura, en espiga larga y apretada, pequeñas, verdosas, de corola tubular en la base y partida en cuatro pétalos en cruz, fruto capsular con dos divisiones, y semillas pardas elipsoidales. Es muy común en los sitios húmedos, y el cocimiento de las hojas se usa en medicina (*DRAE*). Dioscórides dice que se mezcla “en las medicinas con que alcoholamos los ojos” (Laguna-Dioscórides).

**Luva o lúa:** Guante de piel, tela o punto (*DRAE*).

**Lucentor:** Ciertoafeite que usaban las mujeres para el rostro (*DRAE*).

**Lustre:** El resplandor de cualquiera cosa que está alisada o acicalada, o de su calidad es lustrosa (*Tesoro*). Era un afeite para abrillantar la tez.

**Mandrágora:** (*Atropa Mandragora*) Planta solanácea que se ha usado en medicina como narcótico; acerca de sus propiedades corrían en la antigüedad muchas fábulas (Glosario *ERC*).

**Manto de gloria:** Llamados también de cristal porque se traslucen. Marco Varrón lo llamó *toga vítrea* y Juvenal *multicia* (Pinelo, 6).

**Manto de humo:** El de seda negro y transparente que llevaban antiguamente las mujeres en señal de luto (*DRAE*).

**Manto de soplillo:** El de tafetán muy fino y transparente que llevaban las mujeres (*DRAE*). “Aunque ahora con los mantos que usan de soplillo y resplandor alcanzan asaz el fin de ser vistas, pues por ellos, según son de claros, se los trasluce todo el cuerpo” (Marqués, 58).

**Marrubio:** Planta herbácea de la familia de las labiadas, con tallos erguidos, blanquecinos, pelosos, cuadrangulares, de 40 a 60 cm de altura, hojas ovaladas, rugosas, con ondas en el margen, vellosas y más o menos pecioladas, flores blancas en espiga, y fruto seco con semillas menudas. Es planta muy abundante en parajes secos y sus flores se usan en medicina (*DRAE*). Es utilizada para preparar lejías para enrubiar los cabellos.

**Mastique:** Pasta de yeso mate y agua de cola que sirve para igualar las superficies que se han de pintar o decorar (*DRAE*).

**Mata o lentisco:** Mata o arbusto siempre verde, de la familia de las Anacardiáceas, con tallos leñosos de dos a tres metros, hojas divididas en un número par de hojuelas coriáceas, ovaladas, de punta roma, lampiñas, lustrosas por el haz y mates por el envés; flores pequeñas, amarillentas o rojizas, en racimos axilares, y fruto en drupa casi esférica, primero roja y después negruzca. La madera es rojiza, dura, aromática, y útil para ciertas obras de ebanistería; de las ramas puede sacarse almáciga, y de los frutos, aceite para el alumbrado. Abunda en España (*DRAE*).

**Menjuí:** Ver benjuí.

**Menjurje:** Mejunje, cosmético o medicamento formado por la mezcla de varios ingredientes (Glosario *LLA*).

**Mirobálano:** Nuez ungüentaria o avellana de la India, de cuyo meollo se saca el oleo de ben, muy celebrado de los perfumadores, por quanto no se haze rancio jamas, y siendo libre de todo olor, fácilmente recibe en si qualquiera otro, sin impedirle o embotarle su fuerça: lo qual hacen todos los otros olorosos azeytes, que con su fortaleza de olor obscurecen todo genero de perfume que les fuere mezclado […] De toda la nuez molida con el meollo, y la cascara, se haze un excelentísimo polvo para limpiar, adelgazar, y enternecer admirablemente las manos, aunque estén muy asperas y escabrosas (Laguna-Dioscórides).

**Mirra:** Crece hasta cinco cobdos su árbol, no sin espinas, y con tronco duro y torcido, más grueso que el del encienso y a par de la raíz más que en las otras partes. Tiene lisa la corteza semejante a la del madroño, y otros dixeron ser áspera y espinosa; su hoja es como la de la oliva, aunque más crespa y con puntos. Su copa de hyposelino (especie de apio); otros dizen que es semejante a la del enhebro, pero más áspera y espinosa, de hoja más redonda, aunque de sabor de enhebro. Ya ha habido quien afirme que drestilan ambos a dos liquores del árbol del encienso. Sáxanse éstos otras dos vezes y en los mismos tiempos, y tienen, desde las raíces hasta los ramos, liquor […] Los que tratan en ungüentos la guardan en odrecillos, comprada del vulgo, y despachan fácilmente por su untuosidad y olor (Plinio, vol. II, libro XII, 161).

**Mirtídano:** Pimpollo que nace al pie del mirto (*DRAE*).

**Muda:** Se llama assimismo cierta especie de afeyte o untura, que se suelen poner las mugeres en el rostro (*Aut.*, 1734). Cierto afeite para el rostro hecho de azúcar candi, preparado por evaporación lenta del azúcar (Glosario *LLA*). Servía para quitar las manchas del rostro.

**Murta:** Arrayán pequeño, que tiene la flor blanca y tal olorosa que se distila della agua no poco estimada para la confectión de los perfumes y otras cosas (*Tesoro*).

**Musco:** Almizcle (*DRAE*).

**Neguijón:** Enfermedad de los dientes, que los carcome y pone negros (*DRAE*).

**Neguilla:** Planta herbácea anual, de la familia de las Cariofiláceas, lanuginosa, fosforescente, con tallo ramoso de seis a ocho decímetros de altura, hojas lineales y agudas, flores rojizas terminales y solitarias, y fruto capsular con muchas semillas negras, menudas, esquinadas y ásperas. Es muy abundante en los sembrados (*DRAE*).

**Nitro:** Nitrato potásico, que se encuentra en forma de agujas o de polvillo blanquecino en la superficie de los terrenos húmedos y salados. Cristaliza en prismas casi transparentes, es de sabor fresco, un poco amargo, y, echado al fuego, deflagra con violencia (*DRAE*).

**Ojo de perdiz, puntas de:** Labor de pasamanería que en el cruce de los hilos forma unos nudos lenticulares (*DRAE*).

**Óleo:** Es el aceite puro, no mezclado con ningún otro ingrediente (*Etim*., 495).

**Onza:** La onza representaba alrededor de 30 gramos 59 de nuestro sistema ponderal. En el siglo xiii constituía la sexta parte de la libra, unidad de peso (Glosario *ERC*).

**Oropimente:** Mineral compuesto de arsénico y azufre, de color de limón, de textura laminar o fibrosa y brillo craso anacarado. Es venenoso y se emplea en pintura y tintorería (*DRAE*).

**Palo de raíz de nogal:** Por el contexto, se entiende que se usaba para los labios.

**Palomilla:** Llamose fumaria en latín, porque su çumo instilado en los ojos, ni mas, ni menos, que el humo, los muerde, y prouoca lagrimas […] Su çumo quita las manchas roxas, y en encendimiento del rostro, si se lauan con el (Laguna-Dioscórides).

**Pámpano:** Sarmiento verde, tierno y delgado, o pimpollo de la vid (*DRAE*).

**Papáver o adormidera:** Planta de la familia de las papaveráceas, con hojas abrazadoras, flores grandes, vistosas y terminales, y fruto capsular indehiscente del que se extrae el opio (*DRAE*).

**Partidor:** Varilla o púa que empleaban las mujeres para abrirse la raya del pelo (Glosario *Corb.*).

**Pastillas:** Porción de pasta consistente, de forma, tamaño y usos variables, de uno u otro tamaño y forma. Pastilla de olor, de jabón (*DRAE*). También las había para perfumar el aliento y con sustancias aromáticas para perfumar las habitaciones.

**Pebete:** Pasta hecha con polvos aromáticos, regularmente en forma de varilla, que encendida exhala un humo muy fragante (*DRAE*).

**Pegote:** Depilatorio. Emplasto o bizma que se hace de pez u otra cosa pegajosa (Glosario *LLA*).

**Pelador:** Depilatorio (Glosario *LLA*).

**Pena:** Cinta adornada con una joya en cada punta, que usaban las mujeres anudándola al cuello y dejando los cabos pendientes sobre el pecho (*DRAE*). Ezcaray la llama también *cachaza* o *amito*.

**Pellejador:** Depilatorio hecho con trementina, pez, calcina y cera (Glosario *LLA*).

**Pellejar:** Pelar, depilar (Glosario *LLA*).

**Perico:** Un adorno hecho de pelo postizo que servía para la parte delantera de la cabeza (Rojo de Flores, 100).

**Pinjante:** Dicho de una joya o de una pieza de oro, plata u otra materia: que se lleva colgada a modo de adorno (*DRAE*).

**Poma:** Vaso en que se queman perfumes. Pomo para perfumes y cajita en que se lleva. Especie de bola elaborada con varios ingredientes, por lo común odoríferos (*DRAE*).

**Polvo:** Producto cosmético de diferentes colores que se usa para el maquillaje (*DRAE*). Los más usados en el tocador femenino eran de arroz o de harina.

**Poncil:** Se dice de una especie de limón o cidra agria y de corteza muy gruesa (*DRAE*).

**Ponleví:** Forma especial que se dio a los zapatos y chapines, según moda traída de Francia. El tacón era de madera, muy alto, inclinado hacia adelante y con disminución progresiva por su parte semicircular, desde su arranque hasta abajo (*DRAE*).

**Porcellete o porcelleto:** Cierto ungüento (Glosario *LLA*).

**Pupulión o populeón:** Ungüento calmante, compuesto de manteca de cerdo, hojas de adormidera, belladona y otros simples, entre los cuales figuran como base principal las yemas del chopo o álamo negro (*DRAE*).

**Rasura:** Acción y efecto de raer (*DRAE*).

**Relámpago:** Parte que del brial se veía en las mujeres que llevaban la basquiña enteramente abierta por delante (*DRAE*).

**Resplandor:** Composición de albayalde y otras cosas con que se acicalaban las mujeres (*DRAE*).

**Sacristán:** Faldellín con aros para ahuecar las faldas (*DRAE*).

**Sahumerio:** Humo que produce una materia aromática que se echa en el fuego para sahumar (*DRAE*).

**Salserillas de color:** Con que se arrebolan las mujeres (*Tesoro*).

**Sándalo:** Planta que nace en las Indias […] se hallan tres especies: citrina, blanca y bermeja […] Las dos primeras son en extremo olorosas (Laguna-Dioscórides).

**Sebillo:** Sebo suave y delicado, como el del cabrito, para suavizar las manos y para otros efectos (*DRAE*).

**Sisimbrio o jaramago:** Planta herbácea de la familia de las Crucíferas, con tallo enhiesto de seis a ocho decímetros, y ramoso desde la base, hojas grandes, ásperas, arrugadas, partidas en lóbulos obtusos y algo dentados, flores amarillas, pequeñas, en espigas terminales muy largas, y fruto en vainillas delgadas, casi cilíndricas, torcidas por la punta y con muchas semillas. Es muy común entre los escombros (*DRAE*).

**Solimán adobado:** Cosmético preparado a base de mercurio (*DRAE*). Se usaba para blanquear y quitar las manchas del rostro.

**Spodium:** Nombre dado por los boticarios al marfil calcinado al rojo blanco (Glosario *ERC*).

**Tacamaca:** Especie de goma, o resina, que sale de un árbol del mismo nombre, que se cría en las Indias, parecido al álamo blanco. Sus hojas son pequeñas, redondas, y puntiagudas. El fruto del tamaño de una nuez, roxo, pegajoso, y de mui activo olor, y tiene un huesso dentro como del albaricoque. Desta goma hai dos especies, una llama sublime, que es la que arroja el árbol sin incisión alguna, y es más olorosa, fina, y transparente, la otra es la que se saca por incisión, y es más ordinaria, y de menos olor. Trahenla en pequeñas pastas amarillas, o coloradas, sembradas de lágrymas blancas. Llámase también Tacamahaca (*Aut.*, 1726).

**Tez de cara:** Probablemente, afeite que sirve de base para pintarse la mujer (Glosario *LLA*).

**Tojo:** Planta perenne de la familia de las papilionáceas, variedad de aulaga, que crece hasta dos metros de altura, con muchas ramillas enmarañadas, hojas reducidas a puntas espinosas, flores amarillas, y por fruto vainillas aplastadas con cuatro o seis semillas (*DRAE*).

**Torvisco:** Para el doctor Laguna es la grana o cochinilla, que sirve para teñir la seda. También asocia esta planta con la thimelea, que “tomó el nombre del oliuo juntamente y del thymo: por quanto a aquel en las hojas, y a este se parece en las flores” (Laguna-Dioscórides).

**Traguntía o taraguntia:** dragontea, de la cual hay dos especies, mayor y menor. Es conocida entre los herbolarios como serpentaria, según el doctor Laguna, porque su tallo “en la variedad y diferencia de las colores, parece ser vestido del despojo de alguna culebra” (Laguna-Dioscórides).

**Tramojo:** Vencejo hecho con mies para atar los haces de la siega (*DRAE*).

**Trébede:** Aro o triángulo de hierro con tres pies, que sirve para poner al fuego sartenes, peroles, etc. (*DRAE*).

**Trementina:** Jugo casi líquido, pegajoso, odorífero y de sabor picante, que fluye de los pinos, abetos, alerces y terebintos. Se emplea principalmente como disolvente en la industria de pinturas y barnices (*DRAE*).

**Trifolio o trébol:** Planta herbácea anual, de la familia de las Papilionáceas, de unos dos decímetros de altura, con tallos vellosos, que arraigan de trecho en trecho, hojas casi redondas, pecioladas de tres en tres; flores blancas o moradas en cabezuelas apretadas, y fruto en vainillas con semillas menudas. Es espontánea en España y se cultiva como planta forrajera muy estimada (*DRAE*).

**Tufo:** Cada una de las dos porciones de pelo, por lo común peinado o rizado, que caen por delante de las orejas (*DRAE*). Son especie de rizos que cubren las orejas, y por estar encrespados al ayre se llaman también *bufos* (Rojo de Flores, 100).

**Ungüento:** es todo lo que se fabrica de óleo común mezclado con otras sustancias, adquiriendo el encanto del olor y manteniéndolo largo tiempo (*Etim.*, 495). “Fueron los ungüentos invención de los persas, porque se unctan con ellos, y con olores [penetrantes] encubren el mal olor nacido de su glotonía […] Dos maneras hay de hazer los perfumes: una del zumo y otra del cuerpo. El de zumo consta por la mayor parte de géneros de aceites diversos, y el de cuerpo, de olores […] Mézclase goma y resina para que se retenga el olor en el cuerpo del ungüento, el cual en breve se pierde y exhala faltando estas dos cosas” (Plinio, vol. II, libro XIII, 172-173).

**Ungüento cetrino:** Cierto ungüento de que usan las que se afeitan para sus mudas. Díjose así por hacerse su decocción en el hueco de una cidra, alias cetrino, a cedro; es diferente composición (*Tesoro*).

**Ungüento iasmino:** se confecciona en Persia con las flores del alhelí: “de las quales se ponen en infusión dos onças dentro de un sestario itálico de azeyte de sesamo. Lo usaban los persas en sus convites para dar buen olor y es útil al cuerpo en los baños” (Laguna-Dioscorides).

**Untos y unturas:** Cualquier graso, como unto de puerco (*Tesoro*).

**Verdete:** Color verde claro hecho con el acetato o el carbonato de cobre, que se emplea en pintura y en tintorería (*DRAE*).

**Viola o violeta:** Planta herbácea, vivaz, de la familia de las Violáceas, con tallos rastreros que arraigan fácilmente, hojas radicales con pecíolo muy largo, ásperas, acorazonadas y de borde festoneado, flores casi siempre de color morado claro y a veces blancas, aisladas, de cabillo largo y fino y de suavísimo olor, y fruto capsular con muchas semillas blancas y menudas. Es común en los montes de España, se cultiva en los jardines, y la infusión de la flor se usa en medicina como pectoral y sudorífico (*DRAE*).

**Vitrolo o vitriolo:** Cierto género de goma de que se hace la tinta de zapateros, dicho por otro nombre caparrosa (*Tesoro*).

**Xervillas:** Jervillas o servillas. “Zapatos de mujer abiertos por el atar” (Correas, 170).

**Yerro:** Probablemente el yaro, cuyas hojas se parecen a las de la dragontea. “Rallada, o rayda verde su rayz, y aplicada sobre qualquier cardenal, o mancha, no se desase della, hasta que la chupa, y resuelue del todo” (Laguna-Dioscórides). Puede comerse su raíz cruda y cocida, como la de los nabos.

**Yema de huevo:** Con la yema de huevos cocidos, dice Martínez de Toledo que se hace aceite para las manos: “en una caçuela traellos al fuego, rociándolos con su agua rosada, e con un paño linpio e dos garrotes sacan el azeyte para las manos e la cara ablandar e purificar” (Glosario *Corb.*,134).

**Zaragatona:** Planta herbácea anual, de la familia de las Plantagináceas, con tallo velludo, ramoso, de dos a tres decímetros de altura, hojas opuestas, lanceoladas y estrechas, flores pequeñas, verdosas, en espigas ovales, y fruto capsular con muchas semillas menudas y brillantes que, cocidas, dan una sustancia mucilaginosa, empleada para medicina y para aprestar telas (*DRAE*).

**Zumaque:** Arbusto de la familia de las Anacardiáceas, de unos tres metros de altura, con tallos leñosos, hojas compuestas de hojuelas ovales, dentadas y vellosas, flores en panoja, primero blanquecinas y después encarnadas, y fruto drupáceo, redondo y rojizo. Tiene mucho tanino y lo emplean los zurradores como curtiente (*DRAE*).

**Zumo de hojas de rábano:** Planta herbácea anual, de la familia de las crucíferas, con tallo ramoso y velludo de 60 a 80 cm de altura, hojas ásperas, grandes, partidas en lóbulos dentados las radicales y casi enteras las superiores, flores blancas, amarillas o purpurinas, en racimos terminales, fruto seco en vainilla estriada, con muchas semillas menudas, y raíz carnosa, casi redonda, o fusiforme, blanca, roja, amarillenta o negra, según las variedades, de sabor picante (*DRAE*). Se creía que era eficaz para quitar las pecas del rostro.

**Apéndice 2**

**Recetario**

*Libro en que se allaran diversas memorias ansi para adobar guantes como para azer muchas y diferentes ollores. Agua almizcada y otras aguas y cosas de buena ollor*

Para adobar guantes amarillos (1):

Tomar azeyte de almendras dulces y echarle la simiente de rosas questa en la cabecuela de la rosa y desazellas ata que se pare el azeyte amarillo y tomar los guantes y bolvellos del enves y sin mojarlos arrujallos con agua y untarlos con el azeyte y colgallos adonde no les de nuebe o diez dias y después bolvellos y guardarlos ata que los quieran adobar y mientras mas estuvieren guardados seran mejores y quando los quieran adobar dejar en un poco de algalia en azeyte de jazmin y con un paño grueso mojado en esto limpenlos por en enves ata que tengan buen tez y luego mojandolos los dejan de adobar desta manera (fol. 129r).

Para adobar guantes negros (2):

Lavar los guantes en agua clara y apretallos mucho y colgallos a do no les de ayre ni sol y de que esten medio enxutos enmoldenlos en manos de buen talle y perfumenlos con un poquito de açucar blanco y un poco de pastilla de ambar y para un par de guantes an de tomar una quarta de ambar y media de almizque y molello junto ata queste muy desecho y entonces Echelle muy poquito azeite de azar o de mosqueta y una ochava de algalia y desazello todo junto y ponello sobre los guantes y si quisieren que los guantes sean floridos an de poner lo sobredicho al fuego a que se caliente un poco y después que esten adobados los guantes callentarlos un poco en el braserop y tomar unos poco de algodones estendidos y ruciallos con agua rosada y enbolver los guantes ata otro dia que los allaran floridos (fols. 129r y v).

Para adobar guantes blancos o negros (3):

An de tomar para ocho pares de guantes mojados y perfumados una onca de ambar y molella y echarla en azeyte de azar y ponello al fuego ata que se desate y ponella en los guantes y ponellos al sol al otro dia que se adoben y quando los quiten del sol calientes fregallos muy apretados los unos con los otros y guardallos ata otro dia que los pongan al sol y esto an de hazer nueve dias ata que se paren quan blancos los quisieren y enxutos del azeyte (fols. 129v y 130r).

Para adobar guantes de polvillos (4):

Tomar los guantes mojados y perfumados y para un par de guantes y una quarta de almizque y media de polvillos todo molido muy molido en una piedra y desecho con azeyte de mosqueta ponello en los guantes (fol. 130r).

Para azer masica para guantes (5):

Tomar un poquito de azeyte de azar y un poco de almizque y desto menos que de todo y unos pocos de polvillos que sean de los muy buenos y una poca de algalia y ambar molido y anlo de tener sobre el fuego y desazelo alli y el ambar se a de echar primero que todo con el azeyte para que se desaga alli y el almizque se a de echar después de quitado el fuego (fol. 130r).

Para adobar otra manera de guantes (6):

Tomar los guantes y mojarlos muy bien por de fuera con algua almescada o mesclada lo que mas quisieren y dexallos un rato que senbevan y tomar dos ariencos (moneda antigua de Castilla) de almisque y picarlos en un morterito muy molido todo lo posible y tomar un quarto de ambar y raello con un cuchillo y ponello en una escudilla de plata con un poco de azeyte de uen o de jazmin si no lo oviere de uen y deritillo en un poco de rescaldo y echar alli un arienco de algalia y quando ste derretido echar alli su almisque muy bien molido y meneallo muy bien todo junto y poner un poco de cumo de naranja y meneallo muy bien para que se incorpore y después ase de poner poco a poco en los guantes muy igual y bien asentado (fol. 130v).

Para azer agua almizcada (7):

A una libra de agua conco granos de almisque y otros tantos de ambar y si quisieren azer cantidat de seis libras pongan de algalia cantidad de media avellana y ansi mesmo quiten de la cantidat o crezcan y si quisieren echar polvillos desatenlos con el algalia en la dicha agua y ponganlo en una redoma y atapenlo bien con un pergamino y es echa el agua (fol. 130v).

Para azer almuadillas de rosas perfumadas (8):

Tomar rosas coloradas y quitalles lo blanco y ponella al sol ruciadas con agua almizcada ata que se pare seca después ponella en unos arneros (especie de criba) y ponella a perfumar con pastiullas de rosas y de ambar y esto ase de perfumar ata que huela bien la rossa al perfume y después se an de tomar una onca de ambar y media de almizque y una onca de polvillos molidos y polvorear las rosas con esto muy molido y muy cernido para esta cantidad an de ser quatro libras de rosas secas después azer almoadillas de tefetan doble y echalllo en ellas (fol. 131 r).

Para azer pevetes (9):

Quemar palo de salze (sauce) y amatar los carbones con agua rosada y a seis oncas de carbon molidas y cernidas una onca de ambar y media de algalia y un quarto de almizque rebolvello todo echo polvos y an de tener alquitira echada a remojo en agua almizcada de la noche ante que se agan los pevetes y con aquella babaca amasar estos polvos y anles de echar un poco de acuzar blanco molido y azer los pevetes untadas las manos con una poquita de algalia y muy poca por que no se ablanden y ponellos a elar (fol. 131r y v).

Para azer pasticas (10):

A una libra de benjuy media libra de estoraques y media onca de ambar molido todo junto y cernido echallo en una bacia y Echelle tres oncas de rosas secas y la cantidat de agua que quisieren y dexallo ervir ata que se haga todo junto una pasta y sacallo an del fuego y vasallo con algalia apretandolo del agua azer las pastillas y untar una oja de rosa con algalia y ponerla del un cabo de la pastilla y otra del otro cabo y dexallas an enxugar (fol. 131v).

Para azer cacolexas (11):

Tomar los amarillos de la flor de moqueta [*sic*] y flor de naranjo tanto de uno como de otro y dos o tres oncas de benjuy y una onca de estoraque y unos poquitos clavos y una poquita canela todo esto junto molido y cernido y un poco rosa alexandrina todo esto puesto en una caçolexa y siempre que la yervan echar agua de azar o agua rosada (fol. 132r).

Para azer pastillas ervidas (12):

A dos libras de benjui molido y cernido quatro oncas de estoraque ocho oncas de rosa alexandrina ocho oncas de flor de naranjo y un poco de linoaloe (lináloe) y obra de un dinero (Moneda de plata y cobre usada en Castilla en el siglo xiv y que equivalía a dos cornados) de clavos dos oncas de acucar y si quisieren almizque o polvillos como quisieren todo sto molido y cernido ponganlo en su cacoleja y denle dos o tres ervores con agua de azar o almizcada En tanto que estan calientes se an de azer las pastillas y anlas de poiner en un palto estendidas para que se enxuguen y entallas con algalia y sus rosas encima (fol. 132v).

Para azer agua almizcada (13):

A quatro libras de agua rosada dos libras de flor de mosqueta una libra de agua de azar de azucenas toda buelta en una redoma y tomar quatro oncas de benjuy y Morello y echallo en una redoma y una ochava de estoraque y una quarta de ambar y media quarta de almizque y tanto como media avellana de algalia y echar la mitat dello en una caldera de agua y ponello al fuego y yerba media ora y apartalda y ansi dentro en la caldera de que se vaya enfriando sacar la pasta para azer panecitos y el agua pasalla a otra redoma y moler la mitat del ambar y el almizque que quedo y echarlo dentro y algalia y desatalla con polvillos y echarlo dentro y tenello bien atapado y de que quieran sacar della menealla dentro en la redoma (fol. 132v).

Para perfumar ropa blanca (14):

Ruciar la ropa con vino blanco muy bueno y echar en una cacuela agua rosada y xarave rosado de miel y después que este embevido y reposado tornillo a ruciar con agua rosada y pérfumarlo con benjuy y estoraque mojada el algalia y dexallo un dia que se repose con este baño y tornillo a rociar con agua rosada otra bez y perfumarla con cacoleta y tornillo a rociar y al otro dia perfumillo con almizque puro (fol. 133r).

Para azer azeite de ambar (15):

Tomar un poço de azeite que quepan en el seis onças de mosqueta y echar una onça de ambar molido y penello [*sic*] al sol y meneallo cada dia las vezes que quisieren ata nueve dias y a la noche quando lo quiten embolvello en ropa ante que se le pase el calor del sol quando el azeyte este de la color del ambar es echo del todo y con estpo se pueden adobar guantes pardos (fol. 133v).

Para azer pastillas comunes (16):

A una libra de rosas alexandrinas una libra de benjuy y una onca de storaque o honca y media dos oncas de acucar un dinero de clavos otro de canela tres dineros de lino aloe una cuchareta de naranja seca todo esto molido y cernido amassado con agua almizcada y azer sus pastillas y untarlas de una parte y otra con algalia y ropa por encima (fol. 133v).

Para azer agua que huela bien (17):

Tomen rosas y flor de azr las rosas sean dos vezes mas que el azar y tomareis rosas mosquetas y ponerlas eis en una alquitara y tiernos de cidra y brotecitos de arrayan y moleran canela y echarla an en agua rosada y bien mezclada ruciaran las dichas flores con unos pocos de clavos molidos y echallos en la dicha alquitara y tornaran a poner de las dichas flores y de los brotes de cidra y arrayan y ruciarlo an con el agua mezclada con canela y ponerlo an a espumar y los clavos todo esto por tres vezes a menester gran tiento que no es cosa que se pueda ansi tratar sacada esta agua es cosa muy preciosa y si se almizca veran agua tan buena que no ay cosa que se yguale con ella por almizcada que sea (fol. 134r).

Otra agua de buena olor (18):

Tomaran aguardiente y echarle an almizque y echarlo an en una redoma y cubrirla an y pornanla al sol cuarenta dias y quando querran ruciar la casa echen un poco en un cantaro de agua clara y ruciaran la casa con ello esta agua es para ruciar alguna estancia para que tenga buena olor (fol. 134r).

Agua de olor para la persona (19):

Tomen agua rosada en un redoma y echen almizque y algalia y cumo de limon y meneallo mucho junto y ponello donde quisieren (fol. 134r).

Para azer pastillas o pevetes (20):

Tomaran media libra de benjuy y dos onças de estoraque y el benjuy a de ser molido y cernido y el estoraque molido y anime blanco dos oncas molido y cernido y echarlo en una cacuela todo junto y si querran echar un poco de ambar dentro sera muy bueno molido y echar dentro quatro oncas de agua rosada y poner la cacuela al fuego y caliente azerlo todo una pasta y aran las pastillas del tamaño que quisieren y desta pasta pueden azer pevetes (fol. 134v).

Para azer agua almizcada (21):

Toma una redoma de agua rosada la mitat de agua de azar y a una redoma que aya un acumbre (Medida de capacidad para líquidos, que equivale a unos dos litros) echen media onca de ambar y media onca de almizque y una onca de polvillos y echaran flor de mosqueta y un poco de azar y un poco de flor de xezmin y batillo todo junto y ponello al sol nueve dias y quasndo ayan de ruciar con ello meneallo un rato antes (fol. 135r).

Para azer pomas de ambar (22):

A un peso de almizque dos de ambar y muy molido y um dia ante echallo en remojo en un poco de alquitarra en agua rosada y despues de bien molido El almizque y ambar echa poco a poco en el almirez de aquella gama y majallo ata que este echo masa el almisque y el ambar y avasallo y después ponello en poma y si quieren que se florezcan después de puesto en las pomas calentillas un poco al fuego no mas de quanto se calienten (fol. 135r).

Para adobar guantes de polvillos (23):

Tomar los guantes después de mojados tres vezes en agua rtosada tomen para cada par de guantes un arienco y medio de polvillos y si querran echar algun almizque juntamente para ser mejores y todo molido tomen goma dragante mojada echen dentro cantidat de una avellana para cada par y desatenlo todo junto (fols. 135r y v).

*Hasta aquí las recetas van numeradas, las que siguen las entresaco de recetas de cocina y están escritas con otra letra.*

Memoria de las limas que se an de azer para las manos:

A un quartillo de zumo de limas una iema de guebo fresco y una cucharada de miel virgen y un poco de cardenillo y un poco de alcanfora y ase de sacar la leche de mostaza y leche de negilla sacado con las limas y es mui lindo esto para las manos y ase de poner un poco cada dia y al cabo de la semana labarse las manos (fol. 159r).

Receta para los polvos de aleña:

Primero tomar romero verde o seco y cozerlo asta que el agua quede de color leonado y guardarla en una basija por no tener trabajo de cozerla cada vez y un dia antes que se aya de lavar la caveza tomar una scudilla de aquel agua y ponerla en una cazuela pequeña y echarle tanta legia fuerte de jabonero como cabra (almizclero) en medio cascaron de huevo y poner la cazolita en unas brasas y no dejarle erbir sino que llegue a querer erbir y entonces apartarla y echarle dentro cantidad de medio guebo de polbos de aleña y rebolberlo con un palo de alcazuzil (alcaucil, alcachofa) o palo dulce asta que quede espeso y luego arroparlo con ropa tiempo de dos credos y quedara como una masita y ase de poner a carreritas que este bien lleno todo el cavello y ponerse una toca y estar asta otro dia que se lave la caveza con buena legia y ya nos queda el cavello rubio y ace quitar el dolor de caveza teniendo la bula de la Santa Cruzada (fol. 160v).

Memoria de los pañicos:

Dos yeles, seis dineros de canfora y seis de soliman, dos escudillas de agraz colado y clavo, una libra de acucar, una dozena de guebos frescos del dia solas las yemas, una esqudilla buena, grande, de vaz?, dos dineros de berdete, todo esto mui bien rebuelto en un librillo (lebrillo) y bien desechas las yemas, tomar los paños biexos que sean muy limpios y mojarlos en este baño y primirlos (exprimirlos) un poquito y colgarlos a la sombra y después tomar un poquito del paño y echarlo a remojo y labarse con el de que se ban a dormir y en agua se a de remojar el pañico y las ieles an de ser de baca, de agraz dos escudillas (fol. 161r).

Memoria para las manos:

Tomar almendras amargas y cozerlas con binagre y quitarles el cuero y picarlas mui bien y meterlas en un besico y echar yemas de guebos y un poco de mostaza molicda [*sic*] y mezclarlo todo mui bien y un poco miel que venga a estar como una pastica ni mui dura ni mui blanda y seis dineros de canfora (fol. 161v).

Memoria de soliman labrado:

Primeramente tomar dos onzas de soliman y picarlo mui bien y echar un real de orbibo y picarlo todo junto asta que se buelba blanco y echar de quando una saliba y después tomar un pañico de Olanda cruda echo dos dobles y hacer una monjica y meterlo dentro y tomar en otro pañico seis dineros de zaracatona y embestir alli la monjica y atarlo mui bien, después echalño en una olla de agua delio que queza dos dias i quando este bien cozido sacarlo y tomar un alfiler i incarlo en el soliman desatado, si esta en su proio color el alfiler, esta echo y si bolbiere de otro color el alfiler, bolberlo a cozerlo el soliman (fols. 161v y 162r).

Memoria de adrecar la iel de bacas:

Tomar una iel de baca, si es de buei no bale y echarla en una redoma doble y batirla mui bien y tomar una onca de acucar piedra molido y echar la mitad y batirla y tomar un grano de soliman molido y echarlo i batirlo mui bien y luego echar la otra mitad del acucar y batirla y tomar dos claras de guebos frescos de gallinas negras y un poco de alun (alumbre) quemado y molido y batirlas en un cuenco asta [que] aga una espuma por encima y quitarla y echar lo claro en la redoma i batirlo mui bien, echar una onca de vaj? i batirlo mui bien dentro [de] la redoma y echar canfora, esclarimente, boras, angelote de cada cosa seis dineros y cada cosa de por si batirlo en la redonma y echarla de por si mui molido y quanto mas se bata mejor. Y todo con la propia redoma se a de batir y la iel se a de hacer en sacandola y en el mes de maio y poner la redoma nuebe noches al sereno y si es pusible a la mañana le de el primer raio del sol, un credo y batirla cada mañana los nuebe dias y cuando este hecha labarse la cara, dejar de noche con ella por muda y a la mañana con su agua de rostro (fol. 162r y v).

Memoria para que crezcan los cabellos:

Ocho escudillas de agua en una olla y echar tres dineros de palo santo y tenerlo beinticuatro oras a remojo, después echar alli tres dineros de culantrillo de pozo y una raiz de caña y si no ay, en lugar de eso dos o tres de gamones y cocerlo todo junto asta que quede en seis esqudillas de agua, después labarse la cabeza (fol. 162v).

Memoria para que no se caiga[n] los cabellos:

Doce escudillas de agua en una olla y echar tres dineros de palo santo y este beintiquatro oras en i[n]fusion, después cocerlo asta que mengue la meta del agua y echar dos raices de caña cortadas menuditas y cuecga (con cedilla) asta que se esmere una escudilla de agua mas y echar tres dineros de centaura y tres de culantrillo de poco (con cedilla) y cuezga todo junto un rato, después echar quatro o cinco dineros de bino blanco y labarse la cabeca (fol. 163r).

Memoria para que nazcan cabellos:

Tomar abejas y moscas partes iguales y ponellas que se sequen y molerlas y echarlas en un poco azeyte de mata que benga a estar como un inguento; ase de llebar este orden: untar la parte con un poco de aguardente caliente y después untar con el inguentico (fol. 163r).

Memoria para hacer encerados para los pechos para quitar la leche que son parches:

Primero tomar media libra de cera birgen y derretirla en una cacuela nueba y echar media libra de aceyte dulce (cedilla) muy bueno y cuega (cueza) todo un poco a fuego manso y tener cuatro oncas de blanquete crudo molido, yr echando poco a poco con dos dedos y rebolberlo siempre con una cañica a una mano sin parar y cuelga siempre asta que este negro como un terciopelo negro y estonces echar dos gotas en un platillo y estenderlas y si esta liso, esta echo y dejar que se iele en la cacuela, quando lo quisieren sacar de la cacuela, meterla en una treudes (trébede) i pegarle fuego por debajo y ender a pegarse, sacarlo del fuego y aquel pan de la cacuela y guardarlo entre lienco (cedilla) y cuando se quiera usar, derritir un pedacito en una cacuela y mojar los pañicos y echarlos de presto en un barreño de agua y estenderlos y sacarlos de presto sobre una tabla lisa mojada y bruñirlos con la mano del almirec (cedilla) (fol. 163v).

Recepta para hacer inguento para quemaduras:

Tomar inguento rosado y de media confection tanto de uno como de otro y deshazerlo en una cacoletica (cedilla) al fuego y estando desecho echarlo encima de un poco de agua rosada fina y revolverlo y advierto que no echen el agua en el inguento porque no sera de nengun effecto. Si el inguento en el agua (fol. 164r).

Memoria para enfortalezer los dientes:

Tomar cascos de granada y ubas de çumaque y alorbas y cocerlo todo con agua y enjuagarse la boca quando este frio (fol. 164r).

Remedio para fortalezer los dientes:

Tomar seis dineros de mirra y unos brotes de romero y granaditas pequeñas, y si no las ay, cortecas de granada, cuelga todo en bino tinto y enjuagarse la boca munchas bezes cuando este frio (fol. 164r).

Otro remedio para lo mismo:

Juagarse la boca con çumo de bembrillos (fol. 164r).

Memoria para las canas:

Primero tomar calcina en piedra biba y echarla en agua que muera y desfogue y después tomaran destos polbos dos partes y una de litarje dorado y con agua de azar lo desaran que este como leche y con esta bañaran barba o cabello y sudaran el cabello con un tocador asta que este enjuto y lo podran sacudir y pein(n)ar y si quisieren que sea negro, tomaran por agua de acar (cedilla) bino tinto y por litarje dorado, plateado y cuando se sude, pondra sobre el cabello ojas de acelgas (fol. 164v).

Receta para que no nazca el cabello, si que se caiga:

Primeramente tomara calzina viba y con agua la pondran en una cazuela al fuego y quando este muy caliente, echaranle un poco de orpimente y rebuelto lo sacaran del fuego y pondranlo en el cabello que quisieren se caiga y con agua caliente lo chegaran? y se cayra al punto (fol. 164v).

Memoria para las canas:

Media onca de agua fuerte de los plateros y echarla en una redomita y tomar dos reales, los mas delgados que aia y cortarlos por medio y echarlos en la redoma y taparla y estese esto asi beinticuatro oras, después echar alli una onca de agua rosada fina y otra onca de agua de esquirolas (escarolas) sacada por alambique y tomar en un palinco (mancha de tinta) una poca estopa como un tramojico y mojarlo en esta agua y untarse todo el cabello al sol y guardar no llegue al casco que se mancha (fol. 165r).

Leche birgen:

Primeramente tomas seis oncas de binager [*sic*] y tomas tres oncas de litarje de plata molido y cernido y ponerlo en infusión en el binagre dos oras meneandolo un poco, después colat con un paño, después tomar seis oncas de agua en otra redoma y echar onca y media de sal molida, batirla asta que este desecha la sal y quando quieran usar della, echar tanta de la una agria como del binagre de la redoma en la palma de la mano, echarla y rebolberla con el dedo y labarse la cara con ella y las manos y guardar las dos redomas cas? y no se mezclen asta que se aian de usar como esta dicho en la palma de la mano; esta agua bale para quitar lo quemado del sol y para otras cosas (fol. 164v).

Para las manos:

Primero tomar almendras dulces i amargas y picarlas y tomar piñones remojados en binagre blanco beinticuatro oras; despues picarlos y una media olla de pan remojada en el binagre que quede de los piñones y iemas de guebos y rebolberlo todo y labarse las manos (fol. 164v).

Cerilla:

Primeramente tomar empeinas de un capon de leche y echarlas en un[a] cacolica nueba y derretirlas; después sacarlas del fuego y colarlas con un pañico y labar auella grasica colada con munchas aguas en la misma cacuela, después bolberla al fuego y echar un poco [de] cera en grumo y rebolberlo con un palico y cuando este desecha sacarla y tener panecitos de resplandor molidos, yr cosechando y quede un inguentico un poco blando, después hinchir de agua la cacolica y ponerlo nuebe noches al sereno, después sacarlo de alli y echarlo en un basico de bidrio y guardarlo con agua. Las empeinas de capon que deyce [*sic*] arriba esta rezeta, tomar las empeina[s] frescas de capon o gallina y cortarlas a pedacitos y echarlas a remojo nuebe dias mudandoles el agua cada dia, después echarlas en una cacuela nueba y echar seis dineros de canfora y seis de soliman y seis de boraj y seis de acucar piedra, molerlo todo cada cosa de por si y echjarlo todo en la cacuela con las empeinas y poner la cacuela sobre una olla de agua hirviendo y cuando este todo reditido [*sic*] con un bolante o un poco coton colarlo sobre un cuenco de agua fria y darle mucha prisa con una canica y labarlo con munchas aguas y ponerlo nuebe dias al sol y al sereno y guardarlo con agua todo el año y mudarsela de cuando en cuando y usar Della como esta dicho arriba (fol. 166r).

*Siguen tres recetas que no se dice para qué sirven. La primera parece ser una pasta de higos para teñir los cabellos.*

Toma de los mas tiernos de la iguera negra, si es en tierra fria asta la mitad de abril son buenos y coger la cantidad dellos que quisieren y ponerlos a secar a la sombra, enfilados a la sombra y después se aga polbos y guardarlos y después tomar aceite de comer seis oncas y dos de polbos y socirlo [*sic*] todo junto una ora y untar el peine cada mañana y untar los cabellos (fol. 164v).

Tal vez para hacer algún agua de olor:

Dos dineros de palo santo, uno de rosas, otro de flores de biolas, una poca cebada, cuezga todo en agua y colarla y echar tanto gepe? como dos abellanas (fol. 164v).

Dos onzas de pegado de domasticon (mástique?) y dos onzas de trementina, dos dineros de aceite de membrillo y dos dineros de aceite de almástica, derretirlo todo en una cacolica y mezclar los polbos (fol. 165r).

Receta para las manos:

Tomaran media libra de almendras dulces, echarlas en agua fria asta que se pelen, después picarlas y media libra de piñones y un guebo duro entero, seis dineros de cardenillo, un poco acucar blanco, picarlo todo y juntarlo, y mojar la mano del mortero en aceite de mata, simiente [de] adormideras, picarlo (167v).

Muda de las manos:

Tomar media libra de trementina, colarla nuebe vezes y quatro iemas de guebos frescos y el agrio de dos limones redondos y seis dineros de cardenillo, todo mezclado, untaras las manos antes de acostarte y sudaraslas con guantes y *fiat confetio* (167v).

*Por último, de dos folios diferentes, sacamos dos recetas de ungüentos.*

Memoria de un inguento utilísimo (1):

Primeramente tomar una cacuela nueba y en ella derretir la injundia, que no este quemada y sacar la chochoritas y cortar el poncil quitada la corteza y agrio y después de bien co cocido con el sain, colarlo por un paño muy limpio y dejarle elar y tomar ttres oncas de blanquete crudo y dos reales de soliman y molerle y pasarle por un cedaco (cedilla) de cerdas todo junto y hecharle en un almirez y seis u ocho dineros de aceyte de almendras amargas y a una mano vatillo muy bien todo junto cosa de dos quartos y después dejarle elar alli mismo y después de alli a dos horas sacallo y ponello en vasos de bidro (fol. 186v).

Memoria de un inguento utillissimo (2):

Tomar dos libras de derretido de puerco que sea fresco y muy blanco y ponerlo en una cazuela de tierra bidriada nueba y echarle asta media libra de agua rosada y tomar dos corazones de ponziles que sean de gusto agrio con simiente y pulpa y ponerlo todo junto a cozer dentro la cazuela y tener aparte media libra de blanquete muy bueno y pasarlo por un cedazo de seda muy espeso y quando este el derretido cozido con el agua rosada y los corazones de ponzcil, echaran la media libra del blanquete dentro la cazuela y que de dos herbores y sacarlo después y collarlo por un lienco (cedilla) delgado y esprimirlo muy bien y adonde lo colaron le baian siempre meneando con un palillo que tenga a mode de un piezillo anexo asta que este cuajado y quando estubiere asi como dicho tengo, tomaran la media onza de canfora que sea muy buena y en un mortero de cobre la picaran con un poco de aceyte de almendras dulces, se desharan y quando estubiere muy desatada, la mezclaran con lo demas muy bien y quedara hecho el inguento (fols. 187v y 188r).

1. René König, *Sociología de la moda* (Barcelona: A. Redondo Editor, 1972), 58. [↑](#footnote-ref-1)
2. Palma Martínez-Burgos García, “Lo diabólico y lo femenino en el pensamiento erasmista: apuntes para una iconografía de género”. En *El diablo en la Edad Moderna* (Madrid: Marcial Pons, 2004), 223. [↑](#footnote-ref-2)
3. Sebastián de Covarrubias y Horozco, *Tesoro de la lengua castellana o española* (Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2006), *s. v.* afeite. [↑](#footnote-ref-3)
4. Antonio Marqués, *Afeite y mundo mujeril* (Barcelona: Juan Flors, [1617] 1964), 14. [↑](#footnote-ref-4)
5. Umberto Eco, *Arte y belleza en la estética medieval* (Madrid: Debolsillo, 2012), 67. [↑](#footnote-ref-5)
6. Robert Archer, *Misoginia y defensa de las mujeres: antología de textos medievales* (Madrid: Cátedra, 2001), 21-22. [↑](#footnote-ref-6)
7. Diego de Valera, *Defensa de virtuosas mujeres* (Pisa: Edizioni ETS, 2009), 247-248. [↑](#footnote-ref-7)
8. Françoise Vigier, “Public féminin et production littéraire en Espagne, du milieu du xve siècle au debut du xvie: traités de défense et roman sentimental”. En *Images de la femme en Espagne aux xvie et xviie siècles: des traditions aux renouvellements et à l’emergence d’images nouvelles* (Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1994), 105. [↑](#footnote-ref-8)
9. Marcial, *Epigramas completos* (Madrid: Cátedra, 1991), I, 87, 89. [↑](#footnote-ref-9)
10. Marcial, *Epigramas*, III, 42, 143. [↑](#footnote-ref-10)
11. Marcial, *Epigramas*, III, 43, 144. [↑](#footnote-ref-11)
12. Marcial, *Epigramas*, VI, 12, 232. [↑](#footnote-ref-12)
13. Marcial, *Epigramas*, VI, 57, 246. [↑](#footnote-ref-13)
14. Marcial, *Epigramas*, XII, 45, 466. [↑](#footnote-ref-14)
15. Marcial, *Epigramas*, VI, 93, 258. [↑](#footnote-ref-15)
16. Juvenal, *Sátiras completas con los colambios de Persio* (Barcelona: Obras Maestras, 1959), 97-98. [↑](#footnote-ref-16)
17. Tertuliano, “De las galas de las mugeres y De los afeites de las mugeres”. En *Obras de Quinto Septimio Florente Tertuliano, Presbytero Cartagines* (Barcelona: Gabriel Nogues, 1639), fol. 56r. [↑](#footnote-ref-17)
18. Tertuliano, “De las galas”, fol. 65r. [↑](#footnote-ref-18)
19. Cipriano, santo obispo de Cartago, “Sobre el porte exterior de las vírgenes”. En *Obras de San Cipriano* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1964), 126. [↑](#footnote-ref-19)
20. Cipriano, “Sobre el porte exterior”, 129-130. [↑](#footnote-ref-20)
21. Cipriano, “Sobre el porte exterior”, 278-279. [↑](#footnote-ref-21)
22. Jacques Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval* (Barcelona: Gedisa, 2008), 52. [↑](#footnote-ref-22)
23. William Ian Miller, *Anatomía del asco* (Madrid: Taurus, 1998), 22. [↑](#footnote-ref-23)
24. Bernat Metge, *Sueño* (Madrid: Alianza Editorial, 1987), 84. [↑](#footnote-ref-24)
25. Andrés Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos* (Madrid: Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid, [1555] 1991), V, LXII, 536. [↑](#footnote-ref-25)
26. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, V, LXII, 537. [↑](#footnote-ref-26)
27. Miller, *Anatomía del asco*, 105. [↑](#footnote-ref-27)
28. J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo xx* (Valladolid: Junta de Castilla y León/Consejería de Educación y Cultura, 1999), I, 388. [↑](#footnote-ref-28)
29. Don Juan Manuel, *El conde Lucanor* (Madrid: Castalia, 2000), 183. [↑](#footnote-ref-29)
30. Fernando de Rojas, *La Celestina. Comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea* (Madrid: Castalia, 2007), 421. [↑](#footnote-ref-30)
31. Luis de León, *La perfecta casada*, fol. 20v. [↑](#footnote-ref-31)
32. Luis de León, *La perfecta casada*, fol. 35r y v. [↑](#footnote-ref-32)
33. Luis de León, *La perfecta casada*, fol. 54v. [↑](#footnote-ref-33)
34. Juan Luis Vives, *Instrucción de la muger christiana, donde se contiene cómo se ha de criar una donzela hasta casarla y después de casada cómo ha de regir su casa y biuir bienauenturadamente con su marido, y si fuere biuda lo que deue de hazer* (Alcalá de Henares: s/e, 1529), fols. XXIVv y XXVr. [↑](#footnote-ref-34)
35. Juan Luis Vives, *La formación de la mujer cristiana* (Valencia: Ayuntamiento de Valencia, [1523] 1994), 182. [↑](#footnote-ref-35)
36. Francisco de Osuna, *Norte de los Estados en que se da regla biuir a los mancebos: y a los casados: e a los biudos: y a todos los continentes: y se tratan muy por estenso los remedios del desastrado casamiento: enseñando que tal a de ser la vida del cristiano casado* (Sevilla: Bartolomé Pérez, 1531), fol. 121v. [↑](#footnote-ref-36)
37. Fray Tomás de Trugillo, *Libro llamado reprobación de trajes, y abuso de juramentos. Con un tratado de limosnas* (Pamplona: Adrián de Anuers, 1563), fols. 88v y 89r. [↑](#footnote-ref-37)
38. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 14. [↑](#footnote-ref-38)
39. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 14. [↑](#footnote-ref-39)
40. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 224. [↑](#footnote-ref-40)
41. Luis de León, *La perfecta casada*, fol. 47r. [↑](#footnote-ref-41)
42. Luis de León, *La perfecta casada*, fols. 47v, 48v y 49r. [↑](#footnote-ref-42)
43. Osuna, *Norte de los Estados*, fol. 120r. [↑](#footnote-ref-43)
44. *Rimas,* 244 citado en Otis H. Green, “‘Ni es cielo ni es azul’. A note on the Barroquism of B. L. Argensola”. *Revista de Filología Española*, anejo xxxiv (1950): 150. [↑](#footnote-ref-44)
45. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, iii, 269, 279, 283 y 297. [↑](#footnote-ref-45)
46. Henrique Cock, *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia* (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1876), 247. [↑](#footnote-ref-46)
47. Cock, *Relación del viaje*, 247. [↑](#footnote-ref-47)
48. Francisco de Quevedo, *Los mejores textos en prosa de Francisco de Quevedo* (Madrid: Homo Legens, 2006), 273. [↑](#footnote-ref-48)
49. Hipócrates, *El De mulieribum affectibus del Corpus Hippocraticum* (Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1986), 137. [↑](#footnote-ref-49)
50. Hipócrates, *El De mulieribum affectibus*, 162. [↑](#footnote-ref-50)
51. Anna Caballé, *Una breve historia de la misoginia* (Barcelona: Lumen, 2006), 65. [↑](#footnote-ref-51)
52. Citado en Danielle Jacquart y Claude Thomasset, *Sexualidad y saber médico en la Edad Media* (Barcelona: Labor, 1989), 129. [↑](#footnote-ref-52)
53. Esperanza Bosch y Victoria Ferrer, *Historia de la misoginia* (Barcelona: Anthropos, 1999), 42. [↑](#footnote-ref-53)
54. Francisco de Quevedo, *Obras*,tomo iii: *Poesías* (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1953) 136. [↑](#footnote-ref-54)
55. Jacquart y Thomasset, *Sexualidad y saber*, 199. Y tan durable y perdurable en el tiempo que, aún en el siglo xx, los fantasmas de la época franquista nos prejuiciaban sobre no hacer mayonesa cuando estábamos menstruando porque se cortaba. [↑](#footnote-ref-55)
56. Bernardo de Gordonio, *Lilio de Medicina* (Madrid: Arco Libros, 1993), I, libro II: 20, 525-526. [↑](#footnote-ref-56)
57. Vives, *Instrucción de la muger*, fol. CXIIIJr. [↑](#footnote-ref-57)
58. Miller, *Anatomía del asco*, 31. [↑](#footnote-ref-58)
59. Montserrat Cabré y Pairet, “Cosmética y perfumería en la Castilla bajomedieval”. En *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla*, vol. ii: *Edad Media* (Valladolid: Junta de Castilla y León, 2002), 773. [↑](#footnote-ref-59)
60. Cabré y Pairet, “Cosmética y perfumería”, 775. [↑](#footnote-ref-60)
61. Georges Vigarello, *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media* (Madrid: Alianza Editorial, 1991), 37. [↑](#footnote-ref-61)
62. Georges Duby, “La emergencia del individuo. Situación de la soledad, siglos xi-xiii”. En *Historia de la vida privada*, tomoII. *De la Europa feudal al Renacimiento* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1993), 519. [↑](#footnote-ref-62)
63. Norman J. G. Pounds, *La vida cotidiana: historia de la cultura material* (Barcelona: Crítica, 1999), 256. [↑](#footnote-ref-63)
64. Ángela Bravo, *Femenino singular. La belleza a través de la historia* (Madrid: Alianza Editorial, 1996), 249. [↑](#footnote-ref-64)
65. Joanot Martorell, *Tirante el Blanco* (Barcelona: Planeta, 1990), 624-625. [↑](#footnote-ref-65)
66. Pero Tafur, *Andanças e viajes de un hidalgo español* (Barcelona: El Albir, 1982), 36-37. [↑](#footnote-ref-66)
67. Jacques Rossiaud, *Amours vénales. La prostitution en Occident xiie-xvie siècle* (Paris: Flamarion, 2010), 107. [↑](#footnote-ref-67)
68. Jacques Rossiaud en Jacques Le Goff y Jean Claude Schmitt (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval* (Madrid: Akal, 2003), *s. v*. sexualidad. [↑](#footnote-ref-68)
69. Jaume Roig, *El* *espejo o Libro de las mujeres* (Madrid: Centro de Lingüística Aplicada Atenea, 2010), 58. [↑](#footnote-ref-69)
70. Sara Matthews Grieco, “El cuerpo, apariencia y sexualidad”. En *Historia de las mujeres en Occidente*, vol. III. *Del Renacimiento a la Edad Moderna* (Madrid: Taurus, 2000), 77. [↑](#footnote-ref-70)
71. Vigarello, *Lo limpio y lo sucio*, 31. [↑](#footnote-ref-71)
72. Vigarello, *Lo limpio y lo sucio*, 66. [↑](#footnote-ref-72)
73. Vigarello, *Lo limpio y lo sucio*, 19-22. [↑](#footnote-ref-73)
74. Matthews Grieco, “El cuerpo, apariencia y sexualidad”, 79-80. [↑](#footnote-ref-74)
75. Francisco Barado, *Historia del peinado* (Barcelona: José Serra, 1880), 27. [↑](#footnote-ref-75)
76. Matthews Grieco, “El cuerpo, apariencia y sexualidad”, 85. [↑](#footnote-ref-76)
77. Pounds, *La vida cotidiana*, 258. [↑](#footnote-ref-77)
78. Ricardo Córdoba de la Llave, “Las técnicas preindustriales”. En *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla*, vol. II. *Edad Media* (Salamanca: Junta de Castilla y León, 2002), 382. [↑](#footnote-ref-78)
79. Jaucourt citado en Vigarello, *Lo limpio y lo sucio*, 172. [↑](#footnote-ref-79)
80. Tertuliano, “De las galas”, fol. 68v. [↑](#footnote-ref-80)
81. Luis de León, *La perfecta casada*, fol. 59r. [↑](#footnote-ref-81)
82. Trugillo, *Libro llamado reprobación*, fol. 89r. [↑](#footnote-ref-82)
83. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 70. [↑](#footnote-ref-83)
84. Tomás Ramón, *Nueva prematica de reformacion contra los abusos de los afeytes, calçado, guedejas, guardainfantes, lenguaje critico, moños, trajes y excesso en el uso del tabaco: fundada en la divina escritura y dotrina de los Santos Padres para todos estados necessaria* (Zaragoza: Diego Dormer, 1635), 67. [↑](#footnote-ref-84)
85. Fray Antonio de Ezcaray, *Vozes del dolor nacidas de la multitud de pecados, que se cometen por los trages profanos, afeytes, escotados y culpables ornatos, que en estos miserables tiempos, y en los antecedentes ha introducido el infernal Dragón para destruir, y acabar con las almas, que con su preciosíssima sangre redimió nuestro amantíssimo Jesús* (Sevilla: Thomás López de Haro, 1691), 39. [↑](#footnote-ref-85)
86. Vigarello, *Lo limpio y lo sucio*, 180. [↑](#footnote-ref-86)
87. Citado en Juan Félix Bellido, *La condición femenina en la Edad Media. Aproximación a la mujer medieval y a las escritoras en un mundo marcadamente patriarcal* (Córdoba: Ediciones El Almendro, 2010), 49-50. [↑](#footnote-ref-87)
88. Casagrande y Vecchio en Le Goff y Schmitt, *Diccionario razonado*, *s. v*. pecado. [↑](#footnote-ref-88)
89. Tertuliano, “De las galas”, fol. 67r. [↑](#footnote-ref-89)
90. Tertuliano, “De las galas”, fol. 67v. [↑](#footnote-ref-90)
91. Hernando de Talavera, *Breue y muy provechosa doctrina de lo que deue saber todo christiano con otros tractados muy prouechosos conpuestos por el Arçobispo de Granada* (Granada: Meinardo Ungut y Juan Pegnitzer Editores, *c.* 1496), fol. F IIJr y v. [↑](#footnote-ref-91)
92. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 29-30. [↑](#footnote-ref-92)
93. Juan de las Ruelas, *Hermosura corporal de la Madre de Dios* (Sevilla: en casa de Diego Pérez, 1621), 16-17. [↑](#footnote-ref-93)
94. Tertuliano, “De las galas”, fol. 69v. [↑](#footnote-ref-94)
95. Vicente Mexía, *Saludable instrucción del estado del matrimonio* (Córdoba: Juan Baptista Escudero, 1566), fol. 213r. [↑](#footnote-ref-95)
96. Mexía, *Saludable instrucción*, fol. 213r. [↑](#footnote-ref-96)
97. Talavera, *Breue y muy provechosa doctrina*, fol. DIIIJr. [↑](#footnote-ref-97)
98. Vives, *La formación de la mujer cristiana*, 187. [↑](#footnote-ref-98)
99. Ramón, *Nueva prematica*, 10 y 18. [↑](#footnote-ref-99)
100. Luis de León, *La perfecta casada*, fols. 5v y 58r y v. [↑](#footnote-ref-100)
101. Ramón, *Nueva prematica*, 20. [↑](#footnote-ref-101)
102. Ramón, *Nueva prematica*, 20. [↑](#footnote-ref-102)
103. Ramón, *Nueva prematica*, 40. [↑](#footnote-ref-103)
104. Gaspar de Astete, *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas* (Burgos: Juan Baptista Varesio, 1603), 206. [↑](#footnote-ref-104)
105. Bartolomé Jiménez Patón, *Discurso de los tufos, copetes y calvas* (Baeza: Juan de la Cuesta, 1639), fol. 13v. [↑](#footnote-ref-105)
106. Casagrande y Vecchio en Le Goff y Schmith, *Diccionario razonado*, *s. v*. pecado. [↑](#footnote-ref-106)
107. Talavera, *Breue y muy provechosa doctrina*, fol. AIIIr*.*  [↑](#footnote-ref-107)
108. Talavera, *Breue y muy provechosa doctrina*, fol. BIIr. [↑](#footnote-ref-108)
109. Eliezer Oyola, *Los pecados capitales en la literatura medieval española* (Barcelona: Puvill, 1978), 229. [↑](#footnote-ref-109)
110. Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor* (Madrid: Espasa-Calpe, 1974), I, 559-560, 210-211. [↑](#footnote-ref-110)
111. Alfonso Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera o Corbacho* (Madrid: Castalia, 1985), 135-136. [↑](#footnote-ref-111)
112. Luis de León, *La perfecta casada*, fol. 66v. [↑](#footnote-ref-112)
113. Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera*, 130 y 131. [↑](#footnote-ref-113)
114. Rojas, *La Celestina*, 421-422. [↑](#footnote-ref-114)
115. Miller, *Anatomía del asco*, 59. [↑](#footnote-ref-115)
116. Rojas, *La Celestina*, 421. [↑](#footnote-ref-116)
117. Rojas, *La Celestina*, 538. [↑](#footnote-ref-117)
118. Pedro de Luxán, *Coloquios matrimoniales en los quales se trata como se han de aver entre si los casados y conservar la paz, criar sus hijos y gobernar su casa: tocanse muy agradables sentencias, dichos y hechos y leyes y costumbres antiguas* (Alcalá de Henares: Sebastián Martínez, 1577), fol. XXVIJr. [↑](#footnote-ref-118)
119. Juan de Soto, *Obligaciones de todos los estados y oficios, con los remedios y consejos más eficaces para la salud espiritual y general reformación de costumbres* (Alcalá: Andrés Sánchez de Ezpeleta, 1619), 106. [↑](#footnote-ref-119)
120. Antonio de Guevara, *Epístolas familiares en las quales hay cosas notables y razonamientos muy altos y curiosos* (Amberes: Casa de Juan Mercurio, 1648), ii, 114. [↑](#footnote-ref-120)
121. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 2-3. [↑](#footnote-ref-121)
122. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 36. [↑](#footnote-ref-122)
123. Casagrande y Vecchio en Le Goff y Schmitt, *Diccionario razonado*, *s. v*. pecado. [↑](#footnote-ref-123)
124. Eco, *Arte y belleza*, 203. [↑](#footnote-ref-124)
125. Francisco Ximenes (Eiximenis), *Libro llamado de las donas*, *c.* 1396. En Biblioteca Nacional de España, mss. 12731, fols. 30r, 27v, 29v y 28r. [↑](#footnote-ref-125)
126. Talavera, *Breue y muy provechosa doctrina*, fol. GIIIr. [↑](#footnote-ref-126)
127. Hernando de Talavera, *De vestir y de calzar: tractado provechoso que demuestra cómo en el vestir e calzar comúnmente se comenten muchos pecados y aun también en el comer y en el bever* (Sevilla: Padilla Libros, 1998), 44. [↑](#footnote-ref-127)
128. Martín de Córdoba, *Jardín de nobles doncellas* (Chapell Hill: University of North Carolina Press, [1500] 1974), 232. [↑](#footnote-ref-128)
129. Osuna, *Norte de los Estados*, fols. 121v y 122r. [↑](#footnote-ref-129)
130. Osuna, *Norte de los Estados*, fol. 128r. [↑](#footnote-ref-130)
131. Jiménez Patón, *Discurso de los tufos*, fol. 23r. [↑](#footnote-ref-131)
132. Jiménez Patón, *Discurso de los tufos*, fol. 23r y v. [↑](#footnote-ref-132)
133. *Carta en que se aduierte*, fols. Ar y Br. [↑](#footnote-ref-133)
134. Pedro Galindo, *Verdades* *morales en que se reprehenden y condenan los trages vanos, superfluos y profanos; con otros vicios y abusos que hoy se usan; mayormente los escotados deshonestos de las mujeres* (Madrid: Francisco Sanz, 1678), 5 y 33. [↑](#footnote-ref-134)
135. Galindo, *Verdades morales*, 46. [↑](#footnote-ref-135)
136. Luis de León, *La perfecta casada*, fols. 49v, 52v, 57v y 58r, respectivamente. [↑](#footnote-ref-136)
137. Galindo, *Verdades morales*, 79. [↑](#footnote-ref-137)
138. Alonso de Carranza, *Rogación al Rey D. Felipe IV, y a sus supremos Consejos de Justicia y Estado, en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España* (Madrid: Imprenta de María de Quiñones, 1636), fol. 11r. [↑](#footnote-ref-138)
139. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 19 y 43. [↑](#footnote-ref-139)
140. Astete, *Tratado del gobierno*, 214-215. [↑](#footnote-ref-140)
141. Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana* (Madrid: Orbigo, 1906), 179. [↑](#footnote-ref-141)
142. Juan de Mena, *Coplas contra los pecados mortales* (Zamora: Antón de Centenera, *c.* 1483), s/f. [↑](#footnote-ref-142)
143. Vives, *Instrucción de la muger*, fols. XXIJr y v. [↑](#footnote-ref-143)
144. Juan Bautista Sicardo, *Juicio theologico-moral de las galas, escotados, y afeites de las mujeres* (Madrid: Francisco Sanz, 1677), 21 y 31. [↑](#footnote-ref-144)
145. Luis Vélez de Guevara, *El Diablo Cojuelo* (Madrid: Castalia, 1988), 173. [↑](#footnote-ref-145)
146. Félix Lope de Vega, *El villano en su rincón* (Barcelona: Juventud, 1974), 174. [↑](#footnote-ref-146)
147. Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera*, 107. [↑](#footnote-ref-147)
148. Miller, *Anatomía del asco*, 116 y 12. [↑](#footnote-ref-148)
149. Tertuliano, “De las galas”, fol. 60r. [↑](#footnote-ref-149)
150. Cipriano, “Sobre el porte exterior”, 133-134. [↑](#footnote-ref-150)
151. Córdoba, *Jardín de nobles doncellas*, 284. [↑](#footnote-ref-151)
152. Jacques Gélis, “El cuerpo, la Iglesia y lo sagrado”. En *Historia del cuerpo*, vol. I. *Del Renacimiento al Siglo de las Luces* (Madrid: Taurus, 2005), 32. [↑](#footnote-ref-152)
153. Vives, *Instrucción de la muger*, fol. XXVJv. [↑](#footnote-ref-153)
154. Luis de León, *La perfecta casada*, fol. 62v. [↑](#footnote-ref-154)
155. Osuna, *Norte de los Estados*, fols. 39v y 40r. [↑](#footnote-ref-155)
156. Osuna, *Norte de los Estados*, fols. 159r y v. [↑](#footnote-ref-156)
157. Osuna, *Norte de los Estados*, fol. 158v. [↑](#footnote-ref-157)
158. Francisco Escrivá, *Discursos de los estados, de las obligaciones particulares del estado, y oficio, según las cuales ha de ser cada uno particularmente juzgado* (Valencia: Casa de Iuan Chrysostomo Garria, 1613), 107. [↑](#footnote-ref-158)
159. Galindo, *Verdades morales*, 6. [↑](#footnote-ref-159)
160. Galindo, *Verdades morales*, 99. [↑](#footnote-ref-160)
161. Galindo, *Verdades morales*, 151. [↑](#footnote-ref-161)
162. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 131-132. [↑](#footnote-ref-162)
163. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 287. [↑](#footnote-ref-163)
164. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 291-292. [↑](#footnote-ref-164)
165. Helmut C. Jacobs, *Belleza y buen gusto. Las teorías de las artes en la literatura española del siglo xviii* (Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2001), 81. [↑](#footnote-ref-165)
166. Edgar de Bruyne, *La estética de la Edad Media* (Madrid: Machado Libros, 1994), 26. [↑](#footnote-ref-166)
167. Bruyne, *La estética de la Edad Media*, 78. [↑](#footnote-ref-167)
168. Bruyne, *La estética de la Edad Media*, 18. [↑](#footnote-ref-168)
169. *Cancionero tradicional* (Madrid: Castalia, 1991), 477, 339 y 360, respectivamente. [↑](#footnote-ref-169)
170. Carmen Bernis y Gonzalo Menéndez Pidal, “Traje, aderezo y afeites”. En *La España del siglo xiii* (Madrid: Real Academia de la Historia, 1986), 109. [↑](#footnote-ref-170)
171. *Razón feyta d’amor* (Zaragoza: Talleres Editoriales Cometa, 1993), 13-15. [↑](#footnote-ref-171)
172. *Libro d’Alexandre* (Madrid: Cátedra, 1988), cuadernas: 1874 a 1878, 455-456. [↑](#footnote-ref-172)
173. *Libro d’Alexandre*, cuaderna: 378, 212. [↑](#footnote-ref-173)
174. Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor* (Madrid: Espasa-Calpe, 1974), tomo I, cuaderna 109, 51. [↑](#footnote-ref-174)
175. Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, tomo I, cuaderna 431, 164. [↑](#footnote-ref-175)
176. Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, tomo i, cuadernas 432-435, 164-166. [↑](#footnote-ref-176)
177. Vicente Reynal, *Las mujeres del Arcipreste de Hita. Arquetipos femeninos medievales* (Barcelona: Puvill Libros, 1991), 70. [↑](#footnote-ref-177)
178. Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, tomo I, cuaderna 581, 218. [↑](#footnote-ref-178)
179. Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, tomoII, cuadernas 1499 c y 1500 b, 232. [↑](#footnote-ref-179)
180. *La dança de la muerte* (Madrid: Visor, 1982), 29 y 31. [↑](#footnote-ref-180)
181. *La dança de la muerte*, 111-117. [↑](#footnote-ref-181)
182. *Poesía crítica y satírica del siglo xv* (Madrid: Castalia, 1989), 235. [↑](#footnote-ref-182)
183. *Poesía crítica y satírica*, 254. [↑](#footnote-ref-183)
184. *Poesía crítica y satírica*, 261. [↑](#footnote-ref-184)
185. “Diálogo entre el Viejo, el Amor y la Hermosa”. En *Teatro castellano de la Edad Media* (Madrid: Taurus, 1992), 187. [↑](#footnote-ref-185)
186. Rodrigo Cota, *Diálogo entre el amor y un viejo* (Firenze: Felice Le Monnier, 1961), 86-89. [↑](#footnote-ref-186)
187. Alfonso Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera o Corbacho* (Madrid: Castalia, 1985), 172, 130, 133 y 134. [↑](#footnote-ref-187)
188. Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera*, 135. [↑](#footnote-ref-188)
189. Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera*, 135. [↑](#footnote-ref-189)
190. Fernando de Rojas, *La Celestina. Comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea* (Madrid: Castalia, 2007), auto VI, 368 y 369. [↑](#footnote-ref-190)
191. Rojas, *La Celestina*, 260. [↑](#footnote-ref-191)
192. Rojas, *La Celestina*, 260-261. [↑](#footnote-ref-192)
193. Rojas, *La Celestina*, 368-369. [↑](#footnote-ref-193)
194. Jacob Orstein en Introducción a Luis de Lucena, *Repetición de amores* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1954), 22. [↑](#footnote-ref-194)
195. Lucena, *Repetición de amores*, 81. [↑](#footnote-ref-195)
196. Lucena, *Repetición de amores*, 81. [↑](#footnote-ref-196)
197. Marta Haro Cortés, *Literatura de castigos en la Edad Media: libros y colecciones de sentencias* (Madrid: Ediciones del Laberinto, 2003) 7. [↑](#footnote-ref-197)
198. Seudo Aristóteles, *Poridat de poridades* (Madrid: Seminario de Estudios Medievales de la Universidad de Wisconsin, 1957), 67. [↑](#footnote-ref-198)
199. *Libro de los buenos proverbios* (Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, 2007), 81. [↑](#footnote-ref-199)
200. *Libro de los buenos proverbios*, 135. [↑](#footnote-ref-200)
201. *Libro llamado Bocados de oro*, *el qual hizo el Bonium, rey de Persia* (Valladolid: Micer Lázaro Salvago Ginovés, 1527), s/f. [↑](#footnote-ref-201)
202. *Libro de los buenos proverbios*, 170. [↑](#footnote-ref-202)
203. *Castigos e doctrinas que un sabio daua a sus hijas.* En *Herencia sapiencial* (Madrid: Asociación Universitaria Medievalense, 2002), 66. [↑](#footnote-ref-203)
204. Bartolomé Jiménez Patón, *Discurso de los tufos, copetes y calvas* (Baeza: Juan de la Cuesta, 1639), fol. 53r. [↑](#footnote-ref-204)
205. Leon Battista Alberti, *El Momo: la moral y muy graciosa historia del Momo* (Madrid: s/e, [1553] 1598), cap. x, fols. 31v-35r. [↑](#footnote-ref-205)
206. Gaspar de Astete, *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas* (Burgos: Juan Baptista Varesio, 1603), 212-214. [↑](#footnote-ref-206)
207. Fray Antonio de Ezcaray, *Vozes del dolor nacidas de la multitud de pecados, que se cometen por los trages profanos, afeytes, escotados y culpables ornatos, que en estos miserables tiempos, y en los antecedentes ha introducido el infernal Dragón para destruir, y acabar con las almas, que con su preciosíssima sangre redimió nuestro amantíssimo Jesús* (Sevilla: Thomas López de Haro, 1691), 38; cursivas del original. [↑](#footnote-ref-207)
208. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 49-50. [↑](#footnote-ref-208)
209. Bernat Metge, *Sueño* (Madrid: Alianza Editorial, 1987), 80. [↑](#footnote-ref-209)
210. Metge, *Sueño*, 113 y 121. [↑](#footnote-ref-210)
211. Jaume Roig, *El* *espejo o Libro de las mujeres* (Madrid: Centro de Lingüística Aplicada Atenea, 2010), 36. [↑](#footnote-ref-211)
212. Roig, *El espejo*, 56. [↑](#footnote-ref-212)
213. Roig, *El espejo*, 57. [↑](#footnote-ref-213)
214. Roig, *El espejo*, 62, 71, 77, 121 y 174. [↑](#footnote-ref-214)
215. Torroella en *Three Spanish Querelle Texts: Grisel and Mirabella, The Slander againts Women, and The Defense of Ladies againts Slanderers* (Toronto: Centre for Reformation and Renaissance Studies, 2013), 58. [↑](#footnote-ref-215)
216. Torroella en *Three Spanish*, 78. [↑](#footnote-ref-216)
217. Francisco Rodríguez Risquete en Pere Torroella, *Obra completa*, vol. II: *Poesies en castellà*, *textos en prosa* (Barcelona: Barcino, 2011), 182 y el comentario en 201. [↑](#footnote-ref-217)
218. *Grisel* en *Three Spanish*, 122. [↑](#footnote-ref-218)
219. *Poesía femenina en los cancioneros* (Madrid: Castalia, 1990), 179-181. [↑](#footnote-ref-219)
220. *Poesía femenina*, 186-190. [↑](#footnote-ref-220)
221. Ambrosio Montesino, *Cancionero de Fray Ambrosio Montesino* (Cuenca: Diputación Provincial de Cuenca, 1987), vv. 556-565. [↑](#footnote-ref-221)
222. Montesino, *Cancionero*, vv. 621-650. [↑](#footnote-ref-222)
223. Íñigo de Mendoza, *Vita Christi fecho en coplas* (Madrid: Real Academia Española/Castalia, [1482] 1953), s/f. [↑](#footnote-ref-223)
224. Mendoza, *Vita Christi*, s/f. [↑](#footnote-ref-224)
225. Jacobs, *Belleza y buen gusto*, 83. [↑](#footnote-ref-225)
226. Sara Matthews Grieco, “El cuerpo, apariencia y sexualidad”. En *Historia de las mujeres en Occidente*, vol. III. *Del Renacimiento a la Edad Moderna* (Madrid: Taurus, 2000), 89. [↑](#footnote-ref-226)
227. Juan Luis Vives, *La formación de la mujer cristiana* (Valencia: Ayuntamiento de Valencia, [1523] 1994), 94. [↑](#footnote-ref-227)
228. Stephen Gilman y Michael J. Ruggerio, “Rodrigo de Reinosa and *La Celestina*”. *Romanische Forschungen*, vol. LXXIII (julio-septiembre 1961): 255-284. [↑](#footnote-ref-228)
229. Laura Puerto Moro en Rodrigo de Reinosa, *Las coplas de las comadres*. En *Obra conocida de Rodrigo de Reinosa* (San Millán de la Cogolla: Cilengua, 2010), 89. [↑](#footnote-ref-229)
230. Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana* (Madrid: Orbigo, 1906), 350. [↑](#footnote-ref-230)
231. *Poesía crítica y satírica*, 258. [↑](#footnote-ref-231)
232. Reinosa, *Las coplas de las comadres*, 202. [↑](#footnote-ref-232)
233. Reinosa, *Las coplas de las comadres*, 202-203. [↑](#footnote-ref-233)
234. Reinosa, *Las coplas de las comadres*, 204-205. [↑](#footnote-ref-234)
235. Reinosa, *Las coplas de las comadres*, 208. [↑](#footnote-ref-235)
236. Reinosa, *Las coplas de las comadres*, 215 y 216. [↑](#footnote-ref-236)
237. Reinosa, *Las coplas de las comadres*, 221-222. [↑](#footnote-ref-237)
238. Reinosa, *Las coplas de las comadres*, 229-234. [↑](#footnote-ref-238)
239. Cristóbal de Castillejo, *Diálogo sobre las mujeres* (Madrid: Castalia, [1544] 1986), vv. 2784-2795, 155. [↑](#footnote-ref-239)
240. Sebastián de Horozco, *El Cancionero* (Bern/Frankfurt: Herbert Lang, 1975), 47, 62. [↑](#footnote-ref-240)
241. Florence Dumora, “Jeux de la parole féminine dans le *Cancionero* de Sebastián de Horozco”. En *Images de la femme en Espagne aux xvi et xviie siècles. Des traditions aux renouvellements et à l’émergence d’images nouvelles* (Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1994), 121. [↑](#footnote-ref-241)
242. Horozco, *El Cancionero*, 135, 95. [↑](#footnote-ref-242)
243. Juan de las Ruelas, *Hermosura corporal de la Madre de Dios* (Sevilla: en casa de Diego Pérez, 1621), fols. 39v y 41v. [↑](#footnote-ref-243)
244. Ruelas, *Hermosura corporal*, fol. 44v. [↑](#footnote-ref-244)
245. Miguel de Cervantes, *La gitanilla.* En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1982), I, 74. [↑](#footnote-ref-245)
246. Miguel de Cervantes, *La Galatea* (Madrid: Castalia, 2001), 202. [↑](#footnote-ref-246)
247. Miguel de Cervantes, *El amante liberal*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1982), I, 167. [↑](#footnote-ref-247)
248. Miguel de Cervantes, *La española inglesa*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1985), II, 92-93. [↑](#footnote-ref-248)
249. Cervantes, *La española inglesa*, II, 82. [↑](#footnote-ref-249)
250. Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* (Madrid: Austral, 2001), II, XI, 654. [↑](#footnote-ref-250)
251. Miguel de Cervantes, *El licenciado Vidriera*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1985), II, 125. [↑](#footnote-ref-251)
252. Amédée Mas, *La caricature de la femme, du mariage et de l’amour dans l’oeuvre de Quevedo* (Paris: Ediciones Hispano-Americanas, 1957), 35. [↑](#footnote-ref-252)
253. Francisco de Quevedo, *Obras* (Madrid: Imprenta de Manuel Román, 1713), I, 197. [↑](#footnote-ref-253)
254. Francisco de Quevedo, *La fortuna con seso y la hora de todos* (Madrid: Hyspamérica, 1985), 29. [↑](#footnote-ref-254)
255. Quevedo, *La fortuna con seso*, 17-18. [↑](#footnote-ref-255)
256. Quevedo, *La fortuna con seso*, 28. [↑](#footnote-ref-256)
257. Quevedo, *Obras*, I, 265. [↑](#footnote-ref-257)
258. Quevedo, *Obras*, I, 266. [↑](#footnote-ref-258)
259. Robert D.F. Pring-Mill, Ilse Noltins Hauff y Franz-Walter Müller, “Del *Buscón* a los *Sueños*”. En *Historia y crítica de la literatura española*, vol. III, tomo 1: *Siglos de Oro: Barroco* (Barcelona: Crítica, 1983), 573. [↑](#footnote-ref-259)
260. Francisco de Quevedo, *Los mejores textos en prosa de Francisco de Quevedo* (Madrid: Homo Legens, 2006), 271-273. [↑](#footnote-ref-260)
261. Quevedo, *La fortuna con seso*, 110. [↑](#footnote-ref-261)
262. Quevedo, *Los mejores textos*, 231-232. [↑](#footnote-ref-262)
263. Quevedo, *Los mejores textos*, 371. [↑](#footnote-ref-263)
264. Quevedo, *Obras*, I, 203. [↑](#footnote-ref-264)
265. Francisco de Quevedo, *Obras*,tomo iii: *Poesías* (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1953), 205. [↑](#footnote-ref-265)
266. Mas, *La caricature*, 201. [↑](#footnote-ref-266)
267. Quevedo, *Obras: Poesías*, 205. [↑](#footnote-ref-267)
268. Quevedo, *Obras: Poesías*, 191. [↑](#footnote-ref-268)
269. Quevedo, *Obras: Poesías*, 158. [↑](#footnote-ref-269)
270. Quevedo, *Obras: Poesías*, 136. [↑](#footnote-ref-270)
271. Quevedo, *Obras: Poesías*, 185. [↑](#footnote-ref-271)
272. Quevedo, *Obras: Poesías*, 190. [↑](#footnote-ref-272)
273. Quevedo, *Obras: Poesías*, 403. [↑](#footnote-ref-273)
274. Quevedo, *Obras: Poesías*, 89. [↑](#footnote-ref-274)
275. Quevedo, *Obras: Poesías*, 277. [↑](#footnote-ref-275)
276. Quevedo, *Obras: Poesías*, 278. [↑](#footnote-ref-276)
277. Lupercio Leonardo de Argensola, *Rimas* (Madrid: Espasa-Calpe, 1972), 100. [↑](#footnote-ref-277)
278. Citado por Otis H. Green, “‘Ni es cielo ni es azul’. A note on the Barroquism of B. L. Argensola”. *Revista de Filología Española*, anejo XXXIV (1950): 150. [↑](#footnote-ref-278)
279. Bartolomé Leonardo de Argensola, *Rimas* (Madrid, Espasa-Calpe, 1974), I, 178. [↑](#footnote-ref-279)
280. Maria Grazia Profeti, “‘La botica de las mujeres’: trucco e trucci delle donne”. *Quaderni di Lingue e Letterature*, núm. ix (1984): vv. 26-30, 121. [↑](#footnote-ref-280)
281. Profeti, “‘La botica de las mujeres’”, vv. 86-90, 123. [↑](#footnote-ref-281)
282. Profeti, “‘La botica de las mujeres’”, vv. 100, 123. [↑](#footnote-ref-282)
283. Félix Lope de Vega, *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos* (Madrid: Castalia, 2004), 182-183. [↑](#footnote-ref-283)
284. Félix Lope de Vega, *El amigo hasta la muerte*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1929), XI, 321. [↑](#footnote-ref-284)
285. Lope, *El amigo hasta la muerte*, XI, 339. [↑](#footnote-ref-285)
286. Lope, *El amigo hasta la muerte*, XI, 354. [↑](#footnote-ref-286)
287. Lope, *El amigo hasta la muerte*, XI, 550-551. [↑](#footnote-ref-287)
288. Lope, *El amigo hasta la muerte*, XI, 566. [↑](#footnote-ref-288)
289. Lope, *El amigo hasta la muerte*, XI, 568. [↑](#footnote-ref-289)
290. Lope, *El amigo hasta la muerte*, XI, 572. [↑](#footnote-ref-290)
291. Félix Lope de Vega, *Las bizarrías de Belisa*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1929), XI, 444. [↑](#footnote-ref-291)
292. Lope, *Las bizarrías de Belisa*, XI, 445. [↑](#footnote-ref-292)
293. Félix Lope de Vega, *El llegar en ocasión*. En *Sexta parte de sus comedias* (Madrid: Juan de la Cuesta, 1616), 214. [↑](#footnote-ref-293)
294. Félix Lope de Vega, *La ventura sin buscalla*. En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, fol. 105r. [↑](#footnote-ref-294)
295. Lope, *La ventura sin buscalla*, fol. 108r. [↑](#footnote-ref-295)
296. Félix Lope de Vega, *El caballero del milagro*. En *Décimaquinta parte de sus comedias* (Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1621), fol. 281v. [↑](#footnote-ref-296)
297. Félix Lope de Vega, *La buena guarda*. En *ArteLope*, vv. 78-82. [↑](#footnote-ref-297)
298. Lope, *La buena guarda*, vv. 121-136. [↑](#footnote-ref-298)
299. Félix Lope de Vega, *Engañar a quien engaña*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1918), V, 181. [↑](#footnote-ref-299)
300. Félix Lope de Vega, *La necedad del discreto*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1930), VIII, 39. [↑](#footnote-ref-300)
301. Lope, *La necedad del discreto*, VIII, 49. [↑](#footnote-ref-301)
302. Félix Lope de Vega, *La burgalesa de Lerma*. En *eHumanista. Journal of Iberian Studies*, vv. 1579-1580, 96. [↑](#footnote-ref-302)
303. Félix Lope de Vega, *El galán escarmentado*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1916), I, 146. [↑](#footnote-ref-303)
304. Félix Lope de Vega, *La paloma de Toledo*, *c.* 1601-1700. En Biblioteca Nacional de España, mss. 16460, 27. [↑](#footnote-ref-304)
305. Félix Lope de Vega, *La mayor corona*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1916), II, 342. [↑](#footnote-ref-305)
306. Pedro Calderón de la Barca, *Antes que todo es mi dama* (Sevilla: Imprenta Real, *c.* 1748-1753), 375. [↑](#footnote-ref-306)
307. Tirso de Molina, *La celosa de sí misma* (Poitiers: Université de Poitiers, 1981), vv. 8-32, 62. [↑](#footnote-ref-307)
308. Molina, *La celosa de sí misma*, vv. 301-325, 81-82. [↑](#footnote-ref-308)
309. Agustín de Rojas, *El viaje entretenido* (Madrid: Castalia, 1995), 101. [↑](#footnote-ref-309)
310. Rojas, *El viaje entretenido*, 101. [↑](#footnote-ref-310)
311. Rojas, *El viaje entretenido*, 102-103. [↑](#footnote-ref-311)
312. Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*. En *Picaresca femenina* (Barcelona: Plaza y Janés, 1986), 136. [↑](#footnote-ref-312)
313. Salas Barbadillo, *La hija de Celestina*, 202. [↑](#footnote-ref-313)
314. Antonio Rey Hazas (ed.), *Picaresca femenina* (Barcelona: Plaza y Janés, 1986), apéndice, 432. [↑](#footnote-ref-314)
315. Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *La escuela de Celestina* (Madrid: Andrés de Porras, 1620), 21-22. [↑](#footnote-ref-315)
316. Salas Barbadillo, *La escuela de Celestina*, 32. [↑](#footnote-ref-316)
317. Alonso de Castillo Solórzano, *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*. En *Picaresca femenina* (Barcelona: Plaza y Janés, 1986), 227. [↑](#footnote-ref-317)
318. Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*, 253. [↑](#footnote-ref-318)
319. Castillo Solórzano, *La niña de los embustes*, 253, 254 y 256. [↑](#footnote-ref-319)
320. Alonso de Castillo Solórzano, *La garduña de Sevilla* (Madrid: Espasa-Calpe, 1957), II, 106. [↑](#footnote-ref-320)
321. Luis Vélez de Guevara, *El Diablo Cojuelo* (Madrid: Castalia, 1988), VII, 91. [↑](#footnote-ref-321)
322. Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache* (Madrid: Real Academia Española, 2012), I, 43. [↑](#footnote-ref-322)
323. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, I, 44. [↑](#footnote-ref-323)
324. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, II, 650. [↑](#footnote-ref-324)
325. Francisco de Quevedo, *El Buscón* (Madrid: Castalia, 2005), 225-226. [↑](#footnote-ref-325)
326. Quevedo, *El Buscón*, 225. [↑](#footnote-ref-326)
327. Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde* (Barcelona: Daniel Cortezo, 1885), 25. [↑](#footnote-ref-327)
328. Zabaleta, *El día de fiesta*, 26 y 221. [↑](#footnote-ref-328)
329. María de Zayas y Sotomayor, *Novelas amorosas y ejemplares* (Madrid: Cátedra, 2000), 277. [↑](#footnote-ref-329)
330. Zayas y Sotomayor, *Novelas amorosas*, 278. [↑](#footnote-ref-330)
331. Julio Vélez-Sainz, *La defensa de la mujer en la literatura hispánica. Siglos xv-xvii* (Madrid: Cátedra, 2015), 40. [↑](#footnote-ref-331)
332. Como son los casos de Suero de Ribera, en su “Respuesta en defensión de las donas”; Antón de Montoro, “Contra Torrellas porque fizo contra las donas”; Gómez Manrique, “Contra Torrellas”, y Hugo de Urriés, “Glosa suya a la canción de Torrellas”, todas ellas claramente réplicas a las coplas de Pere Torroella, o, en general, contra los maldicientes, las coplas de Juan del Encina, “Contra los que dicen mal de mujeres”. [↑](#footnote-ref-332)
333. Tapia, un poeta de la época de los Reyes Católicos, que hace una glosa contra Torroella: “Ha salido de la glosa y despídese de la dama que le mandó glosar la canción, y muestra cómo lo hizo con más gana de obedecer que con intinción de publicar la verdad”. [↑](#footnote-ref-333)
334. Françoise Vigier, “Public féminin et production littéraire en Espagne, du milieu du xve siècle au debut du xvie: traités de défense et roman sentimental”. En *Images de la femme en Espagne aux xvie et xviie siècles: des traditions aux renouvellements et à l’emergence d’images nouvelles* (Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1994), 108. [↑](#footnote-ref-334)
335. Vélez-Sainz, *La defensa de la mujer*, 104. [↑](#footnote-ref-335)
336. Vélez-Sainz, *La defensa de la mujer*, 105. [↑](#footnote-ref-336)
337. Vélez-Sainz, *La defensa de la mujer*, 91. [↑](#footnote-ref-337)
338. Vicente Mexía, *Saludable instrucción del estado del matrimonio* (Córdoba: Juan Baptista Escudero, 1566), fols. 207v y 208r. [↑](#footnote-ref-338)
339. Mexía, *Saludable instrucción*, fol. 208r. [↑](#footnote-ref-339)
340. Arias Gonçalo, *Memorial en defensa de las mvgeres de España y de los vestidos y adornos de que usan* (Lisboa: Antonio Álvarez, 1636), fol. 26r. [↑](#footnote-ref-340)
341. Gonçalo, *Memorial en defensa*, fol. 58r. [↑](#footnote-ref-341)
342. Félix Lope de Vega, *La doncella Teodor* (Kassel: Reichenberger, 2008), vv. 3067-3094. [↑](#footnote-ref-342)
343. Elisa Domínguez de Paz y Leonor Rodríguez Corona, “Los privilegios de las mujeres en la obra de Calderón”. En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 131 y 348. [↑](#footnote-ref-343)
344. Domínguez y Rodríguez, “Los privilegios de las mujeres”, 349-350. [↑](#footnote-ref-344)
345. Domínguez y Rodríguez, “Los privilegios de las mujeres”, 350, 355, 359, 363 y 383. [↑](#footnote-ref-345)
346. Pedro Calderón de la Barca, *Las armas de la hermosura* (Madrid: Librería de Quiroga, 1796), 11. [↑](#footnote-ref-346)
347. Calderón, *Las armas de la hermosura*, 12. [↑](#footnote-ref-347)
348. Calderón, *Las armas de la hermosura*, 13, 14, 31 y 40. [↑](#footnote-ref-348)
349. Laura Hernández González, “De arreboles y solimanes: la polémica de los afeites femeninos en el Teatro del Siglo de Oro. Estudio de *Las armas de la hermosura* de Calderón de la Barca”. *Teatro de las Palabras. Revista sobre Teatro Áureo*, núm. 7 (2013): 403. [↑](#footnote-ref-349)
350. Hernán González de Eslava, *Coloquios espirituales y sacramentales* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998), x, vv. 71-85, 424-425. [↑](#footnote-ref-350)
351. González de Eslava, *Coloquios espirituales*, XI, 683. [↑](#footnote-ref-351)
352. Juana Inés de la Cruz, sor, *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, tomo I. *Lírica* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1957), vv. 74-76, 327. [↑](#footnote-ref-352)
353. Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, I, vv. 29-32, 124. [↑](#footnote-ref-353)
354. Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, I, vv. 13-14, 192; vv. 23-24, 192 y 33-36, 193. [↑](#footnote-ref-354)
355. Juana Inés de la Cruz, sor, *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, tomo IV. *Comedias, sainetes y prosa* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1957), 457. [↑](#footnote-ref-355)
356. Francisco de Osuna, *Norte de los Estados en que se da regla biuir a los mancebos: y a los casados: e a los biudos: y a todos los continentes: y se tratan muy por estenso los remedios del desastrado casamiento: enseñando que tal a de ser la vida del cristiano casado* (Sevilla: Bartolomé Pérez, 1531), fol. 120r. [↑](#footnote-ref-356)
357. Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, I, 253. [↑](#footnote-ref-357)
358. Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, I, vv. 753-756. Debo esta valiosa referencia a mi admirada exégeta de la obra de sor Juana, Dolores Bravo. [↑](#footnote-ref-358)
359. Andrés Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos* (Madrid: Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid, 1991), V, LXIX, 542. [↑](#footnote-ref-359)
360. Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, IV, vv. 133-136, 79. [↑](#footnote-ref-360)
361. Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, IV, vv. 345-348, 137. [↑](#footnote-ref-361)
362. Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, IV, vv. 363-372, 137. [↑](#footnote-ref-362)
363. Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, IV, vv. 401-402, 138; vv. 572-574, 145; vv. 1201-1203, 171 y iv, vv. 2016-2017, 171. [↑](#footnote-ref-363)
364. Esta referencia se la debo a mi colega Isla Campbel. [↑](#footnote-ref-364)
365. Juan Ruiz de Alarcón, *El examen de maridos* (Kassel: Reichenberger, 1997), vv. 1746-1750, 94. [↑](#footnote-ref-365)
366. Ruiz de Alarcón, *El examen de maridos*, vv. 2528-2535, 119. [↑](#footnote-ref-366)
367. Pedro Lasarte en Mateo Rosas de Oquendo, *Sátira a las cosas que pasan en el Pirú, año de 1598* (Ann Arbor: Michigan State University Press, 1983), 30. [↑](#footnote-ref-367)
368. Rosas de Oquendo, *Sátira*, vv. 365-370, 212-213. [↑](#footnote-ref-368)
369. Rosas de Oquendo, *Sátira*, vv. 381-388, 213. [↑](#footnote-ref-369)
370. Rosas de Oquendo, *Sátira*, vv. 389-392, 213-214. [↑](#footnote-ref-370)
371. Rosas de Oquendo, *Sátira*, vv. 1187-1190, 244. [↑](#footnote-ref-371)
372. Rosas de Oquendo, *Sátira*, vv. 753-755, 227. [↑](#footnote-ref-372)
373. Rosas de Oquendo, *Sátira*, vv. 1093-1098, 241. [↑](#footnote-ref-373)
374. Lasarte en Rosas de Oquendo, *Sátira*, 138. [↑](#footnote-ref-374)
375. Rosas de Oquendo, *Sátira*, vv. 1099-1102, 241. [↑](#footnote-ref-375)
376. Alonso Carrió de la Vandera, “Concolorcorvo”, *El Lazarillo de ciegos caminantes* (Barcelona: Labor, 1973), 458-459. [↑](#footnote-ref-376)
377. Carrió de la Vandera, *El Lazarillo*, 448 y 450. [↑](#footnote-ref-377)
378. En *Gorgias*, 465 b-c, citado por Paul Ricoeur, *La metáfora viva* (Madrid: Ediciones Europa, 1980), 19. [↑](#footnote-ref-378)
379. Rodrigo Cota, *Diálogo entre el amor y un viejo* (Firenze: Felice Le Monnier, 1961), 83. [↑](#footnote-ref-379)
380. Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache* (Madrid: Real Academia Española, 2012), I, 32. [↑](#footnote-ref-380)
381. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, I, 122. [↑](#footnote-ref-381)
382. José Manuel Blecua, “Introducción”. En Félix Lope de Vega. *Lírica* (Madrid: Biblioteca Clásica Castalia, 2001), 36-37. [↑](#footnote-ref-382)
383. Marie Cathérine D’Aulnoy, *Relación del viaje de España* (Madrid: Akal, 1986), 234. [↑](#footnote-ref-383)
384. D’Aulnoy, *Relación*, 269. [↑](#footnote-ref-384)
385. Blecua, “Introducción”, 41, nota 84. [↑](#footnote-ref-385)
386. Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor* (Madrid: Espasa-Calpe, 1974), i, 625, 233-234. [↑](#footnote-ref-386)
387. Hita, *Libro de buen amor*, II, 1257, 151-152. [↑](#footnote-ref-387)
388. Miguel de Cervantes, *Las dos doncellas*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1987), III, 129. [↑](#footnote-ref-388)
389. Miguel Mir en introducción a Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana* (Madrid: Orbigo, 1906), 11. En adelante, la página entre paréntesis en el texto. [↑](#footnote-ref-389)
390. Citado por Guillermo Díaz-Plaja, “La sensualidad barroca”. En *El espíritu del Barroco* (Barcelona: Crítica, 1983), 59. [↑](#footnote-ref-390)
391. *Poesía crítica y satírica del siglo xv* (Madrid: Castalia, 1989), 258. [↑](#footnote-ref-391)
392. Rodrigo de Reinosa, *Las coplas de las comadres*. En *Obra conocida de Rodrigo de Reinosa* (San Millán de la Cogolla: Cilengua, 2010), II, 65. [↑](#footnote-ref-392)
393. Tertuliano, “De las galas de las mugeres y De los afeites de las mugeres”. En *Obras de Quinto Septimio Florente Tertuliano, Presbytero Cartagines* (Barcelona: Gabriel Nogues, 1639), fol. 78v. [↑](#footnote-ref-393)
394. Fray Tomás de Trugillo, *Libro llamado reprobación de trajes, y abuso de juramentos. Con un tratado de limosnas* (Pamplona: Adrián de Anuers, 1563), fol. 65v. [↑](#footnote-ref-394)
395. Trugillo, *Libro llamado reprobación*, 84r. [↑](#footnote-ref-395)
396. Bartolomé Jiménez Patón, *Discurso de los tufos, copetes y calvas* (Baeza: Juan de la Cuesta, 1639), fol. 58v. [↑](#footnote-ref-396)
397. Jiménez Patón, *Discurso de los tufos*, fol. 59v. [↑](#footnote-ref-397)
398. Alonso de Carranza, *Rogación al Rey D. Felipe IV, y a sus supremos Consejos de Justicia y Estado, en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España* (Madrid: Imprenta de María de Quiñones, 1636), fols. 11v y 12r. [↑](#footnote-ref-398)
399. Francisco Ximenes (Eiximenis), *Libro llamado de las donas,* *c.* 1396. En Biblioteca Nacional de España, mss. 12731, fol. 32r. [↑](#footnote-ref-399)
400. Francisco de Osuna, *Norte de los Estados en que se da regla biuir a los mancebos: y a los casados: e a los biudos: y a todos los continentes: y se tratan muy por estenso los remedios del desastrado casamiento: enseñando que tal a de ser la vida del cristiano casado* (Sevilla: Bartolomé Pérez, 1531), fols. 142v y 143r. [↑](#footnote-ref-400)
401. Antonio Marqués, *Afeite y mundo mujeril* (Barcelona: Juan Flors, [1617] 1964), 96. En los magníficos azulejos de Piazza Armerina, en Villa Romana del Casale, Sicilia, se puede contemplar una escena semejante donde el tigre se contempla en un gran espejo, se ataca a sí mismo y los cazadores aprovechan para capturarlo. [↑](#footnote-ref-401)
402. Tomás Ramón, *Nueva prematica de reformacion contra los abusos de los afeytes, calçado, guedejas, guardainfantes, lenguaje critico, moños, trajes y excesso en el uso del tabaco: fundada en la divina escritura y dotrina de los Santos Padres para todos estados necessaria* (Zaragoza: Diego Dormer, 1635), 144-146. [↑](#footnote-ref-402)
403. Francisco López de Úbeda, *La pícara Justina* (Madrid: Editora Nacional, 1977), II, 365. [↑](#footnote-ref-403)
404. Hita, *Libro de buen amor*, II, 1486b. [↑](#footnote-ref-404)
405. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 148. [↑](#footnote-ref-405)
406. Ignacio Arellano, *Los animales en la poesía de Quevedo*. En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. [↑](#footnote-ref-406)
407. Juan Luis Vives, *Instrucción de la muger christiana, donde se contiene cómo se ha de criar una donzela hasta casarla y después de casada cómo ha de regir su casa y biuir bienauenturadamente con su marido, y si fuere biuda lo que deue de hazer* (Alcalá de Henares: s/e, 1529), fols. XLIJv y XLIIJr. [↑](#footnote-ref-407)
408. Arellano, *Los animales*. [↑](#footnote-ref-408)
409. Francisco de Quevedo, *Obra poética* (Madrid: Castalia, 2001), III, 387. [↑](#footnote-ref-409)
410. Gaspar de Astete, *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas* (Burgos: Juan Baptista Varesio, 1603), 218. [↑](#footnote-ref-410)
411. Pedro Galindo, *Verdades* *morales en que se reprehenden y condenan los trages vanos, superfluos y profanos; con otros vicios y abusos que hoy se usan; mayormente los escotados deshonestos de las mujeres* (Madrid: Francisco Sanz, 1678), 5. [↑](#footnote-ref-411)
412. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 28. [↑](#footnote-ref-412)
413. *Carta en que se advierte lo mucho que se ofende a N. Señor con las galas, afeites y escotados que usan las mujeres*. En Biblioteca Nacional de España, R/13027/16, fol. Bv. [↑](#footnote-ref-413)
414. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 46. [↑](#footnote-ref-414)
415. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 154. [↑](#footnote-ref-415)
416. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 184. [↑](#footnote-ref-416)
417. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 185. [↑](#footnote-ref-417)
418. Astete, *Tratado del gobierno*, 221. [↑](#footnote-ref-418)
419. Luis de León, *La perfecta casada*, fol. 38v. [↑](#footnote-ref-419)
420. *Libro d’Alexandre* (Madrid: Cátedra, 1988), 2559 a, b, 560. [↑](#footnote-ref-420)
421. Martín de Córdoba, *Jardín de nobles doncellas* (Chapell Hill: University of North Carolina Press, [1500] 1974), 196-197. [↑](#footnote-ref-421)
422. Félix Lope de Vega, *Servir a señor discreto* (Madrid: Castalia, 1975), vv. 386-393, 106-107. [↑](#footnote-ref-422)
423. Félix Lope de Vega, *La vega del Parnaso* (Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2015), vv. 95-99. [↑](#footnote-ref-423)
424. Félix Lope de Vega, *Más mal ay en la aldegüela que se suena*, *c.* 1601-1700, Biblioteca Nacional de España, T/19754, A1v. [↑](#footnote-ref-424)
425. Arias Gonçalo, *Memorial en defensa de las mvgeres de España y de los vestidos y adornos de que usan* (Lisboa: Antonio Álvarez, 1636), fol. 39r. [↑](#footnote-ref-425)
426. Ximenes, *Libro llamado de las donas*, fol. 33v. [↑](#footnote-ref-426)
427. Osuna, *Norte de los Estados*, fol. 160r. [↑](#footnote-ref-427)
428. Luis de Lucena, *Repetición de amores* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1954), 81. [↑](#footnote-ref-428)
429. Jacob Ornstein en Lucena, *Repetición de amores*, 118, nota. [↑](#footnote-ref-429)
430. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 61. [↑](#footnote-ref-430)
431. Luis Quiñones de Benavente, *Entremeses completos*, tomoi: *Jocoseria* (Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2001), vv. 34-40, 457. [↑](#footnote-ref-431)
432. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, vv. 108-113, 640. [↑](#footnote-ref-432)
433. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 36-37. [↑](#footnote-ref-433)
434. Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde* (Barcelona: Daniel Cortezo, 1885), 172, 185 y 186. [↑](#footnote-ref-434)
435. Lucena, *Repetición de amores*, 81. [↑](#footnote-ref-435)
436. Félix Lope de Vega, *El perro del hortelano* (Barcelona: EDEBÉ, 2012), vv. 1687-1690. [↑](#footnote-ref-436)
437. Félix Lope de Vega, *La ventura sin buscalla*. En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, fol. 106r. [↑](#footnote-ref-437)
438. Félix Lope de Vega, *La mayor corona.* En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1916), ii, 361. [↑](#footnote-ref-438)
439. Juan de las Ruelas, *Hermosura corporal de la Madre de Dios* (Sevilla: en casa de Diego Pérez, 1621), fol. 85r. [↑](#footnote-ref-439)
440. Diane Owen Hughes, “Las modas femeninas y su control”. En *Historia de las mujeres en Occidente*, vol. II. *La Edad Media* (Madrid: Taurus, 1992), 187-188. [↑](#footnote-ref-440)
441. Francisco Barado, *Historia del peinado* (Barcelona: José Serra, 1880), 21. [↑](#footnote-ref-441)
442. Barado, *Historia del peinado*, 26-27. [↑](#footnote-ref-442)
443. J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo xx* (Valladolid: Junta de Castilla y León/Consejería de Educación y Cultura, 1999), I, 118. [↑](#footnote-ref-443)
444. Teresa Chapa, “Espacio vivido y espacio representado: las mujeres en la sociedad ibérica”. En *Historia de las mujeres en España y América Latina* (Madrid: Cátedra, 2006), I, 133. [↑](#footnote-ref-444)
445. Carmen Bernis y Gonzalo Menéndez Pidal, “Traje, aderezo y afeites”. En *La España del siglo xiii* (Madrid: Real Academia de la Historia, 1986), 97. [↑](#footnote-ref-445)
446. Nieves Fresneda González documenta algunas de estas ricas piezas en varios museos de España y Europa (*Moda y belleza femenina en la Corona de Castilla durante los siglos xiii y xiv* [Madrid: Dykinson, 2016], 289-291). [↑](#footnote-ref-446)
447. Luis de Lucena, *Repetición de amores* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1954), 82. [↑](#footnote-ref-447)
448. Reyna Pastor, “Mujeres populares. Realidades y representaciones”. En *Historia de las mujeres en España y América Latina*, vol. I. *De la Prehistoria a la Edad Media* (Madrid: Cátedra, 2006), 445. [↑](#footnote-ref-448)
449. Ángela Bravo, *Femenino singular. La belleza a través de la historia* (Madrid: Alianza Editorial, 1996), 128. [↑](#footnote-ref-449)
450. Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor* (Madrid: Espasa-Calpe, 1974), II, 1003-1004, 55-56. [↑](#footnote-ref-450)
451. Fresneda González, *Moda y belleza femenina*, 298. [↑](#footnote-ref-451)
452. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, I, 340. [↑](#footnote-ref-452)
453. El tratado de Trótula de Salerno dedica la parte final a todo lo relacionado con el tocado y los cabellos; se dan recetas para teñirlo, para hacerlo crecer y ennegrecer según un método “sarraceno”. Citado por Danielle Jacquart y Claude Thomasset, *Sexualidad y saber médico en la Edad Media* (Barcelona: Labor, 1989), 122. [↑](#footnote-ref-453)
454. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, II, 32. [↑](#footnote-ref-454)
455. Fresneda González, *Moda y belleza femenina*, 340. [↑](#footnote-ref-455)
456. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, I, 414, 470 y 477. [↑](#footnote-ref-456)
457. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, I, 638-639. [↑](#footnote-ref-457)
458. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, II, 753 y 755. [↑](#footnote-ref-458)
459. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, II, 691. [↑](#footnote-ref-459)
460. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, III, 402. [↑](#footnote-ref-460)
461. Marie Cathérine D’Aulnoy, *Relación del viaje de España* (Madrid: Akal, 1986), 236. [↑](#footnote-ref-461)
462. D’Aulnoy, *Relación*, 208. [↑](#footnote-ref-462)
463. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, IV, 464. [↑](#footnote-ref-463)
464. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, IV, 518 y 519. [↑](#footnote-ref-464)
465. D’Aulnoy, *Relación*, 233. [↑](#footnote-ref-465)
466. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, V, 95. [↑](#footnote-ref-466)
467. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, V, 238. [↑](#footnote-ref-467)
468. Bravo, *Femenino singular*, 97 y 95. [↑](#footnote-ref-468)
469. Ruelas, *Hermosura corporal*, fol. 85v. [↑](#footnote-ref-469)
470. Luis Quiñones de Benavente, *Entremeses completos*, tomoI. *Jocoseria* (Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2001), vv. 57-66, 290-291. [↑](#footnote-ref-470)
471. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, vv. 34-37, 181-182. [↑](#footnote-ref-471)
472. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, vv. 10-14, 252. [↑](#footnote-ref-472)
473. Félix Lope de Vega, *El poder en el discreto*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1916), II, 474. [↑](#footnote-ref-473)
474. Francisco de Quevedo, *Obras*,tomo III. *Poesías* (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1953), 180. [↑](#footnote-ref-474)
475. Luis de Góngora, *Letrillas* (Madrid: Castalia, 1980), 111. [↑](#footnote-ref-475)
476. Félix Lope de Vega, *La malcasada.* En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1930), xii, 526. [↑](#footnote-ref-476)
477. Félix Lope de Vega, *La nueua victoria de don Gonzalo de Cordoua* (New York: Hispanic Institute in The Unites States, 1962), vv. 2327-2338. [↑](#footnote-ref-477)
478. Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasagero: advertencias utilísimas a la vida humana* (Madrid: Renacimiento, [1617] 1913), 175. [↑](#footnote-ref-478)
479. Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde* (Barcelona: Daniel Cortezo, 1885), 83. [↑](#footnote-ref-479)
480. Tertuliano, “De las galas de las mugeres y De los afeites de las mugeres”. En *Obras de Quinto Septimio Florente Tertuliano, Presbytero Cartagines* (Barcelona: Gabriel Nogues, 1639), fol. 68r. [↑](#footnote-ref-480)
481. Citado por Bartolomé Jiménez Patón, *Discurso de los tufos, copetes y calvas* (Baeza: Juan de la Cuesta, 1639), fol. 8r. [↑](#footnote-ref-481)
482. Citado por Tomás Ramón, *Nueva prematica de reformacion contra los abusos de los afeytes, calçado, guedejas, guardainfantes, lenguaje critico, moños, trajes y excesso en el uso del tabaco: fundada en la divina escritura y dotrina de los Santos Padres para todos estados necessaria* (Zaragoza: Diego Dormer, 1635), 68. [↑](#footnote-ref-482)
483. Hita, *Libro de buen amor*, I, v. 432, 165. [↑](#footnote-ref-483)
484. Lucena, *Repetición de amores*, 82. [↑](#footnote-ref-484)
485. Fernando de Rojas, *La Celestina. Comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea* (Madrid: Castalia, 2007), I, 260. [↑](#footnote-ref-485)
486. Rodrigo de Reinosa, *Las coplas de las comadres*. En *Obra conocida de Rodrigo de Reinosa* (San Millán de la Cogolla: Cilengua, 2010), 128. [↑](#footnote-ref-486)
487. Citado por Alonso de Carranza, *Rogación al Rey D. Felipe IV, y a sus supremos Consejos de Justicia y Estado, en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España* (Madrid: Imprenta de María de Quiñones, 1636), fols. 17r; 54r; 55r y v; y 51. [↑](#footnote-ref-487)
488. Carranza, *Rogación al Rey*, fol. 27r. [↑](#footnote-ref-488)
489. Andrés Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos* (Madrid: Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid, 1991), III, VII, 269. [↑](#footnote-ref-489)
490. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, II, 711. [↑](#footnote-ref-490)
491. Carranza, *Rogación al Rey*, fol. 27r. [↑](#footnote-ref-491)
492. Antonio Marqués, *Afeite y mundo mujeril* (Barcelona: Juan Flors, [1617] 1964), 61. [↑](#footnote-ref-492)
493. Francisco de Quevedo, *Los mejores textos en prosa de Francisco de Quevedo* (Madrid: Homo Legens, 2006), 338. [↑](#footnote-ref-493)
494. Félix Lope de Vega, *La boba para los otros y discreta para sí*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1929), XI, 482. [↑](#footnote-ref-494)
495. Ramón, *Nueva prematica*, 64. [↑](#footnote-ref-495)
496. Ramón, *Nueva prematica*, 66-67. [↑](#footnote-ref-496)
497. Miguel de Cervantes, *La tía fingida*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1987), III, 367. [↑](#footnote-ref-497)
498. Francisco del Rosal, *La razón de algunos refranes* (London: Tamesis Book Limited, 1975), 117. [↑](#footnote-ref-498)
499. Iohan Bocaçio, *Caída de príncipes*. En Biblioteca Nacional de España, mss. 12733, fol. 20r. [↑](#footnote-ref-499)
500. Citado por Jacquart y Thomasset, *Sexualidad y saber*, 146. [↑](#footnote-ref-500)
501. Aunque Jacob Ornstein no detectó esta fuente, se observa que Lucena usa las mismas comparaciones y también llama a los afeites *apostamientos*. [↑](#footnote-ref-501)
502. Lucena, *Repetición de amores*, 82. [↑](#footnote-ref-502)
503. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, III, 402. [↑](#footnote-ref-503)
504. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, III, 656. [↑](#footnote-ref-504)
505. D’Aulnoy, *Relación*, 240. [↑](#footnote-ref-505)
506. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, III, 403. [↑](#footnote-ref-506)
507. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 16. [↑](#footnote-ref-507)
508. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, vv. 129-141, 295-296. [↑](#footnote-ref-508)
509. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, V, 497. [↑](#footnote-ref-509)
510. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 17. [↑](#footnote-ref-510)
511. Ruelas, *Hermosura corporal*, fol. 110v. [↑](#footnote-ref-511)
512. Luis Palacios Pelletier, *Secretos de belleza, química del tocador* (Valladolid: Maxtor, 2003), 23-24. [↑](#footnote-ref-512)
513. D’Aulnoy, *Relación*, 239. [↑](#footnote-ref-513)
514. D’Aulnoy, *Relación*, 216. [↑](#footnote-ref-514)
515. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, III, 283. [↑](#footnote-ref-515)
516. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, V, 643. [↑](#footnote-ref-516)
517. Ruelas, *Hermosura corporal*, 99v y 100r. [↑](#footnote-ref-517)
518. Palacios Pelletier, *Secretos de belleza*, 1. [↑](#footnote-ref-518)
519. Bravo, *Femenino singular*, 22. [↑](#footnote-ref-519)
520. Isabel Colón Calderón, “De afeites, alcoholes y hollines”, *Dicenda*. *Cuadernos de Filología Hispánica*, núm. 13 (1995): 75. [↑](#footnote-ref-520)
521. Colón, “De afeites”, 75. [↑](#footnote-ref-521)
522. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, V, LVIII, 533. [↑](#footnote-ref-522)
523. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, II, CXL, 231. [↑](#footnote-ref-523)
524. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, I, LXXVI, 58. [↑](#footnote-ref-524)
525. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, I,CX, 84. [↑](#footnote-ref-525)
526. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 14-15. [↑](#footnote-ref-526)
527. Hita, *Libro de buen amor*, I, 433, 165. [↑](#footnote-ref-527)
528. Hita, *Libro de buen amor*, II, 1502 a, 232. [↑](#footnote-ref-528)
529. Juan de Barrios, *Verdadera medicina, cirugía y astrología* (Ciudad de México: Bally, 1607),libro III, fol. 35r. [↑](#footnote-ref-529)
530. Pedro Calderón de la Barca, *Eco y Narciso* (Valencia: Viuda de Joseph de Orga, 1767), 17. [↑](#footnote-ref-530)
531. Félix Lope de Vega, *La discreta venganza*. En *Parte veinte de las comedias* (Madrid: Juan Gonçalez, 1629), 3. [↑](#footnote-ref-531)
532. Félix Lope de Vega, *Las flores de don Juan*. En *Comedias escogidas* (Madrid: Imprenta de Ortega, 1830), III, 170-171. [↑](#footnote-ref-532)
533. Félix Lope de Vega, *Rimas. Los doscientos sonetos* (Aranjuez: Ara Iovis, 1984), 288. [↑](#footnote-ref-533)
534. Francisco Delicado, *La Lozana Andaluza* (Madrid: Clásicos Castalia, 1969), 52. [↑](#footnote-ref-534)
535. Margarita Torremocha Hernández, *La mujer imaginada. Visión literaria de la mujer castellana del Barroco* (Badajoz: @bedecario, 2010), 295. [↑](#footnote-ref-535)
536. Torremocha Hernández, *La mujer imaginada*, 296. [↑](#footnote-ref-536)
537. Barado, *Historia del peinado*, 30. [↑](#footnote-ref-537)
538. Barado, *Historia del peinado*, 27. [↑](#footnote-ref-538)
539. Elisa Vargaslugo, “Austeridad del alma”. *Artes de México*, núm. 25 (julio-agosto de 1994): 48. [↑](#footnote-ref-539)
540. Marita Martínez del Río de Redo, “Magnificencia barroca”. *Artes de México*, núm. 25 (julio-agosto de 1994): 60. [↑](#footnote-ref-540)
541. Irving Leonard, *La época barroca en el México colonial* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2004), 119. [↑](#footnote-ref-541)
542. Mathías Diéguez, *Espejo de luz* (Ciudad de México: Viuda de Joseph Bernardo de Hogal, 1748), 246. [↑](#footnote-ref-542)
543. Francisco de Quevedo, *Obras* (Madrid: Imprenta de Manuel Román, 1713), i, 264. [↑](#footnote-ref-543)
544. Citado por Arata, en introducción a Félix Lope de Vega, *El acero de Madrid* (Madrid: Castalia, 2001), 31. [↑](#footnote-ref-544)
545. Lope, *El acero*, vv. 1381-1382. [↑](#footnote-ref-545)
546. Félix Lope de Vega, *De cosario a cosario*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1929), XI, 658. [↑](#footnote-ref-546)
547. Lope, *De cosario*, XI, 664. [↑](#footnote-ref-547)
548. Félix Lope de Vega, *La Dorotea* (Madrid: Castalia, 1980), 30. [↑](#footnote-ref-548)
549. Félix Lope de Vega, *Arauco domado* (Santiago de Chile: Zig-Zag, 1954), 177. [↑](#footnote-ref-549)
550. Félix Lope de Vega, *Los melindres de Belisa* (Amsterdam: H. J. Paris, 1933), vv. 97-98, 131. [↑](#footnote-ref-550)
551. Lope, *Los melindres de Belisa*, vv. 841-842, 193. [↑](#footnote-ref-551)
552. Góngora, *Letrillas*, 55. [↑](#footnote-ref-552)
553. Góngora, *Letrillas*, 89. [↑](#footnote-ref-553)
554. Quevedo, *Obras: Poesías*, 91. [↑](#footnote-ref-554)
555. Quevedo, *Obras: Poesías*, 146. [↑](#footnote-ref-555)
556. Quevedo, *Obras: Poesías*, 205. [↑](#footnote-ref-556)
557. Quevedo, *Obras: Poesías*, 56. [↑](#footnote-ref-557)
558. Quevedo, *Los mejores textos*, 202. [↑](#footnote-ref-558)
559. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, III, 682. [↑](#footnote-ref-559)
560. D’Aulnoy, *Relación*, 217. [↑](#footnote-ref-560)
561. D’Aulnoy, *Relación*, 244. [↑](#footnote-ref-561)
562. Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* (Madrid: Austral, 2001), I, XXXIII, 365. [↑](#footnote-ref-562)
563. Zabaleta, *El día de fiesta*, 182 y 187. [↑](#footnote-ref-563)
564. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, vv. 78-82, 413-414. [↑](#footnote-ref-564)
565. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, vv. 15-16, 354. [↑](#footnote-ref-565)
566. Dámaso Alonso, “Monstruosidad y belleza en el *Polifemo* de Góngora”. En *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* (Madrid: Gredos, 1971), 351-352. [↑](#footnote-ref-566)
567. Alonso, “Monstruosidad”, 352-353. [↑](#footnote-ref-567)
568. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, II, 625. [↑](#footnote-ref-568)
569. Quevedo, *Los mejores textos*, 270. [↑](#footnote-ref-569)
570. Quevedo, *Obras: Poesías*, 158. [↑](#footnote-ref-570)
571. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, II, 775. [↑](#footnote-ref-571)
572. Néstor Luján, *La vida cotidiana en el* *Siglo de Oro español* (Barcelona: Planeta, 1988), 78. [↑](#footnote-ref-572)
573. Antonio de León Pinelo, *Velos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres; sus conveniencias y daños* (Madrid: por Iuan Sánchez, 1641), 40-41. [↑](#footnote-ref-573)
574. Juan Bautista Sicardo, *Juicio theologico-moral de las galas, escotados, y afeites de las mujeres* (Madrid: Francisco Sanz, 1677), 84. [↑](#footnote-ref-574)
575. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, III, 476. [↑](#footnote-ref-575)
576. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, III, 583. [↑](#footnote-ref-576)
577. Juan Ruiz de Alarcón, *La culpa busca la pena*. En *Obras completas de Juan Ruiz de Alarcón* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968), III, vv. 219-224, 11. [↑](#footnote-ref-577)
578. Félix Lope de Vega, *La Gatomaquia* (Barcelona: Ediciones Zeus, 1969), 394. [↑](#footnote-ref-578)
579. Lope, *La Gatomaquia*, 396. [↑](#footnote-ref-579)
580. Lope, *La Gatomaquia*, 411 y 414. [↑](#footnote-ref-580)
581. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, IV, 463. [↑](#footnote-ref-581)
582. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, IV, 557. [↑](#footnote-ref-582)
583. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, IV, 497. [↑](#footnote-ref-583)
584. Félix Lope de Vega, *Santiago el Verde*. En *Trezena parte de sus comedias* (Barcelona: Sebastián de Cormellas, 1620), 202. [↑](#footnote-ref-584)
585. Lope, *La Dorotea*, 119. [↑](#footnote-ref-585)
586. Tirso de Molina, *La celosa de sí misma* (Poitiers: Université de Poitiers, 1981), vv. 145-148, 159-160. [↑](#footnote-ref-586)
587. Molina, *La celosa de sí misma*, vv. 710-711, 104. [↑](#footnote-ref-587)
588. Beatriz Monçó, “Imagen femenina y control social”. *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, núm. 19 (2002): 47. [↑](#footnote-ref-588)
589. D’Aulnoy, *Relación*, 233. [↑](#footnote-ref-589)
590. Antonio García Benítez en prólogo a Hernando de Talavera, *De vestir y de calzar: tractado provechoso que demuestra cómo en el vestir e calzar comúnmente se comenten muchos pecados y aun también en el comer y en el bever* (Sevilla: Padilla Libros, 1998), 11. [↑](#footnote-ref-590)
591. Ricardo del Arco y Garay, *La sociedad* *española en las obras dramáticas de Lope de Vega* (Madrid: Escelicer, 1942), 524. [↑](#footnote-ref-591)
592. Alfonso Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera o Corbacho* (Madrid: Castalia, 1985), 130. [↑](#footnote-ref-592)
593. Hernando de Talavera, *Breue y muy provechosa doctrina de lo que deue saber todo christiano con otros tractados muy prouechosos conpuestos por el Arçobispo de Granada* (Granada: Meinardo Ungut y Juan Pegnitzer Editores, *c.* 1496), fol. CIIJv. [↑](#footnote-ref-593)
594. Sebastián de Horozco, *El Cancionero* (Bern/Frankfurt: Herbert Lang, 1975), 66-67. [↑](#footnote-ref-594)
595. Jacinto Polo de Medina, *El buen humor de las musas* (Madrid: Imprenta del Reyno a costa de Alonso Pérez, 1637), 65-66. [↑](#footnote-ref-595)
596. Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache* (Madrid: Real Academia Española, 2012), I, 231. [↑](#footnote-ref-596)
597. Quevedo, *Obras: Poesías*, 185. [↑](#footnote-ref-597)
598. Quevedo*,* *Los mejores textos*, 272. [↑](#footnote-ref-598)
599. Quevedo, *Los mejores textos*, 371. [↑](#footnote-ref-599)
600. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 111. [↑](#footnote-ref-600)
601. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 111-112. [↑](#footnote-ref-601)
602. Lope, *La nueua victoria*, vv. 2322-2326. [↑](#footnote-ref-602)
603. Félix Lope de Vega, *El perro del hortelano* (Barcelona: EDEBÉ, 2012), vv. 423-426. [↑](#footnote-ref-603)
604. Félix Lope de Vega, *El cuerdo en su casa*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1929), XI, 582. [↑](#footnote-ref-604)
605. Ruiz de Alarcón, *La culpa*, vv. 822-824, 28. [↑](#footnote-ref-605)
606. Andrés de Almansa y Mendoza, *Cartas. Novedades de esta corte y avisos recibidos de otras partes (1621-1626)* (Madrid: Miguel Ginesta, 1886), 83. [↑](#footnote-ref-606)
607. Almansa y Mendoza, *Cartas*, 160. [↑](#footnote-ref-607)
608. Fray Antonio de Ezcaray, *Vozes del dolor nacidas de la multitud de pecados, que se cometen por los trages profanos, afeytes, escotados y culpables ornatos, que en estos miserables tiempos, y en los antecedentes ha introducido el infernal Dragón para destruir, y acabar con las almas, que con su preciosíssima sangre redimió nuestro amantíssimo Jesús* (Sevilla: Thomás López de Haro, 1691), 21. [↑](#footnote-ref-608)
609. Citado por Adolfo de Castro y Rossi a propósito de que en el teatro no hay fidelidad en las costumbres de la época en la que se suponía que se desarrollaba la acción dramática (*Discurso acerca de las costumbres públicas y privadas de los españoles en el siglo xvii fundado en el estudio de las comedias de Calderón* [Madrid: Tipografía Guttemberg, 1881], 33-34). [↑](#footnote-ref-609)
610. D’Aulnoy, *Relación*, 233. [↑](#footnote-ref-610)
611. Félix Lope de Vega, *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos* (Madrid: Castalia, 2004), 166-167. [↑](#footnote-ref-611)
612. Lope, *Rimas*, 300. [↑](#footnote-ref-612)
613. Lope, *Rimas*, 315. [↑](#footnote-ref-613)
614. Marie José Colombani y Jean-Roger Bourrec, *El libro del amante del perfume* (Barcelona: José J. de Olañeta Editor, 2005), 76-77. [↑](#footnote-ref-614)
615. Bravo, *Femenino singular*, 300-301. [↑](#footnote-ref-615)
616. María Concepción Vázquez de Benito, “Introducción”. En Muhammad B. Abdallah B. Al Jatib, *Libro del cuidado de la salud durante las estaciones del año o libro de higiene* (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1984), 21. [↑](#footnote-ref-616)
617. Abdallah B. Al Jatib, *Libro del cuidado*, 195-196. [↑](#footnote-ref-617)
618. Abdallah B. Al Jatib, *Libro del cuidado*, 198 y 201. [↑](#footnote-ref-618)
619. Abdallah B. Al Jatib, *Libro del cuidado*, 204-205. [↑](#footnote-ref-619)
620. Abdallah B. Al Jatib, *Libro del cuidado*, 241. [↑](#footnote-ref-620)
621. Montserrat Cabré y Pairet, “Cosmética y perfumería en la Castilla bajomedieval”. En *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla*, vol. II. *Edad Media* (Valladolid: Junta de Castilla y León, 2002), 774. [↑](#footnote-ref-621)
622. Teresa Criado Vega, “Las artes de la paz. Técnicas de perfumería y cosmética en recetarios castellanos de los siglos xv y xvi”. *Anuario de Estudios Medievales*, núm. 41 (julio-diciembre de 2011): 867. [↑](#footnote-ref-622)
623. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, III, XLVII, 297. [↑](#footnote-ref-623)
624. Criado Vega, “Las artes”, 870. [↑](#footnote-ref-624)
625. Criado Vega, “Las artes”, 875. [↑](#footnote-ref-625)
626. Criado Vega, “Las artes”, 879. [↑](#footnote-ref-626)
627. Georges Vigarello, *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media* (Madrid: Alianza Editorial, 1991), 114-115. [↑](#footnote-ref-627)
628. Colombani y Bourrec, *El libro del amante*, 26-28. [↑](#footnote-ref-628)
629. Bravo, *Femenino singular,* 305. [↑](#footnote-ref-629)
630. Colombani y Bourrec, *El libro del amante*, 82-83. [↑](#footnote-ref-630)
631. Vigarello, *Lo limpio y lo sucio*, 118-119. [↑](#footnote-ref-631)
632. Vigarello, *Lo limpio y lo sucio*, 176. [↑](#footnote-ref-632)
633. José Deleito y Piñuela, *La mujer, la casa y la moda (en la España del Rey Poeta)* (Madrid: Espasa-Calpe, 1946), 189. [↑](#footnote-ref-633)
634. Félix Lope de Vega, *El desprecio agradecido*. En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, vv. 527-535. [↑](#footnote-ref-634)
635. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, I, XXXI, 106. [↑](#footnote-ref-635)
636. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, I, LXVIII, 45-46. [↑](#footnote-ref-636)
637. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, III, LXXXVIII, 326. [↑](#footnote-ref-637)
638. Según el *Livro de receptas de pivetes, pastilhas e uvas perfumadas y conserbas*, el agua de ángeles se hacía con unos algodones de algalia que se metían en el alambique de la alquitara y este, a su vez, se metía en una redoma muy justa para que no saliera ningún vapor fuera, a fuego manso para que no se quemen las flores ni hierbas que se echen en ella: junquillos, alhelíes amarillos, violetas, rosas castellanas, de Alejandría y mosqueta, retama, madreselva, flor de espino, jazmines, flor del árbol del paraíso, trébol, almoradux, toronjil, yerba de Santamaría, tomillo salsero, cantueso, manzanilla, albahaca y claveles, es decir, hierbas y flores que tengan mucho olor; después se debe coger en el mes de mayo una boñiga de buey que no coma paja sino yerba del campo y se pone a secar y se echa en el alquitara y encima unos pocos de jazmines y flor de árbol del paraíso y se rocía con vino blanco, lo más añejo y fuerte que se pueda, se muele un grano o dos de almizcle, se echan en ella y se pone al sol hasta octubre y en la noche se quita del sereno y se cubre con ropa (en Biblioteca Nacional de España, mss. 1462, fols. 26 y 27). [↑](#footnote-ref-638)
639. D’Aulnoy, *Relación*, 216. [↑](#footnote-ref-639)
640. Miguel de Cervantes, *El casamiento engañoso*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1987), III, 227-228. [↑](#footnote-ref-640)
641. Cervantes, *Don Quijote*, II, 833. [↑](#footnote-ref-641)
642. Miguel de Cervantes, *La ilustre fregona*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1987), III, 76. [↑](#footnote-ref-642)
643. Quevedo, *Los mejores textos*, 341. [↑](#footnote-ref-643)
644. Olao Magno, *Historia de las gentes septentrionales* (Madrid: Tecnos, 1989), 540. [↑](#footnote-ref-644)
645. Modesto Laza Palacios, *El laboratorio de Celestina* (Málaga: Fundación Unicaja, 1958), 97. [↑](#footnote-ref-645)
646. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, I, XX, 29. [↑](#footnote-ref-646)
647. Colombani y Bourrec, *El libro del amante*, 28. [↑](#footnote-ref-647)
648. Ambrosio Montesino, *Cancionero de Fray Ambrosio Montesino* (Cuenca: Diputación Provincial de Cuenca, 1987), vv. 626-630. [↑](#footnote-ref-648)
649. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 88. [↑](#footnote-ref-649)
650. Cervantes, *La tía fingida*, III, 35.1 [↑](#footnote-ref-650)
651. Luis de León, *La perfecta casada*, fol. 20r. [↑](#footnote-ref-651)
652. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, III, 357. [↑](#footnote-ref-652)
653. Mateo Rosas de Oquendo, *Sátira a las cosas que pasan en el Pirú, año de 1598* (East Lansing: Michigan State University Press, 1983), vv. 359-364, 212. [↑](#footnote-ref-653)
654. Citado por Mariló Vigil, *La vida de las mujeres en los siglos xvi y xvii* (Madrid: Siglo XXI, 1986), 177. [↑](#footnote-ref-654)
655. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, I, 277. [↑](#footnote-ref-655)
656. Lope, *Las flores de don Juan*, 181. [↑](#footnote-ref-656)
657. Pedro Calderón de la Barca, *La desdicha de la voz*. En *Séptima parte de Comedias* (Madrid: Juan Sanz, 1715), 406. [↑](#footnote-ref-657)
658. Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera*, 130. [↑](#footnote-ref-658)
659. Lope, *El cuerdo en su casa*, XI, 566. [↑](#footnote-ref-659)
660. Lope, *Rimas*, 238. [↑](#footnote-ref-660)
661. Zabaleta, *El día de fiesta*, 30. [↑](#footnote-ref-661)
662. Tertuliano, “De las galas”, fol. 70v. [↑](#footnote-ref-662)
663. Tertuliano, “De las galas”, fol. 70v. [↑](#footnote-ref-663)
664. Seudo Aristóteles, *Poridat de poridades* (Madrid: Seminario de Estudios Medievales de la Universidad de Wisconsin, 1957), 67. [↑](#footnote-ref-664)
665. Aldebrandín de Siena, *El régimen del cuerpo* (San Cristóbal de La Laguna Universidad de La Laguna, 1998), 195. [↑](#footnote-ref-665)
666. Hita, *Libro de buen amor*, II, vv. 1485-1489, 227-228. [↑](#footnote-ref-666)
667. Citado por Juan Sempere y Guarinos, *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España* (Barcelona: Alfons el Magnànim, 2000), 202. [↑](#footnote-ref-667)
668. Horozco, *El Cancionero*, 19, 55. [↑](#footnote-ref-668)
669. Luis de León, *La perfecta casada*, fol. 60v. [↑](#footnote-ref-669)
670. Fray Tomás de Trugillo, *Libro llamado reprobación de trajes, y abuso de juramentos. Con un tratado de limosnas* (Pamplona: Adrián de Anuers, 1563), fol. 94v. [↑](#footnote-ref-670)
671. Antonio de Guevara, *Epístolas familiares en las quales hay cosas notables y razonamientos muy altos y curiosos* (Amberes: Casa de Juan Mercurio, 1648), II, 42, 443. [↑](#footnote-ref-671)
672. Antonio de Guevara, *Arte de marear* (Madrid: Cátedra, 1984), 365-366. [↑](#footnote-ref-672)
673. J. Liebault citado por Vigarello, *Lo limpio y lo sucio*, 112. [↑](#footnote-ref-673)
674. Cervantes, *El amante liberal*, 166. [↑](#footnote-ref-674)
675. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 74. [↑](#footnote-ref-675)
676. Miguel de Cervantes, *El licenciado Vidriera*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1985), II, 124. [↑](#footnote-ref-676)
677. Miguel de Cervantes, *La gitanilla*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1982), I, 85. [↑](#footnote-ref-677)
678. Lope, *Rimas*, 168-169. [↑](#footnote-ref-678)
679. Félix Lope de Vega, *Las bizarrías de Belisa*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1929), XI, 451. [↑](#footnote-ref-679)
680. Cervantes, *El amante liberal*, 172, 169 y 168, n. 9. [↑](#footnote-ref-680)
681. Miguel de Cervantes, *El celoso extremeño.* En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1985), II, 207 y 233. [↑](#footnote-ref-681)
682. Luis Vélez de Guevara, *El Diablo Cojuelo* (Madrid: Castalia, 1988), 86. [↑](#footnote-ref-682)
683. Citado por Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 79. [↑](#footnote-ref-683)
684. Lope, *Rimas*, 218. [↑](#footnote-ref-684)
685. Lope, *Rimas*, 328-329. [↑](#footnote-ref-685)
686. Félix Lope de Vega, *Amar sin saber a quién*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1929), XI, 290. [↑](#footnote-ref-686)
687. Lope, *Amar sin saber*, 291. [↑](#footnote-ref-687)
688. Agustín Moreto, *El lindo don Diego* (Barcelona: Planeta, 1987), vv. 349-367, 121-122. [↑](#footnote-ref-688)
689. Arco y Garay, *La sociedad*, 561. [↑](#footnote-ref-689)
690. Zabaleta, *El día de fiesta*, 16. [↑](#footnote-ref-690)
691. Quevedo, *Obras*, I, 267. [↑](#footnote-ref-691)
692. Lope, *La Dorotea*, 79. [↑](#footnote-ref-692)
693. Lope, *La nueua victoria*, vv. 1912-1916. [↑](#footnote-ref-693)
694. Almansa y Mendoza, *Cartas*, 160. [↑](#footnote-ref-694)
695. Ramón, *Nueva prematica*, 45. [↑](#footnote-ref-695)
696. Citado por Jiménez Patón, *Discurso de los tufos*, fol. 28v. [↑](#footnote-ref-696)
697. Ramón, *Nueva prematica*, 46-47. [↑](#footnote-ref-697)
698. Cristóbal Suárez de Figueroa, *Varias noticias importantes a la buena comunicación* (Madrid: Thomas Iunti, 1621), fol. 74v. [↑](#footnote-ref-698)
699. José Antonio Maravall, *La cultura del Barroco* (Barcelona: Ariel, 1981), 95. [↑](#footnote-ref-699)
700. Prólogo de Cabrera a Jiménez Patón, *Discurso de los tufos*, fol. ii2v. [↑](#footnote-ref-700)
701. Prólogo de Cabrera a Jiménez Patón, *Discurso de los tufos*, fol. ii2v. [↑](#footnote-ref-701)
702. Jiménez Patón, *Discurso de los tufos*, fol. 26v. [↑](#footnote-ref-702)
703. Félix Lope de Vega, *La desdicha por la honra*. En *Novelas a Marcia Leonarda* (Madrid: Castalia, 2007), 115-116. [↑](#footnote-ref-703)
704. Jiménez Patón, *Discurso de los tufos*, fol. 29v. [↑](#footnote-ref-704)
705. Sempere citado por Deleito y Piñuela, *La mujer*, 285. [↑](#footnote-ref-705)
706. Cervantes, *El licenciado Vidriera*, 136; cursivas del original. [↑](#footnote-ref-706)
707. Cervantes, *El licenciado Vidriera*, 137. [↑](#footnote-ref-707)
708. Miguel de Cervantes, *El coloquio de los perros*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1987), III, 289. [↑](#footnote-ref-708)
709. Cervantes, *La ilustre fregona*, 47. [↑](#footnote-ref-709)
710. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, vv. 73-76, 173. [↑](#footnote-ref-710)
711. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, vv. 13-22, 504-505. [↑](#footnote-ref-711)
712. Francisco de Quevedo, *El Buscón* (Madrid: Castalia, 2005), 64. [↑](#footnote-ref-712)
713. Góngora*,* *Letrillas*, 65-66. [↑](#footnote-ref-713)
714. Bernardino de Villegas, *La esposa de Christo instruida con la vida de Santa Lutgarda virgen, Monja de San Bernardo* (Murcia: Iuan Fernandez de Fuentes, 1635), 300. [↑](#footnote-ref-714)
715. Citado por Carranza, *Rogación al Rey*, fol. 30r. [↑](#footnote-ref-715)
716. Francisco Santos, *Día y noche de Madrid. Discurso de lo más notable que en él passo* (Madrid: Diego Martínez Abad, 1693), 224. [↑](#footnote-ref-716)
717. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 19, 22 y 24. [↑](#footnote-ref-717)
718. Jiménez Patón, *Discurso de los tufos*, fol. 48v. [↑](#footnote-ref-718)
719. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, 570. [↑](#footnote-ref-719)
720. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, 467. [↑](#footnote-ref-720)
721. Quevedo, *Obras: Poesías*, 86. [↑](#footnote-ref-721)
722. Quevedo, *Obras: Poesías*, 89. [↑](#footnote-ref-722)
723. Quevedo, *Obras: Poesías*, 90. [↑](#footnote-ref-723)
724. Quevedo, *Obras: Poesías*, 137. [↑](#footnote-ref-724)
725. Quevedo, *Obras: Poesías*, 161. [↑](#footnote-ref-725)
726. Quevedo, *Los mejores textos*, 259. [↑](#footnote-ref-726)
727. Góngora, *Letrillas*, 54. [↑](#footnote-ref-727)
728. Góngora, *Letrillas*, 106-107. [↑](#footnote-ref-728)
729. Bartolomé Leonardo de Argensola, *Rimas* (Madrid: Espasa-Calpe, 1974), I, 179-180. [↑](#footnote-ref-729)
730. Alonso de Castillo Solórzano, *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*. En *Picaresca femenina* (Barcelona: Plaza y Janés, 1986), 264. [↑](#footnote-ref-730)
731. Suárez de Figueroa, *El pasagero*, 174. [↑](#footnote-ref-731)
732. Felipe Rojo de Flores, *Invectiva contra el luxo, su profanidad y excesos por medio de propias reflexiones, que persuaden su inutilidad: descripción circustanciada de los trages y adornos de diversas naciones, distinguiendo los tiempos de su uso respectivo, especialmente en España* (Madrid: Imprenta Real, 1794), 59. [↑](#footnote-ref-732)
733. Rojo de Flores, *Invectiva*, 5. [↑](#footnote-ref-733)
734. Conquistador anónimo, *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México escrita por un compañero de Hernán Cortés*. En *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos* (Ciudad de México: América, [1556] 1941), 28. [↑](#footnote-ref-734)
735. Conquistador anónimo, *Relación*, 44. [↑](#footnote-ref-735)
736. Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España* (Madrid: Dastin, 2009), vol. II, libro VIII, cap. XIX, 51. [↑](#footnote-ref-736)
737. Sahagún, *Historia*, vol. I, libro II, cap. XXIV, 137. [↑](#footnote-ref-737)
738. Sahagún, *Historia*, vol. I, libro VI, cap. XIX, 414. [↑](#footnote-ref-738)
739. Sahagún *Historia*, vol. I, libro X, cap. XVI, 149. [↑](#footnote-ref-739)
740. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano* (Madrid: Real Academia de la Historia, 1851-1855), parte I, libro IX, cap. V, 338. [↑](#footnote-ref-740)
741. Fernández de Oviedo, *Historia*, parte I, libro IX, cap. XXXIV, 359-360. [↑](#footnote-ref-741)
742. Fernández de Oviedo, *Historia*, parte I, libro X, cap. I, 362-363. [↑](#footnote-ref-742)
743. Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los incas* (Lima/Ciudad de México/Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1991), I, libro II, cap. XXVIII, 137. [↑](#footnote-ref-743)
744. Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los incas*, II, libro VIII, cap. XIII, 522. [↑](#footnote-ref-744)
745. Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los incas*, II, libro VIII, cap. XIII, 523. [↑](#footnote-ref-745)
746. Thomas Gage, *Viajes en la Nueva España* (La Habana: Casa de las Américas, 1980), I, XXI, 64 y 65, y III, VIII, 167. [↑](#footnote-ref-746)
747. Francisco Saverio Clavigero, *Historia antigua de Megico* (London: R. Ackermann, 1826), 398. [↑](#footnote-ref-747)
748. Luján, *La vida*, 78-79. [↑](#footnote-ref-748)
749. Juan Mogrovejo de la Cerda citado en Raquel Chang Rodríguez, “Relectura y edición de *La endiablada*”. En *El discurso disidente: Ensayos de literatura colonial* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991), 153-167. [↑](#footnote-ref-749)
750. Mogrovejo de la Cerda citado en Chang Rodríguez, “Relectura”, 165. [↑](#footnote-ref-750)
751. Alonso Carrió de la Vandera, “Concolorcorvo”, *El Lazarillo de ciegos caminantes* (Barcelona: Labor, 1973), 458. [↑](#footnote-ref-751)
752. Amedée Frezier, *Relación del viaje por el Mar del Sur*. En *Viajeros por la América colonial* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 149. [↑](#footnote-ref-752)
753. Agustín de Vetancurt, *Tratado de la Ciudad de México*. En *Teatro Mexicano. Descripción breve de los sucessos exemplares, historicos, politicos, militares y religiosos del Nuevo Mundo Occidental de las Indias* (Ciudad de México: Porrúa, [1697] 1982), 3. [↑](#footnote-ref-753)
754. Véase mi edición a este texto en *Anales Cervantinos* (María José Rodilla León, “Diálogo satírico de don Quijote y Sancho Panza sobre los males de la Nueva España (siglo xviii)”. *Anales Cervantinos*, vol. XLIII (2011): 271-298). [↑](#footnote-ref-754)
755. Rodilla León, “Diálogo satírico”, vv. 53-60, 280. [↑](#footnote-ref-755)
756. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 1-3. [↑](#footnote-ref-756)
757. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 13 y 35. [↑](#footnote-ref-757)
758. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 83. [↑](#footnote-ref-758)
759. Diéguez, *Espejo*, pról., s/n. [↑](#footnote-ref-759)
760. Diéguez, *Espejo*, 10. [↑](#footnote-ref-760)
761. Diéguez, *Espejo*, 33, 41, 270 y 238. [↑](#footnote-ref-761)
762. Diéguez, *Espejo*, 354, adición, s/n, 428 y 438. [↑](#footnote-ref-762)
763. Diéguez, *Espejo*, 448. [↑](#footnote-ref-763)
764. Gustavo Curiel, “Ajuares domésticos. Los rituales de lo cotidiano”. En *Historia de la vida cotidiana de México*, tomo II. *La ciudad barroca* (Ciudad de México: El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 2005), 81-108. [↑](#footnote-ref-764)
765. Fernando de Rojas, *La Celestina. Comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea* (Madrid: Castalia, 2007), 257. [↑](#footnote-ref-765)
766. Juan Félix Bellido, *La condición femenina en la Edad Media. Aproximación a la mujer medieval y a las escritoras en un mundo marcadamente patriarcal* (Córdoba: Ediciones El Almendro, 2010), 71. [↑](#footnote-ref-766)
767. Francisco Márquez Villanueva, *Orígenes y sociología del tema celestinesco* (Barcelona: Anthropos, 1993), 65-66. [↑](#footnote-ref-767)
768. Citado por Márquez Villanueva, *Orígenes*, 50. [↑](#footnote-ref-768)
769. Danielle Jacquart y Claude Thomasset, *Sexualidad y saber médico en la Edad Media* (Barcelona: Labor, 1989), 112. [↑](#footnote-ref-769)
770. Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor* (Madrid: Espasa-Calpe, 1974), I, 440, 169. [↑](#footnote-ref-770)
771. Márquez Villanueva, *Orígenes*, 42. [↑](#footnote-ref-771)
772. Márquez Villanueva, *Orígenes*, 27. [↑](#footnote-ref-772)
773. Francisco de Osuna, *Norte de los Estados en que se da regla biuir a los mancebos: y a los casados: e a los biudos: y a todos los continentes: y se tratan muy por estenso los remedios del desastrado casamiento: enseñando que tal a de ser la vida del cristiano casado* (Sevilla: Bartolomé Pérez, 1531), fol. 131r. [↑](#footnote-ref-773)
774. Antonio Marqués, *Afeite y mundo mujeril* (Barcelona: Juan Flores, [1617] 1964), 193. [↑](#footnote-ref-774)
775. Bernat Metge, *Sueño* (Madrid: Alianza Editorial, 1987), 81. [↑](#footnote-ref-775)
776. Hita, *Libro de buen amor*, I, 435 b, 166. [↑](#footnote-ref-776)
777. Hita, *Libro de buen amor*, I, 448 a, 172. [↑](#footnote-ref-777)
778. Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana* (Madrid: Orbigo, 1906), 208. [↑](#footnote-ref-778)
779. Julia Fitzmaurice-Kelly, “Woman in Sixteenth Century Spain”. *Revue Hispanique*, tomo LXX, núm. 158 (1927): 582. [↑](#footnote-ref-779)
780. Luigi Imperiale, “Una realidad disfrazada en *La Lozana andaluza*”. *Revista de Filología Española*, vol. LXXII, núm. 1/2 (1992): 159-160. [↑](#footnote-ref-780)
781. Francisco Delicado, *La Lozana Andaluza* (Madrid: Clásicos Castalia, 1969), 57. [↑](#footnote-ref-781)
782. Delicado, *La Lozana*, 78. [↑](#footnote-ref-782)
783. Delicado, *La Lozana*, 80. [↑](#footnote-ref-783)
784. Pedro Tena Tena, “La cosmética áurea a través de mujeres literarias”. *Lemir*, núm. 8 (2004): 13. [↑](#footnote-ref-784)
785. Delicado, *La Lozana*, 174. [↑](#footnote-ref-785)
786. Carla Casagrande, “La mujer custodiada”. En *Historia de las mujeres*, tomo II. *La Edad Media* (Madrid: Taurus, 1992), 132. [↑](#footnote-ref-786)
787. Delicado, *La Lozana*, 191 y 160-161. [↑](#footnote-ref-787)
788. Delicado, *La Lozana*, 191. [↑](#footnote-ref-788)
789. Jacques Rossiaud, *Amours vénales. La prostitution en Occident xiie-xvie siècle* (Paris: Flamarion, 2010), 232. [↑](#footnote-ref-789)
790. Rojas, *La Celestina*, 389-390. [↑](#footnote-ref-790)
791. Delicado, *La Lozana*, 191. [↑](#footnote-ref-791)
792. Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* (Madrid: Austral, 2001), II, XXXIX, 877. [↑](#footnote-ref-792)
793. Cervantes, *Don Quijote*, II, XL, 878-879. [↑](#footnote-ref-793)
794. Bartolomé Jiménez Patón, *Discurso de los tufos, copetes y calvas* (Baeza: Juan de la Cuesta, 1639), fol. 36v. [↑](#footnote-ref-794)
795. Cervantes, *Don Quijote*, II, LXIX, 1106. [↑](#footnote-ref-795)
796. Cervantes, *Don Quijote*, I, XX, 199. [↑](#footnote-ref-796)
797. Francisco Santos, *Día y noche de Madrid. Discurso de lo más notable que en él passo* (Madrid: Diego Martínez Abad, 1693), 155. [↑](#footnote-ref-797)
798. Santos, *Día y noche*, 157. [↑](#footnote-ref-798)
799. Santos, *Día y noche*, 159. [↑](#footnote-ref-799)
800. Santos, *Día y noche*, 162. [↑](#footnote-ref-800)
801. Félix Lope de Vega, *El caballero de Olmedo* (Madrid: Castalia, 1983), vv. 334, 48; vv. 249-251, 45, y vv. 363-365, 49. [↑](#footnote-ref-801)
802. Francisco de Quevedo, *La fortuna con seso y la hora de todos* (Madrid: Hyspamérica, 1985), 40. [↑](#footnote-ref-802)
803. Félix Lope de Vega, *La bella malmaridada o la cortesana* (Madrid: Castalia, 2001), vv. 2358 y ss. [↑](#footnote-ref-803)
804. Santos, *Día y noche*, 162. [↑](#footnote-ref-804)
805. Tertuliano, “De las galas de las mugeres y De los afeites de las mugeres”. En *Obras de Quinto Septimio Florente Tertuliano, Presbytero Cartagines* (Barcelona: Gabriel Nogues, 1639), fol. 76r. [↑](#footnote-ref-805)
806. Alonso de Carranza, *Rogación al Rey D. Felipe IV, y a sus supremos Consejos de Justicia y Estado, en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España* (Madrid: Imprenta de María de Quiñones, 1636), fol. 10v. [↑](#footnote-ref-806)
807. Santo Obispo de Cartago Cipriano, “Sobre el porte exterior de las vírgenes”. En *Obras de San Cipriano* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1964), 131-132. [↑](#footnote-ref-807)
808. Juan Luis Vives, *Instrucción de la muger christiana, donde se contiene cómo se ha de criar una donzela hasta casarla y después de casada cómo ha de regir su casa y biuir bienauenturadamente con su marido, y si fuere biuda lo que deue de hazer* (Alcalá de Henares: s/e, 1529), fol. XXVJr. [↑](#footnote-ref-808)
809. Fernán Suárez, *Coloquio del famoso y gran demostrador de vicios y virtudes Pedro Aretina, en el cual se descubren las falsedades, tratos, engaños y hechicerías que usan las mujeres para engañar a los simples, y aún a los muy avisados hombres que dellas se enamoran* (Madrid: Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 1548), 258, 260 y 276. [↑](#footnote-ref-809)
810. Osuna, *Norte de los Estados*, fol. 159r. [↑](#footnote-ref-810)
811. Osuna, *Norte de los Estados*, fol. 126v. [↑](#footnote-ref-811)
812. Andrés Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos* (Madrid: Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid, 1991), V, LXII, 537. [↑](#footnote-ref-812)
813. Marqués, *Afeite y mundo mujeril*, 231 y 107. [↑](#footnote-ref-813)
814. Miguel de Cervantes, *Rinconete y Cortadillo*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1982), I, 248. [↑](#footnote-ref-814)
815. Miguel de Cervantes, *El casamiento engañoso*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1987), III, 223. [↑](#footnote-ref-815)
816. Miguel de Cervantes, *La tía fingida*. En *Novelas ejemplares* (Madrid: Castalia, 1987), III, 351. [↑](#footnote-ref-816)
817. Cristóbal Suárez de Figueroa, *Varias noticias importantes a la buena comunicación* (Madrid: Thomas Iunti, 1621), 206. [↑](#footnote-ref-817)
818. Cotarelo, *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España* (Granada: Universidad de Granada, [1904] 1997), 197, citado por Julio Vélez-Sainz, *La defensa de la mujer en la literatura hispánica. Siglos xv-xvii* (Madrid: Cátedra, 2015), 44. [↑](#footnote-ref-818)
819. Juan Luis Vives, *La formación de la mujer cristiana* (Valencia: Ayuntamiento de Valencia, [1523] 1994), 92. [↑](#footnote-ref-819)
820. Eric A. Nicholson, “El teatro: imágenes de ella”. En *Historia de las mujeres en Occidente*, vol. III. *Del Renacimiento a la Edad Moderna* (Madrid: Taurus, 2000), 338. [↑](#footnote-ref-820)
821. Pedro Galindo, *Verdades* *morales en que se reprehenden y condenan los trages vanos, superfluos y profanos; con otros vicios y abusos que hoy se usan; mayormente los escotados deshonestos de las mujeres* (Madrid: Francisco Sanz, 1678), 51. [↑](#footnote-ref-821)
822. Fray Antonio de Ezcaray, *Vozes del dolor nacidas de la multitud de pecados, que se cometen por los trages profanos, afeytes, escotados y culpables ornatos, que en estos miserables tiempos, y en los antecedentes ha introducido el infernal Dragón para destruir, y acabar con las almas, que con su preciosíssima sangre redimió nuestro amantíssimo Jesús* (Sevilla: Thomás López de Haro, 1691), 314. [↑](#footnote-ref-822)
823. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 314. [↑](#footnote-ref-823)
824. Luis de León, *La perfecta casada*, fols. 53v y 54r. [↑](#footnote-ref-824)
825. Mateo Rosas de Oquendo, *Sátira a las cosas que pasan en el Pirú, año de 1598* (Ann Arbor: Michigan State University Press, 1983), vv. 365-370, vv. 389-390 y vv. 393-396, 212-214. [↑](#footnote-ref-825)
826. Gaspar de Astete, *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas* (Burgos: Juan Baptista Varesio, 1603), 151. [↑](#footnote-ref-826)
827. Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasagero: advertencias utilísimas a la vida humana* (Madrid: Renacimiento, [1617] 1913), 43. [↑](#footnote-ref-827)
828. Valentí Sierra citado por María del Pilar Romero del Castillo, *Los afeites femeninos en la Edad Media española. Estudio léxico* (tesis de doctorado en Letras, Granada: Universidad de Granada, 2014), 69. [↑](#footnote-ref-828)
829. Vives, *Instrucción de la muger*, fol. XXIJv. [↑](#footnote-ref-829)
830. Metge, *Sueño*, 81. [↑](#footnote-ref-830)
831. Jaume Roig, *El* *espejo o Libro de las mujeres* (Madrid: Centro de Lingüística Aplicada Atenea, 2010), 59. [↑](#footnote-ref-831)
832. Alfonso Martínez de Toledo, *Arcipreste de Talavera o Corbacho* (Madrid: Castalia, 1985), 236 y 237. [↑](#footnote-ref-832)
833. Maria Grazia Profeti, “‘La botica de las mujeres’: trucco e trucci delle donne”. *Quaderni di Lingue e Letterature*, núm. IX (1984): vv. 131-135, 124. [↑](#footnote-ref-833)
834. Cristóbal Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas las ciencias y artes* (Madrid: s/e, 1733), 361. [↑](#footnote-ref-834)
835. Suárez de Figueroa, *Plaza universal*, 361. [↑](#footnote-ref-835)
836. Francisco de Quevedo, *Obras*,tomo III. *Poesías* (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1953), 477. [↑](#footnote-ref-836)
837. José Deleito y Piñuela, *La mujer, la casa y la moda (en la España del Rey Poeta)* (Madrid: Espasa-Calpe, 1946), 191. [↑](#footnote-ref-837)
838. Juan Ruiz de Alarcón, *La culpa busca la pena*. En *Obras completas de Juan Ruiz de Alarcón* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1968), III, vv. 2066-2070, 64. [↑](#footnote-ref-838)
839. Félix Lope de Vega, *El mayor imposible*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1930), XII, 591. [↑](#footnote-ref-839)
840. Osuna, *Norte de los Estados*, fol. 158r. [↑](#footnote-ref-840)
841. Luis de León, *La perfecta casada*, fols. 46v y 47r. [↑](#footnote-ref-841)
842. Félix Lope de Vega, *La buena guarda*. En *ArteLope*, v. 87. [↑](#footnote-ref-842)
843. Félix Lope de Vega, *Al pasar del arroyo*. En *Obras dramáticas* (Madrid: Real Academia Española, 1929), XI, 252. [↑](#footnote-ref-843)
844. Félix Lope de Vega, *La burgalesa de Lerma*. En *eHumanista. Journal of Iberian Studies*, v. 799, 22. [↑](#footnote-ref-844)
845. Ezcaray, *Vozes del dolor*, 55. [↑](#footnote-ref-845)
846. J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo xx* (Valladolid: Junta de Castilla y León/Consejería de Educación y Cultura, 1999), II, 773. [↑](#footnote-ref-846)
847. García Mercadal, *Viajes de extranjeros*, II, 773. [↑](#footnote-ref-847)
848. Felipe Rojo de Flores, *Invectiva contra el luxo, su profanidad y excesos por medio de propias reflexiones, que persuaden su inutilidad: descripción circustanciada de los trages y adornos de diversas naciones, distinguiendo los tiempos de su uso respectivo, especialmente en España* (Madrid: Imprenta Real, 1794), 6. [↑](#footnote-ref-848)
849. Publio Ovidio Nasón, *Los amores; el arte de amar; el remedio del amor; los cosméticos* (Madrid: Hernando, 1984), 100. [↑](#footnote-ref-849)
850. Germán Salinas en Ovidio, *Los amores*, 174, nota XI. [↑](#footnote-ref-850)
851. Ovidio, *Los amores*, 226 y 253. [↑](#footnote-ref-851)
852. Ovidio, *Los amores*, 254. [↑](#footnote-ref-852)
853. Ovidio, *Los amores*, 256. [↑](#footnote-ref-853)
854. Ovidio, *Los amores*, 257. [↑](#footnote-ref-854)
855. Ovidio, *Los amores*, 318. [↑](#footnote-ref-855)
856. Ovidio, *Los amores*, 347. [↑](#footnote-ref-856)
857. Ovidio, *Los amores*, 347-348. [↑](#footnote-ref-857)
858. Ovidio, *Los amores*, 348. [↑](#footnote-ref-858)
859. Montserrat Cabré y Pairet, “La ciencia de las mujeres en la Edad Media. Reflexiones sobre la autoría femenina”. En *La voz del silencio II. Historia de las mujeres: compromiso y método* (Madrid: Al-Mudayna, 1993), 57-58. [↑](#footnote-ref-859)
860. Cabré y Pairet, “La ciencia de las mujeres”, 58. [↑](#footnote-ref-860)
861. Mónica Green, “En busca de una auténtica medicina de mujeres: los extraños destinos de Trota de Salerno e Hildegarda de Bingen”. En *Sanadoras, matronas y médicas en Europa, siglos xii-xx* (Barcelona: Icaria, 2001), 43. [↑](#footnote-ref-861)
862. Green, “En busca”, 49. [↑](#footnote-ref-862)
863. Citado por Danielle Jacquart y Claude Thomasset, *Sexualidad y saber médico en la Edad Media* (Barcelona: Labor, 1989), 122. [↑](#footnote-ref-863)
864. Citado por Jacquart y Thomasset, *Sexualidad y saber*, 123. [↑](#footnote-ref-864)
865. Hildegarda de Bingen, *Physica. Libro de medicina sencilla. Libro sobre las propiedades naturales de las cosas creadas* (León: Akrón, 2009), 48. [↑](#footnote-ref-865)
866. Bingen, *Physica*, 244. [↑](#footnote-ref-866)
867. Bingen, *Physica*, 278. [↑](#footnote-ref-867)
868. Bingen, *Physica*, 52 y 189. [↑](#footnote-ref-868)
869. Carmen Caballero Navas, *El libro de amor de mujeres: una compilación hebrea de saberes sobre el cuidado de la salud y la belleza del cuerpo femenino* (Granada: Universidad de Granada, 2003), 50-51. [↑](#footnote-ref-869)
870. Caballero Navas, *El libro*, 58. [↑](#footnote-ref-870)
871. Caballero Navas, *El libro*, 59. [↑](#footnote-ref-871)
872. Aldebrandín de Siena, *El régimen del cuerpo* (San Cristóbal de La Laguna: Universidad de La Laguna, 1998), 99. [↑](#footnote-ref-872)
873. Siena, *El régimen*, 99. [↑](#footnote-ref-873)
874. Siena, *El régimen*, 99. [↑](#footnote-ref-874)
875. Siena, *El régimen*, 100. [↑](#footnote-ref-875)
876. Siena, *El régimen*, 105. [↑](#footnote-ref-876)
877. Siena, *El régimen*, 106. [↑](#footnote-ref-877)
878. Siena, *El régimen*, 107. [↑](#footnote-ref-878)
879. Demaitre citado en Bernardo de Gordonio, *Lilio de Medicina* (Madrid: Arco Libros, 1993), I, 7. [↑](#footnote-ref-879)
880. Francisco Márquez Villanueva, *Orígenes y sociología del tema celestinesco* (Barcelona: Anthropos, 1993), 30-31. [↑](#footnote-ref-880)
881. Gordonio, *Lilio*, I, libro II: 4, 383-386. [↑](#footnote-ref-881)
882. Gordonio, *Lilio*, I, libro III: 26, 798-799. [↑](#footnote-ref-882)
883. Gordonio, *Lilio*, II, libro VII: 25, 1581-1583. [↑](#footnote-ref-883)
884. Gordonio, *Lilio*, II, libro VII: 25, 1581-1583. [↑](#footnote-ref-884)
885. Manuel Dies de Calatayud, *Flores del tesoro de la belleza. Tratado de muchas medicinas o curiosidades de las mujeres* (Barcelona: José J. de Olañeta Editor, 2001), 29. [↑](#footnote-ref-885)
886. Grillet citado por Alicia Martínez Crespo (ed.), *Manual de mugeres en el qual se contienen muchas y diversas reçeutas muy buenas* (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1995), Biblioteca Palatina de Parma, mss. 834, 13, n. 12. [↑](#footnote-ref-886)
887. Alicia Martínez Crespo, “La belleza y el uso de afeites en la mujer del siglo xv”, *Dicenda.* *Cuadernos de Filología Hispánica*, núm. 11 (1993): 211-212. [↑](#footnote-ref-887)
888. María de los Ángeles Pérez Samper, “Los recetarios de mujeres y para mujeres. Sobre la conservación y transmisión de los saberes domésticos en la época moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 19 (1997): 137. [↑](#footnote-ref-888)
889. *Livro de receptas de pivetes, pastilhas e vvas perfumadas y conserbas*. En Biblioteca Nacional de España, mss. 1462, fol. 25v. [↑](#footnote-ref-889)
890. *Livro*, mss. 1462, fol. 32r. [↑](#footnote-ref-890)
891. *Livro*, mss. 1462, fol. 50v. [↑](#footnote-ref-891)
892. *Livro*, mss. 1462, fol. 50v y 51r. [↑](#footnote-ref-892)
893. La oración la traía cosida al jubón un hombre de Barcelona que iba camino de Montserrat en diciembre de 1611, por lo cual podríamos datar el libro hacia esta fecha; hay anotaciones que llegan hasta 1620: *Recetas y memorias para guisados, confituras, olores, aguas, afeites, adobos de guantes, ünguentos y medicinas para muchas enfermedades.* En Biblioteca Nacional de España, mss. 6058, apéndice 2, fols. 115v y 116. En este libro, nos interesa el apartado *Libro en que se hallaran diversas memorias ansi para adobar guantes como para azer muchas y diferentes ollores, agua almizcada y otras aguas y cosas de buena ollor,* cuyas recetas hemos adjuntado en el apéndice 2. [↑](#footnote-ref-893)
894. *Recetas experimentadas para diversas cosas*. En Biblioteca Nacional de España, mss. 2019, fol. 102. El dato de doña María Girón puede sernos útil para fechar el recetario en la última mitad del siglo xvii, porque se casó en 1694 con Luis de Salazar y Castro. En cambio, el siguiente dato es más difícil: desde la primera condesa de Oropesa, Ana María Álvarez de Toledo (1707-1729), hasta la que ostenta el título en la actualidad, Ángela María de Solís-Beaumont y Téllez Girón, han heredado el título varias mujeres, pero no podemos deducir nada seguro para datar el recetario, porque también puede referirse a las esposas de alguno de los condes de Oropesa, y el condado existe desde 1475. [↑](#footnote-ref-894)
895. Juan de Barrios, *Verdadera medicina, cirugía y astrología* (Ciudad de México: Bally, 1607), III, fol. 31r. [↑](#footnote-ref-895)
896. Barrios, *Verdadera medicina*, III, fols. 33v, 34r y 35v. [↑](#footnote-ref-896)
897. Citado por Umberto Eco, *Historia de las tierras y los lugares legendarios* (Barcelona: Lumen, 2013), 125. [↑](#footnote-ref-897)
898. Andrés Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo. Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos* (Madrid: Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad de Madrid, 1991), II, CXXIIII, 218. [↑](#footnote-ref-898)
899. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, I, CXI, 84. [↑](#footnote-ref-899)
900. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, II, LXVIII, 170. [↑](#footnote-ref-900)
901. Fernando de Rojas, *La Celestina. Comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea* (Madrid: Castalia, 2007), 260. [↑](#footnote-ref-901)
902. Rodrigo de Reinosa, *Las coplas de las comadres.* En *Obra conocida de Rodrigo de Reinosa* (San Millán de la Cogolla: Cilengua, 2010), CXXI, 129. [↑](#footnote-ref-902)
903. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, II, LXVIII, 171. [↑](#footnote-ref-903)
904. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, II, II, 123-124; LXII, 161; XVIII, 134; XXV, 139; LXII, 161; LV, 156; LXIII, 162; CLXX, 255; IV, 125; IX, 128, y XVIII, 135. [↑](#footnote-ref-904)
905. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, III, XCIX, 332. [↑](#footnote-ref-905)
906. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, IV, CXIII, 447; CV, 442; CXI, 446, y CLXXXVIII, 496-497. [↑](#footnote-ref-906)
907. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, IV, CXXIV, 454; CXXXIV, 458, y CLXV, 477. [↑](#footnote-ref-907)
908. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, V, LXIII, 538. [↑](#footnote-ref-908)
909. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, V, CXXI, 565. [↑](#footnote-ref-909)
910. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, V, CVI, 561. [↑](#footnote-ref-910)
911. Cayo Plinio Segundo, *Historia Natural* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1976), II, XIII, 175. [↑](#footnote-ref-911)
912. Plinio, *Historia Natural*, II, XX, 378; XX, 405, y XXI, 430. [↑](#footnote-ref-912)
913. Plinio, *Historia Natural*, II, XXIII, 465, 477, 467 y 469, y XXIV, 480 y 483. [↑](#footnote-ref-913)
914. *Livro*, mss. 1462, fol. 64v. [↑](#footnote-ref-914)
915. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, II, XXIII, 138. [↑](#footnote-ref-915)
916. Pero Tafur, *Andanças e viajes de un hidalgo español* (Barcelona: El Albir, 1982), 579-580. [↑](#footnote-ref-916)
917. Tafur, *Andanças*, 580. [↑](#footnote-ref-917)
918. Ernest Ingersoll, *El libro de los dragones* (Barcelona: José J. de Olañeta Editor, 2007), 98-99. [↑](#footnote-ref-918)
919. Ingersoll, *El libro*, 99. [↑](#footnote-ref-919)
920. Marco Polo, *Libro de las maravillas* (Barcelona: Ediciones B, 1997), 477. [↑](#footnote-ref-920)
921. Laguna, *Pedacio Dioscórides*, I, XX, 29. [↑](#footnote-ref-921)
922. Albert T’Serstevens, *Los precursores de Marco Polo* (Barcelona: Aymá, 1965), 132. [↑](#footnote-ref-922)
923. Marco Polo, *Libro de las maravillas*, 284. [↑](#footnote-ref-923)
924. Bingen, *Physica*, libro VIII, cap. XXXII. [↑](#footnote-ref-924)
925. Bernat Metge, *Sueño* (Madrid: Alianza Editorial, 1987), 81. [↑](#footnote-ref-925)
926. Francisco López Villalobos, *Sumario de la medicina* (Salamanca: Juan de Porras, 1498), fol. D IIIr. [↑](#footnote-ref-926)
927. López Villalobos, *Sumario*, fol. D IIIv. [↑](#footnote-ref-927)
928. López Villalobos, *Sumario*, fol. D IIIv. [↑](#footnote-ref-928)
929. López Villalobos, *Sumario*, fol. D IIIr; cursivas del original. [↑](#footnote-ref-929)
930. Félix Lope de Vega, *El perro del hortelano* (Barcelona: EDEBÉ, 2012), v. 678. [↑](#footnote-ref-930)
931. Barrios, *Verdadera medicina*, III, fol. 34v. [↑](#footnote-ref-931)
932. Agustín Zapata Gollan, *Mito y superstición en la Conquista* (Buenos Aires: Eudeba, 1963), 29. [↑](#footnote-ref-932)
933. Zapata Gollan, *Mito y superstición*, 34. [↑](#footnote-ref-933)
934. Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España* (Madrid: The Hispanic Society of America, [1560] 1914), libro I, cap. V, 12. [↑](#footnote-ref-934)
935. Cervantes de Salazar, *Crónica*, libro I, cap. V, 12. [↑](#footnote-ref-935)
936. Cervantes de Salazar *Crónica*, libro I, cap. VIII, 19. [↑](#footnote-ref-936)
937. Cervantes de Salazar, *Crónica*, libro I, cap. VII, 17; cursivas del original. [↑](#footnote-ref-937)